

La RUHM está recogida e indexada en ERIHPLUS, Base de datos ISOC, Latindex, DOAJ, MIAR (ISDC 9,3), REBID, CIRC, Sherpa/Romeo, GoogleScholar Metric, Dialnet, Sistema de Evaluación de revistas del CONICET (Grupo A), Fuente Academia Plus de la ESCBO y Emerging Sources Citation Index Web of Science Thomson Reuters.

© Centro de Estudios de la Guerra-RUHM (Teruel, España), 2018.

EDITA.

Centro de Estudios de la Guerra-RUHM (Teruel, España)

Revista Universitaria de Historia Militar ISSN: 2254-6111

<http://ruhmes>

<https://www.facebook.com/ruhmes>

E-mail: secretaria@ruhmes

DISEÑO DE LA PORTADA.

[Solucionesdocumentais-FLeira](#)

FOTOGRAFÍA DE PORTADA.

Vaso corintio del 600 a.C., en la que se ve a dos hoplitas tratando de rescatar a un compañero herido o muerto

MAQUETACIÓN.

[Solucionesdocumentais-FLeira](#)

La Revista Universitaria de Historia Militar es una publicación científica de carácter semestral editada por el Centro de Estudios de Historia Militar.

Esta revista no se identifica necesariamente con los contenidos aquí incluidos. Queda prohibida la reproducción total y/o parcial de cualquier contenido de la revista sin la autorización expresa y por escrito de la dirección de la revista.

Revista Universitaria de Historia Militar

RUHM

Volumen 7, número 14, año 2018

ISSN: 2254-6111

Centro de Estudios de la Guerra-RUHM

<http://ruhm.es>

Edita

Centro de Estudios de la Guerra-RUHM

Equipo editorial

Directores / Editors

David Alegre Lorenz, GERD-Universitat Autònoma de Barcelona, España.
Miguel Alonso Ibarra, GERD-Universitat Autònoma de Barcelona, España.
Francisco J. Leira Castiñeira, Universidade de Santiago de Compostela, España

Consejo de Redacción / Editorial board

Daniel Aquillue Domínguez, Universidad de Zaragoza, España.
Gonzalo Butrón Prida, Universidad de Cádiz, España.
Gerard Cabezas Guzmán, Universitat de Girona, España
Assumpta Castillo Cañiz, GERD-Universitat Autònoma de Barcelona, España.
Bárbara Caletti Garciadiego, Universidad de Buenos Aires, Argentina.
Santiago R. Gómez, EUSA-Universidad de Sevilla, España.
Javier Lion Bustillo, Universidad Autónoma de Madrid, España.
Alejandro Rabinovich, Universidad Nacional de la Pampa, Argentina
Antonio José Rodríguez Hernández, UNED, España.
Alberto Reche Ontillera, IEM-Universitat Autònoma de Barcelona, España.
Stephanie Wright, University of Sheffield, Inglaterra.

Consejo Asesor / Consulting Board

Ángel Alcalde, European University Institute, Italia.	José Luis Ledesma, Universidad de Zaragoza, España.
Isaias Arrayás Morales, Universitat Autònoma de Barcelona, España.	Juan Marchena, Universidad Juan Pablo Olavide, España.
Miguel Ángel Ballesteros, Instituto Español de Estudios Estratégicos, España.	Enrique Martínez, Universidad Complutense de Madrid, España.
Cristina Borreguero, Universidad de Burgos, España.	Sönke Neitzel, London School of Economics, Reino Unido.
Luc Capdevila, Universidad de Rennes II, Francia.	Xosé Manoel Núñez, Universidade de Santiago de Compostela, España.
Manuel Chust Calero, Universitat Jaume I de Castelló, España.	Fernando Puell de la Villa, IUGM-UNED, España.
Joanna Bourke, Birbeck College, University of London, Inglaterra.	Javier Rodrigo, GERD-Universitat Autònoma de Barcelona, España.
Antonio Espino López, Universidad de Zaragoza, España.	María del Carmen Saavedra Vázquez, Universidad de Santiago de Compostela, España.
Stig Förster, Universidad de Berna, Suiza.	Manuel Santirso, GERD-Universitat Autònoma de Barcelona, España.
César Fórnis, Universidad de Sevilla, España	Nuno Severiano Teixeira, Universidad Nova de Lisboa, Portugal.
David García Hernán, Universidad Carlos III de Madrid, España.	Germán Soprano, CONICET-Universidad Nacional de Quilmes, Argentina
Manuel-Reyes García Hurtado, Universidade da Coruña, España	Klaus Schmider, Sandhurst Military Academy, Reino Unido.
Karem Hagemann, University of Carolina, España.	Juan Eduardo Vargas, Pontificia Universidad Católica de Chile.
John Horne, CWS, Trinity Colls of Dublin, Irlanda.	Jordi Vidal, Universidad Autónoma de Barcelona, España.
Carlos Heredia Chimenó, Kyoto, Prefectural University, Japón	Benjamin Ziemann, Universitu of Sheffield, Inglaterra.
Francesc Xavier Hernández, Universitat de Barcelona, España.	
John Horne, Center War Studies, Trinity College Dublin, Irlanda.	
Mario Lafuente Gómez, Universidad de Zaragoza, España.	



Desde su nacimiento en 2012, la **Revista Universitaria de Historia Militar (RUHM)** surgió bajo la firme convicción de que era necesario propiciar una renovación de la historia militar que se venía desarrollando en el ámbito hispanohablante. Precisamente, el objetivo era buscar nuevas preguntas capaces de conducirnos a otras visiones, interpretaciones y debates para la comprensión y estudio de fenómenos capitales como el orden público, la violencia, las fuerzas de seguridad estatales, las instituciones militares o paramilitares y, por supuesto, la guerra. Así pues, el deseo de este proyecto no era otro que hacer de la historia militar y los estudios de la guerra un paradigma y un objeto de estudios valiosos e interesantes para el conjunto de la comunidad historiográfica. Sin embargo, siempre hemos creído que la materialización de este objetivo pasaba necesariamente por la apertura del proyecto a todas las épocas, desde la Antigüedad al presente. Este era el único modo de forzarnos a romper con la compartimentación y la hiperespecialización, tan características de la historiografía actual como inevitables: fomentar el diálogo entre colegas de todos los ámbitos para dar con una visión mucho más amplia de los casos de estudio y problemáticas abordadas por cada historiador e historiadora. El objetivo último una comprensión mucho más rica y compleja del pasado.

Asimismo, este proyecto nació con la clara voluntad de erigirse en una plataforma de referencia preocupada por promover y favorecer los estudios sobre los fenómenos bélicos, entendiendo éstos desde una perspectiva amplia, tanto a nivel cronológico como temático, y abarcando aspectos que van desde lo político, lo económico o lo social, a lo cultural, lo memorístico, lo tecnológico o lo científico. Así pues, en último término pretendemos introducir y promover en la historiografía hispanohablante las nuevas tendencias desarrolladas en el ámbito internacional en relación con la historia militar, así como servir de puente entre las más diversas experiencias investigadoras a ambos lados del Atlántico. Partiendo de estas consideraciones entendemos que el futuro de la historia militar pasa por cuestiones tan variadas e interrelacionadas entre sí como introducir la variable social; entender la guerra como el marco propiciatorio de proyectos políticos revolucionarios o, cuanto menos, transformaciones radicales; trabajar sobre los conceptos, aplicando de forma crítica ideas procedentes de otras disciplinas al estudio de lo bélico; analizar la experiencia de guerra como vía para situar al individuo en el marco de los conflictos, con sus miedos y sus motivaciones, pero también para dar con lo bélico en toda su riqueza y complejidad; abordar cuestiones relacionadas con la historia ambiental, situando como centro del análisis las transformaciones del paisaje a causa de la guerra, pero también las consecuencias mentales, económicas y sociales que se derivarían de todo ello; entender lo bélico y la violencia que genera dentro de unas cronologías porosas, mostrando preocupación por los periodos de posguerra; abordar la violencia como una dimensión inherente a la guerra en todos sus escenarios y que, además, acaba desbordando su marco consuetudinario; romper con la idea del civil como sujeto pasivo, recuperando su papel como agente activo y con capacidad de manobra; seguir los cambios en las percepciones a través de la historia de los conceptos, todo ello para ver la

evolución en el modo de entender el orden público, la violencia, el servicio de armas o la guerra; dar relieve y visibilidad a la siempre crucial perspectiva de género, sea porque la autora es una historiadora o porque los sujetos objeto de estudio son mujeres, pero también el modo en que la guerra ha contribuido a la construcción y destrucción de modelos hegemónicos de masculinidad y feminidad; no olvidar las perspectivas propias de los estudios poscoloniales; y, finalmente, tener en cuenta la variable cultural, tan vital y necesaria en el contexto de los conflictos armados. Así pues, estamos abiertos a la recepción de artículos, reseñas y propuestas para la coordinación de dossiers que atiendan a una o varias de estas variables desde perspectivas novedosas. Todo esto, que en principio puede sonar a lugar común o a mera retórica, es un firme anhelo en nuestro caso y, por ello, también queremos que sea una realidad. Con esta ilusión trabajamos día a día.

En este sentido, tenemos el orgullo de decir que **RUHM** es la primera revista académica especializada exclusivamente en historia militar y estudios de la guerra, además de la primera en dicho ámbito que somete sus artículos a un estricto proceso de evaluación por doble ciego, previa revisión y valoración exhaustiva por parte del equipo editorial. El cuidado que ponemos en nuestro trabajo ha sido condición *sine qua non* para que la **RUHM** se encuentre reconocida por cada vez más índices de impacto, tanto a nivel nacional como internacional. Así pues, nuestra primera meta es que la **RUHM** se mantenga como un referente nacional e internacional en el campo de la historia militar y los estudios de la guerra, al tiempo que se erige como una plataforma capaz de dinamizar debates y promover visiones críticas de lo militar y de la guerra. Creemos que esta es una parte fundamental de nuestra tarea, más aún en un país donde el patrimonio bélico-militar es tan rico y donde la investigación sobre los conflictos armados, la violencia o las instituciones castrenses no han gozado del reconocimiento académico e universitario que tiene en los países de nuestro entorno.

Así pues, dentro del constante -si bien no siempre claro y fluido- diálogo entre la historiografía y la sociedad, creemos que la **RUHM** puede y debe convertirse en un puente que una y aúne el interés público que suscita a nivel social todo lo relacionado con la historia de la guerra. De este modo, el carácter gratuito y abierto de la publicación es la mejor muestra de nuestro compromiso ciudadano y de nuestro deseo por hacer partícipe a la sociedad de los últimos avances en materia investigadora desarrollados en un ámbito académico y universitario. Por eso mismo, en 2017 decidimos constituirnos como asociación bajo la marca **Centro de Estudios de la Guerra**, con la vista puesta en potenciar el proyecto, promover nuevas iniciativas paralelas a la **RUHM** y, muy importante, abrimos a la sociedad. En este sentido, ponemos nuestros humildes recursos y conocimientos a disposición tanto de entidades públicas y privadas como de asociaciones y particulares, ya sea para la dinamización y organización de actividades, la realización y coordinación de exposiciones, la impartición de charlas, conferencias y coloquios o la participación en debates relacionados con el mundo militar y la guerra.

Félix Gil Feito, Miguel Alonso Ibarra, David Alegre Lorenz, Francisco J. Leira Castiñeira, 2018.

Sumario

Dossier

La lógica de la guerra “irregular” en la Antigüedad Coord. Isaías Arrayás Morales y Carlos Heredia Chimeno

Presentación: La lógica de la guerra “irregular” en la Antigüedad Isaías Arrayás Morales y Carlos Heredia Chimeno	10
La desertión en época paleobabilónica: ¿Una actividad irregular o frecuente? Análisis práctico a través de la documentación de los archivos de Mari y de Šemšāra Patricia Bou Pérez y Martía Teresa Ventura Herrera.....	13
La guerra sucia de Alejandro: las <i>guerrillas</i> bactrio-sogdianas Borja Antela-Bernárdez	35
Entre <i>stasis</i> y <i>pólemos</i> en tiempos de transición: el Documento de los Sacrilegos Adrià Muñoz de la Luz	56
De hispanos a ciudadanos romanos: la guerra como medio de obtención de la ciudadanía romana durante el período republicano Christian Núñez López.....	76

Estudios

La sacralización de la guerra en la Antigüedad Tardía: la batalla de Carasona (589) y los otros 300 José Ángel Castillo Lozano	94
Relatos de trincheira: o diário de Ambrósio Richshoffer sobre as guerras luso-holandesas na Capitania da Paraíba (1631). Leandro Vilar Oliveira.....	115
La alimentación de los soldados en el Ejército español, 1859-1914 Pedro Fatjó Gómez	138
The Second Great War, 1917-1923 Jay Winter	160
Volver sin haberse ido: el caso de las “Tropas Especiales de Agitación-Sur” durante la Contraofensiva Estratégica Montonera de 1979 Hernán Eduardo Confino.....	180

Traducciones

Las funciones extramilitares de las fortificaciones cruzadas, 1187-circa 1380 Kristian Molin.....	202
--	-----

Ensayo bibliográfico

Reflexiones sobre el acercamiento historiográfico al <i>Bellum Sociale</i> (91-87 a.C.) Carlos Heredia Chimeno.....	228
--	-----

Reseñas

Paul A. RAHE: <i>The Spartan Regime: Its Character, Origins, and Grand Strategy</i> , New Haven, Yale University Press, 2016, xiv+212 pp., 4 Maps, 3 Photographs. ISBN: 9780300219012. Shina Alimi.....	242
Giovanni BRIZZI: <i>Ribelli contro Roma. Gli schiavi, Spartaco, l'altra Italia</i> , Il Mulino, Bologna, 2017, 231 pp. ISBN: 978-88-15-27378-9. Óscar Bonilla Santander.....	245
Adrian GOLDSWORTHY: <i>Pax Romana. Guerra, paz y conquista en el mundo romano</i> , Madrid, La Esfera de los Libros, 2017, 559 pp. ISBN: 978-8490609439 Miguel Pablo Sancho Gómez.....	249
Henry KAMEN: <i>Carlos Emperador, vida del rey César</i> , Madrid, La Esfera de los Libros, 2017, 365pp. ISBN: 978-84-9060-874-6 José Antonio Rebullida Porto.....	253
Carlos DARÓZ: <i>A Guerra do açúcar. As invasões holandesas no Brasil</i> , Rio de Janeiro, Biblioteca do Exército, 2016, 432 pp. ISBN: 9788570115652. Vitor Bianconi Menini.....	257
Roberto QUIRÓS ROSADO: <i>Monarquía de Oriente. La corte de Carlos III y el gobierno de Italia durante la Guerra de Sucesión Española</i> , Madrid, Marcial Pons Historia, 2017, 472 pp. ISBN: 9788416662166. Aitor Díaz Paredes.....	261
Bruno COLSON (ed.): <i>Napoleon: On War</i> , Oxford, Oxford University Press, 2015, 496 pp. ISBN: 9780199685561 Kathryn Heintzman.....	265
Fiona REID: <i>Medicine in First World War Europe: Soldiers, Medics, Pacifists</i> , New York-London, Bloomsbury, 2017, 263 pp. ISBN: 9781472510020 Pablo Aguirre Herráinz.....	269

Vicente CÁRCEL ORTÍ (ed.): <i>La II República y la Guerra Civil en el Archivo Secreto Vaticano [IV] Documentos de los años 1935 y 1936</i> , Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2016, 1.109 pp. ISBN: 978-84-220-1880-3.	
José Ramón Rodríguez Lago	274
James MATTHEWS: <i>Voces de la Trincheras. Cartas de combatientes republicanos en la Guerra Civil Española</i> , Madrid, Alianza Editorial, 2015, 272 pp. ISBN: 978-84-9104-001-9.	
Alejandro Muñoz Rumbero	278
Alfredo GONZÁLEZ RUIBAL: <i>Volver a las trincheras. Una arqueología de la Guerra Civil española</i> , Madrid, Alianza Editorial, 2016, 352 pp. ISBN: 9788491042372	282
Mariona Rovira Masplà	
David ALEGRE LORENZ: <i>La batalla de Teruel. Guerra total en España</i> , Madrid, La Esfera de los Libros, 2018, 493 pp. ISBN: 9788491642954.	
Carlos Gil Andrés	287
Tarak BARKAWI: <i>Soldiers of Empire. Indian and British Armies in World War II</i> , Cambridge, Cambridge University Press, 2017, Xviii, 321 pp. ISBN: 9781107169586	
Ángel Alcalde	291
Jeff RUTHERFORD: <i>La guerra de la infantería alemana, 1941-1944. Combate y genocidio en el Frente del Este</i> , Madrid, La Esfera de los Libros, 2017, 427 pp. ISBN: 9788491640004.	
Fernando Jiménez Herrera.....	295
Xosé Manoel NÚÑEZ SEIXAS: <i>Camarada invierno. Experiencia y memoria de la División Azul (1941-1945)</i> , Barcelona, Crítica, 2016, 575 pp. (4 mapas y 19 fotografías) ISBN: 918-84-9892-900-3	
David Alegre Lorenz.....	298
Cecilia NUBOLA: <i>Fasciste di Salò. Una storia giudiziaria</i> , Bari, Gius. Laterza & Figli, 2016, 219 pp. ISBN: 978-88-581-2376-8.	
Alberto Ausín Ciruelos.....	306
Bronson LONG: <i>No Easy Occupation: French Control of the German Saar, 1944-1947</i> , Rochester, Camden House, 2015, 268 pp. ISBN: 9781571139153.	
Jesse Kauffman.....	310
Roberto CEAMANOS: <i>El reparto de África. De la Conferencia de Berlín a los conflictos actuales</i> , Madrid, Casa África, 2016, 159 pp. ISBN: 978-84-9097-211-3.	
Alfonso Iglesias Amorín.....	313
Manuel BRAGANÇA y Peter TAME: <i>The Long Aftermath. Cultural Legacies of Europe at War. 1936-2016</i> , New York-Oxford, Berghahn Books, 2016, 388 pp., ISBN: 978-1-78238-153-2.	
Fátima Mariano.....	317
Javier RODRIGO: <i>La guerra fascista. Italia en la Guerra Civil española, 1936-1939</i> , Madrid, Alianza Editorial, 2016, 367 pp. ISBN: 978-84-9104-288-4.	
Antonio Miguez Macho.....	320

Dossier

**La lógica de la guerra
“irregular” en la Antigüedad**

Coord.:

Isaías Arrayás Morales

Universidad Autónoma de Barcelona, España

Carlos Heredia Chimeno

Kyoto Prefectural University, Japón

Presentación: La lógica de la guerra “irregular” en la Antigüedad*

Coords. Isaías Arrayás Morales
Universitat Autònoma de Barcelona, España

Isaias.Arrayas@uab.cat

Carlos Heredia Chimeno

Kyoto Prefectural University, Japón

Carlos.Heredia@uab.cat

En los últimos años, ha proliferado el interés sobre la Historia militar, apareciendo estudios que han ido más allá del simple y tradicional análisis descriptivo de batallas, armamento o tácticas bélicas. Hoy en día, los trabajos científicos abordan la Historia de la guerra desde ópticas diversas y específicas que contribuyen a una aproximación cada vez más completa y fidedigna a la realidad bélica de cada momento histórico. En este sentido, la propia *Revista Universitaria de Historia Militar* (RUHM) resulta un ejemplo paradigmático y exitoso, como demuestran sus seis años de vida.

El presente dossier es el primero que, en el marco de la RUHM, focaliza su atención en la Antigüedad, una larga y compleja etapa de la Historia en la que la guerra fue un fenómeno permanente y cotidiano que mediatizó la vida de las personas. De ahí la gran importancia del estudio de la guerra para una plena comprensión de las sociedades que se desarrollaron en tiempos antiguos. La temática concreta del presente dossier no es baladí, pues a través de los trabajos reunidos, un total de cuatro, se pretende abordar el fenómeno de la guerra desde su “irregularidad”, considerando algunos de sus aspectos más excepcionales y heterodoxos, que divergen de las normas habituales. En realidad, dicha “irregularidad” manifiesta contextos históricos complejos, algo inherente al comportamiento de toda sociedad humana.

En cualquier caso, se debe tener presente que lo “irregular” parte de un constructo historiográfico sustentado en una comparación, que busca definir todo aquello que se aparta de unas supuestas normas habituales, racionales y bien pensadas. Se trata de una perspectiva basada en una dicotomía simplista, que asocia lo “irregular” con prácticas sucias y tramposas, y por tanto etiquetables de inmorales, incorrectas, injustas o ilegales. En este sentido, hay que ser extremadamente prudente, pues esta noción de lo “irregular” está presente en las fuentes primarias, únicas evidencias con las que aproximarse al pasado, pero también en nuestro propio contexto, tendente igualmente a interpretar de una forma binaria y simplista la realidad. Por ello, en el título del presente dossier no hemos querido aludir solo a la “irregularidad” bélica, sino también subrayar su “lógica intrínseca”.

*La coordinación de este dossier forma parte de la actividad científica desarrollada por la unidad de Historia Antigua de la *Universitat Autònoma de Barcelona*, en el marco de los proyectos ministeriales HAR2013-41629-P y HAR2017-87488-R, y de los grupos de investigación SGR2014-1111 y SGR2017-234, en colaboración con la *Kyoto Prefectural University*, en el marco del proyecto 18F18001 (Grant-in-Aid for JSPS Research Fellows).

Así, a pesar de que lo “irregular” se vincula con lo inmoral, lo incorrecto, lo improvisado o, incluso, lo irracional, las cuatro contribuciones que conforman el dossier vienen a matizar esa visión de las cosas, a través del análisis de problemáticas específicas que parecen salirse de la norma y permiten reflexionar sobre qué es realmente “irregular”. La improvisación e irracionalidad de lo “irregular” quedaría en entredicho si observamos el uso instrumental del estatuto jurídico de la *ciuitas* que Roma pone en práctica en el último siglo de la República, tal y como plantea Christian Núñez. Esto también quedaría patente en la propia idea de la “guerrilla”, un modelo bélico absolutamente pensado para lograr la victoria, tal y como arguye Borja Antela en su contribución sobre la campaña de Alejandro Magno en Bactria y Sogdiana.

Además, como se ha dicho, la “irregularidad” sería el reflejo de la complejidad intrínseca de la misma sociedad que hay detrás. Así, tal y como se propone en el dossier, el observar circunstancias bélicas específicas caracterizadas por su “irregularidad” permite superar el carácter superficial de las explicaciones generales, que buscan definir períodos extensos y que tratan lo “regular”. Esto quedaría bien patente en la contribución de Adrià Muñoz, que aborda el complejo debate entre *stásis* y *pólemos* en el marco de las *póleis* anatólicas en el convulso período que sigue a la muerte de Alejandro Magno. Lo mismo puede decirse del trabajo firmado por Patricia Bou y M^a Teresa Ventura, que tratan la práctica, muy humana, de la desertión en el marco del Próximo Oriente de la primera mitad del II milenio a.C. Además, en este caso las autoras deben afrontar el estudio de unas fuentes documentales escasas y de difícil estudio, cuyo carácter mayormente público, tendente a ocultar cualquier indicio de debilidad militar y de prácticas heterodoxas, las haría deudoras de un constructo historiográfico que haría de la interpretación de lo “irregular” una auténtica búsqueda de lo “regular”.

El presente dossier, que aborda la cuestión de la guerra “irregular” en diversos períodos de la Antigüedad, del Próximo Oriente paleobabilónico a la Roma tardo-republicana, pasando por el mundo griego y helenístico, se compone de cuatro artículos y ha sido organizado siguiendo un criterio cronológico. De esta manera, el dossier se abre con la contribución de Patricia Bou, doctoranda en la *Université Lumière Lyon 2* (Francia), y M^a Teresa Ventura, arqueóloga y divulgadora, “La desertión en época paleobabilónica: ¿Una actividad irregular o frecuente? Análisis práctico a través de la documentación de los archivos de Mari y de Šemšāra”, en la que a partir de diversas cartas, enviadas por altos cargos del ejército y reyes, procedentes de los archivos reales de Mari (Tell Hariri) y Šemšāra, y datadas en la primera mitad del s. XVIII a.C., se intenta calibrar la frecuencia y la “irregularidad” de la desertión en el complejo contexto que se plantea en el Próximo Oriente durante el período paleobabilónico (ss. XX-XVI d.C.). Asimismo, se reflexiona sobre fenómenos conectados con la desertión, tales como el transfuguismo, y se deja patente el esfuerzo de los poderes fácticos por ocultar y minimizar cualquier episodio de desertión para evitar todo indicio de vulnerabilidad y adecuarse a la ortodoxia en la guerra.

A continuación, se abre el bloque temático relativo al mundo griego y helenístico, que ocupa un lugar central en el presente dossier, con el artículo “La ‘guerra sucia’ de Alejandro: las ‘guerrillas’ bactrio-sogdianas”, a cargo de Borja Antela, profesor en la *Universitat Autònoma de Barcelona*, que aborda la problemática en torno a las tácticas de “guerrilla” –por

tanto “irregulares”– que tuvo que afrontar el ejército macedónico de Alejandro Magno en su campaña en Bactria y Sogdiana. En este sentido, el autor realiza un detallado análisis de las fuentes literarias disponibles, que le llevan a replantear las conclusiones generalmente aceptadas por la investigación y a matizar una consideración negativa de esas tácticas. También relativo al mundo helenístico es el artículo de Adrià Muñoz, doctorando en la *Université Lumière Lyon 2*, “Entre *stásis* y *pólemos* en tiempos de transición: el documento de los sacrílegos”. En este trabajo se reflexiona sobre el vínculo entre conflictividad social y guerra en las *póleis* minorasiáticas en el tránsito del siglo IV al III a.C., un momento especialmente convulso en el Mediterráneo oriental marcado por el ocaso del Imperio persa y la formación de los reinos helenísticos. Para ello, el autor analiza diversa documentación escrita, principalmente epigráfica, en especial una significativa inscripción hallada en Éfeso, la llamada “inscripción de los sacrílegos” (*J.Ephesos* I.2), en la que se alude a unos disturbios desencadenados en Sardes durante una procesión en honor a Artemisa que comportaron la agresión contra los enviados sagrados de Éfeso y la profanación de las ofrendas a la diosa.

Cerrando el dossier encontramos el artículo de Christian Núñez, doctorando en la *Universitat Autònoma de Barcelona*, “La guerra como medio de obtención de la ciudadanía romana durante el período republicano”. Tras dos contribuciones dedicadas al mundo griego y helenístico, con este artículo se aborda la problemática de la guerra “irregular” en tiempos de la Roma republicana. El autor reflexiona sobre el uso instrumental por parte de Roma de las concesiones de la ciudadanía romana *uirtutis causa* a los *auxilia* hispanos que colaboraron en operaciones militares en tiempos tardo-republicanos. Se trata de una práctica del todo “irregular” que los *imperatores* utilizaron puntualmente para extraer réditos militares y clientelares y avanzar en los procesos de romanización de las regiones conquistadas. Así pues, el autor reflexiona a partir de una selección de casos concretos y una relectura de las fuentes literarias y también epigráficas, en especial el Bronce de Ascoli.

La deserción en época paleobabilónica: ¿Una actividad irregular o frecuente? Análisis práctico a través de la documentación de los archivos de Mari y de Šemšāra

Desertion during the Old Babylonian period: An irregular or frequent practice? Practical analysis based on the texts from the Mari and the Šemšāra archives

Patricia Bou Pérez

*Maison de l'Orient et de la Méditerranée,
Archéorient, Université Lumière Lyon 2, Francia*

Patricia.Bou-Perez@univ-lyon2.fr

María Teresa Ventura Herrera

Arqueóloga y divulgadora
ventura.herrera.maite@gmail.com

Resumen: El objetivo del presente artículo es analizar la imagen y presencia del desertor en los ejércitos de época paleobabilónica (cal. s. XX – XVI a.n.e.), aspecto que se encuentra subrepresentado en los textos de carácter público acadios, como en las inscripciones públicas y en los textos literarios, como la *Epopéya de Gilgameš*, que aunque esté fechado en una época anterior a la que aquí se analiza es un texto atemporal, ya que está presente en todos los períodos a partir de su aparición. Esta característica de las fuentes objeto de estudio se puede considerar normal y como una pauta si se tiene en cuenta que el objetivo de estas sociedades era el de mostrarse invulnerables y poderosas ante cualquier extranjero que visitara el reino. Así, para lograr este propósito se analizarán distintos documentos procedentes de los archivos reales de Mari (Tell Hariri) y de los archivos de Šemšāra (Tell Šemšāra), los cuales se corresponden con cartas enviadas por altos cargos del ejército, como Baḥdī-Līm, y reyes, como Samsī-Addu o Kuwari. Todos estos documentos han sido traducidos desde el acadio al castellano para aportar una mejor aproximación a éstos, ofreciendo su correspondiente transcripción. Sin embargo, antes de proceder a la exposición del caso a partir de los textos seleccionados se ha considerado oportuno incluir un breve contexto histórico, así como una breve explicación de los archivos de donde proceden las tablillas; además, se ha decidido incluir un análisis de todos los términos acadios empleados para hacer referencia a la deserción o al desertor. Con todo ello se pretende conseguir una mejor comprensión tanto de los documentos que se han seleccionado como de la representación de la deserción o el deser-

tor en el ya mencionado contexto histórico. La finalidad de todos estos análisis es demostrar que la desertión es una práctica regular dentro de la irregularidad con la que queda representada en las fuentes paleobabilónicas de carácter público.

Palabras clave: desertor, *pāterum*, Mari, Šemšāra, archivos, época paleobabilónica.

Abstract: This paper aims to analyse the image and the presence of deserters in the armies of the Old Babylonian period (c. XX – XVI cal. B.C.E.), somewhat underrepresented in the Akkadian public texts, as public inscriptions or literary texts. As an example, we can evoke the *Epic of Gilgamesh*, a text dating from an older period but that we can classify as a timeless document, because it is present in all the periods since its literary creation. If we consider that the aim of these societies was to show to foreigners that they were invulnerable and powerful, we can then consider this characteristic of these sources as normal and as a guideline. Therefore, to achieve the objectives of this paper, we will analyse different documents from the royal archives of Mari (Tell Hariri) and from the Šemšāra archives (Tell Šemšāra), which correspond to letters sent by the upper ranks of the armies, like Baḥdî-Lîm, and the kings, like Samsî-Addu or Kuwari. We will expose all these texts translated from Akkadian to Spanish, in order to provide a better approximation to them; also, we will offer its corresponding transcription. However, before proceeding to expose the subject from the selected documents, we have considered opportune to include a brief historic context of the Old Babylonian period and a concise summary of the two archives from which the tablets come; furthermore, we have decided to do an analysis of all the Akkadian words which were used to refer the desertion or the deserter. With all of this, we intend to achieve a better comprehension of both selected documents and the representation of the desertion and the deserter. The final purpose of all these analysis is to prove that desertion was a regular practice within the irregularity with which was represented in the Old Babylonian sources.

Keywords: Deserter, *pāterum*, Mari, Šemšāra, archives, Old Babylonian period.

Para citar este artículo: Patricia BOU PÉREZ y María Teresa VENTURA HERRE-RA: “La desertión en época paleobabilónica ¿Una actividad irregular o frecuente? Análisis práctico a través de la documentación de los archivos de Mari y de Šemšāra”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 7, N° 14(2018), pp. 13-34.

Recibido: 30/10/2017

Aprobado: 15/01/2018

La deserción en época paleobabilónica: ¿Una actividad irregular o frecuente? Análisis práctico a través de la documentación de los archivos de Mari y de Šemšāra

Patricia Bou Pérez

*Maison de l'Orient et de la Méditerranée,
Archéorient, Université Lumière Lyon 2, Francia*

María Teresa Ventura Herrera

Arqueóloga y divulgadora

Contexto crono-cultural de los archivos

Para llevar a cabo el estudio aquí planteado se han seleccionado nueve textos pertenecientes a dos archivos distintos: los archivos reales de Mari y los de Šemšāra. La mayor parte de la documentación hallada en ambos archivos se contextualiza en el período paleobabilónico (cal. s. XVIII a.n.e.).

El contexto sociopolítico de esta época se caracteriza por un entorno altamente mutable, desencadenado por la decadencia de Sumer a raíz de las muchas rebeliones que la fueron debilitando y de las continuas incursiones procedentes del oeste, que aprovecharon el vacío de poder creado por la caída de Ur III.¹ De esta forma, amorreos y elamitas fueron apoderándose de las tierras que quedaron deshabitadas a causa de esta inestabilidad, lo que permitió el auge de las ciudades del sur. Dentro del grupo amorreo encontramos tanto a benjaminitas como a suteos, los cuales se asentaron en tierras de dominio mariota y babilónico.² Estos establecieron relaciones sociales con las mencionadas ciudades, aunque no siempre acabaron entendiéndose.

* Nos gustaría agradecer a P. Abrahami, *Maître de Conférences* en la *Université Lumière Lyon 2*, y a los revisores anónimos del artículo, por sus consejos, indicaciones y sugerencias.

* En el artículo se han utilizado las siguientes abreviaciones: ARM (*Archives Royales de Mari*); ShA (*Shemshara Archives*); FM (*Florilegium Marianum*); AbB (*Altbabylonische Briefe*); CAD (*The Assyrian Dictionary of the Oriental Institute of the University of Chicago*); RAE (Real Academia Española de la lengua).

* Todos los textos que aquí se exponen han sido traducidos del acadio al castellano por Patricia Bou Pérez.

¹ Para profundizar sobre el contexto sociopolítico de dicha época, cf. Dominique CHARPIN y Nele ZIEGLER: *Florilegium Marianum V: Mari et le Proche-Orient à l'époque amorrite. Essai d'histoire politique (Mémoires de N.A.B.U. 6)*, París, SEPOA, 2003; Dominique CHARPIN et. al.: *Mesopotamien. Die Altbabylonische Zeit*, Friburgo, Vandenhoeck & Ruprecht Göttingen, 2004; Wolfgang HEIMPEL: *Letters to the King of Mari*, Indiana, Eisenbrauns, 2003.

² Bertrand LAFONT: "Relations internationales, alliances et diplomatie au temps des rois de Mari", en Jean-Marie DURAND y Dominique CHARPIN (dir.), *Amurru 2, Mari, Ebla et les Hourrites, Dix ans de travaux*, París, 2001, pp. 213-328.

Ello queda demostrado por los diferentes conflictos entre, por ejemplo, benjaminitas y mario-tas,³ cuyas reyertas se debieron a discrepancias sociopolíticas y a la inclusión forzosa de hombres de estas tribus en el reclutamiento militar.

En el mencionado proceso de cambio social que se dio en época paleobabilónica se destaca la ciudad de Mari.

a) *Los archivos reales de Mari.*

La ciudad de Mari (Tell Hariri), cuya cronología se extiende aproximadamente desde el 2900 al 1760 a.n.e., se sitúa en la actual frontera sirio-iraquí, próxima al río Éufrates.⁴ Esta ubicación dotó a esta ciudad de un papel estratégico a nivel comercial, ya que las importaciones hacia Mesopotamia de ciertas materias primas, como la madera, debían pasar obligatoriamente por este enclave.

Durante las excavaciones arqueológicas iniciadas en 1933 se halló el palacio real en los últimos niveles del tell.⁵ Este descubrimiento permitió localizar los archivos reales, que convertirían al período paleobabilónico en uno de los mejor documentados de la historia del Próximo Oriente antiguo. Estos archivos cuentan con aproximadamente 25.000 tablillas cuneiformes escritas en acadio⁶ que conciernen a la primera mitad del siglo XVIII cal. a.n.e.⁷ Entre la documentación hallada en estos archivos se encuentran representados textos de diferente índole, a saber: textos administrativos, económicos, judiciales y cartas.⁸ Esta última tipología es el tipo de texto más abundante, llegando a representar un tercio de la totalidad de la documentación.⁹

En lo que concierne a la temática de los documentos, una de las mejores representadas son las relaciones y conflictos con otros reinos o tribus, ya que durante el período de dominación por parte de Samsî-Addu (1796-1776 cal. a.n.e.) y hasta el reinado de Zimrî-Lîm (1775-1762 cal. a.n.e.) tuvieron lugar diversas campañas militares con distintos objetivos, de las que tenemos constancia en gran medida gracias a esta documentación.¹⁰ Así pues, las cartas que conciernen al período de Samsî-Addu están relacionadas con sus campañas de conquista por la zona de la

³ Sobre la cuestión de las parcialidades amorreas, cf. Jean-Marie DURAND: "Unités et diversité au Proche-Orient à l'époque amorrite", en Dominique CHARPIN y Francis Joannès (ed.), *La circulation des biens, des personnes et des idées dans le Proche-Orient ancien: actes de la XXXVIIIe rencontre assyriologique internationale*, París, éditions Recherche sur les civilisations, 1992, pp. 97-128.

⁴ Philippe ABRAHAMI: *L'armée à Mari*, Tesis doctoral, Université Paris I Panthéon-Sorbonne, 1997, p. 1; Jean-Claude MARGUERON: *Mari, Métropole de l'Euphrate au III^e et au début du II^e millénaire av. J.-C.*, París, Éditions A. et J. Picard, 2004, p. 31.

⁵ Lester L. GRABBE: "Introduction and Overview", en Lester L. GRABBE y Alice Ogden BELLIS (eds), *The Priests in the Prophets: The Portrayal of Priests, Prophets, and Other Religious Specialists in the Latter Prophets*, Londres, T&T Clark International, 2004, p. 47.

⁶ Lester L. GRABBE: *op. cit.*, p. 47.

⁷ Mario LIVERANI: *El Antiguo Oriente. Historia, Sociedad y economía*, Barcelona, Crítica, 1995, p. 299.

⁸ Lester L. GRABBE: *op. cit.*, p. 48.

⁹ Philippe ABRAHAMI: *op. cit.*, p. 1.

¹⁰ Dominique CHARPIN: "Les archives d'époque assyrienne dans le palais de Mari", *MARI* 4, 1985, pp. 243-268.

Alta Mesopotamia. Por otro lado, las que se enmarcan en el reinado de Zimrî-Lîm dan testimonio sobre todo de los conflictos con algunas de las tribus que se encontraban en territorio mariota, así como de las campañas impulsadas especialmente por Hammurabi de Babilonia. Cabe añadir que el monarca babilónico mantuvo en un inicio una alianza con los mariotas, la cual tocó a su fin en el último año de reinado de Zimrî-Lîm, momento en el que Mari fue arrasada por el ejército de Hammurabi.¹¹

Finalmente, cabe mencionar que la transcripción y traducción de estas tablillas se está llevando a cabo en los volúmenes denominados *Archives Royales de Mari* (ARM) y en *Florilegium Marianum* (FM). Del mismo modo, se está procediendo a la digitalización de esta valiosa información en el proyecto *Archibab*, donde se pueden consultar las transcripciones y las traducciones de dichas tablillas, algunas de las cuales cuentan con un enlace hacia el proyecto *Cuneiform Digital Library Initiative* (CDLI), donde se puede consultar la digitalización del soporte de escritura. Empero, la totalidad de estos archivos no se encuentra todavía transcrita ni traducida, por lo que las hipótesis realizadas a partir de estos se ven sometidas a una continua revisión a medida que las tablillas van aportando nueva información.

b) *Los archivos de Šemsāra.*

El yacimiento de Šemsāra (Tell Šemsāra) se sitúa próximo al río Pequeño Zab, tributario del Tigris, al noroeste de Irak. Cabe añadir que, al igual que Mari, se situaba en un lugar estratégico, pues se encuentra en la única entrada obvia desde el este a la llanura y es un lugar fácilmente defendible;¹² es por ello por lo que la región circundante se denominaba *māt Utêm*.¹³ Su ocupación se inició en el período de Hassuna (VI milenio cal. a.n.e.). No obstante, el arco temporal que nos interesa para llevar a cabo nuestro estudio es el que corresponde a la época paleobabilónica.

En lo que concierne a su historia arqueológica Šemsāra fue descubierta en el año 1955, pero sus excavaciones no se iniciaron hasta 1957 y se fueron sucediendo hasta 1959. Las primeras campañas fueron propulsadas por un equipo de arqueólogos daneses dirigidos por Harold Ingholt y Jørgen Læssøe. Durante estas campañas es cuando se excavó una pequeña parte del palacio, situado en la ciudad baja. Es en este palacio donde se halló el archivo de época paleobabilónica, compuesto por 146 tablillas y algunos sellos.¹⁴

Los documentos escritos que se encontraron en el archivo del palacio corresponden sobre todo a cartas que atañen al período de Samsî-Addu, en especial a los años finales de su rei-

¹¹ Philippe ABRAHAMI: *op. cit.*, p. 3; Dominique CHARPIN y Nele ZIEGLER: *op. cit.*, pp. 242-243.

¹² Jesper EIDEM y Jørgen LÆSSØE: *The Shemshara archives 1. The letters*, Copenhagen, Kongelige Danske videnskabernes selskab, 2001, p. 23.

¹³ Marc VAN DE MIEROOP: "Credit as a Facilitator of Exchange in Old Babylonian Mesopotamia", en Michael HUDSON y Marc VAN DE MIEROOP (eds.), *Debt and Economic Renewal in the Ancient Near East*, Bethesda, CDL Press, p. 131.

¹⁴ Jesper EIDEM y Jørgen LÆSSØE: *op. cit.*, p. 13.

nado,¹⁵ aunque también encontramos en menor medida documentación administrativa. Respecto a las cartas, estas están dirigidas en su mayoría a Kuwari, quien por entonces era rey de Šemšāra. Por otro lado, los emisores de dichas epístolas son variados, encontrando a personalidades como el propio Samsî-Addu, sus generales u otros reyes. Asimismo, estos documentos permitieron determinar distintos aspectos sobre la ciudad, como por ejemplo que se designaba bajo el nombre de Šušarra, que fue capital de la región denominada *māt Utēm*, o que estaba gobernada por Kuwari.

En lo que a eventos históricos se refiere, estos archivos nos proporcionan sobre todo información sobre los turuqueos, quienes huían de los guti. Otro de los aspectos que se desprende de estos textos es la posición de Šemšāra en las campañas llevadas a cabo por Samsî-Addu y, en especial, el papel que desempeñó su rey, a quien se le reprocha continuamente su pasividad ante las peticiones de ayuda de Samsî-Addu o de sus generales.

Actualmente, la publicación de todos estos documentos se ha realizado en las obras *The Shemshara Archive 1. The letters*, por J. Eidem y J. Læssøe, y *The Shemshara Archive 2. The administrative texts*, por J. Eidem. Finalmente, cabe comentar que, aunque se hayan traducido y publicado todos los textos hallados hasta la fecha, aún quedan por realizar estudios que pongan en relación los documentos de Mari y los de Šemšāra, lo que nos permitiría comprender mejor el período en el que se contextualizan ambos.¹⁶

La deserción

La deserción es una acción que, a pesar de lo que dejan entrever los textos públicos de la antigüedad, era común en todos los ejércitos, lo que nos permite decir que era una práctica “regular” dentro de la “irregularidad” con la que queda expresada en estas fuentes. La época de estudio que aquí nos atañe no queda fuera de esta constante.

Las escasas referencias a la deserción en la documentación paleobabilónica se deben en primer lugar a su carácter negativo. Los documentos destinados al público, sobre todo a embajadores y dignatarios de otros reinos o los relatos literarios, debían mostrar y ser capaces de generar una opinión positiva tanto del propio reino como del ejército y de la “profesión” militar. Todo ello buscaba dar a entender a los foráneos que el ejército en cuestión era invulnerable y poderoso. No obstante, hay un tipo de documentación que sí menciona las deserciones sin prácticamente ningún tapujo: las cartas. Este tipo de texto, de carácter privado, concierne sobre todo a los altos cargos del ejército y a los reyes, quienes se transmitían todo tipo de información relevante de carácter militar o concerniente a los soldados. Por ende, a falta de otro tipo de documentación, el análisis que aquí se expone será llevado a cabo únicamente a partir de la correspondencia.

¹⁵ *Ibidem*, p. 16; Marc VAN DE MIEROOP: *op. cit.*, p. 130-134.

¹⁶ Jesper EIDEM y Jørgen LÆSSØE: *op. cit.*, p. 16.

a) *La deserción: definición y análisis de los términos acadios.*

Antes de proceder a analizar los términos acadios utilizados para designar la deserción, la acción de desertar o a un desertor se citará la definición de dicho vocablo ofrecida por la RAE, para tenerla presente durante el actual estudio: «Desamparar, abandonar sus banderas». Sin embargo, debemos matizar esta definición, pues no se debe confundir a un desertor con un tráfugo: mientras en el primer caso el individuo abandona el conflicto, en el segundo se produce un cambio de bando, lo que también se podría considerar como una traición. Por ende, un desertor es todo aquél que huye de una guerra, lo que es una acción totalmente natural, ya que huir del peligro es un instinto propio de todos los seres vivos.

Si nos centramos en la lengua acadia encontramos que la palabra y el concepto de desertar, desertor y deserción existen como tales, lo que nos conduce a pensar que, naturalmente, estos episodios se producían en el seno de estos ejércitos. Para empezar debemos remitirnos al verbo acadio *paṭārum*, cuyo principal significado según el CAD es «desatar» o «liberar». No obstante, una de las acepciones que registra dicho diccionario es la de «romper un trato», «des-hacer un acuerdo» o «abandonar un deber o responsabilidad». Estos últimos significados son cercanos al concepto de desertar, puesto que este implica en cierta medida abandonar el deber de participar en la guerra o huir durante su transcurso.¹⁷ El uso de este verbo para designar el acto de desertar podría también deberse a la similitud conceptual que existiría entre el término desertar y romper un trato en la mentalidad propia de la época paleobabilónica. Este punto nos conduce a pensar en la gravedad de protagonizar una deserción para con el reino en cuestión, puesto que mantener la palabra en un trato era de suma importancia, tal y como se desprende de documentos que conciernen a tratados entre reinos, como el L87-150 de Tell-Leilan.¹⁸

Igualmente, otros son los documentos donde hallamos referencias a la acción de desertar. Por ejemplo, encontramos el término *naṭartum*, exclusivo del acadio mariota y que queda atestiguado en documentos como ARM 6 30. Se trata de un vocablo que si lo analizamos podemos comprobar que derivaría del verbo acadio *paṭārum*, del que hemos hablado anteriormente.

Otro término importante en relación con este tema es *pāterum*, que no designa la deserción, sino al desertor. Asimismo, esta palabra procedería del mismo verbo analizado anteriormente: *paṭārum*. Un aspecto relevante, y que diferencia a *pāterum* de *naṭartum*, es que en este caso también puede estar haciendo referencia a un soldado que ha sido desmovilizado, lo que reforzaría de nuevo la conexión de este vocablo con el verbo *paṭārum*, ya que un soldado desmovilizado queda liberado de sus obligaciones durante ese período.

¹⁷ Recordemos que en época paleobabilónica todo hombre en edad de blandir un arma estaba obligado a marchar a la guerra en caso de requerimiento.

¹⁸ Dominique CHARPIN: “Le Prix de rachat des captifs d’après les archives paléo-babyloniennes”, en Zoltan Csabai (ed.), *Studies in Economic and Social History of the Ancient Near East in Memory of Péter Vargyas*, Budapest, L’Harmattan, 2014, p. 194.

De igual modo, aún debemos sumar a esta lista otros términos que hacen referencia a la deserción y que están atestiguados en nuestra época de estudio. Por consiguiente, debemos mencionar *nabalkattum*, el cual es interesante debido a que hace referencia tanto a una rebelión como a una insurrección. En efecto, una deserción, como se ha comentado anteriormente, podría ser una acción tan grave como lo pueden ser una rebelión o una insurrección. Tal y como ocurre con los anteriores sustantivos, si se prosigue con el análisis se puede observar que esta forma también deriva de un verbo: *nabalkutum*. Sin embargo, ninguna de las definiciones ofrecidas por el CAD hace referencia directa a la acción de desertar. La primera connotación que encontramos para este verbo es «cruzar», pero también existen otros significados que se ciñen más a nuestro estudio, como «retirada» (que entendemos que se enmarca en una autorización). A pesar de esto, el significado más relevante es el de «cambiar de bando», el cual se pone en relación con el significado de tráfugo. Así pues, llegados a este punto del análisis de *nabalkutum* podemos plantear la posibilidad de traducir *nabalkattum* por tráfugo siempre que el contexto lo permita.

Finalmente, encontramos una última palabra en relación directa con desertar: *nis̄tum*. Esta la encontramos atestada en el código de Hammurabi, y es un término relacionado con el verbo *naḥ̄sum*, que el diccionario CAD traduce como retroceder o retirarse militarmente, acepción que se puede ligar con el significado derivado de *nis̄tum*.

Tras el breve análisis de los distintos términos relacionados con la deserción se observan varios hechos. El primer aspecto que podemos notar está relacionado con la formación de las palabras y la derivación de sus significados, puesto que salta a la vista que la mayoría de los sustantivos derivan probablemente de las formas verbales utilizadas para designar la acción de desertar. El segundo hecho a tener en cuenta es que los significados desertar, deserción o desertor no están recogidos en los diccionarios acadios como principales, sino como significados secundarios que posiblemente fueron derivados del significado principal del término en cuestión. Al fin y al cabo, la relación en el significado de todas las entradas de los vocablos analizados es más que evidente, tal y como se ha ido exponiendo a lo largo del análisis.

Además de las palabras citadas con anterioridad, que hacen referencia de forma directa a los desertores o a la acción de desertar, encontramos en los textos el uso de otros términos menos directos, como *ab̄tum*, que quiere decir «salir corriendo, huir»¹⁹, y el verbo *aḫ̄kum*, que significa «ir». Estas son palabras donde la connotación de desertar viene dada por el propio contexto. A pesar de no ser verbos que designen el concepto de desertar de forma directa deben ser mencionados dado su uso corriente para evocar dicha acción.

b) *Análisis de los documentos escritos: los archivos reales de Mari y los de Šemšara*

¹⁹ En este sentido, cabe mencionar que los huidos, fugitivos o desertores, cuando huían acababan por entrar en una categoría que en época paleobabilónica adquiría el nombre de *ḥapirum*. Este término ha sido discutido por diferentes investigadores, tal y como podemos ver en Leticia ROVIRA: “ḥapirum y munnabtum: identidades “en fuga” a partir de las fuentes de Mari (siglo XVIII a.C.)”, en Jordi VIDAL (dir.), *HISTORIAE*, vol. 13, 2016, pp. 21-30.

A continuación expondremos el análisis de nueve textos donde aparece de algún modo la figura del desertor. Seis de ellos corresponden a las tablillas halladas en los archivos reales de Mari y los otros tres a las encontradas en las excavaciones de Tell Šemsāra.

No obstante, antes de empezar con el análisis de los textos conviene señalar que la formación de los ejércitos²⁰ en época paleobabilónica tenía lugar en base a un servicio militar obligatorio con el que debían cumplir todos los varones en edad y condiciones físicas adecuadas para blandir un arma y desplazarse a largas distancias. A pesar de que en estos ejércitos encontramos ya una pequeña sección de soldados profesionales, el grueso estaba formado por hombres cuya principal actividad profesional no estaba relacionada con la guerra. Un sector abundante de esta categoría eran aquellos hombres ligados al servicio militar a partir del *ilkum*. Podemos definir dicho sistema como un método de pago por los servicios militares,²¹ pero que a su vez nos impide considerar al hombre que disfrutaba de este como un soldado profesional. Así, el *ilkum* era un sistema donde se intercambiaban unos servicios por un beneficio que ejercía como medio de pago: el usufructo de una tierra de cultivo asignada al individuo en cuestión. Cabe matizar que la persona beneficiaria del *ilkum* no era en ningún caso propietaria de las tierras, sino el palacio; de este modo, las personas ligadas a este sistema no tenían derecho a dar las tierras en herencia, ni tampoco a alquilarlas o a venderlas.²² Además, el individuo podía ser desplazado a otros campos en función de lo que el palacio requiriera. Sin embargo, debemos señalar que no todos los soldados estaban pagados con este sistema, ya que los que estaban en la reserva o eran suplementarios eran pagados con raciones alimenticias.²³

Tras esta pequeña explicación sobre la composición de los ejércitos debemos mencionar que en caso de campaña militar o de declaración de guerra se procedía a convocar a una parte

²⁰ Para ampliar más sobre el tema de los ejércitos en época paleobabilónica, cf. Philippe ABRAHAMI, *op. cit.*, 1997; Philippe ABRAHAMI y Laura BATTINI: *Les armées du Proche-Orient ancien (III^e-I^{er} mil. Av. J.-C.)*, Oxford, John and Erica Hedges Ltd., 2008; en Dominique CHARPIN et al. (ed.), *Mesopotamien. Die altbabylonische Zeit*, Fribourg, Vandenhoeck & Ruprecht Göttingen, 2004; Jean-Marie DURAND: *Les documents épistolaires du palais de Mari (LAPO 17)*, París, Les éditions du Cerf, 1998; Dominique CHARPIN: "Histoire politique du Proche-Orient amorrite"; Marten STOL: "Wirtschaft und Gesellschaft in Altbabylonischer Zeit" en Dominique CHARPIN et al. (ed.), *Mesopotamien. Die altbabylonische Zeit*, Fribourg, Vandenhoeck & Ruprecht Göttingen, 2004; Jordi VIDAL: "Mercenarios en los ejércitos paleobabilónicos", en Antonio ESPINO (ed.), *Nuevas fronteras de la Historia de la Guerra*, Zaragoza, Libros Pórtico, 2014, pp. 1-14; Jordi VIDAL: "Dioses en los campos de batalla del Próximo Oriente en época paleobabilónica", en Borja ANTELA y Jordi VIDAL (ed.), *Guerra y Religión en el Mundo Antiguo*, Zaragoza, Libros Pórtico, 2015, pp. 1-12; Jordi VIDAL: "La guerra de asedio en el período paleobabilónico según los textos de Mari", en Borja ANTELA y Jordi VIDAL, *Fortificaciones y Guerra de Asedio en el Mundo Antiguo*, Zaragoza, Libros Pórtico, 2012, pp. 21-38.

²¹ Los servicios militares no eran los únicos pagados a partir de este sistema, tenemos cartas que atestiguan otros tipos de trabajos que también eran beneficiarios del *ilkum*, tal y como atestigua el documento AbB 9 193.

²² Katrien DE GRAEF: "An account of the redistribution of land to soldiers in late Old Babylonian Sippar-Amnānum", *Journal of the Economic and Social History of the Orient*, 45:2 (2002), p. 156.

²³ Dominique CHARPIN: "Histoire Politique du Proche-Orient amorrite (2002-1595)", en Dominique CHARPIN et al., *Mesopotamien. Die altbabylonische Zeit*, Friburgo, Academic Press, 2004, p. 280.

de los hombres o a todos ellos, dependiendo de los objetivos del rey. Dicho esto, cabe destacar que algunas ciudades realizaban censos militares que debieron facilitar la llamada a las armas, siendo Mari el caso paradigmático en este modo de proceder. De hecho, en el acadio mariota encontramos el término *tēbibtum*²⁴ para designar explícitamente dichos censos.

En lo que concierne a la ciudad de Mari, la realización de los censos militares era uno de los primeros momentos en los que podía darse una deserción. Este hecho se explica porque el ser inscrito en estas listas implicaba tener constancia por parte de palacio de que el varón en cuestión tenía una edad y una condición física adecuadas para ser llamado a las armas. En este sentido, el siguiente texto²⁵ es un claro ejemplo de deserciones en este preciso momento:

Dile a mi Señor: (así habla) Yaqqim-Addu, tu servidor.

Cuando mi Señor vino desde Zinatum a Terqa, yo alcancé Saggarâtum y reprendí a los habitantes tal que así: «Aquél que escondió a su hijo o hermano durante el censo militar, debería de inscribirlo; de lo contrario, si (en un término de) uno o dos años ese hombre es descubierto, será condenado a muerte sin que pueda recurrir». Esto les dije.

Hice llevar (la lista) a mi Señor:

- [...], jardinero.
- Ili-annu, jardinero.
- Warad-Šamaš, comerciante.
- Warad-Kubi, comerciante.
- Qišti-Mamma, aislado.
- Yaḥiya, fabricante de arcos.
- Nušabu, movilizable.
- Rim-Eštar, suplente.

Total: ocho hombres, adición.

Mi Señor debería añadirlos a la lista.²⁶

²⁴ El análisis de este término ha generado muchas controversias, puesto que solo adquiere el significado de «censo militar» en Mari. En el resto de ciudades quiere decir «purificación». Igualmente, cabe mencionar que esta palabra proviene del verbo *ebēbum*, que significa «tomarse puro», salvo en el caso de Mari, donde tiene el significado de «censo». El hecho de encontrar una palabra específica para designar «censo» y «censo» en el caso de Mari ha hecho pensar que los censos militares eran exclusivos de esta ciudad. Por el momento parece ser que podría haber sido así, aunque se piensa que Babilonia pudo haber utilizado un sistema similar para tener un control más directo sobre la población masculina disponible.

²⁵ En las traducciones se han utilizado paréntesis para incluir conceptos que facilitan la comprensión de la oración en castellano y corchetes para indicar que falta texto porque el fragmento en cuestión se encuentra en mal estado.

²⁶ ARM 14 61, 1-23: *a-na be-lí-ia qí-bí-ma, [u]m-ma ia-qí-im-^dŠKUR, [l]R-ka-a-ma, i-nu-ma be-lí iš-tu zi-ib-na-tim^{ki}, a-na ter-qa^{ki} ú-še-še-ru, a-na sa-ḡa-ra-tim^{ki} ak-šu-[d]am-ma, DUMU.MEŠ a-lim^{ki} ú-sà-an-ni-iq, um-ma a-na-ku-ma [š]a i-na pa-an te-bi-ib-tim, a-ḡa-šu ú-lu-ú [D]UMU-šu ú-sà-am-mi-šu, [l]i-ša-āš-ṭe₄-er-[š]u ú-la-šu-ma, [a-na MU 1.K]AM MU 2.[K]AM LÚ šu-ú in-na-mar-ma, [i-ma-at ú-u] i-ba-lu-ut, [an-né-tim aq-bi-šu-n]u-ší-im « Final destruido », a-na še-er be-lí-ia ú-š]a-bi-lam, [...]. NU.GIŠ.KIRI₆, [i²-l]i²-an-nu NU.GIŠ.KIRI₆, [l]R².^dUTU DAM.GÀR l]R-ku-bi DAM.GÀR, [l]qí-iš-ti^dma-am-ma LÚ.DIDL, [l]ia-hi-ia^{lu}G[IR], [l]nu-ša-bu pí-ḡ-rum, [l]i-im-iš-ṭar^{lu}DI[RI].GA, ŠU.NIGI[N] 8 LÚ.MEŠ te-er-di-tum, a-na ṭup-pa-tim be-lí li-ri-id-di-šu-nu-ti.*

En primer lugar, podemos observar el uso del verbo esconder para hacer referencia a un desertor. Esto nos hace pensar que la desertión en este momento podía implicar a más de una persona, como por ejemplo familiares que quisieran evitar que su hijo o hermano tuvieran que asistir a una contienda donde el riesgo de no volver con vida era muy elevado y, por ende, acabarían ayudándolo a esconderse. Es por este motivo que en esta carta el verbo utilizado es esconder, pero a ojos de los altos cargos del ejército y del palacio nos encontramos ante un caso de desertión.

Del mismo modo, este documento es interesante porque nos ofrece una lista con el nombre y la profesión de ocho individuos que no fueron inscritos en los censos; lo que permitiría llevar a cabo estudios prosopográficos. Además, en el caso del presente artículo, este texto nos permite demostrar el carácter diversificado de las profesiones ejercidas por los hombres obligados a realizar el servicio militar, entre los que encontramos jardineros, comerciantes y fabricantes de arcos.

En este sentido, es necesario puntualizar que la traducción de algunas profesiones es compleja, en este caso concreto la categoría de “aislado”, al no dejar clara su naturaleza en los contextos en los que aparece, como en las listas censales que aquí se exponen, es difícil interpretar exactamente su significado, por lo que aún hoy en día se encuentra en discusión académica. Sin embargo, podríamos plantear como hipótesis la existencia de una relación entre la mencionada categoría y los mercenarios, de los cuales conocemos su existencia en esta época, pero no el vocablo para designarlos. Considerando esta visión siempre como una hipótesis, podría ser que “aislado” estuviera haciendo referencia al nombre de la unidad y/u origen de los soldados, por lo que los soldados mercenarios podrían haber sido considerados como “aislados”, pues su trabajo sería la guerra y su origen sería heterogéneo.

Otro documento que ejemplifica que la desertión podía darse en este momento y que demuestra que lo descrito en el anterior texto no es un caso aislado es el que se expone a continuación:

Dile a mi Señor: (así habla) Yaqqim-Addu, tu servidor.

Otrora, Ka'li-Ilumma de Barḥan vino y me dijo esto: «Existe una tropa en Barḥan que se ha escondido antes de (que se hiciera) el censo (militar)». Esto (me dijo) Ka'li-Ilumma. He enviado a este hombre y a Idin-Išara, el administrador, ante mi Señor. Mi Señor los investigó y me envió lo siguiente: «Inscribe a (todo) hombre (así como) su ocupación y envíame rápidamente (la tablilla)». Esto me dijo mi Señor.

- Rip'i-Dagan, aislado.
- Belanum, noble.
- Dadanum, aislado.
- Qišti-Ili, campesino.
- Kibir-Ea, aislado.
- Yazrah-El, mercante.

- Ga'ašum, aislado.
- Yarih-Abum, aislado.

Total: ocho hombres de Barḥan, adición.

Yo castigué e inscribí a (estos) hombres en presencia de Ka'li-Illumma y el administrador para que mi Señor pueda añadirlos a la lista.²⁷

En este ejemplo volvemos a encontrar una lista con los hombres que desertaron antes de realizar el censo militar de Barḥan. Sin embargo, una diferencia notable con el documento ARM 14 61 es que tras haber encontrado a los desertores los inscribieron en el censo y los castigaron. Sin embargo, desconocemos la naturaleza de la pena que les fue impuesta, pero dado que fueron inscritos en el censo podemos descartar que se les castigara con la muerte.

La segunda situación donde se podía dar la deserción era estando de servicio. En este punto cabe matizar que la deserción podía producirse durante la movilización, es decir, estando de servicio en alguna fortaleza, puesto avanzado o fronterizo, de patrulla, en el campamento militar o durante la batalla. No obstante, en este último supuesto pocas son las fuentes que mencionen casos, sobre todo porque pocos son los textos que describan las batallas a campo abierto o den detalles muy exhaustivos de todo lo que ocurrió durante un asedio, pero también simplemente porque a veces la información que se ofrece en la tablilla es superficial y no concreta el lugar ni el momento en el que se produjo la deserción.

A continuación vamos a analizar diversas cartas halladas en los archivos de Mari que atestiguan deserciones acaecidas en el último contexto expuesto. El primer texto concierne a Baḥdî-Lîm y a su Señor, quien en este caso es Zimrî-Lîm:

Dile a mi Señor: (así habla) Baḥdî-Lîm, tu servidor.

El general de Yamḥad me comunicó (lo siguiente): «Cuatro hombres se han ido de mi tropa; los mandaré perseguir. Escribe a tu Señor (exponiendo) que esos hombres se perdieron para que (esos) hombres no salgan del país». Esto es lo que el general de Yamḥad me dijo.

Dado que ahora mi Señor se encuentra en el distrito de arriba, debería emitir una orden a Kibrî-Dagan y a Yaqqim-Addu (para que) esos hombres no salgan del país. Cuando sean capturados y hechos prisioneros deberían traerlos (aquí) para que sean escarmentados.²⁸

²⁷ ARM 14 62, 1-31: *a-na be-lî-ia qî-bî-ma, um-ma ia-qî-im*^d IŠKUR, [l]R-ka-a-ma, i-ḥn) a pa-ni-tim^l ka-a-li-i-lu-ma LÚ bar-ḥa-ar^{ki}, il-lî-kam-ma ki-a-am iq-bé-e-em, um-ma-a-mi ṣa-bu-um la ṣa-aṭ-ru-tum, ṣa i-na pa-an-te-bi-ib-tim is-sà-am-šu, i-na bar-ḥa-ar^{ki} i-ba-aš-šu-ú, an-ni-tam ka-a-li-i-lu-ma, LÚ ṣa-a-ti ù i-din^d iš-ḥa-ra^{lu} NU.BANDA₃, *a-na ṣe-er be-lî-ia, aṭ-ṭà-ar-dam be-lî ú-sà-an-ni-iq-šu-nu-ḥ*, ù ki-a-am iš-pu-ra-am, um-ma-a-mi LÚ az-zi-mi-šu, ṣu-uṭ-ṭe-ra-am-ma, ar-ḥi-iš a-na ṣe-ri-ḥa (...), ṣu-bi-la[m], an-ni-tam be-lî iš-pu-ra-ḥ[m],^l ri-ḥi-i^d da-gan LÚ.[DIDL²],^l be-la-núm LÚ r dam^l-qú,^l da-ḥa-nu-um LÚ.DIDL¹,^l qî-iš-ti-i-l^{lu} sa-mi-ḥ,^l ki-bi-ir-é-a LÚ.DIDL¹,^l ia-az-ra-aḥ-DINGIR^{lu} DAM.GÀR,^l ga-ḥa-šum LÚ.DIDL¹,^l ia-ri-ḥa-a-bu-um LÚ.DIDL¹, ŠU.NIGIN 8 LÚ.MEŠ bar-ḥa-ar^{ki}, [ḥe-er-di-tum ma-ḥa-ar {x x} ka-a-li-i-lu-ma, [ù]^{lu} NU.BANDA₃ ú-sà-an-ni-[ḥ]q-ma, LÚ.MEŠ an-nu-tim ú-ša-aš-ṭi-ru-ni-šum, be-lî a-na ṭup-pa-tim li-ri-di-šu-nu-ti.

²⁸ Verbo *nadārum*: enfurecerse, entrar en cólera. Se ha decidido, por similitud y contexto, traducirlo aquí como “escarmentarlos”. ARM 6 35, 1-21: *a-na be-lî-ia, qî-bî-ma, um-ma ba-aḥ-di-li-im, ḤR-ka-a-ma, GAL*

En este ejemplo se menciona que cuatro hombres abandonaron la tropa de Baḥdī-Lîm. Como se ha comentado anteriormente, no se evoca el momento en el que huyeron ni a dónde lo hicieron, pero tal y como está descrita la acción sí se puede determinar que esos cuatro hombres desertaron. Además, el propio Baḥdī-Lîm explica a Zimrî-Lîm que mandará perseguir a esos hombres y que una vez los encuentre los castigará. Es justamente la última parte de este documento, junto con el documento ARM 14 62, la que nos permite saber a partir de la correspondencia y en el caso de Mari que la deserción es una acción castigada.²⁹ Asimismo, destinar hombres a perseguir desertores materializa aún más cuán negativo podía llegar a considerarse ese acto.

Por otro lado, encontramos el texto FM 2 67, el cual ofrece de nuevo una lista con el nombre de todos los hombres que han huido, así como su procedencia. Igualmente, este es un documento que, a diferencia del anterior, sí deja entrever el momento en el que se produjo la deserción, como veremos a continuación:

Dile a mi Señor: (así habla) Yarim-ḥammu, tu servidor.

Cuando mi Señor me ofreció en Mišlan la misión de proteger Qaṭṭunan no fui ni negligente ni desconocedor. Protejo la ciudad y cubro las necesidades del palacio en junco y *ruḫtum*.

Ahora, la totalidad de la tropa ha abandonado su puesto:

- Šubna-El, Sin-Iqīšam.
- Aḫi-Maraš, Mar-Eštar.
- Sin-Napšeram, siete hombres de Appan.
- ḥabdu-Ma-Dagan, Kanni.
- Laḫtana...um, Aḫum-Lumu.
- Asdi-Ram, ḥadamti.
- Seis hombres de ḥumsan.
- Šamaš-Abi, Puzur-Anu.
- Dos hombres de Urvat.
- šuri-Addu, hombre de Tizraḫ.
- ḫali-El, hombre de Iddissin.
- Mutu-Dagan, hombre de šubatam.
- Taḫtan, hombre de Yarikitum.
- Yabluṭ-El, hombre de Bab-Naḫlim.

MAR.TU LÚ *ia-am-ḫa-ad, ú-ba-ar-re-em um-ma-a-m[ī], 4* L[Ú].M[EŠ] i-na š[a-b]i-ia [ī]t-ta-al-ku-ma, [a-na wa-ar-ki]-šū-nu-má, [uš-ta]-aš-ba-at, [ki-ma]* LÚ.MEŠ *īḫ-li-qú, [a-na b]e-lí-ka šu-pu-ur-ma, [LÚ.M]EŠ šu-nu la uš-šú-ú, an-né-tim* GAL MAR.TU LÚ *ia-am-ḫa-ad, [iq]-bé-em i-na-an-na ap-pí-iš be-lí, [i-n]a ḫa-al-ší-im e-li-im wa-ši-ib, [a-wa-tam a]-nā* ki-ib-ri^d da-gan, [ù ia-aq-q]i-im^d ŠKUR li-da-an-[ni-in], [LÚ.MEŠ š]u-nu la uš-š[ú]-ú, [ki-m]a ša-ab-tu-ma ^red*-lu*-tam*, [ī]i-te-er-ru-ni-iš-šū-nu-ti, a[š]-šum wa-ar-ku-um i-da-ru-ri[im].*

²⁹ No debemos olvidar el código de Hammurabi, en el que se exponen casos relacionados con las deserciones. Sin embargo, este sólo era válido para la ciudad de Babilonia, lo que no nos permite extrapolar enteramente su contenido a otras ciudades.

- Sin-Iddinam, Šamaš-Iddinam.
- Dos hombres de Zurubban.
- Yaḥad-ḥammu, Mutu-Dagan.
- Larim-Kubi, tres hombres de Biddaḥ.
- Zikri-Addu, hombre de Nara.
- Ana-Šamaš-Taklaku, Aḥum.
- Dos hombres de Dur-Yaḥdum-Lim.
- Arši-Aḥum, hombre de Dabiš.
- Baḥdi-Ilum-ma, hombre de Yumḥammu.

Total: treinta hombres fugitivos huyeron de la sección de Yarim-ḥammu, (procedentes de) la ciudad de Qaṭṭunan. Si le place a mi Señor, que amoneste a esos hombres.³⁰

Tal y como podemos apreciar en el presente documento, parece ser que el listado de estos hombres corresponde a unos individuos que estaban de servicio en la sección de Yarim-ḥammu y que tenían por misión proteger el palacio; misión que parece que no acabaron de realizar. Por otro lado, igual que en los casos anteriores se expresa el deseo de castigar a los desertores, aunque en este caso la palabra empleada para designarlo es “amonestar”, la cual connota más la idea de reprender verbalmente que de castigar físicamente. No obstante, la simple descripción que aparece en el texto no nos permite precisar ni afirmar mucho más.

Finalmente, en lo que concierne a los desertores en los documentos de los archivos de Mari encontramos una última carta en la que nos es prácticamente imposible saber en qué momento se dio la deserción. En este caso se expone la problemática de un desertor en concreto:

Dile a mi Señor: (así habla) Yaqqim-Addu, tu servidor.

Un hombre, cuyo nombre (es) Ami-Ibal de Našer, ha llegado de Ilan-šura. (Otro) hombre establecido en el fuerte de Ilan-šura, que vino acompañando a los desertores, lo cogió (y dijo): «(este hombre es un) desertor». Ami-Ibal le contestó lo siguiente: «Abandoné mi patria por el país de Šubartu hace cuatro años. Cuando Atamrum ascendió hacia Ešnunna

³⁰ FM 2 67, 1-39: *a-na be-lí-ia, qí-bí-ma, um-ma ia-ri-im-ḥa-mu-ma, lR-ka-a-ma, i-nu-ma be-lí i-na mi-iš-la-ar^{ki}, a-na qú-ṭú-na-ar^{ki} na-ša-ri-im, ú-wa-e-ra-an-ni ú-ul e-gi, a-ḥi ú-ul ad-dí a-lam a-na-ša-ar, ú ḥi-ši-ḥ-ti é-kál-lim* Gl. ḥl.A, *ú^{gis} ru-uḥ-tam ú-ka-al, i-na-an-na-ša-bu-um ka-lu-šu ip-ṭú-ra^o, šu-ub-na-DINGIR, l^dEN.ZU-i-qí-ša-am, l^aḥi-ma-ra-aš l^dDUMU-iš-g-tár, l^aia-šf-DINGIR l^aba-aš-qa-ni-i, l^dEN.ZU-na-ap-še-ra 7 LÚ.MEŠ ap-pa-ar^{ki}, l^aab-du-ma^dda-gan l^aka-ni, l^aia-ḥ-ta-na-x^rum[?] l^aḥu-um-lu-mu, l^aas-dí-ṭ(a-am) l^ada-am-ti, 6 L[Ú.MEŠ ḥu-um]-sà-ar^{ki}, l^dUTU-a-bi l^aPUZ]UR₄-an-un, 2 LÚ ur-ba-a^{ki}, l^ašú-ri^dl^aŠKUR LÚ ti-iz-ra-ḥ^{ki}, l^aḥa-li-el LÚ i-din^dEN.ZU^{ki}, l^amu-tu^dda-gan LÚ šú-ba-tim^{ki}, l^ata-ḥ-ta-an LÚ ia-ri-ḥ[ḥ]-ḥ[im]^{ki}, l^aia-ab-lu-ṭe₆-el LÚ KÁ-na-ḥ-lim^{ki}, l^dEN.ZU-i-dí-nam l^dUTU-i-dí-na^o, 2 LÚ zu-ru-ba-ḥ[an]^{ki}, l^aia-ḥa-ad-ḥa-mu l^amu-tu^dda-gan, l^aia-ri-im-ku-bi 3 [LÚ.MEŠ]š bi-da-ḥ^{ki}, l^azi-ik-ri^dl^aŠKUR LÚ [na]-ra-a^{ki}, l^ana-ḥ[ḥ]UTU[?]-tāk-la-ku l^aḥu-um, 2 LÚ BÀD^{ki}-ia-ḥ-du-un-li-im, l^aar-ši-a-ḥu-um LÚ da-bi-iš^{ki}, l^aba-ḥ-di-DINGIR-ma LÚ [yu-ú]m-ḥa^r-mu^{ki}, ŠUNIGIN 30 LÚ.MEŠ pa-ḥ[ḥ]-u, KU₅ ia-ri-im-ḥa-mu š[ḥ]a UR]U^{ki} qú-ṭú-na-ar^{ki}, ip-ṭú-ru šum-ma li-ib-bi be-lí-[ia], [L]Ú.MEŠ an-nu-tim li-is-ni-qú-nim.*

tuve miedo de las hostilidades y me refugié en el interior de Ilan-šura, donde me asenté junto a mis hermanos. No fui destinado al ejército regular ni precedentemente huí.³¹

En esta carta, se nos describe la situación de un hombre llamado Ami-Ibal, natural de Našer, que fue acusado de desertor. No obstante, parece ser que el individuo se defendió de tales acusaciones apelando a que huyó del país por miedo y porque no había sido destinado al ejército regular. A partir de todas estas premisas podemos intentar elucidar por qué lo acusan de desertor. Según se relata en el documento, este hombre huyó del país por miedo en el momento en que Atamrum³² fue en dirección a Ešnunna. Llegados a este punto debemos recordar que el ejército estaba formado en su mayoría por conscriptos, lo que nos conduce a pensar que en caso de estar en el bando obligado a defenderse, como parece ocurrir con este individuo, buena parte de la población masculina podría ser llamada a filas para defenderse del invasor. A pesar de que según su versión no fue destinado al ejército regular, cabría la posibilidad de que durante su ausencia hubiera sido convocado para ayudar a la defensa del territorio. Así pues, teniendo en cuenta todos los puntos que se acaban de exponer, podríamos entender por qué este hombre fue acusado de desertor, y probablemente se podría considerar como tal.³³ Una última hipótesis a contemplar es que al sujeto en cuestión le hubieran confundido con otra persona. Empero, como el final de la carta está destrozado, todo lo que aquí podemos enunciar no son más que hipótesis, a falta de otro documento que ayude a esclarecer la situación.

Para concluir con los textos procedentes de Mari debemos añadir un último documento donde se atestigua la presencia de tránsfugos, quienes además de ser considerados desertores son llamados traidores:

Dile a Meptum: (así habla) Ḫammurabi.

(Algunos) fugitivos han huido del seno del ejército enemigo y dijeron esto: «10.000 soldados del ejército enemigo están dispuestos para cruzar hacia el Éufrates. Hoy, día 26, el

³¹ ARM 14 50, 1-24: *a-na [be-]i-ia, qí-bí-ma, um-ma ia-qí-im^dlŠKUR, lR-ka-a-ma, 1 LÚ^d a-mi-i-ba-al šum-šu, LÚ na-še-er^{ki} iš-tu i-la-an-šú-ra-á^{ki}, it-ta-al-kam 1 LÚ i-na bi-ir-tim, ša i-na i-la-an-šú-ra-á^{ki} wa-aš-bu, [š]a a-na^{LÚ.MEŠ} pa-ṭe-ri ta-ri-im, [l]i-li-kam iš-b[a-as-s]ú[u]m-m[a]-a-mi, [p]a-ṭe-er ù^da-[mi-i-ba-a], [k]i-a-am i-pu-ul-šu, u[m-m]a-a-mi iš-tu MU 4.KA[M], a-na ma-a-at šu-bar-tim aḫ-pu-ur-m[a], i-nu-ma a-tam-rum iš-tu ĒŠ.NUN.NA^{ki}, i-le-em ni-ku-ra-tim ap-la-aḫ-ma, a-na li-ib-bi i-la-an-šú-ra-á^{ki}, e-ru-ub-ma it-ti aḫ-ḫi-ia wa-aš-ba-ku, ú-ul a-na pí-ḫ-ri-im mu-ul-lu-la-a-ku, ú-ul mi-im-ma pa-na-nu-um an-na-[bi-]t, [i-na]-an-na a-na ḫ[]-ba-ā[s] be-lí-ia š[a wa-aš-b]u, [...] a-na še-[er ...], [...] x' um-ma lR^dEN.ZU', [...] ab [...].*

³² En este sentido, se deben evocar las lealtades de Atamrum, pues en un inicio se puso a las órdenes del rey de Elam, siendo la persona encargada de “coordinar” toda la región situada en el sur del Sindjar. Así, ḫammurabi de Kurdâ o Išme-Addu de Ašnakkum se encontraban de algún modo sometidos a Atamrum. No obstante, más tarde ofreció su lealtad a Išme-Dagan, y después a Zimrî-Lîm y ḫammurabi de Babilonia.

³³ Cabe la posibilidad de interpretar aquí el término *pāterum* como “desmovilizado”. Se conoce que la fortaleza de Ilan-šura en esta época mantuvo en servicio durante un período de tiempo prolongado a los mismos soldados, lo que acabó provocando malestar entre éstos. No obstante, nosotros nos hemos inclinado por traducir dicho término como “desertor”.

ejército ha (empezado a) marchar». Esto dijeron (los fugitivos). El distrito del río y del interior de las tierras deben ser reforzados y tus decisiones deben ser ejecutadas.³⁴

En este caso no podemos considerar a los hombres que se mencionan en el texto como desertores, sino como tránsfugos, ya que no solo han huido de su ejército, sino que además se han pasado al otro, seguramente con intenciones de proporcionarles información para ganarse su favor. Sin embargo, no podemos saber qué fue de ellos, aunque podemos pensar que o bien fueron aceptados, así como su información, o bien fueron ejecutados tras ofrecer la información. A continuación, analizaremos las situaciones que se constatan en los documentos procedentes de los archivos de Šemšāra. En primer lugar, debemos mencionar que la documentación que encontramos es más escasa, contando con tan solo un documento que atestigüe de forma irrefutable la presencia de desertores, ShA 1 36, y con otros dos documentos donde determinar su catalogación como tal es más complicado, ShA 1 13 y ShA 1 15. No obstante, que encontremos menos documentos sobre la deserción en este archivo se debe a que estamos frente a un archivo de porciones mucho más pequeñas que el de Mari.

Comenzaremos el análisis de este apartado con el documento ShA 1 36, el cual podemos analizar de forma aislada a los otros dos:

Dile a aquél que amo: (así habla) Šin-Išme'anni, aquél a quien tú amas.

Induše vino a saquear y destruyó la cosecha de la ciudad de Kunšum ... y la cosecha de (la ciudad de) Irtaḥum.

Sabes que durante tres años no fue posible hacer entrar la cosecha (en la ciudad) y ahora él ha destruido (toda) la cosecha del país y... Kusanarḥum y Zutlum, los refuerzos que escuchan... nadie vino. Actualmente, viene diversas veces al interior del país durante 20 ... días, pero nosotros no atacamos y las personas-ḥupsūm, así como los guardias, se han escondido. Asimismo, todos desconfían³⁵ de todos.³⁶

³⁴ ARM 28 10, 1-16: [a-na] me-ep-tu-ú-um, [qī]-bī-m[a], [um]-ma ḥa-am-mu-ra-bi-[m]a, [^{lu}]mu-un-na-ab-tu, [i-n]a li-bi [ER]N₂ ^{lu}KÚR, [in-na-bi-ḥ]u-nim-ma, [ù] ki-[a-a]m i-q-bu-ni]m, [um-m]a 10 li ERIN₂ [n]a-ā[k]-ri-[l]m, 'a'-na ¹⁷UD.KIB.NUN.NA a-na e-bé-ri-[l]m, pa-ri[u]-šū ša-ak-un, [u]₄-ma-am i-na [U]₄ 26.KAM, ERIN₂-um šu-ú uš-te-še-er, ki-a-am i-q-bu-nim, ḥa-la-aš [n]a-ri-im ú ta-ba-li-im, lu du-un-nu-un, ṭe₄-em-ka lu ša-bi-it.

³⁵ La expresión *aḥum ana aḥim* se traduce literalmente como “de hermano a hermano”. Sin embargo, esta expresión debe interpretarse como una acción recíproca, tal y como establece N. J. C. KOUWENBERG: *Gemination in the Akkadian Verb*, Países Bajos, Van Gorcum, 1997, p. 325. Asimismo, esta expresión está acompañada por *ul ippalas*, forma negativa del verbo *palāsum*, que quiere decir “mirar o enfrenar” o “mirar favorablemente”. Así pues, se ha decidido traducir dicho verbo acompañado por el adverbio de negación *ul* como “desconfiar”.

³⁶ ShA 1 36, 1-24: a-na ra-i-mi-ia qī-bī-ma, um-ma ^{ld}EN.ZU-iš-me-an-ni, ra-im-ka-a-ma, lin-[d]u-ús-še iḥ-ḥa-ab-^r ta'-am*-ma, 'e-bu'-[ur] URU^{ki} ku-^r un'-šī-im^{ki}, 'x x' [x (x)] 'e'-b[u-u]r ir-(x)'-^r ta'-ḥi-im, [x x x x] im-ḥa-aš, [at-ta lu-ú] 't*' -de, k[i-ma e-b]u-ra-am iš-tu 3 MU+KAM*, 'u'-[ul] 'u'-še-ri-bu, 'u' i'-na-an-na e'-bu'-ra-am, 'ša' mā'-tim' im-ta-[ḥa-a]š-ma, u ma-d[ā] x (x) ḥi' ta' [x] ni?, u' ku* -sa*-na-ḥu'-um u* zu-ut-lu-um, 'ti-la-tum' ša* šī² -te-mu-ú, ma-am-ma-an ú-úl' i' -li-kam, 'i-na-an-na* iš* -tu 20 [(+x)] u₄-m_i-im, ^l[n-d]u-ús-še

En el caso de esta carta los desertores se corresponden con hombres destinados a hacer tareas de patrulla en una zona agrícola. Parece ser que los continuos pillajes en la zona provocaron que los guardias acabaran escondiéndose, como se indica en la fuente. Igualmente, cabe pensar que el verbo empleado, que hemos traducido por “se han escondido”, hace referencia de forma indirecta a desertores, ya que son guardias que durante el servicio abandonaron sus obligaciones, fuera por las razones que fuera, algo que en este caso se podría achacar al miedo. Sin embargo, a diferencia de la mayoría de los documentos que hemos analizado para el caso de Mari, en el de Šemšāra no tenemos mención alguna al hecho de si se procederá a castigar a los desertores cuando se les encuentre. Este último aspecto podría deberse a la situación de desconfianza que según se describe habría en la zona, provocada sin duda alguna por las incursiones de los enemigos.

En lo que concierne a los otros dos documentos, estos deben ser analizados conjuntamente, por lo que a continuación ofrecemos la traducción de ambos, y posteriormente su análisis e interpretación. Ambos aparecen expuestos aquí en el probable orden de envío:

Dile a Kuwari: (así habla) tu Señor.

Cuando estuviste conmigo te dije lo siguiente: «los turuqueos que vienen aquí desde el exterior, los hombres que seas capaz de alimentar, retenlos contigo; (en cambio) los hombres que no seas capaz de alimentar deberían ser enviados de forma ordenada ante mí». Esto te dije. ¿No estuve contento con (aquellos) que estaban aquí? ¿No es una ciudad fronteriza? Numerosas tropas deberían residir allí y deberían permanecer allí, así protegerán con fuerza el país. Esto planifiqué.

Ahora, retén a la tropa que seas capaz de alimentar y aquella que no seas capaz de alimentar envíamela. ¿Por qué vienen sin tu servidor? (Los hombres que forman parte de la tropa) se escabullen (discretamente) o a mitad de camino ... los secuestran. Aquellos que no permanezcan aquí y que tu servidor no los entregue a salvo se perderán por el camino o serán reunidos en Šikšabbum ... y aquí deberían proteger el país. Envíalos (formando) una (tropa), que un servidor tuyo pueda reunirlos y pueda conducirlos a salvo hacia mí, así no se perderán por el camino.

Si les asustamos tomarán su fidelidad hacia otro. (Entre ellos) hay (uno) que me envió una carta diciendo: «Mudarrum, mi hermano, está con ellos».³⁷

i-na li-bi ma-tim, ʿ it-ta-naʿ-al-la-ak-ma, ʳiʳTUKUL.MEŠ ú ta-ḥa-za-am, itʿ tīʿ-šu ú-ul ni-pu-uš, ʳ úʳ ḥu-up-šu ša pa-zu-ur-ta-ni, ù ʳ maʿ-ša-ra-tum ir-ti-qa, aʿ ḥuʿ-um a-na a-ḥi-um ú-ul ip-pa-la-às.

³⁷ ShA 1 15, 1-39: *a-na ku-wa-ri qí-bí-ma, um-ma be-el-ka-a-ma, i-nu-ma ma-aḥ-ri-ia tu-uš-bu ki-a-am aq-bé-kum, umʿ maʿ a-na-ku-ma LÚ tu-ru-ku-úʳ, ša ʳ kiʳ-ma iš-tu ul-la-nu-um i-la-ku-nim, ša e-mu-uq šu-ku-li-šu-nu te-le-ú, ma-aḥ-ri-ka ki-la ša ki-ma e-mu-uq šu-ku-li-šu-nu, la te-le-ú a-na še-ri-ia li-ti-qú-nim, an-ni-tam aq-bé-kum, a-na-ku a-na wa-ša-bi-šu-nu aš-ra-nu-um, ú-ul ḥa-de-ku-ú ú-ul a-al pa-ḥi-i, ma-a ša-bu-um ma-du-um li-ši-ib-ma, ul-la-ri[ú]ʿ um-ma liʳ-ta-pa-al, ʳ úʳ i-na ʳ eʳ-muʳ qí-imʳ ma-[ḥ]am ša[ḥ]a-a-ḥi lu-ú ḥe-sú-ú, an-né-tim ša-ab-ta-ku, i-na-an-na ša-ba-am ša šu-ku-kam te-le-ú, ma-aḥ-ri-ka ki-la ù ša šu-ku-lam la te-le-ú, a-na še-ri-ia ḥú-ur-dam, ù am-mi-nim ba-lum LÚ.TUR-ka ʳ iʳ-[ḥ]a-[k]u-nim, ʳ iʳ-na a-la-ki-šu-nu pa-ga-ḥ[ri-šu-nu], [š]a-ḥ[a]-qum i-ša-ar-ri-qú-nim-m[ḥ], [ú-lu] ʳ iʳ-na qa-ab-li-it ge-er-ri, [..... i-ma-š]a-ḥu-šu-nu-ti, [ša*

Dile a Kuwari: (así habla) tu Señor.

En lo que concierne a los turuqueos que enviaste a mi presencia junto a su pueblo: «Todos los turuqueos que me enviaste junto a su pueblo... Ellos no respetan...»

Les he pedido explicaciones (y) me han dicho esto: «Nos escondemos por la noche (porque) nuestros pies están heridos y la tropa que se escondió y entró en Šikšabbum es tan numerosa como la nuestra». Esto me dijeron, y tú me dijiste lo siguiente: «Me acusan ante mi Señor». Pero, ¿de qué te acusan?

Otrora te escribí lo siguiente: «Envíame a los turuqueos que no puedas alimentar para que yo pueda retenerlos (conmigo)». Esto te escribí. Ahora todos los turuqueos que me envías vienen escondiéndose de noche.

(Los turuqueos) exigen los campos de cultivo (situados) ante ellos y han entrado en Šikšabbum. (Si esto continua,) nuestro enemigo se tomará más fuerte (que nosotros) y su ejército será (más) fuerte. Debido a esto, mi corazón cayó enfermo.

Ahora, reúne al país y diles esto: «Aquél cuyo corazón quiera permanecer aquí, que permanezca (pero) aquél cuyo corazón no quiera quedarse aquí, que vaya ante mi Señor».

Diles esto y envíame a todos los turuqueos.

No obstante, no deben venir escondiéndose por la noche, que un servidor tuyo pueda encabezarlos... que pueda traerlos a salvo desde... que pueda traerlos a salvo... De este modo no exigirán los campos (situados) ante ellos, no entrarán en Šikšabbum, no tornarán a nuestro enemigo más fuerte y no harán tornar su ejército más fuerte.

Ante todo, inscribe en una tablilla a todos los turuqueos que me enviarás.³⁸

aš-ra-n]u-um ú-ul uš-ša-bu, [ù iš-te-n]i-iš LÚ.TUR-ka, [ú-ul ú-š]a-al-la-ma-šu-nu-ti, [i-na bi-ri-ŋ]im-ma i-ḫa-al-li-qú, [ú-ul a-na ši-ŋ]k-ša-ab-bi i-la-qú-š[ú-n]u-ti-ma, [.....] pu-ḫa-tim x x' ḫa-di-i-im, [ù aš-ra-nu-ú]m ma-tam li-ki-lu, ' iš-te-n' -iš ta-ṭà-ar-ra-dam, 1 LÚ.TUR-ka pa-ni-šu li-iš-ba-tam-ma, a-na še-ri-ia li-ša-al-li<-ma>-šu-nu-ti-ma, i-na bi-ri-tim-ima la i-ḫa-al-li-qú, šum-ma la ki-a-am-ma nu-ga-la-at-šu-nu-ŋ[i-m]a, ' pa'-ni-šu-nu a-šar ša-ni-im ú-ul i-ša-ka-nu-ú, ù i-ba-aš-šu-ú ša im-ḫu-ru-ni-ŋ]n-ni, um-ma' mi mu'²-da-aŋ'²-ŋ]ú²-um-ma-mi, a-ḫi ma-aḫ-ri-šu i-ŋ[a]'-an'-na a-nu-um-ŋ]m]a.*

³⁸ ShA 1 13, 1-54: *a-na ku-wa-ri, qí-bí-ma, um-ma be-el-ka-a-ma, aš-šum LÚ.MEŠ tu-ru-ki-ŋ]i, ša qa-du-um ni'-š[í-šu-nu] a-na še-ri-ia, ta-aṭ-ru-dam [ma-ŋ]a LÚ.MEŠ tu-ru-ki-ŋ]i, qa-du-um ni-ŋ]i-šu-nu] ta-aṭ-ru-dam-ma, ' a'-[.....] ú-ul] i-ma-aš-šú-ú, ṭe₄-[em-šu-nu aš-ta-al-m]a ki-a-am iq-bu-nim um- ma-a-mi, i-ŋ]a mu-ši-im ù] na-ap-za-ri-im, še-p[é-ni] ma-ar-ša, ù ṣa-bu-um ša a-na ši-ik-ša-bi-ŋ]m^{ki}, ip-zi-ru-ma i-ru-bu ma-li-ni-m[ā] ' ŋ]i-ma-aš-šú, an-ni-tam iq-bu-nim, ù ki-a-am ta-aq-bi um-ma at-ŋ]a'-a'-ma, ka-ar-šú-ia a-na be-lí-ia ak-ŋ]lu-nim, mi-nu-um ka-ar-šú-ka, ša ak-lu-nim, i-na pa-ni-tim-ma ki-a-am aš-pu-ra-kum, um-ma-a-mi LÚ.MEŠ tu-ru-ki-ŋ]i, [š]a šu-ku-ul-šu-nu la te-le-ú, a-na še-ri-ia ṭú-ur-dam-ma, an-ŋ]a-nu-um aŋ]n-ni-ki-ŋ]i'-a'-am lu-ša*-aš-bi-ŋ]s-sú-nu-ti, aŋ]n-ni-ŋ]am aš-pu-ŋ]a]-kum, i-na-an-na [LÚ.MEŠ tu-ru-ki-ŋ]i, ma-la ta-ṭà-ra-[dam i-na m]u-š[í-ŋ]i-im, na-ap-za-ra-am ' ŋ]i-ŋ]a-ku-nim, A.ŠÀ i-na pa-ni-šu-nu*' i-ri-šú'²-[ma], a-na ši-ik-ša-bi-im^{ki} i-te-né-ru-b[ū-nim], i-ša-ri-iš ma-a a-ḫi na-ak-ri-ŋ]i, nu-ka-ab-ba-ar ù^{gis}ŠUKUR-šu nu-da-aŋ]n-na-an, aš-šum ki-a-am li-ib-bi im-ra-aš, i-na-an-na ma-a-tam pu-uḫ-ḫi-ir-ma, ki-a-am qí-bé-[š]u-nu-ši-im um-ma-a-mi, ša li-ib-ba-šu an-na-nu-um wa-ša-ba-am li-ši-ib, ša la li-ib-ba-šu an-na-nu-um la wa-ša-ba-am, a-na še-er be-lí-ia li-il-li-ik, an-ni-tam qí-bé-šu-nu-ši-im-ma LÚ.MEŠ tu-ru-ki-ŋ]i, ma-la a-na še-ri-ia ta-ṭà-ra-dam, i-na mu-ši-im na-ap-za-ra-am, la i-il-la-ku-nim 1 LÚ.TUR-ka, pa-ni-šu-nu li-ŋ]s-ba-tam]-ma, a-na ni-ŋ]i'-.... li-š[í-ŋ]i-ma-šu-nu-ti, iš-ŋ]i-...., ' x'[.....] li-ša-ŋ]i-mu-šu-nu-ti, ' x' [.....] ŋ]i, aš-šum [A.ŠÀ i-na pa-ni-šu-nu], la i-ri-šú'²-ma ' a'-[na ši-ik-ša-bi-im^{ki}], la i-ru-bu-ma a-ḫi na-ak-ri-ni, la*

En primer lugar, cabría definir el contexto histórico en el que se enmarcan estos textos, el cual puede ser deducido de los mismos. Históricamente nos hallamos ante un momento en el que los turuqueos, un pueblo que generalmente ha sido definido como «*población montañesa del Zagros*»,³⁹ tuvieron que huir de un conflicto con los guti.⁴⁰ A raíz de este enfrentamiento se creó una alianza contra los últimos, la cual colapsó cuando Samsî-Addu se apoderó de la región denominada *māt Utēm*, gobernada por Kuwari. A partir de ese momento, dicha región, así como Šemšāra, se convirtieron en una zona vasalla del monarca asirio. Paralelamente, Samsî-Addu tuvo que enfrentarse a Aḫazum, Nurrugum y Šikšabbum, entre otras ciudades; a las dos primeras las sometió a la par que convertía en ciudad vasalla a Šemšāra, pero Šikšabbum resistió unos años más.⁴¹ Es en este último punto descrito en el que debemos situar la acción que se desarrolla en los documentos.

En las dos cartas adjuntas podemos observar cómo Kuwari debía garantizar la estancia de algunas tropas turuqueas en la ciudad de Šemšāra, denominada en el primer texto como ciudad fronteriza, para proteger el país. La posición estratégica de Šemšāra fue sin duda muy importante para asegurar la defensa del territorio de Samsî-Addu por su situación geográfica. Sin embargo, Kuwari no fue capaz de conseguir retener a todas las tropas, y parece ser que una de las causas por las que no pudo hacerlo fueron los problemas para abastecer a los hombres. Es por este último motivo por el que Samsî-Addu ordenó a Kuwari que le enviara a todos aquellos turuqueos que no fuera capaz de «alimentar». Como observamos en la primera carta, Kuwari envió ante Samsî-Addu a todos los hombres de los que no podía hacerse cargo, pero cometiendo ciertas negligencias, las cuales dieron lugar a que algunos de los turuqueos cambiaran su bandera por la enemiga, adentrándose en Šikšabbum y engrosando las filas del ejército enemigo. En ningún momento se menciona a los turuqueos que se han pasado a las filas enemigas en tanto que desertores o traidores, pero son muchos los indicios que nos aportan ambos textos para determinar que nos encontramos no ante desertores, sino ante traidores o tráfugos, ya que están cambiando de bando, y tal y como menciona Samsî-Addu el enemigo podría alistarlos a sus filas para contar con más efectivos. Es evidente que el devenir de los acontecimientos generó una situación de alarma para el monarca asirio, pues llegó a reprochar a Kuwari las negligencias que cometió. Sin embargo, no sabemos si realmente fueron negligencias o alguna otra circunstancia de la que por el momento no tenemos constancia lo que obligó a llevar a cabo todas las acciones tal y como se reflejan en los textos.

i-ka-ab-bi-ru ù^{siš} ŠUKUR-šu, la *i-da-an-ni-nu ki^r a³-am i-pu-uš*, ù LÚ *tu-ru-ki^{ki} ma-la a-na še-ri-ia, ta-ṭà-ra-dam ma-aḫ-ru-ú-ma, i-na tup-pí-im lu-ú šu-uṭ-ṭú-ru.*

³⁹ Jesper EIDEM y Jørgen LÆSSØE: *op. cit.*, p. 25.

⁴⁰ Cabe mencionar que unos años más tarde los turuqueos serán los protagonistas de una rebelión frente a Samsî-Addu.

⁴¹ Jesper EIDEM y Jørgen LÆSSØE: *op. cit.*, p. 19.

Conclusiones

Las conclusiones a las que podemos llegar tras haber analizado los distintos textos, teniendo siempre en cuenta el contexto histórico de los mismos y las dificultades a las que se han tenido que enfrentar los distintos estudios realizados sobre el lugar desde que se iniciaron las primeras campañas arqueológicas en Oriente Próximo, pueden dividirse en distintos apartados. Para exponerlas de forma más clara se ha juzgado oportuno dividir las en distintos puntos, a saber: la frecuencia con la que se producían las deserciones, las causas y circunstancias que podían llevar a los soldados a cometer una deserción; los castigos, y la aparición de tránsfugos.

En primer lugar, es importante apuntar que la frecuencia con la que se producían estos episodios era bastante alta. Tal y como hemos comentado en la introducción es prácticamente imposible determinar el número de bajas de los ejércitos propios a partir de los textos destinados al público, ya sea por deserción o por muerte del individuo, ya que la finalidad de estos era la de ofrecer una imagen de invulnerabilidad. A pesar de contar con las cartas que hemos analizado, estas no nos permiten afirmar con rotundidad que esto fuera una constante en los ejércitos. No obstante, sí que hay que tener siempre presente que en todas las batallas de las que tenemos constancia cabe la posibilidad de que aunque no se mencione haya habido desertores o tránsfugos, conclusión a la que podemos llegar analizando la propia naturaleza humana, que empuja a huir del peligro. Decretar cuál es la magnitud de esta problemática en estas sociedades a partir de las tablillas cuneiformes es una tarea harto compleja, puesto que no todos los documentos son accesibles y muchos se hallan sin traducir. Pero, sin duda alguna, nos encontramos ante una acción que no se daba para nada de forma puntual.

También debemos mencionar que conocemos la presencia de censos militares, como en el caso de Mari, que ayudaban en el momento de convocar a los hombres para la guerra, cumplir una guardia, etc. Este aspecto, junto a otros, dan a entender que el ir a la guerra o montar una guardia era una obligación para con los reyes, lo que habría provocado situaciones como la que encontramos en el texto ARM 14 61, el cual es testimonio de una práctica que bien pudo haber sido corriente: ayudar a familiares cercanos a esconderse durante la realización de los censos para evitar la posibilidad de ser llamado a las armas; o en el texto ARM 14 50, donde queda patente el miedo que podían tener algunos hombres a causa de las guerras.

Debemos tener muy presentes todos los eventos evocados por los dos textos anteriormente citados a la hora de enfrentarnos al estudio de la guerra en el Próximo Oriente antiguo, ya que en distintos textos sumerio-acadios de carácter literario se construye, y a la vez se difunde, la idea del soldado valiente que es capaz de enfrentarse a monstruos o elementos mucho más grandes o terribles en apariencia, como podemos observar en la *Epopéya de Gilgamesh* o en la *Epopéya de Zimrî-Lîm*⁴². *El Poema de Erra e Išum* es un texto literario que junto a la docu-

⁴² Para la traducción y análisis de estos dos textos, cf. Andrew R. GEORGE: *The Epic of Gilgamesh: The Babylonian Epic Poem and Other Texts in Akkadian and Sumerian*, Londres, The Folio Society, 2010; y

mentación de carácter privado constituye un ejemplo de que la realidad era bien distinta a lo que solían mostrar la mayoría de relatos literarios. En este último el autor hace una crítica negativa de la guerra, algo único en este contexto. A pesar de que este relato es posterior a nuestra época de estudio, nos ayuda a comprender la visión del soldado y de la sociedad en lo que respecta a una práctica tan brutal como es la guerra, así como entrever los motivos por los que el soldado podía decidir desertar: el miedo a encontrar una muerte prematura y, naturalmente, violenta. Del mismo modo, encontramos la repuesta al intento de los familiares por ayudar a sus seres queridos: sufrir la muerte de un hijo o hermano era considerado como una «violación del orden natural».⁴³

Otro punto destacable de los textos que se han expuesto son los castigos. En general, y ciñéndonos a la documentación aquí analizada, encontramos que el castigo con la muerte no suele estar muy contemplado, a excepción de en el documento ARM 14 61. Este es el único de todos los examinados donde se menciona claramente la aplicación de la pena de muerte para el desertor, añadiendo que no tendrían derecho a recurrir su pena porque son gente que habrían tenido ayuda para huir. No obstante, tanto el castigo con la muerte como la incapacidad para recurrir la sentencia que se menciona en esta carta pudieron tener que ver con el deseo de disuadir a los habitantes de ayudar a familiares o amigos a esconderse de los censos militares, pero también pueden ser vistos como una amenaza dirigida a los que ya están escondidos para que acudan a la convocatoria a filas.

Así pues, la muerte no parece estar contemplada siempre como castigo, ya que lo más habitual era la amonestación verbal, probablemente algún castigo físico y atemorizarlos, tal y como se menciona en el documento ARM 6 46. Empero, los textos no nos permiten avanzar mucho más en nuestras hipótesis, ya que son poco claros respecto a este punto. Igualmente, sí que debemos añadir que el Código de Hammurabi contempla la pena de muerte para los desertores, pero siendo un código que solo es válido en Babilonia y un compendio de jurisprudencias no podemos extrapolar los casos que expone a los que aquí analizamos.⁴⁴ Por qué la muerte parece no estar contemplada de forma general como castigo es todavía más difícil de esclarecer, pero la primera hipótesis a la que debemos hacer referencia es la necesidad que se tendría de conservar los efectivos disponibles.

A este análisis podemos añadir una figura relacionada con la del desertor: el tráfugo, el cual no huía del conflicto en sí, sino que si veía que el bando enemigo tenía más posibilidades de ganar o podía asegurarle una vida mejor se pasaba a sus filas. Es por ello por lo que se ha decidido analizar su figura a partir de algunos documentos. Esto nos ha permitido confirmar igualmente la presencia de traidores, ya que un tráfugo no deja de ser un traidor al pasarse al bando enemigo. Sin embargo, debemos tener presente que el contexto político en el que se inscriben todos

Michaël GUICHARD: *Florilegium Marianum XIV: L'Épopée de Zimrî-Lîm (Mémoires de N.A.B.U. 16)*, París, SEPOA, 2014.

⁴³ Andrew R. GEORGE: "The poem of Erra and Ishum: A Babylonian Poet's View of War", en Hugh KENNEDY (ed.), *Warfare and Poetry in the Middle East*, Londres, I.B. Tauris, 2013, pp. 56.

⁴⁴ Tal y como especifica la ley número 26 de dicho código.

estos acontecimientos es altamente mutable en períodos relativamente cortos, por lo que establecer la existencia de un sentimiento de pertenencia a la fuerza conquistadora que ha sometido el territorio es a veces complicado.

En definitiva, a partir de los textos analizados hemos podido constatar que la deserción era una realidad que tenía lugar con bastante frecuencia y a distintos niveles, rozando incluso la traición, a pesar de la irregularidad con la que queda representada en los textos literarios y las inscripciones públicas, y que se producía en el marco de una actividad con una presencia tan constante en la vida cotidiana de estas sociedades como la guerra.

La guerra sucia de Alejandro: las *guerrillas* bactrio-sogdianas*

Alexander's Dirty War: the Bactrian-Sogdian *guerrillas*

Borja Antela-Bernárdez
Universitat Autònoma de Barcelona, España
borja.antela@uab.cat

Resumen: La campaña del ejército macedonio de Alejandro en las regiones de Bactria y Sogdiana ha recibido una importante atención por parte de los investigadores en los últimos años, con diversas publicaciones sobre la cuestión, a causa probablemente de la actualidad de la guerra en Afganistán. El enfoque habitual, no obstante, de la visión historiográfica de la lucha entre Alejandro y las poblaciones de Bactria y Sogdiana ha interpretado los detalles de la actuación de los locales como rebeldes, y su resistencia a Alejandro como una guerra con tácticas de guerrilla, que supuestamente habrían puesto en jaque al ejército macedonio. Los datos de las fuentes, sin embargo, permiten una interpretación bien diferente en la que queda patente que la actuación macedonia se basó en una intensa represión y en un marcado ejercicio de violencia por parte del ejército de ocupación. A partir de un análisis pormenorizado de los diferentes episodios, y del modo en que las *fuentes de Alejandro* relatan lo sucedido, trataremos de observar en profundidad tanto el orden de los sucesos como su auténtica dimensión. El objetivo último es ofrecer una interpretación más cercana a los hechos que permita adecuar nuestra percepción del conflicto a lo que sabemos de los mecanismos del imperialismo macedonio. En esta aproximación pormenorizada, asimismo, prestaremos especial atención a Espitamenes, en tanto que supuesto líder de la revuelta, al que la historiografía ha considerado el más hábil y peligroso rival de Alejandro, así como a los asedios de la campaña, y sobre todo a la batalla del río Politímeto, la mayor derrota efectiva sufrida por los ejércitos de Alejandro en toda la historia de la

* Investigación desarrollada dentro del proyecto HAR2014-57096 *El Impacto de la conquista de Alejandro (338-279 a.C.)*, financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad. Este artículo está dedicado a todos aquellos que se ven obligados a huir de una guerra, presente, pasada o futura. Y a aquellos que se quedan atrás para que otros puedan huir, como los 5 soldados del 145 regimiento de ametralladoras de la 32 brigada mixta del ejército de la República española que murieron un 21 de enero de 1939 ante el avance de la IV División de Navarra por el Penedés, enterrados sin nombre ni marca en el cementerio local de Sant Joan de Mediona, ignorados (aunque no olvidados) hasta ahora.

campaña asiática. De este modo intentaremos desvelar los elementos comunes entre los diferentes episodios de la guerra en Bactria y Sogdiana y advertir posibles políticas genéricas, así como respuestas específicas en la sumisión del territorio.

Palabras clave: Bactria-Sogdiana, guerrilla, resistencia a los macedonios, Espitamenes, Alejandro Magno.

Abstract: The campaign of Alexander's Macedonian Army in the regions of Bactria and Sogdiana has received increased attention by the scholars in recent years, with several papers about the topic, probably due to the recent years' war in Afghanistan. The usual approach of the historiographical vision of the fight between Alexander and the people in Bactria and Sogdiana sets out the locals as rebels, and their resistance to Alexander as a war of guerrilla tactics' war, which supposedly put in check the Macedonians. However, the information in our sources allows us a very different interpretation, clearly showing that the Macedonian management of the region was based in a hard repression and violence by the Macedonian occupation army. Starting from a detailed analysis of the different episodes, and the way the *sources of Alexander* account what happened, we try to observe in deep both the order of the events and their authentic dimension, in order to show an interpretation as closer as can be to the facts, that allows us to adequate our perception of this conflict to what we know about the mechanisms of the Macedonian imperialism. In this detailed approach, likewise, we will focus our attention in the character of Spitamenes, usually considered as the most skilful and dangerous rival of Alexander, as far as in the sieges during the campaign and, especially, in the battle of the Politimetus river, the main defeat suffered by the armies of Alexander during the whole campaign in Asia, in order to show the elements in common among the many different episodes of the war in Bactria and Sogdiana and note possible generic policies and specific answers in the submission of the landscape.

Keywords: Bactria-Sogdina, Guerrilla, Resistance to Macedonians, Espitamenes, Alexander the Great.

Para citar este artículo: Borja ANTELA-BERNÁRDEZ: "La guerra sucia de Alejandro: las guerrillas bactrio-sogdianas", *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 7, N° 14 (2018), pp. 35-55.

Recibido: 09/01/2018

Aprobado: 01/05/2018

La guerra sucia de Alejandro: las guerrillas bactrio-sogdianas

Borja Antela-Bernárdez

Universitat Autònoma de Barcelona, España

El periodo que Alejandro pasó envuelto en la conquista y sofocación posterior de la resistencia en el territorio de Bactria y Sogdiana, es quizás, el más problemático de su carrera.¹ Efectivamente, desde el otoño de 330 hasta el año 327 se sucedieron de forma paralela a los conflictos militares en la región toda una serie de acontecimientos que marcaron de forma fundamental la transición entre la campaña asiática y el dominio macedonio en Oriente, así como el sistema de fundamentación del poder real, como fueron los procesos de introducción de la *proskynesis*, la conjura de los pajes, el asesinato de Clito o la conjura de Filotas, entre otras. La intención del presente estudio es ordenar las informaciones sobre la lucha del ejército de Alejandro contra la población de Bactria y Sogdiana, así como la resistencia y la sofocación de la misma.

Alejandro en Bactria y Sogdiana

La razón principal por la que Alejandro y sus tropas se internan en el territorio de Bactria y Sogdiana no parece haber sido otra que perseguir a Beso. Sátrapa de Bactria durante el gobierno de Darío III, Beso habría sido responsable de la muerte de éste, y en tanto que usurpador² suponía una amenaza a la autoridad de Alejandro para suceder a Darío III. La persecución de Beso más allá del Oxo lleva a las tropas macedonias a internarse directamente en el territorio de Sogdiana.³ No obstante, tras la captura de Besos Alejandro continúa su marcha hasta la frontera norte de Sogdiana, en el Yaxartes, donde iniciará la construcción de una ciudad fortificada. Seguramente, la absoluta falta de resistencia de la población sogdiana debió facilitar

¹ Existe una grave dificultad en nuestras fuentes, a causa de una laguna en los relatos sobre Sogdiana y Bactria (Frank L. HOLT: "Spitamenes against Alexander", *Historikogeographika*, 4 (1994), p. 51). En cualquier caso, para cronología e identificaciones geográficas, recomendamos seguir a A. Brian BOSWORTH: *A Historical Commentary on Arrian's History of Alexander*, vol. II, Oxford, Oxford University Press, 1995, *passim*, menos cuando se indique lo contrario.

² Diod. 17.74.2; Curt. 6.6.13; Arr. *Anab.* 3.25.3.

³ Curt. 7.4.5. Asimismo, para cuestiones generales, A. Brian BOSWORTH: *A Historical Commentary on Arrian's History of Alexander*, vol. I, Oxford, Oxford University Press, 1980, pp. 372-376. Frank L. HOLT: *Alexander the Great in Bactria*, Leiden, Brill, 1995, 13-24 insiste en la dificultad para asignar fronteras rígidas en Bactria y/o Sogdiana. Seguiremos aquí el tópico de la Sogdiana entendida entre el Oxo y el Yaxartes, pero teniendo presente la inexistencia de fronteras reales, así como los matices expuestos por Holt.

la ocupación del territorio. Sin embargo, pese a la supuesta aceptación de la presencia de los macedonios por parte de la población lo cierto es que el primer choque entre ambos colectivos no se hizo esperar.

La primera resistencia activa que encontramos en las fuentes frente a la presencia de Alejandro aparece representada por un ataque contra los macedonios que buscan forraje en las inmediaciones del Yaxartes.⁴ En primer lugar, debemos valorar el número de soldados que pudieron haber sido objeto de esta agresión, pues si se trata de forrajeadores probablemente no sería un contingente muy numeroso. Es posible que estos grupos de forrajeadores incluyesen alguna fuerza de tropas auxiliares o caballería ligera como protección, además de recolectores, pero no sabemos si éste es el caso. En ningún caso incluirían tropas de élite, como queda patente en el episodio de la persecución de Beso, cuando Alejandro decide seleccionar a sus mejores hombres y lanzarse a una intensa carrera sin haber esperado al retorno de los grupos de forrajeadores.⁵ A su vez, debemos preguntarnos por las razones de este ataque. En este sentido, no tiene por qué haber existido efectivamente un deseo de resistencia, pues el relato completo del episodio por parte de Curcio no parece dar a entender en modo alguno esta intención. Más bien, el episodio parece producto de una *razzia* con el objetivo de apropiarse de algo. Efectivamente, Curcio los describe como ladrones (*milia latronum erant*),⁶ De hecho, podemos comparar este episodio con otro sucedido muy lejos de la Sogdiana.⁷ Es posible que el objetivo del ataque de los nativos contra los macedonios en la región tenga que ver con las bestias de carga y la intención de capturarlas para ellos. En cualquier caso, el ataque contra el grupo de forrajeadores macedonio tuvo éxito, quizás por la falta de precauciones, o tal vez porque los atacantes disfrutaban de superioridad numérica. De cualquier modo, los prisioneros fueron conducidos hasta algún tipo de poblado,⁸ pues la reacción de Alejandro, que no se hizo esperar, fue lanzar un ataque contra ellos. No tenemos noticia de máquina alguna de asedio, por lo que es más que probable que sencillamente encontraran una estructura defensiva de madera, quizás alguna empalizada. Sabemos que Alejandro rodea el poblado para un asedio basado en un ataque directo. Asimismo, la descripción de las armas del enemigo, hondas y flechas, nos lleva a pensar en una fuerza poco organizada, y quizás en un poblado mal defendido, aunque el conocimiento del entorno y quizás la orografía del lugar aumentaron la efectividad del ataque de sus flechas sobre

⁴ Curt. 7.3.1-7.

⁵ Arr. *An.* 3, 20, 4.

⁶ De hecho, aunque ello no sea ninguna garantía, las acusaciones de latrocinio son habituales en la construcción de la alteridad (como sucede en el caso paradigmático, por ejemplo, de los Galaicos: Strab. 3.3.5; Francisco Javier GONZÁLEZ GARCÍA: "La guerra en la Gallaecia antigua: del guerrero tribal al soldado imperial", *Semata*, 19 (2007), p. 27, n. 10).

⁷ Arr. *An.* 1, 5, 9. Sobre esta campaña, vid. Borja ANTELA-BERNÁRDEZ: "Tracia, Sogdiana, India. Políticas de Frontera en el imperio de Alejandro", en Francisco Javier GÓMEZ ESPELOSÍN y Borja ANTELA-BERNÁRDEZ (eds.), *El Imperio de Alejandro: Aspectos geográficos e historiográficos*, Alcalá de Henares, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Alcalá, 2016, 113-117.

⁸ Curt. 7.6.1-9 menciona un poblado y parece que éste debía tener cierta entidad defensiva. Por contra, Arr. *Anab.* 3.30.10-11 habla de un entorno montañoso y boscoso, de difícil acceso. Cf. A. Brian BOWORTH: *A Historical Commentary I...*, p. 379.

los macedonios, causando diversas heridas (no sabemos si incluso bajas) entre los atacantes. Circunstancialmente, el propio Alejandro resulta herido en una pierna y es retirado del combate, con lo que el choque debió frenarse súbitamente. Al día siguiente, los nativos enviaron una embajada para conocer la salud del macedonio (probablemente por miedo a las represalias si le ocurría alguna cosa grave), y ante Alejandro sellaron su rendición y cedieron a los prisioneros. A buen seguro que éstos se encontraban todos sanos y salvos, o la reacción macedonia en modo alguno hubiese sido tan amistosa⁹. Finalmente, ante la concordia y sumisión de los nativos Alejandro abandonó el lugar con su ejército y siguió camino hacia la frontera. El episodio en sí no revela más que una pequeña anécdota, pero puede ser considerado una prueba de la existencia de cierta tensión entre la población civil y las tropas de ocupación, y es tal vez la única prueba de posibles conflictos entre soldados y nativos que ayudaría a entender algunas de las causas del levantamiento posterior en la zona.

Es durante su estancia en la frontera, en las inmediaciones del río, que tenemos noticia de un levantamiento en la región. La respuesta de Alejandro es doble: frente al levantamiento envía una misión a Maracanda, y en relación con la Alejandría del Yaxartes, bautizada Escate (Ἀλεξάνδρεια Εσχάτη, la “última”), inicia una campaña de represión contra la población de la región.

Nuestras fuentes para el conocimiento de la campaña en Bactria-Sogdiana son escasas, y de los llamados *Historiadores de Alejandro* sólo Arriano y Curcio recogen información de detalle y relevancia como para tratar de reconstruir lo sucedido. El testimonio de Arriano (Arr. *An.* 4, 1, 3-5) deja entrever una serie de problemas. En primer lugar, la funcionalidad específica de Alejandría Escate como bastión para el control y la sumisión/represión de los escitas y otras poblaciones próximas. Es probable que en todo ello incurra la percepción del conflicto entre explotación e intereses agrícolas de carácter sedentario y las comunidades nómadas de explotación ganadera, algo propio de la región y sobre lo cual volveremos. En cualquier caso, Arriano relaciona esta fundación con un ataque de los «bárbaros de la orilla del río» contra guarniciones macedonias, en el cual habrían participado muchos sogdianos animados por los traidores de Beso (es decir, aquellos nobles de Darío III que habrían huido acompañando a Beso hasta traicionarlo, de los cuales probablemente Espitámenes emerge como líder). El ataque a las guarniciones macedonias «en la orilla» aparece relacionado además con una convocatoria de Alejandro dirigida a los gobernadores de ciudades y plazas fuertes («hiparcos», dice Arriano), que los convocados o los sublevados consideraron una trampa. En cualquier caso, la primera incoherencia tiene que ver con esas guarniciones al lado del río, en las que además, dice Arriano, participan muchos sogdianos, pese a que la rebelión tiene como incitadores a los nobles bactrianos que acompañaban y traicionaron a Beso. Cabe la posibilidad, pese a lo que el texto parece dar a entender, que cuando se menciona «la orilla del río» Arriano no se refiera a aquél en el que

⁹ La versión de Arr. *Anab.* 3.30.11 difiere completamente de la de Curcio, al afirmar que los nativos fueron masacrados, y de los 30.000 que eran originalmente sólo se salvaron 8000. Vid. A. Brian BOSWORTH: *A Historical Commentary I...*, p. 379.

se encuentra Alejandro, el Yaxartes, sino al Oxo. Ello facilitaría la interpretación, pues desconocemos esas guarniciones macedonias atacadas por los bactrio-sogdianos de las que habla Arriano, y no tendrían sentido teniendo en cuenta la fundación de la nueva Alejandría Escate. Por otra parte, existe un segundo problema a la hora de entender la presencia de los sogdianos en el levantamiento, así como de los antiguos compañeros de Beso, pues ello hace pensar de nuevo en el territorio bactrio-sogdiano, y difícilmente en el territorio más allá del Yaxartes. Ello quizás tiene que ver, además, con la posible dificultad para diferenciar bactrianos de sogdianos.¹⁰

Por su parte, Curcio expone el levantamiento en términos similares, aunque con diferencias (Curt. 7, 6, 13-15). Más allá de lo ya expuesto en el análisis de Arriano, lo cierto es que lo más interesante de la narración de Curcio es por una parte la continuidad del liderazgo de la revuelta en relación con el grupo de aquellos que entregaron a Beso, personificados aquí en Espítámenes y Catanes, y por otra parte la reacción de los «caballeros bactrianos» (*Bactrianos equites*¹¹) ante la convocatoria de reunión de Alejandro. Además, la táctica atribuida a Espítámenes y Catanes, con la difusión del rumor de que la reunión era una traición, coincide con la misma táctica con la que engañaron a Beso para su captura.¹²

En cualquier caso, resulta fundamental entender si la revuelta tiene lugar como resultado de lo que suponía la fundación de la fortaleza de Alejandría Escate,¹³ y cuándo tiene lugar la convocatoria de reunión de Alejandro, si antes (causa) o después (consecuencia) del levantamiento. En cualquier caso, vale la pena volver sobre Espítámenes.¹⁴ Éste no estaba con Darío III en Gaugamela, por lo que probablemente se unió a Beso en Bactria.¹⁵ En este sentido, la entrega de Beso a Alejandro quizás respondía al deseo de obtener garantías por parte de Alejandro. Teniendo en cuenta experiencias anteriores en otras satrapías sorprende advertir que el gobierno de Bactria no sea cedido a los responsables de la captura de Beso, sino a Artabazo.¹⁶ Ello pone de manifiesto un problema de confianza por parte de Alejandro, que es evidentes-

¹⁰ Ernst HERZFELD: *The Persian Empire. Studies in geography and Ethnography on the Ancient Near East*, Wiesbaden, F. Steiner, 1986, p. 323.

¹¹ La fórmula *Bactrianos equites* de Curcio es extraña, y seguramente hace referencia a su interpretación/traducción del término hiparco, empleado además por Arriano en el texto citado.

¹² Curt. 7, 5, 22-25.

¹³ Edmund F. BLOEDOW: "Alexander the Great and Bactria", *PP*, 46 (1991), 44-80, y Edmund F. BLOEDOW: "Alexander the Great and Those Sogdianean Horses: Prelude to Hellenism in Bactria-Sogdiana", en Jacob SEIBERT (ed.), *Hellenistische Studien. Gedenkschrift für Hermann Bengtson*, Múnich, Editio Maris, 1991, pp. 17-32 defiende que la razón del conflicto provino de la necesidad de Alejandro de reponer sus caballos, lo que habría soliviantado a la población.

¹⁴ Frank L. HOLT: "Espitámenes...", p. 53 define a Espítámenes como un líder capaz de una "grand strategy"; disiento profundamente, teniendo en cuenta los detalles de la campaña de Alejandro: en ningún momento Espítámenes parece una auténtica amenaza para Alejandro, y solo son un par de escaramuzas contra efectivos mal organizados del líder macedonio las que permiten a éste pasar a la historia como un rebelde exitoso.

¹⁵ Waldemar HECKEL, *Who is who in the Age of Alexander the Great*, Oxford, 2006, p. 254.

¹⁶ *Ibidem*, p. 55.

te mutuo, y acaba resultando en una gestión de la satrapía bien ajena a la aristocracia tradicional de la misma, lo que se traduce efectivamente en el levantamiento.

Resulta complicado saber si se produce primero la propuesta más o menos imperativa de Alejandro para una reunión con los señores territoriales (entre los que parecen haber estado involucrados claramente los responsables de fortalezas y ciudadelas del territorio bactrio-sogdiano), y si ésta da lugar a la suspicacia que conduce a la rebelión, o si por el contrario, a raíz de las noticias sobre el alzamiento contra los macedonios, Alejandro reclama a los señores una reunión con el objetivo de resolver la situación y ello se traduce, de una parte, en el miedo a que sea una trampa, y de otra, en una reacción armada supuestamente generalizada. Me inclino por la segunda opción, pero reconozco que ello es especular sobre los escasos y dudosos datos que nos proporcionan nuestras fuentes. Pese a todo, parece que el momento fundamental de los primeros instantes de la revuelta es el supuesto asedio a Maracanda (Bactra) por Espitámenes.

El ataque de Espitámenes a Maracanda y la batalla del Politímeto

Una vez Alejandro tiene noticia de los ataques de los sublevados toma dos medidas: la primera es enviar fuerzas a Maracanda, la segunda es asegurar el territorio de la frontera del Yaxartes. Si nos centramos primero en esta segunda medida lo cierto es que sorprende la ausencia de provocación por parte de las poblaciones de una serie de ciudades como Cirópolis o la Gaza Sogdiana, que son directamente asediadas y en la mayor parte de los casos arrasadas y/o esclavizadas sin miramientos.¹⁷ En estos casos, la captura del territorio y las poblaciones parece tener un objetivo claramente funcional, como es el de proporcionar población dependiente¹⁸ y, en cualquier caso, también seguridad para la ciudad recién fundada de Alejandría Escate. Así lo manifiestan de hecho tanto Curcio¹⁹ como Arriano.²⁰

En segundo lugar, la atención de los investigadores sobre las guerrillas sogdianas en lucha contra Alejandro ha tendido a centrarse en la figura de Espitámenes, quien inicia su lucha contra los macedonios en el asedio de Maracanda. Nuestras fuentes, Curcio y Arriano, no coinciden del todo, lo que de nuevo anima la controversia. En el invierno de 329-328,²¹ durante el proceso de fundación de Alejandría Escate Alejandro recibe noticias de que la guarnición macedonia de Maracanda está siendo asediada por una fuerza dirigida por Espitámenes. Curcio dice que la población de la ciudad no está de acuerdo con los sitiadores. Asimismo, Arriano parece poner de manifiesto que, si bien la guarnición está atrincherada en algún tipo de fortificación, es posible que no se trate de la fortaleza real (*basileia*), pues ante una salida de los macedo-

¹⁷ Sobre esta cuestión, vid. Borja ANTELA-BERNÁRDEZ: "Tracia, Sogdiana, India...", pp. 124-141.

¹⁸ Debemos tener en cuenta que en una ciudad macedonia habría que distinguir entre ciudadanos o súbditos de derecho y población sometida. Sobre todo ello, vid. B. ANTELA-BERNÁRDEZ: "Macedonia-Seleucia. La tierra de los Macedonios", en Marta OLLER *et al.* (eds.): *Tierra, territorio y población en la Grecia antigua: aspectos institucionales y míticos*, vol. I, Mering, Utopica, 2017, pp. 217-232.

¹⁹ Curt. 7, 6, 27.

²⁰ Arr. *An.* 4, 4, 1. Asimismo, A. Brian BOSWORTH, *A Historical Commentary, II...*, pp. 25-26.

²¹ Nicholas G. L. HAMMOND: "The Macedonian Defeat near Samarcand", *AncW*, 22 (1991), p. 42.

nios sitiados los sitiadores son repelidos y se refugian en la *basileia*. En cualquier caso, existen problemas sobre el supuesto asedio que precisan de análisis. La información de Arriano²² es profundamente confusa, pues no solo habla de una retirada a la fortificación de las fuerzas sitiadoras en Maracanda, que ya hemos comentado, sino que este escenario no concuerda con los hechos derivados de la llegada de las fuerzas enviadas por Alejandro bajo mando de Menedemo y compañía, ante cuya proximidad Espitámenes huye de Maracanda. Todo ello lleva a pensar efectivamente en una primera fase de asedio por Espitámenes de la guarnición macedonia en Maracanda, que no sabemos en qué lugar se encuentra instalada, y en algún fracaso de los sitiadores gracias a las salidas exitosas de los macedonios sitiados, lo que debió resultar en la decisión de los sitiadores de refugiarse en un edificio fortificado (;la *basileia*, quizás?). Luego, creo, existen dos posibilidades: la primera es que esta situación se mantenga hasta que la proximidad de los refuerzos macedonios obliga a Espitámenes y a su gente a evitar quedar entre dos posibles fuerzas (los macedonios que llegan y los macedonios que están ya en la ciudad), por lo que inician la huida que resultará en la preparación de la posterior emboscada; la segunda supone que en algún momento se diese efectivamente la expulsión de la guarnición macedonia de su posición, quedando Maracanda en manos de Espitámenes y los suyos, y que ante la llegada de las fuerzas enviadas por Alejandro decidiesen abandonar la ciudad para no ser sitiados. En cualquier caso, la sentencia de Curcio²³ resulta a mi juicio clarificadora de las razones que llevaron a Espitámenes a abandonar Maracanda.

Por todo ello, considero posible apreciar una secuencia entre la información de nuestras fuentes: mientras Arriano explica el proceso de asedio, con salida exitosa de los macedonios incluida (Arr. *An.* 4, 5, 2),²⁴ y Curcio habla del abandono de la ciudad por Espitámenes para no ser sitiado por las fuerzas que Alejandro ha enviado en socorro de los asediados. En medio de ambos, parece que falta la información sobre lo sucedido en el asedio de Espitámenes a la guarnición macedonia, de la que no sabemos si han caído, si se han protegido en alguna otra edificación, si se mantienen en su posición original (que no era pues la *basileia* o fortaleza real) o si finalmente huyeron. Pese a esta laguna en la reconstrucción, con nuestra propuesta resulta una reconstrucción posible del resto de los hechos.

Curcio da a entender una cierta intención estratégica en la huida de Espitámenes, con el objetivo de obtener una ventaja mediante la sorpresa y el conocimiento del territorio. Así tuvo lugar lo que la historiografía moderna ha considerado el primer episodio bélico en el que se hizo uso de la guerra de guerrillas frente a Alejandro por parte de la resistencia bactrio-sogdiana. Consideremos el episodio con detalle. Sabemos que una vez llegan a oídos de Alejandro las noti-

²² Arr. *An.* 4, 5, 7.

²³ Curt. 7, 7, 31: «Éste [Espitámenes], al enterarse de la llegada del enemigo, con el fin de no verse encerrado tras las murallas de la ciudad y, al mismo tiempo, confiando en que Menedemo podría ser cogido de sorpresa...»; traducción de Francisco PEJENAUTE RUBIO (trad.): *Quinto Curcio Rufo: Historia de Alejandro Magno*, Madrid, Gredos, 1986.

²⁴ Vid. Adrian B. BOSWORTH: *A Historical Commentary II...*, p. 32. La información de Arriano (*An.* 4, 5, 7) es profundamente confusa.

cias de lo sucedido en Maracanda éste envía fuerzas de auxilio. Arriano menciona a Andrómaco, Carano y Menedemo, junto con sesenta jinetes de la caballería de los *Hetairoi* (que parecen haber quedado agotados con el rápido viaje hasta Maracanda y ante el posterior sobreesfuerzo hasta el Politímeto²⁵), así como ochocientos mercenarios (bajo mando de Carano), y otros mil quinientos mercenarios. Al mismo tiempo, atribuye el mando de todo este contingente a Farnuces, hombre (probablemente iranio²⁶) de edad avanzada y origen lidio especialista en funciones de intérprete.²⁷ Curcio sólo menciona a Menedemo,²⁸ y si bien desconocemos el posible tamaño de este contingente podemos hacernos una idea de dicha fuerza gracias a los números de bajas que recoge: dos mil soldados de infantería y trescientos de caballería.²⁹

En primer lugar, Arriano menciona una ausencia de claridad jerárquica en relación con la batalla del río Politímeto (actual Zeravshan).³⁰ La información del pasaje ahonda además en la oposición entre el plan original de Alejandro y la situación que ha resultado, es decir, la operación militar en la que se ven envueltos con funestas consecuencias. Por ello, en primer lugar podemos señalar que la intención original y parte de la responsabilidad de la misión recaía en Farnuces, quien como ya había señalado en su momento Arriano³¹ era intérprete y experimentado en dialogar con los bárbaros, lo que nos permite afirmar que el objetivo de la misión no debía ser completamente militar, sino especialmente diplomático. En segundo lugar, la misión diplomática se vuelve en algún momento militar, sin auténtica intención de serlo: probablemente fuera la consecuencia de la huida de Espítámenes de Maracanda y el inicio de una persecución que debió responder en gran medida a la improvisación. Ante ello, Farnuces delega su mando, pues el objetivo de su cometido ya no es viable, y los demás oficiales a cargo tampoco han recibido indicaciones para un escenario como ese, por lo que ninguno acepta inicialmente ponerse a la cabeza.

En todo ello podemos advertir el trasfondo de cada personaje. Caranos, *hetairoi* a raíz de las reformas de 331,³² es promocionado al cargo de comandante de la caballería aliada, sucediendo a Balacro.³³ Éste había sido enviado por Alejandro junto con Erigio, Andrónico y Artabazo para sofocar la revuelta de Satibarzanes en Aria en 330.³⁴ Seguramente, esta experiencia

²⁵ Frank L. HOLT: "Espitamenes...", p. 54.

²⁶ Helmut BERVE: *Das Alexanderreich auf prosopographischer Grundlage*, Múnich, Beck, 1926, vol. II, p. 380. Cf. Waldemar HECKEL: *Who's who...*, p. 330.

²⁷ Arr. An. 4, 3, 7.

²⁸ Curt. 7, 7, 31.

²⁹ Curt. 7, 7, 39.

³⁰ Arr. An. 4, 6, 2; cf. Adrian B. BOSWORTH: *A Historical Commentary II...*, p. 35. La misma idea aparece en Arr. An. 4, 5, 7. Por otra parte, Frank L. HOLT: "Espitamenes...", p. 54 califica la derrota de "the worst battlefield disaster of the *anabasis*".

³¹ Arr. An. 4, 3, 7; Adrian B. BOSWORTH: *A Historical Commentary I*, p. 23-24.

³² Pierre GOUKOWSKI: *Essai sur les Origines du Mythe d'Alexandre*, Nancy, University de Nancy II, 1981, vol. I, pp. 29-30; John E. ATKINSON: "The infantry commissions awarded by Alexander at the end of 331", en Wolfgang WILL y Johannes HEINRICH (eds.): *Zu Alexanders d. Gr.*, Amsterdam, 1987, vol. I, pp. 413-435.

³³ Waldemar HECKEL: *Who's who...*, p. 78, s.v. "Caranus [2]".

³⁴ Arr. An. 3, 28, 2; Curt. 7, 3, 2.

fue un argumento fundamental para ser puesto nuevamente al mando una misión similar, como sería la de diplomacia contra Espítámenes, donde habría comandado una caballería mercenaria que seguramente estaría integrada por aquellos miembros de la caballería aliada que se hubiesen mantenido al servicio de Alejandro tras el año 330.³⁵ Al mando de sesenta *hetairoi* o jinetes macedonios aparece Andrómaco, noble macedonio con fuertes vínculos aristocráticos³⁶ que habría formado parte también de la expedición contra Satibarzanes de 330, por lo que de nuevo aparece aquí en una función similar en equipo con Caranos. Asimismo, desde 330 era responsable de los 1.500 mercenarios que habrían estado al servicio de Darío III, rendidos a Alejandro a la muerte de éste,³⁷ y que aparecen aquí de nuevo bajo mando de Menedemo como infantería mercenaria. En cuanto a este último se trata de un personaje más desconocido, y aparece en nuestras fuentes solo en relación con esta campaña contra Espítámenes y la batalla del Politímoto. Me aventuraría a pensar que se trata de algún macedonio promocionado a raíz de las reformas del ejército macedonio de 331. Sorprende que sustituya aquí a Andrómaco en el mando de la infantería mercenaria. Sorprende también la ausencia de Erigio, el tercer integrante (con Carano y Andrónico) de la expedición contra Satibarzanes, que debía encontrarse por aquel entonces en compañía de Alejandro, quizás ya enfermo o inhábil para la lucha a causa de su avanzada edad.³⁸ Como ha señalado Heckel, el mando sobre la infantería sería la explicación de la preeminencia de Menedemo en la tradición de la *Vulgata*.³⁹

En cualquier caso, los problemas derivados de la preeminencia inicial de Farnuces en calidad de embajador y de la posterior crisis provocada por la cesión del mando por parte de éste permiten volver sobre el episodio de Maracanda, y de hecho sobre la cronología misma de toda la revuelta. Así, en primer lugar tendríamos los preparativos para la fundación por parte de Alejandro de una ciudad en la frontera con Escitia, que tendrían como respuesta un ataque de Espítámenes y los suyos contra la guarnición macedonia en Maracanda (desconocemos si ello es debido a algún exceso contra la población civil, a un plan político de revuelta, etc.); el envío de Farnuces por parte de Alejandro, con las fuerzas de Menedemo y los otros, para dialogar con Espítámenes y los rebeldes; la huida de Espítámenes de Maracanda; y, finalmente, la batalla-emboscada del Politímoto. En este sentido, la embajada de Farnuces podría relacionarse con la llamada de Alejandro a una reunión de la que los bactrio-sogdianos desconfían, y que motiva la campaña de castigo y sometimiento por parte de Alejandro contra las ciudades de la franja sogdiana, antes incluso, según parece, de las noticias sobre el desastre del Politímoto.

Volviendo a la batalla-emboscada del Politímoto, tanto Arriano como Curcio recogen elementos comunes. Arriano dice que «los escitas se habían ocultado en un bosquecillo y desde

³⁵ Waldemar HECKEL: *Who's who...*, 78.

³⁶ *Ibidem...*, p. 29.

³⁷ De hecho, Andrónico será el encargado de negociar la rendición de estos mercenarios griegos, e intercederá por ellos ante Alejandro: Arr. An. 3.23.9.

³⁸ Waldemar HECKEL: *Who's who...*, p. 119.

³⁹ Waldemar HECKEL: *The Marshals of Alexander's Empire*, Londres y Nueva York, Routledge, 1992, p. 312.

este escondrijo se lanzaron en plena acción contra los macedonios», y ello provocó la renuncia de Farnuces y el rechazo de responsabilidades por parte de los oficiales macedonios, que se vieron de lleno ante un río y el enemigo, y en el intento de cruzarlo se produjo el desastre.⁴⁰ Con un mayor grado de detalle, Curcio señala que Espítámenes trató de obtener beneficios del conocimiento del terreno a sabiendas de sus opciones de sorprender a Menedemo, dando lugar a una clarísima emboscada.⁴¹ Por ambos relatos sabemos que Espítámenes y los suyos ocultaron una parte de sus fuerzas en un bosque, y al pasar los macedonios ejecutaron una maniobra envolvente para rodear al enemigo, atrapado entre el ataque y el dificultoso cruce del río. Esta es, efectivamente, la estrategia que la historiografía ha considerado como una trampa digna de ser denominada táctica de guerrillas. Sin embargo, mucho podría decirse sobre ello.

Lo más importante, a mi juicio, es el detalle del tamaño: Menedemo afirma en Curcio que el enemigo es más numeroso. Ciertamente, el contingente macedonio no había sido enviado inicialmente a una batalla, sino como embajada de diálogo. Por ello, las fuerzas de que disponían Menedemo, Aristónico y Carano resultan sorprendentes para la tarea encomendada, ante un enemigo tan complicado como las fuerzas de Espítámenes, capaces de golpear y desaparecer y bien adaptadas al terreno. El envío de unas fuerzas de tipo mercenario también hace pensar que la intención original de Alejandro no era enfrentar una batalla. En cualquier caso, la derrota macedonia puede atribuirse a diversos factores, como la desorganización de los oficiales y la ausencia de un mando coordinado para la lucha contra un enemigo con armamento ligero y probablemente con gran movilidad por parte de un contingente macedonio fundamentalmente de infantería, probablemente pesada, o no tan ligero como la situación hubiese requerido; y la ausencia de fuerzas de apoyo, como arqueros o lanceros, con las que contrarrestar los ataques a distancia con que los bactrio-sogdianos y escitas de Espítámenes debieron hostigar a los macedonios. Todo ello, si bien no quita mérito alguno a la habilidad militar de Espítámenes, difícilmente permite convertir la trágica derrota macedonia en resultado de la idea moderna de guerrilla, porque ni es resultado de un atentado ni tampoco es perpetrado por fuerzas de número mucho más reducido. En este sentido, el único elemento en el que podríamos ver una aplicación de lo que se considera “guerrilla” es en el uso estratégico de la trampa, de la estratagema.⁴²

⁴⁰ Arr. *An.* 4, 6, 1 y 2, respectivamente; Cf. Adrian B. BOSWORTH: *A Historical Commentary II...*, pp. 34-35.

⁴¹ Curt. 7, 7, 31-34. El resto del relato (7, 7, 35-38) recoge el romántico desenlace de la muerte de Menedemo y su amigo Hipsides.

⁴² François CADIOU: “Sertorius et la guérilla”, en Claudine AULIARD y Lydie BODIOU (eds.): *Au jardin des Hespérides. Histoire, société et épigraphie des mondes anciens. Mélanges offerts à Alain Tranoy*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2004, pp. 300, 305-306. Asimismo, Borja ANTELA-BERNÁRDEZ: “World is not enough. Alexander the Great in Sogdiana: A Study in Historiography”, en Borja ANTELA-BERNÁRDEZ y Jordi VIDAL (eds.), *Central Asia in Antiquity. Interdisciplinary approaches*, Archaeopress Oxford, 2014, pp. 77-84.

La represión macedonia

A continuación se inició la campaña de intensa represión de las ciudades por parte de las fuerzas macedonias, con el doble objetivo de poblar la nueva Alejandría y someter posibles rebeldes, reales, ficticios o futuros, sin medir entre amigos o enemigos.⁴³ A causa del levantamiento, Alejandro ordenó intensificar los trabajos de construcción de la nueva ciudad en la orilla del Yaxartes. Si bien era habitual que los soldados macedonios trabajen en las obras de este tipo⁴⁴ es posible que para acelerar las obras Alejandro emplease población local, lo que explicaría la reacción violenta contra una ciudad cuya fundación suponía ya de forma efectiva una privación de la libertad, además de una frontera artificial.⁴⁵ Si habitualmente se ha propuesto que el objetivo de Alexandria Escate pudo haber sido el de controlar el territorio y frenar a las poblaciones escitas del norte, lo cierto es que, como hemos comentado, debe valorarse profundamente el valor de Sogdiana como enclave estratégico a nivel de rutas comerciales, y esta Alejandría serviría también para gestionar a nivel económico (y fiscal) tanto este territorio como el intercambio de mercancías desarrollado en sus proximidades.

Tal y como ha expuesto Briant, las ciudades o fortalezas del entorno de la región de Bactria y Sogdiana tenían una serie de funciones específicas antes de la llegada de Alejandro, algo que tal vez nos ayude a comprender la ocupación por los macedonios y la reacción local. En este sentido, deberíamos valorar en primer lugar hasta qué punto los aristócratas convocados a asamblea por Alejandro, reunión que acaba por motivar la revuelta liderada por Espítámenes, eran los señores (*hiparchos*) de las fortalezas que controlaban el territorio tanto en Bactria como en Sogdiana.⁴⁶ Ello explicaría perfectamente la doble vertiente del conflicto bactrio-sogdiano: sumisión de plazas fuertes y lucha abierta contra Espítámenes y sus seguidores. No obstante, el control efectivo del territorio por parte de Alejandro requería necesariamente de la sumisión de estas fortalezas. Cada una de las *rocas* bajo dominio de estos *hiparchos* suponía una unidad de gestión territorial,⁴⁷ así como una estructura de defensa militar y protección, de almacenamiento del excedente productivo y de articulación de la fiscalidad.⁴⁸ En consecuencia, podríamos dudar, en cierto modo, de la naturaleza insurreccional del levantamiento y considerar la toma de estas fortalezas por Alejandro como la segunda fase de la conquista y de la instauración del dominio macedonio sobre el territorio. La intensa dedicación en tiempo pone de manifiesto además la importancia de estos enclaves desde un punto de vista no solo militar, como las fuentes a menudo nos señalan, sino sobre todo económico, a pesar de la opinión casi

⁴³ Arr. *An.* 4, 15, 7; Adrian B. BOSWORTH: *A Historical Commentary II...*, pp. 108-111.

⁴⁴ Por ejemplo, App. *Syr.* 58.

⁴⁵ Frank L. HOLT: *Alexander...*, p. 56.

⁴⁶ Pierre BRIANT: *Rois, tributs et paysans: Études sur les formations tributaires du Moyen-Orient ancien*, París, Presses Universitaires Franche-Comté, 1982, p. 241.

⁴⁷ *Ibidem*, p. 198-99.

⁴⁸ *Ibidem*, p. 199.

generalizada de buena parte de los investigadores en relación con este territorio, que han acostumbrado a considerarlo poco menos que como un paraje yermo.⁴⁹

Que existe una relación directa entre el control de las fortalezas y el levantamiento de los nobles parece evidente en la reacción de Alejandro ante la noticia de la rebelión. Arriano menciona hasta siete fortalezas en la zona del Yaxartes donde la población rural debía haber obtenido protección y refugio.⁵⁰ Su primera respuesta fue ordenar la construcción de escaleras de asalto, al tiempo que Crátero es enviado a poner cerco a Cirópolis, que por su entidad debía haber contenido un mayor número de población refugiada.⁵¹ La disposición del asedio en esta ciudad fue bien calculada. A su llegada, Crátero debía crear una fosa de circunvalación a partir de una trinchera y una empalizada que evitasen cualquier fuga de los sitiados, y por tanto la posibilidad de que éstos diesen auxilio al resto de las plazas fuertes sobre las que Alejandro dirigía su ataque.⁵² Por otra parte, la descripción de la disposición del asedio recuerda los grandes asedios de Alejandro en la zona del Levante Mediterráneo (Mileto, Halicarnaso, Tiro y Gaza⁵³), puesto que sobre la empalizada se establecieron ingenios de guerra con los que mantener la atención de los sitiados. En este sentido, se menciona maquinaria que probablemente sea artillería de no-torsión, aunque no sabemos si las máquinas desmontables transportadas por la impedimenta de Alejandro estaban a su disposición en este entorno, pues no tenemos noticias de ellas desde el asedio de Gaza en 332.

Mientras Crátero bloqueaba Cirópolis, el propio Alejandro conducía un asedio contra otra de las ciudades de la misma región, que Arriano denomina con el nombre de Gaza.⁵⁴ Parece que ésta contaba con algún tipo de fortificación, pero de menor entidad, pues estaba hecho de tierra,⁵⁵ probablemente bloques de barro cocido. El método de asedio es el habitualmente empleado por Alejandro: en primer lugar se crea un fuego de cobertura por medio de arqueros, honderos y artilleros (probablemente de no-torsión) que anula a los defensores de las murallas. Asegurada la posición con el fuego de cobertura, la infantería macedonia utiliza las escalas de asalto ya preparadas, obteniendo acceso al perímetro interno de las fortificaciones. El resultado fue la ejecución de todos los hombres,⁵⁶ quizás con la intención de eliminar los potenciales soldados, mientras que el resto de los habitantes fueron sometidos a una relación de dependencia.⁵⁷

⁴⁹ Vid. Borja ANTELA-BERNÁRDEZ: "World is not..., *passim*."

⁵⁰ Arr. *An.* 4, 2, 1. Para toda esta breve campaña, vid. Adrian B. BOSWORTH: *A Historical Commentary II...*, pp. 19-22.

⁵¹ Curt. 7, 6, 16; Arr. *An.* 4, 2, 2.

⁵² Arr. *An.* 4, 2, 2.

⁵³ Borja ANTELA-BERNÁRDEZ: "Alejandro Magno, *Poliorketes*", en Jordi VIDAL y Borja ANTELA-BERNÁRDEZ (eds.): *Fortificaciones y guerra de asedio en el mundo antiguo*, Zaragoza, Pórtico, 2012, pp. 90-134.

⁵⁴ Arr. *An.* 4, 2, 4.

⁵⁵ Arr. *An.* 4, 2, 3.

⁵⁶ Arr. *An.* 4, 2, 4. Curt. 7, 6, 16 menciona sólo la masacre de los jóvenes (*puberes*).

⁵⁷ Pierre BRIANT: op. cit., pp. 241-244.

Una actuación similar debió tener lugar en la siguiente ciudad, de la que no tenemos nombre, e igual sucedió con la tercera.⁵⁸ Capturadas las tres y con Cirópolis bajo bloqueo Alejandro envió una fuerza de caballería (¿ligera?) con el objetivo de vigilar a los habitantes de las ciudades que todavía no había tomado y asegurarse de que no huían ante la noticia del destino de sus vecinos. Esta fuerza montada macedonia acabó masacrando a los habitantes fugitivos, de forma que las dos ciudades quedaban sometidas también.⁵⁹ De este modo, las cinco ciudades fueron puestas bajo el control macedonio en un tiempo record (que Arriano contabiliza en dos días).

De las siete ciudades donde se había refugiado la población sogdiana Arriano menciona sólo 6 (incluyendo Cirópolis). La falta de nombres en el relato del historiador romano dificulta la identificación de los emplazamientos y la clarificación de la información. No obstante, Curcio sólo habla de tres ciudades: Gaza, Cirópolis y la ciudad de los Memacenos. No sabemos si esta última podría ser la séptima ciudad de las mencionadas por Arriano. En su relato, éste menciona muy pocos datos del núcleo en cuestión, así como la existencia de dos versiones: la primera, de Ptolomeo, defiende que los habitantes se entregaron, y la segunda, de Aristóbulo, indica que hubo resistencia y que los habitantes fueron exterminados. Curcio dice que tras el asedio de Gaza Alejandro dirigió embajadas al pueblo de los Memacenos, quienes asesinaron a los emisarios macedonios, lo que provocó la ira de Alejandro, que ordenó a Meleagro y Pérdicas la dirección del asedio,⁶⁰ mientras él mismo se dirigía a gestionar el de Cirópolis. Ello permite crear una secuencia cronológica: primero Crátero es enviado a Cirópolis y Alejandro emprende el asedio de Gaza. Sometidas Gaza y las otras cinco fortalezas, Alejandro dirige su atención a Cirópolis, por lo que es probable que la ciudad de los Memacenos haya sido la última de las tomadas en esta campaña. El hecho de que hubiese delegado la dirección del asedio en Meleagro y Pérdicas indica que estamos ante una ciudad probablemente de dimensiones importantes, como en el caso de Cirópolis. Asimismo, tanto Pérdicas como Meleagro son personajes importantes en el entorno del Estado Mayor macedonio, lo que reafirma la supuesta relevancia de este enclave desconocido de los misteriosos Memacenos. Una última información de interés es la revelada por las dos versiones de Arriano: puesto que Ptolomeo afirmaba que la ciudad se había rendido, y teniendo en cuenta que era Pérdicas quien estaba a cargo del asedio, es probable que su versión pretenda desprestigiar la capacidad militar de Pérdicas, como en tantas otras ocasiones. No obstante, a la luz de los precedentes en la región es más que probable que la población fuese exterminada:⁶¹ tras un duro asedio, que debió durar más de lo que las fuentes relatan (puesto que sabemos que se construyeron galerías subterráneas con las que socavar las murallas)⁶², las

⁵⁸ Arr. *An.* 4, 2, 4.

⁵⁹ Arr. *An.* 4, 2, 5.

⁶⁰ Curt. 7, 6, 17-19.

⁶¹ Y más si, como indica Curcio, los Memacenos habían asesinado a los legados macedonios.

⁶² Alejandro ya había experimentado con las acciones de minado en otros asedios, especialmente en Gaza: Borja ANTELA-BERNÁRDEZ: "Poliorcetes...", p. 126.

defensas cedieron y la ciudad fue arrasada (*urbem dirui iussit*). Tres *rocas* al menos quedaron eliminadas en un breve lapso de tiempo.

El asedio de Cirópolis, que es el que sigue a la captura de las cinco ciudades por Alejandro mismo, debió resultar ciertamente más complicado. Primero por el tamaño de sus fortificaciones, y segundo porque albergaba un gran número de defensores. Nuevamente, Alejandro emplea sus máquinas de asedio, aunque no sabemos si existe en toda la campaña artillería de torsión. Pese a ello, seguro que los macedonios contaban con artillería de no-torsión, es decir, antipersona,⁶³ que permitía generar fuego de cobertura y despejar los muros de defensores. Igualmente, también sabemos de la existencia de escalas, como en Gaza. Y a buen seguro que los macedonios pudieron construir rápidamente arietes.⁶⁴ No obstante, parece que todo este asalto mecánico no debía tener más que la función de concentrar la atención de los defensores en un punto.⁶⁵ De hecho, el plan de Alejandro para tomar la ciudad se basa una vez más en una hábil estrategia: aprovechando el curso seco del río que baña la ciudad, Alejandro envió a sus tropas de élite (su guardia personal –¿quizás la agema?–, los hipaspistas, así como un grupo de arqueros y agrianes⁶⁶), y con ellas hizo una incursión con la que consiguió acceder al interior de la ciudad y de este modo abrir las puertas al ejército. La lucha debió recrudecerse en el interior, probablemente por el gran número de fuerzas presentes dentro de los muros, y Alejandro fue herido, como también lo fueron Crátero y otros oficiales.⁶⁷ No obstante, al crearse un doble frente contra los defensores, entre los que entraban en la ciudad y los que asaltaban el muro, la ciudad fue tomada con importantes bajas entre los vencidos.⁶⁸ Cirópolis recibió un trato similar a Gaza: saqueo y probable masacre de sus habitantes.⁶⁹ Mientras, un grupo se había refugiado en la Acrópolis (lo que da una idea del importante tamaño de la ciudad), pero fueron bloqueados, y tras un día (durante el cual debieron seguramente contemplar el espectáculo de violencia del saqueo macedonio) fueron rendidos por causa de la sed.⁷⁰

Resuelta la revuelta, Alejandro siguió ocupado en la gestión de la fundación de Alejandría Escate. Su presencia física en este entorno demuestra la importancia que este enclave tenía en sus planes. La ciudad, de unas dimensiones impresionantes para la región, tenía un perímetro de 11 estadios, superando así el de Maracanda, la más importante de la provincia, con unos muros de 9 estadios. Sin duda, esta nueva ciudad debe ser entendida como una nueva fundación griega, con todo lo que ello conlleva. No obstante, su estructura fortificada y su em-

⁶³ *Ibidem*, *passim*.

⁶⁴ Como ya habían hecho en las inmediaciones de Mileto, probablemente: *Ibidem*, p. 94.

⁶⁵ *Aen. Tact.* 38, 1.

⁶⁶ Las fuerzas involucradas coinciden con las de la trampa estratégica de la falsa retirada puesta en marcha por Alejandro en Tebas o Halicarnaso. Cf. Borja ANTELA-BERNÁRDEZ: "Furious Wrath: Alexander the Great's destruction of Thebes and Perdicas' false retreat", in Geof LEE *et al* (eds.): *Ancient Warfare. Introducing Current Research*, Manchester, Cambridge Scholars, 2015, 94-106.

⁶⁷ De nuevo la similitud con el caso de Tebas (donde el herido es Pérdicas) hace pensar que estas heridas fuesen recibidas durante la incursión en el interior de la ciudad, antes de abrir las puertas.

⁶⁸ *Arr. An.* 4, 3, 3-4.

⁶⁹ *Curt.* 7, 6, 21.

⁷⁰ *Arr. An.* 4, 3, 4.

plazamiento, junto con la eliminación de las otras fortalezas anteriores en la región, suponen en cierto modo una señal de continuidad en relación con la forma de control a partir de las fortalezas preexistentes. Por último, el nuevo emplazamiento sobre el Yaxartes supuso también una clara amenaza para los pueblos escitas que habitaban ambos lados del río.⁷¹ De hecho, la instalación de colonos de diverso signo en el territorio suponía directamente una agresión contra sus pobladores originales, y por tanto el motivo esencial del conflicto que culminaría en la batalla del Yaxartes. En efecto, sabemos que Alejandro instaló como habitantes de la nueva ciudad a mercenarios griegos y soldados macedonios licenciados. Igualmente, es más que probable que muchos de los capturados en la toma de las fortalezas de la zona fueran cedidos a la ciudad.⁷²

Resuelto el dominio del norte y el funcionamiento de la nueva ciudad, Alejandro marcha hacia Maracanda al encuentro de los caídos de Menedemo.⁷³ Como en el caso de la sumisión por los macedonios de las ciudades de la Sogdiana septentrional, cercanas a Alejandría Escaté, se repite el empleo de la represión más dura como mecanismo de control y sofocación de la revuelta, con una clara intención punitiva por la muerte de los macedonios. Sin embargo, la problemática generada por este tipo de respuesta de Alejandro para imponer su autoridad en el área bactrio-sogdiana queda patente en el episodio de los prisioneros sogdianos,⁷⁴ quizás obtenidos por la actuación de Crátero. En primer lugar, dicho episodio pone de manifiesto la intención de Alejandro de castigar con la muerte a una serie de prisioneros –«los treinta más nobles», dice Curcio (7, 10, 4)⁷⁵–, pero también, y más importante si cabe, el problema mismo de la percepción de los bactrio-sogdianos con respecto al conflicto con Alejandro, algo bien recogido por Curcio.⁷⁶

La campaña de 328

Tras las medidas de castigo y después del invierno, en 328 Alejandro dividió sus tropas (como ya había hecho durante las operaciones contra las ciudades de la frontera norte) para combatir un enemigo nómada, como explicita Curcio.⁷⁷ Las reacciones de los locales fueron diversas: «unos fueron sometidos por las armas, mientras que la mayor parte se rindieron sin entablar combate; a éstos Alejandro dio orden de que les fueran asignadas las ciudades y los campos de aquellos que habían perseverado en su rebeldía». ⁷⁸ Esta política de alianza, premio y

⁷¹ Aunque las fuentes las localicen unánimemente en el margen opuesto, es decir, más allá del Yaxartes, y por tanto *fuera* de la Sogdiana.

⁷² Curt. 7, 11, 1. Cf. Pierre BRIANT: op. cit., pp. 242-243.

⁷³ Curt. 7, 9, 21-22; Francisco PEJENAUTE RUBIO, op. cit., trad.

⁷⁴ Curt. 7, 10, 4-9.

⁷⁵ No sabemos si éstos eran los líderes de la revuelta, si habrían sido aquellos a quienes Alejandro convocó inicialmente a una reunión, o si por contra se trataba de los señores territoriales de las ciudades conquistadas o sencillamente de una selección al azar, con ánimo de escarmiento, condenados para dar ejemplo a los vencidos.

⁷⁶ Curt. 7, 10, 13.

⁷⁷ Curt. 8, 1, 1.

⁷⁸ Curt. 8, 1, 2; Francisco PEJENAUTE RUBIO: op. cit., trad.

castigo, tan habitual en Alejandro, tendrá consecuencias efectivas en su capacidad de gestión del territorio, y en cierto modo muchos de los pueblos comenzaron a rendirse: Curcio habla de los escitas (bajo mando de Derdas) y los corasmios de Fratafernes,⁷⁹ pero la confusión y falta de detalle y conocimiento de la realidad de la región se hace realmente evidente en nuestros autores. Sin embargo, la respuesta de los rebeldes de Espitámenes no se hizo esperar:

Mientras tanto los desertores de la Bactriana, con 800 jinetes maságetas, devastaban las aldeas vecinas.⁸⁰ Para contenerlos, Atinas, gobernador de aquella región, se puso al frente de 300 jinetes sin saber la emboscada que le estaba preparada. En efecto, el enemigo había apostado un contingente de tropas en los bosques que casualmente se alzaban junto a la llanura, mientras que unos cuantos hacían avanzar el ganado con el fin de que la esperanza del botín atrajera al enemigo,⁸¹ desprevenido, a la emboscada. Y así Atinas perseguía a la presa con la columna desorganizada y sin guardar filas, como quien se dedica al pillaje; en cuanto penetró en el bosque los que en él estaban apostados se echaron sobre él de improviso y le dieron muerte junto con todos sus acompañantes. La noticia de este desastre llegó rápidamente a oídos de Crátero, que se presentó con toda la caballería, pero los meságetas ya habían huido. Fueron aniquilados los dahas, con cuyo exterminio finalizó la rebelión de toda la región.⁸²

Por su parte, Arriano parece vincular la reacción rebelde como consecuencia de las operaciones de Alejandro en las ciudades sogdianas del norte (es decir, con la fase final de la fundación de Alejandría Escate).⁸³ El conflicto aparece de nuevo motivado por el control del territorio. Arriano informa de un ataque⁸⁴ primero a un fuerte, y posteriormente a las inmediaciones de Zariaspa (Bactras), aunque éstos no parecen haber sido de gran magnitud. Asimismo, por lo que indica Arriano, podría ser que el paso por Zariaspa afectase solo a las poblaciones extramuros, y quizás responda a una breve *razzia*, pues el hecho de evitar el asedio de la ciudad debía responder a la falta de un contingente de magnitud suficiente, así como de máquinas y recursos, para ponerle sitio. Por otra parte, la intención podría haber sido generar un segundo frente, y quizás atraer a Alejandro a la frontera o a otro tipo de territorio, aunque todo ello no es más que una especulación. No obstante, es posible que estos ataques, como quizás el de Maracanda, que parece dar inicio a la revuelta, tengan que ver con algún tipo de descontento o maltrato de la población a manos de los soldados macedonios, pero tampoco sabemos nada sobre ello. La reacción no se hace esperar:

⁷⁹ Curt. 8, 1, 7-10.

⁸⁰ Una nueva noticia sobre la naturaleza del conflicto entre la población nómada (pueblos ganaderos) y sedentarios (pueblos agrícolas). Asimismo, vid. Edmund F. BLOEDOW: "Alexander the Great and Bactria...", p. 53.

⁸¹ La cuestión del ganado es capital para Frank L. HOLT: "Espitámenes...", pp. 55-56.

⁸² Curt. 8, 1, 2-6; Francisco PEJENAUTE RUBIO: op. cit., trad.

⁸³ Arr. An. 4, 16, 4.

⁸⁴ Arr. An. 4, 16, 5.

En Zariaspa habían quedado algunos jinetes del grupo de los Compañeros, aquejados de alguna enfermedad, y con ellos estaba como defensor, por encargo del rey, Pitón, hijo de Sosicles, y el citaredo Aristónico. Al tener éstos noticias de la incursión que llevaban a cabo contra la ciudad los escitas (y dado que ya estaban en gran parte restablecidos de sus enfermedades y podían utilizar sus armas y montar a caballo), reunieron unos ochenta jinetes mercenarios que componían la guarnición de Zariaspa, a más de algunos pajes al servicio del rey, y salieron de la ciudad lanzándose en tromba contra los masagetas.

Al caer por sorpresa sobre los escitas, ajenos por completo a este ataque, recuperaron el botín que éstos habían robado, y dieron muerte a gran parte de los encargados de su transporte y custodia. Sin embargo, al iniciar el regreso a la ciudad lo hicieron en completo desorden, por no haber nadie que impusiera su autoridad; dio ello ocasión a que Espitámenes y los escitas les tendieran una emboscada, en la que perecieron siete de los Compañeros y sesenta jinetes mercenarios. Pereció el citaredo Aristónico, que se había portado con valentía mayor de la que cabía esperar de un citaredo. Pitón resultó herido y fue hecho prisionero por los escitas». ⁸⁵

Demasiadas coincidencias con el ataque a Maracanda parecen incidir en favor de la necesidad de un análisis comparado. En primer lugar, la situación parece similar: un ataque rebelde a las inmediaciones de la ciudad que recibe como respuesta una salida de los macedonios (quienes recuperan el botín obtenido), que provoca desorden y falta de autoridad y favorece la victoria de los rebeldes. En ambos casos, la presencia mayoritaria de fuerzas mercenarias es notable: en este caso, a los ochenta mercenarios, sumamos unos pocos *hetairoi* (en número indeterminado, pero seguramente muy reducido, a juzgar por las bajas posteriores: siete caídos). Por último, el personaje del citaredo Aristónico recuerda aquí a Hipsides, el amigo de Menedemo, o cuando menos al mismo Farnuces. En cualquier caso, parece que Zariaspa había sido configurada como un asentamiento sanitario, una especie de hospital de campaña donde reposaban los heridos ⁸⁶, y con presencia además de algunos de los Pajes del rey, de los que Pitón hijo de Sosicles ⁸⁷ parece haber sido el líder. En cualquier caso, las fuerzas destacadas en Zariaspa hacen pensar en un enclave de segunda, de poca importancia. Por otra parte, es cierto también que el ataque macedonio contra los rebeldes podría responder a una trampa, como las que se habían dado en otras ocasiones de la campaña: ⁸⁸ exhibir una supuesta debilidad que finalmente no es cierta que atraiga el ataque enemigo para perseguirlo con contundencia. Esta estrategia sería óptima ante un enemigo con tanta movilidad como debieron ser los rebeldes bactrio-sogdianos. Pero de nuevo es la calidad de los efectivos (mercenarios y pajes) y, sobre todo, la falta de auto-

⁸⁵ Arr. An. 4, 16, 6-7; Antonio GUZMÁN GUERRA (trad.): *Arriano: Anábasis de Alejandro Magno*, Madrid, Gredos, 1982, II vols.

⁸⁶ Sobre la asistencia sanitaria en la campaña, vid. Céar SIERRA y Borja ANTELA-BERNÁRDEZ: "Alejandro y la *anábasis* de la medicina griega", *Athenaeum*, 2 (2016), pp. 397-417.

⁸⁷ Waldemar HECKEL, *Who's who...*, p. 195, s.v. "Peithon [2]".

⁸⁸ Vid. Borja ANTELA-BERNÁRDEZ: "El camero macedonio. La táctica de la falsa retirada en tiempos de Filipo y Alejandro", en Antonio ESPINO (ed.), *Nuevas fronteras de la historia de la guerra*, Zaragoza, Pórtico, 2013, pp. 29-47.

ridad clara (no se menciona de hecho oficial alguno, aparte del paje Pitón, que acabará siendo capturado, y sobre el que por otra parte no volvemos a tener noticia, por lo que es posible que finalmente hubiese muerto) benefician a los rebeldes. No obstante, vale la pena tener en cuenta dos elementos: el primero sería poner el episodio en relación con otros casos similares, donde los macedonios que atacan y ganan buen botín son de nuevo contraatacados y pierden el botín adquirido, como le sucedió de hecho a Filipo II ante el rey escita Ateas.⁸⁹ No puedo dejar de notar aquí la coincidencia entre la lucha de Filipo contra los escitas y la lucha contra estos aliados de Espítámenes en Bactria-Sogdiana, denominados aquí también escitas, lo que sin duda debía alimentar los arquetipos de la antigüedad por encima de las certezas históricas de los autores de nuestras fuentes.

De nuevo, ante la situación, Alejandro reacciona. Arriano afirma que al saber de lo ocurrido Crátero avanzó contra los rebeldes, haciéndolos huir.⁹⁰ Después de esto las medidas son claras: un fuerte contingente compuesto por las tropas de Ceno («al frente del batallón», dice Arriano); el batallón de Meleagro, al cargo además de cuatrocientos jinetes macedonios (*Hetairoi*); los hipaspistas; los aliados bactrio-sogdianos; y las tropas que hasta entonces habían quedado bajo autoridad de Amintas, destinado a pasar el invierno en Sogdiana y a defender dicho territorio. A ello se suma una intención más oscura, como es la de tender una trampa a Espítámenes si atacaba durante el invierno.⁹¹ Esta supuesta emboscada podría haber estado planeada del mismo modo que lo había sido el anterior ataque a Zariaspas: un fortín o guarnición supuestamente desamparada, pero que alberga u oculta en realidad una inmensa fuerza macedonia que entraría en persecución de cualquier inoportuno atacante. Además, con el territorio bajo control macedonio, la estrategia abocaría a los rebeldes a un callejón sin salida que supondría su perdición.⁹²

Diversas cuestiones merecen atención. La primera de ellas es la enorme diferencia de número entre los rebeldes y las tropas macedonios. En segundo lugar, la apreciación del interés de los escitas por las acémilas, que recuerda de nuevo su carácter probablemente nómada, así como la economía ganadera como su modo de vida.⁹³ Sin duda, esto estaría relacionado con su conocimiento de lo que nuestras fuentes y los mismos macedonios debieron considerar “el desierto”, y que en realidad seguramente era el espacio marginal del territorio agrícola. Por último, más interesante resulta la mención en primer lugar de tropas bactrio-sogdianas con Ceno, y posteriormente, de nuevo, la posibilidad de algunos traidores de los rebeldes que se unen a Ceno como trásfugas. Esto significa que de algún modo Alejandro controlaba y/o había hecho co-

⁸⁹ Just. 9, 2, 15. Por otra parte, sobre los esclavos en Macedonia vid. Borja ANTELA-BERNÁRDEZ: “Alejandro Magno, *Felix Praedo*. Esclavismo y dependencia en el territorio de conquista”, en Miriam VALDÉS y Inés SASTRE (eds.), *Los espacios de la esclavitud y la dependencia en la Antigüedad*, Madrid, Presses Universitaires de Franche-Comté, 2014, pp. 297-306; Borja ANTELA-BERNÁRDEZ, “Macedonia-Seleucia...”, p. 226-228.

⁹⁰ Arr. *An.* 4, 17, 1-2.

⁹¹ Arr. *An.* 4, 17, 3. Igualmente, vid. Adrian B. BOSWORTH: *A Historical Commentary II...*, pp. 117-121.

⁹² Arr. *An.* 4, 17, 4-7.

⁹³ De hecho, ello contrasta con la afirmación rotunda de Arriano 4.17.5.

rrer rumores e informaciones entre la población bactrio-sogdiana para generar una confianza que permitiese que estos abandonasen el bando de los rebeldes. Además, el control territorial y de las ciudades obtenido en el año anterior habría garantizado a los macedonios no sólo un potente contingente de aliados, sino también de probables rehenes reclutados como efectivos, que a buen seguro sirvieron de reclamo también para parte de los rebeldes, motivados por estos a pasarse al bando macedonio.

La muerte de Espitámenes recogida por Arriano, según la cual los Masagetas le habrían cortado su cabeza para enviarla a Alejandro («buscando con esta acción distraer a Alejandro para que dejara de perseguirles»), varía en relación con la de Curcio, quien hace responsable de su decapitación a su misma esposa, aunque a mi juicio ambas versiones pueden ser complementarias.

Conclusiones

Un reciente artículo muy interesante de Graham Wrightson revisaba a la luz de percepciones recientes la problemática de la lucha de Alejandro contra la revuelta bactrio-sogdiana, concebida especialmente durante la última década⁹⁴ como una forma antigua de guerrilla e insurgencia.⁹⁵ La visión historiográfica sobre la cuestión⁹⁶ pone de manifiesto la necesidad de reconsiderar la idea que hoy en día se aplica a la guerra denominada “de guerrillas” durante la Antigüedad, a su consideración supuestamente negativa en el mundo antiguo,⁹⁷ fundamentada en ideas modernas más que en los planteamientos expresados en nuestras fuentes.⁹⁸ Estas consideraciones no son sino un mecanismo más de construcción de la alteridad, en este caso en función de la actuación militar, es decir, del tipo de guerra que practica cada pueblo. Por otra

⁹⁴ Lee BRICE: “Insurgency and Terrorism in the Ancient World. Grounding the Discussion”, en Lee L. BRICE y Timothy HOWE (eds.): *Brill's Companion to Insurgency and Terrorism in the Ancient Mediterranean*, Leiden, 2016, pp. 3-27.

. Para el caso de Alejandro, vid. Timothy HOWE: “Alexander and “Afghan Insurgency”: A Reassessment”, in Lee L. BRICE y Timothy HOWE (eds.): *Brill's Companion to Insurgency and Terrorism in the Ancient Mediterranean*, Leiden, 2015, pp. 151-182.

⁹⁵ Graham WRIGHTSON: “‘Surprise, Surprise’: The tactical response of Alexander to guerrilla warfare and fighting in difficult terrain”, *Ancient Insurgency*, Palos Heights, 2015.

⁹⁶ Borja ANTELA-BERNÁRDEZ: “World is not...”, Timothy HOWE: “Alexander and ‘Afghan...’”,.

⁹⁷ Una percepción que tiene más que ver con modelos conceptuales sobre el mundo antiguo como los expuestos por marcos teóricos como por ejemplo los del *Western Way of War*: vid. Xose Carlos BERMEJO BARRERA: “Pensando la Guerra: Algunas lecciones de la Grecia Clásica”, en Xose Carlos BERMEJO BARRERA: *¿Qué es la Historia Teórica?*, Madrid, Akal, 2004, pp. 182-194.2004; Borja ANTELA-BERNÁRDEZ: “The Western Way of War. Un modelo a debate”, en Jordi VIDAL, Borja ANTELA-BERNÁRDEZ (eds.): *La guerra en la Antigüedad desde el presente*, Zaragoza, Pórtico, 2011, pp. 141-161; Pedro LÓPEZ BARJA y Francisco Javier GONZÁLEZ GARCÍA: “Grecia desde el imperio (americano): La obra de Victor Davis Hanson”, en Jose Manuel CORTÉS COPETE *et al.* (eds.): *Grecia ante los imperios*, Sevilla, Universidad de Sevilla-Secretariado de Publicaciones, 2011, pp. 415-426; Pedro LÓPEZ BARJA y Francisco Javier GONZÁLEZ GARCÍA: “Neocon Greece: W. D. Hanson's War on History”, *International Journal of the Classical Tradition*, 19:3 (2013), pp. 129-151.

⁹⁸ Borja ANTELA-BERNÁRDEZ: “World is not...”

parte, mediante la revisión de los hechos lo que podemos percibir del enfrentamiento entre Alejandro y los rebeldes bactrio-sogdianos dista mucho de poder ser entendido como un conflicto entre formas de insurgencia y contrainsurgencia.

Frente a estas emboscadas de los supuestos insurgentes, la fuerza puesta en marcha por Alejandro resulta desmedida, sobre todo teniendo en cuenta la gestión que parece entereverse de otros territorios de la conquista,⁹⁹ y que sobre todo afecta no solo al enemigo en tanto que ejército, sino a toda la población, puesto que la intención es el dominio definitivo del territorio.¹⁰⁰ No se diferencia aquí entre combatientes y civiles, sino entre macedonios y locales, al menos hasta que por la presión militar Alejandro obtenga la fidelidad de algunos señores con cuyo apoyo pueda perseguir a los rebeldes y establecer diferencias entre locales amigos o sometidos y enemigos o población que se resistía a ser sometida. En este sentido, resulta complicado apreciar algo más que una resistencia comprensible frente a una autoridad implacable como la impuesta por la gestión macedonia en la región, con o sin rebelión.

En definitiva, el análisis expuesto pretende poner de manifiesto que no podemos considerar la guerra sogdiana contra Alejandro ni como una auténtica amenaza para los macedonios, ni tampoco como una resistencia potente y bien organizada. Pese a los éxitos de los rebeldes, magnificados por la tradición historiográfica, las fuentes componen un relato que permite dudar del alcance efectivo de los mismos, aunque ello ha alimentado la visión de la guerra bactrio-sogdiana hasta el punto de convertirla en un caso único de resistencia y amenaza reales en la historia del siempre victorioso Alejandro.

⁹⁹ La idea de que los territorios de frontera son espacios donde la violencia militar puesta en marcha por Alejandro es extrema y diferenciada de la del resto de los espacios de conquista ha sido desarrollada en Borja ANTELA-BERNÁRDEZ: "Tracia, Sogdiana, India..., *passim*. Sobre la cuestión de las políticas de frontera de Alejandro, asimismo, vid. Stanley M. BURSTEIN: "Alexander's Unintended Legacy: Borders", en Timothy HOWE *et al.* (eds.): *Greece, Macedon and Persia. Studies in Social, Political and Military History in Honour of Waldemar Heckel*, Oxford, Oxbow Books, 2015, pp. 118-126.

¹⁰⁰ No en vano Ernst HERZFELD, *op. cit.*, p. 173 señala los riquísimos recursos en metales preciosos (como el oro que se advierte en el topónimo del Politímeto) y piedras preciosas que albergaría el territorio de Bactria-Sogdiana.

Entre *stasis* y *pólemos* en tiempos de transición: el Documento de los Sacrílegos

Between Stasis and Polemos During Transitional Periods: The Sacers' Document

Adrià Muñoz de la Luz
Université Lumière Lyon 2
Adria.MunozDeLaLuz@univ-lyon2.fr

Resumen: El presente artículo pretende introducir una serie de reflexiones en torno a la relación entre la *stasis* y el *pólemos*. El debate entre ambos conceptos no se encuentra ni mucho menos resuelto debido a la dificultad existente para establecer los límites entre uno y otro. El tipo de prácticas que se desarrollaron en los núcleos urbanos bajo estos dos conceptos son difíciles de “catalogar”, de esta forma podríamos considerar que cada episodio resulta único, excepcional en sí mismo.

Para ilustrar toda esta problemática voy a utilizar una inscripción que aparece en el *corpus* epigráfico de Éfeso (I. *Ephesos* I.2). Se trata de un documento de carácter judicial donde se describe un crimen por sacrilegio y su correspondiente resolución. Dicho crimen parte de una acción llevada a cabo por un grupo de exaltados, lo que podríamos considerar como una turba. Esta se produce durante la celebración de un acontecimiento religioso que implica a las ciudades de Sardes y Éfeso. Ante la falta de más indicios la magnitud del conflicto resulta ciertamente difusa, ya que es necesario delimitar el conflicto interno (*stasis*) y si acaso se puede vincular a un conflicto de carácter externo (*pólemos*). A todo ello hay que sumar que se trata de un suceso que debe ser contextualizado bajo la coyuntura del momento, donde la conflictividad social se encontraba en plena efervescencia. Cronológicamente, se sitúa en pleno periodo de transición entre la caída del imperio Aqueménida y la formación de los estados helenísticos (340-281 a.C.). Ante esta situación, la guerra impregnaba gran parte de la vida de las ciudades del Oriente mediterráneo, factor esencial para entender el resto de aspectos que vamos a abordar a continuación.

Lo que aparentemente parece ser un conflicto político o incluso de carácter diplomático entre dos entidades políticas encierra posiblemente una serie de motivaciones que lo dotan de

una mayor profundidad. Así pues, este trabajo pretende mostrar cómo el conflicto social puede ser la manifestación de la vida comunitaria en una ciudad como consecuencia indirecta del hecho de vivir ininterrumpidamente en un ambiente de hostilidad marcado por la guerra. Al partir de esta premisa, la idea de “normalidad” en el fondo acaba perdiendo su sentido, ya que un gran conflicto entraña una multiplicidad de episodios “particulares”.

Palabras clave: stasis, pólemos, sacrilegio, conflicto, Éfeso, Sardes.

Abstract: The following paper has the objective to offer us a several number of historical reflections on a subject that have not yet been resolved, as it is the distinction between *stasis* and *pólemos*. The debate about these two concepts is far from getting resolved because both concepts are therefore inextricably linked, which makes the boundaries between quite vague. The customs developed at the ancient urban cores are difficult to classify, making each process different and exceptional, which obliges to analyze each case individually.

In order to illustrate this problem, I am going to use an inscription which appears at the epigraphic combination of Ephesus (I. Ephesos I.2). This legal document describes a sacrilegious crime (in which a group of people attacks during a religious event), the conflict it created among the communities, and its subsequent resolution. It takes place during the celebration of a religious event shared between the cities of Sardis and Ephesus and by an exalted group. The clash acquires such importance that it becomes an interesting source of analysis, because it gets difficult to enclose where the internal conflict (*stasis*) starts and if it can get considered as an episode linked with an external war (*pólemos*). The magnitude of the tension makes the boundaries, as it was previously stated, vague.

In addition to that, it must be considered that the event took place under a concrete context, in which the social conflict was in full agitation. Chronologically, this conflict takes place during the transitional era between the fall of the Achaemenid Empire and the establishment of the Hellenistic states, in which war played an important part to create them. For that reason, during that period, war impregnated the daily lives of the cities of the Eastern Mediterranean. This is a key factor that we are going to address thereupon.

Keywords: stasis, polemos, sacrilege, conflict, Ephesus, Sardis.

Para citar este artículo: Adrià MUÑOZ DE LA LUZ: “Entre <i>stasis</i> y <i>pólemos</i> en tiempos de transición: el Documento de los Sacrílegos”, <i>Revista Universitaria de Historia Militar</i> , Vol. 7, N° 14 (2018), pp. 56-75.

Recibido: 30/10/2017

Aprobado: 23/01/2018

Entre *stasis* y *pólemos* en tiempos de transición: el Documento de los Sacrílegos

Adrià Muñoz de la Luz
Université Lumière Lyon 2

El fenómeno de la *stasis* ha sido uno de los aspectos fundamentales para entender la conflictividad social y política en la *polis* griega. Durante toda la Antigüedad, tanto las fuentes epigráficas como la literatura clásica nos han mostrado hasta qué punto era un hecho que se encontraba presente en las diferentes sociedades griegas de la Antigüedad.¹ Frecuentemente, la guerra ha tenido un efecto directo en la eclosión de la conflictividad social en el seno de la *polis*. En especial, durante el siglo IV a.C. se encuentran numerosos episodios de este tipo. Las luchas fratricidas que asolaron el Mediterráneo Oriental durante la caída del imperio Aqueménida y la creación de los estados helenísticos fueron constantes.² En ellos encontramos numerosas sediciones, revueltas y otros tipos de manifestaciones en contra del poder establecido. En apariencia, este tipo de acontecimientos debían producirse de manera “extraordinaria”, pero las fuentes nos sugieren que quizá fueron más frecuentes de lo que parece.³ De hecho, en numerosas ocasiones fueron los propios poderes en disputa los que utilizaron la conflictividad interna a favor de sus intereses. Con el uso de proclamas contra sus enemigos –incluso con un apoyo económico, militar o religioso– podían influir en la moral de sus partidarios y fomentar así el desequilibrio socio-político. En muchas ocasiones, los conflictos internos y externos se yuxtaponían hasta el punto que resulta difícil para los historiadores discernir entre uno y otro. No por nada, la propia historiografía mantiene actualmente un debate acerca de los límites entre ambos conceptos.⁴ En este artículo se analizará un acontecimiento en concreto que apare-

¹ Profundizaremos sobre esta cuestión más adelante, para ello recomendamos la obra de Nicole LO-RAUX: *La guerra civil en Atenas: la política entre la sombra y la utopía*, Madrid, Akal, 2008 [orig. francés en 2005].

² Sobre la cuestión de la transición es necesario destacar algunos trabajos, en especial Pierre BRIANT y Francis JOANNÈS (eds.): *La transition entre l'empire achéménide et les royaumes hellénistiques (vers 350-300 av. J. C.)*. Actes du colloque organisé au Collège de France par la “Chaire d’histoire et civilisation du monde achéménide et de l’empire d’Alexandre” et le “Réseau international d’études et de recherches achéménides” (GDR 2538 CNRS), 22-23 novembre 2004, Collection Persika 9, París, De Boccard, 2006 e Íd: “Alexander and the Persian Empire, Between decline and renovation”. *History and Historiography*, en Waldemar HECKEL y Laurence TRITTLE (eds.), *Alexander the Great: a new History*, Malden, Blackwell, 2009.

³ Un estudio muy interesante sobre la *stasis* en el mundo helenístico corre a cargo de Gómez Espelosín, que recopila varios episodios muy representativos de los episodios de rebelión acontecidos durante este periodo. Fco. Javier GÓMEZ ESPELOSÍN: *Rebeliones y conflictos internos en las ciudades del mundo helenístico*, Tesis doctoral, Universidad de Zaragoza, 1985.

⁴ Uno de los trabajos más recientes sobre éste aspecto aparece en Dino PIOVAN: “Las inesperadas consecuencias de la Guerra. Acerca de la relación entre guerra, guerra civil y degradación del lenguaje en Tucídides”, *Araucaria*, 19:33 (2017), pp. 181-197; sobre la divergencia entre guerra, violencia y conflicto

ce reflejado en una inscripción de *Ephesos* I.2, conocida como la “inscripción de los sacrílegos”. En ella se aprecia un acto de rebelión popular que tuvo lugar en Sardes durante la acogida de un acontecimiento religioso realizado en conjunto con la ciudad de Éfeso. El documento recoge la sentencia hacia los sacrílegos y nos describe el acontecimiento previamente. De esta manera, a partir del presente análisis se pretende poner en cuestión si una sociedad que vive bajo un contexto donde predomina el *pólemos* puede encontrarse en una posición más favorable para sufrir episodios de violencia o conflicto interno.

La *stasis* como paradigma del conflicto interno

Para definir correctamente la *stasis* es necesario tener bien claro que se trata de un fenómeno cuyas manifestaciones pueden ser muy variadas: ya sea desde una serie de tensiones entre dos grupos que se diferencien a nivel social o político; un desorden generalizado o incluso enfrentamientos violentos que pueden cristalizar en una guerra civil.⁵ En definitiva, se trata de un acontecimiento que puede sacudir todas las estructuras que configuraban la *polis*.

La literatura clásica contribuye en gran parte a la gestación de todo un vocabulario alrededor de la *stasis* que construye y define una concepción determinada del conflicto interno.⁶ Polibio, por ejemplo, en su definición de la *stasis* considera que se trata de «la reducción del hombre a su estado más salvaje».⁷ Esto se debe a que durante su vigencia todas las normas podían ser transgredidas. Al invertirse todos los valores, la crueldad podía llegar a alcanzar su grado más extremo, haciendo posible todas las formas de violencia posibles. Esto se percibe en numerosos episodios de la obra de Tucídides sobre la Guerra del Peloponeso.⁸ Por otro lado, Platón afirma en *La República* que «la ciudad debería permanecer con pocos cambios políticos para que impere la *eunomía*».⁹ El cambio llevaba a la alteración del *cosmos*, y por tanto comportaba al desorden; de esta forma, la *stasis* era considerada como la parte opuesta a la política. Durante su transcurso, la *polis* no dejaba de ser una entidad única a la cual pertenecían los bandos en disputa. Por eso mismo, la sedición se concebía como lo contrario al orden político.

véase Luciano CANFORA: *La démocratie comme violence*, (anónimo ateniense), París, Desjonquères, 1989 [orig. italiano, 1982] y David M. PRITCHARD: “Democracy and War in Ancient Athens and Today”, *Greece and Rome*, 62:2 (2015), pp.140-154.

⁵ Sin olvidar los cambios de regímenes o debido a una serie de condenas al exilio. Para ver más Nicole LORAUX: “Repolitiser la cité”, *L’Homme*, 26: 97-89 (1986), pp. 239-255 e *Id.*, 2008; Raoul, LONIS: “Poliórcétique et stasis dans la première moitié du IV^e siècle av. J.-C.” en Pierre CARLIER (ed.), *Le IV^e siècle av. J.-C., Approches historiographiques*, París, De Boccard, 1996, pp. 241-257; Jean-Marie BERTRAND: “De la stasis dans les cités platoniciennes”, *Cahiers du Centre Gustave Glotz*, 10 (1999), pp. 209-224.

⁶ Sobre esta cuestión quisiera destacar el trabajo de Nicole LORAUX: “La guerre civile grecque et la représentation anthropologique du monde à l’ envers”, *Revue de l’histoire des religions*, 212:3 (1995), pp. 299-326.

⁷ Plb. IV.20.1, 21.11. Recordar que Polibio es un autor del s. II a.C.

⁸ Tuc.III.81.3

⁹ Ver Plat. *Rep.* 473b-e. La *eúνομία* hace referencia al buen gobierno, que se basa en un orden regido por el buen uso de las leyes.

La *stasis* era considerada como una epidemia que afectaba a todos los miembros participantes en la contienda, y como tal causaba un trastorno en la *polis* hasta el punto de hacer que la ciudad comenzara a luchar contra sí misma¹⁰.

La historiografía contemporánea se ha nutrido de esta concepción, continuando con su reproducción. Por ejemplo, en su definición de *stasis* F. Frontisi-Ducroix considera que independientemente del lugar en que se produzca lleva al hombre a un estado de regresión hacia su lado más primitivo.¹¹ La pérdida de toda moral, la pérdida de los valores comunitarios conllevarían la ejecución de acciones que se encuentran más allá del umbral de lo racional. Contrariamente, existe otra corriente que critica vehementemente esta concepción peyorativa del concepto. Como parte de ella encontramos a M. Finley, que considera la *stasis* como uno de los motores del cambio político a nivel local.¹² Para él, en la mayor parte de los casos significa una oposición al poder establecido, independientemente de las razones que la muevan. En una línea más moderada, N. Loraux establece su desacuerdo con la línea que descalifica la *stasis* y sugiere que debe ser analizada como un sujeto mucho más complejo.¹³

Así como el conflicto interno se ve como un acontecimiento que genera el *caos* y el desorden, con el *pólemos* no sucede de la misma forma. Heráclito define la guerra de la siguiente manera: [la guerra es el padre de todos, rey de todos: a unos ha acreditado como dioses, a otros como hombres; a unos ha hecho esclavos, a otros libres].¹⁴ Parece ser que la guerra (*pólemos*) es un tipo de violencia controlada que evita caer en la anarquía porque el combate desarrollado en el marco de la misma no cae en los excesos de la *hybris* y hace que la *polis* se engrandezca con la consecución de nuevos territorios, poder e influencia. Es por ello que la muerte en la batalla se consideraba un honor. Las diferentes reglas que se establecían para la lucha fuera de la ciudad hacen que el *pólemos* se considere bajo un *cosmos* en el que no se encuentra la *stasis*.

En cualquier caso, en numerosas ocasiones ambos conceptos se encuentran débilmente separados por el simple hecho de que se retroalimentan. El desarrollo de la guerra suele generar conflictos sociales que pueden llevar al desarrollo de la *stasis*. De igual forma, si una ciudad tiene un problema interno importante puede coincidir con el advenimiento de una guerra exterior.¹⁵ Así pues, nos encontramos ante un verdadero debate historiográfico que denota una cierta complejidad a la hora de establecer un consenso sobre su definición.

¹⁰ Se puede ver constantemente en la obra de Tucídides. Ver Fabián LUDUEÑA: “La peste de Atenas: la guerra y la polis entre la política antigua y moderna”. Un comentario sobre la “stasiología” de Giorgio Agamben, *Anacronismo e Irrupción*, 5:9, 2016, pp.30-53.

¹¹ Françoise FRONTISI-DUROUX: “Artémis Bucolique”, *Revue d'histoire des religions*, 198 (1981), pp. 29-56 (p. 48).

¹² Moses I. FINLEY: *L'invention de la politique*, París, Flammarion, 1983 [versión en francés de 1985], pp. 156-157.

¹³ Nicole LORAUX: “La guerre civile grecque...”, p. 324.

¹⁴ Heraclit. *FGRH* 53

¹⁵ Raoul LONIS: “Poliorcétique et stasis...”, pp. 244-247.

El conflicto en una época de transición

La elección de este tema de reflexión se introduce de lleno en uno de los debates más vivos entre los historiadores del siglo IV a.C., lo cual tiene sentido por el profundo desequilibrio que afectó a la mayor parte de las ciudades griegas en esta época. Para los historiadores de este periodo, la historia de estas ciudades está repleta de episodios de desorden social. Esta afirmación resulta totalmente comprensible, y más si tenemos en cuenta la cantidad de situaciones que aparecen reflejadas tanto en la literatura clásica como en la epigrafía,¹⁶ pero no es menos cierto también que el periodo entre finales del siglo V y la primera mitad del IV a.C. también se encuentra atravesado por las disensiones político-sociales.

El proceso de formación de los estados helenísticos dio pie a una serie de cambios muy profundos en las sociedades del Mediterráneo Oriental y del Próximo Oriente.¹⁷ Es evidente que estas transformaciones se produjeron de forma gradual por toda la geografía que ocupaba el antiguo imperio Aqueménida. Es por ello que las guerras, sumadas a los cambios profundos que sufrían las diferentes regiones de dicho imperio, dieron pie a un afloramiento de los conflictos internos y externos.

Durante la expansión macedónica del siglo IV a.C., la instrumentalización del conflicto en beneficio de los grandes poderes fue un recurso muy utilizado; el lanzamiento de proclamas contra los enemigos o el envío de refuerzos militares para apoyar a alguna facción en disputa son ejemplos claros de estos usos. Es por ello que las diferentes guerras (*pólemos*) que tuvieron lugar en este corto periodo de tiempo tuvieron una serie de efectos en la estabilidad de las ciudades, como demuestra, por ejemplo, el conocido “edicto de los exiliados” (324 a.C.). Este documento resultó ser de suma importancia, ya que fue el detonante de varias revueltas en el mundo griego, como la acontecida en la isla de Samos.¹⁸

Otro episodio que ilustra muy bien esta cuestión es el de la destrucción de Tebas en el 335 a.C. La ciudad beocia, junto a Atenas y Esparta una de las 3 potencias griegas durante una parte del siglo IV a.C., se encontraba sometida a Macedonia tras la batalla de Queronea (338 a.C.). Una serie de políticos y notables opositores al régimen macedonio fueron condenados al exilio, por lo que se perciben dos facciones beligerantes confrontadas por el control político de la ciudad. La victoria de Macedonia había logrado poner fin a la situación, como demuestra el estallido de revueltas en Grecia tras el repentino fallecimiento de Filipo II. Su hijo Alejandro tuvo que hacer frente a estos levantamientos, donde asedió y destruyó la ciudad tebana. De hecho, la destrucción de Tebas fue uno de los episodios que más destacan los biógrafos del joven

¹⁶ Fco. Javier Gómez ESPELOSÍN: “Rebeliones y conflictos internos...”, pp. 3-5.

¹⁷ Pierre BRIANT: “L’Asie mineure en transition”, en Pierre BRIANT y Francis JOANNÈS (eds.): *La transition entre l’empire achéménide...*, pp. 309-352.

¹⁸ Andrews J. HEISSERER: “The exiles of Tegea (SIG³ 306)”, en *Alexander the Great and the Greeks: The epigraphic evidence*, Norman, University of Oklahoma Press, 1980, pp. 205-225.

rey macedonio.¹⁹ Los exiliados tebanos pudieron regresar a la *polis* con ayuda de Atenas, los cuales contribuyeron en el ataque contra la guarnición macedonia impuesta por Filipo²⁰. Por su parte, Alejandro fue asistido por las ciudades beocias de Orcómeno, Tespiea y Platea.²¹ Estas tenían una gran rivalidad con Tebas, con la que mantenían numerosas cuentas pendientes. Gracias a esta tensión entre las localidades vecinas Alejandro se encontró con unos aliados aptos para hacer frente a la ciudad más importante de Beocia.

Otro ejemplo donde se yuxtaponen la *stasis* y el *pólemos* se encuentra en la ciudad de Éfeso.²² Según Arriano fueron los habitantes de la ciudad los que aprovecharon para ajusticiar a la facción filo-persa por haber acudido meses atrás a la llamada de Memnón y por haber saqueado el templo de Artemisa (335 a.C.).²³ Este episodio refleja cómo las revueltas y los golpes de estado eran una constante de este periodo. Parece que Éfeso, tomada por los macedonios durante la expedición de Parmenión (336 a.C.), fue recuperada por Memnón de Rodas gracias a un llamamiento interno (se entiende que hace referencia a la facción opositora). Por tanto, se interpreta que hubo un golpe de estado dentro de la ciudad, que fue posible gracias a la ayuda del general rodio, que en ese momento era el encargado de llevar a cabo la recuperación de los territorios arrebatados por los macedonios. Cuando Alejandro volvió a tomar Éfeso meses después muchos decidieron tomar medidas contra aquellos vecinos que habían ayudado al regreso de los Aqueménidas, algo que también debió hacer probablemente la facción filo-persa cuando tomó el poder.

La presentación de estos ejemplos muestra que la frontera entre *stasis* y *pólemos* en muchos casos no está del todo clara. Una de las consecuencias de la guerra es sin duda el crecimiento de la tendencia al conflicto en el seno de las localidades afectadas. En ocasiones la guerra sirve como pretexto para la eclosión de una conflictividad existente previamente, y en otras la guerra es la principal causa del conflicto interno. Sin embargo, como la división entre una y otra resulta compleja es necesario analizar de forma individual cada episodio para poder comprenderlo de una manera más precisa. Por desgracia, en muchas ocasiones la escasez de fuentes limita el seguimiento de estos fenómenos.

La inscripción de los sacrílegos

En 1961, durante los trabajos arqueológicos en la ciudad griega de Éfeso se descubrió una importante inscripción de 57 líneas conservada prácticamente en su totalidad. En ella aparecen 46 nombres que hacen referencia a una serie de personas procedentes de Sardes, los cuales

¹⁹ En este caso cito los cinco principales autores que han escrito sobre la biografía de Alejandro Magno: Diodoro Sículo: *Biblioteca Histórica* XVII; Quinto Curcio Rufo: *Historia de Alejandro Magno*; Plutarco: *Vidas Paralelas: Alejandro Magno y Julio César*; Arriano: *Anábasis de Alejandro Magno (I-II)*; Justino: *Historias Filípicas de Pompeyo Trogo*.

²⁰ Arr. *An.* I.7.1-3.

²¹ Arr. *An.* I.9.10.

²² Arr. *An.* I.17.9-12.

²³ Arr. *An.* I.17.11-12.

han sido condenados a muerte a raíz de las acciones que llevaron a cabo contra la diosa Artemisa.

El documento ha sido analizado, comentado y traducido por prestigiosos epigrafistas como F. Eichler, D. Knibbe, H. Wankel u O. Masson.²⁴ Uno de los problemas que plantea el texto tiene que ver con su datación. En primer lugar, el propio Eichler lo fechó entre 340-320 a.C. (datación que fue apoyada posteriormente por L. Robert).²⁵ En este caso, la sitúa en el contexto de la caída del imperio Aqueménida y los primeros años tras el fallecimiento de Alejandro Magno; por el contrario, D. Knibbe la sitúa aproximadamente en el siglo III a.C., durante el proceso de formación y consolidación de los estados helenísticos.

En este caso, he realizado una traducción propia a partir de las aportaciones efectuadas por O. Masson:

1 Οἱ προήγοροι ὑπὲρ τῆς θεοῦ κατε[δι-] κάσαντο θάνατον κατὰ τὴν προγρ[α-] φήν τῆς δίκης ταύτην · ὅτι θεωρῶν	Ἐρμολάου ἀδελφῶν · Πίλου τοῦ Κα[ρου-] δος τοῦ βουκόπου · Ἀρτυμεω τοῦ Σ[πελ-] μου τοῦ βουκόπου · Στρώμβου τοῦ
4 ἀποσταλέντων ὑπὸ τῆς πόλεως ἐπι[λ] χιτῶνας τῆι Ἀρτέμιδι κατὰ τὸν ν[ό-] μον τὸμ πάτριον, καὶ τῶν ἱερῶν κα[ῖ] τῶν θεωρῶν παραγενομένων εἰς Σ[άρ-]	32 Καρουδος τοῦ Κονθαδος · Στρώμβ[ου] τοῦ Πακτωω τοῦ Μανεω · Στρώμβου [τοῦ] Ἡρακλείδω τοῦ χρυσογοῦ · Σαπλα[δος] 36 τοῦ Στρώμβου · Ταμσιδος τοῦ Στρ[όμ-] βου · Ζακρωρεω τοῦ Καδωδος τοῦ Μα- [νεω ·]
8 δεις καὶ τὸ ἱερὸν τῆς Ἀρτέμιδος τὸ ἰδρυμένον ὑπὸ Ἐφεσίων τὰ τε [ερα] ἡσέθησα καὶ τοὺς θεωροὺς ὕβρι[σαν ·] τίμημα τῆς δίκης θάνατος.	Στρώμβου τοῦ Μανεω τοῦ Ἐφέσου · Αρ[τυ]μεω τοῦ Δαου · Τυιου τοῦ Πυθέ[ου ·]
12 κατεδικάσθη δὲ τῶνδε · Τυιου τοῦ Μανεω τοῦ Σαπλαδος · Στρώμβου τοῦ Μανεω τοῦ Σαπλαδος · Μουσαίου τοῦ Ἡρακλείδω · Πακτ[υω] 16 τοῦ Καρουδος τοῦ Ἡρακλείδω · Π[- -] τοῦ Καρουδος · Μιλήτου τοῦ Καρ[ου-] δος ·]	40 Ἀρτυμεω τοῦ Μανεω τοῦ Κοτύλου · Σισινεω τοῦ Εὐμκνεω τοῦ ἐξ Ἱερῆς Κώμης · Πυθέου τοῦ Στρώμβου τοῦ [...-] στεω · Πακτωω τοῦ Ατιδος τοῦ ἱερ[έως ·]
Πυ[θ]έου τοῦ Καρουδος · Πακτωω τ[οῦ] Ατι[δ]ος · Σαπλουδος τοῦ Πίλου · 20 Ἡρακ[κ]λείδω τοῦ Ἀρτυμεω τοῦ Μανε- [ω] βαλανέως · Ἡρακλείδω τοῦ Ἀρτυμεω τοῦ Μανεω βαλανέω[ς] τοῦ]	44 Πακτωω τοῦ Μανεω ἐλαιοπώλεω · [...-] τοῦ Καρουδος · Παπεω τοῦ Ἐφέσου [τοῦ] Καρουδος · Μιθραδαττω τοῦ Τυιο[υ τοῦ] Μανεω τοῦ Ατιδος δούλου · Στρώμ[βου] 48 τοῦ Καρουδος τοῦ Κοτύλου · Στρώμ[βου] τοῦ Καρουδος · Πυθέου τοῦ Στρώμβου τοῦ Καδωδος τοῦ Βαδαδος · Πακτωω τοῦ Μανεω Καρός · Μοξου τοῦ Στρώμβου το[ῦ] 52 Πυθέου · Σπελμου τοῦ Τυιου τοῦ Βαγα- τεως (?) τοῦ ἱεροκήρυκος · Ρατοπα(τ)εω τοῦ Παπεω · Καρουδος τοῦ Μανεω τοῦ Αταδος ἐξ Ἰείδος Κώμης · Αταδος <ος> τοῦ τὴν θυγ[α]-
24 τοῦ Ἀριωττω · Μοξου τοῦ Αταδος τοῦ πελματοπώλεω · Μοξου τοῦ Αταδος τοῦ πελματοπώλεω τοῦ ἀδελφοῦ · 28 Μοξου τοῦ Οἴλου τοῦ Σαπλαδος το[ῦ] ὑποδηματοπώλεω · Μοσχίωνος κα[ῖ]	56 τέρα ἔχοντος τὴν Πακτωω τοῦ Ατιδος · Σαματικεω τοῦ Ποταδος.

[Los abogados escogidos por la diosa, de acuerdo con la asignación del proceso, han reclamado condenas a muerte. Se espera que, tras el envío de *teoros* (a Sardes), por la ciudad

²⁴ Ver Fritz EICHLER: *Die Österreichischen Ausgrabungen in Ephesos im Jahre 1962*, Viena, Anzeiger der philosophisch-historischen Klasse der Österreichischen Akademie der Wissenschaften, 1963, pp. 50-52; Dieter KNIBBE: "Ein religiöser Frevel und seine Söhne: Ein Todesurteil hellenistischer Zeit aus Ephesos", *ÖHJ*, 46 (1961-63), pp. 175-182; Olivier MASSON: "L'inscription d'Éphèse relative aux condamnés à mort de Sardes", *REG*, 100:477-479 (Julio-diciembre 1987), pp. 225-239.

²⁵ Louis ROBERT: "Sur des inscriptions d'Éphèse", *Rev. Phil.*, 41:1 (1967), pp. 7-81, (pp. 34-35).

(Éfeso), con motivo del envío de chitones para Artemisa, siguiendo la tradición ancestral, tras la llegada de los objetos sagrados y los *teoros* a Sardes y al templo de Artemisa –aquél que fue fundado por los efesios– (la gente) ha cometido sacrilegio sobre los objetos sagrados y asaltado a los *teoros*; el veredicto del proceso es la muerte.

Se han condenado a los siguientes (hombres): Tyios hijo de Manes, hijo de Saplus; Estrombos hijo de Manes, hijo de Saplus; Musaios hijo de Heracleides; Pacties, hijo de Karus, hijo de Heracleides; P... hijo de Karus; Miletos hijo de Karus; Piteos hijo de Karus; Pacties hijo de Atis; Saplus hijo de Pilos; Heracleides hijo de Artimes, hijo de Manes –el bañero–; Heracleides hijo de Artimes, hijo de Manes –el bañero– el hermano Ilos; Manes hijo de Atis, hijo de Ariotes; Moxos hijo de Atas –el mercader de semillas–; de Moxos hijo de Atas –el mercader de semillas– el hermano; Moxos hijo de Oilos, hijo de Saplus –el mercader de sandalias–; los hermanos Mosquión y Hermolaos; Pilos hijos de Karus –el carnicero–; Artimes hijo de Espelmes –el carnicero–; Estrombos hijo de Karus, hijo de Kondas; Estrombos hijo de Pacties, hijo de Manes; Estrombos hijo de Heracleides –el orfebre–; Saplus hijo de Estrombos; Tamasis hijo de Estrombos; Zakrores hijo de Kados, hijo de Manes; Estrombos hijo de Manes hijo de Éfeso; Artimes hijo de Daos; Tyios hijo de Piteos; Artimes hijo de Manes hijo de Kotilos; Sisines hijo de Eumenes, éste procedente de Hiera Kome; Piteos hijo de Estrombos, hijo de ...; Pacties hijo de Atis –el sacerdote–; Pacties hijo de Manes –el mercader de aceite–; (alguien) hijo de Karus; Papes hijo de Éfeso, hijo de Karus; Mitrídates, de Tyios hijo de Manes, hijo de Atis –el esclavo–; Estrombos, hijo de Karus, hijo de Kotilos; Estrombos hijo de Karus; Piteos hijo de Strombos hijo de Kados hijo de Babas; Pacties hijo de Manes, cario; Moxos hijo de Estrombos hijo de Piteos; Espelmes hijo de Tyios hijo de Bagateos (~) –el heraldo sagrado–; Ratopates hijo de Papes; Karus hijo de Manes hijo de Atas, éste del pueblo de Ibis; Atas (cuya esposa es) la hija de Pactyes hijo de Atis; Samatikes hijo de Potas].²⁶

Se trata de un documento epigráfico emitido por los gobernantes de Éfeso que hace referencia a un conflicto que ha tenido lugar en la ciudad de Sardes. Gracias a él sabemos que los efesios enviaron una delegación de *teoros* junto a una serie de presentes, en este caso unas *χιτώνας* para el templo de Artemis de Sardes (L.5). Este ritual religioso entre ambas ciudades parece haber sido alterado por una turba popular (L.9-10), donde los objetos sagrados fueron ultrajados (no se puede saber si fueron robados o destrozados) y los *teoros* fueron agredidos (L.10). Parece que el evento fue reprimido y sus responsables fueron condenados a muerte (L.11). Con lo cual, cabe preguntarse si esta inscripción puede ser interpretada como un conato de *stasis* dentro de Sardes. El propio texto aporta una serie de datos que podrían afirmar dicha hipótesis.

²⁶ Es muy probable que la traducción de los nombres no sea la más correcta a nivel filológico, con ello insto a la necesaria realización de una traducción al castellano más pormenorizada que la presentada en el artículo.

El santuario de Artemisa en Sardes

Uno de los primeros problemas que nos plantea el documento es la ubicación del santuario de Artemisa. El documento concreta que se trataba de un lugar de culto cuya construcción se atribuye a la ciudad de Éfeso (L.8-9). En cambio, la historiografía y la arqueología lo relacionan con el santuario de Artemisa que se encuentra en el valle del río Pactolo, cuya presencia se remonta hacia finales del s.VI a.C.²⁷ Actualmente tan solo se conserva un pequeño altar que parece estar dedicado a esta diosa. La deidad que se representa hace referencia a la *Artemisa de Sardes*, la cual se diferencia aparentemente de la *Artemisa Efesia*, tal como sugieren algunos epitafios lidios hallados en Sardes.²⁸ Con respecto a estas dos deidades existen ciertas dudas sobre si formaban parte del mismo culto, ya que muchas divinidades helénicas de Oriente son el resultado del sincretismo con deidades locales. Para dificultar aún más las dudas sobre el culto de Artemisa en la zona se conoce la presencia de una tercera, la *Artemisa Coloe*.²⁹ Ésta deidad también ha sido mencionada en algunos epitafios grabados en lidio-araméo bilingüe durante el gobierno de uno de los Artajerjes en el s. IV a.C.³⁰ Parece que la única referencia literaria hacia esta deidad se encuentra en Estrabón, donde sitúa el santuario de *Artemisa Coloe* en las inmediaciones del lago Gigeo, en el actual lago Mármara.³¹

Según la literatura clásica, las primeras referencias que existen sobre el santuario se remontan al 322 a.C.³² Es posible que esta divinidad también fuera distinta a las otras ya citadas. El santuario se ubicaba 200 estadios al norte de Sardes, donde según Estrabón se realizaban conocidos festivales en honor a la diosa.³³ También ha sido ubicado a orillas de un lago muy rico en peces, pero ha sido precisamente en ese entorno donde se ha encontrado una dedicatoria a una cuarta figura divina relacionada con Artemisa. A esta se la conoce como *Artemisa Persica*, la cual certifica la presencia en tiempos remotos de una comunidad irania llamada “los Maibozeni”. Otra de las hipótesis que se barajan en torno a la *Artemisa Coloe* es que se tratara de una asimilación de la diosa irania Anahita, otra divinidad de origen acuático.³⁴

Así pues, con esta información y de acuerdo con los análisis de G. Hanfmann, O. Mason propone que la divinidad que aparece en “la inscripción de los sacrílegos” podría hacer referencia a la *Artemisa de Sardes*.³⁵ Para argumentar esta hipótesis afirma que el santuario del valle del Pactolo no tuvo una gran actividad hasta al menos el s. IV a.C. Además, se sabe gracias a

²⁷ Crawford H. GREENWALD: “Sardis in the Age of Xenophon”, *Pallas*, 43 (1995) pp.125-145, (pp. 128-29).

²⁸ Olivier MASSON: “L’inscription d’Ephèse relative...”, p.130.

²⁹ Pierre, BRIANT: *From Cyrus to Alexander: a History of the Persian Empire*, Indiana, Eisenbrauns, 2002 [orig. francés de 1996].

³⁰ Según Briant podría ser en época de Artajerjes III, y lo sitúa en 348 a.C. Ver cita anterior.

³¹ Str. XIII.45.626.

³² Paus. VII.6.6.

³³ Str. XIII.4.5

³⁴ Pirre BRIANT: *From Cyrus to...*, op.cit., p. 702.

³⁵ Olivier MASSON : “L’inscription d’Ephèse relative...”, op.cit., p. 229 ; Pierre BRIANT : “From Cyrus to...”, op.cit., p. 702.

los trabajos arqueológicos desarrollados en la zona que el templo fue remodelado a principios del s. III a.C., aunque se debate si hubo algún tipo de remodelación previa a la llegada de los conquistadores macedonios.³⁶ De esta manera, y para diferenciarlo ante la variada amalgama de cultos relacionados con Artemisa, se especifica en el documento que se trata de aquél cuyo templo fue construido por la comunidad de Éfeso. En este caso lo considero una mera hipótesis, ya que no dispongo de más datos al respecto para afirmar o desmentir la cuestión.

El *Artemision* de Éfeso era un lugar de importancia no solo a nivel religioso, sino también como espacio clave en las relaciones con otras comunidades limítrofes, como lo era la de Sardes. Ambas ciudades se encontraban conectadas por el camino real y disfrutaban de una larga y próspera relación con la capital de la satrapía de Lidia.³⁷ Jenofonte menciona en su *Anábasis* la presencia de un neocoro de Artemisa llamado Megabizo. Este nombre de origen iranio refleja en cierta manera la integración de la población oriental en este culto ya a principios del siglo IV a.C.³⁸ Por otro lado, según Estrabón los diferentes *šāh* habían tolerado y aceptado su culto hasta que se produjo la destrucción del templo de Dídima.³⁹ También se sabe gracias a Tácito que los persas habían dotado al templo de Artemisa de una cierta inmunidad.⁴⁰ De esta manera, se aprecia que el culto a la diosa se encontraba bien instaurado en el seno de ambas sociedades y el sincretismo religioso era un hecho.

El conflicto

El incidente al cual se hace referencia en la inscripción implica tanto a Sardes como a Éfeso, y bajo un primer punto de vista sus connotaciones tienen consecuencias políticas y religiosas. La propia relación de cercanía entre ambas comunidades debió tener sin ninguna duda una serie de repercusiones políticas. En Asia Menor algunos griegos cohabitaban con sus adversarios políticos o diplomáticos en las cortes de Sardes y Dascilio, como describe Jenofonte.⁴¹ Por su parte, este autor describe los actos de hospitalidad y de agradecimiento entre la aristocracia persa y los ciudadanos griegos más prominentes. También aparecen reflejadas algunas de estas dinámicas en ciertos decretos atenienses (ex. IG II², 207a) donde Orontobates recibió una comitiva ateniense para cerrar una venta de trigo. Esta serie de relaciones pudieron producirse también en el contexto de la inscripción, ya que Éfeso se encontraba bajo la jurisdicción de Dascilio y Sardes.

³⁶ Como sugiere Georges LE RIDDER: "Les trouvailles monétaires dans le temple d'Artémis à Sardes (IGCH 1299 et 1300)", *Revue Numismatique*, 33 (1991), pp. 71-88; George M.A. HANFMANN: *Sardis und Lydien*, (Akademie der Wissenschaften und der Literatur in Mainz. Abhandlungen der geistes- und sozialwissenschaftlichen Klasse. Jahrgang 1960. Nr 6), Wiesbaden, Franz Steiner, 1960, p. 527.

³⁷ Hdt. V.54.

³⁸ Xen. *Anab.* V.3.5-7.

³⁹ Str. XIV.1.5.

⁴⁰ Tac. *An.* III.61.

⁴¹ Xen. *Hell.* IV.1.29; sobre las muestras de agradecimiento entre ambos ver Íd. I.1.9 e Íd. IV.1.39; también Tuc. VIII.6.1; 85.2.

Según el documento, una comitiva enviada por la ciudad efesia se dirigía hacia el santuario y en algún momento determinado «un grupo de personas exaltadas» la asaltó (L.9-10). En éste pasaje se puede interpretar que los *teoros* fueron agredidos y se profanaron unos chitones (L.4-5). En primera instancia se presenta como un caso aislado, el cual es aplacado y reprimido. Como el documento es de ámbito jurídico se limita a hacer una breve descripción de los hechos y a comunicar la sentencia. Pero es necesario cuestionarse por qué pudo producir semejante altercado.

El empleo de la terminología mostrada en el texto nos puede dar más información sobre los acontecimientos. El empleo del verbo *ὕβριζεν* (L.10), el cual se ha traducido como “maltrato”, ya indica un acto de violencia hacia los emisarios de Éfeso. Pese a ello, no es posible saber la magnitud de la agresión que se llevó a cabo, y por tanto desconocemos si pudo haber heridos o incluso fallecidos. En este sentido, no se puede descartar ninguna de las posibilidades.⁴² Otro término que resulta complejo de definir con precisión es *ἱερά* (L.9). Sobre su significado se han realizado dos interpretaciones: la primera y más aceptada es su traducción como “ofrendas”, mientras que L. Robert lo traduce como “víctimas conducidas a sacrificio”.⁴³ Al tratarse de un documento jurídico, el tipo de vocabulario utilizado debe ser claro, poco dado a palabras metafóricas o con doble sentido. La apropiación o ejecución de animales ofrecidos como sacrificio podría tener cierto sentido, pero para aceptar esta hipótesis probablemente el texto debería ser más claro, y no es el caso. Por estas razones considero *ἱερά* como referencia a las ofrendas, que en éste caso eran *χιτώνας*. La función de estas prendas de vestir no está del todo bien definida, aunque existe una estrecha relación entre estas y Artemisa. Los chitones enviados por Éfeso podían ser usados como ornamentación para la estatua de la diosa o bien como un ropaje de tipo ceremonial.⁴⁴ Sin ir más lejos, en las inscripciones de Mileto existe un culto conocido como Artemisa *Χιτώνη*.⁴⁵ En sus *Himnos a Zeus* Calímaco habla de la existencia de un santuario en honor a esta diosa al este de Mileto, el cual fue destruido por los persas en 494 a.C.⁴⁶

En cuanto a los *teoros*, estos cumplían con el papel de emisarios escogidos por Éfeso y enviados como sus representantes a Sardes. Como magistrados encargados del templo se encargaban de la administración sacra. En Éfeso, estos habrían disfrutado de un cargo elevado dentro de la jerarquía religiosa, lo cual se debe en parte a ciertas atribuciones administrativas que compartían los otros cargos durante la etapa de dominio macedonio.⁴⁷ De hecho, en el documento *I. Ephesos III.66* se muestra cómo los *teoros* ejercen de nuevo el papel de embajadores

⁴² Contrariamente a la opinión de Olivier MASSON: “L’inscription d’Ephèse relative...”, op. cit., p. 230.

⁴³ Louis ROBERT: “Sur des inscriptions...”, op. cit., p. 34.

⁴⁴ Olivier MASSON: “L’inscription d’Ephèse relative...”, op. cit. p. 229.

⁴⁵ Robert FLEISCHER: *Artemis von Ephesos und verwandte Kultstatuen aus Anatolien und Syrien*, Leiden, Brill, 1973, pp. 200-201; ver especialmente en Leo OPPENHEIM: “The Golden Garments of the Gods”, *Journal of Near-Eastern*, 8 (1949), pp. 127-193.

⁴⁶ Call. h. *Zeus*. I.77; Call. h. *Artemis* III.226.

⁴⁷ Louis ROBERT: op. cit, 1967, p. 32.

sagrados,⁴⁸ y gracias a él se sabe que los gastos de éste tipo de embajadas se costeaban por medio de «donaciones particulares».

Los acusados por la “inscripción de los sacrílegos” son un grupo de personas que se encontraban presentes en la procesión y por alguna razón cometieron sacrilegio contra los *teoros* y las ofrendas destinadas a Artemisa. Esto nos hace reflexionar sobre cuáles pudieron ser las razones que llevaron a una parte de los habitantes a actuar así. La hipótesis que sustenta D. Knibbe sugiere que el tumulto se produce en un intento de algunos de los presentes por robar los objetos de valor.⁴⁹ Bajo mi punto de vista puede resultar lógica debido a las acciones que se describen en el propio documento. Los chitones utilizados para la ceremonia debían ser prendas especiales y muy probablemente tuvieran un cierto valor. Esto podría indicar varios escenarios. Por un lado, la población empobrecida como consecuencia de los años ininterrumpidos de guerra pudo haber actuado de manera desesperada. Por otro lado, el ataque pudo haber tenido una motivación política. En este sentido, el altercado se podría entender como una muestra de rechazo hacia aquellos que influían en la realidad política de la ciudad. Tampoco se puede descartar que fuera un acto de rechazo contra un culto extranjero.⁵⁰

Como ya hemos visto en el fragmento de Calímaco, ya existió anteriormente una agresión relacionada con el culto de Artemis *Χιτώνη* de Mileto. El episodio hace referencia al ataque del templo de Artemisa llevado a cabo en 490 a.C. por los Aqueménidas. El ataque de los sacrílegos en Sardes se produce un siglo y medio más tarde aproximadamente. Es evidente que no puede haber mucha relación entre uno y otro, pero el primero sí puede haber quedado impregnado en el imaginario colectivo, tal y como se refleja en las fuentes clásicas. Pese a la distancia cronológica entre ambos eventos sí se puede encontrar un cierto nexo en común: se trata de dos ataques violentos hacia un culto de carácter helénico.

Volviendo de nuevo al altercado de Sardes se ha conservado el fragmento de un decreto emitido por Éfeso que ha sido datado a finales del s. IV a.C.–principios del s. III a.C.⁵¹ En él se honora a un habitante de Sardes con el derecho de ciudadanía (cuyo nombre no nos ha sido transmitido) por haber ayudado a los *teoros* y al templo de Artemisa.⁵² El propio fragmento menciona que esta concesión vino dada tras una investigación previa de los delitos cometidos por esa persona (L.4). En el texto aparece la fórmula *ἐβοήθησεν τῶι ἱερῶι*, la cual se puede interpretar de diferentes formas, ya sea como ayuda militar, médica o incluso económica. De acuerdo con L. Robert no debemos apresurarnos, pero es posible que esta inscripción esté relacionada con la condena de los sacrílegos. De ser así, el fragmento pudo haberse redactado inmediatamente después de sentencia.

⁴⁸ Emil HÖLZEL: *Forschungen in Ephesos III*, n. 66, 1923, Viena, *Österreichisches archäologisches Institut* p.148-149, especialmente en las L.15-16 de la inscripción.

⁴⁹ KNIBBE: op. Cit. p. 179.

⁵⁰ Hipótesis sugerida por Robert FLEISCHER: op. cit, pp. 201-202; también la refleja Olivier MASSON: op. cit. p. 230.

⁵¹ El documento es analizado por Joseph KEIL: “Inscription aus Notion in Ephesos”, *ÖHJ*, 15 (1913), pp. 67-143.

⁵² Louis ROBERT: “Sur des inscriptions...”, op.cit., p.33.

Sobre los condenados

En el documento de Sardes (I. Ephesos I.2) la lista con la sentencia a 45 personas también nos da información de utilidad para conformarnos una idea sobre el caso. En ella se observa cómo algunas personas aparecen identificadas por la profesión que desempeñaban. De ahí se puede deducir que los condenados pertenecen a diferentes grupos sociales, pues encontramos algunas profesiones como la de bañero (βαλανευς); carnicero (βουχόπου); mercader, ya sea de semillas (πελματοπώλεω), de sandalias (ὕποδηματοπώλεω) o de aceite (ἐλαιωπώλεω); un orfebre (χρυσοχοῦ); personajes del ámbito religioso como un sacerdote (ιερέως) o un heraldo sagrado (ἱεροκήρυχος); incluso un esclavo (δούλου). Así pues, con el tipo de oficios y condiciones sociales que aparecen es imposible saber si se pudo tratar de una turba organizada por alguna facción política o religiosa.

Personalmente me ha llamado especialmente la atención que un sacerdote y un heraldo sagrado sean condenados también por sacrilegio. Esto sugiere dos hipótesis: que sean miembros del culto a Artemisa y no acepten la recepción de los emisarios de Éfeso en Sardes o bien que pertenezcan a otro culto (ya sea local o extranjero). Sobre esta última hipótesis, ¿se podría valorar la idea de que fuera un ataque motivado por la polarización religiosa? Pese a ser una posibilidad muy vaga, ya que no disponemos de ningún elemento para afirmarlo, no se puede descartar por completo. Para ello debería aparecer el término “terapeutas”, que nos podría dar ese indicio. L. Robert lo define como un grupo cultural cuya similitud, salvando el anacronismo, podría equivaler al de una cofradía al servicio de una divinidad.⁵³ Pese a que el término no aparece en la “inscripción de los sacrílegos” podría ser un indicio a tener en cuenta.

La otra profesión que merece nuestra atención es la del heraldo sagrado. Su rol dentro de la jerarquía religiosa y política era importante. Al tratarse de los magistrados que disponían de inmunidad diplomática normalmente eran convocados a cubrir las funciones de emisarios en tiempos de hostilidad.⁵⁴ Uno de los poderes que les otorgaba su cargo era el de proclamar la guerra, y en caso de derrota tenían el poder de pedir a los vencedores una tregua para recuperar a los caídos. Así pues, los heraldos parecen ser más bien agentes que ejecutaban las órdenes de las autoridades. Para sus contemporáneos era un cargo controvertido, considerado como un personaje subalterno a la figura del tirano.⁵⁵ En los textos trágicos el tirano es descrito como una figura que se caracteriza por ejercer una fuerte violencia y represión contra la población, por esta razón el heraldo sagrado se percibe como un personaje violento. Al ser cargos con com-

⁵³ Ver Louis ROBERT: “Une nouvelle inscription grecque de Sardes. Règlement de l'autorité perse relatif à un culte de Zeus”, *CRAI*, 2 (1975), pp. 306-330 (p. 319); reflejado también en Pierre DEBORD: *L'Asie Mineure au IV^e ème siècle (412-323), pouvoirs et jeux politiques*, Bordeaux, Ausonius, 1999, p. 371.

⁵⁴ Sobre el papel de los heraldos sagrados ver Raoul LONIS: *Les usages de la guerre entre Grecs et Barbares des guerres médiques au milieu du IV^e av. J.-C.*, Besançon, Annales littéraires de l'Université de Besançon, 1969, pp. 63-70.

⁵⁵ Un estudio indispensable para entender el papel del heraldo y su imagen subalterna en Catherine GOBLOT-CAHEN: “Les hérauts et la violence”, *Cahiers du Centre Gustave Glotz*, 10 (1999), pp. 179-188.

petencias religiosas que participaban en asuntos políticos se consideró que sus actos tenían un carácter sacrílego.⁵⁶

Tras esto, el hecho de que el heraldo sagrado sea condenado por sacrilegio y ejecutado puede tener una lectura significativa para la comprensión del documento. Este debía tener una cierta conexión con los poderes oligárquicos de Sardes, los cuales estaban fuertemente arraigados, al ser una de las capitales del imperio persa. En pleno proceso de expansión del helenismo, la realidad política de la ciudad podía encontrarse con este tipo de problemática. Arriano de Nicomedia muestra con este pasaje un ejemplo de la inestabilidad política existente en 334 a.C. a raíz de las conquistas de Macedonia sobre el imperio Aqueménida:

[Los habitantes de Éfeso, al verse libres del miedo a los oligarcas, se dispusieron a ajusticiar a quienes habían llamado a Memnón, a aquellos que habían saqueado el templo de Ártemis, habían sacado del templo la estatua de Filipo que allí se hallaba y habían removido del ágora la tumba de Herópito, el libertador de la ciudad. Luego lapidaron a Sírfax y a un hijo suyo, de nombre Pelagonte, así como a los hijos de los hermanos de Sírfax, a quienes sacaron del templo.] Arr.*Az*.11-12

La influencia macedonia en las ciudades griegas de la costa de Asia Menor causaba cierta inestabilidad en la política local, pues ponía de manifiesto una fractura entre los partidarios del control macedónico y aquellos que optaban por los persas. Dada la proximidad geográfica entre Éfeso y Sardes, sumada a la realidad política de cada una, no se puede descartar que dicha inestabilidad se produjera de la misma manera en Sardes. Como uno de los centros administrativos del imperio, es probable que existieran desavenencias políticas con los grandes centros económicos que se encontraban bajo su jurisdicción. Por tanto, cualquier conflicto interno debía tener algún reflejo en los demás centros políticos y económicos de la zona. Para ser más precisos, alrededor del año 335 a.C. se produjo el saqueo del templo de Artemisa en Éfeso. La ciudad había sido tomada en primer lugar por la facción filo-macedónica durante la expedición de Parmenión (336 a.C.). Meses después fue recuperada por Memnón de Rodas gracias a un llamamiento de las oligarquías locales (ca.335 a.C.).⁵⁷ El pasaje de Arriano sugiere que la facción filo-persa recuperó el control de la ciudad y devolvió su dominio a los oligarcas. Cuando Alejandro Magno volvió a tomar Éfeso meses más tarde (ca.334 a.C.), una parte de la población decidió tomar medidas contra aquellos que habían colaborado con Memnón. Así pues, la resolución de las cuentas pendientes entre los habitantes de la ciudad tomaba forma en cada cambio de gobierno, algo que Sardes tuvo que sufrir de la misma manera.

También debemos tener en cuenta la influencia que podía tener Éfeso con respecto a las localidades de su entorno, sobre todo por su condición de centro helenizado. El vínculo ancestral que tenía con Sardes pudo haber propiciado una influencia en el desarrollo de la política, la cual pudo haber sido más pronunciada a partir de la presencia de Macedonia sobre el terreno. Al ser

⁵⁶ Catherine GOBLOT-CAHEN: op. cit., p. 188.

⁵⁷ Arr.*An*.1.17.11.

uno de los centros en que se concentraba la administración del imperio, posiblemente Sardes fuera un lugar de resistencia frente a la influencia política de Macedonia.⁵⁸ Pese a ello, no estaba exenta de la influencia política que podía llegar desde la ciudad costera griega. Según Arriano, Sardes no fue tomada por la fuerza, sino que su conquista se produjo por medio de una comitiva que se entregó por sus simpatías hacia Alejandro.⁵⁹ Esto plantea la posibilidad de que en Sardes también pudiera haber existido algún tipo de oposición al poder establecido, como sucedió en otras ciudades del imperio. La entrega de la ciudad al rey macedonio no tuvo por qué ser una decisión tomada unilateralmente por el poder militar, sino que pudo estar apoyada con una parte de las élites que allí residían con el fin de ganarse el favor de Alejandro.

P. Debord defiende que tras la toma de Sardes los conquistadores no modificaron las estructuras de la ciudad y la mantuvieron bajo una cierta autonomía durante los primeros años de su dominio.⁶⁰ Para corroborar estas afirmaciones sería conveniente desarrollar una investigación en profundidad con la intención de actualizar esta cuestión, aunque de manera provisional se podría considerar como válido este argumento. Por otro lado, a nivel religioso parece que fue tratada por los conquistadores como cualquier otra ciudad griega. Así pues, Sardes probablemente no se puede considerar una *polis* en el siglo IV a.C., ya que no sería hasta finales del s. III a.C. cuando aparecen claramente reflejadas sus instituciones en las fuentes epigráficas.⁶¹

Pese a ello, en el análisis onomástico de la inscripción se observa que la helenización de Sardes se encontraba en un estado incipiente, como reflejan algunos nombres como Ἡρακλειδῆς (L.15, 16, 20), Εφεσος (L.38, 45) o Στρόμβος (L.14).⁶² Atendiendo a la decisión de volver a utilizar las antiguas leyes –haciendo referencia a las leyes lidias– es muy probable que la población mayoritaria tuviera un origen lidio.⁶³

La cuestión religiosa en Sardes

Sobre la cuestión religiosa en el imperio Aqueménida existen aún varios interrogantes que deben ser esclarecidos. Aún hay cierta divergencia de opiniones sobre la política religiosa desarrollada desde el poder central, tal y como podríamos entenderlo hoy en día. Aun así, P. Briant considera que durante el gobierno de Artajerjes II el imperio persa evoluciona hacia una

⁵⁸ Contrariamente, la ciudad se rindió ante la llegada de Alejandro y sus hombres a sus puertas, Arr.An.1.17.3-4; D.S.17.21.7.

⁵⁹ Arr.An.1.17.2-8.

⁶⁰ Pierre DEBORD: op. cit., pp. 427-430; Philippe GAUTHIER: “La cité grecque de Sardes, en 226 AEC”, en *Nouvelles inscriptions de Sardes II*, Ginebra, Centre des Recherches d’Histoire et de la Philologie, 1989, pp. 150-170; Pierre BRIANT: “Alexandre à Sardes”, en Jesper CARLSEN et al. (eds.), *Alexander the Great: Reality and Myth*, Roma, L’Erma di Bretschneider, 1993, pp. 1-15.

⁶¹ Ver Philippe GAUTHIER: op. cit. p. 153.

⁶² El autor francés O. Masson realiza un análisis más pormenorizado sobre el origen de los nombres de los condenados, además lo complementa con ejemplos procedentes de otros documentos en Sardes. Ver Olivier MASSON: op. cit., p. 233-235.

⁶³ Louis ROBERT: “Une nouvelle inscription”..., pp. 306-330.

cierta intolerancia religiosa, como demuestra la imposición del culto de Anahita en varias capitales del imperio, entre ellas la propia Sardes.⁶⁴

Ésta divinidad se encuentra estrechamente relacionada con la investidura imperial, es por ello que su culto adquiere un valor muy significativo en los centros de poder del imperio. A menudo suele aparecer relacionada con otras divinidades del panteón persa, como lo son Ahura-Mazda y Mitra. El culto a Anahita fue impulsado desde el poder imperial hacia las ciudades más importantes como símbolo de su dominio, no solo a nivel político, sino también a nivel cultural y religioso. Tácito considera que Ciro el Grande fue el primero en otorgar la inmunidad a su santuario,⁶⁵ muy probablemente en el curso del asentamiento de la población irania promovido durante su reinado.⁶⁶ Esta serie de privilegios fueron prolongados por los reyes helenísticos, como sugiere la carta de Átalo III cuando ofrece favores al culto de esta deidad.⁶⁷ Durante los años de estabilidad política se produjo un sincretismo entre Anahita y los dioses locales, incluida Artemisa, pero esto no significa que ambas sean la misma deidad. La aparente diversidad de culto que se percibe en el imperio inicia una evolución hacia una mayor homogeneización y centralización durante el siglo IV a.C. En este sentido, los adoradores de Anahita y el panteón imperial pertenecían a la clase dominante, es decir, a las élites persas instaladas en cada una de estas localizaciones.⁶⁸ P. Debord no descarta que la propagación del culto imperial tuviera que ver con la política de colonizaciones que se habían impulsado años atrás, como ocurrió en el este de Lidia.⁶⁹ Pese a las ventajas que podían suponer las colonizaciones para los intereses imperiales, éstas suponían una proliferación de diferentes cultos en el seno de las ciudades, lo cual quizás perjudicaba a los intereses del poder religioso dominante, el cual podía perder influencia. Por eso mismo, la introducción del culto a Anahita podía entenderse como una medida política para paliar dicho problema de la dispersión religiosa.

P. Briant subraya que se produjo una renovación del culto imperial durante la época de Artajerjes II cuyo efecto se dejó notar en todo el imperio. Sin ir más lejos, estos cambios se manifestaron en la erección de estatuas representativas del culto imperial o incluso con un nuevo fervor religioso. En relación con esto, L. Robert encontró en 1974 una inscripción del IV a.C. que refleja la existencia de esculturas de cultos persas.⁷⁰ Todo ello es un ejemplo de la simbiosis

⁶⁴Pierre BRIANT: *From Cyrus to Alexander: A History of the Persian Empire*, Indiana, Eisenbrauns, 2002 [orig. francés de 1996], p. 698, introducido también por él mismo en "Polythéistes et Empire unitaire. Remarques sur la politique religieuse des Achéménides", en Pierre LÉVÉQUE et al. (eds.), *Les grandes figures religieuses: fonctionnement pratique et symbolique dans l'Antiquité (actes du colloque organisé par le Centre de Recherches d'histoire ancienne, Besançon, 25-26 avril 1984)*, 1986, pp. 425-443.

⁶⁵Tac. *An.* III, 62.

⁶⁶Pierre BRIANT: *From Cyrus to Alexander...*, p. 703.

⁶⁷Charles B. WELLES: *Royal Correspondence in the Hellenistic period: a study in Greek epigraphy*, Roma, L'Erma di Bretschneider, 68 (1966).

⁶⁸Pierre BRIANT: *Polythéistes et Empire unitaire...*, pp. 425-423; Pierre DEBORD: *L'Asie Mineure au IV^e siècle (412-323), pouvoirs et jeux politiques*, Burdeos, Ausonius, 1999, pp. 230-231.

⁶⁹Pierre DEBORD: La survie des cultes iraniens en Anatolie. L'exemple d'Anaitis en Lydie», en Pierre LÉVÉQUE et al. (eds.), *Les grandes figures religieuses...*, pp. 85-91.

⁷⁰Louis ROBERT: "Une nouvelle inscription grecque de Sardes...", pp. 306-330.

que estaban sufriendo las diferentes sociedades debido a la multiculturalidad y las acciones del poder central, un fenómeno que podía llegar a seducir a las diferentes comunidades que convivían en la ciudad. Precisamente, este nuevo fervor religioso pudo motivar el aumento de la animadversión de las élites hacia otros cultos que pudieran hacer peligrar esa hegemonía. De hecho, este contexto puede aplicarse perfectamente a las circunstancias que pudieron llevar a los sacrílegos de Sardes a cometer un acto de violencia.

No resulta muy descabellado llegar a la conclusión de que pudiera existir una polarización religiosa cada vez más pronunciada en las zonas donde la helenización se encontraba en un momento incipiente. Es por ello que la inscripción de los sacrílegos puede ser una clara referencia a esta coyuntura de crispación no solo de carácter político, sino también religioso. La proyección o influencia macedonia sobre Asia Menor hacía que las actitudes de los poderes estatales, económicos y religiosos fueran no solo más agresivas, sino también que dicha crispación se reflejara en la población.

¿Se trata de una *stasis* o se puede integrar en un conflicto externo (*pólemos*)?

Para un historiador resulta sumamente complejo catalogar un determinado conflicto de este tipo como una revuelta, una revolución o un simple caso aislado de violencia. En todos los ejemplos, un conflicto interno puede estar motivado también por razones externas, ya sea una guerra (*polémos*) o un conflicto político entre imperios. Para poder establecer una explicación del fenómeno acontecido en Sardes he creído conveniente utilizar el término *stasis*. De hecho, a lo largo de todo el artículo se han ido presentando una serie de indicios que podrían sugerir que no se trata de un fenómeno violento aislado. Para que eso se produzca debe haber una serie de razones que puedan motivar a los individuos implicados a emprender tales acciones, lo cual es más llamativo precisamente cuando estas tienen lugar contra un evento religioso tan arraigado entre ambas comunidades.

Como hemos visto a lo largo de este estudio, el contexto en que la historiografía ubica el suceso de los sacrílegos es demasiado incierto. Además, la información que aporta la propia inscripción es muy limitada. Igualmente, ello no nos impide la elaboración de diferentes hipótesis sobre las causas que pudieron motivar tal acontecimiento. De la inscripción de 57 líneas tan sólo las primeras 11 describen los hechos, mientras que el resto de la inscripción se compone de la lista de condenados a muerte por el acto de sacrilegio. Al tratarse de un documento jurídico tan solo disponemos de una breve descripción de los hechos, con lo que resulta muy complicado llevar a cabo una interpretación detallada de los mismos. Aun así, las razones que nos han conducido a valorar este episodio como una situación de *stasis* y no como un simple caso aislado son múltiples, como se ha desarrollado a lo largo del artículo. Es posible que nos encontremos ante un acto de violencia motivado en parte por una situación de inestabilidad presente en la ciudad durante el último tercio del siglo IV a.C.

En primer lugar, se comete un sacrilegio contra un culto que está arraigado en la ciudad desde el siglo VI a.C. Esto indica que debía tener una serie de seguidores fieles que probablemente estuvieran en contra de todo el proceso de mutación que estaba sufriendo la zona durante todo el siglo IV a.C. El propio documento corrobora que el culto de Artemisa tiene una tradición ancestral de unión con Éfeso (l.5-6). En tanto que ciudad que ya ha experimentado la mezcla de poblaciones de orígenes diferentes, Sardes se constituye como un espacio con riqueza cultural y religiosa. Una prueba de ello la encontramos en la lista de los condenados, donde se pueden apreciar nombres de orígenes griegos, lidios e iraníes, entre otros. Por todo ello, la violación de la celebración resulta suficientemente llamativa como para ser pasada como un simple altercado.

En segundo lugar, se trata de uno de los principales centros administrativos del imperio Aqueménida. Esto nos ha llevado a reflexionar sobre la política religiosa desarrollada durante la época de Artajerjes II, donde se implementaron una serie de medidas que influían directamente en la cuestión religiosa y social del imperio.⁷¹ La implantación de un culto ligado a las élites y a la familia real en los centros de la administración imperial podía comportar algún impacto en el espacio religioso de las diferentes sociedades que componían el imperio. Es más, este proceso coincide también con la llegada de población iraní procedente del Próximo Oriente que se asentaba en estas ciudades, de manera que esta política podía ser vista como una invasión del espacio religioso local. La consolidación del proceso podía generar una conflictividad social con otras comunidades religiosas ya asentadas en la ciudad o con determinados sectores sociales. Al menos se podría intuir un cierto aumento de la polarización religiosa, y con ello también de la crispación.

En tercer lugar, las personas agredidas por la multitud eran unos emisarios (*teoros*) procedentes de una ciudad vecina (Éfeso) cuya importancia política y diplomática era muy importante. Se sabe gracias a otra inscripción de Éfeso que las embajadas de los *teoros* estaban financiadas por donaciones privadas. En un contexto de guerra e inestabilidad, estos *evergetas* jugaban un papel destacado en las decisiones políticas y diplomáticas, donde en ocasiones se podían librar las batallas más feroces.

Es evidente que entre 340-320 a.C. nos encontramos en plena época de expansión del imperio macedonio y, por tanto, con una gran influencia política y económica de este. Además, el hecho de que aparezca entre los condenados un heraldo sagrado nos puede hacer pensar en la naturaleza de la turba. Como se ha mostrado anteriormente, esta era una figura de gran importancia en los gobiernos oligárquicos. La literatura clásica lo ha descrito como una figura violenta y agresiva que solía cumplir los designios del tirano. Esto ha sugerido una posible hipótesis que pese a ser poco probable puede dar cuenta de una situación totalmente verosímil por la época en que transcurre: con la condena de los sacrílegos la ciudad eliminaba una posible oposición política gracias a la ayuda externa. En un clima de alteración social, la oposición popular pudo haber perpetrado el ataque, el cual pudo ser aplacado por las fuerzas del orden. Por tanto,

⁷¹ Ver nota 35.

el texto podría reflejar la eliminación de esa posible oposición política existente en la ciudad de Sardes.

Por lo demás, la polarización de las facciones políticas locales, ya sea a favor de los nuevos conquistadores o a favor del poder establecido, convertían la institucionalidad política en un espacio ciertamente inestable. Esta situación fue instrumentalizada a conveniencia por los diferentes poderes con la única intención de potenciar su influencia en la zona, ya sea desde sectores procedentes de la economía, la religión o la política. Además, buena parte de estas luchas internas podían manifestarse en forma de turbas populares o actos violentos puntuales. Como consecuencia de ello, la actuación de los poderes institucionales podía manifestarse de igual modo con una fuerte respuesta contrarrevolucionaria, lo cual podía traducirse en la aplicación de duras sanciones, como vemos en el documento, con la pena de muerte impuesta a los sacrílegos. Tampoco podemos olvidar el contexto de un *polémos* que podía recrudecer y empeorar aún más las condiciones de vida de las personas. Así pues, estamos ante una sucesión de factores que podían alentar el descontento popular.

Para concluir, es evidente que el documento objeto de estudio es de una gran complejidad y que aporta una información ciertamente limitada. Pese a ello, esto no ha impedido profundizar más en los motivos que pudieron empujar a la ejecución del atentado contra la celebración del culto a Artemisa y establecer unos marcos interpretativos que invitan a la reflexión. En este sentido, salta a la vista una vez más que el cuestionamiento de los límites del *polémos* o la *stasis* durante el contexto de la conquista macedonia merece un profundo debate. Aún más si tenemos en cuenta el transcurso de la conquista, que duró más de 20 años,⁷² la cual contribuyó a la aparición de una serie de situaciones “menos comunes”. Esta serie de episodios locales contribuyen a un análisis más complejo y detenido de los grandes conflictos, aportándonos una apreciación más enriquecedora y profunda de ellos. De esta forma, “el documento de los sacrílegos” se puede plantear como una manifestación a escala local del gran conflicto vigente entre el Egeo y el Indo, donde la inestabilidad y la “excepcionalidad” eran situaciones cada vez más habituales.

⁷² Si se tiene en cuenta que la conquista no se limita sólo a las campañas de Alejandro Magno, ya que Filipo al asumir el control de Grecia ya tenía una cierta influencia en las colonias griegas de Asia. Incluso se puede considerar que la conquista perdura después del 323 a.C.

De hispanos a ciudadanos romanos: la guerra como medio de obtención de la ciudadanía romana durante el período republicano¹

From Hispanic to Roman Citizens: War as a Mean to Obtain the Roman Citizen during the Roman Republic

Christian Núñez López
Euskal Herriko Unibertsitatea, España
christian.nl1994@gmail.com

Resumen: El presente trabajo trata sobre las concesiones de ciudadanía romana *uirtutis causa* como recompensa a los *auxilia* hispanos que batallaron en las contiendas desarrolladas en Hispania a lo largo del período republicano. Debido al carácter singular de la práctica hasta las políticas de municipalización de finales de la República en adelante se procederá a analizarla mediante ejemplos concretos con el fin de comprender uno de los impactos sociales que pueden extraerse de lo militar. De esta forma, se observará cómo los conflictos bélicos ejercieron como uno de los motores de la romanización de los territorios provinciales, a la vez que se debatirá sobre el uso de la ciudadanía romana como incentivo para la adhesión a los diversos conflictos. Para llevar a cabo este análisis contamos fundamentalmente con las informaciones que nos proporcionan las obras literarias, destacando las de Livio, Plutarco o Dión Casio, y sobre todo el referente de Cicerón *Pro Balbo* y el texto anónimo *Bellum Hispaniense*. Por otra parte, incidiremos en el famoso testimonio epigráfico del Bronce de Ascoli, primordial para un estudio como el que aquí se presenta. La exposición de los hechos responde a una secuencia cronológica que tiene como eje central el *Bellum Sociale* (91-88 a.C.), dado que significó un punto de no retorno en relación a la cuestión de la difusión de la ciudadanía. Es por ello que el trabajo ofrece una estructura bipartita entre los casos anteriores y posteriores a este conflicto bélico. Así pues, mientras que solo documentamos uno para los años previos al *Bellum Sociale*, analizaremos cinco —cada uno con sus características propias— para los ulteriores. Será una constante, además, el encuadramiento de los ejemplos dentro de las diferentes experiencias militares en

¹ Este texto se integra en el proyecto de investigación “Antigüedad, nacionalismos e identidades complejas en la historiografía occidental: Aproximaciones desde Europa y América Latina (1789-1989) (MI-NECO HAR2016-76940-P).

Hispania, que fue el teatro de las operaciones. Entre éstas aparecen las guerras Sertorianas y la Guerra Civil que enfrentó a César contra los hijos de Pompeyo Magno.

Palabras clave: ciudadanía romana, *auxilia* hispanos, Hispania, romanización, *Bellum Sociale*.

Abstract: The purpose of this work is to reflect on the spread of Roman Citizenship as *uirtutis causa* gratification to Hispanic *auxilia* who participated on the battles that developed in Hispania throughout the republican period. Due to special nature of the practice until the municipalization policies of the late republic from here on out, it will proceed to analyse this consequence through concrete examples in order to understand one of the social impacts that can be extract from the military. In this way, it will be observed how the war conflicts became one of the engines of the Romanization of the provincial territories, and will be discussed around the use of Roman Citizenship as an incentive in the adhesion of the conflict in question. To carry it out, we count mainly on the information provided by literally work, underline the authors as Livy, Plutarch or Cassius Dio, and specially the reference of Cicero *Pro Balbo* and the anonymous text *Bellum Hispaniense*. On the other hand, we will focus on the famous epigraphic testimony of the *Asculum* table, essential for our purpose. The presentation of the facts responds to a chronological sequence that has as central axis the *Bellum Sociale* (91-88 B.C.), since it means a point of no return in relation with the issue of the spread of Roman Citizenship. Therefore, the work offers a bipartite structure between the cases before and after the war. Thus, while we only document one example for the years prior to the *Bellum Sociale*, we will analyse five —each one with its own characteristics— for subsequent. It will be a constant, in addition, the binding of the examples within the different military experiences which Hispania was the theatre of the operations. Among these, appear the Sertorian Wars and the Civil War that faced Caesar against the children of Pompeius Magnus.

Keywords: roman citizenship, Hispanic *auxilia*, Hispania, romanization, *Bellum Sociale*.

Para citar este artículo: Christian NÚÑEZ LÓPEZ: “De hispanos a ciudadanos romanos: la guerra como medio de obtención de la ciudadanía romana durante el período republicano”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 7, N° 14 (2018), pp. 76-92.

Recibido: 30/10/2017

Aprobado: 01/05/2018

De hispanos a ciudadanos romanos: la guerra como medio de obtención de la ciudadanía romana durante el período republicano

Christian Núñez López
Euskal Herriko Unibertsitatea, España

Introducción

Roma intensificó la interacción con las provincias y los provinciales a medida que avanzaron los años del periodo tardo-republicano, una evolución que no solo supuso una mayor eficacia en la romanización del territorio, sino también una estrecha vinculación personal entre los indígenas y los gobernadores.

Una práctica conocida fue la política de concesión de la ciudadanía romana. El *Bellum Sociale* (91-88 a.C.),¹ que asoló las tierras itálicas y en el marco del cual se difundió el estatus ciudadano entre todos los *Italici*, significó un punto de no retorno respecto a los años anteriores a dicha guerra. En esa época empezó a hacerse efectiva la concesión de la ciudadanía a provinciales, de forma que se estableció un vínculo de clientela entre el beneficiado y su promotor romano. La ciudadanía solo fue otorgada a personalidades concretas como gratificación *uirtutis*

¹ Sobre la incidencia socio-jurídica del *Bellum Sociale*, vid. Edward, T. SALMON: "Notes on the Social War", *TAPhA*, 89 (1958), pp. 159-184; Peter A. BRUNT: *Italian Manpower (223 B.C - A.C 14)*, Oxford, Clarendon Press, 1971; Adrian N. SHERWIN-WHITE: *The Roman Citizenship*, Oxford, Clarendon Press, 1973; Emilio GABBA: *Esercito e società nella tarda repubblica romana*, Florencia, La Nuova Italia, 1973; *Idem*: "Rome and Italy: the Social War", en J. A. CROOK, Andrew LINTOTT y Elisabeth RAWSON (eds.), *Cambridge Ancient History. Vol IX*, Cambridge, CUP, 1994, pp. 104-128; Claude NICOLET: *Le métier de citoyen dans la Rome républicaine*, Paris, Gallimard, 1976, pp. 57-64; Gaetano DE SANCTIS: *La Guerra Sociale*, Florencia, La Nuova Italia, 1976; Ernst BADIEN: *Foreign Clientelae (264-70 BC.)*, Oxford, Clarendon Press, 1984; Arthur KEAVENEY: *Rome and the Unification of Italy*, Londres, Croem Helm, 1987; Fernando WULFF: *Romanos e itálicos en la Baja República. Estudios sobre sus relaciones entre la Segunda Guerra Púnica y la Guerra Social (201-91 a.C.)*, Bruselas, Latomus Revue d'Études Latines, 1991; *Idem*: *Roma e Italia de la Guerra Social a la retirada de Sila (90-79 a.C.)*, Bruselas, Latomus Revue d'Études Latines, 2002; Luis AMELA VALVERDE: *El toro contra la loba. La guerra de los aliados (91-87 a.C.)*, Madrid, Signifer, 2007; Edward BISPHAM: *From Asculum to Actium. The Municipalization of Italy from the Social War to Augustus*, Oxford, OUP, 2007; *Idem*: "The Social War", en Alison E. COOLEY, *A Companion to Roman Italy*, Hoboken, John Wiley & Sons, 2016, pp. 76-88; Christopher J. DART: "The Italian Constitution in the Social War: a reassessment (91 to 88 BCE)", *Historia*, 58/2 (2009), pp. 215-224; *Idem*: *The Social War, 91 to 88 BCE. A history of the Italian Insurgency against the Roman Republic*, Farnham, Ashgate, 2014; Lorenzo GAGLIARDI: "L'assegnazione dei "novi cives" alle tribù dopo la "lex Iulia de civitate" del 90 a.C.", *Quaderni Lupiensis di Storia e di Diritto* 3 (2013), pp. 43-58; Seth KENDALL: *The Struggle for Roman Citizenship: Romans, Allies, and the Wars of 91-77 BCE*, Piscataway, Georgias Press, 2013; Carlos HEREDIA: *La transgresión del mos maiorum a raíz del Bellum Sociale (91-81 a.C.)*, Tesis doctoral inédita, Universitat Autònoma de Barcelona, 2017.

causa hasta época triunviral,² momento en que se extendió mediante las políticas de municipalización.³ Entre los diferentes casos en que se difundió esta ciudadanía se documentan algunos que fueron recompensados por méritos militares. El objetivo del presente artículo consiste en exponer dichas concesiones derivadas del componente bélico mediante ejemplos concretos de hispanos que obtuvieron la ciudadanía romana, dividiendo las gratificaciones en anteriores y posteriores al citado *Bellum Sociale*. De esta forma, no solo se pondrá de manifiesto una de las consecuencias sociales de la guerra durante el periodo republicano, sino también se evidenciará el punto de inflexión que supuso la contienda de principios del siglo I a.C.

Las concesiones anteriores al *Bellum Sociale*

Livio documenta el caso de un hispano recompensado con la ciudadanía romana como consecuencia de su participación en una contienda militar anterior al *Bellum Sociale*. Nos referimos al mercenario *Moericus* que, junto al siracusano *Sosis*, fueron premiados por combatir en el bando romano en la toma de *Morgantina* en el 211 a.C., en el marco de la Segunda Guerra Púnica (218-202 a.C.). La ciudad se mantuvo bajo influencia siracusana a lo largo del siglo III a.C., ratificándose esto con su incorporación al territorio de Hierón II en el 263 a.C.,⁴ desde entonces bajo la órbita romana. En el 214 a.C., los habitantes entregaron la ciudad al general cartaginés Himilcón, pero M. Claudio Marcelo (*cos.* 222) volvió a tomar la ciudad. Aun así, en el 211 a.C. los ciudadanos de *Morgantina* se rebelaron nuevamente, siendo sofocada dicha revuelta por el pretor M. Cornelio Cetego (*cos.* 204), que a continuación le atribuyó un estatuto tributario a la ciudad materializado con el pago de un diezmo anual.⁵ Además, de acuerdo a las disposiciones establecidas por un *senatus consultum*,⁶ la ciudad fue otorgada a un grupo de mer-

² A. Raggi ofrece un excelente estudio detallado sobre las concesiones *uiritim* durante la época republicana, estableciendo y definiendo sus diferentes tipologías. Vid. Andrea RAGGI: "Le concessioni di cittadinanza "uiritim" prima della Guerra Sociale", en Michel ABERSON *et al.* (eds.), *E pluribus unum? L'Italie, de la diversité préromaine à l'unité augustéenne. vol. 2: L'Italia centrale e la creazione di una koiné culturale? I percorsi della 'romanizzazione'*, Berne, Peter Lang, 2016, pp. 85-96.

³ La culminación del proceso de municipalización en el territorio romano fue en el 212 d.C., con la famosa *Constitutio Antoniniana* del emperador Caracalla, de la dinastía de los Severos. En el caso itálico la municipalización se llevó a cabo justamente con las leyes que resultaron del *Bellum Sociale*, al margen del importante papel que jugó el *ius Latii* como vía de acceso a la ciudadanía romana durante los siglos II y I a.C., y que continuó teniendo en las provincias durante el periodo imperial.

⁴ Hierón II, tirano de Siracusa y aliado de los cartagineses a inicios de la Primera Guerra Púnica (264-241 a.C.), renunció al apoyo cartaginés a causa de la insuficiente ayuda proporcionada ante la celeridad de las victorias romanas. Por ello pactó con Roma un tratado (263 a.C.) que le permitió conservar su reino (Pib. I.16.9; D.S. XXIII.4.1).

⁵ Luis AMELA VALVERDE: "La emisión '*Hispanorum*' de Morgantina", *Omni*, 7 (2013), p. 34. No tenemos detallada la imposición tributaria de Roma en Sicilia para los años previos al 210 a.C., coincidiendo con la caída de Siracusa y la toma de posesión del proconsulado por M. Valerio Levino (*cos.* 220, 210), que revitalizó la agricultura manteniendo el sistema que se empleaba en tiempo de Hierón II (Liv. XXVI.40.15-16; XXVII.5.3-5), la cual establecía un sistema tributario fundamentado en diezmos dedicado en gran parte al mantenimiento de las tropas en Sicilia (Cic. *Verr.* II.3.14).

⁶ Liv. XXVI.21.16.

cenarios hispanos liderados por el citado *Moericus*, que adquirió 500 *iugera* de tierra con la ciudadanía romana.⁷

Al respecto, G. Manganaro sugiere una difusión del *ius Latii* entre los hispanos de la *polis* en base a la aplicación de la *lex Rupilia* (131 a.C.),⁸ promulgada por el cónsul P. Rupilio (*cos.* 132) en virtud de un *senatus consultum* y de la dignidad de diez legados romanos enviados por el Senado.⁹ Considerada la primera gran ordenación romana de Sicilia, a menudo se interpreta como un intento por poner solución a la coyuntura que desembocó en la Primera Guerra Servil (135-132 a.C.). De las *Verrinas* de Cicerón, fuente principal para conocer esta legislación, extraemos una lectura puramente judicial. Una consecuencia obvia si tenemos presente la funcionalidad acusadora de su oratoria. En este sentido, la *lex Rupilia* construyó una normativa destinada a dar respuesta a los procedimientos en los litigios de un territorio determinado, con las particularidades jurídicas que ello conlleva.¹⁰ No obstante, el mismo Cicerón apunta que la ley tuvo otras competencias que trascendieron la materia procesal.¹¹ Podría entenderse como una *lex prouvinciae* más, en el marco fundacional o reorganizador de cualquier provincia romana del momento.¹² A menudo se observan analogías en las provincias orientales, como es el caso de la *lex Pompeia* aplicada en las tierras de Bitinia/Ponto en el 65/64 a.C., en la que se organizó la composición de senados locales. Manganaro cimienta su explicación en base a la acuñación de moneda por parte de los descendientes de estos *Hispani* con la leyenda *Hispanorum*,¹³ que da-

⁷ *Punicae quoque uictoriae signum octo ducti elephantii, et non minimum fuere spectaculum cum coronis aureis praecedentes Sosius Syracusanus et Moericus Hispanus, quorum altero duce nocturno Syracusas introitum erat, alter Nassum quodque ibi praesidii erat prodiderat. His ambobus ciuitas data et quingena iugera agri, Sosidi in agro Syracusano qui aut regius aut hostium populi Romani fuisset et aedes Syracusis cuius uellet eorum in quos belle iure animaduersum esset, Moerico Hispanisque qui cum eo transierant urbs agerque in Sicilia ex iis qui a populo Romano defecissent, iussa dari* (Liv. XXVI.21.9-12).

⁸ Giacomo MANGANARO: "A proposito de la 'latinizzazione' della Sicilia", en Julián GONZÁLEZ (ed.), *Roma y las provincias. Realidad administrativa e ideología imperial*, Madrid, Ediciones Clásicas, 1994, p. 166.

⁹ Sobre las comisiones senatoriales formadas por diez legados, vid. Francisco PINA POLO: "Las comisiones senatoriales para la reorganización de Hispania (App. Iber. 99-100)", *DHA*, 23/2 (1997), pp. 89, 91. A pesar de que el artículo trata de la comisión que se envió a Hispania después de la toma de Numancia en el 131 a.C., y otra durante la primera mitad del siglo I a.C., Pina Polo ofrece de forma exhaustiva las diferentes ocasiones en que actuaron los legados, siendo un caso el de la presente *lex Rupilia*.

¹⁰ Julien FOURNIER: "La Lex Rupilia, un modèle de régime judiciaire provincial à l'époque républicaine?", *CCG*, 21 (2010), p. 157.

¹¹ Es interesante observar cómo el propio texto habla en este fragmento de "*Leges Rupiliae*" (Cic. II.Verr. II.16.40).

¹² Aun así, otros autores matizan el carácter legislativo propiamente dicho. En este sentido, tendrían que considerarse unas *leges datae* de un magistrado particular, puesto que ciertamente no estuvo validada por el pueblo romano, algo inherente a la promulgación de cualquier ley romana. cfr. Julien DUBOULOZ, Sylvie PITTIA: "La Sicile romaine, de la disparition du royaume de Hiéron II à la réorganisation augustéenne des provinces", *Pallas*, 80 (2009), p. 90; Jonathan R. W. PRAG: "Cities and Civic Life in Late Hellenistic Roman Sicily", *Cahiers Glotz*, 25 (2014), p. 170. Una precisión que el propio Cicerón intenta justificar en su discurso (Cic. II.Verr. II.49.121).

¹³ Sobre las monedas, vid. Maria CACCAMO CALTABIANO: "Sulla cronologia e la metrologia della serie Hispanorum", *QT*, 14 (1985), p. 167; Giacomo MANGANARO: "A proposito de...", p. 166; Martín ALMAGRO-GORBEA: "Iconografía numismática hispánica: jinete y cabeza varonil", en María Paz GARCÍA Y

taría de la segunda mitad del siglo II y principios del I a.C., información que confirmarían las excavaciones arqueológicas llevadas a cabo.¹⁴ Según el autor, el *ius Latii* era un instrumento político que permitía a la ciudad beneficiada el derecho de emisión monetaria con una identificación étnica propia.¹⁵ Ahora bien, son conocidos otros casos contemporáneos que demuestran lo contrario. Las monedas ibéricas, por ejemplo, se acuñaron bajo la órbita y dominación romana desde la primera mitad del siglo II a.C., momento en que no hay ningún indicio de una concesión particular del *ius Latii* en tierras hispanas.¹⁶ Por todo ello, creemos que la acuñación de moneda difícilmente puede ser interpretada como un símbolo de prestigio otorgado por Roma a una sociedad, sino más bien como un elevado grado de sometimiento que comportaba un gasto importante de recursos. Del mismo modo, existe una amplia discusión en torno a los derechos de las comunidades latinas, concretamente aquellas que tienen una estrecha relación con la categoría jurídica de la *ciuitas*.¹⁷ Por lo tanto, con los matices y argumentaciones expuestas, se debería rechazar la premisa de Manganaro.

BELLIDO y Rui Manuel SOBRAL CENTENO (eds.), *La moneda hispánica. Ciudad y Territorio. Actas del I Encuentro Peninsular de Numismática Antigua (EPNA)*, Madrid, Dpto. de Historia Antigua y Arqueología. Centro de Estudios Históricos. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1995, p. 39; Alberto CAMPANA: *Corpus Nummorum Antiquae Italiae (Zecche minori)*, Roma, Panorama numismatico, 1996-2002, pp. 66, 80, 91; Benedetto CARROCCIO: *Dal basileus Agatocle a Roma. Le monetazioni siciliane di'età ellenistica (cronología – iconografía – metrología)*, Messina, Dip. Scienze dell'Antichità, 2004, p. 63; Ana VICO: "Las monedas sicilianas con leyenda HISPANORVM. Un estado de la cuestión", *Nvmsima*, 250 (2006), pp. 9-16; Mariangela PUGLISI: *La Sicilia da Dionisio I a Sesto Pompeo. Circolazione e funzione della moneta*, Messina, Dip. Scienze dell'Antichità, 2009, pp. 296-297; Francisco BELTRÁN LLORIS: "...et sola omnium prouinciarum uires suas postquam uicta est intellexit. Una aproximación a Hispania como referente identitario en el mundo romano", en Antonio CABALLOS y Sabine LEFEBVRE (eds.), *Roma generadora de identidades. La experiencia hispana*, Madrid, Casa de Velázquez/US, 2011, p. 67; Oliver David HOOVER: *The Handbook of Greek Coinage Series, Volume 2. Handbook of Coins of Sicily (including Lipara). Civic, Royal, Siculo-Punic, and Romano-Sicilian Issues. Sixth to First Centuries BC.*, Lancaster/Londres, Classical Numismatic Group, 2012, pp. 245-246; Luis AMELA VALVERDE: "La emisión 'Hispanorum'...", p. 35.

¹⁴ Kenan ERIM: "Morgantina", *AJA*, 62 (1958), pp. 62-63; Theodore V. BUTTREY *et al.* (eds.): *Morgantina Studies II: The Coins*, Princeton, PUP, 1989, pp. 34-39, 64-67; Andrew BURNETT, Michel AMANDRY y Pere Pau RIPOLLÈS: *Roman Provincial Coinage. Volume I. From the death of Caesar to the death of Vitellius (44 B.C.-A.D. 69). Part I: Introduction and Catalogue*, London, British Museum Press, 1992, p. 178; María Paz GARCÍA BELLIDO: "Moneda y territorio: la realidad y su imagen", *AEspA*, 68 (1995), p. 147; Almudena DOMÍNGUEZ ARRANZ: "Las acuñaciones ibéricas y celtibéricas de la Hispania Citerior", en Carmen ALFARO ASINS *et al.*, *Historia monetaria de Hispania antigua*, Madrid, Jesús Vico, 1998, p. 171; Luis AMELA VALVERDE: "La emisión 'Hispanorum'...", p. 35.

¹⁵ Giacomo MANGANARO: "A proposito de...", p. 163.

¹⁶ Sobre el *ius Latii* a Hispania, vid. entre otros: Knox R. MC. ELDERRY: "Vespasian's Reconstruction of Spain", *JRS*, 8 (1918), pp. 53-102; *Idem*: "Vespasian's Reconstruction of Spain - Addenda", *JRS*, 9 (1919), pp. 86-94; Patrick Le ROUX: "Municipe et droit latin en Hispania sous l'Empire", *RD*, 64/3 (1986), pp. 325-350; Estela GARCÍA FERNÁNDEZ: "III. La Hispania de Plinio: La aparición del municipio latino", *Gerión*, Anejo V (2001), pp. 73-124; Javier ANDREU: "Construcción pública y municipalización en la provincia de la Hispania Citerior: la época Flavia", *Iberia*, 7 (2004), pp. 39-75; *Idem*: "En torno als *ius Latii* flavio en Hispania. A propósito de una nueva publicación sobre latinidad." *Faventia*, 29/2 (2007), pp. 37-46.

¹⁷ Sobre la discusión que cuestiona el 123 a.C. con la *Ilex Acilia de repetundis*, vid. Donald W. BRADEEN: "Roman Citizenship per Magistratum", *CJ*, 54/5 (1959), pp. 221-228; Michel HUMBERT: *Municipium et civitas sine suffragio. L'organisation de la conquete jusqu'a la guerre sociale*, Roma, École française de

Las concesiones posteriores al *Bellum Sociale*

Como se ha apuntado previamente, desde el *Bellum Sociale* en adelante, o lo que denominaríamos en términos generales como el período tardo-republicano, la extensión de la ciudadanía romana a provinciales devino en una praxis cada vez más común, a pesar de que siempre se mantuvo como excepcional hasta las políticas de municipalización. En efecto, fue a partir del tribunado de los hermanos Graco (133-123 a.C.) que los *Italici* empezaron a demandar su equiparación jurídica con los romanos, haciéndose efectiva precisamente con las dos leyes que derivaron del *Bellum Sociale*: la *lex Iulia de ciuitate Latinis Danda* (90/89 a.C.)¹⁸ y la *lex Plautia Papiria* (89 a.C.).¹⁹

En el marco de dicha guerra, Cn. Pompeyo Estrabón (*cos.* 89), como legado del cónsul P. Rutilio Lupo (*cos.* 90), atacó las posiciones de *Asculum* después de que las fuerzas insurgentes lo derrotaran cerca del cerro de Falerno.²⁰ Pompeyo Estrabón no continuó el asedio hasta que asumió el consulado en el 89 a.C., a pesar de que sí mantuvo la tropa que restaba bajo su mando. La resolución del conflicto fue la victoria con la toma de la ciudad en noviembre del mismo año, momento en que distribuyó los galardones entre su ejército.²¹ Entre éstos encontramos la concesión de la ciudadanía romana a un conjunto de treinta jinetes ibéricos, conocidos como *Turma Salluitana*, tal y como se observa inscrito en el famoso documento del Bronce de Ascoli.²² Recompensados por la valentía demostrada en el campo de batalla, literalmente *uirtutis causa*, fueron beneficiados en base al *imperium* militar del que gozaba Pompeyo Estrabón, bajo la ratificación del Senado romano representado por un *consilium* formado por cincuenta y nueve miembros. Según el preámbulo del bronce, el decreto se hizo efectivo con la aplicación de la susodicha *lex Iulia* del 90/89 a.C. Probablemente, dado el contexto de guerra en el que se aprueba la ley, alguna cláusula de la misma autorizaría a los magistrados a conceder la ciudadanía romana.²³ En cualquier caso, se entiende, pues, que la *lex Iulia* también incluía a tropas auxiliares ajenas a las comunidades itálicas.²⁴ A pesar del consenso entre los especialistas

Rome, 1978, p. 104; D. J. PIPER: "The *Ius Adipiscendae Ciuitatis Romanae* per Magistratum and Its Effect on Roman-Latin Relations", *Latomus*, 47/1 (1988), pp. 59-68; Michael H. CRAWFORD (eds.): *Roman Statutes. Vol. I*, Londres, Institute of Classical Studies, 1994, p. 111.

¹⁸ Cic. *Balb.* VIII.21; App. *BC.* I.49.

¹⁹ Cic. *Arch.* IV.7.

²⁰ App. *BC.* I.47-48.

²¹ Según la descripción de P. A. Brunt podríamos figurar 15 legiones, sin contar las tropas auxiliares galas ni hispanas. Por lo tanto, es probable que Pompeyo Estrabón se dotara de una considerable fuerza de dirección donde los *auxilia* tuvieron un papel protagonista. cfr. Peter A. BRUNT: *Italian Manpower...*, p. 438. Por su parte, Veleyo Patérculo destaca la cantidad de 75.000 soldados que participaron en la empresa (Vell. Pat. II.21).

²² CIL I² 709 = CIL VI 37045 = ILLRP 515 = ILS 8888.

²³ Basta recordar que durante el período republicano la concesión de la ciudadanía romana era una prerrogativa del pueblo de Roma. cfr. Andrea RAGGI: "Le concessioni di...", p. 86.

²⁴ Mediante el discurso de Cicerón (*Balb.* 8.21), que proporciona la información más fidedigna y extensa al respecto, la ley concedía la ciudadanía a todos los latinos y aliados itálicos que se mantuvieran como

a la hora de aceptar la excepción²⁵ hay una tendencia a justificar la circunstancia en la que ésta tuvo lugar. Nicola Criniti, por ejemplo, propone una *lex (data) Pompeia* que complementaría la *lex Iulia* únicamente para dar respuesta a esta particularidad,²⁶ comparándola con la sí reconocida *lex Pompeia de Transpadanis* de la Galia Cisalpina, atribuida también a Pompeyo Estrabón.²⁷ Por otra parte, no es baladí adelantarnos en el tiempo y considerar la cláusula de la *lex Iulia* como un añadido posterior para justificar la legalidad de unas concesiones que, *a priori*, fueron indebidas. Una situación similar a la funcionalidad de la *lex Gellia Cornelia de ciuitate* del 72 a.C. con los veteranos de las guerras sertorianas por parte de Cn. Pompeyo Magno (*cos.* 70, 55, 52) y Q. Cecilio Metelo Pio (*cos.* 80).²⁸

Del mismo modo, en el siguiente pasaje del *Pro Balbo* de Cicerón, al igual que en otros escritos teóricos latinos, la ciudadanía es el eje principal del discurso, lo que permite conectarlo con la problemática planteada en el presente artículo:

(...) neque uero id in uno Cornelio fecit. Nam et Gaditanum Hasdrubalem ex bello illo Africano et Mamertinos Ouios et quosdam Vticensis et Saguntinos Fabios ciuitate donauit. Etenim cum ceteris praemiis digni sunt, qui suo labore et periculo nostram rem publicam defendunt, tum certe dignissimi sunt qui ciuitate ea donentur pro qua pericula ac tela subierunt. Atque utinam qui ubique sunt propugnatores huius imperii, possent in hanc ciuitatem uenire et contra oppugnatores rei publicae de ciuitate extermina-

partidarios del bando romano durante el conflicto. Al margen, existe una interpretación errónea presentada por Veleyo Patérculo (II.49.214), en que la emancipación fue un proceso que benefició primero a los leales, seguidos por los que se rindieron rápidamente.

²⁵ Podemos citar algunos: Adrian N. SHERWIN WHITE: *The Roman Citizenship...*, p. 150; Nicola CRINITI: *L'epigrafe di Asculum di Gn. Pompeo Strabone*, Milán, Vita e Pensiero, 1970, p. 39-45; Peter A. BRUNT: *Italian Manpower...*, p. 204; Luis AMELA VALVERDE: "La Turma Salluitana y su relación con la clientela pompeyana", *Veleia*, 17 (2000), p. 81; Edward BISPAM: *From Asculum to...*, p. 168; Christopher J. DART: *The Social War...*, p. 176.

²⁶ Nicola CRINITI: *L'epigrafe di Asculum...*, p. 45.

²⁷ La *lex Pompeia de Transpadanis* no está exenta de controversias, motivo por el cual ha sido objeto de múltiples investigaciones. Entre otros aspectos se cuestiona la única atribución a Pompeyo Estrabón, dada la complejidad de la misma —quizás Q. Mucio Escévola también intervino— y la celeridad de los acontecimientos. Se cree que Pompeyo Estrabón apenas tuvo tiempo de ocuparse de la elaboración de la *lex*, puesto que ocho días más tarde del asedio de *Asculum* se encontraba en Roma para celebrar su triunfo y presidir las elecciones. Por citar algunas de las investigaciones que tratan la cuestión, *vid.* G. H. STEVENSON: "Cn. Pompeius Strabo and the Franchise Question", *JRS*, 9 (1919), p. 97; Ursula EWINS: "The Enfranchisement of Cisalpine Gaul", *PBSR*, 23 (1955), pp. 73-98; Giorgio LURASCHI: *Foedus ius latii civitas: aspetti costituzionali della romanizzazione in Transpadana*, Padua, CEDAM, 1979; *Idem*: "Sui destinatari della c.d. *Lex Pompeia de Transpadanis*", en *Atti del II seminario romanistico gardesano*, Milán, Giuffrè, 1980, pp. 265-292; BDIAN, E.: *Foreign Clientelae...*, pp. 229, 239, 268; Gino BANDELLI: "La formazione delle clientele dal Piceno alla Cisalpina", en *Italia e Hispania en la crisis de la república romana: actas del III Congreso Hispano-Italiano*, Madrid, UCM, 1998, pp. 51-70; Estela GARCÍA FERNÁNDEZ: "La *lex Pompeia de Transpadanis* y el origen del municipio latino", en *Ciudades privilegiadas en el Occidente Romano*, Sevilla, US, 1999, pp. 279-287; Luis AMELA VALVERDE: "La Galia Cisalpina y la clientela de Pompeyo Magno", *Polis*, 14 (2002), pp. 51-78.

²⁸ Cic. *Balb.* XXII.51. Una reflexión que aparece entre otros estudios en Luis AMELA VALVERDE: "La Turma Salluitana...", p. 81; Oriol OLESTI: "Los veteranos de Cneo Pompeyo y Quinto Cecilio Metelo Pio en la Hispania Citerior", *Dialéctica histórica y compromiso social*, 2 (2010), p. 1013.

ri! Neque enim ille summus poeta noster Hannibalis illam magis cohortationem quam communem imperatoriam uoluit esse: "hostem qui feriet, erit", "inquit, mi Carthaginiensis, quisquis erit; cuiatis siet," id habent hodie leue et semper habuerunt. Itaque et ciuis undique fortis uiros adsciuerunt et hominum ignobilium uirtutem persaepe nobilitatis inertiae praetulerunt (Cic. Balb. XXII.51)

Manteniendo la estructura cronológica, el primero de los testimonios a tratar es el del gaditano Hasdrubal, promocionado por Pompeyo Magno en el marco de la campaña africana del 81 a.C.²⁹ Un año después de que Pompeyo tomara Sicilia con facilidad derrotando y castigando a los partidarios de M. Perpenna (*pr.* 82), por entonces pretor de la isla,³⁰ L. Cornelio Sila (*cos.* 88, 80) le ordenó zarpar hacia Libia para hacer frente a Cn. Domicio Enobarbo, quien fue vencido una vez Pompeyo desembarcó en Útica y Cartago con una fuerza militar de seis legiones completas.³¹ Además, capturó al usurpador del trono nómida Hiarbas y restituyó en el reino a Hiempsal, el candidato senatorial.³²

El siguiente gran episodio bélico, más aún si cabe que el *Bellum Sociale* para los objetivos del presente artículo, es el conflicto que enfrentó a Q. Sertorio contra Pompeyo Magno y Metelo Pio en territorio hispano entre el 82-72 a.C. De nuevo, por la valentía demostrada y el servicio hacia Roma en el marco de la contienda, son conocidos los testimonios del gaditano L. Cornelio Balbo (*cos.* 40) y la familia de los *Fabii* de Sagunto, que obtuvieron la ciudadanía romana.³³ Bajo el amparo de una alianza previa entre Gades y el senado de Roma datada del 78 a.C. que confirmaba su condición de *ciuitas foederata*,³⁴ el primero de ellos, tal y como indica Cicerón, formó parte de la marina y el ejército de tierra comandados por Metelo Pio y C. Memio (*tr. pl.* 79); participó en el asedio de Cartago Nova, que se desarrolló entre el 76-75 a.C.,³⁵ así como también en las batallas de Suero y Turia³⁶, y finalmente Cicerón concluye contundente

²⁹ Cic. *Balb.* XXII.51.

³⁰ App. *BC.* I.95-96; Cic. *Ieg. Man.* LXI; Eutrop. V.8.2; Plut. *Pomp.* X.2, X.4-11, XI.2-3; D.S. XXXVIII.14; V. Max. VI.2.8; Liv. *Per.* LXXXIX.

³¹ Según Plutarco fue asesinado en el marco de dicha batalla contra Pompeyo (Plut. *Pomp.* XII.5-6). No obstante, Livio, Valerio Máximo y Eutropio consideran que fue ejecutado después de ser juzgado como prisionero en el tribunal de Pompeyo (Liv. *Per.* LXXXIX; V. Max. VI.2-8; Eutrop. 5, 9, 1).

³² Plut. *Pomp.* XI-XII.

³³ Cic. *Balb.* XXII.51.

³⁴ Cic. *Balb.* XV.34-35. Sin embargo, el tratado se llevó a cabo bajo la iniciativa de Q. Lutacio Cátulo (*cos.* 78), uno de los cónsules del momento.

³⁵ O bien las tropas romanas fueron asediadas en Cartago, según la tradición historiográfica y filológica que se recoja.

³⁶ La tradición manuscrita recogía el término *Duriensi* o *Durensi*, una información que debería situar la batalla en las proximidades del valle del Duero, ergo el interior de la Península Ibérica. Ahora bien, puesto que se considera que Pompeyo actuó en la costa mediterránea, fue el neerlandés Isaak Voss (1618-1689) quien corrigió la lectura en *Turiensis*, relativo al río Turia. Dicha apreciación aparece por primera vez en su obra *Observationes ad Pomponium Melam de situ orbis*, con la comparativa con el texto de Apiano, que indica que la batalla tendría que haberse librado en un río cercano a Sagunto. Una rectificación que sin embargo no ha sido aceptada por algunos autores, como E. Gabba, P. O. Spann o Konrad, considerando que el choque tuvo lugar en las cercanías de *Segontia Lanka*, ciudad celtibera que se enmarcaba justamente en el valle del Duero.

afirmando que Balbo siempre se mantuvo fiel a Pompeyo Magno desde la muerte de Memio hasta la conclusión de las operaciones militares.³⁷ Por lo tanto, queda sobradamente demostrada la gratificación del estatuto privilegiado por parte de Pompeyo Magno en virtud de las disposiciones recogidas en la *lex Gellia Cornelia de ciuitate* ya comentada, de ahí que el escrito de Cicerón tenga la función de defender la cuestionada categoría civil de Balbo.³⁸ La onomástica refuerza dicha concesión,³⁹ puesto que el gaditano adquirió el *praenomen* y el *nomen* de los cónsules que ratificaron dicha ley, Gn. Cornelio Léntulo y L. Gelio Públicola (*cos.* 72). Se trata de un procedimiento que fue práctica habitual en la mayoría de las gratificaciones de ciudadanía romana a provinciales durante el período republicano, los cuales adoptaron los nombres del promotor de la concesión o de los cónsules del momento, como es el presente caso.⁴⁰ Por su parte, la familia de los *Fabii* de Sagunto también fue beneficiada, en este caso por Metelo Pío, explicitando Cicerón el caso de Quinto Fabio. A pesar de que no tenemos una evidencia onomástica que conecte con la *lex Gellia Cornelia de ciuitate* o con el propio Metelo Pío, bien es cierto que se documenta una influencia efectiva por parte de la *gens Fabia* en territorio peninsular a lo largo del siglo II a.C., de los cuales los indígenas podrían haberse apropiado el genitivo.⁴¹ Si bien los *Fabii* no aparecen registrados en el consulado durante los últimos años de la segunda centu-

³⁷ Cic. *Balb.* II.5-6. Para más información vid. Virginio ANGELINI: “Riflessioni sull’orazione Pro L. Cornelio Balbo”, *Athenaeum*, 68 (1980), pp. 360-370; Carlo VENTURINI: “Virtute adipisci civitatem’ (Nota in margine all’orazione Pro L. Cornelio Balbo)”, *Nova Tellvs*, 28/1 (2010), pp. 161-178.

³⁸ Los argumentos en contra eran que Pompeyo Magno no tenía autoridad para conceder la ciudadanía (Cic. *Balb.* IV.9-VI.16; VIII.19; XXII.51), que existía una cláusula para que ningún gaditano fuera inscrito en la ciudadanía romana (Cic. *Balb.* XIV.32), que la ley tenía un carácter sacrosanto y que, por lo tanto, tenía que ser ratificada por la *plebs* (Cic. *Balb.* XIV.33, XVI.35, XXIII.52). Para más información vid. Juan Francisco RODRÍGUEZ NEILA: *Los Balbos de Cádiz*, Sevilla, US, 1973, p. 49; Francisco BELTRÁN LLORIS: “The *Hospitium Publicum* of Gades and Cornelius Balbus”, en Martin JEHNE y Francisco PINA POLO, *Foreign Clientelae in the Roman Empire. A Reconsideration*, Stuttgart, Franz Steiner Verlag, 2015, pp. 141-151.

³⁹ La conexión directa entre el establecimiento de clientelas personales y la difusión de un *nomen* latino fue ampliamente estudiada por Ernst BADIEN, *Foreign Clientelae...* En la actualidad destacan los estudios en esta línea de F. Pina Polo. Vid. Francisco PINA POLO: “Generales y clientelas provinciales: ¿Qué clientelas?”, en Juan SANTOS YANGUAS *et al.* (eds.), *Romanización, fronteras y etnias en la Roma Antigua: el caso hispano*, Vitoria, UPV/EHU, 2012, pp. 55-79; *Idem*: “Foreign Clientelae Revisited: A Methodological Critique”, en Martin JEHNE y Francisco PINA POLO, *Foreign Clientelae in the Roman Empire. A Reconsideration*, Stuttgart, Franz Steiner Verlag, 2015, pp. 19-42. Sobre época imperial, vid. Andrea RAGGI: “Epigrafía e politica di cittadinanza: attestazioni esplicite di ottenimento della civitas Romana”, en Simonetta SEGENNI y Michele BELLOMO (eds.), *Epigrafía e politica: il contributo della documentazione epigrafica allo studio delle dinamiche politiche nel mondo romano*, Milán, Ledizioni, 2017, pp. 245-262.

⁴⁰ Francisco PINA POLO: “Les Corneli Balbi de Gadès: un exemple de clientélisme provincial?”, en Nathalie BARRANDON y François KIRBIHLER (eds.), *Les gouverneurs et les provinciaux sous la République romaine*, Rennes, PUR, 2011, pp. 189-203; *Idem*: “Foreign Clientelae in...”, p. 29; Estela GARCÍA FERNÁNDEZ: “Client Relationships and the Diffusion of Roman Names in Hispania. A Critical Review”, en Martin JEHNE y Francisco PINA POLO, *Foreign Clientelae in in the Roman Empire. A Reconsideration*, Stuttgart, Franz Steiner Verlag, 2015, p. 180.

⁴¹ Estaríamos ante un caso de una supuesta usurpación onomástica. cfr. Estela GARCÍA FERNÁNDEZ: “Client Relationships and...”, p. 114.

ria,⁴² Badian nos proporciona los magistrados conocidos con dicho *nomen* que actuaron en territorio peninsular durante el período republicano.⁴³ De entre todos ellos, pueden relacionarse —por motivos cronológicos y geográficos— con la cuestión planteada a *N. Fabius Buteo* (cos. 224), procónsul de la *Citerior* en el 173 a.C., y sobre todo a *Q. Fabius Labeo*,⁴⁴ pretor y procónsul de la *Citerior* en algún momento del siglo II a.C. Teniendo presente que los investigadores sostienen que fue magistrado monetario del 124 a.C. deberíamos datar su estancia como gobernador en torno al 118-114 a.C., como resultado de los seis años que median entre el desarrollo de la magistratura y la pretura.⁴⁵ De esta forma podemos explicar la difusión de una onomástica latina antes de que se obtuviera la dignidad ciudadana. De hecho, los *Fabii* se consolidaron desde los años de las Guerras Sertorianas como una de las principales familias de Sagunto, tal y como demuestra un *M. Fabius* que aparece en las acuñaciones de mediados del siglo I a.C., o bien un *L. Fabius Postumus* en una inscripción de principios del Imperio.⁴⁶ Más allá del núcleo saguntino documentamos en época republicana a un *L. Fabius* en Cartagena⁴⁷ y en el yacimiento de La Alcudia (Elche),⁴⁸ y un *Q. Fabius* en Argentona (Barcelona).⁴⁹ No obstante, re-

⁴² Ronald SYME: *The Roman Revolution*, Oxford, University Press, 1939, p. 18; Borja ANTELABERNÁRDEZ: “The Coinage of C. Annius Luscius”, en Fernando LÓPEZ SÁNCHEZ, *The City and the Coin in the Ancient and Early Medieval Worlds*, Oxford, BAR, 2012, p. 40.

⁴³ Ernst BADIAN: *Foreign Clientelae...*, p. 314.

⁴⁴ Se hallaron dos miliarios con su nombre, uno probablemente en torno al municipio leridano de Mas-salcorreig (CIL I 1486 = CIL II 4924 = CIL I² 823 = IRC II 89 = ILLRP 461 = ILER 1999 = ELRH C6) y otro en el municipio de Torrent de Cinca, en Huesca (CIL I 1484 = CIL II 4925 = CIL I¹ 824 = ILER 1999a = ILLRP 461 = ELRH C7).

⁴⁵ Para más información sobre el tema cfr. Adolf SCHULTEN: *Fontes Hispaniae Antiquae. Las Guerras de 154-72 a. de. J.C.*, Barcelona, Librería Bosch, 1937, p. 144; Manuel SALINAS: *El gobierno de las provincias hispanas durante la República Romana*, Salamanca, USAL, 1995; Marc MAYER y Isabel RODÀ: “La epigrafía republicana en Cataluña, su reflejo en la red viaria”, *Epigrafía hispánica de época romano-republicana*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1986, pp. 162-163. En torno al 110 a.C. prefiero datarlo Thomas R. S. BROUGHTON: *The magistrates of the Roman Republic. Vol. II*, Nueva York, American Philological Association, 1984, p. 464.

⁴⁶ Borja DÍAZ: *Epigrafía latina republicana de Hispania*, Barcelona, UB, 2008, p. 145. También en Sagunto se documenta a mediados del siglo I a.C. un liberto llamado *M. Fabius Isidorus* (CIL II 6342 = ILER 6691 = CIL II²/14, 301 = *HEp* 11, 582 = ELRH C56), así como en diferentes epígrafes de época imperial (CIL II²/14, 269, 359, 360, 385; 451 y 463).

⁴⁷ Se cree que la inscripción está relacionada con la construcción de la muralla romana de *Carthago Noua* (HAE 66 = ILER 6736 = *DECar* 8b = ELRH C24).

⁴⁸ Se trata de uno de los colonos que están inscritos en el famosa *deductio* colonial de *Ilici* (AE 1999 = *HEp* 9, 27 = *HEp* 11, 11 = ELRH C1). El personaje en cuestión procedería de *Icosi*, de desconocida ubicación, a pesar de que debamos situarla en torno a Elche, como proponen Mayer y Olesti. Marc MAYER y Oriol OLESTI: “La sortitio de Ilici. Del documento epigráfico al paisaje histórico”, *DHA* 27 (2001), p. 113.

⁴⁹ Proviene de una estampilla sobre Dressel 1 de producción layetana (IRC V 113 = ELRH SC6). También en Víctor REVILLA: *Producción cerámica, viticultura y propiedad rural en Hispania Tarraconensis: siglos I a.C.-III d.C.*, Barcelona, UB 1995, p. 247. Considerando que además de en Hispania —como estamos viendo— el *nomen Fabius* tuvo una amplia difusión por toda Italia, bien podría tratarse de un productor itálico que se instaló en la *Citerior* para dedicarse a la actividad vinícola. Cfr. Ramón JÁRREGA: “Ánforas vinarias en el este de la Hispania Citerior en época tardorepublicana (siglo I a.C.): epigrafía anfórica y organización de la producción”, *SPAL* 24 (2015), p. 79. Según Marín Díaz, las zonas con mayor número de testimonios son Campania, *Samnium*, *Praeneste*, *Tusculum*, *Latium*, y entre los volscos y peucetios.

cientes estudios contradicen la usurpación de la onomástica previa a la adopción de la *ciuitas* por los *Fabii* de Sagunto. Justamente por su categoría ilegal no tiene sentido que dichos personajes mantuvieran el genitivo latino cuando se les concedía la ciudadanía romana. Por este motivo, se defiende que Sagunto pasó a detentar el estatus jurídico de colonia latina antes del 56 a.C., año en el que Cicerón escribió su discurso *Pro Balbo*, donde aparecen citados dichos personajes. De tal forma que dentro de este marco legal se explicaría la continuidad de la misma onomástica durante los años de la República y del Principado.⁵⁰

Por último, en el contexto de las guerras sertorianas también se documenta el caso de los veteranos asentados en *Pompaelo*.⁵¹ Esta referencia aparece concretamente en un pasaje de la vida de L. Licinio Lúculo (*cos.* 74), de Plutarco, en el que P. Clodio Pulcro, uno de sus lugartenientes en la campaña de Asia, se quejó en el año 67 a.C. de la penosa situación que sufría el ejército en Oriente. Replica que mientras ellos luchaban duramente contra Mitrídates VI Eupator (120-63 a.C.) y Tigranes II el Grande (95-55 a.C.), los soldados de Pompeyo Magno —que disfrutaban de la ciudadanía— estaban cómodamente establecidos en tierras fértiles y en ciu-

M^a Amalia MARÍN DÍAZ: *Emigración, colonización y municipalización en la Hispania republicana*, Granada, UGR, 1988, p. 65; Oriol OLESTI: *El territori del Maresme en època republicana (s. III - I a.C.)*, Mataró, Caixa d'Estalvis Laietana, 1995, p. 73.

⁵⁰ Estela GARCÍA FERNÁNDEZ: "Client Relationships and...", p. 118.

⁵¹ Sobre la re-fundación de *Pompaelo*, vid. Str. III.4.10; Sal. *Hist.* II.93; Plut. *Sert.* XXI.8. M^a Ángeles MEZQUÍRIZ: "Excavación estratigráfica en Pamplona (Campaña 1965)", en *Problemas de la Prehistoria y de la Etnología vascas*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1966; *Idem*: *Pompaelo II*, Pamplona, Diputación Floral de Navarra, 1978; *Idem*: "Pompaelo, ciudad romana", *RevArq*, 30 (1983), pp. 26-33; *Idem*: "La aculturación romana de los vascones", *Veleia*, 24-25 (2007-2008), pp. 963-976; M^a Jesús PÉREX AGORRETA: "Los vascones en la rioja en época romana (según las fuentes literarias)", en *Segundo Coloquio sobre Historia de la Rioja. Vol. 1*, Logroño, Universidad de la Rioja, 1986, pp. 211-118; *Idem*: *Los vascones (el poblamiento en época romana)*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1986; *Idem*: "Los vascones según las fuentes escritas", *Gerión*, Anejo II (1989), pp. 317-325; Guillermo FATÁS: "Los vascones y su territorio", en Ángel MONTENEGRO *et al.* (eds.), *Historia de España 2. Colonizaciones y formación de los pueblos prerromanos (1200-218 a.C.)*, Madrid, Gredos, 1989, pp. 377-400; Christian RICO: *Pyrénéés Romaines. Essai sur un pays de frontière (IIIe siècle sv. J.-C. - IVe siècle ap. J.-C.)*, Madrid, Casa Velázquez, 1997, pp. 104-106; Luis AMELA VALVERDE: "Las ciudades fundadas por Pompeyo Magno en Occidente: *Pompaelo, Lugdunum Convenarum y Gerunda*", *Polis*, 12 (2000), pp. 7-42; *Idem*: *Cneo Pompeyo Magno. El defensor de la República romana*, Madrid, Signifer, 2003; Esther CANTÓN SERRANO: "Sobre la expansión vascona en las fuentes literarias", *Veleia*, 22 (2005), pp. 129-143; Javier ANDREU: *Navarra en la Antigüedad: propuesta de actualización*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2006; *Idem*: *Los Vascones de las fuentes antiguas: en torno a una etnia de la antigüedad peninsular*, Barcelona, UB, 2009; *Idem*: "Presentación: de nuevo sobre los vascones y sobre las tierras de Navarra en la Antigüedad", *CAUN*, 21 (2013), pp. 13-17; Javier ANDREU y Ángel A. JORDÁN: "Nuevas reflexiones en torno a las fuentes literarias sobre los vascones en la antigüedad", *Lucentum*, 26 (2007), pp. 233-252; José María BLÁZQUEZ: "Los vascones en las fuentes literarias de la Antigüedad y en la historiografía actual", *Trabajos de arqueología Navarra*, 20 (2007-2008), pp. 103-150; Alberto PÉREZ LABORDA: "Los vascones antes de la época de Augusto", *Príncipe de Viana*, 72/253 (2011), pp. 149-167; Francisco PINA POLO: "Los vascones, Pompeyo y la fundación de Pompelo", *Príncipe de Viana*, 72/253 (2011), pp. 137-148; José Luis RAMÍREZ SÁDABA: "Vascones por las tierras del Imperio Romano", *Príncipe de Viana*, 76/261 (2015), pp. 373-384.

dades prosperas con sus familias por combatir a prófugos de Hispania y esclavos rebeldes de Italia, en clara referencia a las victorias contra Sertorio y Espartaco.⁵²

Por tanto, se trata de un fragmento que describe la *lex Plotia agraria* (70/69 a.C.), que buscaba asignar tierras a los veteranos de Pompeyo y Metelo Pío. Fue una ley que, si bien se aprobó, no se ejecutó hasta el primer consulado de César en el 59 a.C.⁵³ El motivo debe buscarse en la falta de recursos públicos, a pesar de que probablemente también influyera la reticencia por parte del Senado a la hora de permitir acaparar poderes personales en un solo individuo, lo cual podía poner en peligro una *res publica* que llevaba décadas hundida. En cualquier caso, la aparente contradicción con el texto de Plutarco puede resolverse mediante el análisis literal del fragmento. Se entiende que los veteranos no eran ciudadanos antes de la asignación de tierras, sino que lo fueron después. Así pues, si bien Pompeyo no pudo asentar ciudadanos sí que lo hizo con unos indígenas que probablemente fueron promocionados a posteriori con el estatus ciudadano mediante la aplicación de la *lex Gellia Cornelia de Ciuitate*. Es probable, por lo tanto, que los veteranos se establecieran en *Pompaelo*, o bien dentro de alguna *ciuitas ex novo* datada de esta época. Existe un consenso entre los investigadores en torno a la consideración de estos veteranos como vascones, pero no lo hay en lo que se refiere a las motivaciones de la re-fundación. Por un lado, algunos autores consideran que los vascones establecieron relaciones clientelares con Pompeyo, y a causa de ello fueron recompensados y patrocinados por su fidelidad a la facción senatorial. En este sentido, sostienen que Pompeyo fue el principal promotor de que la *ciuitas* se consolidara como el núcleo principal de la comunidad vascona.⁵⁴ Por otro lado, otros expertos consideran que lejos de ser una recompensa fue un símbolo del dominio romano hacia el territorio vascón, similar a la fundación pompeyana de *Soloi-Pompeipolis* en Cilicia tras vencer a los piratas de la región,⁵⁵ o bien las mismas *Gracchuris* y *Valeria*, fundadas ambas

⁵² Διὸ καὶ τὸν Κλώδιον ἠδέως ἐδέχοντο καὶ φιλοστρατιώτην προσηγόρευον, ἀγανακτεῖν προσποιούμενον ὑπὲρ αὐτῶν, εἰ πέρας οὐδὲν ἔσται πολέμων τοσοῦτων καὶ πόνων, ἀλλὰ παντὶ μὲν ἔθνη μαχόμενοι, πᾶσαν δὲ γῆν πλανώμενοι κατατρίψουσι τὸν βίον, οὐδὲν ἄξιον ἐκ τηλικαύτης φερόμενοι στρατείας, ἀλλὰ τὰς Λευκόλλου παραπέμποντες ἀμάξας καὶ καμλους ἐκπωμάτων χρυσῶν καὶ διαλίθων γεμούσας, οἱ δὲ Πομπηίου στρατιῶται δῆμος ὄντες ἤδη που μετὰ γυναικῶν καὶ τέκνων κάθηται, γῆν εὐδαίμονα καὶ πόλεις ἔχοντες, οὐ Μιθριδάτην καὶ Τιγράνην εἰς τὰς ἀοικήτους ἐμβαλόντες ἐρπημίας οὐδὲ τὴν Ἀσίαν τὰ βασιλεία καταρρίψαντες, ἀλλὰ φυγάσιν ἀνθρώποις ἐν Ἰβηρίᾳ καὶ δραπέταις ἐν Ἰταλίᾳ πολεμήσαντες. Τί οὖν, εἰ δὲ μὴδέποτε παύσασθαι στρατευομένους, οὐκ οὐκ τοιοῦτῳ στρατηγῷ καὶ σώματα τὰ λοιπὰ καὶ ψυχὰς φυλάσσομεν, ᾧ κάλλιστος εἶναι δοκεῖ κόσμος ὁ τῶν στρατευομένων πλοῦτος (Plut. *Luc.* XXXIV.4-5.).

⁵³ Cic. *Att.* I.18.6; D.C. *Hist.* XXXVIII.5.1; Plut. *Pomp.* XLVIII.5. Sobre la *lex Plotia agraria*, cfr. Emilio GABBA: "Lex Plotia Agraria", *PP*, 5/1 (1950), pp. 66-68; Bruce A. MARSHALL: "The Lex Plotia Agraria", *Antichthon*, 6 (1972), pp. 43-53; R. E. SMITH: "The lex Plotia Agraria and Pompey's Spanish Veterans", *CQ*, 7/1-2 (1957), pp. 82-85.

⁵⁴ Luis AMELA VALVERDE: "Las ciudades fundadas...", p. 13. Guillermo Fatás cree que fue tan grande el agradecimiento hacia Pompeyo que los mismo vascones le dedicaron su nombre. Guillermo FATÁS: "Los vascones y...", pp. 385, 393.

⁵⁵ La huella de Pompeyo en Oriente se fundamenta en la remodelación de la ciudad de *Soloi* en 67 a.C., que pasó a denominarse *Soloi-Pompeipolis*. Tres años más tarde, fundó en Paflagonia una nueva ciudad que también adoptó su nombre con motivo de la creación de la provincia del Ponto y Bitinia (Str. XII.3.4). Francisco PINA POLO: "Los vascones, Pompeyo...", p. 143.

después de obtener la victoria sobre los celtiberos.⁵⁶ Por este motivo, se desprende la posibilidad de que Pompeyo actuase contra unos vascones, o parte de ellos, que lucharon a favor de Sertorio. En esta línea se cuestiona si el desplazamiento del ejército con motivo de la búsqueda de suministros de trigo, como se observa en un pasaje de Salustio,⁵⁷ equivale categóricamente a una alianza entre Roma y el pueblo indígena y no a una simple obtención forzosa por parte de las tropas.⁵⁸

Finalmente conviene comentar un último episodio bélico, enmarcado en una de las guerras civiles que asolaron el imperio romano durante los años finales de la República. Se trata de la Batalla de Munda, del 45 a.C.,⁵⁹ que enfrentó a las tropas de César contra las fuerzas de Cneo Pompeyo hijo. Según un pasaje de Dión Casio se desprende cómo César concedió la ciudadanía a unos pocos de los que tomaron parte en la contienda a su favor, juntamente con otras recompensas de carácter fiscal.⁶⁰

Según el *Bellum Hispaniense*, César contaba para la batalla de Munda con ocho legiones, a las que se sumarían las tropas auxiliares de infantería y caballería —ocho mil jinetes, de las cuales la mayor parte no eran hispanas.⁶¹ Por tanto, nos amparamos en la duda acerca de la

⁵⁶ *Gracchuris* (Alfaro) fue fundada en torno el 179 a.C. por T. Sempronio Graco; *Valeria* (en la actual provincia de Cuenca), datada entre los años 93-83 a.C., probablemente debe su nombre a G. Valerio Flaco, gobernador del Hispania Citerior. Francisco PINA POLO: “Los vascones, Pompeyo...”, p. 144.

⁵⁷ Sal. *Hist.* II.93.

⁵⁸ Francisco PINA POLO: “Los vascones, Pompeyo...”, p. 143.

⁵⁹ Sobre la batalla de Munda vid. entre otros Giovanni PASCUCCI: *Bellum Hispaniense. Introduzione, testo critico e commento*, Florencia, Le Monnier, 1965; José Manuel ROLDÁN HERVÁS: “El elemento indígena en las guerras civiles en Hispania: aspectos sociales”, *Hispania antiqua*, 2 (1972), pp. 77-123; *Idem*: “La guerra civil entre César y Pompeyo (49-31 a.C.)”, en *Historia de España Antigua, II. Hispania romana*, Cátedra, Madrid, 1978, pp. 155-173; *Idem*: “El ejército de César”, en *Julio César y Corduba: tiempo y espacio en la campaña de Munda (49-45 a.C.)*, Córdoba, UCO, 2005, pp. 265-281; Ramón CORZO SÁNCHEZ: “Munda y las vías de comunicación en el *Bellum Hispaniense*”, *Habis*, 4 (1973), pp. 241-252; Manuel Ángel FERREIRO LÓPEZ y Vicente DURÁN RECIO: “Acerca del lugar donde se dio la batalla de Munda”, *Habis*, 15 (1984), pp. 229-236; Manuel Ángel FERREIRO LÓPEZ: “Acerca del emplazamiento de la antigua ciudad de Cárucra”, *Habis*, 17 (1984), pp. 265-270; José CASTRO SÁNCHEZ: *La guerra de Hispania*, Madrid, Ediciones Clásicas, 1992; Luis AMELA VALVERDE: “Cneo Pompeyo hijo en Hispania antes de la batalla de Munda”, *ETF(hist)*, 13 (2000), pp. 357-390; *Idem*: *Las clientelas de Cneo Pompeyo Magno en Hispania*, Barcelona, UB, 2002; Sabino PEREA YÉBENES: “La batalla de Munda, César, y el primer viaje de Octaviano a Hispania, según el testimonio de Nicolás de Damasco”, *Gerión*, 23 (2005), pp. 7-18; Cristóbal GONZÁLEZ ROMÁN: “Prosopografía del *Bellum Hispaniense*”, en *Julio César y Corduba: tiempo y espacio en la campaña de Munda (49-45 a.C.)*, Córdoba, UCO, 2005, pp. 283-311; Enrique MELCHOR GIL: “Entre Corduba y Munda: la campaña militar del 45 a.C. y su desarrollo en la Campaña de Córdoba”, en *Julio César y Corduba: tiempo y espacio en la campaña de Munda (49-45 a.C.)*, Córdoba, UCO, 2005, pp. 363-381; Manuel Ángel FERREIRO LÓPEZ: “Munda”, en *Julio César y Corduba: tiempo y espacio en la campaña de Munda (49-45 a.C.)*, Córdoba, UCO, 2005, pp. 383-298.

⁶⁰ Καὶ μετὰ τοῦτο καὶ τὴν Μοῦνδαν καὶ τὰ ἄλλα, τὰ μὲν ἀκούσια σὺν πολλῷ φόνῳ, τὰ δὲ καὶ ἐθελούσια παρέλαβε καὶ ἡργυρολόγησεν, ὥστε μὴδὲ τῶν τοῦ Ἡρακλέους ἀναθημάτων τῶν ἐν τοῖς Γαδείροις ἀνακειμένων φείσασθαι, χώρας τὲ τινῶν ἀπετέμετο, καὶ ἑτέροις τὸν φόρον προσεπηύξησε. Ταῦτα μὲν τοὺς ἀντιπολεμήσαντάς οἱ ἔδρασε, τοῖς δὲ εὐνοϊάν τινα αὐτοῦ σχοῦσιν ἔδωκε μὲν καὶ χωρία καὶ ἀτέλειαν, πολιτεῖαν τὲ τισι, καὶ ἄλλοις ἀποίκους τῶν Ῥωμαίων νομίζεσθαι, οὐ μὴν καὶ προῖκα αὐτὰ ἐχαρίσατο. (D.C. XLII.39.4-5).

⁶¹ *Bell. Hisp.* 30.1; 10.1-3.

naturaleza de los personajes citados por Dión Casio. Por otra parte, debe subrayarse el carácter compensatorio hacia sus partidarios, en contraste con la eliminación total del adversario.⁶² Como bien se desprende de las obras literarias del momento —el mismo *Comentarii de Bello Civili* de César—, se estaba frente a una contienda que ya no entendía de *optimates* ni *populares*, ni tan solo de defender las instituciones republicanas. Se luchaba en una auténtica guerra fratricida en la que se disputaban las *dignitates* de cada uno de los contendientes.⁶³ Es por este motivo que la consolidación de una clientela fiel a su persona, que podía obtenerse mediante la concesión de la ciudadanía romana, era por entonces crucial, como lo estaba siendo desde los tiempos de Mario. Justamente, la brutalidad que se desató en el conflicto tiene una estrecha relación con este aspecto.⁶⁴

Conclusiones

Como se ha expuesto, la extensión de la ciudadanía romana en el marco que comprende los años de la República debe entenderse como una práctica singular, pues así lo demuestran los diferentes casos conocidos en los territorios provinciales, más aún en el período tardo-republicano.⁶⁵ En este sentido, la obtención de la ciudadanía *uirtutis causa* fue una de las recompensas más prestigiosas que ofreció Roma y, por ello, es lógico que la utilizara regularmente para cimentar y/o estimular las lealtades provinciales. Una circunstancia comprensible si tenemos presente el progresivo protagonismo unipersonal de líderes militares durante la última centuria a.C., que hicieron de la gratificación del privilegio ciudadano uno de los impactos sociales más representativos que derivan del hecho bélico.

Además, se puede observar un criterio social en el reclutamiento, sobre todo con los jinetes que conformaron la *Turma Salluitana*, poseedores de un caballo. De este modo, debido a que la concesión de la ciudadanía romana los integró y los promocionó en la escala social de sus comunidades, supusieron un mecanismo útil de control que velara por el buen funcionamiento de la adaptación progresiva de las estructuras romanas.⁶⁶ Más aun, el servicio militar en territo-

⁶² Sobre las repercusiones de la batalla de Munda vid. Luis AMELA VALVERDE: *Las clientelas de Cneo Pompeyo Magno en Hispania*, Barcelona, UB, 2002.

⁶³ Caes. BC. I.38.3. José Manuel ROLDÁN HERVÁS: “El elemento indígena...”, pp. 97-98; Ayelet PEER: *Julius Caesar's Bellum Civile and the Composition of a New Reality*, Farnham, Ashgate, 2015, pp. 41-46, 50-51.

⁶⁴ J. HARMAND: “César et l'Espagne durant le second bellum civile”, *Legio VII Gemina* (León), pp. 181-203.

⁶⁵ Vid. por ejemplo, el exhaustivo análisis de A. Raggi sobre el paradigmático caso de Seleuco de Rosos, que obtuvo la ciudadanía romana en el 42 a.C. Andrea RAGGI: *Seleuco di Rhosos: cittadinanza e privilegio nell'Oriente greco in età tardo-repubblicana*, Pisa, Giardini, 2006.

⁶⁶ José Manuel ROLDÁN HERVÁS: *Hispania y el ejército romano: contribución a la historia social de la España antigua*, Salamanca, Gráficas Europa, 1974, p. 291; Luis AMELA VALVERDE: “El desarrollo de la clientela pompeyana en Hispania”, *SHHA*, 7 (1989), p. 108; *Idem*: “La Turma Salluitana...”, p. 82; Oriol OLESTI: “Urbanització, integració i gestió del territori al nord-est de la Península Ibérica en època republicana (s. II-I a.C.)”, en VV.AA, *Time of changes. In the beginning of the Romanization. Studies on the rural world in Roman Period*, Girona, UdG, 2010, p. 39.

rio itálico fomentó la impregnación de un *modus vivendi* romano, a pesar de no ser el principal motivo de la transformación.⁶⁷ De esta forma parece que la población local jugó un papel determinante en la romanización de los territorios provinciales, lejos de ser llevada a cabo simplemente por agentes itálicos. No en vano, la difusión de la ciudadanía constituyó una herramienta política más al servicio de Roma. Efectivamente, el deseo expansionista comportó una romanización inevitable que en el siglo I a.C. exteriorizó las incongruencias del arraigado e inalterable principio de desarrollo desigual con el que la República había desarrollado su política imperialista. De este modo, junto con la voluntad lucrativa del *ordo* ecuestre de exportar los beneficios a la periferia, el proteccionismo privilegiado de Roma perdió por completo su sentido como sistema. En consonancia, la creación de clientelas alrededor de una persona que potenciaba sus capacidades de actuación mediante los vínculos se que derivaban de la concesión de la ciudadanía romana es un síntoma de las contradicciones de una República que tocaba a su fin.

Por otra parte, sería interesante plantearse hasta qué punto dichas concesiones ciudadanas decantaban el discurrir y el resultado de las contiendas comentadas. No podemos afirmar que las gratificaciones sirviesen como mecanismo de adhesión a uno u otro bando político-militar —pensamos por ejemplo en las Guerras Sertorianas o en el conflicto entre César y los hijos de Pompeyo. A pesar de ello es conocido cómo las diferentes concesiones que se llevaron a cabo a lo largo del período tardo-republicano fueron monopolizadas por unos pocos promotores. Mediante una perspectiva comparativa con los diferentes territorios provinciales se observaría que tanto Metelo Pío, César y, sobre todo, Pompeyo Magno promovieron la concesión de la ciudadanía a lo largo del dominio romano.⁶⁸ Por lo tanto, deberíamos suponer que, si bien no se explicita, sería conocida la posible condecoración para las élites locales que mantuvieran vínculos personales con los líderes militares romanos en el marco de un conflicto bélico. Una muestra de ello es el pasaje ya comentado de la vida de Lúculo, de Plutarco, en el que era notoria la posesión de la ciudadanía romana por parte de los soldados de Pompeyo. O también el mismo *Pro Balbo* de Cicerón, que justamente normalizaba dicha extensión de la ciudadanía. En este sentido, son reveladoras las palabras del orador cuando estandariza las concesiones mediante el listado de los personajes que ya habían ejercido la política de concesión, a saber: Cayo Mario, Publio y Marco Licinio Craso, L. Cornelio Sila y los mismos Metelo Pío y Pompeyo.⁶⁹

⁶⁷ José Manuel ROLDÁN HERVÁS: *Hispania y el...*, p. 291; *Idem*: “El elemento indígena...”, pp. 78-123. Así lo entiende también J. Prag en sus estudios sobre la Sicilia romana, que lo define como un mecanismo de interacción cultural. Cfr. Jonathan R. W. PRAG: “*Auxilia* and *Gymnasia*: A Sicilian Model of Roman Imperialism”, *JRS*, 97 (2007), p. 70.

⁶⁸ En efecto, Pompeyo siguió la estela de su padre, Cneo Pompeyo Estrabón, promotor de la ya analizada *Turma Salluitana*. Además, con motivo de la batalla de *Asculum*, probablemente Pompeyo Estrabón constituyera vínculos con los picenos (Vel. Pat. II.29.1-2) —la ciudad de *Asculum* se encuentra en el Piceno— y concedió el *ius Latii* a los habitantes de la Galia Cisalpina mediante la aplicación de la *lex Pompeia de Transpadanis* (89 a.C.) (Ascon. III). En esta línea, otorgó la ciudadanía romana al gallo *P. Caesius*, de Ravena (Cic. *Balb.* XXII.15).

⁶⁹ *Hic tu Cn. Pompei beneficium uel potius iudicium et factum infirmare conaris, qui fecit quod C. Marium fecisse audierat, fecit quod P. Crassum, quod L. Sullam, quod Q. Metellum, quod M. Crassum, quod denique domesticum auctorem patrem uum facere uiderat?* (Cic. *Balb.* 50-51)

Asimismo, retomando el *Bellum Hispaniense*, observamos cómo ante la situación de desesperación provocada por los acontecimientos que rodearon la batalla de Munda, los hijos de Pompeyo contaron con nueve legiones reclutadas *ex fugitiuis auxiliaribusque* de las trece que componían el total.⁷⁰ A pesar de que el talante cesariano de la fuente podría haber exagerado los hechos para desprestigiar a las tropas enemigas —es indicativo el posesivo *nostri* de la fuente—, de ser cierto su contenido estaríamos ante una situación excepcional que no respetaría el marco jurídico que permitía únicamente a ciudadanos romanos engrosar las filas legionarias.⁷¹ Un planteamiento que ha llevado a algunos autores a afirmar que dichos *auxilia* obtendrían la ciudadanía romana en el momento en que fuesen enrolados en las legiones para sortear, o bien respetar, los términos jurídicos. Al conocer esto, algunos provinciales podrían haberse visto atraídos por dichas gratificaciones, lo que explicaría el escaso número de auxiliares reclutados en contraste con las unidades legionarias.⁷²

⁷⁰ (...) *reliquae ex fugitiuis auxiliaribusque consistebant. Nam de leui armatura et equitatu longe et uirtute et numero nostri erant superiores* (*Bell. Hisp.* 7.5). En el marco de la toma de *Corduba*, la misma fuente nos indica lo siguiente: *Erant hic legiones, quae ex perfugis conscriptae, partim oppidanorum serui, qui erant a Pompeio Sexto manumissi* (*Bell. Hisp.* 34.1)

⁷¹ José Manuel ROLDÁN HERVÁS: “El elemento indígena...”, p. 114.

⁷² Luis AMELA VALVERDE: “Cneo Pompeyo hijo...”, p. 380.

Estudios

La sacralización de la guerra en la Antigüedad Tardía: la batalla de Carcasona (589) y los otros 300

The sacralization of war in Late Antiquity: the battle of Carcassonne (589) and the other 300

José Ángel Castillo Lozano
Universidad de Murcia, España
joseangel.castillo1@um.es

Resumen: En este estudio nos proponemos abordar un pensamiento clave dentro del imaginario colectivo de la Antigüedad Tardía: el juicio de Dios como categoría histórica asociada a un esquema pecado-castigo y cómo esta idea afecta a la cosmovisión visigoda de la guerra, puesto que produce la intervención divina que dirime el resultado final de la contienda, lo que en consecuencia genera un proceso de sacralización de la guerra.

Pretendemos conseguir el objetivo anteriormente expuesto a través del estudio de los pasajes que aparecen en las fuentes literarias visigodas y francas de la batalla de Carcasona. De este modo, demostraremos el pensamiento latente de la época y el esquema mental que subyace en sus historiadores, puesto que la batalla será tomada como un castigo para unos (francos) por sus malas acciones y una victoria otorgada por la divinidad para otros (visigodos) por sus buenas acciones. De igual modo, para el desarrollo de la batalla los historiadores visigodos se valdrán de esquemas bíblicos para potenciar la idea de la intervención divina y para afianzar el concepto de *militia christi* en contraposición a la *militia diaboli*. También, al analizar cada uno de los bandos en la contienda aprovecharemos para estudiar el esquema que confronta al rey ungido frente al tirano pérfido, aspecto de capital importancia para entender la concepción del poder en el reino visigodo de Toledo. Del mismo modo, demostraremos cómo la rebelión que precipita este enfrentamiento, no es de naturaleza religiosa, que es como la ha interpretado la historiografía tradicional, sino que su auténtica naturaleza es política y se enmarca dentro del enfrentamiento común entre nobleza y monarquía que se daba en el seno del reino toledano.

Gracias a este análisis obtendremos información acerca de las categorías de poder y su concepción en estos reinos, así como también del pensamiento historiológico de estas fuentes primarias, al mismo tiempo que trazamos conclusiones sobre la concepción de la guerra y su sacralización en la Antigüedad Tardía, donde el lenguaje civil y político se carga de tintes bíblicos.

Palabras claves: Carcasona, juicio de Dios, sacralización de la guerra, intervención divina, tiranos

Abstract: In this study we propose to address a key thought within the collective imaginary of Late Antiquity: the judgment of God as a historical category associated with a sin-punishment scheme and how this idea affects the Visigothic worldview of war, since it produces the intervention divine that derives the final result of the fight what, consequently, generates a process of sacralization of the war.

We intend to achieve the aforementioned objective of this work through the study of the passages that appear in the Visigothic and frank literary sources of the Battle of Carcassonne in order to demonstrate the latent thought of the time and the mental scheme that underlies the historians of this epoch, since the battle will be taken as a punishment for some (frances) for their bad deeds and a victory granted by the deity for others (Visigoths) for their good deeds. Similarly, for the development of the battle, Visigothic historians will use biblical schemes to enhance the idea of divine intervention and to strengthen the concept of militia christi as opposed to militia diaboli. Also, when analyzing the well-known sides in the contest, we will take advantage to study the scheme that confronts the anointed king against the perfidious tyrant, aspect of capital importance to understand the conception of power in the Visigothic kingdom of Toledo. In the same way, we will demonstrate how the rebellion that precipitates this confrontation is not of a religious nature as traditional historiography has taken it, but its authentic nature is political and is framed within the common confrontation between nobility and monarchy that took place within the Toledo kingdom.

Thanks to this analysis, we will obtain information about the categories of power and their conception in these kingdoms and the histological thinking of these primary sources, as well as draw conclusions about the conception of war and its sacralization in Late Antiquity where the civil language and politician is loaded with biblical dyes.

Keywords: Carcasona, judgment of God, sacralization of war, divine intervention, tyrants

Para citar este artículo: José Ángel CASTILLO LOZANO: “La sacralización de la guerra en la Antigüedad Tardía: la batalla de Carcasona (589) y los otros 300”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 7, N° 14 (2018), pp. 94-114.

Recibido: 30/10/2017

Aprobado: 27/03/2018

La sacralización de la guerra en la Antigüedad Tardía: la batalla de Carcasona (589) y los otros 300

José Ángel Castillo Lozano
Universidad de Murcia, España
joseangel.castillo1@um.es

Introducción

Este artículo viene motivado por la convicción de que el estudio de la batalla de Carcasona nos permite comprender mejor la concepción del poder y el mundo de las creencias en el periodo conocido como Antigüedad Tardía. Por un lado, gracias al estudio de las fuentes literarias donde aparece la batalla objeto de nuestro análisis podemos analizar esas complejas y enrevesadas relaciones diplomáticas existentes entre el reino visigodo de Toledo y las distintas cortes francas. Es más, creemos que incluso el término “relaciones diplomáticas” es erróneo, por lo que proponemos usar el concepto de *pactos de familia*. Es decir, estamos hablando de acuerdos entre estirpes y grupos aristocráticos que buscan su propio interés, lo cual descarta esa noción moderna de estado. Por esta razón, neurálgica a lo largo de estas páginas, se ha considerado más apropiado el uso de este concepto extraído de la metodología antropológica. Por otro lado, gracias al análisis de esta batalla es posible escudriñar en la naturaleza de las fuentes literarias que nos transmiten su existencia. De esta manera, se puede hacer patente la presencia de un pensamiento clave dentro del imaginario de la Antigüedad Tardía, y que tendrá una importancia capital en épocas posteriores. Dicho pensamiento es el juicio de Dios como categoría histórica que va asociado a un esquema pecado-castigo.¹ Estas bases intelectuales de las que venimos hablando generarán un esquema según el cual Dios será el eje articulador de todas y cada una de las acciones del hombre. Con esto nos queremos referir a que el resultado de una batalla (como es nuestro caso) estará influenciado por su decisión, el fin de un reino estará atado a su voluntad, el fracaso de una rebelión será por su intervención, etc. En definitiva, Dios será juez responsable del desarrollo de la historia en mayúsculas y, a su vez, sacralizará todas las esferas civiles y políticas del mundo visigodo, incluyendo la guerra. Al respecto contamos con antecedentes acontecidos en el Bajo imperio, donde la intervención divina modificó a ojos de los contemporáneos el resultado de una contienda, por ejemplo la bata-

¹ Santo MAZZARINO: *El fin del mundo antiguo*, México, Uteha, pp. 51-73 y Eustaquio SÁNCHEZ SALOR: “El providencialismo en la historiografía cristiano-visigótica de España”, *Anuario de estudios filológicos*, vol. 5 (1982), pp. 179-192.

lla del Puente Milvio² o la batalla del río Frígido.³ Estos dos temas son los que vamos a estudiar aprovechando el suceso de la batalla de Carcasona que nos relatan las siguientes fuentes literarias: Gregorio de Tours,⁴ Juan de Biclara,⁵ Isidoro de Sevilla⁶ y la *Vida de los Santos Padres Emeritenses*^(VPEa partir de ahora).⁷

Antecedentes: los pactos de familia entre los reinos francos y el reino visigodo en época de Recaredo

Tras suceder dinásticamente a su padre Leovigildo en el trono godo y convertirse en rey de los visigodos, Recaredo puso en marcha una serie de medidas entre las que se encontraba la adopción de la segunda esposa de su padre (Gosvinta) como su madrastra. Este acto de adopción nos muestra a un Recaredo que se erige como un fiel continuador de la política de su padre, ya que la adopción de la esposa de su padre le permitía neutralizar a una opositora a su reinado y a sus descendientes afincados en la corte de Austrasia,⁸ evitando de esta manera los ataques merovingios⁹ a la zona de la Narbonense,¹⁰ una de las provincias más dinámicas del reino toledano¹¹. Es posible que

² Florencio HUBEŇAK: “La construcción del mito de Constantino a partir de Eusebio de Cesaréa”, *Polis*, 23 (2011), pp. 61-88.

³ Peter T. CRAWFORD: “The battle of Frigidus River”, *The Ancient World*, 43 (2012), pp. 33-52 y Antti LAMPINEN: “A helping hand from the divine. Notes on the triumphalist iconography of the Theodosian dynasti”, *Acta Byzantina Fennica*, 4 (2016).

⁴ Se ha usado la siguiente versión, Bruno KRUSCH: *Gregorii Episcopi Turonensis Historiarum Libri X*, Hannover, Monumenta germaniae historica, Scriptorum rerum merovingicarum (1, pars. 1, fasc. 1-fasc. 2), 1983.

⁵ Se han usado las siguientes ediciones de esta fuente: Theodor MOMMSEN: *Ioannes Biclaresis, Chronica*, Monumenta germaniae historica, Aa, XI, Berlin, 1961=1894; Julio CAMPOS: *Juan de Biclara, obispo de Gerona. Su vida y su obra*, Madrid, CSIC, 1960; Pablo ÁLVAREZ RUBIANO: “La crónica de Juan Biclarense. Versión castellana y notas para su estudio”, *Analecta Sacra Tarraconensia*, 16 (1970), pp. 7-44; Carmen CARDELLE DE HARTMANN y Roger COLLINS: *Victoris Tunnunensis Chronicon cum reliquiis ex Consularibus Caesaraugustanis et Iohannis Biclaresis Chronicon*, Brepols, Turnhout, 2001 (CC SL 173A) y Francisco María FERNÁNDEZ JIMÉNEZ: “El “Chronicon” de Juan de Biclara. La crónica del rey Leovigildo y del III Concilio de Toledo. Estudio y traducción”, *Toletana*, 16 (2007), pp. 29-66.

⁶ Se ha empleado la siguiente edición: Cristóbal RODRÍGUEZ ALONSO: *Las historias de los godos, vándalos y suevos de Isidoro de Sevilla. Estudio, edición crítica y traducción*, León, Centro de Estudios e investigación “San Isidoro”. Archivo histórico diocesano, 1975.

⁷ Se han seguido las siguientes ediciones: Joseph N. GARVIN: *The Vitas sanctorum patrum Emeretensium*. Washington, The Catholic University Press, 1946; Antonio MAYA: *Vitas sanctorum patrum Emeretensium. Corpus Christianorum CXVI*, Brepols, Turnhout, 1992; Isabel VELÁZQUEZ SORIANO: *Vida de los Santos Padres de Mérida. Introducción, traducción y notas*, Madrid, Ed. Trotta, 2008 y Andrew T. FEAR: *Lives of the Visigothic Fathers*, Liverpool, University Press, 2011, pp. 45- 105, que en nuestra opinión comete un grave error al asignar dicha obra a Paulo Diácono.

⁸ Rodrigo C. FURTADO: “Poder, diplomacia e religio...”, p. 219.

⁹ Amancio ISLA FREZ: “Las relaciones entre el reino visigodo y los reyes merovingios a finales del siglo VI”, *En la España Medieval*, 13 (1990), p. 28.

¹⁰ Greg. Tur., *Hist. Franc.*, IX, 1.

¹¹ La cuál ha sido objeto de estudio por parte de Michel ROUCHE: *L'Aquitaine des Wisigoths aux Arabes, 418-781. Naissance d'une région*, Paris, Ed. de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales et éditions Jean Touzot, 1979.

en algún momento se abriera la puerta a contraer matrimonio con ella, sin embargo la avanzada edad¹² que debía tener Gosvinta en este tiempo, así como las disposiciones legales que prohibían matrimonios entre consanguíneos,¹³ impidieron la celebración de unas nupcias entre ambos. Es decir, a Recaredo se le hubiese cerrado esa puerta al ser Gosvinta la esposa de su padre y su madrastra, por ello recurrió a la inteligente decisión política de adoptarla como madre para atraerse a su grupo de poder sin necesidad de contraer nupcias con ella.

Parece ser que esta adopción sí surtió efecto, de modo que los legados visigodos fueron acogidos en Austrasia. De esta manera, y una vez que se resolvió la cuestión de la venganza obligatoria (*faida*) por la muerte de Ingunda (hija de Brunequilda, nieta de Gosvinta y esposa de Hermenegildo que perdió la vida tras la derrota de su marido frente a Leovigildo) mediante el juramento exculpatorio que realizó Recaredo y el pago de la *Wergeld*, el precio del crimen,¹⁴ se trataron de fortalecer las buenas relaciones con el reino de Austrasia a través de un matrimonio entre Recaredo y Clodosinda, hermana del rey austrasiano e hija menor de Brunequilda, donde parece que se aprecia la influencia de Gosvinta.¹⁵ Si bien es cierto que el matrimonio no llegó a celebrarse sí parece que hubo algún pacto de no agresión concretado entre estas dos ramas familiares. Así pues, nos encontramos ante un pacto de familia acordado entre ambas estirpes, algo que fomentaba el propio organigrama interno que regía el reino visigodo de Toledo, al estar basado este en el equilibrio de distintos grupos nobiliarios que se disputan el poder.¹⁶ Volviendo al tema concerniente a las relaciones entre estos reinos, es sabido que las acciones emprendidas por el rey Recaredo permitieron que las tropas austrasianas no intervinieran en la ofensiva de Guntram de Borgoña contra la Septimania goda, y es que las relaciones diplomáticas con el rey burgundio fueron muy distintas en comparación con las mantenidas con el reino austrasiano.

A pesar del intento de acercar posiciones por parte de Recaredo, Guntram siempre albergó el deseo de anexionarse la Septimania goda¹⁷ pese a los continuos y reiterados fracasos y

¹² Yolanda GODOY: *Gosvinta. La Regina dei Visigoti (525 c. a-589)*, Milán, Jaca Book, 2004, p. 89.

¹³ María Rosario AYERBE IRÍAR (1985): "La mujer y su proyección familiar en la sociedad visigoda a través de los concilios", en *Las mujeres medievales y su ámbito jurídico. Actas de las II Jornadas de Integración Interdisciplinar*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 1983, p. 15 y 19.

¹⁴ Michel ROUCHE: "Brunehaut romaine ou wisigothe", *Antigüedad y cristianismo*, 3 (1986), p. 107; Luis, A. GARCÍA MORENO: "La coyuntura política del III Concilio de Toledo. Una historia larga y tortuosa", en *III Concilio de Toledo. XIV Centenario 589-1989*, Toledo, Arzobispado Toledo y Caja Toledo, 1991, pp. 281-282; Janet L. NELSON: "A propos des femmes royales...", p. 473 y María Rosario VALVERDE CASTRO: "Mujeres «viriles» en la *Hispania* visigoda..." p. 29.

¹⁵ Yolanda GODOY: *Gosvinta...*, p. 98.

¹⁶ Al respecto es muy interesante la reflexión sobre la descentralización del poder visigodo ilustrada en Abilio BARBERO DE AGUILERA: *La sociedad visigoda y su entorno histórico*, Madrid, Siglo XXI España, 1992, pp. 219-223 y en Luis A. GARCÍA MORENO: *El fin del reino visigodo de Toledo*, Madrid, Publicaciones del Departamento de Historia Antigua y Medieval. Serie: Antiqua et Medievalia, p. 140.

¹⁷ Bernard S. BACHRACH: "The imperial Roots of Merovingian Military Organisation", en Anne N. JORGENSEN y Bithe L. CLAUSEN (eds.), *Military Aspects of Scandinavian Society in a European Perspective, AD 1-1300*, Copenhague, pp. 25-31 y Luis, A. GARCÍA MORENO: *Historia de España Visigoda*, Madrid, Cátedra, 2008, p. 139.

derrotas que había cosechado en Nimes y en la misma Carcasona a manos del entonces príncipe Recaredo.¹⁸ Estas victorias fueron muy beneficiosas para Recaredo a la hora de exaltar su figura entre los magnates del reino, siempre con la vista puesta en la futura sucesión al trono, puesto que debemos recordar que en el caso visigodo esta tenía lugar mediante la elección, con independencia del intento de Leovigildo y de otros monarcas por crear una dinastía. Estos hechos prueban que la alianza con los reinos francos no funcionaba de forma idónea para el monarca visigodo, puesto que Guntram, uno de sus principales enemigos, apenas estaba vinculada a la misma.¹⁹ Durante el año 587, el duque Desiderio, uno de los hombres fuertes del monarca Guntram, junto al *comes* Austrovaldo, llevó a cabo una campaña contra Carcasona que si bien tuvo un éxito inicial terminó en un notorio fracaso.²⁰ La independencia fáctica del rey de Borgoña respecto a la corte de Metz y sus acuerdos con el reino visigodo de Toledo fue predicha por el mismísimo Gregorio de Tours, quien llegó a acusar a este rey de recibir con cierto agrado las embajadas de la “asesina” Fredegunda,²¹ ejecutora de Galsvinta, hermana de Brunequilda y, por tanto, enemiga del reino austrasiano y del clan aristocrático de Gosvinta.

Por otro lado, tras su conversión al catolicismo Recaredo tuvo que afrontar numerosas rebeliones de naturaleza arriana. Este hecho pudo tener que ver con la existencia de movimientos tradicionalistas defensores del antiguo credo oficial del reino o vieron peligrar con esta sus posiciones de privilegio dentro del organigrama interno que articulaba el reino y la monarquía visigoda. Así pues, estaríamos ante rebeliones de carácter político, social y económico cuyo objetivo sería proteger sus privilegios e impedir que otros grupos obtuvieran más poder a costa de ellos. En cualquier caso, en esta tesitura Recaredo tuvo que enfrentarse a numerosos alzamientos nobiliarios encabezados por tiranos que ponían en franco riesgo la estabilidad interna del *regnum Gothorum*. Una de estas rebeliones estalló en la Narbonense, provincia muy dinámica dentro del reino,²² como lo demuestra el hecho de que esta región fuera el centro donde estalló la revuelta del *tyrannus* Paulo contra el rey Wamba ya en el s. VII. Esto demuestra en cierta medida que la Narbonense entraría dentro de una periferia respecto a la corte toledana, lo que permitiría a una serie de poderes secundarios tener una autonomía, un poder y el suficiente apoyo en todas las capas de la sociedad²³ como para rebelarse contra el poder legítimo encarnado en estos momentos por el rey Recaredo. Como es lógico, esto iría en perjuicio de una monarquía goda que en este momento se haya inmersa en un proceso de fortalecimiento de su poder, de ahí que Recaredo tuviera que hacer frente a una serie de revueltas a la hora de convertirse al

¹⁸ Greg. Tur., *HF* VIII, 28 y 30; J. Bicl., *Chron.*, a. 585, 4. Juan de Biclario no menciona exactamente las ciudades de Carcasona y Nimes, aunque por comparación con el pasaje de Gregorio de Tours, sabemos que los dos grandes castros a los que se refiere el Biclarense fueron esas dos plazas a las que hacemos referencia.

¹⁹ Amancio ISLA FREZ: “Las relaciones entre el reino visigodo y los reyes merovingios...”, p. 30.

²⁰ J. Bicl., *Chron.*, a. 587, 5 y Greg. Tur., *HF*, VIII, 45.

²¹ Greg. Tur., *HF*, IX, 20.

²² Michel ROUCHE: *L'Aquitaine des Wisigoths aux Arabes, 418-781. Naissance d'une région*, París, École des hautes études en sciences sociales, 1979.

²³ Hans-Joachim DIESNER: “Bandas de criminales, bandidos y usurpadores en la España visigoda”, *Hispania Antiqua*, 8 (1978), pp. 129-142.

catolicismo, ya que esto suponía un cambio en las alianzas y la ruptura del frágil equilibrio mantenido entre las distintas facciones nobiliarias. Por ello, creemos que a pesar de que en estos movimientos secesionistas el papel de la religión fue importante lo verdaderamente más significativo, y con lo cual matizamos los planteamientos de la historiografía tradicional,²⁴ es tener en cuenta que estas rebeliones se dieron por conflictos puramente políticos entre los distintos grupos aristocráticos que aspiraban a tener más privilegios o simplemente a mantenerlos frente a la amenaza de una monarquía cada vez más centralista.²⁵ En consonancia con la anterior tesis, debemos ser conscientes y no olvidar que las fuentes de poder de la monarquía y de la nobleza eran las mismas.²⁶ Esto explicaría el continuo enfrentamiento interno que siempre se mantuvo en el reino toledano, ya que el monarca se encontraba de forma permanente en una situación política delicada al no estar por encima de la nobleza, ello a pesar de fórmulas ideológicas como la unción regia. Al contrario pues, el rey visigodo era un *primus inter pares* cuyo poder venía del grupo nobiliario que le apoyaba, por lo que la pérdida de dicho apoyo o el hecho de que el grupo de nobles rival fuese más poderoso ponía en peligro la estabilidad del reino visigodo.²⁷

El alzamiento al que hacemos referencia en este estudio estuvo encabezado por el obispo arriano Athaloco²⁸ y los *comes* Granista²⁹ y Wildigernus.³⁰ De esta forma, es posible saber que el obispo Athaloco se alzó contra el rey legítimo y que contó con el apoyo de los nobles Granista y Wildigernus, lo cuales podrían haber sido esos laicos que eligiera el obispo toledano para que portaran el poder político y civil de la zona una vez que su revuelta hubiese triunfado en detrimento de Recaredo. En consecuencia, este obispo de la Narbonense actuó como una espe-

²⁴ José ORLANDIS ROVIRA: "Problemas canónicos en torno a la conversión de los visigodos al catolicismo", *Anuario de Historia del Derecho Español*, 32 (1962), pp. 312-313; J. Ignacio ALONSO CAMPOS: "Sunna, Masona y Nepopis. Las luchas religiosas durante la dinastía de Leovigildo", *Antigüedad y Cristianismo*, 3 (1986), pp. 153-154; Edward Arthur THOMPSON: *Los godos en España*, Madrid, Alianza Editorial, 2007, pp. 121-123 y Pedro Juan Galán Sánchez, Pedro Juan GALÁN SÁNCHEZ: *El género historiográfico de la "Chronica": las crónicas hispanas de época visigoda*, Cáceres, Universidad de Extremadura, 1994, p. 169.

²⁵ Luis A. GARCÍA MORENO: *Historia de España...*, pp. 114-115; Dionisio PÉREZ SÁNCHEZ: "Sociedad y relaciones de dependencia en la Lusitania tardorromana y visigoda", *Studia Historica, Historia Antigua*, 10 (1992), p. 316; Jamie WOOD: "Social relations in the Visigothic Kingdom from the fifth to the seventh century: the example of Merida", *The Visigoths from the Migration Period to the Seventh Century. An Ethnographic perspective*, Paul Heather (Ed.), Woodbridge, Boydell Press, 1999, pp. 199-200; Catherine NAVARRO CORDERO: "El giro recarediano y sus implicaciones políticas: el catolicismo como signo de identidad del reino visigodo de Toledo", *Ilu. Revista de ciencias de las religiones*, 5 (2000), pp. 114-115; María Rosario VALVERDE CASTRO: *Ideología, simbolismo y ejercicio del poder real en la monarquía visigoda...*, p. 169 y p. 262 y José Miguel DE TORO VIAL: "Causa y sentido de las rebeliones nobiliarias ocurridas durante el reinado de Recaredo", *Tiempo y Espacio*, 11-12 (2001-2002), pp. 64-66 y 76.

²⁶ María Rosario VALVERDE CASTRO: *Ideología, simbolismo y ejercicio del poder real en la monarquía visigoda...*, pp. 254-255.

²⁷ Miguel PINO ABAD: "El papel de los concilios visigodos en la defensa de los intereses nobiliarios frente al rey", *Hispania Sacra*, 137 (2016), p. 121.

²⁸ Luis A. GARCÍA MORENO: *Prosopografía del reino visigodo de Toledo*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1974, pp. 223-224.

²⁹ *Ibidem*, p. 52.

³⁰ *Ibidem*, p. 84.

cie de *kingmaker*, es decir, él ostentaría el poder de facto y la influencia en la sucesión real, pero sin ser un candidato viable al trono por su condición de obispo. Esta situación no resulta nada extraña en el mundo visigodo,³¹ como intentamos reflejar en la siguiente tabla con algunos ejemplos, aunque haya casos donde la importancia del obispo y del candidato laico en la rebelión varía en su importancia:

Obispo	Candidato laico (tirano/ <i>tyrannus</i>)
¿Leandro? (obispo católico)	Hermenegildo
Sunna/Siuma (obispo arriano)	Segga
Athaloco (obispo arriano)	Granista y Wildigernus
Uldida (obispo arriano)	Gosvinta
Argebardo (obispo católico)	Paulo
Sisberto (obispo católico)	¿Suniefredo?

Estos rebeldes y tiranos pidieron ayuda al enemigo exterior por antonomasia de la monarquía toledana en estos momentos: Guntram.³² Ante tal tesitura, Recaredo envió a su hombre de confianza, Claudio, un experimentado militar que ya había sofocado una rebelión de naturaleza similar en Mérida encabezada por el obispo arriano Sunna y Segga. El hecho de que pidieran ayuda al exterior ya es motivo por sí solo para tildar a estos personajes como *tyrannus* y potenciales enemigos de la estabilidad del reino, del pueblo visigodo, del rey y del propio Dios, como veremos a continuación. Como tantas veces antes en la historia visigoda, un grupo nobiliario godo ponía en peligro la estabilidad del reino para ver saciados sus fines particulares y su deseo de obtener más poder.³³

Continuando la narración, se tiene constancia de que el rey Guntram aprovechó la rebelión nobiliaria de este grupo aristócrata godo y se lanzó a intentar conquistar y anexionar este territorio en torno a Carcasona, la llave para penetrar y asentar su poder en la provincia goda allende los Pirineos. En definitiva, podemos observar cómo se produjo una alianza entre un grupo católico con otro arriano, de ahí que creamos que la naturaleza de esta rebelión “arriana” frente a la conversión de Recaredo tuvo su razón de ser en el pánico a que el monarca crease

³¹ Céline MARTIN: *La géographie du pouvoir dans l'Espagne visigothique*, Paris, Septentrion, pp. 196-197.

³² Greg. Tur., *HF*, IX, 15.

³³ Biagio SAITTA: “Un momento di disgregazione nel regno visigoto di Spagna: la rivolta di Ermenegildo”, *Quaderni Catanesi di Studi Classici e Medievali*, 1 (1979), p. 84 lo menciona para el caso de Ermenegildo, que resulta ser muy similar al que mencionamos, puesto que ambos no dudarán en poner por delante de los del propio reino sus propios intereses al pedir ayuda militar al exterior. También María Rosario VALVERDE CASTRO: *Ideología, simbolismo y ejercicio del poder real...*, p. 133.

una nobleza nueva que les arrebatara sus privilegios más que en una defensa exaltada de su fe arriana.

Los protagonistas del conflicto: el *dux* Claudio frente a los enemigos de los godos o la virtud frente a la traición y la ineptitud

a) *El bando visigodo: Claudio, un dechado de virtudes*

Claudio³⁴ fue un noble de fuertes creencias católicas y cabeza de una familia hispano-romana³⁵ que, además, sobresalía por sus formidables cualidades militares.³⁶ Este personaje adquirió un gran poder bajo el reinado de Recaredo, una herencia del reinado de Leovigildo, fue clave en la política exterior de ambos monarcas, así como en la consolidación de la monarquía católica, tal y como atestiguan las fuentes escritas. Este *Lusitaniae dux*³⁷ habría sido un miembro de la otrora aristocracia senatorial,³⁸ que basaba su poder en la posesión y explotación de grandes latifundios. Tal y como señala Dionisio Pérez Sánchez en uno de sus artículos,³⁹ se puede establecer una conexión entre este personaje de la nobleza visigoda, que desempeña funciones públicas a partir de su patrimonio, y el precedente del s. V referido a los familiares de la casa teodosiana. En definitiva, se trataba de un poderoso personaje cuyo cargo estaría por encima de los *comites* de la ciudad, algo que se pone de manifiesto en el hecho de que Witerico, un poderoso noble de Mérida que llegaría a ser rey de los visigodos, se sitúa detrás de él en la casa de Masona atendiendo a razones de tipo jerárquico,⁴⁰ si bien Orlandis opina que esto se debe a que Witerico era el pupilo del propio Claudio.⁴¹ En todas las fuentes literarias en las que se le menciona es descrito con un tono respetuoso, y lo hacen partiendo de un modelo de noble católico ideal que es un compendio de virtudes en el arte de la guerra, lo cual lo convierte en *dux vir egregii* (*egregii viri Claudii ducis*).⁴² Esto se observa de manera muy ilustrativa en una carta que le envía en tono muy halagador el papa Gregorio Magno.⁴³

³⁴ Luis A. GARCÍA MORENO: *Prosopografía del reino...*, pp. 41-43.

³⁵ Karl Friedrich STROHEKER: "Spanische Senatoren der spätrömischen und westgotischen Zeit". *Madrider Mitteilungen* 4 (1963), p. 81; José ORLANDIS ROVIRA: "Los romanos en el ejército visigodo", en *Homenaje Justo Pérez de Urbel*. Burgos, Studia Silensia, 1976, p. 129 y José ORLANDIS ROVIRA: *Semblanzas...*, p. 80.

³⁶ José ORLANDIS ROVIRA: *Semblanzas...*, p. 79-80. Las *VPE* también son de ayuda para retratar a este personaje (*VPE*, V, X, 7).

³⁷ J. Bicl., *Chron.*, a. 589, 2. Solo se especifica en esta fuente dicho título, mientras que el resto de autores no nos proporcionan datos a este respecto.

³⁸ Karl Friedrich STROHEKER: "Spanische Senatoren...", p. 81.

³⁹ Dionisio PÉREZ SÁNCHEZ: "Defensa y territorio en la sociedad peninsular hispana durante la antigüedad tardía (ss. V-VII)". *Studia Historica. Historia Antigua* 16 (1998), p. 297.

⁴⁰ Dionisio PÉREZ SÁNCHEZ: *El ejército en la sociedad visigoda*, Salamanca, Servicio de Publicaciones Universidad de Salamanca, 1989, p. 119.

⁴¹ José ORLANDIS ROVIRA: *Semblanzas...*, p. 82.

⁴² *VPE*, V, X, 10.

⁴³ Greg. Mag., *Epist.* IX, 230.

Su importancia se pone de relieve en un episodio anterior, cuando se descubre la trama que pretendía asesinar al obispo católico Masona. Sin embargo, parece ser que este intento de usurpación alcanzaría una amplitud mayor, siendo su verdadero objetivo deponer a Recaredo de la dignidad regia, lo que nos estaría indicando el fuerte carácter local de las *VPE*,⁴⁴ ligadas con mucha probabilidad a algún grupo de poder de la ciudad donde Claudio podría ser la cabeza visible, de ahí que documente también la batalla de Carcasona. No en vano, Juan de Biclario⁴⁵ aporta información al respecto, hecho que conduce a pensar que el objetivo no sería la sede metropolitana de Mérida, sino el trono de Toledo. Ante esta tesitura, el *dux* Claudio acude a casa del religioso con la idea de socorrerle. Para esta acción llevará consigo una *ingens multitudo*,⁴⁶ compuesta por los mismos dependientes de sus tierras que le acompañaban en las expediciones militares públicas,⁴⁷ un auténtico ejército privado ligado a su persona. Esta *ingens multitudo* no se menciona en su expedición contra los francos, pero no sería de extrañar que la llevara consigo cuando estos pretenden invadir la Narbonense aprovechando el levantamiento de un buen número de nobles visigodos arrianos de este territorio.

Como incidíamos con anterioridad, debido a la sublevación de varios nobles en la Septimania goda Guntram se aprovechó de la situación valiéndose de una petición de ayuda de los rebeldes para legitimar el envío de un fuerte contingente armado cuyo objetivo real era anexionar esta zona tan ansiada por sus ventajas geopolíticas. Para detener al duque franco Bosso, puesto a la cabeza de esta campaña por el rey Guntram, el rey toledano envía a Claudio, algo que consiguió, como vamos a ver a continuación. Todo esto pone de manifiesto la gran importancia que adquirió el personaje durante estos años.

b) Los enemigos de los godos: tiranos, traidores y militares incompetentes

Según las fuentes de la época, por un lado tenemos a Claudio, encarnación de la lealtad a su rey y del hombre versado en el arte de la guerra. Sin embargo, y de forma totalmente intencionada, en el otro bando se nos muestra una amalgama de individuos que van desde los traidores contra el *felicit* gobierno de Recaredo hasta los condes enviados por Guntram con unas condiciones y habilidades cuanto menos cuestionables. Pasando a analizar a los rebeldes godos, que fueron primera causa de este conflicto, nos encontramos que sus líderes son el obispo arriano Athaloco y los *comes* Granista y Wildigernus. Estos personajes se alzaron como usurpadores/tiranos con el fin de arrebatarse el dominio de esta zona al poder legal. De hecho, la figura del usurpador tiene una gran importancia dentro de la tradición literaria visigoda, ya que para crear el estereotipo del monarca ideal este necesita de su contrario como modo de fortalecer y

⁴⁴ Roger COLLINS: "Merida and Toledo: 550-585", *Visigothic Spain: New Approaches*, Edward James, Oxford University Press Oxford, 1980, pp. 189-219.

⁴⁵ J. Bicl., *Chron.*, a. 588, 1.

⁴⁶ *VPE*, V, X, 8.

⁴⁷ Dionisio PÉREZ SÁNCHEZ: "El ejército y el pueblo visigodo desde su instalación en el Imperio hasta el reino visigodo de Tolosa", *Studia Historica, Historia Antigua*, 2 (1984), p. 250 y 252.

exaltar sus virtudes. De la comparación entre ambas categorías de poder se deduce la existencia de un esquema normalizado en el procedimiento a seguir con los tiranos derrotados y una concepción del rebelde en lo ideológico paralela e inseparable del monarca legítimo al amparo de los modelos bíblicos.

A su vez, estas sediciones de terrenos periféricos del reino toledano nos demuestra un claro problema estructural de la monarquía toledana, porque por una parte se nos presenta un ente político que anhela ser un poder centralizador y que está inmerso en un proceso de fortalecimiento de su poder. Así se pone de manifiesto en el intento de crear una dinastía estable por parte de Leovigildo con su hijo Recaredo (y posteriormente de este con su sucesor Liuva II). Sin embargo, por otra parte contamos con una nobleza que ansía ser más autónoma, poniendo sobre la mesa el clásico entre enfrentamiento centro y periferia. En otras palabras, y repitiendo la tesis que venimos exponiendo a lo largo de este trabajo, creemos que este conato de rebelión ha de entenderse en el contexto en el que se produce: la lucha de contrapoderes del reino toledano que aspiran a tener mayor autonomía, la lucha entre el poder central y los poderes secundarios que han ido germinando desde el inicio del reinado de Recaredo⁴⁸, así como la propia debilidad interna del reino de Toledo. Además, tenemos constancia de que esta nobleza ya se ha convertido en una terrateniente, y que tiene el suficiente poder económico, social y militar como para alzarse contra el rey. Por otro lado, nos encontramos con un monarca que ante este hecho verá fiscalizado su poder y su libertad de acción ante el miedo y el peligro de posibles levantamientos de estos grupos nobiliarios al ejercer la totalidad de su poder.⁴⁹ De la misma forma incide King en este aspecto, siendo sus palabras exactas las siguientes:

[...] el poder y la avidez de más poder de los mayores (incluidos los eclesiásticos) fue la constante realidad política con que, a pesar de su condición teocrática, tuvieron siempre que contar los reyes y el escollo contra el que naufragaría tristemente una política que tan sólo se basó en la supremacía teórica de la realeza.⁵⁰

En este caso, nos encontramos ante la erosión del poder central en favor de poderes secundarios que van aumentando en poder y autonomía al tiempo.

Por lo demás, los rebeldes siempre suelen aparecer dibujados con características muy peyorativas, de manera que los conflictivos frente al poder real presentan a este como encarnación de la legalidad frente a los tiranos, que serían la más clara representación de la ilegalidad desde el mismo momento en que rompen el juramento de fidelidad que debían acatar con la entrada del nuevo rey. La ruptura de dicho juramento relacionado con la *fides* atenta contra el rey, el reino y Dios, ya que dicho juramento donde aparece el nombre de la divinidad ha de

⁴⁸ María Rosario VALVERDE CASTRO: *Ideología, simbolismo y ejercicio del poder real en la monarquía visigoda...*, p. 255.

⁴⁹ T. GONZÁLEZ: *La política en los Concilios de Toledo*, Roma, 1977, p. 226.

⁵⁰ P. David KING: *Derecho y sociedad en el reino visigodo*, Madrid, Alianza Editorial, 1981, p. 70.

interpretarse en este caso como una ordalía anticipada.⁵¹ Por este motivo, dentro del esquema historiográfico de las fuentes literarias que manejamos, el incumplimiento de este juramento comporta incurrir en pecado al ir en contra Dios y, por ello, al crimen terrenal se le añadía uno aún peor si cabe, debido a que se incurría en un crimen contra la divinidad, en un atentado contra la religión. A los ojos del Dios cristiano dicha falta sería la causa de su intervención y juicio, que a la larga comportaría un castigo ejecutado por la deidad de manera directa o indirecta. Dentro de este esquema historiográfico del juicio de Dios como categoría histórica, la ruptura de un juramento no tenía parangón ni justificación alguna, de ahí que este se pusiera del lado de la justicia y permitiera a Recaredo obtener un rotundo triunfo contra estos rebeldes que se alzaron incitados por el propio demonio.⁵² Aquí podemos comprobar como al *rex* ungido⁵³ se le contraponen el tirano demonizado, de ahí que no estemos de acuerdo con esa supuesta no sacralización de las categorías de poder del *regnum Gothorum* de las que habla Ariel Guance, más concretamente cuando dice que los tiranos no están “demonizados”.⁵⁴

El bando opuesto a Claudio y Recaredo también contaba con la ayuda prestada por Guntram, que envió al *dux* Bosson con un poderoso contingente para aprovechar la situación y hacerse con el control de esta zona. El hecho de que un monarca católico ayudara a arrianos nos hace ver un pragmatismo político que se eleva sobre la propia mentalidad imperante de la época. Sin embargo, a su vez, se podría interpretar dicha ayuda como la acción de un monarca ambicioso y dominado por sus ansias de poder, por lo que no duda en ayudar a herejes arrianos, algo que lo deja en muy mal lugar en las fuentes literarias católicas de la época, y más aún al compararlo con Recaredo. Sin embargo, vale la pena decir que este tipo de situaciones son una constante en la historia político-militar de este momento, por ejemplo la alianza entre un Heremengildo católico y una Gosvinta arriana, o incluso de otras épocas, como la alianza francesa con el Imperio otomano en el siglo XVI para frenar la hegemonía castellano-aragonesa en el Mediterráneo occidental. Así pues, la visión tan negativa que se ofrece de Guntram abarcará hasta en los escritos de Gregorio de Tours, una fuente puesta por lo demás al servicio de la historia de los reinos francos y muy negativa en lo referido al mundo godo, a los que representa como auténticos bárbaros y como sus enemigos naturales. Además, los generales de este monarca no dejarán de ser un blanco fácil para la inteligencia y el buen hacer de Claudio, como se muestra en las fuentes literarias que dejan constancia de este acontecimiento.

⁵¹ Javier ALVARADO PLANAS: “Ordalías y derecho en la España visigoda”, *III Congreso de Estudios Medievales. De la Antigüedad al Medioevo. Siglos IV-VIII*, Ávila, Fundación Sánchez Albornoz, 1993, p. 487.

⁵² *VPEV*, XII, 1.

⁵³ El rey visigodo está sancionado por Dios y es el ungido de éste si bien es cierto que no sabemos con exactitud si en esta época el ritual de la unción real ya estaba en funcionamiento aunque no faltan las voces que inciden en que ya Recaredo fue ungido al convertirse al catolicismo para poder legitimar su poder y su gobierno como el primer monarca católico de *Spania*. José ORLANDIS ROVIRA: “El rey visigodo católico”, *III Congreso de Estudios Medievales. De la Antigüedad al Medioevo. Siglos IV-VIII*, Ávila, Fundación Sánchez Albornoz, 1993, p. 58 y Claudio SÁNCHEZ ALBORNÓZ: “La *ordinatio principis* en la España goda y postvisigoda”, *Cuadernos de Historia de España*, 35 (1962), pp. 14-16.

⁵⁴ Ariel GUIANCE: “*Rex perditionis*. La caracterización de la tiranía en la España visigoda”, *Cuadernos de Historia de España*, 77 (2001-2002), pp. 35-37.

En definitiva, nos encontramos con un esquema totalmente estereotipado donde un enemigo incompetente se enfrenta al paradigma del gran guerrero y el general querido por todos. El objetivo es claro: utilizando este esquema literario se pretende fortalecer las cualidades de Claudio en particular y las de Recaredo en general frente a un enemigo que se acusa de salvaje, irrespetuoso con la religión y, en resumen, adalid de la barbarie, más aún teniendo en cuenta que no solo ambos se enfrentan contra tiranos destructores de leyes guiados por el demonios, sino también contra extranjeros enemigos naturales del reino visigodo.⁵⁵

El juicio de Dios como categoría histórica: un gran ejército de francos contra los 300 godos de Claudio

Las fuentes hispanas ponen de relieve con gran satisfacción la supuesta desproporción desmedida que existía entre los ejércitos conformados por los rebeldes godos y los francos encabezados por Bosson frente a los godos liderados por Claudio. La cifra de los enemigos de Recaredo ascendía a casi sesenta mil armas, según Juan de Biclara⁵⁶ e Isidoro de Sevilla.⁵⁷ Por el contrario, el ejército visigodo era muy menor, siendo 300 la cifra que nos transmite Juan de Biclara: *nam Claudius dux vix cum CCC viris*.⁵⁸ Las cifras son exageradas, aunque conviene analizar lo que hay detrás de ellas, ya que la de 300 es un “préstamo bíblico” que el Biclarense toma del Libro de los Jueces, como el mismo reconoce en el pasaje. De hecho, es un indicio del carácter simbólico⁵⁹ que tiene para el cronista godo la exigua cifra, dotando a la batalla de un barniz veterotestamentario y permitiendo de esta forma la equiparación del pueblo godo con el pueblo de Israel del Antiguo Testamento. De esta manera, Juan de Biclara crea una base intelectual que mostraba la del *dux* Claudio como una victoria auspiciada por la divinidad, puesto que esta había intervenido en el campo de batalla influenciada por la reciente conversión de Recaredo.⁶⁰ Y es que, el número de 300 convoca un recuso literario común en la literatura cristiana, sobre todo en virtud de su alusión a una verdadera *militia Christi*, al tiempo que se proyectan sobre Jesús calificativos propios de un jefe militar.⁶¹ Es así como se produce una sacralización de la guerra en el momento en que se hace referencia a un caudillo bíblico, Gedeón, que es la figura de un Cristo militar que guía siempre a la victoria a sus soldados cristianos. Del mismo modo, en este pasaje observamos la utilidad que tiene la Biblia como un espejo de príncipes, al reflejar a Claudio y a Recaredo en este caudillo bíblico.

⁵⁵ Federico- Mario BELTRÁN TORREIRA: “El concepto de barbarie en la Hispania visigoda”, *Antigüedad y Cristianismo*, 3 (1986), pp. 56-58.

⁵⁶ J. Bicl., *Chron.*, a. 589, 2.

⁵⁷ S. Is., *HG.*, 54.

⁵⁸ J. Bicl., *Chron.*, a. 589, 2.

⁵⁹ José ORLANDIS ROVIRA: *Semblanzas...*, p. 87.

⁶⁰ Alexander Pierre BRONISCH: *Reconquista y Guerra Santa. La concepción de la guerra en la España cristiana desde los visigodos hasta comienzos del siglo XII*, Granada, Biblioteca de Humanidades/Chronica nova de estudios históricos, 2006, p. 79.

⁶¹ Eric PETERSON: *Tratados Teológicos*, Madrid, Cristiandad D. L., 1966, p. 63-69.

Ahondando más en el significado de este número, observamos que se trata de la imagen de la cruz, ya que en la numeración griega trescientos se escribe con una *tau*, lo que indica la utilización de un símbolo común de la patrística y es alusión a la santísima trinidad. Los enemigos de Gedeón, identificados en este pasaje con los francos, son una imagen del diablo y la muerte, a quien Cristo y los cristianos deben enfrentarse para alcanzar el reino de los cielos. Es más, en los escritos patrísticos la imagen del demonio se asocia con aquellos que ostentan el poder de una forma ilegal, como también pasa aquí si tenemos en cuenta que el conflicto armado estalla por una sedición de nobles locales contra el gobierno del monarca católico Recaredo. En consecuencia, hay un desarrollo tanto de la *militia Christi* como de la *militia diaboli*,⁶² todo ello en un doble juego tan característico de las fuentes literarias de la Antigüedad Tardía donde el juicio de Dios como categoría histórica está tan presente. Debido a la propia naturaleza de la fuente, dicho esquema está más presente en la *Vida de los Santos Padres Emeritenses*, puesto que se implanta un esquema donde los enemigos de los godos son incitados por el diablo,⁶³ mientras que a las fuerzas de Recaredo y de Claudio las dirige el mismo brazo de Dios,⁶⁴ que permitirá una larga y duradera paz tras esta batalla con las huestes del diablo.⁶⁵ Además, durante las celebraciones religiosas que tuvieron lugar en Mérida tras la victoria se cantó un himno que cita el cántico de agradecimiento de Moisés tras el hundimiento de los egipcios en las aguas del mar y alaba a Dios como el auténtico vencedor de los enemigos del cristianismo,⁶⁶ en lo que parece ser algún tipo de cortejo triunfal del rey con motivo de su victoria o de su regreso.⁶⁷ Esto desembocará en una clara alusión del carácter histórico que tiene el juicio de Dios basado en el esquema pecado-castigo tan común en esta época.

En lo referido a los detalles de la estrategia y el desarrollo de la batalla, las fuentes visigodas no nos ofrecen detalles muy precisos de este acontecimiento, es más, incluso en las *VPE* se llega a confundir esta batalla con sus precedentes y parece que agrupa todas en una única gran rebelión⁶⁸ que arrasó la provincia y provocó grandes pérdidas, incluyendo la persecución de cristianos en una imagen que en cierta medida nos recuerda mucho a un panorama apocalíptico. Esto justificaría la acción de Dios en los acontecimientos terrenales, puesto que lo que importa en las fuentes literarias visigodas es desarrollar el esquema al que hemos hecho alusión, siendo su fin elevar a Recaredo como el ungido de Dios y al pueblo visigodo como la herramienta elegida por la divinidad para conseguir sus propósitos.

⁶² José Antonio MOLINA GÓMEZ: *La exégesis como instrumento de creación cultural. El testimonio de las obras de Gregorio de Elbira*, Murcia, Antigüedad y cristianismo: monografías históricas sobre la Antigüedad Tardía, 2000, pp. 177-179.

⁶³ *VPEV*, XII, 1

⁶⁴ *VPEV*, XII, 5

⁶⁵ *VPEV*, XII, 8

⁶⁶ Alexander Pierre BRONISCH: *Reconquista y Guerra Santa...*, p. 89.

⁶⁷ *Ibidem*, p. 115 y María Rosario VALVERDE CASTRO: *Los viajes de los reyes visigodos de Toledo (531-711)*, Madrid, Ediciones Laergastula, 2017, p. 69.

⁶⁸ Isabel VELÁZQUEZ SORIANO: *Vida de los Santos Padres de Mérida...*, pp. 121-122, n. 52.

Esto nos deja en la tesitura de que la única fuente que nos proporciona datos al respecto del enfrentamiento propiamente dicho es la *Historiae Francorum* de Gregorio de Tours, en cuyo relato⁶⁹ nos revela la destreza del líder hispano-godo en el arte de la guerra. De este modo, el obispo franco nos relata que las tropas de Claudio consiguieron abrir dos frentes en una rápida maniobra, desatando el caos estratégico entre las tropas enemigas, atrapándolas entre el yunque y el martillo y provocando de esta manera que Bosson no pudiera reaccionar en el campo de batalla. Esto llevó a la desintegración del otrora poderoso ejército de Guntram y a su huida en desbandada hacia su reino, cayendo en gran número durante esta retirada forzosa. De hecho, la arqueología revela que la mayor parte de los caídos en combate tienen heridas en la espalda, lo cual demuestra que efectivamente el mayor número de muertes se produce en las desbandadas y roturas de las formaciones. Es curioso cómo el turonense otorga el mérito de la batalla a un aspecto mundano relacionado con el mérito de Claudio y la incompetencia de Bossón, mientras que las fuentes visigodas relacionan esta victoria con la participación activa de Dios en la refriega. Esto adquiere lógica cuando comprendemos la naturaleza hostil del obispo de Tours hacia el mundo visigodo, ya que si admitiera la idea de una intervención divina favorable hacia los visigodos, como hacen el autor anónimo de las *VPE*, Juan de Biclario e Isidoro de Sevilla, debería admitir que el pueblo elegido por la providencia era el visigodo, algo que dentro de su pensamiento y su concepción de la historia era imposible. Es por eso que el intelectual franco alude a la incompetencia del general franco y exponga la intervención divina como un castigo hacia las malas acciones de Guntram.

El resultado final de la batalla fue apabullante, por ello no nos ha de extrañar la apasionada reacción de San Isidoro, que llega a vanagloriarse de que jamás en Hispania se dio mayor y semejante victoria como esta:

*Nulla unquam in Spaniis Gothorum uictoria uel maior uel similis extitit. Prostrati sunt enim et capti multa milia hostium; residua exercitus pars praeter spem in fugam uersa Gothi post tergum insequentibus usque in regni sui finibus caesa est*⁷⁰ [...]

En este mismo pasaje se aprecia el enorme número de bajas que sufrieron los enemigos de los godos, ya que San Isidoro incide en los miles de cuerpos que quedaron tendidos en el campo de batalla, así como el gran número de prisioneros que se tomaron. De esto también se hace eco el Biclarense aunque este no nos indique la existencia de cautivos.⁷¹ A través de los escritos de Gregorio de Tours sabemos que se alcanzaron aproximadamente los 5.000 muertos y fueron 2.000 los francos apresados: *Caecideruntque ibi quasi quinque milia virorum, captivi autem amplius quam duo milia habierunt; multi tamen ab his laxati, redierunt in patiram*.⁷²

⁶⁹ Greg. Tur., *HF*, IX, 31.

⁷⁰ S. Is., *HG.*, 54.

⁷¹ J. Bicl., *Chron.*, a. 589, 2.

⁷² Greg. Tur., *HF*, IX, 31.

Así pues, esta increíble victoria se habría conseguido por la intervención divina, aparte de por las cualidades militares del caudillo godo. Por ello, los historiadores y cronistas visigodos no dudarán en que la victoria de Claudio llegará por auxilio de la fe (*fidei suscepto auxilio*⁷³), puesto que no es difícil a Dios otorgar la victoria (*non est difficile deo nostro, si in paucis, una in multis detur victoria*⁷⁴) e intervenir en el resultado de un enfrentamiento en su propia época (*non inmerito deus laudatur temporibus nostris in hoc proelio esse operatus*⁷⁵). Todo esto se observa de igual manera en las *VPE*, cuyo anónimo autor nos habla de la extraordinaria venganza de Dios⁷⁶ y de cómo su mano derecha quebró y destruyó a los enemigos de la fe.⁷⁷ Por añadidura, existe una carta de Isidoro espetándole a Claudio que su triunfo no viene dado sino por la gracia de Dios.⁷⁸ Esto nos hace partícipes del pensamiento y lógica que hay tras estas fuentes, donde la divinidad fue presentada como sujeto activo en la victoria goda sobre los contingentes enemigos. En conclusión, del estudio y análisis se desprende que nos hallamos frente a un pensamiento historiológico donde el juicio de Dios actuará como agente y categoría histórica, es decir, el desenlace de los sucesos vendrá predispuesto por la voluntad divina, bajo su atenta y virtuosa guía.⁷⁹ Como se apuntó al principio de este apartado nos encontramos ante un proceso de sacralización de la guerra donde se impone un esquema pecado-castigo que subyace a los juicios de Dios, algo que venimos considerando y que podríamos tratar como el origen de toda la mentalidad y la antropología cultural de la Edad Media e, incluso, de épocas posteriores. De hecho, a partir de este momento los principios exegéticos del Antiguo testamento que hemos comentado se entremezclarán en la vida terrenal de los europeos, hasta el punto que siempre se relacionarán todos los aspectos de la vida con la religión, al menos hasta la época de la Ilustración. Además, en el ámbito que nos ocupa, el de la sacralización de la guerra, sabemos bien que todos estos esquemas se irán adoptando y aplicando a lo largo del tiempo. Baste como ejemplo la concepción de la guerra que poseen los primeros núcleos cristianos del norte peninsular, adoptada directamente de estas obras literarias visigodas, tal y como pone de manifiesto de forma brillante A. P. Bronisch.⁸⁰ Siendo incluso más escrupulosos, es posible advertir grandes

⁷³ S. Is., *HG.*, 54.

⁷⁴ J. Bicl., *Chron.*, a. 589, 2.

⁷⁵ *Ibidem.*

⁷⁶ *VPEV*, XII, 5

⁷⁷ *VPEV*, XII, 7

⁷⁸ Siguiendo a Alexander Pierre BRONISCH: *Reconquista y guerra santa...*, p. 83, n. 22 nos encontramos con S. Is., *Letters*, n.º 6, p. 34: *Deus triumphalibus trophaeis armorum strenuitate prostratis inimicis te fecit victoriosum.*

⁷⁹ Santo MAZARINO, *El fin...* p. 311.

⁸⁰ Alexander Pierre BRONISCH: *Reconquista y guerra santa...*, pp. 319-375 y Alexander Pierre BRONISCH: "Cosmovisión e ideología de guerra en época visigoda y asturiana", en Juan Ignacio RUIZ DE LA PEÑA SOLAR y Jorge CAMINO MAYOR (eds.), *La Carisa y la Mesa. Causas políticas y militares del origen del Reino de Asturias*, Oviedo, Asociación de Amigos de la Carisa, pp. 212-233. Al respecto es también muy interesante un trabajo del mismo autor para dilucidar sobre el buen uso de los conceptos que estamos viendo, porque no es lo mismo emplear el concepto de sacralización de la guerra que el de guerra santa, aspecto por el cual a nuestro juicio muchos historiadores dicen que no hay ni guerra santa ni sacralización de la guerra en los primeros reinos cristianos, ya que se confunden y agrupan estos dos

similitudes entre la representación batalla de Carcasona, objeto del presente estudio, y la conocida batalla de Covadonga, sobre todo por el empleo del número 300 que, como apuntamos con anterioridad, es un recurso bastante común en la literatura patrística, así como por la intervención directa de la divinidad para recompensar a unos y castigar a otros.

La naturaleza de las fuentes literarias a la luz de los acontecimientos narrados

a) La naturaleza de los pasajes de las fuentes visigodas: *El triunfo del unguido por Dios*

Una de las funciones fundamentales de la Providencia en el ámbito de la cultura y la política estriba en elegir a un pueblo determinado como instrumento de su propia intervención en la historia del mundo: primero eligió al pueblo judío, después este lugar le corresponderá a Roma, y tras la caída del Imperio esta posición pasará a otros pueblos, como por ejemplo el visigodo.⁸¹ Esta Providencia se mostrará de una forma concreta: a través de las acciones humanas y de los desenlaces de determinados acontecimientos. Si se trata de un suceso beneficioso para el pueblo, será un regalo divino, mientras que si por el contrario tiene una dimensión negativa (pestes, hambrunas, derrotas militares, etc.) será un castigo de Dios por los pecados de la sociedad o del gobernante de turno.

Esta concepción empapará el imaginario de todos los grandes intelectuales visigodos. Por ello, las tres fuentes que documentan este acontecimiento beberán de este pensamiento y harán de los godos ese instrumento escogido por Dios para llevar a la práctica sus planes en el mundo. De esta manera, en el *Chronicon* de Juan de Biclario, la *Historiae Gothorum* de Isidoro de Sevilla y las *Vitae Sanctorum Patrum Emeritensium* (autoría anónima) tomarán al reino visigodo como el instrumento elegido por la Providencia y, a la vez, como el heredero natural del Imperio romano, al ocupar su anterior lugar privilegiado, dotando a su reino de un respaldo legítimo. Todo esto va articulado en torno a un discurso oficial que se articula desde las élites, de ahí que la historiografía visigoda siempre se posicionara del lado de los gobernantes,⁸² salvo pequeñas excepciones como Valerio de Bierzo. Por dicho motivo, todas las élites intelectuales del reino se pusieron al servicio de la monarquía para elaborar un discurso legitimador cuyo objetivo final sería mejorar y mantener una estabilidad interna adecuada en un reino siempre sumido en lo que los cronistas foráneos denominaron la enfermedad goda/*morbis gothorum*,⁸³

conceptos en uno solo, cuando en realidad son diferentes. Alexander Pierre BRONISCH: “La (sacralización de la) guerra en las fuentes de los siglos X y XI y el concepto de guerra santa”, en Carlos DE AYALA MARTÍNEZ, Patrick Henriet y J. Santiago PALACIOS ONTALVA (eds.), *Orígenes y desarrollo de la guerra santa en la Península Ibérica. Palabras e imágenes para una legitimación (siglos X-XIV)*, Casa de Velázquez, Madrid, 2016, pp. 7-29. En concreto, en la p. 12 llega a decir: «la cosmovisión de los dirigentes del nuevo reino es esencialmente la misma que la del reino de Toledo».

⁸¹ Eustaquio SÁNCHEZ SALOR: “El providencialismo...”, p. 181

⁸² Jocelin N. HILLGARTH: “Historiography in Visigothic Spain”, *Studi Medievali. Settimane di studio del centro italiano di Studi sull'Alto Medioevo*, XVII, 10-16 aprile 1969, Spoleto, 1970, pp. 299-302.

⁸³ *Chron. Fredeg.* IV, 82.

algo que creemos haber explicado al comentar como la base de poder del monarca se basaba en las alianzas realizadas con distintos grupos nobiliarios. Esto también explicaría el alineamiento de la Iglesia católica con la monarquía, puesto que esta institución también se comportaría como un grupo de poder más debido al proceso de “mundanización” o politización en el que se encontraba desde por lo menos el s. IV.⁸⁴ Sin embargo, no siempre se puso del lado de la monarquía, de ahí que nos topemos con encontronazos entre distintos obispos con sus reyes cuyas causas responderían a las mismas que los conflictos consabidos entre el monarca y la nobleza. Así nos encontramos ejemplos como el del obispo Masona, apartado de su silla episcopal por parte de Leovigildo en un suceso que siempre se creyó que fue un enfrentamiento típico entre católicos y arriano. Sin embargo, paradójicamente se obvió el hecho de que el monarca enviara un obispo arriano de nombre Sunna en sustitución de Masona, pero también otro católico (Nepopis). Hemos puesto este ejemplo para demostrar cómo los obispos visigodos bebían de las mismas fuentes de poder que los nobles y se comportaban exactamente igual.

En el caso que nos ocupa, esta providencia actuará otorgando una decisiva y titánica victoria a las tropas de Claudio sobre los enemigos de los visigodos, que para más *inzi*, además de extranjeros, eran traidores que buscaban suplantar la autoridad del rey ungido, Recaredo. En consecuencia, al analizar los hechos acontecidos en una rebelión arriana coaligada con los enemigos exteriores por antonomasia, estos historiadores y cronistas visigodos siempre nos relatarán un final dramático en forma de duro castigo al ser juzgados los rebeldes no solo por la justicia terrenal, sino también por la divina.⁸⁵ Tal será este caso donde la pista de los enemigos se pierde, salvo Athaloco que perecerá por muerte natural⁸⁶. Al mismo tiempo, esto marca una sacralización de la guerra, como explicamos con anterioridad.

En definitiva, vemos cómo se aplica un pensamiento historiológico capital para entender la concepción del poder que se tenía en la época visigoda y que se adoptaría de igual modo en la Europa medieval. Además, observamos cómo dentro de esta idea la figura del tirano será duramente castigada habida cuenta de que sería juzgada por la divinidad por la ruptura de un juramento de fidelidad hacia su rey, incurriendo de este modo en una ordalía, si partimos de la creencia de que un juramento es una ordalía anticipada, como se mencionó con anterioridad. Por dicho motivo, en la tradición literaria católica visigoda aparecen como el reverso simbólico de los reyes ungidos a los cuales complementan en sus virtudes por oposición. Por añadidura, se aprecian ciertos aspectos de alteridad (*alter*, visión hacia el otro, el extraño y el extranjero) en los escritos de estos historiadores visigodos, ya que parece que todas las acciones bélicas de Recaredo (y anteriormente de su padre, Leovigildo) contra sus rivales (vascones, rebeldes y fran-

⁸⁴ Manlio SIMONETTI: *La crisi arriana nel IV secolo*, Roma, Institutum Patristicum “Augustinianum”, 1975 y José Antonio MOLINA GÓMEZ: “Rituales goéticos y muertes pavorosas en los primeros momentos de la querrela arriana: el brazo de Arsenio y la muerte de Arrio”, *Latomus: revue d'études latines*, vol. 70, n.º 2 (2011), pp. 464-477.

⁸⁵ María Rosario VALVERDE CASTRO: *Ideología, simbolismo y ejercicio del poder real en la monarquía visigoda...*, p. 218.

⁸⁶ Edward Arthur THOMPSON: *Los godos...*, p. 127.

cos) serán tenidas como una lucha entre la *civilitas* y la *barbarie*.⁸⁷ De esta forma, los enemigos de los godos serán convertidos en aglutinantes de todos esos estereotipos de la brutalidad e irreligiosidad, aunque nunca se les llegue a llamar específicamente “bárbaros”, salvo en el caso de Julián de Toledo, que en su *Historia Wambae Regis* sí utilizó de modo explícito el calificativo de “bárbaro” para designar a los francos.⁸⁸ Todo esto está ligado al discurso legitimista que parte de las élites visigodas para consolidar la posición de poder de los reyes, en este caso concreto para fortalecer la figura de Recaredo como monarca ideal.

b) La historia moral de la *Historiae Francorum* de Gregorio de Tours

Más allá de lo que exprese al inicio del libro, el objetivo de la *Historiae Francorum* no es elaborar una historia universal como tal, sino alcanzar un fin específicamente moral, de ahí que durante tanto tiempo se haya denostado esta fuente literaria.⁸⁹ De esta manera, el historiador franco utiliza la historia contemporánea como elemento de persuasión, por ello la presencia de Dios en su obra es constante y los planteamientos religiosos aparecen en numerosas ocasiones, como en el caso que nos ocupa, donde retrata a una realeza que se ha alejado del recto camino. Es más, el planteamiento de la obra del turonense parte de un enfrentamiento constante entre el bien, encabezado por Dios y Cristo, y el mal, liderado por el diablo, y al aplicar dicho esquema al mundo político obtendrá y propondrá modelos de monarcas ideales y monarcas pérfidos.⁹⁰ Por esto es tan fuerte y activa la presencia de la divinidad a lo largo de esta historia.⁹¹ También por ese mismo motivo, dentro del imaginario del franco el hecho de que las armas visigodas se impusieran sobre las francas se debía a un juicio de Dios para castigar a Gontram por sus malas decisiones y acciones. En ningún caso se trataría de una alabanza al monarca visigodo, habida cuenta del carácter de enemigos acérrimos que él les asignaba y a los que hacía depositarios de la monstruosidad bárbara, a lo cual había que sumar el hecho de ser portadores de la nefanda herejía arriana hasta la conversión de Recaredo.⁹²

Es decir, en este caso la intervención de Dios no se incardina dentro del acto de recomendar las buenas acciones de un pueblo o un monarca, sino de la necesidad de castigar dentro del esquema pecado-castigo a aquellos que han osado ir contra sus enseñanzas. Por ejemplo, eso mismo hará el hispanorromano Orosio cuando explique el saqueo de Roma del 410 por parte de Alarico, un esquema aplicado también por las primeras crónicas cristianas del norte peninsular

⁸⁷ Federico- Mario BELTRÁN TORREIRA: “El concepto de barbarie...”, p. 57.

⁸⁸ Jul. Tol., *HWR*, 6, 8-9 y 23.

⁸⁹ Marcelo CÂNDIDO DA SILVA y Milton MAZETTO JÚNIOR: “A realeza nas fontes do período merovíngio (séculos VI-VIII)”, *História Revista*, 11: 1 (2006), pp. 110-111.

⁹⁰ Michael NAIDOS: “The Gallo-Roman bishops, the legitimacy of the Merovingian dynasty and the Christianization of Merovingian kingship”, *Roda da Fortuna*, 3: 2 (2014), pp. 51-52.

⁹¹ Marcus CRUZ: “Gregório de Tours e Jordanes. A construção dos 'bárbaros' no VI século”, *Acta Scientiarum. Education*, 36:1 (2014), pp. 13-27.

⁹² Biagio SAITTA: “I Visigotici nella visiones storica di Gregorio di Tours”, *Antigüedad y Cristianismo*, 3 (1986), pp. 84-85

para explicar la derrota visigoda y la posterior invasión musulmana, constituyendo dos de los casos donde Dios interviene para castigar a aquellos que se han alejado del recto camino. Ahí radica la diferencia entre las fuentes visigodas y esta historia, puesto que unas tienden a elogiar el gobierno de Recaredo y las acciones de su hombre de confianza, Claudio, mientras que la otra señala el castigo divino aplicado a un mal gobernante.

Conclusiones

A lo largo de estas páginas se ha pretendido analizar un acontecimiento sobre el que orbita un pensamiento de vital importancia para entender el imaginario colectivo de la Antigüedad Tardía. A través de las fuentes literarias de la época podemos percibir la existencia de un esquema literario estereotipado que confronta el buen hacer de Claudio y, por extensión, de su rey Recaredo a las malas acciones de unos enemigos que son unos traidores y que son apoyados por extranjeros. Esto hará que dentro de las fuentes visigodas las características de uno y otro bando sean del todo estereotipadas, pues a la nobleza, la fidelidad o la fe del bando hispanogodo se enfrentará la herejía, la traición o la barbarie del bando de los usurpadores con la ayuda de los francos liderados por Bosson. Así pues, todo se hace dentro de la tradición del monarca ungido de las fuentes literarias visigodas y, por ello, nos presenta un esquema fácilmente reconocible de la virtud contra los vicios.

Además, asociada a esta idea nos encontramos la participación de la Providencia en el acontecer de los hechos. Tanto es así que las fuentes literarias visigodas no dudan en presentar al suyo como el pueblo elegido de Dios, y a su rey, como el ungido de esa misma divinidad, al tiempo que se eleva como el caudillo militar que guía a sus fieles súbditos a la victoria y al Paraíso, de ahí el préstamo bíblico de los 300 y que es un lugar común dentro de la literatura cristiana. De esta forma, si tenemos en cuenta que la historiografía visigoda siempre se asoció de manera firme al discurso legitimista que partía de la institución monárquica, sabemos que este pensamiento fue utilizado como un eficaz mecanismo para dar sostén a la legitimidad real, sobre todo al mostrar que la victoria sonríe a Recaredo por su fe. Esta sacralización y cosmovisión de la guerra la encontramos en otras fuentes literarias visigodas, como por ejemplo el escrito que dedica Tajón de Zaragoza a la rebelión de Froja contra Recesvinto, o en la propia *Historia Wambae Regis* de Julián de Toledo, donde este esquema conceptual del *rex* ungido frente al *tyrannus* ya está totalmente consolidado. De esta manera podemos comprobar cómo el obispo de Zaragoza no deja lugar a dudas: es Dios quien destruye al *tyrannus* a través de Recesvinto, que aparece como un instrumento suyo (*dextera dei*) y quien le arranca de la tierra de los vivos,⁹³ mientras que el obispo toledano toma la guerra como un juicio de Dios para mostrar cuál de los dos candidatos (Wamba y Paulo) es más puro y está más capacitado para asumir la dignidad regia, una dignidad que finalmente obtendrá Wamba, puesto que él será el ungido de

⁹³ Alexander Pierre BRONISCH: *Reconquista y guerra santa...*, p. 90.

Dios, mientras que su rival se rebelará y asumirá la tiranía contra él por instigación del demonio.⁹⁴

Para finalizar, y a modo de corolario, podríamos decir que en esta época la monarquía se sacraliza, el derecho se hace divino y Cristo aparece revestido de las cualidades de un caudillo militar, en este caso personificado en la figura de Claudio, el noble hispanorromano enviado por Recaredo para acabar con sus enemigos. Es de notar cómo se produce un proceso por el cual el lenguaje de la vida civil y política (incluyendo aquí la guerra) se carga de tintes semánticos distintos y más trascendentales para revelar los rasgos de la verdadera monarquía, la legítima monarquía divina.⁹⁵

⁹⁴ José Ángel CASTILLO LOZANO: “La figura del *tyrannus*, del rebelde, en la tradición visigoda a través de las obras de Julián de Toledo”, *Herakleion*, 7 (2014), pp. 91-96. Dicho precedente ya lo encontramos en el Bajo Imperio, como se documenta en Almudena ALBA LÓPEZ: *Príncipes y tiranos. Teología política y poder imperial en siglo IV d.C.*, Madrid, Signifier libros, 2006.

⁹⁵ José Antonio MOLINA GÓMEZ: *La exégesis como instrumento...*, p. 176.

Relatos de trincheira: o diário de Ambrósio Richshoffer sobre as guerras luso-holandesas na Capitania da Paraíba (1631).*

Accounts from the Trenches: Ambrósio Richshoffer's Diary about the Portuguese-Dutch Wars in the Captancy of Paraíba (1631)

Leandro Vilar Oliveira.²

Doutorando em Ciências das Religiões (UFPB), Mestre em História e Cultura Histórica (UFPB). Membro do Núcleo de Estudos Vikings e Escandinavos (NEVE).

vilarleandro@hotmail.com

Resumo: O século XVII foi uma época de mudanças intensas e para alguns historiadores tenha sido um período de crises, o qual contribuiu na formação dos Estados europeus modernos e suas colônias. Neste contexto, as Guerras Luso-Holandesas (1630-1654) ocorridas em território brasileiro, foram um dos vários conflitos europeus que assolaram o mundo naquele tempo, sendo essas resultado de antigas desavenças entre a República das Sete Províncias Unidas dos Países Baixos contra o Império Espanhol. Por tal condição de que entre os anos de 1580-1640, Portugal e suas colônias faziam parte do império espanhol devido a aliança política da União Ibérica, os portugueses e brasileiros herdaram a guerra entre holandeses e espanhóis. Tal condição levou os conflitos da Guerra de Flandres para o Brasil. O presente artigo procurou investigar o contexto das Guerras Luso-Holandesas, partindo da análise de uma fonte primária datada do século XVII, tendo sido escrita por Ambrósio Richshoffer, um jovem alemão que aos 17 anos se alistou na Companhia das Índias Ocidentais (*West Indische-Compaigne* – WIC) da Holanda, onde passou a servir como soldado por dois anos em território brasileiro, tendo registrado sua jornada em um diário de viagem. Para esse estudo em específico optamos em analisar o relato de Richshoffer em sua campanha militar na Capitania da Paraíba, na época, a segunda maior produtora de açúcar da região Nordeste do Brasil. O interesse da WIC sobre a Paraíba partiu

* O presente artigo foi baseado em uma das fontes usadas na minha dissertação de mestrado, intitulada *Guerras luso-holandesas na Capitania da Paraíba (1631-1634): um estudo documental e historiográfico*, Dissertação de Mestrado em História, Universidade Federal da Paraíba, 2016.

² Doutorando em Ciências das Religiões (UFPB), Mestre em História e Cultura Histórica (UFPB). Membro do Núcleo de Estudos Vikings e Escandinavos (NEVE).

da expectativa de se apossar de seus vinte engenhos, e interromper o envio de reforços e recursos que eram encaminhados a Pernambuco, onde se concentrava o exército holandês e as principais forças de resistência luso-brasileiras. Dessa forma, partindo do método da microhistória, realizamos a análise do relato de Ambrósio Richshoffer, procurando compreender os eventos em torno do primeiro ataque à Capitania da Paraíba (1631), no contexto das invasões holandesas no Brasil.

Palavras-chave: Ambrósio Richshoffer, diário de viagem, Guerras Luso-Holandesas (1630-1654), Capitania da Paraíba.

Resumen: El siglo XVII fue una época de cambios intensos y para algunos historiadores ha constituido un período de crisis que moldeó a los Estados europeos modernos y sus colonias. En ese ámbito, las Guerras Luso-Holandesas (1630-1654) ocurridas en territorio brasileño fueron uno de los varios conflictos europeos que asolaron el mundo en aquel tiempo, siendo estos resultado de antiguas desavenencias entre la República de los Siete Países Bajos Unidos contra el Imperio Español. El hecho de que entre los años 1580-1640 Portugal y sus colonias fueran parte del Imperio Español hizo que los portugueses y brasileños heredaran la guerra entre holandeses y españoles. Así se explica que la Guerra de Flandes acabara afectando al territorio brasileño. El presente artículo pretende investigar el contexto de las Guerras Luso-Holandesas partiendo del análisis de una fuente primaria datada del siglo XVII, escrita por Ambrosio Richshoffer, un joven alemán que a los 17 años que se alistó en la Compañía Neerlandesa de las Indias Occidentales (*West Indische-Compaigne* - WIC), donde pasó a servir como soldado por dos años en territorio brasileño, experiencia de la que dejó registro en un diario de viaje. Para ese estudio en específico optamos por analizar el relato de Richshoffer en su campaña militar en la Capitania de Paraíba, en la época la segunda mayor productora de azúcar de la región Nordeste de Brasil. El interés de la WIC en la Paraíba nacía del deseo de apoderarse de sus veinte molinos de azúcar e interrumpir el envío de refuerzos y recursos que eran encaminhados a Pernambuco, donde se concentraba el ejército holandés y las principales fuerzas luso-brasileñas. De esta forma, partiendo de la microhistoria realizamos el análisis del relato de Ambrosio Richshoffer buscando comprender los eventos en torno al primer ataque a la Capitania de Paraíba (1631) en el contexto de las invasiones holandesas en Brasil.

Palabras clave: Ambrósio Richshoffer, diario de viaje, Guerras luso-holandesas (1630-1654), Capitania de Paraíba.

Abstract: The 17th century was a time of intense change and for some historians was a period of crisis, which contributed to the formation of modern European states and their colonies. In this context, the Dutch-Portuguese Wars (1630-1654) occurred in the Brazilian territory, were one of the several European conflicts that swept the world at that time, being these results of old

disagreements between the Republic of the Seven United Netherlands against the Spanish Empire. By such a condition that between the years 1580-1640, Portugal and its colonies were part of the Spanish empire because of the political alliance of the Iberian Union, the Portuguese and Brazilians inherited the war between Dutch and Spanish. Such a condition led to the conflicts of the War of Flanders for Brazil. The present article sought to investigate the context of the Dutch-Portuguese Wars, starting from the analysis of a primary source dating from the 17th century, written by Ambrose Richshoffer, a young German who at the age of 17 enlisted in the Dutch West India Company (*West Indische-Compagnie* - WIC), where he began to serve as a soldier for two years in Brazil, and recorded his journey in a trip diary. For this specific study, we opted to analyze Richshoffer's report in his military campaign in the Captaincy of Paraíba, at the time, the second largest producer of sugar in the Northeast region of Brazil. The WIC's interest in Paraíba started from the expectation of seizing its twenty sugarcane mills, and interrupting the sending of reinforcements and resources that were sent to Pernambuco, where the Dutch army and the main Portuguese-Brazilian resistance forces were concentrated. Thus, starting from the method of microhistory, we analyze Ambrósio Richshoffer's report, trying to understand the events surrounding the first attack on the Captaincy of Paraíba (1631), in the context of the Portuguese–Dutch wars.

Keywords: Ambrose Richshoffer, trip diary, Portuguese-Dutch Wars (1630-1654), Captaincy of Paraíba.

Para citar este artículo: Leandro VILAR OLIVEIRA: “Relatos de trincheira: o diário de Ambrósio Richshoffer sobre as guerras luso-holandesas na capitania de Paraíba”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 7, N° 14 (2018), pp. 115-137.

Recibido: 14/06/2017

Aprobado: 18/03/2017

Relatos de trincheira: o diário de Ambrósio Richshoffer sobre as guerras luso-holandesas na Capitania da Paraíba (1631).*

Accounts from the Trenches: Ambrósio Richshoffer's Diary about the Portuguese-Dutch Wars in the Captancy of Paraíba (1631)

Leandro Vilar Oliveira.²

Doutorando em Ciências das Religiões (UFPB), Mestre em História e Cultura Histórica (UFPB). Membro do Núcleo de Estudos Vikings e Escandinavos (NEVE).

vilarleandro@hotmail.com

Introdução

Entre algumas das fontes importantes que se tem sobre o período das invasões holandesas no Brasil (1624-1654), mais especificamente os anos de 1630 a 1632, figura um diário de um jovem soldado alemão, o qual aos 18 anos foi ao Brasil, a serviço da Companhia das Índias Ocidentais (*West-Indische Compagnie* - WIC) dos Países Baixos. A obra de Ambrósio Richshoffer foi intitulada originalmente *Ambrosij Richshoffers Brasiliannisch und West Indianische Reise Beschreibung*, sendo publicado em Estrasburgo, no ano de 1677, em língua alemã (ver imagem 1). Embora somente em 1897 tenha sido traduzido ao português, pelo historiador brasileiro Alfredo de Carvalho (1870-1916), o livro de Richshoffer já era citado no seu idioma original por estudiosos que pesquisaram sobre a temática das guerras luso-holandesas, como Netscher (1853) e Varnhagen (1871).³ No século XX a obra recebeu mais duas edições brasileiras,⁴ sendo utilizada por vários autores.

* O presente artigo foi baseado em uma das fontes usadas na minha dissertação de mestrado, intitulada *Guerras luso-holandesas na Capitania da Paraíba (1631-1634): um estudo documental e historiográfico*, Dissertação de Mestrado em História, Universidade Federal da Paraíba, 2016.

² Doutorando em Ciências das Religiões (UFPB), Mestre em História e Cultura Histórica (UFPB). Membro do Núcleo de Estudos Vikings e Escandinavos (NEVE).

³ José Honório RODRIGUES y Joaquim RIBEIRO: *A civilização holandesa*, São Paulo, Companhia Editora Nacional, 1940. (Coleção Brasileira, série 5ª, volume 180).

⁴ As outras duas edições brasileiras que foram lançadas em 1982 e 2004, não trazem novas traduções, apenas atualizou-se a tradução de Alfredo de Carvalho. As novidades se encontram nas introduções, prefácios e notas feitas pelos editores.



Imagem 1: Exemplar da primeira edição do *Ambrosij Richshoffers Brasiliannisch und West Indianische Reise Beschreibung* (1677). Acervo do Instituto Ricardo Brennand, Recife, Pernambuco, Brasil. Na imagem se ver também uma cópia do retrato de Ambrósio Richshoffer e ao lado, uma cópia do frontispício de seu livro. Foto do acervo pessoal do autor.

Decidimos utilizar a obra de Richshoffer para abordar especificamente sua participação como soldado na Batalha do Cabedelo, ocorrida entre 5 a 12 de dezembro de 1631, na costa da Capitania da Paraíba. Tal acontecimento foi importante, pois consistiu na primeira investida militar da WIC, no intuito de conquistar aquela capitania, que na época era uma das maiores produtoras de açúcar do Brasil,⁵ lembrando que o principal interesse da WIC na colônia brasileira era se apossar da sua produção açucareira. Assim, devido a essa particularidade do nosso recorte temporal e espacial, percebemos que a micro-história se encaixa em nosso estudo por se tratar de uma abordagem que surgiu nos anos de 1980 na Itália, dando atenção a temas pouco tratados, optando por recortes temporais mais breves, espacialidades reduzidas, levando um olhar microscópico ao historiador, que permitia este enxergar com base nas suas fontes, detalhes e peculiaridades que em geral passavam despercebidos ou eram negligenciados por não se encaixarem nas temáticas tradicionais sobre política, economia, sociedade, guerra, igreja, cultu-

⁵ Entre as capitanias de Pernambuco, Paraíba, Itamaracá e Rio Grande, a capitania da Paraíba possuía a segunda maior produção de açúcar. Operando com 20 engenhos, produzindo mais de 40 mil arrobas de açúcar em média, nas boas safras. Em 1640 a produção foi estimada entre 53.480 a 66.850 arrobas. Regina Célia GONÇALVES: *Guerras e açúcares: política e economia na Capitania da Parahyba, 1585-1630*, Bauru, EDUSC, 2007.

ra erudita, grandes homens, etc.⁶ Neste aspecto, Ronaldo Vainfas comenta que a micro-história permitiu tornar os desconhecidos em personagens históricos, como no caso do moleiro Menocchio, que ficou mundialmente conhecido pelo livro de Carlo Ginzburg, *O queijo e os vermes*.⁷

Pela condição que neste artigo estudamos uma guerra que estava inserida em todo um processo político-econômico que gerou conflitos entre Espanha, Holanda e Portugal desde o final do século XVI, no que resultou na chamada Guerra dos Oitenta Anos (1568-1648), decidimos analisar essa conjectura geopolítica militar a partir dos conflitos dos portugueses e espanhóis contra os holandeses a partir da guerra do açúcar no Brasil, tomando como fonte de partida o relato de um soldado.

Tal perspectiva nos levou a um estudo de microanálise que adentra na proposta italiana de micro-história, onde a partir do particular, do ínfimo, obtemos dados e informações que nos permitem enxergar aspectos antes não percebidos. Mas embora a microanálise nos permita esse olhar preciso, ela também requer auxílio da macroanálise, necessitando recorrer a outras fontes, referências, comparações e confrontos⁸, para melhor compreender o contexto onde esse relato se encontra inserido. Para isso usamos outras três fontes do século XVII, como a *Relaçam breve e verdadeira* de frei Paulo do Rosário (1632), a *História ou Anais da Companhia Privilegiada das Índias Ocidentais*, escrita por Joannes de Laet (1644), e as *Memórias da Guerra do Brasil*, escrita por Duarte de Albuquerque Coelho (1654).

Embora publicadas com vários anos de diferença, esses três livros abordam a Batalha do Cabedelo, trazendo informações que não constam no relato de Richshoffer, mas que nos são úteis para preencher lacunas da narrativa dele, e entender melhor aquele contexto bélico. Dando suporte a essas fontes, recorreremos a autores contemporâneos sobre o tema do Brasil holandês e da história militar, pautando esse artigo no estudo da "nova história militar", a qual aproxima o estudo da guerra, da marcialidade e das forças armadas, de abordagens sociais, culturais, religiosas, técnicas, diplomáticas, tecnológicas, artísticas, etc. tratando da guerra não apenas como uma narrativa da batalha, ou um fator político-econômico, ou os feitos dos grandes generais como tradicionalmente era feito.⁹

Assim, esse estudo foi dividido em três partes: um resumo biográfico sobre o autor, comentando a respeito do seu alistamento na WIC, sua viagem ao Brasil, e o seu livro; a microanálise militar de seu diário, em específico sua vivência na primeira invasão à Capitania da Paraíba.¹⁰ Nessa parte apresentamos nossa aplicação da micro-história em conjunto da história militar. Por fim, nossas considerações finais.

⁶ Carlos Antonio AGUIRRE ROJAS: *Micro-história italiana: modo de uso*, Malerba. Londrina, Eduel, 2012.

⁷ Ronaldo VAINFAS: *Os protagonistas anônimos da história: a micro-história*, Rio de Janeiro, Editora Campus, 2002.

⁸ Justo SERNA y Anaclét PONS: *Cómo se escribe la microhistoria: ensayo sobre Carlo Ginzburg*, Madrid, Ediciones Cátedra, 2000.

⁹ Fernando Vêlozo Gomes PEDROSA: *A história militar tradicional e a "nova história militar". Anais do XXVI Simpósio Nacional de História*, ANPUH, São Paulo, 2011.

¹⁰ A segunda expedição à Paraíba ocorreu entre 25 a 27 de fevereiro de 1634. A terceira expedição ocorreu entre 2 a 23 de dezembro de 1634, a qual consistiu na campanha derradeira. Na véspera de Natal de

Um jovem soldado

Ambrósio Richshoffer (1612-?) nasceu em 15 de fevereiro em Estrasburgo, era filho de comerciantes, Daniel Richshoffer e Catharina Trauschen. Seu avô paterno Jacob Richshoffer também havia sido comerciante, mas seu avô materno Ambrósio Trauschen seguiu carreira militar por algum tempo, inclusive lutando como mercenário a serviço da Sereníssima República de Veneza.¹¹ Aos 15 anos Ambrósio Richshoffer viajou para Sedan na França, no intuito de estudar francês; depois retornou para casa após um ano de estudos. Posteriormente viajou para Frankfurt (Alemanha) onde trabalhou no comércio como ajudante do senhor Nicolaus Schotten, mas decidiu largar o emprego e se dirigiu para Amsterdã em 1628:¹²

Em fins de 1628 resolvi, com alguns bons camaradas adiante mencionados, empreender uma viagem à Índia Oriental, e achando-nos, seis meses mais tarde, na Feira da Páscoa de Francfurt, partimos para realizá-la. Descendo o Reno chegamos em paz a Amsterdam, não sem termos, durante o caminho, corrido grande perigo de corpo e vida, por causa das guarnições espanholas que ainda existiam em vários lugares. A nossa intenção era seguirmos para a Índia Oriental, mas, como não se nos oferecesse ocasião para fazê-lo, e a Companhia das Índias Ocidentais estivesse recrutando fortemente, fiz-me alistar junto com o meu camarada Felipe de Haus, por oito florins holandeses mensais, um shilling de arras e outro tanto de meio-soldo diário até sermos passados em revista.¹³

Eles como outros jovens europeus da época, os quais procuravam por aventuras e fortuna, se alistaram em abril de 1629, em Amsterdã, no exército da Companhia das Índias Ocidentais, embora ele tenha dito que pretendia se alistar na Companhia das Índias Orientais (*Vereenigde Oost-Indische Compagnie* – VOC). Mas na época que chegou à Holanda, a VOC não estava em período de recrutamento. Na ocasião Richshoffer ainda possuía 17 anos, mas acreditava que naquele momento de intensas mudanças, os Países Baixos se mostravam como uma terra de oportunidades. O século XVII foi uma época na qual se acentuou o papel e a importância do mercado manufatureiro e da produção cultural, tornando as cidades novamente polos econômicos, políticos, sociais e culturais do continente europeu, algo que havia decaído durante a Idade Média.

1634, o exército da WIC entrou triunfante na capital paraibana. Leandro Vilar OLIVEIRA: *Guerras luso-holandesas na Capitania da Paraíba (1631-1634): um estudo documental e historiográfico*, Dissertação de Mestrado em História, Universidade Federal da Paraíba, 2016.

¹¹ Hugo Côelho VIEIRA: *O teatro de guerra e a invenção do Brasil holandês: o esforço das duas coroas na retomada pela Capitania de Pernambuco, de 1630 a 1654*, Dissertação de Mestrado em História, Universidade Federal Rural de Pernambuco, 2010. p. 13.

¹² Bruno Romero Ferreira MIRANDA: *Gente de Guerra: origem, cotidiano e resistência dos soldados do exército da Companhia das Índias Ocidentais no Brasil (1630-1654)*, Recife, Editora UFPE, 2014, p. 423.

¹³ Ambrósio RICHSHOFFER: *Diário de um soldado da Companhia das Índias Ocidentais (1629-1632)*, 2ª ed, São Paulo/Brasília, IBRASA/INL, 1978, p. 25.

Somando-se a esse crescimento econômico, houve também o crescimento populacional urbano e por sua vez do consumo. O qual José Maravall chamou de um início de uma «massificação dos modos de vida e de ideias».¹⁴ Por sua vez, a Holanda se apresentava nesse cenário de mudanças com um centro nevrálgico cultural e econômico do continente europeu, um local de muitas oportunidades. No que se refere à economia, a grande oferta de empregos e bons salários (em alguns casos) tornou-se um dos principais atrativos para que estrangeiros migrassem para o país. A grande necessidade de mão de obra para atuar na agricultura, pecuária, indústria manufatureira, mas principalmente no comércio neerlandês, abriu as portas dos Países Baixos para os jovens de muitos países europeus.

Pelo fato das Companhias das Índias disporem do direito de formar seus exércitos e marinhas, houve nesse período um recrutamento massivo, pois a população masculina do país era insuficiente, além do fato que parte dos holandeses não possuía interesse em trabalhar para as Companhias, pois consideravam um trabalho pesado, difícil e perigoso.¹⁵ Logo, com a necessidade de suprir esse problema, ambas as Companhias iam buscar recrutas e empregados em outros países, e, estando parte da Europa envolvida na Guerra dos Trinta Anos (1618-1648), havia muitos soldados à disposição. Além do fato que os jovens não estavam interessados em trabalhar na terra ou em cargos menores, e alguns procuravam por dinheiro rápido, o que levava a um fluxo intenso da população jovem masculina a migrar do campo e das pequenas cidades, para as capitais.

Relatos da época assinalaram que esse grande fluxo de mão de obra que seguia para os Países Baixos era formado na maioria por homens pobres e com baixo nível de instrução escolar, os quais saíram de suas terras e casas para conseguir melhores condições de emprego ou fugir da miséria e da destruição gerados pelas guerras. De fato tal, argumento não está errado, mas como assinalado pelo historiador Bruno Miranda, esse argumento não pode ser tomado de forma generalizante. O caso de Ambrósio Richshoffer consiste numa exceção. Ele era um rapaz instruído e proveniente de uma família de comerciantes; e ele não foi o único, houve outros casos parecidos com o dele. Por tal perspectiva, quando Richshoffer e seus amigos seguiram para Amsterdã, eles já tinham em mente em ingressar em uma das Companhias das Índias, pois acreditavam que ali os salários seriam melhores, além de haver a possibilidade de enriquecer no Novo Mundo, como informava a propaganda da época, a qual informava que apesar dos perigos envolvidos, as oportunidades de subir de carreira e enriquecer valeriam o risco.¹⁶

Em 21 de maio, Richshoffer conta-nos que prestou seu juramento solene em servir a WIC, participando de um desfile em uma praça de Amsterdã, como ditava os costumes da época. Posteriormente, no dia 25, sua companhia seguiu para Vohlwick, onde ele conheceu o major Diederik van Waerdenburch e outros comissários da Companhia. Na ocasião foram passados

¹⁴ José Antonio MARAVALL: *A cultura do Barroco: Análise de uma Estrutura Histórica*, São Paulo, Editora da USP, 2009 (Clássicos, 10), pp. 162-163.

¹⁵ Bruno MIRANDA: op.cit., p. 43.

¹⁶ Bruno MIRANDA: op.cit., p. 130.

em revista, tendo sido Richshoffer e seus amigos enviados para a companhia do capitão Marten Petersen Day.

A bordo do navio *De Salamander* (A Salamandra), ele e seus amigos faziam agora parte da primeira expedição que seria enviada ao Brasil desde o malogro ocorrido em 1625, no qual a WIC perdeu o controle de Salvador (1624-1625). Dessa vez a expedição possuía um novo alvo, ao invés de tentar-se retomar Salvador, o alvo agora era tomar Olinda, que fatidicamente também não estava devidamente guarnecida como Salvador, anos antes.¹⁷

A nova expedição foi liderada pelo coronel Hendrik Corneliszoon Lonck e o major Diederik van Waerdenburch. No entanto, apenas quando haviam seguido viagem, é que os soldados, como Richshoffer informou, passaram a ter ciência da sua missão, que seria atacar Olinda em Pernambuco. Tal informação foi guardada em sigilo.¹⁸ Finalmente, em fevereiro de 1630, a frota neerlandesa se encontrava na costa de Pernambuco, após uma jornada que demorou oito meses desde a saída dos primeiros navios de Texel, assim como contava também com uma baixa bastante significativa, pois durante esse tempo, algumas centenas de homens acabaram adoecendo e morrendo, mesmo assim, o contingente restante foi suficiente para conquistar a frágil defesa de Olinda.¹⁹

Durante seu tempo de serviço no exército da Companhia das Índias Ocidentais, Richshoffer participou do primeiro ataque a Olinda e Recife, serviu na ilha de Itamaracá, participou do primeiro ataque à Paraíba, viajou na expedição de reconhecimento à costa do Rio Grande (do Norte), a qual possuía o intuito de atacar Natal, sua capital. Todavia, Richshoffer passou mais tempo servindo em Pernambuco. E em abril de 1632 tendo alcançado o posto de sargento, foi designado pelo Conselho Político a se unir à expedição do almirante Marten Thyssoon que seguiria para as Antilhas, a fim de explorar algumas ilhas e locais para uma posterior ocupação. De lá, a expedição retornou à Holanda.

Richshoffer posteriormente em seu diário, informou que viajou para a França, conseguindo a patente de capitão. Por sua vez, um irmão seu, chamado Daniel Richshoffer se alistou

¹⁷ Um dos fatores para o sucesso da armada holandesa ter conseguido conquistar Salvador, capital do Brasil, devia-se ao fato de a cidade somente possuir uma fortificação e ninguém esperava que um ataque daqueles ocorresse. Portugal não imaginava que sua colônia poderia sofrer um ataque tão grande, pois normalmente os franceses que costumavam ir ao Brasil saquear pau-brasil, agiam de forma sorrateira. Ricardo BEHRENS: *Salvador e a invasão holandesa de 1624-1625*, Salvador, Editora Pontocom, 2013.

¹⁸ As diretrizes dessa carta de comando, intitulada “Instruções secretas dadas ao general Hendrick Cornelissen Lonck, as quais deve abrir depois de ter partido [da ilha] de São Vicente e passado o Equador” (18 de agosto de 1629), pode ser consultada no “Secrete Notulen van de Vergaderinge van XIX in Middelburch”, disponível no Arquivo de Haia ou na Coleção José Hígino no IAHP. José Antônio Gonsalves de MELLO: *Tempo dos flamengos: influência da ocupação holandesa na vida e na cultura do norte do Brasil*, Rio de Janeiro, Topbooks, 2001, p. 42.

¹⁹ Quando a frota da Companhia das Índias Ocidentais chegou à costa de Pernambuco, em janeiro de 1630, ela já apresentava uma baixa de cerca de 33,85% de seus marinheiros e soldados. Dos 3.780 marinheiros e 3.500 soldados enviados, ainda estavam disponíveis para o ataque à Capitania de Pernambuco, por não terem sido acometidos por enfermidades, por volta de 2.515 marinheiros e 2.300 soldados. Ou seja, apenas 66,15% do efetivo enviado podiam ser utilizados na operação de conquista. Bruno MIRANDA: op. cit., p. 221.

na WIC, e foi para o Brasil, mas ali faleceu. O autor não informa nem o ano ou a causa da morte de seu irmão caçula. Após esses dois acontecimentos, a história da sua vida é desconhecida e ele não voltou a escrever mais neste diário. No entanto, em 1677, o relato autobiográfico da sua estada no Brasil, foi impresso e publicado.

Escrito em forma de diário, o livro de Richshoffer, pelo seu estilo descurado e pela sua caprichosa ortografia, revela-nos seu autor mais habituado ao manejo da espada que ao da pena. Fastidioso em alguns pontos, nos quais tem a monotonia de um livro de bordo, em geral a sua leitura deleita e interessa pela abundância de anedotas, episódios singulares e fatos típicos que bem nos patenteiam a crueza dos costumes e hábitos militares da época, e, sobretudo o espírito de gananciosa rapinagem, e o baixo mercantilismo sem escrúpulos que presidia a celebre Companhia das Índias Ocidentais, cujo domínio ainda hoje mal avisados patriotas lamentam não se tenha perpetuado entre nós.²⁰

A obra de Richshoffer se insere na produção literária moderna de relatos de viagem, diários de bordo, memórias, autobiografias, etc. algo impulsionado pelos europeus devido ao período de intensas viagens pelo planeta. Richshoffer tornou-se mais um desses escritores anônimos. Nesse caso, Hugo Picard comenta que os diários consistem em relatos de caráter íntimo, dificilmente seriam publicados.²¹ Porém, a obra de Richshoffer apesar de ser intitulada em língua portuguesa como diário, ela originalmente foi escrita como uma descrição de viagem, ou seja, um livro de memórias e até mesmo autobiográfico. Sob este aspecto, a obra de Richshoffer teria claramente um interesse de ser publicado, pois comenta Lejeune que memórias e autobiografias são escritas de forma a contar a história pessoal de seu autor, no intuito de torná-la pública, enquanto que a escrita diarista tende a ser um relato mais reflexivo e particular.²²

Assim, as informações comentadas por Richshoffer não apresentam esse caráter tão intimista e privado que é típico de diários, pois embora o autor tenha relatado suas impressões, preocupações, anseios, medos, expectativas, curiosidades, reclamações, etc. tais dados não tinham necessariamente a pretensão de serem secretos, como o próprio autor informa em sua introdução. Ademais para além dessas impressões pessoais da escrita de Richshoffer, as informações sobre as batalhas, mobilização das tropas, chegada de navios, ordens expedidas pelos comandantes; além das curiosidades que o autor escreveu sobre os habitantes do Brasil e sua natureza, tornam sua obra como comentado por Gonsalves de Mello, em uma leitura deleitosa, mas que nem por isso, deva ser ignorada como fonte para se estudar aquela guerra, pois em meio a essa autobiografia de um jovem autor, consta sua experiência como soldado da mais importante guerra no Brasil durante o século XVII.

²⁰ José Antônio Gonsalves de MELLO: "Introdução", em Ambrósio RICHSHOFFER: *Diário de um soldado da Companhia das Índias Ocidentais (1629-1632)*, São Paulo/Brasília: IBRASA/INL, 1978, pp. 18-19.

²¹ Hans Rudolf PICARD: *El diario como género entre lo íntimo y lo público. 1616: Anuario de la Sociedad Española de Literatura General y Comparada*, vol. IV (1981), p. 115.

²² Philippe LEJEUNE: *O pacto autobiográfico: de Rousseau à Internet*, Belo Horizonte, Editora UFMG, 2008, p. 14.

Nesse ponto, o fato de ele ter publicado seu livro é algo que ainda não foi compreendido. Não se sabe quantas cópias foram produzidas, a recepção da obra, e por quais motivos Richshoffer teria publicado esse livro somente décadas após sua passagem no Brasil. Logo só nos restam suposições. Ele teria publicado a obra por motivos de popularidade, como forma de tornar público essa sua experiência na juventude? Publicou o diário aguardando alguma mercê? Publicou por algum outro motivo familiar, político, econômico ou pessoal?

Do outro lado da trincheira

Nessa penúltima parte do texto veremos mais especificamente alguns fatos narrados e descritos por Ambrósio Richshoffer no que se refere a seu papel a serviço da Companhia das Índias Ocidentais. Embora o seu diário ou descrição nos forneça informações variadas, ainda assim, Richshoffer na condição de soldado raso, nos forneceu em dados momentos detalhes do campo de batalha, os quais apenas seriam possíveis de se conhecer a partir da visão daquele que esteve na frente de batalha. Nesse caso, as informações que ele nos legou sobre sua breve passagem na Capitania da Paraíba, são estritamente militares, e como a proposta desse trabalho foi abordar a escrita diarística e o uso desta como fonte histórica, se faz necessário comentar um pouco das informações militares relatadas pelo jovem Richshoffer.

O ataque a Capitania da Paraíba era uma questão cogitada pela WIC desde o ano de 1629, data que se teve início a expedição neerlandesa para se atacar Pernambuco, expedição essa que Ambrósio Richshoffer seguiu como soldado, abordo do navio *De Salamander*. Na ocasião, a carta de instruções recebida pelo tenente-coronel Hendrik Cornelissen Lonck já apresentava entre os potenciais alvos a serem atacados, a Paraíba. A carta dizia que, em caso não se obtivesse êxito em se tomar Olinda, e se os ventos fossem favoráveis, a armada neerlandesa deveria seguir para a baía de Guanabara, a fim de conquistar a cidade de São Sebastião do Rio de Janeiro. Mas caso os ventos não fossem favoráveis para essa viagem ao sul, à armada deveria tentar atacar novamente Salvador. Não obstante a carta também instruíra para que a Paraíba e Buenos Aires fossem atacadas e ocupadas.²³

Como os holandeses obtiveram sucesso em tomar a Vila de Olinda, os planos de se atacar a Paraíba, Rio de Janeiro, Salvador e Buenos Aires foram adiados. Curiosamente o primeiro ataque executado pela WIC à Paraíba também teria ligação com Olinda. Richshoffer informa que no dia 17 de novembro de 1631, as construções começaram a ser demolidas. Os holandeses perceberam que não seria favorável continuar a manter aquela posição, e a opção foi abandonar Olinda e concentrar-se na ilha de Antônio Vaz e no Recife. Assim, do dia 17 a 24 de novembro Olinda foi arrasada, culminando com um incêndio. O próprio Richshoffer menciona que participou dessas ações de depredação e destruição da vila. Todavia, ele completa dizendo

²³ José Antônio Gonsalves de MELLO (ed.): *Fontes para a história do Brasil holandês: a administração da conquista*. Vol. 2, Recife, CEPE, 2004, 2v, p. 49.

que poucos dias depois do ocorrido, o Alto e Secreto Conselho decidiu pelo ataque a Capitania da Paraíba.²⁴

Embora Richshoffer não nos tenha fornecido maiores detalhes sobre essa decisão, outros autores da época como frei Paulo do Rosário, Duarte de Albuquerque Coelho e Joannes de Laet, nos informaram que os planos de se atacar a Paraíba já eram cogitados meses antes. Neste caso, em solo paraibano, o então capitão-mor Antônio de Albuquerque Maranhão, avisado pelo general Matias de Albuquerque,²⁵ tratou de iniciar medidas emergenciais para fortificar a capitania, que na época somente contava com duas fortificações: o Forte do Cabedelo na entrada do rio Paraíba e o Forte do Varadouro, na entrada da cidade.²⁶ Antônio de Albuquerque ordenou a construção de um novo forte na outra margem da entrada do rio, que veio a ser o Forte de Santo Antônio, como também despachou ordens para recrutarem-se soldados; solicitou armas e munição da metrópole; além de ordenar a reforma do Reduto da Restinga e a construção de outros redutos na praia e em torno da cidade (ver mapa 1).²⁷

²⁴ Ambrósio RICHSHOFFER: op.cit., p. 99.

²⁵ Matias de Albuquerque Coelho (1597-1657) foi o segundo filho de Jerônimo de Albuquerque Coelho e Anna da Silva, sendo irmão mais novo de Duarte de Albuquerque Coelho, governador de Pernambuco. Matias é lembrado por ter governado a Capitania de Pernambuco como lugar-tenente, ter composto a Junta Governativa do Brasil, assumindo como governador-geral interino entre 1624-1625, época da invasão holandesa em Salvador. Tornou-se o principal general das forças de resistência contra a ocupação holandesa, entre 1630 a 1638. Leandro Vilar OLIVEIRA: op. cit., p. 81.

²⁶ O Forte do Cabedelo atualmente é mais conhecido como Fortaleza de Santa Catarina. Já o Forte do Varadouro não existe mais.

²⁷ Paulo do ROSÁRIO: *Relaçam breve e verdadeira da memorável victoria, que ouve o Capitão-mor da Capitania da Paraíba Antonio de Albuquerque, dos Rebeldes de Olanda, que são vinte naus de guerra, e vinte e sete lanchas: pretenderão occupar esta praça de sua Magestade, trazendo nelas pera o efeito dous mil homens de guerra escolhidos, a fora a gente do mar*, Lisboa, Jorge Rodrigues, 1632, p. 3.



Mapa 1: Detalhe do mapa *Abeeldinghe van Pariba enden Forten* (Representação da Paraíba e seus fortes). Desenhado por Claes Jansz Visscher, editado por Nicolas Jansz Visscher. c. 1634-1635. Fonte: Cópia digital da Biblioteca Nacional Digital, Lisboa. Gravura a água-forte, 1 carta impressa em papel; 27,4 x 36,2 cm em folha de 28 x 36,6 cm. Nesse detalhe se pode ver o Forte do Cabedelo abaixo, sendo atacado por uma tropa holandesa; o Forte de Santo Antônio acima, e o reduto da Restinga a esquerda desse.

A construção do novo forte, situado na margem esquerda do Rio Paraíba, atendia as especificações militares da época, em se construir fortificações com baluartes, muros mais baixos e com inclinações. Modelo baseado nas mudanças arquitetônicas iniciadas um século antes devido à chegada das armas de fogo a Europa. Com isso:

O novo sistema de fortificação teria de incorporar características que resistissem ao bombardeio e, ao mesmo tempo, mantivessem a infantaria do inimigo à distância. A solução para esse problema de diminuir a altura e aumentar a espessura foi o bastião angular, que se projetava dos muros, dominava o fosso e era suficientemente forte para não ser destruído por uma concentração de fogo inimigo.²⁸

²⁸ John KEEGAN: *Uma história da guerra*, São Paulo, Companhia das Letras, 1995, p. 334.

Assim, antes dos holandeses invadirem a Paraíba no ano de 1631, as defesas daquela capitania já estavam posicionadas nos três fortes e nos redutos; armadas, municionadas e abastecidas, aguardando o iminente ataque. Neste caso, tendo Olinda sido abandonada e incendiada pelos holandeses, Joannes de Laet informou que começou a se planejar o próximo grande ataque no dia 26 de novembro de 1631, quando o Conselho de Guerra da WIC se reuniu para deliberar a escolha entre dois alvos em potencial: o Arraial do Bom Jesus e a cidade da Paraíba. Ele informou que não houve uma unanimidade na votação, pois parte dos comandantes defendiam atacar o Arraial, que era o quartel-general da resistência portuguesa em Pernambuco, mas outros alegavam que o Arraial estava bastante provido de suprimentos, armas, munições e homens, e que seria mais fácil atacar os fortes paraibanos.²⁹ Por outro lado, havia quem defendesse a opinião de que enviar uma expedição à Paraíba naquele momento, não seria algo favorável para os planos de guerra da Companhia.

Comparando a narrativa de Joannes de Laet, um dos principais diretores da WIC, com o relato de Ambrósio Richshoffer, nota-se que de fato após o incêndio de Olinda, o Conselho de Guerra tomou a decisão de se atacar à Paraíba, mesmo que não tenha sido uma decisão unânime como salientada por Laet. De qualquer forma, Richshoffer informou que no dia 2 de dezembro de 1631, a frota de 19 navios zarpu do Recife.³⁰ Devido a ventos contrários, a viagem demorou mais do que o comum. E assim, pela manhã do dia 5, a frota holandesa ancorava nas praias de Cabedelo.

Richshoffer com seu humor, diz que eles foram «amavelmente recebidos» pelos «espanhóis»³¹, os quais estavam em um reduto na praia, e atiravam contra eles. Os demais autores como Rosário, Laet e Coelho também narram esse acontecimento. Enquanto as tropas holandesas eram desembarcadas na praia, essas eram alvejadas pelos portugueses, espanhóis e indígenas situados no reduto praiano. Esse primeiro ataque pela manhã do dia 5 de dezembro, dava início a Batalha do Cabedelo, que se estenderia por uma semana.

O autor também informou que após terem conseguido alcançar terra firme, o contra-ataque teve início. Os portugueses e seus aliados indígenas, vendo que estavam em menor número e não teriam condições de levar por mais tempo a defesa daquela posição, abandonaram o pequeno reduto e recuaram para a floresta. Richshoffer conta-nos que a sua companhia e outras foram ordenadas a persegui-los, com isso eles adentram a floresta que os separava do

²⁹ Joannes de LAET: *Historia ou Annaes dos Feitos da Companhia Privilegiada das Indias Occidentaes desde seu começo até o fim do anno de 1636*, vol. I-XIII, en *Annaes da Biblioteca Nacional do Rio de Janeiro*, 30, 33, 38, 41-42, Rio de Janeiro, Officinas Graphicas da Bibliotheca Nacional, 1912-1925, 13v, p. 217.

³⁰ Frei Paulo do Rosário (1632) informou que foram 22 navios e 2 mil soldados. Duarte de Albuquerque Coelho (1654) disse que foram 30 navios e 3 mil homens. Já Joannes de Laet (1644) disse que foram 15 navios e cerca de 1.500 ou 1.600 homens. Atualmente os historiadores tendem a considerar que o relato de Laet seja o mais preciso, pelo fato do mesmo ter tido acesso a documentação militar da WIC para redigir seu livro.

³¹ Originalmente em seu livro Richshoffer não diferencia portugueses, espanhóis e colonos brasileiros, ele os chamava a todos de espanhóis, pelo fato de que naquela época Portugal e o Brasil eram governados por um rei espanhol, D. Filipe IV. Reflexo da União Ibérica (1580-1640).

forte português, situado do outro lado, a beira do rio. Sobre esse segundo conflito ocorrido em meio à floresta, Richshoffer relatou o seguinte:

Em seguida as nossas forças foram dispostas em batalha (formando a minha companhia com várias outras a vanguarda) e comandadas ao assalto das posições inimigas. Logo ao começar a marcha dois da nossa tropa, apenas três filas adiante de mim, foram alcançados por uma bala rasa que lhes arrancou as carnes das coxas. Não obstante, prosseguimos avançando, animados pelo nosso Tenente, até chegarmos tão perto do inimigo, que poderíamos bem falhar-lhe, e tiroteamos com ele, até que cada um disparou três tiros, quando fomos rendidos. Os canos dos mosquetes estavam tão aquecidos pelo sol e pelo constante fogo que quase era impossível carregá-los mais.³²

Dessa fala do autor, podemos observar dois pontos interessantes: o modo de se travar luta naquele tempo, dispondo as tropas em fileiras, nas quais os soldados estavam armados com lanças, piques, mosquetes, arcabuzes, pistolas, espadas e facas. Reflexo das mudanças organizacionais implantadas por Maurício de Nassau (1567-1625), então *stadholder* dos Países Baixos.³³ Todavia, nas últimas décadas os historiadores militares têm questionado até onde o pioneirismo da "revolução militar holandesa" promovida por Nassau realmente foi algo pioneiro. Historiadores como Jeremy Black³⁴ e Keith Roberts³⁵ comentam que a organização em fileiras, dispondo de homens armados com piques e mosquetes já era uma formação utilizada pelos exércitos espanhóis e italianos na mesma época. No caso holandês, Nassau alterou essa formação que já existia, não teria a inventado propriamente.

Independentemente de quem tenha promovido à formalização dessa formação de combate, no século XVII, ela ainda se mantinha operante. Richshoffer e os outros autores como Rosário, Laet e Coelho informam que tanto as tropas holandesas, quanto as tropas portuguesas e espanholas adotavam esse modelo que ficou conhecido na historiografia como «guerra de Flandres», termo referente aos conflitos travados entre holandeses e espanhóis durante a Guerra dos Oitenta Anos (1568-1648), marcado por táticas de batalhas entrincheiradas, assaltos a fortalezas, cercos, formações com piqueiros, lanceiros, mosqueteiros e arcabuzeiros; uso de minas e até de emboscadas.³⁶ Tais características estiveram presentes nas batalhas no Brasil, apesar de contar com suas variações locais, o que incluía o uso de indígenas munidos de arco e flecha, e o uso de escravos negros.

Pautado nesse breve comentário de como a guerra era travada pelos europeus no século XVII, Richshoffer comenta que os portugueses e espanhóis lutavam da mesma forma que eles,

³² Ambrósio RICHSHOFFER: op.cit., p. 100.

³³ Geoffrey PARKER: "O Soldado", in Rosário VILLARI (dir.), *O homem barroco*, Lisboa, Editoria Presença, 1994, pp. 54.

³⁴ Jeremy BLACK: *European warfare: 1494–1660*, London/New York, Routledge, 2002.

³⁵ Keith ROBERTS: *Pike and shots tactics*, Oxford, Osprey Publishing, 2010 (Series Elite, 179).

³⁶ Evaldo Cabral de MELLO: *Olinda restaurada: guerra e açúcar no Nordeste, 1630-1654*, São Paulo, Ed. 34, 2007, p. 247.

mesmo que utilizassem em alguns casos companhias de índios e de negros para reforçar seus parques contingentes. Assim, Richshoffer prossegue dizendo que enquanto seguia com sua companhia pela floresta, teve que se aproximar do inimigo tendo chegado tão perto que eles poderiam se falar. Apesar da hipérbole usada pelo autor, as armas de fogo naquele tempo não possuíam uma precisão de longo alcance efetiva, necessitando que os soldados tivessem que se aproximar o máximo possível para conseguir ter maiores chances de atingir o inimigo. Tal condição também era reforçada pelo fato da artilharia ser posicionada em fileiras, criando uma parede de mosquetes ou arcabuzes, na qual a primeira fila disparava, enquanto essa recarregava, a segunda disparava, e assim por diante.³⁷

Nesse ponto, sublinhamos no relato de Richshoffer o detalhe de ele ter dito que tiveram que suspender o combate, pois as armas estavam superaquecendo. A observação do autor é também vista em outros relatos daquele período, nos quais os militares reclamavam que algumas armas aqueciam tão rapidamente, que havia o risco do cano explodir no próximo disparo. Um dos motivos para isso devia-se a péssima qualidade do aço empregado na confecção das armas. Sobre isso, o historiador Bruno Miranda sublinhou que havia correspondências da WIC no Brasil, reclamando do envio de lotes de armas defeituosas.

Na frota de socorro enviada ao Brasil em 1647, foi observado, antes do embarque, que muitos dos mosquetes fornecidos pela WIC às tropas estavam defeituosos. Em relatório apresentado aos Estados Gerais por Hendrik Haecxs, foram apontadas, além de várias outras carências, uma quantidade elevadíssima de armamentos defeituosos.³⁸

O relato de Richshoffer não confirma que as armas naquele momento estivessem defeituosas, mas confirma que havia o problema do aquecimento dos canos e o perigo de ferimentos por causa disso. O autor informou que devido a essa questão de aquecimento dos mosquetes, ele e sua companhia tiveram que recuar de volta a praia, tendo suspenso aquele ataque por hora. No entanto Rosário e Coelho comentam que pela tarde e de noite, companhias portuguesas atacaram os holandeses. Dados não citados por Richshoffer ou Laet. Mas enquanto esses ataques pela tarde e de noite ocorriam, Ambrósio Richshoffer narrou que ele não participou dos novos conflitos, pois estava encarregado de ajudar na construção das defesas, no caso, de escavar trincheiras e erguer parapeitos. Com isso foram instalados canhões para dar início ao cerco. Neste caso a principal tática adotada naquele tempo para se assediar uma fortaleza era através de cercos que poderiam durar semanas ou meses. Devido ao risco de tentar capturar a fortificação num ataque direto, optava-se por uma guerra lenta, pautada mais no cansaço e na tensão, forçando assim uma possível rendição.³⁹

Nesse sentido, Richshoffer informou que nos três dias seguintes após sua chegada, esses foram de intensos conflitos. Ele não detalhou a respeito dessa intensa batalha que se sucedeu,

³⁷ Frank TALLET: op. cit., p. 24.

³⁸ Bruno MIRANDA: op. cit., p. 243.

³⁹ John KEEGAN: op. cit., p. 337.

mas os outros autores, Rosário, Coelho e Laet nos fornecem alguns dados, assinalando que os dias 7 e 8 foram bem acirrados, marcados por muitas mortes, pois reforços holandeses advindos dos navios foram posicionados nas frentes de batalha, além do fato que no dia 8, reforços portugueses advindos da Metrópole, e reforços espanhóis que viam por terra, marchando desde Pernambuco, ambos chegaram naquele dia, engrossando as linhas de defesa portuguesas, gerando prejuízo aos holandeses que tiveram que suspender seus ataques. Frei Paulo do Rosário⁴⁰ e Duarte de Albuquerque Coelho⁴¹ informaram que apesar dessa vitória ocorrida no dia 8 de dezembro, o capitão-mor Antônio de Albuquerque ordenou que novas trincheiras defensivas fossem erguidas, assim como, que se reparassem os muros e se construísse um hornaveque.⁴²

Apesar da chegada dos reforços luso-espanhóis no dia 8 de dezembro, que contou com a vinda de quatro companhias espanholas lideradas por Fernando de Riba Agüero, e três companhias portuguesas lideradas por Luiz Pinto Matos,⁴³ os holandeses ainda estavam em vantagem numérica e continuavam a pressionar o cerco. Sobre isso, o historiador militar John Keegan comentava que tentar tomar uma fortificação mesmo danificada, não era tarefa fácil, pois tais fortificações eram construídas de forma que sua estrutura auxiliasse não apenas a resistir ao bombardeio das armas de cerco, mas que evitasse ataques da infantaria, valendo-se de fossos, seteiras, caminhos cobertos, hornaveques, trincheiras, muros, etc.⁴⁴

O comentário de Keegan quanto ao desespero de se tomar uma fortificação mesmo danificada compactua com a descrição de Richshoffer sobre a tentativa que a WIC empreendeu no dia 9 de dezembro. O jovem soldado nos conta que em meio às lutas travadas na esplanada em torno do Forte do Cabedelo, em dado momento disparos de canhão advindos do Forte de Santo Antônio os atingiram, forçando as tropas holandesas recuarem para suas trincheiras e redutos dentro da floresta. Todavia, foi dada a ordem para se tentar um ataque direto. As fontes não indicam de quem partiu tal decisão, mas Richshoffer relatou o seguinte:

Chegamos até debaixo dos canhões e com as escadas às estacadas, porém o inimigo defendeu-se tão briosamente, dentro e fora da trincheira, e do reduto fizeram-nos através do rio tão mortífero fogo com os canhões que fomos obrigados a retirar-nos. Novamente ficaram de ambos os lados muitos mortos e feridos.⁴⁵

⁴⁰ Paulo do ROSÁRIO: op. cit., p. 9.

⁴¹ Duarte de Albuquerque COELHO: *Memórias Diárias da Guerra do Brasil: 1630-1638*, apresentação de José Antônio de Gonsalves de Mello, Recife, Fundação de Cultura da Cidade do Recife, 1982. p. 67.

⁴² O hornaveque (do alemão *hornwek*), também chamado obra cornuda ou cornas, etc., surgiu no século XVI, consistindo numa fortificação exterior a um forte, fortaleza ou muralha. O hornaveque era formado de dois lados chamados de ramais os quais na ponta terminava em dois meios baluartes, formando um triângulo. A estrutura consistia em muros, que poderiam ser reforçados por fossos. O hornaveque foi erguido diante da entrada do forte. Luís Serrão PIMENTEL: *Methodo lusitânico de desenhar as fortificações das praças regulares & irregulares, fortes de campanha, e outras obras pertencentes a arquitetura militar, distribuído em duas partes: operativa e qualificativa*, Lisboa, impresso por Antonio Craesbeeck, 1680, pp. 20 e 87.

⁴³ Duarte de Albuquerque COELHO: op. cit, 67.

⁴⁴ John KEEGAN: op. cit, p. 337.

⁴⁵ Ambrósio RICHSHOFFER: op. cit., p. 101.

O relato de Richshoffer é interessante, pois Rosário, Coelho e Laet não mencionaram essa tentativa de subir nos muros.⁴⁶ Novamente sua visão como um soldado que participou de toda a ação, nos legou informações ímpares. Nesse ponto percebemos que após quatro dias de conflitos, apesar de que a WIC ter adotado a tática de cerco, mas naquela ocasião decidiu-se arriscar-se num ataque direto. De acordo com Keegan⁴⁷ e Tallett,⁴⁸ tomar um forte por um ataque direto não era a mais sábia das decisões. Era preciso antes enfraquecer a guarnição e as defesas externas, de forma que se pudesse tentar um ataque direto aos muros, como no caso de se tentar escalá-los. Caso a fortificação não estivesse vulnerável, um ataque direto seria uma decisão bastante arriscada.

Pelo relato de Richshoffer, a investida aos muros do Forte do Cabedelo foi uma decisão realmente arriscada, já que após quatro dias de cerco, algum comandante deu a ordem para tentar um ataque direto. E o próprio fato do autor relatar que o inimigo se defendeu arduamente, sugere que os luso-espanhóis não estivessem tão fracos como se pensava. Nesse ponto é válido comentar que os autores da época dizem que o Forte do Cabedelo não possuía muitas defesas externas, basicamente se limitava a um fosso raso e sem água; um hornaveque, construído durante a batalha, algumas trincheiras e um caminho coberto que auxiliava a entrada e saída dos soldados do forte para as trincheiras. Mas apesar de tais defesas auxiliares, de acordo com Richshoffer, eles conseguiram ultrapassá-las, e tentaram escalar os muros com escadas. Somente desistiram da ofensiva, porque a guarnição nos muros os repeliu com seus mosquetes.

Após esse ataque falho, Richshoffer informa que no dia 10, ele voltou para o campo de batalha, dessa vez não na vanguarda, mas permanecendo dentro da floresta, na guerra de trincheiras. E naquele dia ele foi ferido ao ponto de ter que se retirar do campo de batalha. O autor comenta de forma humorada esse seu acidente que poderia ter lhe tirado a vida, pois ele foi ferido na cabeça por um fragmento de madeira, mas graças ao seu amigo Hans Carol Spiessen, pôde ser resgatado. Tal condição é um aspecto importante a ser comentado, pois diz respeito a alguns perigos que os soldados da WIC vivenciavam, no caso: o risco de morrer por causa de falta de tratamento médico ou tratamento inadequado. Bruno Miranda comenta que a quantidade de cirurgiões, médicos, barbeiros e enfermeiros era muito baixa, ao ponto de haver falta de tais profissionais da saúde para cuidar da alta demanda de enfermos e feridos.⁴⁹

Mas além desse problema relacionados com ferimentos de batalha, as longas viagens marítimas naquele tempo eram permeadas pela ameaça constante de risco de vida. Se o tripulante e passageiro não morressem durante uma tempestade, conflito, ou de fome e sede, poderia falecer de escorbuto, tifo, disenteria, catapora, tuberculose, febres, etc. Evaldo Cabral de Mello comenta com base em alguns relatos da WIC, que pelo menos 1/3 das tropas que chegavam dos Países Baixos, apresentavam alguma enfermidade. «Os navios, por exemplo, eram ambientes

⁴⁶ Leandro Vilar OLIVEIRA: op. cit., p. 211-212.

⁴⁷ John KEEGAN: op. cit., p. 337.

⁴⁸ Frank TALLETT: op. cit., pp. 34-35.

⁴⁹ Bruno MIRANDA: op. cit., pp. 246-267.

especialmente nocivos e sujeitos à dispersão de enfermidades, haja vista a usual grande quantidade de gente em espaços confinados, a falta de água potável e de comida em bom estado de conservação».⁵⁰ Mello também comenta que não foram apenas os comandantes holandeses que reclamavam da falta de médicos e da saúde dos soldados que chegavam de viagem se encontravam em serviço no Brasil. O historiador diz que os comandantes portugueses e espanhóis também apontavam esses mesmos problemas.

Pelo que parece Richshoffer foi um homem de sorte ou de saúde resistente, pois além desse ferimento na cabeça, ele mesmo nos informou que durante a viagem ao Brasil, ele teve enjoos e febres, além de ter visto vários homens morrerem durante o trajeto. Todavia, Richshoffer informa que tendo sido tratado de seu ferimento, ele se pôs a retornar a terra firme e ajudar a transportar os feridos e os mortos. Não obstante, ele informou que entre os dias 5 e 10 de dezembro, os holandeses tinham entre mortos e feridos 500 homens, já os espanhóis teriam perdido cerca de 80 homens, um número muito menor se comparado as perdas da WIC. Rosário comenta que entre mortos e feridos os portugueses tiveram 148 baixas, mas não sugeriu um valor para as perdas dos holandeses; já Coelho relatou 156 baixas para o lado português, e disse que os holandeses tiveram mais de 500 soldados mortos. Quanto a Laet, esse indicou entre mortos e feridos para o lado luso-espanhol, um valor de 140 homens, enquanto a WIC teria tido entre mortos e feridos uma baixa de 180 a 200 homens.⁵¹

Nota-se por tais números algumas divergências quanto a quantidade de feridos e mortos, mas isso é algo comum nesse caso. Todavia, percebe-se que os valores de Rosário e Coelho são bem próximos, embora ambos não tenham se conhecido, e não sabemos se Coelho teria consultado o livro de Rosário, já que ele publicou seu opúsculo em 1632. Por sua vez, os valores sugeridos por Richshoffer destoam dos apresentados por Laet. No caso, Laet consultou os relatórios oficiais, enquanto Richshoffer provavelmente ouviu tais valores, mas a discrepância de 180-200 mortos e feridos para 500 é até significativa, o que poderia suscitar exagero de Richshoffer ou omissão por parte de Laet, em tentar diminuir a derrota? Isso são questões que não saberemos responder.

Todavia, Richshoffer além destes informes ele comentou que ainda no dia 10 de dezembro começou a deliberar-se um plano de retirada. Devido ao fracasso das batalhas nos dois dias anteriores, o Conselho de Guerra chegou a conclusão que o melhor seria suspender aquele cerco e encerrar a campanha. Richshoffer não explica claramente os motivos, mas pelo fato de ser um soldado, dificilmente estaria a par das decisões tomadas pelos coronéis e majores, apenas conheceria as ordens de evacuação. Rosário e Coelho por pertencerem ao lado luso-espanhol em seus livros também não apontaram motivos pelos quais os holandeses teriam desistido do cerco.

No entanto, Joannes de Laet com base na documentação militar da WIC, informou os seguintes motivos que teriam levado a desistência da Companhia na Batalha do Cabedelo, na Capitania da Paraíba, dizendo que:

⁵⁰ Evaldo Cabral de MELLO: op. cit., pp. 232-233.

⁵¹ Leandro Vilar OLIVEIRA: op. cit., pp. 208.

1º Visto que o inimigo se encontra em tão grande numero e vem ao encontro dos nossos com seus approxes, é de crêr que procura cortar nossas linhas; 2º Que não é possível por meio desses approxes (pois o inimigo os impedia) acercar-se da porta do forte, visto estar provida de bom hornaveque. Também precisavam, para a ocupação e conservação dos approxes, baterias e corpos de guarda, empregar continuamente seis ou sete companhias (o que era impossível) e atacar igualmente o inimigo com approxes de ambos os lados, enquanto os mesmos julgam obter reforços, como realmente recebem todos os dias, pelo rio, em botes; 3º Demais, o inimigo tem tão grandes canhões de bronze e ferro, que é de presumir que não possamos desmontar com nossas peças; 4º Compondo-se a nossa força de apenas 1.500 soldados, não é possível continuar em clima tão quente como tal fadiga de guardas e outros inconvenientes (que não eram poucos), e, além disso, não há outros refrescos a não ser alimentos em conserva e salgados; 5º Havendo tido em quatro dias mais de 200 baixas, entre mortos, feridos e doentes, as tropas naturalmente enfraqueceram.⁵²

Os comentários apontados por Laet para justificar a decisão de retirada, expressam problemas enfrentados por outros comandantes naquele período, em diferentes países e regiões. Em geral os fatores assinalados por Laet dizem respeito ao contingente militar que os luso-espanhóis supostamente estariam em maior número, que não era algo real, pois quando analisamos as cifras assinaladas nos relatos portugueses, essas apontam que o número de soldados era inferior ao exército da WIC, mas para Joannes de Laet era o contrário.⁵³ Não obstante, ele salientou a dificuldade de fazer o cerco, de ter pessoal disponível para mantê-lo, de ter homens sobrando para defender o território ocupado, prosseguir com o avanço, os bombardeios, etc. alegando que os 1.500 homens que eles dispunham era insuficiente para tudo aquilo. Algo que era agravado pela condição de haver mortos, feridos e doentes durante o conflito.

Neste caso Geoffrey Parker comenta que nas guerras nos séculos XVI e XVII, era comum que os comandantes recrutassem sempre o dobro de soldados recomendados, ou seja, se fosse recomendado 1.500 homens para um cerco, solicitava-se o dobro, pois desse total, uns 30% a 40% seria perdido por doenças, ferimentos, morte e deserção.⁵⁴ O próprio Joannes de Laet e Duarte de Albuquerque Coelho citam a dificuldade de reunir um exército satisfatório para manter as campanhas de defesa ou de ataque. Fatores que geraram dificuldades em se manter a Capitania da Paraíba, mas que também gerou problemas para a WIC, a qual necessitou de três tentativas para dominar as fortificações paraibanas.

⁵² Joannes de LAET: op. cit., p. 221.

⁵³ Nas três batalhas travadas na Paraíba, as forças luso-espanholas-brasileiras dispuseram de cerca de 2.260 homens, enquanto a WIC dispôs de cerca de 5.454 soldados. Leandro Vilar OLIVEIRA: op. cit., p. 209.

⁵⁴ Geoffrey PARKER: op. cit., p. 42-43

Mas além dessa problemática quanto à quantidade dos exércitos envolvidos, e a quantidade de canhões e munição,⁵⁵ outro ponto assinalado no relatório de Laet foi a falta de alimentos (refrescos no linguajar da época) locais, o que forçava o exército da WIC a ter que depender do seu estoque de alimentos salgados e em conserva, os quais consumidos regularmente, prejudicavam a saúde dos combatentes. Sobre isso, Gonsalves de Mello assinalou que:

A dieta do exército holandês era proveniente da metrópole: aveia, feijão, ervilhas, carne salgada e toucinho. Algumas vezes a carne era substituída por bacalhau, tendo havido mesmo um comércio regular, direto, entre a Terra Nova e o Recife. Os próprios soldados em guarnição no interior eram alimentados com essa dieta. Holandeses senhores de engenho mandavam comprar todo o necessário a sua mesa na cidade.⁵⁶

O fator da adoção dessa dieta se devia segundo Mello, a condição de que os holandeses, franceses, alemães, ingleses, etc. que compunham o exército internacional da WIC, não se adaptarem a comida regional brasileira, mas também pela escassez de alimentos, pois as fazendas ainda estavam de posse dos portugueses. Algo que Charles Boxer salienta que foi um problema recorrente durante os primeiros anos da ocupação holandesa do Nordeste brasileiro: essa problemática de abastecimento dos seus exércitos e colonos.⁵⁷ Tal condição foi vista no cenário da Paraíba, pois a região do Cabedelo, onde foi travada a batalha de 1631, era uma região apenas de floresta. Excetuando-se o forte, não havia povoação em torno, nem mesmo povoações indígenas. Os alimentos consumidos nos dois fortes eram transportados da cidade e das fazendas. Sendo assim, esses problemas comentados por Ambrósio Richshoffer e Joannes de Laet levaram os coronéis em comando da campanha holandesa na Paraíba, a decidirem que no dia 11 de dezembro de 1631, seria realizado o movimento de retirada. Sobre isso, Richshoffer relatou o seguinte:

Ao anoitecer jogou-se fortemente com a artilharia contra a trincheira, e fez-se rebate falso como se ainda uma vez a quiséssemos acometer. Quando a escuridão tornou-se completa untaram-se bem com azeite os reparos das peças que foram de novo transportadas pra os navios. Em seguida os Srs. Oficiais jogaram a dados a ordem em que as companhias deviam ser conduzidas para bordo nas chalupas. Como o nosso Sr. Major fosse infeliz, coube à nossa companhia ser a última e portanto a que ficava exposta ao maior perigo.⁵⁸

Richshoffer prossegue dizendo que enquanto as companhias não voltavam para os navios, as fogueiras e tochas foram mantidas acesas, além de soar o som de sinos e fazerem-se

⁵⁵ Um dos fatores que levaram a rendição dos Fortes do Cabedelo e de Santo Antônio em dezembro de 1634, deveu-se a falta de munição para os canhões e armas. Leandro Vilar OLIVEIRA: op. cit., p.

⁵⁶ José Antonio Gonsalves de MELLO: op. cit., pp. 129-130.

⁵⁷ Charles Ralph BOXER: *Os holandeses no Brasil: 1624-1654*, São Paulo, Cia. Ed. Nacional, 1961. (Coleção Brasileira, vol. 312), p. 90.

⁵⁸ Ambrósio RICHSHOFFER: op. cit., p. 103.

outros barulhos, no intuito de enganar os portugueses, fazendo-os pensar que tudo transcorria bem naquela noite. Todavia, a retirada realmente foi às pressas e perdurou ao longo da noite, pois frei Paulo do Rosário mencionou que quando o capitão-mor Antônio de Albuquerque com alguns homens chegou ao acampamento holandês na manhã do dia 12 de dezembro, encontrou várias tendas e objetos que ficaram para trás, sugerindo que os holandeses fugiram apressados.⁵⁹

Richshoffer menciona naquela manhã do dia 12, enquanto a frota aguardava bons ventos para zarpar, os portugueses disparavam do Forte do Cabedelo, e o capitão-mor da Paraíba, Antônio de Albuquerque Maranhão, que estava no acampamento holandês, ordenou que esse fosse incendiado. Richshoffer completa dizendo que eles revidaram as ameaças, fazendo alguns disparos também. Além disso, alguns portugueses e espanhóis que estavam na praia, gritavam lhe insultos. Na tarde do dia 12 de dezembro de 1631, os ventos voltaram a soprar favoravelmente e a frota neerlandesa seguiu jornada de volta ao Recife. A viagem de Ambrósio Richshoffer a Paraíba terminava, embora que ainda naquele ano ele voltaria a cruzar as águas paraibanas, enquanto se dirigia para a primeira expedição à Capitania do Rio Grande, que se revelou como novo fiasco para a WIC, pois o alerta emitido a cidade de Natal, concedeu tempo para as defesas serem estabelecidas, assim quando a WIC chegou no final de 1631 a Capitania do Rio Grande, vendo as defesas de prontidão, optou em desistir do cerco e realizar uma missão de reconhecimento do território.

Considerações finais.

Ambrósio Richshoffer nos legou em seu diário dados curiosos sobre as dificuldades, perigos e a dureza de ser um soldado da Companhia das Índias Ocidentais, o que por sua vez expressou-se desde a longa travessia pelo Oceano Atlântico até os conflitos em trincheiras e redutos nos quais ele participou, fornecendo-nos a opinião e a visão de um soldado que esteve na frente de batalha. O olhar de Richshoffer como uma testemunha que esteve não apenas presente no cenário dos acontecimentos bélicos, mas foi um membro participante, nos forneceu detalhes peculiares e episódios fatídicos, até bem-humorados em dados momentos. Por mais que outros autores como Rosário, Coelho e Laet escreveram sobre essa guerra, eles os fizeram como expectadores da ação, e não como participantes dela. Isso não desmerece seus relatos, pois estando na posição fora do conflito, isso os permitiu enxergar além das batalhas, revelando dados sobre o contexto da guerra, algo que carece no relato de Richshoffer, pois onde ele estava inserido, isso não lhe era possível.

Embora seja preciso levar em consideração que a obra de Richshoffer não foi escrita originalmente para ser publicada, e não tinha pretensões de ser um trabalho histórico, como visto com Rosário, Coelho e Laet, mas consistiu num diário de viagem que somente quatro décadas depois veio a público. Os estudiosos de seu diário não sabem informar se Richshoffer

⁵⁹ Paulo do ROSÁRIO: op. cit., p. 14.

teria tido influências de outros autores para escrever esse diário, pois o próprio autor não deixa isso explícito. Ou se ele teria o escrito almejando alcançar postos dentro da Companhia, talvez algo improvável, pois em 1632 ele pediu baixa da WIC e retornou para casa, posteriormente foi morar na França.

Ambrósio Richshoffer não tinha naquele momento que serviu como soldado da WIC, no Brasil e nas Antilhas, o interesse de escrever uma história sobre aqueles acontecimentos, algo visto com os outros autores aqui mencionados. Frei Paulo do Rosário publicou seu relato um ano após ter testemunhado a primeira invasão à Paraíba, dizendo que se fazia necessário preservar aquele bravo feito português. O governador de Pernambuco, Duarte de Albuquerque Coelho publicou seu livro quase vinte anos depois, devido a problemas com a Coroa Portuguesa e Espanhola, e as autorizações para suas *Memórias Diárias da Guerra do Brasil* (1654) ser impressa. De qualquer forma, em seu livro nota-se o seu discurso de autopromoção perante o monarca espanhol Filipe IV, dizendo que embora tenha fracassado em recuperar sua capitania, ele nunca deixou de ser fiel ao rei, e agiu da melhor forma que pôde naquela guerra. Quanto a Joannes de Laet, ele foi contatado para escrever a história da Companhia das Índias Ocidentais, algo que fez de forma bem extensa, pois sua *História ou Anais da Companhia Privilegiada das Índias Ocidentais* (1644) foi originalmente publicado em 13 volumes, abarcando os anos de 1621 a 1636. Além de que seu livro, inclusive foi todo custeado pela companhia. Diante de tais exemplos, nota-se que a cultura escrita do XVII, foi bem diversificada, pelo menos no âmbito europeu, que é o caso aqui tratado.

Logo, se comparando estes autores os quais tiveram distintos motivos para publicar seus livros sobre os acontecimentos ocorridos no Brasil, durante a primeira fase das Guerras luso-holandesas (1630-1654), Ambrósio Richshoffer naquele primeiro momento, não teve pretensões de publicar sua história, que dentre todos estes aqui mencionados é a mais pessoal. Por mais que ele nos forneça dados técnicos sobre a chegada e partida de navios, informações de ordens militares, curiosidades e descrições, ainda assim, consiste em um relato de vida, pois Ambrósio chegou ao Brasil com 18 anos e o deixou aos 20. Parte de sua vida foi vivida a serviço da WIC no Brasil. Nesse sentido, o autor acabou se tornando personagem de sua história.

E o seu livro nos permitiu como visto, perceber a partir de uma microanálise, questões relacionadas ao cerco, táticas de batalha, perigos de ferimentos e doenças, falta de suporte médico, falta de alimentos, dificuldades para se combater num território desconhecido e pouco habitual para aqueles homens acostumados com o clima temperado europeu, que tiveram que se aventurar no cenário tropical da Mata Atlântica paraibana, arriscando suas vidas por uma companhia mercante interessada no alto lucro proporcionado pelo comércio açucareiro, o "ouro branco" daquele tempo.

La alimentación de los soldados en el Ejército español, 1859-1914*

The diet of Spanish military recruits, 1859-1914

Pedro Fatjó Gómez
Universitat Autònoma de Barcelona
pedro.fatjo@uab.cat

Resumen: La alimentación en los ejércitos ha sido una temática que ha recibido poca atención por parte de la historia militar y de la historia de la guerra; incluso la logística, de la que el suministro de alimentos es un componente básico, tampoco ha suscitado un interés destacado entre los especialistas. La capacidad combativa de cualquier ejército es función de múltiples variables entrelazadas y, entre ellas, el estado nutricional de los soldados ha sido y sigue siendo una variable relevante. Para afrontar toda la amplia variedad de tareas que demanda la vida del soldado, sean en acuartelamientos, en maniobras o en campaña, se requiere una ingesta adecuada de energía y de nutrientes, que guarde proporción con el esfuerzo físico realizado; una provisión insuficiente y continuada de calorías o desequilibrada en su composición nutricional comportará una disminución de las capacidades físicas y una mayor vulnerabilidad ante diversas enfermedades y, en consecuencia, una erosión de la capacidad combativa.

En este artículo se estudia la alimentación que se proporcionaba a los soldados españoles en los acuartelamientos de la Península entre la segunda mitad del siglo XIX y los primeros años del XX. Se exponen las condiciones con que se confeccionaban y consumían los raciones, desde la adquisición de los alimentos o la infraestructura material disponible hasta la composición alimentaria de las dietas, con especial atención a su valor energético y a su estructura nutricional. Se identifican las principales deficiencias crónicas, como la falta de higiene en las instalaciones y entre el personal de cocina, un deficiente diseño de las dietas que se traducían en una alimentación monótona y poco variada, el exceso de hidratos de carbono y las importantes carencias de lípidos y, sobre todo, de proteínas de origen animal; y las mejoras que fueron intro-

*Este trabajo forma parte de los proyectos de investigación: Ministerio de Energía y Competitividad, *Pasado y presente en España de los niveles de vida: salud, alimentación y sostenibilidad, siglos XIX y XX*, HAR 2016-76814-C2-1-P (AEI/FEDER UE) y AGAUR, *Biological living standards and indicators for inequality: Spain in the European context, 19th and 20th centuries*, 2017 SGR 614 GRC.

duciéndose a partir de principios del siglo XX, fruto de las evaluaciones y propuestas contemporáneas impulsadas reiteradamente por médicos e higienistas militares y por algunos mandos de unidades.

Palabras clave: Alimentación, Nutrición, Ejército, Acuartelamientos, España

Abstract: The nutrition of troops has been paid limited attention by military historians. Similarly, logistics, one of the key elements of which is the supply of food, has been more often than not sidelined by specialists in military history. The fighting qualities of any military force are determined by multiple factors, including the nutritional state of the men. The tasks that troops must undertake, both in barracks and military exercises and in campaign, require the men to take in sufficient energy and nutrients; recurrent shortcomings in caloric intake or an unbalanced diet will result in the diminution of the troops' physical abilities, an increased vulnerability to illness and, ultimately, a deterioration of their fighting qualities.

This article analyses the nutrition provided by Spanish barracks in the second half of the 19th century and the early years of the 20th century. The preparation and consumption of the mess, the purchase of the food and the cooking facilities used for their confection are studied, and the dietary composition of the meals is also examined, with special attention being paid to the meal's energy values and nutritional structure. The main chronic deficiencies of the system, such as poor hygiene and a defective design of the diet, which resulted in monotonous and repetitive meals, an excessive intake of carbohydrates and an insufficient intake of fat and, especially, animal proteins, are outlined. The article also explores measures implemented in the early 20th century in order to improve the situation, following the recommendations issued by military doctors and hygienists and some unit commanders.

Keywords: Feeding, Nutrition, Army, Barracks, Spain.

Para citar este artículo: Pedro FATJÓ GÓMEZ: “La alimentación de los soldados en el Ejército español, 1859-1914”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 7, N° 14 (2018), pp. 138-159.

Recibido: 13/05/2017

Aprobado: 06/04/2018

La alimentación de los soldados en el Ejército español, 1859-1914

Pedro Fatjó Gómez
Universitat Autònoma de Barcelona

Sobre la alimentación militar

La historia de la alimentación militar presenta un notable interés dada su naturaleza colectiva, que involucra a un gran número de varones de un grupo de edad delimitado, que van a consumir las mismas dietas durante un periodo prolongado de tiempo y que estarán dedicados a actividades que pueden exigir un elevado gasto energético al día y que requieren una adecuada ingesta de nutrientes.

La alimentación militar es fruto de un proceso de toma de decisiones jerarquizado que no obedece a las preferencias del consumidor y, en ocasiones, ni siquiera a sus necesidades nutricionales, sino a múltiples restricciones como, entre otras, las limitaciones presupuestarias, las capacidades organizativas y los específicos entornos institucionales de cada ejército, pero también la influencia de la geografía y del clima, especialmente en maniobras y en campaña. En situaciones de guerra y sobre todo en interrupciones de los flujos de suministros, los soldados siempre se han abastecido “viviendo sobre el terreno”, es decir, mediante compra directa, trueque, robo ocasional o saqueo sistemático ejercidos sobre las reservas de alimentos de la población civil en los territorios que atravesaban, ocupaban o en los que combatían. Y en circunstancias extremas, las tropas también han recurrido a alimentarse con productos que en otras condiciones no comerían nunca, como sus propios caballos u otras especies animales o vegetales consideradas normalmente como inadecuados para el consumo humano.¹ Así mismo, la cultura alimentaria de cada sociedad –tipología de alimentos, modalidades de cocinado, estructura de las comidas, tabúes alimenticios, etc.– se reflejará en la alimentación de sus soldados, aunque quedará subordinada a la logística y a las necesidades operativas.² Además, el contexto institucional de la alimentación militar facilita la introducción de innovaciones técnicas –como los alimentos envasados– que permiten la experimentación sin la incertidumbre del mercado abierto.³

¹ En el sitio de Chattanooga, en 1863, las tropas de la Unión se comieron en un mes 10.000 caballos y mulas; J.B. McCERLEY: “Feeding Billy Yank: Union rations between 1861 and 1865”, *Quartermaster Professional Bulletin*, December (1988), s.n. (http://old.qmfound.com/feeding_billy_yank.htm) (consultado por última vez el 13-03-2018).

² La difícil conjunción entre restricciones logísticas y hábitos culinarios: William C. DAVIS: *A Taste for War. The culinary history of the Blue and the Gray*, Lincoln-Londres, University of Nebraska Press, 2011.

³ Las experiencias con conservas fueron habituales en algunos ejércitos europeos a finales del siglo XIX: el ejército ruso, en 1884, alimentó a 11 oficiales y 400 soldados con conservas durante 27 días, a fin de

Sin embargo, desde la historiografía militar tradicional la atención prestada a la alimentación y a la logística que la integra ha sido escasa, y si bien en tiempos recientes ha mejorado su estudio,⁴ todavía en la actualidad ocupa una posición muy modesta en la producción académica.⁵ En el caso español los trabajos de esta índole son muy pocos, como lo demuestra la consulta de las publicaciones de referencia y de los congresos de Historia Militar.⁶

La alimentación militar también debe abordarse desde la historia general de la alimentación, que suministra marcos analíticos adecuados y es imprescindible para contextualizar en cada sociedad y época las prácticas alimentarias que le son propias, fruto de la confluencia dinámica a lo largo del tiempo de múltiples variables, como son el desarrollo económico, la distribución de la renta, los cambios en el sector primario y la oferta de alimentos, la tecnología alimentaria, el papel de las autoridades públicas, la acción de los colectivos sanitarios, las costumbres de los consumidores, etc.⁷

comprobar su viabilidad en campaña; Anónimo: "Experiencia rusa con conservas", *Revista Científico-Militar*, 9 (2ª serie):7 (1884), p. 125. El ejército alemán impulsó una experiencia similar en 1885, con una compañía de infantería, durante 15 días de marcha y ejercicios; Anónimo: "Experimento en la alimentación de los soldados en Alemania", *Revista Científico-Militar*, 10 (3ª serie):1 (1885), p. 297. Un ejemplo de las dificultades con la introducción de conservas: Martin BRUEGEL: "Un sacrifice de plus à demander au soldat: l'armée et l'introduction de la boîte de conserve dans l'alimentation française, 1872-1920", *Revue Historique*, 294:2 (1995), pp. 259-284.

⁴ Para la Antigüedad son imprescindibles: Paul ERDKAMP: *Hunger and the Sword. Warfare and food supply in Roman Republican wars (264-30 BC)*, Amsterdam, Gieben, 1998; Jonathan P. ROTH: *The Logistics of the Roman Army at War (264 bc-ad 235)*, Nueva York, The Trustees of Columbia University in the City of New York, 1999 y *Logistics of the Roman Army*, Nueva York, Brill, 2012. Para épocas más contemporáneas: Charles R. SHRADER: *United States Army Logistics 1775-1992, an Anthology*, (3 vols.), Washington, Center of Military History-US Army, 1997; Alan WEEKS: *Tea, Rum & Fags. Sustaining Tommy, 1914-18*, Stroud, The History Press, 2009; F.A. CAUNT y J.I.A. JONES: *The Soldiers Food*, Army Catering Corps, 1978; Janet MACDONALD: *From Boiled Beef of the Chicken Tikka. 500 Years of Feeding the British Army*, Londres, Frontline Books, 2014; Vijaya D. RAO: *Armies, wars, and their food*, Nueva Delhi, Cambridge University Press India Pvt. Ltd., 2012.; Martin van CREVELD: *Supplying War. Logistics from Wallenstein to Patton*, Cambridge, Cambridge University Press, 1977.

⁵ Ángel VIÑAS y Fernando PUELL DE LA VILLA (eds.): *La Historia Militar hoy: investigaciones y tendencias*, Madrid, Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado, 2014 y en Cristina BORREGUERO: "La historia militar en el contexto de las nuevas corrientes historiográficas. Una aproximación.", *Manuscripts. Revista d'Història Moderna*, 34 (2016), pp. 145-176.

⁶ José L. ISABEL SÁNCHEZ: "El rancho nuestro de cada día: una odisea del siglo XIX", *Revista de Historia Militar*, 38:77 (1994), pp. 107-154; J.M. GUERRERO: *El ejército español en campaña, 1643-1921*, Madrid, Almera, 1998; M^a Cecilia MORENO: "Alimentación militar durante los siglos XVIII y XIX", en Paulino CASTAÑEDA (coord.), *Las guerras en el primer tercio del siglo XIX en España y América. XII Jornadas Nacionales de Historia Militar*, Madrid, Deimos, 2005, pp. 147-171; Ángel S. CAPUCHINO: *Contribución al estudio del entorno higiénico-sanitario del soldado español (1849-1929)*, Tesis doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid, 2011. Luis A. ARCARAZ: "La alimentación del Ejército de Tierra en operaciones. La ración individual de combate", *Sanidad Militar*, 70:4 (2014), pp. 293-306. Pablo GONZÁLEZ-POLA, "La ración individual de campaña del soldado, una preocupación constante en la logística militar contemporánea", *III Congreso Internacional de Historia Militar, Las innovaciones tecnológicas aplicadas a la actividad bélica*, Segovia, 2016.

⁷ Son buenas introducciones a la historia de la alimentación y de la nutrición: Kenneth F. KIPLE y Kriemhild CONNEE: *The Cambridge World History of Food*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000; Jeffrey M. PILCHER (ed.): *The Oxford Handbook of Food History*, Oxford, Oxford University Press, 2012;

Sin entrar en antecedentes históricos que no son objeto de este trabajo, con la industrialización se producirá una transformación de la alimentación militar: el aumento del tamaño de los ejércitos demandará la disposición de servicios de aprovisionamiento estables y de una adecuada planificación logística. El surgimiento de las tecnologías de envasado y refrigeración,⁸ de nuevos procesos industriales de elaboración y de distribución a gran escala, tendrán su influencia en el aprovisionamiento de las tropas.⁹ Así mismo, la mejora de los conocimientos médico-sanitarios sobre la alimentación, como la composición nutricional de los alimentos o las relaciones entre alimentación y enfermedad, empezará a incidir en el diseño de las dietas militares.¹⁰

Desde mediados del siglo XIX la diversidad de escenarios en los que se ha desarrollado la alimentación militar occidental puede sintetizarse en: colectiva en acuartelamientos fijos (en paz o en guerra) o en posiciones estables en campaña; colectiva en campamentos provisionales en maniobras o posiciones fijas en campaña; individual con raciones de campaña y alimentación colectiva o individual no regular.

En el primer escenario la alimentación tendería a presentarse en las condiciones más óptimas posibles, dada la posibilidad de disponer de una infraestructura estable para los servicios de alimentación de la tropa y el proceso de adquisición de los alimentos podrá estar mejor planificado, aunque todo dependería muy estrechamente del nivel de desarrollo económico de cada país, de los presupuestos militares y de las prioridades que determinaban su distribución, de la eficacia organizativa y logística, además de la atención prestada por los mandos militares a este asunto; pero hay que subrayar que las posiciones estables en condiciones bélicas no acostumbrarían a ofrecer las mismas posibilidades de los acuartelamientos. En el caso de campamentos provisionales en tiempo de paz o de guerra, las circunstancias serán notablemente diferentes, sobre todo en guerra; se utilizarán cocinas de campaña, la tipología de alimentos podrá verse afectada y no sería raro su adquisición dentro del ámbito geográfico en el que se opera, sometándose la alimentación del soldado a restricciones que no estarían presentes en los acuartelamientos fijos. Las raciones de campaña iban dirigidas a garantizar un adecuado suministro de alimentos al soldado pero se verían

Kyri W. CLAFLIN y Peter SCHOLLIERS (eds.): *Writing food history: a global perspective*, Nueva York, Berg, 2012.

⁸ Los médicos e higienistas militares españoles no permanecieron al margen de los avances en el campo de los alimentos envasados: Eduardo ARISTOY: *Estudio de las conservas alimenticias bajo el punto de vista higiénico militar*, Madrid, Imprenta y Litografía del Depósito de la Guerra, 1889.

⁹ Una muestra en España fue el trabajo de Eduardo MÍNGUEZ: *Ejecución industrial del servicio de subsistencias militares*, Madrid, Imprenta de Cuerpo Administrativo del Ejército, 1880.

¹⁰ La literatura médico-militar española abordaba estas cuestiones de forma habitual, sirvan de muestra: José REIG: "Determinar el influjo que ejerce en la génesis de las enfermedades una alimentación insuficiente y sus consecuencias en el soldado para los actos del servicio militar", *La Gaceta de Sanidad Militar*, 188 (1882), pp. 539-549 y 189 (1882), pp. 570-573. Juan ALCALDE: "Influencia de la alimentación del soldado en el desarrollo de los procesos crónicos de pulmón", *La Gaceta de Sanidad Militar*, 214 (1883), pp. 609-614; H.K. ALLPORT: "Memorándum de higiene para los soldados", *Revista de Sanidad Militar y la Medicina Militar Española*, 2:2 (1908), pp. 36-43, 2:4 (1908), pp. 87-90 y 2:5 (1908), pp. 104-114.

sometidas a importantes restricciones, sobre todo por razones de volumen y peso, pero también de envasado, conservación y manipulación. Por definición, esta variedad de alimentación militar aspiraba siempre a ser provisional, para periodos de pocos días y más bien como raciones de reserva que sólo se consumían en el supuesto de interrupción temporal de las líneas regulares de suministros.

Estas páginas se centrarán en la alimentación en acuartelamientos peninsulares en tiempo de paz, excluyendo las guarniciones africanas y las de ultramar, que dadas sus particulares condiciones junto a la actividad bélica que protagonizaron en diversos momentos del periodo, exigirían un estudio específico. Por eso mismo no abordo deliberadamente la alimentación en situaciones de guerra, es decir, ni las dietas en posiciones o campamentos estables o provisionales, ni las raciones de marcha o campaña, al considerar que en el estudio de la alimentación de las tropas en estas situaciones es imprescindible incorporar la problemática logística (organización de los servicios de intendencia, medios de transporte disponibles, capacidades de almacenaje, distribución efectiva en condiciones operativas, etc.), dadas las importantes restricciones que imponen las operaciones bélicas a los flujos de suministros.¹¹

El trabajo forma parte de un proyecto de investigación que aspira a contribuir a la construcción de la historia de la alimentación militar en las fuerzas armadas españolas entre 1850 y 1975 y ofrece algunos de los primeros resultados provisionales obtenidos hasta el momento.¹² La fijación del marco temporal del trabajo, 1859-1914, obedece a la disponibilidad de información, algo dispersa por su naturaleza (documentos de archivo y bibliografía contemporánea del periodo), que no ofrece una continuidad cronológica completa para esos años y porque, por el momento, carezco de datos desde 1915 a 1931, laguna que requerirá una nueva fase de búsqueda de información en archivos militares españoles.

¹¹ Hay que ser muy prudente con el valor que se da a los valores energéticos y nutricionales de las raciones de campaña en contextos bélicos, puesto que las dificultades de orden logístico podían traducirse en dietas totalmente distintas de las previsiones oficiales. La ración de etapa del ejército español en Cuba, en 1895, era de 3500 kcal., y consistía en pan, tocino, arroz o garbanzos, vino, aguardiente, sal, azúcar y café, pero los soldados que defendieron Santiago en 1898 sólo contaban con galleta y arroz: Estado Mayor General-Ejército de Operaciones de Cuba, *Orden General del Ejército del día 17 de Mayo de 1895, en La Habana*, Archivo General Militar (AGM) de Segovia, 2ª/15ª/leg. 74, s.n.; J.M. GUERRERO ACOSTA: op. cit. pp. 66-67. Estos problemas no eran exclusivos del ejército español como, entre otras muchas, muestran la experiencia británica en la campaña de Abisinia en 1868 o la estadounidense en la misma guerra de Cuba de 1898: F.A. CAUNT y J.I.A. JONES: op. cit. pp. 20-21, Ronert D. PAULUS: "From Santiago to Manila: Spanish-American War logistics", *Army Logistician. Professional Bulletin of United States Army Logistics*, 30:4 (1998), s.n. Un excelente estudio de la complejidad logística que requiere aprovisionar a un ejército en campaña en A.D. Bolland: *Sinews of War. The Logistical Battle to Keep the 53rd Welsh Division on the Move During Operation Overlord*, Croydong, Pen & Sword Military, 2017.

¹² El proyecto incluye el análisis de las relaciones entre alimentación y salud de las tropas, véase: Roser NICOLAU y Pedro FATJÓ: "Morbilidad y mortalidad de los soldados del Ejército español, 1886-1933", *Asclepio. Revista de Historia de la Medicina y de la Ciencia*, 68:1 (2016), pp. 129-148.

Exigencias de la alimentación militar

¿Cuáles son las necesidades energéticas y nutricionales de un soldado, tanto en tiempo de paz como en maniobras o en situación de guerra? Para el caso de las fuerzas armadas españolas contamos con varias recomendaciones oficiales de referencia: a principios de los años treinta el Instituto de Higiene Militar había recomendado una ingesta energética por hombre y día de 3405 o 3485 kcal., en situaciones de campaña o de maniobras y de 3150 kcal. para el soldado de guarnición en época de paz;¹³ en 1947, se consideraba apropiada una ingesta energética para los soldados de guarnición de 3.300 kcal. y de 4.000 en maniobras y en campaña;¹⁴ en 1968 se establecía que el nivel medio debía ser de 3400 kcal., cifra a la que se debían añadir determinados aumentos proporcionales a la intensidad de la actividad física del soldado o marinero y a las condiciones climáticas;¹⁵ en 1983, las necesidades energéticas se ordenaban en actividades moderadas para las que se recomendaba una ración de 3.000, situaciones muy activas que requerían una ración de 3.500 y situaciones excepcionalmente activas, en que el aporte energético debía ser de 4.000.¹⁶ Así pues, cabe considerar que para los soldados en servicios de guarnición con una actividad física baja o moderada el aporte energético debería moverse entre 3.000 y 3.500 kcal. diarias, al ser habitual que un soldado combine en un mismo día tareas poco intensas, como servicios de mantenimiento o administrativos, con otras más exigentes, como la instrucción en formación o la gimnasia. En marchas, maniobras o en caso de guerra la ración no debería bajar de las 4.000 kcal.

¿Qué valores calculaban los contemporáneos como adecuados para estas diversas situaciones? La documentación emanada de los organismos oficiales se limitaba a enumerar cantidades de alimentos, en peso bruto, sin excluir el desperdicio. Sin embargo, contamos con alguna información más precisa: en 1893, Hernández Poggio, inspector de Sanidad Militar, recomendaba para un ejercicio físico intenso un total diario de 95 gr. de grasa, 165 gr. de proteínas y 665 gr. de hidratos de carbono, es decir, 4.000 kcal., una cifra similar a la considerada adecuada en la actualidad.¹⁷ El mismo año, Siervent Jackson, médico de la Armada, ponía como modelos ranchos que aportaban entre 3.350 y 3.600 kcal.¹⁸ En un estudio realizado por los alumnos de la Academia Médico-Militar, durante el curso 1898-1899, se proponían ranchos

¹³ Por el momento no he podido localizar el documento original de forma que el dato procede de: Archivo Histórico del Ejército del Aire (AHEA), Sección 2ª/15ª Subsistencias, leg. 967/9, s.n.

¹⁴ L. RUÍZ HERNÁNDEZ: *Manual de Alimentación del Soldado*, Madrid, Gran Capitán, 1947, p. 50.

¹⁵ Alto Estado Mayor: *Manual de Alimentación de las Fuerzas Armadas*, Madrid, Imprenta del Servicio Geográfico del Ejército, 1968, pp. 25-26.

¹⁶ Ministerio de Defensa: *Manual de Alimentación de las FAS*, vol. 1, Madrid, Talleres del Servicio Geográfico del Ejército, 1983, pp. 68-69.

¹⁷ Ramón HERNÁNDEZ POGGIO: "La salud del soldado. Cartas al coronel de un regimiento acerca de la higiene del soldado", *Revista Científico Militar*, 19:4 (1893), p. 310.

¹⁸ José SIEVERT JACKSON: *La alimentación del soldado*, San Fernando, Estado Mayor de la Capitanía General, 1893, pp. 9-54 y 60-62.

con un aporte energético que oscilaba entre las 3.200 y las 3.500 kcal. diarias.¹⁹ Es decir, una ingesta calórica que estaría dentro del mismo orden de magnitud que la considerada como apropiada en el siglo XX.

Condicionantes de la elaboración de los ranchos

La primera cuestión relevante es el procedimiento de adquisición de los alimentos. Hasta la década de 1860 el pan era suministrado por contratistas particulares, aunque desconozco las condiciones de los contratos y si se establecían con cada unidad –regimiento o batallón–, al nivel de región militar o con el conjunto de guarniciones urbanas en su caso. El pan era de pésima calidad y solía estar adulterado con sustancias nocivas; la calidad mejoró desde que en 1864 el cuerpo de Administración Militar se hizo cargo de elaborarlo en sus propios establecimientos o de contratar factorías privadas sometidas a las condiciones impuestas por dicha administración.²⁰ A partir de 1884 se detallarán reglas para la confección y presentación de las raciones, siempre de 700 gr. teóricos: forma de barra de 25 cm. de longitud, 9 de ancho y 7 de alto y un peso después de cocido de no menos de 650 gr.²¹

Los demás alimentos que integraban los ranchos eran adquiridos por las propias unidades a tenderos, sin intervención de órganos superiores; estos contratos de suministros se establecían por regimientos o batallones y, después, cada compañía, escuadrón o batería elaboraba su propio rancho a partir de los alimentos incluidos en los contratos. El procedimiento oficial para la compra de alimentos y la confección de los ranchos se promulgó en 1869, con algún cambio menor introducido en 1877.²² El sistema era muy criticado por los fraudes a que daba lugar y que afectaban a la calidad y a la cantidad de alimentos, por connivencia de furrieles y comerciantes. Se venían denunciando de forma reiterada por los mandos de las unidades, como en una memoria de 1869, escrita por el teniente coronel al mando de un batallón de cazadores: «los contratistas de suministros de víveres a las tropas, en todas partes llegan a ser ricos a los pocos años», señalado además que la oposición a cualquiera cambio en el sistema de compra provendría de sargentos, furrieles y tenderos.²³ A fin de mejorar el control del número de plazas de rancho y de las cantidades efectivas de alimentos distribuidas, en 1901 se introdujo un nuevo formulario más detallado en las libretas de rancho,

¹⁹ Manuel MARTÍN Y SALAZAR (dr.): *La alimentación del soldado en los cuerpos de la guarnición de Madrid*, Madrid, Imprenta del Cuerpo de Administración Militar, 1900, pp. 127-130.

²⁰ José L. ISABEL SÁNCHEZ: op. cit. pp. 119-120.

²¹ Alejandro de BACARDÍ: *Diccionario de legislación militar*, Tomo IV, Barcelona, Establecimiento Tipográfico de los sucesores de Narciso Ramírez y Cia., 1886, pp. 254-255.

²² *Ibidem*, pp. 263-265.

²³ Manuel SALAMANCA: “Memoria sobre ranchos dirigida al Excmo. Sr. Director general del arma por el Teniente Coronel primer Gefe del Batallón Cazadores de Barbastro, número 4, don Manuel Salamanca y Negrete, de que se hace mérito en la circular núm. 486, del Memorial del arma, núm. 24”, *Memorial de Infantería*, nº 26 (2ª época), (1869), pp. 524-525. Años después, las quejas eran las mismas: Emilio PÉREZ NOGUERA: (1891), *La alimentación del soldado. Apuntes de higiene militar*, Madrid, Establecimiento Tipográfico de R. Jaramillo y C^a, 1891, p. 20.

que requería la firma del comandante mayor, del oficial de servicio y del capitán y sargento encargados de la cocina.²⁴ La adulteración de los alimentos o el suministro de los mismos en mal estado podían llegar a afectar a la salud de la tropa.²⁵ Las sugerencias de que la Administración militar asumiera el suministro de al menos de una parte de los alimentos o de los consumidos con mayor frecuencia no llegaron a prosperar.²⁶

Además de estos problemas, el coste de las subsistencias era de especial gravedad: los elevados precios a que se compraban los alimentos y la disparidad territorial de los mismos se sumaban a la limitada cuantía de la parte del haber del soldado asignada a la alimentación,²⁷ lo que incidía en la variedad y cantidad de los alimentos que componían los ranchos. Las lamentaciones sobre la insuficiencia de la asignación eran una constante de todos los tratadistas, que coincidían en que no era posible mejorar las cualidades nutricionales de los ranchos sin aumentar los recursos destinados a ello.²⁸ Los propios mandos de las unidades del Ejército eran conscientes del problema y de entre algunos de ellos surgirán iniciativas destinadas a afrontarlo, como la impulsada por jefes y oficiales de diversos regimientos y batallones de la guarnición de Madrid para constituir una cooperativa militar de compra de alimentos, con la idea de que al centralizarla se conseguirían mejores precios y una mayor variedad de productos. El proyecto de reglamento de la cooperativa fue elaborado por una comisión presidida por el coronel jefe del Regimiento de Infantería Asturias y en el mismo y entre otros puntos se indicaba que «La cooperativa adquirirá la carne por gestión directa del Matadero, comprando sólo cuartos delanteros y cabezas de buey o vaca, así como carnes de ovejas en canal...»; también incluía una larga relación de alimentos que deberían estar disponibles en los almacenes de la cooperativa, incluyendo latas de pimientos, de sardinas y de tomate, además de café, vino y aguardiente.²⁹

²⁴ *Diario Oficial del Ministerio de la Guerra*, Año XIV, n° 260 (1901), pp. 564-566.

²⁵ Ramón HERNÁNDEZ POGGIO: op. cit. 463-466. Véase la intoxicación alimentaria en el regimiento de infantería *Baleares*, en octubre de 1900, por un racho que incluyó carne o verduras en mal estado, AGM de Segovia, 2ª/14ª/Leg. 9, s.n.

²⁶ José MAMELY NAVAS: “Ventajas e inconvenientes de la actual alimentación del soldado. Determinación de un plan alimenticio en que entren los principios nitrogenados y los hidro-carbonados en las proporciones prescritas por los modernos higienistas”, *La Gaceta de Sanidad Militar*, n° 183 (1882), pp. 412-416; el autor indica lo mismo que Hernández Poggio o Pérez Noguera, el traspaso a la intendencia del ejército la adquisición de los suministros. La corrupción en el suministro de alimentos era un mal endémico en muchos ejércitos y no una particularidad española; en el Reino Unido se reformó el sistema en 1869, con la creación del Army Service Corps, pero los problemas de la baja calidad de los alimentos y precios artificiosamente altos, continuaron: Maria CROSS: “Armed Forces” en M. CROSS y Barbara MACDONALD: *Nutrition in Institutions*, Oxford, Wiley-Blackwell, 2009, p. 365.

²⁷ Hasta principios de la década de 1890 la cifra era de 39 cts. según José SIEVERT: op. cit. p. 36. En la década de 1890, era 42 cts. en los regimientos de infantería, ingenieros, artillería a pie y batallones de cazadores, y de 45 cts. en los regimientos de caballería y de artillería montada, según Emilio PÉREZ NOGUERA: op. cit. p. 20.

²⁸ En Julio de 1904 se inició un expediente para estudiar la ración alimentaria de guarnición y su coste, en relación al haber del soldado; la responsabilidad era de la Junta Facultativa de Administración Militar, aunque desconozco las conclusiones del expediente; ADMS, 2ª/15ª/Leg. 70, s.n. *Real Orden de 16 de Diciembre de 1904*, n° 254.

²⁹ AGMS, 2ª/15ª/Leg. 70, Real Orden de 6 de febrero de 1905 por la que se autoriza la creación de una cooperativa militar para la adquisición de alimentos para la guarnición de Madrid; p. 5. En el ejército

Los horarios de las comidas eran otro motivo de preocupación, tanto para médicos e higienistas como para los mandos de unidades. Los soldados recibían dos ranchos al día, a las 09'00 h. el primero y a las 17'00 horas el segundo. No había desayuno y pasaban demasiadas horas entre el rancho de la tarde y el de la mañana del día siguiente, lo que comportaba frecuentes desmayos entre la tropa en las primeras horas del día, al iniciar en ayunas las formaciones y las actividades de instrucción.³⁰ Habrá que esperar hasta el año 1885 para que se introduzca el desayuno, que debía consistir en una sopa de ajo que contenía 60 gr. de pan y 10 ml. de aceite por plaza y 50 gr. de sal, 10 de pimentón y una cabeza de ajos para cada 20 soldados,³¹ pero presumo que todavía a finales del siglo XIX y principios del XX no era de aplicación efectiva en muchas unidades.³²

De todas formas, los horarios de las comidas continuaron siendo un problema mal solucionado hasta entrado el siglo XX y su mejora fue fruto del esfuerzo de los jefes de diversas unidades del Ejército. En 1908, en la 3ª Región Militar se introducirán unos nuevos horarios: desayuno a las 08'00, almuerzo a las 12'00 h. y cena a las 20'00 h. Los mandos, por propia iniciativa, decidieron hacer la experiencia con resultados que consideraron positivos en términos generales, si bien se quejaban del escaso valor de la asignación para el desayuno (4'5 cts.) o de la ausencia de carne en las cenas.³³ Por ejemplo, el oficial al mando de una de las unidades, entre otros, expresaba una valoración positiva de la medida pero se quejaba de que el desayuno no era adecuado dadas las exigencias físicas de las actividades habituales por las mañanas.³⁴

El cocinado de los ranchos suponía otro problema relevante. Se cocinaba por compañías,³⁵ siendo la práctica más extendida la cocción en grandes ollas en locales que no estaban acondicionados para esa función; el resultado es que las "cocinas" estaban ubicadas en locales mal ventilados, cercanos a los basureros y letrinas de los acuartelamientos; con frecuencia estaban encharcados, carecían de sistemas de evacuación de aguas sucias, equipadas

británico, en 1894 y por iniciativa de diversos oficiales se creó la Canteen and Mess Co-operative Society, cuyos beneficios se dedicaban a mejorar las cantinas de la tropa, M. CROSS, op. cit. p. 366.

³⁰ En 1859 ya se señalaba que: «teniendo el soldado que asistir en ayunas a la revista de policía y otros actos que requieren una prolongada estancia vertical, la debilidad propia del que no ha comido desde la tarde anterior, ha de producir inevitablemente esos vaídos que son tan frecuentes.», Nicasio de LAUDA: *Memoria sobre la alimentación del soldado, necesidad de mejorarla y reglas que deben observarse para la confección de los ranchos en guarnición y en campaña*, Madrid, Imprenta de Manuel Álvarez, 1859, p. 8.

³¹ José SIEVERT: op. cit. p. 42.

³² En 1906 todavía se estudiaba un café con leche como desayuno, según una propuesta manuscrita sobre el tema: Saturnio CAMBRONERO: *Tabloides de café con leche para desayuno de la tropa*, Palma de Mallorca, 1906, <http://bibliotecavirtualdefensa.es/BVMDefensa/i18n/consulta/registro.cmd?id=38823> (consultado por última vez el 8-05-2017).

³³ AGM de Segovia, 2ª/15ª/Leg. 70, sn. Las unidades implicadas fueron el 8º y el 11º rgotos. de Artillería Montada; los 22º y 14º rgotos. de Caballería; los 13º, 20º, 33º, 49º y 51º rgotos. de infantería y el de Infantería de la Princesa; el 7º rgoto. de Ingenieros; el 64ª rgoto. de artillería de campaña; la 3ª Compañía de la Brigada de Sanidad Militar y la 3ª Comandancia de Tropas de Administración Militar.

³⁴ Informe del coronel Ignacio Aragonés, del 8º Regimiento de Artillería Montada, del 28 de Abril de 1908, AGM de Segovia, 2ª/15ª/Leg. 70, sn.

³⁵ José SIEVERT: op. cit. pp. 36-37.

tan sólo con marmitas y cazos; además, los soldados rancheros solían ser los más sucios³⁶ y no se contaba con personal instruido en las tareas de cocina.³⁷ Pese a que se había legislado sobre las condiciones y obligaciones de los servicios de rancho y del personal asignado,³⁸ en la mayoría de las unidades no se aplicaba la normativa, lo que pone en evidencia la desidia de los mandos regimentales y su desinterés por la alimentación de los soldados y por la higiene alimentaria.³⁹ A efectos prácticos, "cocinar" no era más que introducir los alimentos en un recipiente en el que se les sometía a un proceso de cocción que podía durar muchas horas –desde la noche hasta el amanecer–, convirtiendo el conjunto original de alimentos en una masa pastosa, apelmazada, indistinguible en cuanto a las substancias que la componían y de sabor incierto.⁴⁰ No existían comedores y la práctica habitual es que los soldados comiesen sentados en el suelo de los patios o sobre sus camastros en los dormitorios.⁴¹

En 1904 la Junta de Municionamiento y Material de Transportes de las Fuerzas en Campaña, puso en marcha un estudio «para la confección de los ranchos, por regimiento, batallón, compañía, escuadrón y batería y sus fracciones...»; el informe final se emitió el 15 de Diciembre de 1905, estableciendo los modelos de cocinas y de ollas que deberían utilizarse en adelante en los cuarteles;⁴² aunque por ahora desconozco cuándo y de qué forma se empezaron a poner en práctica dichas propuestas, hay que subrayar que sí suponía un cambio relevante en las condiciones materiales de la confección de los ranchos, al poner en evidencia la toma de conciencia del problema por parte de las autoridades militares y la búsqueda de soluciones. En este sentido, los autores del informe señalaban que el Reglamento de Uniformidad de 18 de Agosto de 1886 se incumplió sistemáticamente, de forma que cada unidad había adquirido sus materiales de cocina, en las variantes llamadas “económicas”, por su propia cuenta y criterio particular;⁴³ lo que aconseja prudencia en cuanto al alcance efectivo de las recomendaciones de este informe de 1905.

³⁶ Pese a las peticiones para la creación de un cuerpo de cocineros profesionales, los ranchos siguieron en manos de soldados sin cualificación ninguna, J.M. MASSONS: *Historia de la sanidad militar española*, Barcelona, Pomares-Corredor, 1994, p. 277.

³⁷ Ramón HERNÁNDEZ POGGIO: op. cit., pp. 164-165, 232.

³⁸ Alejandro de BACARDÍ: op. cit. pp. 261-263.

³⁹ El ejército francés tenía el mismo problema de falta de higiene en la confección de los ranchos; *Revista Científico-Militar*, 32:3 (1907), pp. 155-159. En cambio, el ejército británico había apostado por una formación cualificada para los cocineros del ejército, a raíz de la desastrosa experiencia de la Guerra de Crimea, Neil HILL et al.: “Military nutrition: maintaining health and rebuilding injured tissue”, *Philosophical Transactions of the Royal Society B*, 366 (2011), pp. 232. En 1883 se creó una escuela de cocina militar para sargentos, la Army Cookery School, en el acuartelamiento de Salamanca Barracks, en Aldershot; F.A. CAUNT y J.I.A. JONES: op. cit. p. 22.

⁴⁰ José L. ISABEL SÁNCHEZ: op. cit. p. 111.

⁴¹ Pese a que el régimen interior vigente desde 1896 detallaba todo lo relacionado con la alimentación de la tropa, es obvio que muchos de sus artículos no tenían aplicación práctica, Ministerio de la Guerra, *Reglamento provisional para el detalle y régimen interior de los cuerpos del Ejército*, Madrid, Imprenta y Litografía del Depósito de la Guerra, 1896, pp. 54-65.

⁴² AGMS, 2ª/15ª/Leg. 70, *Informe de la Junta de Municionamiento y Material de Transporte de las fuerzas en campaña, acerca del material que considera más conveniente para la confección de ranchos*.

⁴³ *Ibidem*, pp. 1-2.

Qué comían los soldados españoles

Para reconstruir la alimentación de los soldados en el Ejército español en el periodo estudiado, he recurrido a los ranchos distribuidos en los acuartelamientos de las diversas unidades de las que ha sido posible obtener datos. Es necesario plantearse el grado de fiabilidad de esta clase de información, puesto que, como hemos visto antes, el fraude en los precios y en las cantidades de los suministros, fruto de la complicidad de tenderos y furrieles, parece haber sido una práctica muy extendida. Desgraciadamente, no existe forma de saber con precisión las dimensiones de esta clase de fraude y, en consecuencia, desconozco si las cifras que aparecen en las relaciones de ranchos eran ajustadas a la realidad o si camuflaban una parte de dicha defraudación. Es probable que la trampa se centrara en los precios de los productos —como apuntaban los impulsores de la cooperativa de compra de alimentos para la guarnición de Madrid en febrero de 1905 y afirmaban otros autores mencionados en páginas anteriores—, y en las cantidades compradas a los suministradores, que serían así mayores que las realmente entradas en los almacenes de los regimientos, de forma que cabe suponer que las cantidades de cada alimento consignadas en las libretas de ranchos sí se correspondían con la realidad de lo que se cocinaba para la tropa. Pero insisto en la imposibilidad de ir más allá de esta hipótesis, al menos con las evidencias por ahora disponibles.

Para la cuantificación del aporte energético y nutricional de los ranchos se debe tener en consideración una cuestión metodológica relevante: el peso de cada alimento en bruto; por ejemplo, la carne de vaca incluía el hueso u otras partes poco aprovechables, las patatas se pesaban con piel, el pescado entero o las verduras sin limpiar. Ciertamente, es prácticamente imposible saber qué parte y proporción de cada alimento era desechada en aquellas décadas de finales del siglo XIX y principios del XX, salvo que se conociesen de manera detallada las prácticas culinarias habituales en el ejército en esos años. Si no se resta el desperdicio estaríamos sobrevalorando las cantidades de los alimentos servidos y de los macronutrientes respectivos. A fin de paliar en lo posible esta clase de error, he optado por utilizar como referencia para calcular las proporciones de desperdicio en cada alimento las cifras que proporciona uno de los manuales de alimentación vigentes hasta hace poco tiempo en las fuerzas armadas.⁴⁴ Así he calculado un desperdicio del 21% para la carne de vaca; para el jamón en todas las variantes, salvo huesos, ha descontado el 13%; para la carne de cerdo el 23%, considerándola de 2ª clase; en el caso del pescado, del 30% para el bacalao, dando por sentado que era en salazón, y del 50% para la merluza; para los moluscos, del 75%; para las patatas, el 15% de peso perdido en el pelado. En los casos de las legumbres y de los embutidos y despojos de cerdo, he considerado nulo el desperdicio, tal como se indica en el referido manual.⁴⁵

⁴⁴ Ministerio de Defensa: *Manual de Alimentación de las FAS, vol. 2, Tablas de composición de alimentos*, Madrid, Talleres del Servicio Geográfico del Ejército, 1983.

⁴⁵ *Ibidem.*, pp. 26, 31, 38, 82, 86, 89 y 151.

De esta forma, las cifras que aparecen en los diversos cuadros que se exponen en las siguientes páginas, tanto de gramos de alimentos como de gramos de macronutrientes, han sido redondeadas, eliminando los decimales, a fin de evitar una falsa impresión de precisión absoluta y facilitar la lectura de la información. Para el cálculo de los macronutrientes me he basado en una de las tablas de composición de alimentos de referencia,⁴⁶ además del Manual de Alimentación de las Fuerzas Armadas citado. Y los factores de conversión de los gramos de macronutrientes en kcal. han sido de 3'75 para los hidratos de carbono, 9 para los lípidos, 4 para las proteínas y 7 para el alcohol.

He localizado un total de 145 ranchos para todo el período, aunque la distribución no es homogénea: 31 ranchos para los años comprendidos entre 1859 y 1893 y 115 ranchos para los primeros años del siglo XX, entre 1900 y 1914. La ordenación del material disponible en dos fases cronológicas obedece a los cambios que se observan en torno a 1900 y que parecen dibujar una significativa variación en la problemática de la alimentación militar en España, al menos entre las unidades de guarnición en el territorio peninsular.

La normativa sobre composición de los ranchos más antigua que he identificado es la Circular n.º 486 emitida por la Dirección General de Infantería el 12 de Julio de 1869,⁴⁷ que fue seguida de nuevas circulares promulgadas el 22 de Febrero de 1877, el 13 de Septiembre, y el 7 y 19 de Octubre de 1880;⁴⁸ esta última todavía seguía vigente en la década de 1890.⁴⁹ La normativa de 1869 diseñaba dos modelos de ranchos diarios: uno fijo de mañana, y dos variantes de tarde, cocido o estofado; la de mañana debía componerse de tocino, patatas y garbanzos, mientras que las de la tarde tenían que incluir 114 gr. de carne de vaca y, en combinaciones variables según fuesen de cocido o de estofado, garbanzos o patatas, tocino, fideos, verduras, aceite y vino. Esta normativa se siguió de forma incompleta y con múltiples variantes en las distintas unidades del Ejército, por lo que su alcance real fue más bien orientativo.

Al final del texto, he sintetizado toda la información reunida sobre la composición de los ranchos: tipología de alimentos y presencia y distribución de macronutrientes. En las tablas 1 y 2 se exponen la relación de los alimentos y de sus respectivas cantidades en peso bruto, sin descontar el desperdicio, tal como aparecían en las fuentes originales, bien en unos casos como media aritmética cuando se trata de varios ranchos distribuidos en días distintos en una misma unidad, bien en otros casos como ranchos diarios únicos.

La variedad de alimentos durante esos años de 1859-1914 era bastante limitada, aunque puede diferenciarse entre el periodo de 1859-1893 y el de 1900-1914. En el primero, para los 31 ranchos disponibles de 11 regimientos, se registran 18 alimentos distintos, si bien la

⁴⁶ Olga MOREIRAS, Ángeles CARVAJAL y Luisa CABRERA: *Tablas de composición de alimentos*, Madrid, Pirámide, 1997 (3ª ed.).

⁴⁷ *Memorial de Infantería*, n.º 24 (2ª época), (1869), pp. 481-484.

⁴⁸ Estas circulares no alteraron la composición alimenticia de los ranchos establecida en 1869, que además se extendió a las armas de Caballería y de Artillería; Alejandro de BACARDÍ: op. cit. pp. 264-267.

⁴⁹ José SIEVERT: op. cit., pp. 40.

frecuencia de cada uno de ellos es muy diferente. Por supuesto el pan estaba siempre presente, normalmente en 700 gr., pese a alguna excepción con cuantías menores, como sucedía con los dos ranchos de 1859, en el del regimiento *Lanceros de la Reina* de 1882 y con los seis ranchos de la Infantería de Marina de San Fernando, en 1893; por ahora, no tengo explicación de estas diferencias en el peso de la ración de pan. Patatas (31), garbanzos (28) y tocino (29) son los otros componentes que vemos en todos o casi todos los ranchos. Las judías (12), el arroz (13) y los fideos (13) también pueden considerarse como habituales, pero en menos ocasiones que los anteriores. La carne de vaca se contabiliza en 22 casos. En cambio, la presencia de otros ingredientes es ocasional, como se ve con el chorizo (5), la morcilla (1) y los callos (1). Entre los pescados sólo encontramos el bacalao (4). Además, el uso de grasas como aceite (8), suponemos de oliva o manteca de cerdo (6), es bastante escasa. El vino se registra en un caso y sólo vemos café y azúcar en los seis ranchos de la Infantería de Marina. La falta de verduras y de hortalizas es total.

Para los años de 1900-1914, la muestra es de 115 ranchos, de los que 102 corresponden 26 unidades de la guarnición de Madrid (infantería, cazadores, artillería a pie y montada, caballería e ingenieros), recopilados por los alumnos de la Academia Médico-Militar durante el curso 1898-99,⁵⁰ y los restantes a otras 13 unidades. Se detecta un primer cambio, el aumento en la variedad de alimentos utilizados en la confección de los ranchos: un total de 30 alimentos diferentes, por encima de la del periodo precedente que era de 18. La ración de pan no faltaba nunca, además de como pan de sopa y en una sola ocasión en la forma de panecillos. De nuevo las patatas eran omnipresentes en todos los ranchos sin una sola excepción; los garbanzos también en casi todos los casos (106), igual que el tocino (104). Otros alimentos ya se utilizaban con anterioridad, pero se harán más habituales en estos primeros años del siglo XX, alcanzando proporciones mayores: como las judías (66), el arroz (91) o el aceite (83). Así mismo, surgen alimentos ausentes por completo hasta entonces, como salchichas (17), carne de cerdo (3) y diversas variantes de despojos de cerdo (14), jamón (16) y, de forma excepcional, salchichón (1), merluza (1) o almejas (3) y verduras (4). El café y el azúcar se convierten en productos habituales (67), lo que indica una cierta generalización de los desayunos. Por último, hay un elemento común a todos los ranchos desde 1859: la total ausencia de postres, sin una sola excepción, ya que no estaban previstos.

En comparación con otros ejércitos europeos, la variedad de alimentos de los ranchos españoles no era muy diferente de lo que comían los soldados de Bélgica, Italia o Austria-Hungría,⁵¹ pero sí menos variada que la de los del Reino Unido, Francia, Holanda, Alemania y EE.UU. En 1881, la ración del soldado holandés estaba integrada por pan, patatas o guisantes

⁵⁰ Manuel MARTÍN Y SALAZAR (dir.): *La alimentación del soldado en los cuerpos de la guarnición de Madrid*, Madrid, Imprenta del Cuerpo de Administración Militar, 1900.

⁵¹ El ejército italiano introdujo el café y el azúcar en forma de 40 raciones anuales en 1887 y como ración diaria desde enero de 1892 (10 gr. de café y 15 de azúcar); *Revista Científico-Militar*, 12:4 (1887), p. 182 y (1892), 18:3, p. 608.

o arroz, con gran variación en las carnes: vaca, cerdo, carnero y sardinas frescas o secas.⁵² En el mismo año, el soldado francés recibía pan y carne, judías o habas y zanahorias o nabos o coles; poca variedad pero contaba con verduras y hortalizas. En el ejército alemán, en 1884, los ingredientes más habituales eran: carne de cerdo, de vaca, de carnero, de buey, tocino, salchichón y, en alguna guarnición, arenques; patatas, judías, lentejas, arroz, sémola, guisantes, col, zanahorias, manteca fresca de cerdo y pasta de sopa, siendo el pan siempre de centeno, y un desayuno de café con leche.⁵³ A principios de la década de 1870 el soldado británico comía pan, carne de vaca o de buey, patatas, legumbres, además de leche, café y té. En 1882 el desayuno se componía de café con leche y azúcar; el almuerzo —a las 12'00 h.— consistía en carne de buey o de carnero, patatas y lentejas o judías; la merienda —a las 17'00 h.— eran 5 gr. de té y la cena —a las 20'00 h.— era siempre una sopa de arroz o de sémola o de lentejas, añadiéndose los domingos un té con leche.⁵⁴ Otra ventaja de la alimentación militar en el Reino Unido era la gran variación en el cocinado de los alimentos: a principios de los años de 1890 estaban previstos dieciocho clases de guisos de carne, cinco de sopas y trece de postres.⁵⁵ En los EE.UU. las raciones posteriores a 1865 eran deficientes, pero a partir de 1901 se mejoraron substancialmente con carne fresca, harina o pan, judías, patatas, ciruelas (o melocotones o manzanas), café, azúcar, vinagre, sal, pimienta y en caso de carencia de estos productos, cordero fresco, tocino, carne vacuno envasada, adobada o prensada y pescado enlatado y siempre que se podía se añadían guisantes, arroz, cebollas, pepinos adobados, tomate en lata, vegetales frescos o deshidratados.⁵⁶

El aporte energético de los raciones analizadas (tablas 3 y 4) para el conjunto del período estudiado, de 1859 a 1914, se sitúa por encima de las 3.000 kcal. diarias, oscilando dentro de una franja de entre 3.000 y 3.500 o 3.600, salvo dos excepciones: las 2.800 del regimiento *Lanceros de la Reina*, en 1882, que no se alejan demasiado de lo habitual, y las espectaculares 4.700 consumidas por los cadetes de la Academia de Infantería en 1902, cuya explicación reside en la gran cantidad de aceite que se utilizaba en el cocinado.⁵⁷ A la luz de las recomendaciones actuales sobre alimentación militar, estas cifras de contenido energético pueden considerarse como adecuadas tanto para tareas de guarnición como para maniobras o actividades similares. Los soldados españoles no estaban mal alimentados en términos de ingesta energética, pero cosa muy distinta era la composición nutricional de la dieta.

⁵² *Revista Científico-Militar*, 6:2 (1881), p. 31.

⁵³ L. KIRN: "La alimentación del soldado", *Revista Científico-Militar*, 9:7 (1884), pp. 601-607.

⁵⁴ *Revista Científico-Militar*, 7:4 (1882), p. 229 y 9:6 (1884), p. 545.

⁵⁵ Ramón HERNÁNDEZ POGGIO, op. cit., p. 341.

⁵⁶ Franz A. KOEHLER: "Army operational rations. Historical background", en *Special rations for the Armed Forces 1946-53*, QMC Historical Studies, II:6 s.n, www.qmfound.com/army_rations_historical_background.html (consultado por última vez el 20/08/2016).

⁵⁷ José CLAVERO y Jerónimo DURÁN: *Informe sobre el plan de alimentos de los Alumnos de la Academia de Infantería, durante el mes de noviembre de 1902*, Madrid, 22 de junio de 1903, AGMS, 2ª/14ª/leg. 36, s.n.

Lo primero a destacar es la importante aportación del pan de trigo como fuente de energía: del total de kcal. diarias no menos del 50% provenía de este alimento; en los ranchos de los años 1859-1893 la del pan se movía entre el 48% y el 59%, con una media del 52%.; en los de 1900-1914 la media estaba entorno al 46%, aunque entre las guarniciones madrileñas se ubicaba en el 50-51%. Así pues, los valores fueron muy similares en los dos períodos y el pan no perdió protagonismo como fuente de energía.

Las patatas y las legumbres suponían la otra gran aportación al valor calórico de los ranchos. Son llamativas las fuertes diferencias que se observan entre los diversos regimientos: en el caso de las patatas, en 1859-1893 su aportación se movía entre el 5% y el 28% del total de kcal., mientras que en 1900-1914 se detecta una fuerte caída de su protagonismo energético, con una aportación mucho más modesta, de apenas el 6-9%. En el caso de las legumbres, observamos una clara diferencia entre los dos períodos: si en el primero su aportación energética oscila del 8% al 25%, en el segundo los valores alcanzados en los ranchos de las distintas unidades son menos dispersos, situándose en una franja del 18% al 27%. Así, en los años de 1859-1893 observamos que patatas y legumbres se complementaban, puesto que cuando los valores de las patatas eran más bajos los de las legumbres eran más altos y viceversa. En cambio, en 1900-1914 vemos un proceso de sustitución de las patatas por las legumbres, un cambio positivo dada la mayor calidad de las proteínas que aportan estas últimas. En cualquier caso, la combinación de pan, patatas y legumbres da cuenta de la mayor parte del valor energético de los ranchos, si bien hay una indudable disminución entre los dos períodos, pasándose de una media de casi el 86% en 1859-1893 a una del 75% en 1900-1914, fruto de la mayor diversificación alimentaria durante estos últimos años.

La carne era sin duda el componente menos representado en la alimentación del ejército. Su presencia, medida en proporción de la ingesta calórica, era muy baja en los ranchos de 1859-1893, una proporción del total de kcal. que se situaba en el 8%-10% y por debajo del 5% en algunos casos; en los de 1900-1914 se descubre cierta mejoría, con valores del 9%-17%, aunque debe precisarse que en las unidades de la guarnición de Madrid son del 9-10%, lo que dado su peso en el total de ranchos estudiados en estos años obliga a ser muy prudentes con la aparente mejora en la aportación de calorías de origen animal. La razón de esta participación tan limitada en la composición de la ración alimenticia del soldado no es otra, obviamente, que la escasa cantidad de carne utilizada. La carne de vaca siempre se registra en cantidades modestas, medidas en unas pocas decenas de gramos en cada rancho, como lo muestran las cifras de 1859-1893, que se mueven entre los testimoniales 25 gr. de peso bruto de los ranchos del regimiento de infantería *Galicia* a los 99 gr. del regimiento *Valencia*, siendo la ración media durante el período de apenas 40 gr sin descontar el desperdicio. En los años de 1900 a 1914 lo que se detecta no es tanto un aumento de la cantidad de carne como una moderada tendencia a la diversificación, pues a la carne de vaca se añade la de cerdo y, de forma muy episódica, la de cordero, además de introducir embutidos en una mayor proporción y variedad que en el pasado.

Todos los tratadistas que abordaron la problemática de la alimentación en el ejército abundaron en recomendar un aumento de la ración de carne en los ranchos. Ya en 1859, de Lauda llamaba la atención sobre la insuficiente ración de carne y la necesidad de aumentarla, poniendo como referencia los 125 gr. que por entonces consumían los soldados franceses de caballería;⁵⁸ Andrés Espada, en 1866, proponía 230 gr. de carne de vaca para los regimientos de infantería y de caballería y 286 gr. para los de artillería e ingenieros, por su mayor exigencia de esfuerzo físico;⁵⁹ Sáez Domingo, en 1880, sugería un mínimo de 280 gr, aunque consideraba más adecuada una cantidad de 300 gr.;⁶⁰ Reig, en 1882, solicitaba una ración de 200 gr.;⁶¹ Mamey Navas, en el mismo año de 1882, presentaba varias propuestas de ranchos que debían incluir 120 gr. de carne o 200-220 de bacalao y siempre 60-70 gr. de tocino;⁶² Siervent Jackson demandaba 200 gr. de carne;⁶³ Hernández Poggio no presentaba ninguna ración concreta, pero insistía en reemplazar pan y patatas por carne y ponía como modelo de referencia el rancho en tierra de la marina de Suecia, que incluía 289 gr. de carne de vaca o 213 gr. de carne de cerdo.⁶⁴ En 1911 el Cuerpo de Sanidad Militar pedía que la cantidad de carne se fijase en 220 gr. con hueso en tiempo de paz y 350 gr. en guerra.⁶⁵

En los ejércitos europeos las raciones de carne solían ser más abundantes que en España. En Prusia ya en 1858 era de 150 o de 250 gr. y en la década de 1880 la media diaria estaba en 43 gr. de carne de vaca, 43 gr. de buey, 50 gr. de cerdo y 31 gr. de salchichón; en Francia en 1882 era de 300 gr. de carne con hueso; en el ejército austro-húngaro era de 190 gr. con hueso en 1884; en el ejército italiano estaba establecida en 200 gr. en 1884 y en 225. gr. desde 1887; en Bélgica en 1884, era de 250 gr. de carne de buey con hueso.⁶⁶ El soldado holandés, en 1881, tenía asignada una ración de 400 gr. de vaca o 250 gr. de cerdo o 300 gr. de carnero o 200 gr. de tocino ahumando o 500 gr. de sardinas frescas o 250 gr. de secas.⁶⁷ Y en el ejército británico las raciones eran de 340 gr. a principios de la década de 1870 y de 360 gr. de carne de buey o de carnero en 1882.⁶⁸

La composición nutricional en términos de macronutrientes de los ranchos españoles presentaba importantes desequilibrios, como puede verse en los cuadros 3 y 4. El peso de los hidratos de carbono era muy desproporcionado: frente al 50-55% que se considera apropiado, se encontraban proporciones en los años de 1859-1893 de un mínimo del 69% a una máximo de hasta el 77%; en los ranchos de 1900-1914 se descubre cierta pérdida de peso, situándose en valores por debajo del 70%, salvo el caso excepcional de la Academia de Infantería con apenas

⁵⁸ Nicasio de LAUDA: op. cit. pp. 7-9.

⁵⁹ Andrés ESPADA: op. cit. p. 13.

⁶⁰ José SÁEZ DOMINGO: "Alimentación del soldado", *La Gaceta de Sanidad Militar*, 132 (1880), p. 330.

⁶¹ José REIG: op. cit. p. 549.

⁶² José MAMELY: op. cit. pp. 453-455 y 478-479.

⁶³ José SIERVENT: op. cit. p. 48.

⁶⁴ Ramón HERNÁNDEZ: op. cit. p. 337.

⁶⁵ J.M. MASSONS: op. cit. p. 277.

⁶⁶ L. KIRN: op. Cit. pp. 601-607.

⁶⁷ *Revista Científico-Militar*, 6:2 (1881), p. 31.

⁶⁸ *Revista Científico-Militar*, 7:4 (1882), p. 229; 9:7 (1884), p. 545.

un 51%. Estas elevadas proporciones, sobre todo durante el primer periodo, eran el resultado de la gran cantidad de pan y de legumbres que integraban los ranchos.

En segundo lugar, la participación de las grasas era mucho más baja de la necesaria (30-35%), aunque debe diferenciarse claramente entre los dos periodos: mientras que en 1859-1893 los valores observados oscilan entre el 10% y el 17%, en 1900-1914 aumentan al ubicarse en una franja del 15-21%, exceptuando, de nuevo, el caso de la Academia de Infantería. Esta diferencia entre ambos periodos puede atribuirse a la dispar intensidad del uso de fuentes de grasas vegetales y animales como el aceite y de la manteca de cerdo, muy escasas en el primero y de uso mucho más frecuente en el segundo.

En cuanto a las proteínas, se movían en valores cercanos a los recomendados (15%), entre el 13% el 16%, pero hay que señalar que estas cifras no deben ocultar que había un problema con la provisión proteica: la proveniente de fuentes animales era muy baja en comparación con el 40% del total de ingesta de proteínas considerado aconsejable, una media de apenas el 9% en 1859-1893 y del 16% en 1900-1914. En ambos casos se trata de valores muy bajos y la razón de ello radica en las paupérrimas raciones de carne y, en general, de alimentos de origen animal que consumían los soldados.

En comparación con la ingesta energética y el aporte macronutricional predominantes entre la población española a principios del siglo XX, cabe afirmar que en términos generales y con datos de 1914, la alimentación de los soldados contenía un poco más de kcal. que las consumidas entre las clases pobres y acomodadas, que eran del orden de 3.000-3.300, y era muy superior a las clases más depauperadas, que apenas alcanzaban las 2.200 kcal. En cuanto a la distribución de macronutrientes, compartían con las clases más populares el desequilibrio en sus componentes, con un exceso de hidratos de carbono y un déficit de grasas y, sobre todo, de proteínas de origen animal; todavía en la década de 1930 el consumo de carne por habitante en España era de los más bajos de Europa, no sobrepasando los 60 gr. diarios.⁶⁹

Conclusiones

Aunque sea de forma provisional, los resultados obtenidos permiten dibujar los principales trazos del estado de la alimentación militar en la España de la segunda mitad del XIX y principios del XX. En primer lugar y con independencia de las reglamentaciones oficiales, la alimentación de los soldados estaba en manos de los mandos de las unidades, que no acostumbraban a seguirlas sino que se guiaban por sus particulares criterios; en general, el desinterés hacia la alimentación de la tropa y la desidia en el diseño y confección de los ranchos eran las actitudes más extendidas. Así mismo, las condiciones higiénicas de la alimentación en los acuartelamientos fueron deplorables durante casi todo el periodo analizado, tanto en lo

⁶⁹ J. BERNABEU-MESTRE et. al.: "Nutrición y salud públicas en España, 1900-1936", en [d. et. al. (eds.), *Nutrición, salud y sociedad. España y Europa en los siglos XIX y XX*, Valencia, Seminari d'Estudis sobre la Ciència-Universitat de València, 2011, pp. 216-217, 224.

referente al cocinado de los ranchos como a su consumo por la tropa. No había cocinas ni comedores y la higiene de los locales y de los rancheros era muy deficiente.

Los médicos e higienistas militares españoles estaban al día en los conocimientos nutricionales y sanitarios disponibles, como lo muestran las frecuentes referencias a las aportaciones científicas internacionales más relevantes, además de conocer la situación de la alimentación militar en otros países europeos. Sus recomendaciones nunca fueron atendidas o sólo de forma muy parcial por parte de las autoridades militares. En comparación con otros ejércitos, los soldados españoles estaban peor alimentados, sobre todo en comparación con los británicos, prusianos, holandeses y suecos, pero también con respecto a los franceses, italianos, belgas o austro-húngaros. La diferencia más reveladora era el menor consumo de productos animales, siendo la dieta monótona en sus ingredientes y muy reiterativa en su cocinado. También era desequilibrada en su composición, con un sobresaliente exceso de hidratos de carbono y una notable insuficiencia de lípidos y de proteínas de origen animal. Tampoco era correcta la distribución horaria de las comidas y durante todos esos años el desayuno no existía o era muy poco nutritivo.

No cabe duda de que a partir de los primeros años del siglo XX se produce una sensible mejora en la calidad de la alimentación, con una mayor diversidad de productos, una reducción del exceso de hidratos de carbono y un modesto pero significativo aumento en la provisión de proteínas y de lípidos, aunque los valores continuaban estando alejados de los recomendables en términos nutricionales, sobre todo por el crónico déficit en la ingesta de proteínas de origen animal.⁷⁰ De todas formas, sería conveniente ampliar el marco cronológico y geográfico de la investigación, extendiendo el estudio hasta 1936 e incorporando información de una muestra de acuartelamientos más amplia que la analizada en este artículo, con objeto de averiguar si la creciente preocupación que los médicos, higienistas y autoridades sanitarias mostrarán por el estado de la alimentación en España, que culminará en 1930 con la creación de la Escuela Nacional de Sanidad, también incidió en las condiciones materiales y organizativas y en la calidad nutricional de la alimentación militar.

⁷⁰ Es observable el interés por la alimentación de los soldados en algunos ejércitos (y por sus implicaciones logísticas en campaña) por los mismos años en que tienen lugar los cambios señalados en el español: Henry G. SHARPE: *The Art of Subsisting Armies in War*, Nueva York, John Wiley & Sons, 1893 y *The Provisioning of the Modern Army in the Field*, Kansas City, Franklin Hudson Publishing, 1909; George A. FURSE: *Provisioning armies in the Field*, Londres, William Clowes & Sons, 1899. Es muy significativo que en Francia los primeros manuales oficiales vean la luz durante el mismo periodo: Administration et comptabilité intérieurs des corps de troupe ordinaires: *Livre de cuisine militaire en garnison*, París, Bulletin Officiel du Ministère de la Guerre-Librairie Militaire R. Chapelot et C^a, 1908 y Administration et comptabilité intérieurs des corps de troupe ordinaires: *Livre de cuisine militaire aux manoeuvres et en campagne*, París, Bulletin Officiel du Ministère de la Guerre-Librairie Militaire R. Chapelot et C^a, París, 1909; unos años antes un restaurador publicó un libro sobre el tema: E.L. CAPDEVILLE: *Cuisine Militaire. Manuel d'Alimentation*, Meulan, Aeguste Réty Imprimeur-Éditeur, 1906.

Tabla 1. Ración diaria por hombre en peso bruto (gr.) de 31 ranchos 1859-1893

Productos	1859	1880	1882a	1882b	1882c	1883	1889	1893a	1893b	1893c
Pan	675	700	700	590	700	700	700	690	700	700
Arroz	109	51			3	5	40	92	62	
Fideos						9	15	60		
Garbanzos	48	240	192	220	67	70	90	225	135	56
Judías	46				17		142	32	52	56
Patatas	1142	564	933	600	1500	1028	400	278	894	1266
Carne vaca		65	50		25	39	99	45	40	36
Tocino	19	23	58	30	47	20	24	15	38	41
Morcilla						10				
Chorizo					12	10	2		13	
Callos							9			
Bacalao						7	13			
Manteca	17							6		
Aceite					8		12			
Vino							71			
Azúcar								10		

Fuentes: 1859, media de 2 ranchos de regimientos no identificados, Nicasio DE LAUDA: op. cit., p. 7. 1880, 1 rancho del regimiento de caballería Cazadores de Tetuán, sin fecha precisa, y 1882a, media de 2 ranchos de regimiento no identificado, José SIEVERT: op. cit., p. 47. 1882b, 1 rancho del regimiento de caballería Lanceros de la Reina y 1882c, media de 3 ranchos del regimiento de infantería Galicia, José REIG: op. cit., pp. 547-548. 1883, media semanal del regimiento de infantería del Infante, Ramón HERNÁNDEZ POGGIO: op. cit., pp. 345-347. 1889, media semanal del regimiento de infantería Valencia, y 1893a, media de 6 ranchos de Infantería de Marina, José SIEVERT: op. cit., pp. 60-62. 1893b y c, 2 ranchos de dos regimientos de caballería no identificados, Ramón HERNÁNDEZ POGGIO: op. cit., pp. 311, 342.

Tabla 2. Ración diaria por hombre en peso bruto (gr) de 115 ranchos 1900-1914

Prod.	1900a	1900b	1904a	1904b	1914	Prod.	1900a	1900b	1904a	1904b	1914
Pan	650	657	500	650	630	Salchichas	1	3	16		
Arroz	58	61	161	8	64	Callos	9	5		25	
Pasta	5	7		12		Jamón		1			
Garbanzos	150	130	150	139	304	Codillo	2	1		4	
Judías	69	60	161	55		D.cerdo1	6	2			20
Patatas	368	378	275	193	280	P.cerdo2	2				
Verduras		12	16	12		Bacalao	10	11		6	
Pimiento			55			Merluza	1				
Tomate			23			Almejas	1			4	
Car.vaca	55	51	52	84		Manteca	1	3			
Car.cerdo	2	1	40		108	Aceite	8	11		12	8
Cordero	2			8		Vino	0,3	51			
Tocino	16	17	23	30	20	Aguard.	0,8	5		5	
Morcilla	1	1		12		Azúcar	12	11	25	13	28
Chorizo	13	6	52	12		Café	3,6	2,8	7	4	6
Salchichón				10							

* Fideos o macarrones 1: Despojos y vísceras de cerdo 2: Patas de cerdo

Fuente: 1900a, media de 50 ranchos de 42 cts. de 12 regimientos y batallones no identificados de infantería, artillería a pie, ingenieros y cazadores, de la guarnición de Madrid; 1900b, media de 52 ranchos de 14 regimientos no identificados de caballería y artillería montada de la guarnición de Madrid; Manuel MARTÍN: op. cit., pp. 65-75, 80 y 76-90. 1904a, media de 2 ranchos del batallón de cazadores de *Madrid*, Archivo General Militar de Segovia, 2ª/15ª/leg. 70, s.n. 1904b, media de 10 ranchos de regimientos no identificados, Emilio ALONSO, op. cit., pp. 90-99. 1914, 1 rancho del regimiento de caballería *Cazadores de Albuera*, José GIRAL: op. cit., p. 330.

Tabla 3. Ingesta diaria por hombre de energía (kcal.) y macronutrientes (gr.) en 31 ranchos 1859-1893

	1859	1880	1882a	1882b	1882c	1883	1889	1893a	1893b	1893c
Nº ranchos	2	1	2	1	3	7	7	6	1	1
Kcal.	3468	3436	3556	2851	3578	3053	3352	3605	3590	3310
H. de carbono	711	668	654	555	684	614	638	726	697	660
%HdC/Kcal.	77	73	69	73	72	75	71	75	73	75
Proteínas	104	127	123	104	113	104	132	132	125	111
%Prot./Kcal.	12	15	14	15	13	14	16	15	14	13
Lípidos	43	47	68	39	62	37	48	40	53	43
%Lip./Kcal.	11	12	17	12	15	11	13	10	13	12
%Pan/Kcal.	48	53	51	53	50	59	54	50	50	55
%Patatas/Kcal.	21	11	18	14	28	23	8	5	17	26
%Pan+Patat./Kcal.	69	64	69	67	78	82	62	55	67	81

Fuentes: las de la Tabla 1

Tabla 4. Ingesta diaria por hombre de energía (kcal.) y macronutrientes (gr.) en 145 ranchos 1900-1914

	1900a	1900b	1902	1904a	1904b	1914
Nº ranchos	50	52	30	2	10	1
Kcal.	3357	3395	4753	3884	3222	3738
Hidratos de carbono	629	633	652	686	547	666
%HdC/Kcal.	70	70	51	66	64	67
Proteínas	134	122	127	151	118	141
%Prot./Kcal.	16	14	11	16	15	15
Lípidos	56	55	200	78	76	75
%Lip./Kcal.	15	15	38	18	21	18
%Pan/Kcal.	50	51		36	52	43
%Patatas/Kcal.	9	9		6	4	6
%Pan+Patat./Kcal.	59	60		42	56	49

Fuentes: las de la Tabla 2 y 1902: José CLAVERO y Jerónimo DURÁN: *Informe sobre el plan de alimentos de los Alumnos de la Academia de Infantería, durante el mes de noviembre de 1902*, Madrid, 22 de junio de 1903, AGMS, 2ª/14ª/leg. 36, s.n.; no proporciona datos sobre los alimentos que componían los ranchos.

The Second Great War, 1917-1923

La segunda Gran Guerra, 1917-1923

Jay Winter
Yale University
jay.winter@yale.edu

Abstract: This essay presents a bifurcated interpretation of the history of the Great War, dividing it into two parts, the first lasting from 1914 to 1917, the second continuing from 1917 to 1923. In this way, I register developments in historiography in which two major changes have occurred in recent years: first, a shift of the geographical epicenter of the war from Paris to Warsaw, and secondly, a shift in the chronology of the war recognizing its failure to end in 1918.

The interpretation posits that there was a crisis in 1917 which separates the first three years of the conflict from the years that followed, and was largely the result of powerful economic and demographic pressures which destabilized all the combatants, but more so the Central powers than the Allies. This crisis abated somewhat in the west in 1918 but continued in an exacerbated form for the following five years. Hatred, hunger, and class conflict were radicalizing elements in the disorder of the post-Imperial world, set adrift by the collapse of the Hohenzollern, Habsburg, and Ottoman empires. Post-imperial violence was endemic in these regions, merging civil war, ethnic conflicts, and national conflicts which played out in this, the Second Great War. My claim is that the passage from wartime crisis to post-war and post-Imperial violence was seamless, and part of one complex but distinctive phase of European history, starting in 1917 and terminating more or less in 1923.

Thus among the legacies of the two Great Wars of 1914-17 and 1917-23 was the creation of an elision between war and civil war precipitating an avalanche of violence extending from one period of global conflict to another. The result was a degeneration of warfare from an institution bounded by political and legal limits into a field of force in which whole peoples could disappear from the face of the earth. Just as the Armenian genocide was the direct outcome of the logic of the total war of 1914-17, the Holocaust was the final statement of the ferocity of total civil war, that form of violence which emerged during the second Great War of 1917-23.

Keywords: Great War, second Great War, post-imperial violence, first European postwar.

Resumen: Este artículo presenta una historia de la Gran Guerra dividida en dos partes, la primera de 1914 a 1917 y la segunda de 1917 a 1923. En este sentido, me hago eco de los avances en la historiografía, en la que se han sucedido dos cambios de importancia en los últimos años: primero, un cambio en el epicentro geográfico de París a Varsovia, y segundo, una variación en la cronología de la guerra reconociendo que no terminó en 1918.

Esta interpretación plantea que se dio una crisis en 1917 que separa los tres primeros años del conflicto de los años siguientes, y que fue fundamentalmente el resultado de potentes presiones económicas y demográficas que desestabilizaron a todos los contendientes, pero más a las Potencias Centrales que a los Aliados. Esta crisis amainó en Occidente, en cierto modo, en 1918, pero persistió de una forma exacerbada durante los siguientes cinco años. Odio, hambre y conflicto de clase fueron elementos de radicalización en el desorden del mundo post-imperial, a la deriva por el colapso de los imperios Hohenzollern, Habsburgo y Otomano. La violencia post-imperial fue un elemento endémico en estas regiones, fusionando guerra civil, conflictos étnicos y nacionales que se desarrollaron en esta segunda Gran Guerra. Mi argumento es que el paso de la crisis bélica a la violencia de posguerra y post-imperial se produjo sin solución de continuidad, siendo parte de una compleja pero característica fase de la historia europea, que empezaría en 1917 y terminaría en torno a 1923.

Por ende, entre los legados de las dos grandes guerras de 1914-1917 y 1917-1923 estaría la creación de una elisión entre guerra y guerra civil que precipitó una avalancha de violencia de un periodo de conflicto global hacia el otro. El resultado fue una degeneración en la forma de hacer la guerra, de una institución delimitada por límites políticos y legales a un campo de fuerza en el que pueblos enteros podían desaparecer de la faz de la tierra. Tal y como el genocidio armenio fue el resultado directo de la lógica de la guerra total de 1914-1917, el Holocausto fue la última manifestación de la ferocidad de la guerra civil total, esa forma de violencia emergida durante la segunda Gran Guerra de 1917-1923.

Palabras clave: Gran Guerra, segunda Gran Guerra, violencia post-imperial, primera posguerra europea.

Para citar este artículo: Jay WINTER: “The Second Great War, 1917-1923”, <i>Revista Universitaria de Historia Militar</i> , Vol. 7, N° 14 (2018), pp. 160-179.
--

Recibido: 08/03/2017

Aprobado: 27/02/2018

The Second Great War, 1917-1923

Jay Winter
Yale University

This essay aims to present a bifurcated interpretation of the history of the Great War, dividing it into two parts, the first lasting from 1914 to 1917, the second continuing from 1917 to 1923. In this way, I want to take advantage of developments in historiography in which two major changes have occurred in recent years: first, a shift of the geographical epicenter of the war from Paris to Warsaw, and secondly, a shift in the chronology of the war recognizing its failure to end in 1918.

The interpretation I want to offer suggests that there was a crisis in 1917 which separates the first three years of the conflict from the years that followed, and was largely the result of powerful economic and demographic pressures which destabilized all the combatants, but more so the Central powers than the Allies. This crisis abated somewhat in the west in 1918 but continued in an exacerbated form for the following five years. Hatred, hunger, and class conflict were radicalizing elements in the disorder of the post-Imperial world, set adrift by the collapse of the Hohenzollern, Habsburg, and Ottoman empires. Post-imperial violence was endemic in these regions, merging civil war, ethnic conflicts, and national conflicts which played out in this, the Second Great War. My claim is that the passage from wartime crisis to post-imperial violence was seamless, and part of one complex but distinctive phase of European history, starting in 1917 and terminating more or less in 1923.

From one war to another

The illusion that the Great War ended on 11 November 1918 grew out of a Western-front myopia about the war, which I for one shared for all too long. Thirty years ago I argued that among the many reasons for war in 1914 was that Britain and Germany were engaged in armed conflict over control of north-western Europe. Britain could not allow a German victory over France, which would place the German navy in occupation of the Channel ports, and thereby in control of British trade routes providing 75 percent of the British food supply in 1914. That war, won by France, Britain and their allies, ended in 1918, and the Peace Treaty of 1919 put a seal on that victory, one which lasted until Hitler's rewriting of 1918 in 1940 twenty-one years later.

But all the other theatres of the Great War were left in a state of chaos and uncertainty made more threatening by the potential spread of the Russian Revolution throughout Europe. Who can claim that the period 1919-1923 was one of peace? Various white armies, supported by a mismanaged military expedition of the victorious Allies, tried and failed to overthrow the

Bolshevik regime. Civil war in Russia left only calamity in its wake, as did the Red thrust into Poland and its defeat not far from the gates of Warsaw. Italy lost the peace and her parliamentary regime collapsed, with a little help from Mussolini and King Victor Emmanuel. The states created out of the Austro-Hungarian empire were riven by class conflict and ethnic conflict, which overlapped in ways which made sure that the bloodshed would continue for a considerable period of time. And the collapse of the Ottoman empire produced anything but peace. In the aftermath of the first peace treaty of Sevres, elements of the defeated Ottoman army, reassembled and mobilized by Ataturk, reconquered their own soil, against Greek, British, French, and Italian forces which had occupied Anatolia after November 1918.

In effect, war bled into civil war, which transformed the face of Central, Southern, and Eastern Europe. One inevitable result of this shift of emphasis in violence from international to internecine was ethnic cleansing. One of the most terrifying instances of demographic displacement occurred in Turkey, where Christians by the millions moved west from Anatolia to Europe and Muslims moved east, from Asia Minor to what became in 1923 the Turkish Republic. When the Treaty of Sevres was scrapped and replaced by the Treaty of Lausanne in 1923, that process of the Turkification of the new nation was codified in international law. What had started in the Armenian genocide of 1915 was completed on the shores of Smyrna, burned to the ground in 1922. Christian Smyrna vanished; Muslim Izmir rose in its place. The euphemism of population exchange was coined to cover the nakedness of murder, rape, and pillage.

So my claim is twofold. We must change the chronological parameters of the war that began in 1914. But we must also register a change in the character of collective violence in the subsequent decade. My argument is that there was a fundamental difference in the way war was waged in 1914-17 compared to 1917-23.

What separates these two phases was that prior to 1917, war mobilization entailed the forced unification of social classes and ethnic groups behind the war effort. To be sure, this effort succeeded in a muffling or masking of internal conflicts in order to provide the armies with the men and materiel needed for victory. After 1917, internal conflicts reemerged, perhaps with added force because of their suppression over a period of three years, and turned a culture of war mobilization on both sides into a culture of war anxiety. The first aimed at unity; the second focused on internal divisions, hatreds, and resentments, some of long standing, some just invented.

In effect in early 1917, all combatants faced the emergence of a second war culture in addition to the mobilization effort of the first 20 months of the war. Alongside *l'Union sacrée* was a host of fractures, in which the suspicion or worse of one's fellow countrymen provided the basis for attacks, rhetorical or physical, which had focused in the first part of the war on the enemy. Now the enemy lived within, and posed a threat to the nation and the war effort. This was as true of Irishmen in revolt in 1916 as it was of Jews in Imperial Germany, whose supposedly low levels of military participation became the subject of a botched army Census which

wound up proving the opposite. Jews were disproportionately present at the front. The Jew Census was quickly shelved, but the sentiments behind it festered.

On the Ideas of March 1917, with the abdication of Tsar Nicholas II, the old order on both sides faced a new menace: the prospect of social unrest leading to revolution and civil war. The spectre of class conflict intersecting with massive military conflict justifies our sense of rupture in the midst of the Great War. That threat fed the new culture of war anxiety, which emerged as the material and human toll the conflict exacted spiraled to shocking levels. What requires us to divide the war in two parts is this rupture, this sense that the bitterness felt about domestic traitors grew from early 1917 on and grew ominously after the Armistice of November 1918. The politics of domestic division and hared dominated political, economic, and social life for years thereafter.

By mid-1917 on both sides of the conflict there was a sea change in the framework in which contemporaries understood the war. They moved away from a culture of war mobilization, appropriate to what was essentially an imperial conflict, and moved towards a culture of war anxiety informing the revolutionary and post-revolutionary conflicts in 1917-18 and after.

This difference between imperial and revolutionary perspectives was made blindingly explicit, when in early 1918 the new Bolshevik regime in Russia published the contents of the Tsar's Foreign Ministry, producing undeniable evidence of the imperial future the Allies had in mind. These imperial ambitions became problematic when the United States entered the war. President Wilson's commitment to open diplomacy and to the principle of self-determination cut right across the imperial outlook of the other belligerents. If tens of millions of men had suffered and died on both sides so that imperial power could change hands, then those betraying these nations at war were those liars and hypocrites in power.

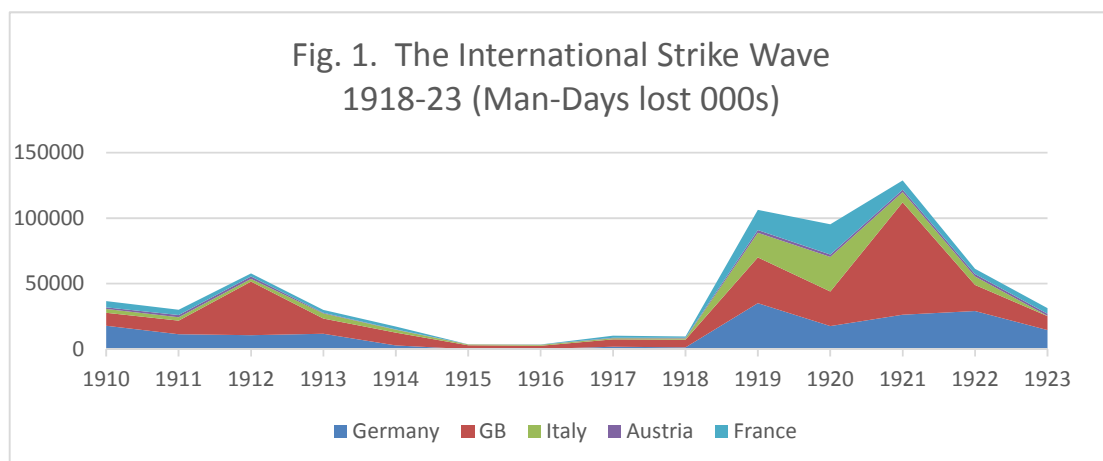


Fig. 1. The International strike wave, 1917-1923

Social divisions deepened in this first phase of the Second Great War on both sides. Independently of the Russian revolution, domestic conflict reemerged on the industrial scene.

After three years of industrial mobilization, the first stage of a series of strike-waves spread through Europe. This strike wave lasted until roughly 1923 (Fig. 1) The phenomenon was both war-related in the way it reflected both wartime inflation and inequality of sacrifice, and also followed secular trends. Since the 1880s, moments of major trade union growth were often followed by strike activity. The year 1917 presented no exception; there had been a massive influx into trade unions in all combatant countries after 1914. Furthermore, the intensity of the strikes in 1917 and after suggested that the postponement of workers' demands on wages and conditions of labour, which had occurred in all belligerent countries and some neutral ones since 1914, acted like the lid of a pressure cooker. Inflation fueled the fire, and trade unions and other social groups, in particular women protesting shortages and outrageous food and fuel prices, took to the streets or downed tools. They did so despite understanding the desperate needs of the war machine.¹ Indeed, the March revolution in Russia was triggered by a women's protest over bread prices.

Furthermore, in 1917, the domestic political truce of the first half of the war came to an end. The German Social Democratic Party split in early 1917. Those wanting an end to the war met at Gotha on 6 April and founded the USPD, the Independent Social Democratic Party. Once again, women's groups were prominent in this radicalization of the political left. The British Liberal party split, in part over personalities, in part over conscription and the suppression of the 1916 rising in Ireland. In France, Georges Clemenceau, who became prime minister in November, was a divisive leader. He had his Radical colleague Joseph Caillaux arrested for advocating peace negotiations: Caillaux was convicted of treason in 1918.²

Wartime violence exposed violent internal conflicts within all combatant countries. In 1917, bloody race riots broke out in the United States in East St Louis, Illinois, and even more ominously in Houston, Texas, where 156 black soldiers mutinied. Sixteen civilians and four soldiers died during the riots. Subsequently, 19 soldiers were hanged and over 40 imprisoned for long terms.³ In 1918, American socialist leader Eugene Debs went to prison for violating the Espionage Act by urging men to resist the draft.⁴ One opponent of the war, Robert Prager, a German national and trade unionist, was lynched in Maryville, Illinois. His killers were acquitted.⁵ The gloves were off in domestic as well as in global politics.

Polarization marked the advent of the increasingly strident political right as well. When the German *Reichstag* issued its peace resolution in July 1917, disgruntled deputies and

¹ Charles TILLY: *Strikes, Wars and Revolutions in an International Perspective*, Cambridge and Paris, Cambridge University Press and Éditions de la MSH, 1989; Leopold HAIMSON and Giulio SAPELL (eds.): *Strikes, Social Conflict and the First World War. An International Perspective*, Milan Feltrinelli, 1992.

² Manuel GOMEZ-BRUFAL : *Joseph Caillaux: Traître our visionnaire*, Paris Dualpha editions, 2014.

³ Harper BARNES: *Never Been a Time: The 1917 Race Riot That Sparked the Civil Rights Movement*, New York, Walker & Company, 2008.

⁴ Ernest FREEBERG: *Democracy's prisoner: Eugene V. Debs, the Great War and the right to dissent*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 2008.

⁵ E.A. SCHWARTZ: "The Lynching of Robert Prager, the United Mine Workers, and the Problems of Patriotism in 1918", *Journal of the Illinois State Historical Society*, 95:4 (2003), pp. 414-437.

their supporters set up the *Vaterlandspartei* (Fatherland party), with the notable support of Admiral von Tirpitz and the industrialist Alfred Hugenberg.⁶ By then, the German war effort was almost entirely in the hands of a military industrial group that gave the army whatever it needed, but at the price of creating massive bottlenecks and shortages on the home front. Thus social protest intensified just as economic difficulties multiplied.

For the French, the war crisis of early 1917 antedated the Chemin de Dames offensive and the mutinies which followed its failure. There is no evidence that social agitation on France's home front influenced these mutinous soldiers, who refused to continue the futile and bloody offensive launched by General Nivelle on 16 April.⁷ Instead both the mutiny and the existence of widespread unrest on the home front reflected the exhaustion and anger felt by most French citizens.

To them, as to many around the world, the war appeared to be endless. The global conflict – the war of 1914-1916 – had produced a massive stalemate. Neither side had a sufficient advantage to bring the warring parties to the conference table. And in 30 months of war, the two sides had lost perhaps eight million men killed in action or dead of wounds, and another 20 million wounded or prisoners of war. The giant campaigns of 1916, which we today call the battles of Verdun and the Somme, had not changed the strategic balance on the western front one iota. Fatigue, anger, suspicion, and social friction were evident everywhere.

For this reason alone, it makes sense to divide the Great War in two. The first Russian revolution may be taken to be a turning point, the moment that the political character of the war changed. I call it the 'climacteric' of 1917, both internationally and domestically.⁸

In France, the slow but palpable development in 1917 of a new set of revolutionary representations of war was hardly surprising. After all, it was only 46 years earlier – that is, within living memory – that a communist revolution in Paris had followed a failed war. Earlier traditions of revolutionary warfare in the 1790s were also a mainstay of the history taught in French schools. In 1917, alongside older images of the determination of the French nation to fight on until victory, there appeared a new and striking set of representations of *la Grande Guerre* as an apocalypse, as the end of one world and the beginning of another. For example, the winner of the Prix Goncourt in 1916, Henri Barbusse, ended his novel *Le Feu* with a post-apocalyptic scene of soldiers on both sides emerging from the trenches with a vision of a new world to build. Barbusse had been severely wounded in combat. He was not a pacifist, but a man who spoke for a growing number of people who believed that the war had to transform the international order that had precipitated the catastrophe.

⁶ Richard BESSEL: "Mobilization and demobilization in Germany, 1916-1919", in John HORNE (ed.), *State, society and mobilization during the First World War*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002, pp. 50-67.

⁷ André LOEZ and Nicolas MARIOT (eds.): *Obéir / Désobéir. Les mutineries de 1917 en perspective*, Paris, La Découverte, 2008.

⁸ On the use of the term "climacteric" in economic history, see Donald N. McCLOSKEY: "The British Iron and Steel Industry, 1870-1914: A Study of the Climacteric in Productivity", *Journal of Economic History*, 29:1 (1969), pp. 173-75.

The strength of the “imperial” war cultures of the 1914-1916 period was that they were dominated by compelling representations of war as a fight to preserve old and valued ways of life.⁹ The new “revolutionary” war cultures of the 1917 and after period were marked by anger and a sense of injustice, as well as more than a touch of what Nietzsche termed *ressentiment*.¹⁰ But they also gestured towards positive transformations, in part to ensure that something good would come out of the immense suffering. The two antipodes – imperial war and revolutionary war – were both visible from 1917 on. Given the military stalemate, it is hardly surprising that we can see the incomplete but striking emergence of what I term a culture of war anxiety, different in some important ways from the war cultures of 1914-16.

If I have persuaded you that the Great War fractured in 1917, then it still remains for me to persuade you that the new culture of war anxiety, with its emphasis on the enemy within, informed collective violence in Europe, in particular in Central, Southern, and Eastern Europe until 1923. If so, then it follows that the Second Great War may be dated from 1917 to 1923.

Post-imperial violence

a) *Violence against civilians*

The end of the war in 1918 meant the beginning of a war to determine the borders of post-imperial eastern Europe. When the nascent Polish army defeated Ukrainians and captured the Galician city of Lvov, there followed on 22-24 November an attack on Jews and Jewish property in the city. Approximately 150 Jews were killed and 500 shops destroyed.¹¹

The Pilsudski-Paderewski government condemned the attacks, which they ascribed to bandits and others driven to violence by hardships and hunger. Hagen’s study of the violence shows the source of anger in the perceived difference between Jewish wealth and Polish poverty, so configured that the Jews symbolically or materially ‘owed’ their Polish attackers the goods (and lives) they took. Here is evidence of the breakdown of law and order in the aftermath of the Armistice, and the spillover of wartime hatreds into post-war violence directed against a Jewish minority whose ‘neutrality’ as between Ukrainians and Poles they saw as a smokescreen for betrayal. Violence, including murder, thus informed a kind of retributive justice in the eyes of the perpetrators.

There is substantial evidence of the unleashing of violence on class or national enemies throughout Eastern Europe in the first months after the Armistice. One case is now known as the Finnish civil war (Fig. 2) It started in February 1918, with an offensive by armed groups

⁹ Stéphane AUDOIN ROUZEAU and Annette BECKER : *1914-1918 Retrouver la guerre*, Paris, Gallimard, 2000.

¹⁰ Marc FERRO: *Ressentiment dans l’histoire: Comprendre notre temps*, Paris, Odile Jacob, 2007.

¹¹ William W. HAGEN: “The Moral economy of popular violence: The pogrom in Lwów, November 1918”, *Geschichte und Gesellschaft*, 31:2 (2005), pp. 203-226.

supported by the new Bolshevik regime. Against them conservative forces were backed by the German army, whose military detachments were in Finland. Battles for Tampere and Helsinki were won by the White Guard and German forces. Plans to establish a German-backed monarchy in Finland were dashed only by the November defeat of Germany.



Fig. 2. Executions of “reds” during the Finnish civil war

What made this encounter significant was the use of terror not only during the fighting, but in its aftermath. Perhaps 12,500 Red Guards died in captivity at the hands of the Whites. Here is one case among many to suggest that when national wars bled into civil wars, the limits on the maltreatment both of civilians and of those in uniform disappeared.

The civil war in the Baltic states showed the same resort to indiscriminant violence. On 1 December 1918, Latvian territory was invaded by Bolshevik forces (Fig. 6) Riga fell to them on 3 January 1919. Thereafter an unstable alliance of Latvian and Estonian forces, alongside elements of German para-military groups pushed back, first against the Bolsheviks, and then against each other. German forces captured Riga on 22 May, but then refused to leave. They had their own agenda to create a German presence in the Baltic states. This mad idea vanished when they were expelled by their erstwhile allies in the combined Latvian and Estonian forces. Further fighting established Latvian independence, ratified by the Latvian-Soviet Treaty of 1920.

What happened in the Baltic states was a microcosm of the civil war that waged across Soviet Russia from 1917 to 1922. It is not my aim to give a full account of the dozens of civil wars going on within the greater struggle for mastery of post-imperial Russia. It is just to signal

that from Helsinki to Yerevan, sporadic to intensive explosions of violence marked the conflict for the future of what ultimately became the Union of Soviet Socialist Republics.

My claim is twofold. First, these internecine conflicts were exercises in butchery and pillage under conditions of hunger bleeding into famine. And secondly, the civil war was deformed by the presence, albeit in relatively small numbers, of Western troops who initially took Bolshevik Russia's withdrawal from the conflict as treachery, and who were determined to reassert Western interests in Russia by the overthrow of the Bolshevik regime itself. Their failure and that of their many allies in the White armies to do so was as decisive in ending the second Great War as the Bolshevik revolution was in ending the first Great War in 1917.



Fig. 3. The Russian civil war

What was distinctive about the Russian civil war --alongside the Polish war of Independence and the Baltic civil wars-- was the extent to which civilians were caught up in the cross-fire in ways that made the first Great War in most instances look relatively polite and orderly. A taste of the cruelties of these civil wars may be gained by a perusal of Anna Akhmatova's poetry, Isaac Babel's *Red Cavalry* or Pasternak's *Dr Zhivago*. (Fig. 3)

The exception to this distinction between before and after 1917 is the Armenian genocide. That crime provides the bridge between the first Great War and the second, since it announced a policy of war against a people not for what they were said to have done -- supported the

Russian war effort --

but for who they were. Biopolitics, in the form of the murder of a people, became a weapon of war in 1915. Here was a harbinger of terrible things to come, both in the Second Great War and after.

b) Hunger and famine

The second Great War, stretching from 1918-23, also resembles the first Great War with respect to hunger. Food shortages and the lack of basic necessities crippled the war effort of Germany and Austria-Hungary in 1917, just as they did in many parts of the Russian and Ottoman empires. Indeed, I have argued that these shortages were built into the way the war was waged within the Central powers. Among the Allies, it was possible to distribute goods and services needed by the armed forces without consigning your own people to hunger and disease. By 1917, and worse still in 1918, hunger was a major factor in exposing the fundamental weakness in the Central Powers' way of waging war. And the matter was less supply than distribution. The Allies controlled prices and profits, while in Germany, the worst price inflation in world history began in 1917 and abated only in 1923. Inflation destroyed savings, crippled markets and distribution networks, empowered a massive black market, and exacerbated internecine hatreds.

Worse was to come in the second Great War. Part of the reason was that the German military collapse left its forces deep within the old Russian empire. All the grain producing areas were sites of ongoing violence, and the power vacuum produced by the Armistice meant that 1919 was going to be a year of hunger for the bulk of the population living in the new Bolshevik Russia, assailed on all sides by counter-revolutionary bands and armies.

The Allies made things worse by continuing the blockade of German ports until the German delegation signed the Peace Treaty in June 1919. That sent hunger soaring in Vienna and Berlin, but also in the densely populated areas of the new Poland and adjacent territories. A demographic crisis followed, with outbreaks of typhus, dysentery, and even cholera made worse by the appearance of the worst influenza pandemic in world history.

American food aid began in the first Great War, to help the children of occupied Belgium and northern France. In 1919, the US Congress established the American Relief Administration. In the following four years, it provided food aid to 23 European countries and to Turkey and the remains of the Ottoman empire. One fifth of their aid went to Poland, certainly feeding Polish schoolchildren, and probably feeding Polish soldiers in the Polish-Soviet war.



Fig. 4. Camel convoy on the frozen Volga in Tsaritsyn

In 1921, famine of potentially catastrophic proportions impelled the Bolshevik government to work with the Hoover Food Aid program. It worked because Hoover realized that while agricultural production was crippled by war and civil war, the real problem of avoiding famine was the need to provide transportation through a chaotic and strife-torn rural landscape. That he did, using his expertise as a civil engineer with knowledge of the Russian terrain. He was not alone. There were many other European and local agents who made a difference. Together, they were able to save the lives of a generation of children in Russia, Ukraine and Byelorussia (Fig. 4)

No one has been able to provide a demographic accounting of the loss of life which took place during the Russian civil war and the Polish-Soviet War. Demographer Boris Ulanis claimed that the figure of 300,000 was the best available for those who died in combat in the Polish-Soviet war; perhaps 175,000 of these deaths were suffered by the White armies and civilians; 125,000 by the Red armies. But ominously, he added a figure of 450,000 on both sides who died of disease. No one knows how many perished in the White and Red Terror in Russia, or in the countless skirmishes that marked the conflict. Caution suggests that the total number who died of disease, combat or execution exceeded one million in what became the Soviet Union. These losses crippled the new regime, and according to Orlando Figes, the industrial working class, in whose name the Revolutions of 1917 were launched, had disappeared five years later. The Soviet state took the place of this vanished class, and we all know the catastrophic consequences of this series of catastrophes –Figes calls it “A people’s tragedy”– when Stalin and his circle took over the Soviet state and waged war on his own people for nearly 30 years.

I am not one of those historians who believes in the concept of the Thirty Years War, from 1914-45. Hitler changed the meaning of war in 1941 when he invaded the Soviet Union and turned war as politics into war as racial extermination.

But one of the advantages of the notion that there were two Great Wars is that it provides us with clues as to what led from the First World War to the Second. The politics of hatred, of hunger, and of the maltreatment of civilians can be traced directly to what I call the first Great War from 1914 to 1917. But these vectors of violence were profoundly deepened and radicalized during the second Great War from 1918 to 1923. Anti-Semitism was alive and well before these dates, but it grew by leaps and bounds in 1918 and after. The viciousness of the confused fighting among different armies representing different national factions and ethnic groups only worsened when these conflicts were fused (and confused) with the Russian civil war.

It was in the period 1918 to 1923 that we can find abundant evidence of the process historian George Mosse terms brutalization. He used it in a different sense than I use it today. He believed that exposure to mass death in 1914-18 brutalized both the men who endured it and the societies for which they fought. I believe he is mistaken on this point. The shocking effects of the great battles of Verdun and the Somme can never be underestimated, but the overwhelming majority of the men who fought them returned either to combat or to their homes as recognizable human beings, with their commitments and values more or less intact. No, Mosse is wrong on the dating but right on the essence of the story. The evidence supporting the argument that there was a brutalization of norms—much more damaging than the brutalization of individuals—can be found in abundance in the period 1918-23 and after. Then economic and demographic disasters hit societies in a state of disorder and weakness that simply did not exist on the eve of the First World War. 1913 was a good year; 1919 was decidedly not. After 1918, civil war was fought out against the backdrop of famine, class conflict, and ethnic hatreds not unknown before 1918, but not mixed together in the same witches' brew.

In a nutshell, the passage I have tried to describe in this essay between an interpretation of total war, appropriate to the years 1914 to 1917, and an interpretation of total war bleeding into total civil war, a much more chaotic, vicious and costly configuration of violence which spread all over Eastern and Southern Europe in the period I term the second Great War.

And it is in this second Great War that the seeds of the radical conflicts of the 1930s must be sought, not in the first. The German army in 1914 to 1917 was in no sense a prototype of the Nazi armies under Hitler. But when Ludendorff and Hindenburg took it over in late 1916, they started a transition which slowly but surely prepared the way for the dark future ahead. The same is true for the Soviet Union. Civil war turned a regime with many facets, including lethal ones, into a monster. Without the intensification of class conflict in the immediate aftermath of the war, Mussolini had no chance of seizing power. Contingency matters. And the contingent processes that won out in the second Great War were hardly democratic. Despite a period of recovery in the later 1920s, the world economic crisis exposed the profound divisions which remained the ultimate legacy of the second Great War, that period of twentieth century history, from which all the rest followed.

From total war to total civil war

In earlier publications I have outlined the salient characteristics of the phenomenon we now know as total war. First I will summarize what we mean by total war, before turning in conclusion to how total civil war flows directly out of it.

The five central features of total war are these:

- > 1. The fatal crossing of a military participation threshold;
- > 2. The expansion of the power and reach of the state;
- > 3. The creation of direct and ongoing linkages between front and home front; the redefinition of the military as the cutting edge of the nation at war;
- > 4. The mobilization of the imagination;
- > 5. The cultural preparation of hatred, atrocity and genocide.

Genocide is at the end of this path, but it traverses many other features of war which are physically remote from the slaughter of whole peoples. I raise these issues because they describe conditions of possibility, a context within which to set this transgression of the laws of humanity that occurred when total war turned into total civil war.

a) Military Participation Threshold

First, the military participation threshold. The Great War was a revolutionary conflict in part because between 1914 and 1918 the proportion of the male population aged 18-49 in uniform passed an arbitrary threshold: about 50 percent of the cohort. Once passed, that participation ratio stayed there or above for an extended period.

Among combatants in the 1914-18 war, France and Germany mobilized the highest proportion of the relevant male cohorts: about 80 percent of men aged 15-49 on the eve of the war were conscripted. Austria-Hungary mobilized 75 percent of its adult male population in the relevant age groups; Britain, Serbia and Turkey called up between 50 and 60 percent. The Russian case is on the lower edge of what I call 'total' mobilization, which is of course never literally total: approximately 16 million men or 40 percent of the male population aged 15-49 served during the war.

But even in this case, it is easy to see that total war meant a transformation of the age-composition and sex ratio of large parts of the home population. Not so in the United States, where in the brief space of 18 months, about 4 million men or only 16 percent of the relevant cohort served in uniform in the Great War. The United States, or at least its civilian population, neither fought through nor incurred the costs of total war, and its reaction to the conflict reflects this marginal participation.

Secondly, total casualties and losses as a proportion of those who served passed a threshold beyond previous experience: wherever the threshold is, the total of roughly nine million dead soldiers (according to varying estimates) is beyond it: this constitutes roughly one in

eight of the men who served. Adding statistics on other casualties, it is apparent that roughly 50 percent of the men who served were either prisoners-of-war, wounded, or killed.

Here again national variations must be noted: the most murderous theatre of operations was the Eastern front, where disease and enemy action described the course of a nineteenth-century war waged with twentieth-century weapons. Of all Serbs who served in the war, 37 percent were killed; roughly one in four Rumanians, Turks and Bulgarians also perished. On the Western Front, where the war was won and lost, combat was about half as lethal: German and French losses were about one in six of those who served; British losses were one in eight.

Another feature of total war may be more surprising. Initially casualties among social elites were higher than among the rest of the population. The longer the war lasted, the greater was the democratization of loss. The reason is that officer casualties were higher than those in the ranks, and the social selection of the officer corps mirrored inequalities in pre-war life. Consequently in its initial phases, the higher up in the social scale was a man, the greater were his chances of becoming a casualty of war. By 1917, elites were sufficiently decimated to require the armies to draw junior officers from wider social groups which in their turn suffered disproportionately higher casualties in the last two years of the war.

Among the poor and the under-privileged, the story is different. Prewar deprivation saved the lives of millions of working-class men and poor peasants, whose stunted stature and diseases made it impossible for them to pass even the rudimentary standards of medical fitness for military service during the war. In the British case, roughly 35 percent of the men examined for military service were either unfit for combat or unfit to wear a uniform at all. They were the lucky ones.¹²

b) Linkage

Casualties on this scale tied front and home front together in new and complex ways. It is clear that total war went into high gear when all the combatants were either industrialized or part of a system of world trade based on industrialization.

But there is another level on which linkage war more than a metaphor; it was a palpable reality. In 1914-18, despite what many soldiers and journalists wrote, civilians knew how bad war was, even if they didn't see the landscape in which the fighting took place. From 1914 they saw millions of refugees streaming away from the fighting in Belgium, France, Serbia, Macedonia, eastern Germany, Russia; soon enough they saw the mutilated; they mourned the dead; they knew the pain of loss which by 1918 in one way or another hit virtually every household in the major combatants.

¹² For a fuller discussion, see Jay M. WINTER: *The Great War and the British People*, London, Macmillan, 1985, chapter 3.

c) *The cutting edge*

War efforts on this scale and duration required the recognition that armies were the cutting edge of the nation at war: well-being at home vitally affected the capacity of armies to go on, and thereby well-being at home directly affected the outcome of the war. This was true not only because armies of workers had to supply armies of soldiers, but also because war of this kind entailed hardship and sacrifice for the families of soldiers, an issue fundamental to *their* will to fight.

This is hardly a revolutionary finding, though it has led to massive misunderstanding about why the Allies won and the Central powers lost the war. The war came to an end when the morale of *both* the German army and the German home front crumbled in 1918; both front and home front came to see that the war could not be won.¹³ The fact that they crumbled together is hardly surprising, though the linkage has been obscured by Hitler's claim that the reason the front soldiers had to surrender was because they were betrayed by cowards at home –the stab-in-the-back legend.¹⁴

What Hitler said was almost exactly the reverse of the truth: there was a stab in the back: the knife was wielded by the military leadership of Germany that led their country into a war they could not win and then brilliantly shifted responsibility for the disaster onto all shoulders other than those who really bore the blame. But Hitler's statement about linkage between front and home front did disclose a feature of total war of great importance, not only to the 1914-18 struggle but to later conflicts. Among the lessons the Nazis took from the Great War was that to undermine the material well-being of the civilian population was to endanger the war effort as a whole. That is one reason why the Nazis kept living standards relatively high for “Aryans” during the 1939-45 war and why they displaced the deprivation suffered by their elders in 1914-18 at home onto the backs of untermenschen: slaves, political prisoners, gypsies and Jews.¹⁵

For the Nazis, Aryans were entitled to a minimum standard of living, better than that provided in the 1914-18 war, when the official ration could not keep anyone alive. In the Great War, to avoid starvation, all Germans had to break the law: that meant recourse to the black market, and all the social tensions it entailed.¹⁶

Democracies were better at waging total war because they took seriously the consent of the governed. This is one significant element which has a bearing both on the way it was waged and on its outcome. While the Allies had a major advantage in aggregate supplies of essential

¹³ See Wilhelm DEIST: *Militär Staat und Gesellschaft. Studien zur preussisch-deutschen Militärgeschichte*, Munich, Oldenbourg, 1991.

¹⁴ Adolf HITLER: *Mein Kampf*, New York, Reynal and Hitchcock, 1939.

¹⁵ L. BORCHARDT: “The impact of the war economy on the civilian population”, in Wilhem DEIST (ed.), *The German Military in the age of total war*, Oxford, Berg, 1984.

¹⁶ See A. OFFER: *The First World War. An Agrarian interpretation*, Oxford, Oxford University Press, 1990.

goods and services, distribution mattered at least as much as supply. And distribution is a political issue, one that always entails the question 'to whom'.

In important ways the nature of citizenship helped determine the military efficiency of the war effort of the Allies and severely limited the war effort of Germany. This contrast, I argue, was visible on the home front, and operated through the prior existence of what the economist Amartya Sen has called a system of 'entitlements', a legal and moral framework upon which distributive networks rest.¹⁷ In Paris and London the entitlements of citizenship – located in the right to a minimum level of subsistence– helped preserve communities at war by *enforcing* a balance of distribution of necessary goods and services as between civilian and military claimants. In Berlin, a different order of priorities existed. The military came first, and the economy created to service it completely distorted the delicate economic system at home. My claim is that Allied adaptation and well-being reflected a more equitable and efficient distributive system than existed on the other side of the lines. In both Britain and France civilians got more both because they had more and because their share of the national income was preserved, despite spiraling claims for men and resources from the generals. The Germans disregarded the need for such a balance and created the first military-industrial complex in history, and its record in waging war was an unmitigated disaster.

In 1915, when the Armenian genocide began, this political logic of military effectiveness was not yet evident. German authoritarian rule appeared to have the upper hand over democratic disorder. But it was only a matter of time before the fault lines appeared in the German war effort, and the Allies finally got their act together. Then the material advantages of the Allies were multiplied by their political strength. Democracies were simply better at waging wars than dictatorships.

d) The mobilization of the imagination

So far I have emphasized structural features of total war. But total war is incomprehensible without attending to its cultural history, its capacity to tap the loyalties and prejudices of the home population.¹⁸ It is to this subject that I now turn.

Slaughter on the grand scale needed justification. To keep intact the domestic commitment to the war effort, an elaborate cultural campaign was organized in each combatant country. Of even greater importance than the proliferation of government agencies was the tendency for civil society itself to foster a cultural campaign with two objectives: steeling the will of civilians to go on; and stifling dissent and thereby making it impossible to think of any alternative other than total victory and total defeat. By and large this campaign worked. Anti-war sentiment grew as the conflict dragged on, but with the notable exception of Russia, anti-war activists were unable to shorten the war by one day or one hour.

¹⁷ Amartya SEN: *Poverty and Famines. An Essay on Entitlement and Deprivation*, Oxford, Blackwell, 1976.

¹⁸ See J.J. BECKER et al. (eds): *Guerres et cultures*, Paris, Armand Colin, 1994.

State-directed propaganda had only a minor role to play in this successful effort at cultural mobilization. It succeed only when it locked in to messages coming from below about the need to go on with the war. Big Brother did not create consent during the 1914-18 war. The truth is more frightening: the Great War provided much evidence of the propensity for populations to generate internally a commitment to carry on a war of unprecedented carnage.

Political and social elites tried to manipulate opinion; to be sure. Censorship and imprisonment operated, but neither had much force in formulating public opinion in wartime. The effort to mobilize the imagination in wartime came from below.¹⁹

e) *The cultivation of hatred*

In the effort of cultural mobilization, total war entailed the demonization of the enemy, right from the day war was declared. Some of this story is old --witness the wars of religion or the propaganda of the Reformation and Counter-reformation-- but aligned with the other elements of in this matrix, the cultural history of warfare entered a new and strikingly original landscape. It is a space in which what Peter Gay has called the cultivation of hatred²⁰ took place, an effort which provided the context in which war crimes of a revolutionary scale and character took place. I refer here to my central argument, that total war provided the space in which genocidal crimes could and did take place.

It is important to note the contingent nature of this argument. By no means did all nations engaged in total war commit genocide, but total war created the conditions which made it possible for such crimes to be committed with impunity. Total war entailed the brutalization of millions and thereby raised radically the tolerance of violence in societies caught up in armed conflict.

Consider this metaphor. Total war is like an infection; it has the capacity to infect many populations, but most --through their legal systems, education, religious beliefs, military traditions or other convictions and practices-- are inoculated against the worst effects of the infection.²¹ Those not so fortunate, those (so to speak) without the antibodies, succumb to virulent forms of the infection, and then the innocent suffer. Under these conditions, and in the context of total war, war crimes of staggering magnitudes can occur. Genocide can occur. It did during both world wars.

¹⁹ On this theme see Stéphane AUDOIN-ROUZEAU: *La guerre des enfants, 1914-1918: essai d'histoire culturelle*, Paris, Armand Colin, 1993.

²⁰ Peter GAY: *The Cultivation of Hatred. The Burgeois Experience – Victoria to Freud*, New York, Norton, 1993.

²¹ I owe this image to the late George Mosse. For a comparison which emphasises choice and contingency, see Jonathan STEINBERG: *All or nothing. The Axis and the Holocaust*, London, Routledge, 1990.

Conclusion: Total civil war

Every one of the five features which together constitutes the new phenomenon of total war in 1914-17 prepared the ground for its continuation in the years 1917-23 as what contemporaries understood as a new kind of civil war, which took on the viciousness of total war without the restrictions imposed on military and international law.

The first feature, the unprecedented mobilization of the male population for military service in 1914-17 did not come to an end in a vast swathe of territory from Finland and Poland to Turkey. In some respects, Russian society remained mobilized for armed conflict of one kind or another, between 1914 and 1945. The extension of total war into total civil war, first against counter-revolutionaries and then against Soviet society itself, accounts for this lamentable development. In the surrounding countries of the former Russian empire, a kind of peace emerged from civil war, once again with violence a strong and chronic presence in the midst of the new order of nations. The Finnish civil war, and the violence in Poland and Ukraine left their nations with wounds that, in a way, have never healed. The same is true for the huge population exchanges between Muslim and Christian population in Asia Minor and in Anatolia. The wounds are still there today, as is certainly the case with respect to the Armenian genocide.

The new, successor states in Eastern Europe, Southern Europe and the Middle East suffered from the economic consequences of the passage from total war to total civil war. In this context, famine was a partner of epidemic disease in the early 1920s throughout the civil war regions of Europe and the Middle East. These chronic difficulties abated in the mid-1920s, only to worsen within the context of the world economic crisis of the early 1930s. The rise of fascism is inseparable from the braiding together of the politics of civil war, a post-1917 phenomenon, with the economic crisis of the interwar years. Students of the viciousness of the Spanish Civil and the cruelty of its aftermath have made us aware of what the new world of what I term “total civil war” looked like and felt like, especially to the Republican population and their families.²²

As for the cultivation of hatred and the appearance of genocide as an option in such civil wars, there is hardly any doubt that the toxic admixture of revolutionary and counter-revolutionary warfare, racial and biological ideologies of different kinds, and profound economic instability enabled radical movements on the political right to emerge, gain mass support, and to find in the Third Reich after 1933 a champion and a vanguard. Thus there is a direct link between the kind of total civil war unleashed after 1917 and that unleashed by the Nazis and their allies in 1939 in Poland, and in 1941 in the Soviet Union and throughout Europe. The Holocaust is the logical and terrible destination of total civil war.

²² Paul PRESTON: *The Spanish Holocaust. Inquisition and Extermination in Twentieth-Century Spain*, London, Harper Read, 2012.

Could it have been avoided? Yes, nothing in history is absolutely determined. But total civil war in 1917-23 created the conditions for the barbarization of both warfare and domestic politics in the two decades which followed. What the armed gangs and armies of 1917-23 sowed, the SS and their henchmen reaped in 1939-45.

Let me close with one of Anna Akhmatova's poems, which like the best of her art, captures the essence of this dolorous history in ways to which we historians can only gesture. Her poem is entitled "Why is this century worse?":

*Why is this century worse than those that have gone before?
In a stupor of sorrow and grief
it located the blackest wound
but somehow couldn't heal it.*

*The earth's sun is still shining in the West
and the roofs of towns sparkle in its rays,
while here death marks houses with crosses
and calls in the crows and the crows fly over:²³*

This is the legacy the two Great Wars of 1914-17 and 1917-23 left to us: they created an elision between war and civil war under conditions of violence extending from one period of global conflict to another. Akhmatova was right. The "blackest wound" of the period 1914-23 was to create conditions which brought about a degeneration of warfare from an institution with political and legal limits into a field of force in which whole peoples could disappear from the face of the earth. Genocide is the final statement of the nihilism represented by total civil war.

²³ Anna AKHMATOVA: *Selected poems*, trans. by Richard McKane, London, Bloodaxe Books, 1989, p. 96.

Volver sin haberse ido: el caso de las “Tropas Especiales de Agitación-Sur” durante la Contraofensiva Estratégica Montonera de 1979

To return without having left: the case of the “Specials Troops of Agitation-South” during the Montonero’s Strategic Counter-Offensive of 1979

Hernán Eduardo Confino

Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de General San Martín (IDA-ES/UNSAM), Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), Argentina

hconfino@gmail.com

Resumen: El siguiente artículo reconstruye y analiza la experiencia de militancia clandestina en Argentina de un grupo de montoneros en 1979, durante la última dictadura militar argentina (1976-1983). Su participación estuvo enmarcada dentro de la “Contraofensiva Estratégica” decidida por la organización político-militar Montoneros en octubre de 1978, que estipulaba el regreso al país de los militantes que se encontraban en el extranjero para combatir al régimen militar, al que la organización guerrillera consideraba en crisis. El grupo aquí analizado tuvo la peculiaridad de ser el único compuesto por militantes que no habían tenido ninguna experiencia en el extranjero, continuando ininterrumpidamente su militancia en Argentina durante el gobierno *de facto*.

Su abordaje permite matizar la idea preponderante en la literatura sobre la temática que sostiene como razón del retorno de los militantes el desconocimiento de la magnitud de la represión estatal de la dictadura. La participación en la Contraofensiva Estratégica no obedeció, al menos para el grupo aquí considerado, a su ajenidad con el contexto político argentino. Además, este artículo es parte de una investigación más amplia que configura el primer acercamiento desde la historiografía académica que tiene a la Contraofensiva Estratégica como objeto de estudio específico. Su relevancia radica en que su puesta en práctica significó la total desarticulación del proyecto político de Montoneros y, por esa razón, ha quedado presa de enfoques que se limitan a la condena moral o a su reconstrucción histórica a partir de su resultado político.

Para su reconstrucción y análisis, el artículo se vale de fuentes documentales escritas y orales. Entre las escritas sobresalen los documentos desclasificados de los servicios de inteligencia de la dictadura militar, los documentos internos de Montoneros y su prensa partidaria. Las fuentes orales, por su parte, fueron construidas a partir de entrevistas realizadas por el autor a los protagonistas, a sabiendas de su especial utilidad en el estudio histórico de prácticas realizadas en un contexto de clandestinidad política.

El artículo busca complejizar y relativizar algunas de las premisas rectoras que hasta el momento han dominado el acercamiento a la Contraofensiva Estratégica y a los años finales de Montoneros.

Palabras clave: contraofensiva estratégica, experiencia, militancia clandestina, represión estatal, derrota

Abstract: The following paper reconstructs and analyses the experience of clandestine political activism in Argentina of a group of Montonero militants in 1979, during the last military dictatorship in the country (1976-1983). Their involvement took place within the 'Strategic Counter-Offensive' planned by the political and military organization Montoneros in October 1978 which stipulated the return to the country of activists who were abroad to fight against the military regime which they considered in crisis. The group that will be analyzed here had the distinctive characteristic of being the only one composed by activists who had not had any experience abroad and had continued working uninterruptedly in Argentina during the *de facto* government.

Addressing this group allows to challenge the prevailing idea in the specialized scholarship which holds the main reason for the return of the activists was their unawareness of the scale of the dictatorship's state repression. The involvement in the Strategic Counter-Offensive did not arise, at least for the group that will be considered here, from their alienation of the Argentine political context. Furthermore, this article is part of a broader research that constitutes the first scholarly approach that takes the history of the Strategic Counter-Offensive as a specific object of enquiry. The significance of the Strategic Counter-Offensive lies on the fact that its launch meant the total break-up of Montoneros' political project and, for that reason, its explanation has been dominated either by moral condemnation or historical narratives based on that political outcome.

For the reconstruction and analysis, this paper uses written and oral sources. Among the former stand out the declassified documents of intelligence agencies of the military dictatorship, the internal documents of Montoneros and their party press. The oral sources, on the other hand, were produced from interviews conducted by the author with the people involved, bearing in mind their special utility in the historical study of practices that took place in a context of clandestine political activity.

The article seeks to challenge and make more complex some of the premises that have so far dominated the studies of the Strategic Counter-Offensive and Montoneros' latest years.

Keywords: strategic counter-offensive, experience, clandestine political activism, state repression, defeat

Para citar este artículo: Hernán EDUARDO CONFINO: “Volver sin haberse ido: el caso de las ‘Tropas Especiales de Agitación-Sur’ durante la Contraofensiva Estratégica Montonera de 1979”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 7, N° 14 (2018), pp. 180-200.

Recibido: 19/01/2018

Aprobado: 24/04/2018

Volver sin haberse ido: el caso de las “Tropas Especiales de Agitación-Sur” durante la Contraofensiva Estratégica Montonera de 1979*

Hernán Eduardo Confino

Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de General San Martín (IDAES/UNSAM), Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), Argentina

Introducción

Cuando la última dictadura militar argentina (1976-1983) ocupó el poder del Estado, la organización político-militar Montoneros llevaba más de seis años de existencia. Desde finales de 1976, y frente a la virulencia desplegada por el terrorismo estatal implantado por el régimen *de facto*, la Conducción Nacional (CN), máximo órgano resolutorio compuesto por los cuatro militantes de mayor jerarquía, había resuelto organizar la partida al extranjero de los militantes más reconocidos y de mayor nivel dentro de la organización a través del Consejo Nacional, que reunía a la totalidad de los dirigentes montoneros. Trataban de preservarlos de las garras del aparato represivo estatal.² Para 1980, tres años antes de la recuperación democrática, Montoneros había sido prácticamente desarticulado.

En septiembre de 1974, aún durante el gobierno democrático de María Estela Martínez, viuda y vicepresidenta de Juan Domingo Perón, Montoneros había decidido retornar a la clandestinidad que había abandonado con el retorno de Perón a la Argentina en 1973. En sus categorías, el retorno a la “resistencia” constituía una necesidad frente a la represión que, en el marco de la política interna peronista, habían comenzado a llevar adelante grupos paraestatales como la Alianza Anticomunista Argentina con la anuencia del Estado.³ A fines de 1976, la dife-

*Agradezco la atenta lectura y los comentarios que Andrés Gattinoni realizara a una versión previa de este trabajo. Además, deseo agradecer a los evaluadores anónimos designados por la *Revista Universitaria de Historia Militar* por sus pertinentes aportes críticos. Naturalmente, ninguno de ellos es responsable de los posibles errores u omisiones en los que haya incurrido el autor.

² La decisión fue plebiscitada, y votaron todos los que tenían rango de “oficial” en la orgánica montonera (Jorge Lewinger, entrevista con el autor, Buenos Aires, 11 de junio de 2016 y Manuel Pedreira, entrevista con el autor, Buenos Aires, 31 de marzo de 2016 y Roberto Perdía, entrevista con el autor, City Bell, Provincia de Buenos Aires, 14 de diciembre de 2016).

³ Véase Marina FRANCO: *Un enemigo para la nación. Orden interno, violencia y “subversión”, 1973-1976*, Buenos Aires, FCE, 2012; Alicia SERVETTO: *73/76. El gobierno peronista contra las “provincias montoneras”*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2010 y Hernán MERELE: *La depuración ideológica del peronismo en General Sarmiento (1973-1974): Una aproximación al proceso represivo durante los años setenta constitucionales a partir del caso de Antonio Tito Deleoni*, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 2017.

rencia cualitativa que había significado la implantación del terrorismo de Estado y la gran cantidad de asesinados, secuestrados y desaparecidos que había sufrido Montoneros convenció a sus dirigentes de la conveniencia de ampliar orgánicamente su actividad política al extranjero.⁴

En octubre de 1978, con la CN instalada en su mayoría en Cuba y también en Europa, Montoneros dispuso el comienzo de la “Contraofensiva Estratégica” (CE).⁵ Desde su perspectiva, la «resistencia» había triunfado —puesto que la dictadura militar no había logrado «aniquilar a la subversión» para finales de 1977, tal cual eran sus estimaciones—, y la etapa que se abría posibilitaría devolver los golpes recibidos a manos del gobierno militar. Juzgaban que el régimen podía ser desestabilizado a partir de la acción organizada de la clase trabajadora que, preveían, se incrementaría a partir de 1979. En ese marco, la organización —que se autorrepresentaba como la vanguardia de la oposición a la dictadura— se propuso atizar y dirigir el descontento a partir del retorno clandestino de grupos comando de militantes procedentes del extranjero.

Estas unidades fueron organizadas en torno a dos actividades principales: aquellas destinadas a interferir las señales de televisión controladas por el gobierno militar se nuclearon en las “Tropas Especiales de Agitación” (TEA). Quienes tuvieron como misión atacar militarmente al equipo económico de la dictadura, sindicado como la principal fuente de impopularidad del gobierno *de facto* frente a la sociedad argentina, fueron las “Tropas Especiales de Infantería” (TEI). Además, también ingresaron a Argentina militantes con larga trayectoria dentro de la organización que buscaban establecer contactos con otros espacios políticos.

La CE fue la responsable del final de Montoneros como proyecto político. Luego de los retornos organizados a Argentina instrumentados durante 1979 y 1980, y a causa de los secuestros, asesinatos y desapariciones infligidos por la dictadura, pero también de dos disidencias sufridas,⁶ la organización ya no se recuperaría y quedaría confinada en su mayor parte a sus publicaciones en el extranjero. Por otro lado, los atentados planificados contra los miembros del

⁴ De acuerdo con el trabajo de Gillespie, a un año del comienzo del gobierno *de facto* la organización había perdido dos mil militantes (Richard GILLESPIE: *Soldados de Perón. Los Montoneros*, Buenos Aires, Grijalbo, 1987, p. 290). Para septiembre de 1977, de acuerdo a las estimaciones realizadas por los servicios de inteligencia de la dictadura, Montoneros tenía entre 420 y 581 militantes: entre 255 y 346 en Argentina y entre 164 y 235 en el exterior. (DIPBA, Mesa D(s), “Actualización BDT-Montoneros”, septiembre de 1977, f. 59).

⁵ Inicialmente, la dirigencia se había asentado en México, pero hasta allí llegó un operativo clandestino de la dictadura militar para asesinarlos: la “Operación México”. Luego se trasladaron a La Habana, Cuba. Sobre la “Operación México” véase Miguel BONASSO: *Recuerdo de la muerte*, Buenos Aires, Planeta, 1994.

⁶ Montoneros sufrió dos disidencias entre octubre de 1978 y mayo de 1980. La primera, justo antes del comienzo de la CE de 1979, fue protagonizada por Rodolfo Galimberti y Juan Gelman, dos militantes con larga historia en el interior de la organización. Galimberti tenía un historial de disputas con la dirigencia de la organización y su ruptura obligó a que Montoneros modificara parte de la “maniobra”. La CN interpretó la fractura de febrero de 1979 como una traición y condenó a muerte a los disidentes. La segunda disidencia se produjo luego de la primera CE, entre finales de diciembre de 1979 y marzo de 1980. Fue de común acuerdo con la CN, a diferencia de la anterior. Para ese momento, Montoneros había abandonado la lucha armada y, prácticamente, y a pesar de sus intenciones, había finalizado su posibilidad de incidir en la política argentina. Véase Daniela SLIPAK: “Sobre desvíos, espejos y cúpulas. Las disidencias montoneras y las lecturas sobre los años setenta”, *Revista Izquierdas*, 32 (2017), pp. 39-57.

gabinete económico le valieron escaso rédito político a Montoneros frente a la opinión pública, las estructuras sindicales legalizadas y buena parte de la sociedad. Por estos motivos, sumados a la clandestinidad política en la que se desarrollaron las acciones aquí abordadas, la CE quedó conceptualizada en las memorias y en buena parte de la literatura especializada como un intento “mesiánico”, “suicida” o “militarista”.⁷ Dicha caracterización obstruyó la posibilidad de su comprensión histórica al ubicarla como uno de los temas tabú de la historia reciente argentina.

Este artículo analiza la CE desde un enfoque particular. Aborda la experiencia histórica de uno de los grupos de las TEA, que apenas ha sido visitado en la literatura específica: las TEA-Sur. Integradas por sobrevivientes de la última estructura política que Montoneros tuvo en el territorio argentino, la “Regional Columna Sur”, posibilita matizar el análisis histórico de la CE, circunscripto mayormente a la narrativa de aquellos militantes que, habiendo salido al extranjero para escapar de la represión del régimen militar, se aprestaron a volver para desarrollar el “contragolpe”. La posibilidad de reconstruir la experiencia de un grupo que había permanecido en Argentina durante el grueso de la dictadura permite relativizar la idea que atribuye al desconocimiento de la situación represiva en Argentina –producto de la ajenidad de los militantes– uno de los elementos centrales que explican su regreso.⁸

En este sentido, este artículo apela a la historia oral para reconstruir prácticas que por la clandestinidad con la que fueron llevadas a cabo no fueron apuntadas por escrito en ningún papel. Vera Carnovale da cuenta de la existencia de un «punto ciego» de los testimonios, «esa zona siempre difusa y lábil que separa la experiencia vivida de lo que recordamos y podemos narrar de ella».⁹ Sin desconocer el efecto del contexto en el que los testimonios fueron producidos, y lejos de pretender zanjar esta aporía epistemológica, en esta investigación se defiende la posibilidad de acceder a las significaciones sobre las experiencias pasadas, si bien a través de sus reelaboraciones presentes, de modo tal que el pasado no quede confinado como un territorio inexpugnable. Esta tesis implica no entender las entrevistas como mero presente, y sí en cambio como procesos activos de significación en base a los sucesos pretéritos. Sobre todo, teniendo en cuenta que, como sostiene Alessandro Portelli, «con frecuencia los narradores son capaces de reconstruir sus actitudes pasadas aun cuando ya no coincidan con las presentes».¹⁰

⁷ Véase Richard GILLESPIE: op.cit. y Hugo VEZZETTI: *Sobre la violencia revolucionaria: memorias y olvidos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2009. Entre las memorias sobresale Juan GASPARINI: *Montoneros. Final de cuentas*, La Plata, De la Campana, 2008 [1988]. Sobre las memorias de los militantes en torno a la contraofensiva véase Hernán CONFINO: “La Contraofensiva Estratégica Montonera en la memoria de sus participantes: crónica de un objeto polémico”, *Revista Aletheia*, 6:11 (2015) y Hernán CONFINO: “Tensiones de un retorno: la Contraofensiva Estratégica Montonera de 1979 y 1980 en Argentina”, *Revista Izquierdas*, 28 (2016), pp. 274-291.

⁸ Esta idea está presente en Cristina ZUKER: *El tren de la victoria. La saga de los Zuker*, Buenos Aires, Del Nuevo Extremo, 2010 y en Marcelo LARRAQUY: *Fuimos soldados. Historia secreta de la Contraofensiva montonera*, Buenos Aires, Punto de lectura, 2011.

⁹ Vera CARNOVALE: “Aportes y problemas de los testimonios en la reconstrucción del pasado reciente en la Argentina”, en Marina FRANCO y Florencia LEVÍN (comp.), *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, Buenos Aires, Paidós, 2007, p. 171

¹⁰ Alessandro PORTELLI: “Lo que hace diferente a la Historia Oral”, en Dora SCHWARZSTEIN, *La Historia Oral*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1991, p. 45.

Finalmente, el objetivo que persigue este trabajo es doble. Por un lado, complejizar el abordaje histórico de la CE, que se apoya en trabajos periodísticos y en reelaboraciones testimoniales que adquieren la forma predominante de la crónica y, de modo más general, aportar a la comprensión histórica del final de la “solución político-militar” en Argentina. Para ello se analizarán los documentos internos de Montoneros, los informes desclasificados de los servicios de inteligencia de la dictadura y entrevistas realizadas a algunos de sus protagonistas.

Entre la memoria de un grupo y la “hermenéutica de la derrota”

Los trabajos que se han ocupado de la CE son pocos en comparación con aquellos que se han extendido sobre otros momentos de la historia montonera.¹¹ Ninguno de ellos es producto de una investigación académica, sino que corresponden a relecturas testimoniales editadas por ex militantes o a trabajos periodísticos que han puntualizado determinados aspectos de la experiencia por sobre otros, muchas veces extrayendo conclusiones parciales que desestiman la heterogeneidad del proceso.¹²

La derrota se ha constituido como un punto nodal en las memorias militantes que refieren a la CE, esgrimidas tanto por quienes participaron como por quienes se abstuvieron.¹³ Dichas reelaboraciones han reconstruido el proceso histórico a partir de su resultado político, reemplazando la comprensión del “contragolpe” por la valoración del resultado obtenido o, también, intentando explicar el primero a partir del segundo. Muchos protagonistas que recuerdan los últimos años de la historia montonera no pueden evitar realizar un balance de las acciones

¹¹ Sobre la historia de Montoneros antes de la CE véanse Julieta BARTOLETTI: *Montoneros. De la movilización a la organización*, Buenos Aires, Laborde Editor, 2011; Pilar CALVEIRO: *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años 70*, Buenos Aires, Grupo Editorial Norma, 2005; Esteban CAMPOS: *Cristianismo y revolución: el origen de Montoneros*, Buenos Aires, Edhasa, 2016; Richard GILLESPIE, op.cit.; Lucas LANUSSE: *Montoneros. El mito de sus 12 fundadores*, Buenos Aires, Vergara, 2007; Federico LORENZ: *Algo parecido a la felicidad. Una historia de la lucha de la clase trabajadora durante la década del setenta (1973-1978)*, Buenos Aires, Edhasa, 2013; Javier SALCEDO: *Los Montoneros del barrio*, Caseros, Eduntref, 2011 y Daniela SLIPAK: *Las revistas montoneras. Cómo la organización construyó su identidad a partir de sus publicaciones*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2015.

¹² Véase Esteban CAMPOS: “¿Locura, épica o tragicomedia? Las historias de la contraofensiva montonera en la era de la democracia consolidada”, *Estudios*, 29 (2013), pp.93-110.

¹³ Entre las memorias militantes editadas que tematizan la derrota se destacan Eduardo ASTIZ: *Lo que mata de las balas es la velocidad: una historia de la contraofensiva montonera del 79*, La Plata, De la Campana, 2005; Jorge Luis BERNETTI y Mempo GIARDINELLI: *México: el exilio que hemos vivido. Memoria del exilio argentino en México durante la dictadura 1976-1983*, Buenos Aires, Editorial Octubre, 2014; Gonzalo L. CHAVES y Jorge O. LEWINGER: *Los del 73. Memoria montonera*, La Plata, De la Campana, 1999; Jorge FALCONE: *Memorial de guerralarga. Un pibe entre cientos de miles*, La Plata, De la Campana, 2001; Carlos FLASKAMP: *Organizaciones político-militares. Testimonio de la lucha armada en la Argentina (1968-1976)*, Buenos Aires, Nuevos Tiempos, 2002; Juan GASPARINI: op.cit.; Ernesto JAU-RETICHE: *Violencia y política en los 70. No dejés que te la cuenten*, Buenos Aires, Colihue, 1997; Gregorio LEVENSON: *De los bolcheviques a la gesta montonera. Memorias de nuestro siglo*, Buenos Aires, Colihue, 2000; Roberto PERDÍA: *La otra historia. Testimonio de un jefe montonero*, Buenos Aires, Grupo Ágora, 1997; y Roberto PERDÍA: *Montoneros. El peronismo combatiente en primera persona*, Buenos Aires, Planeta, 2013.

políticas efectuadas y, también, señalar los momentos en los que la organización habría «equivocado el rumbo». Así, la rememoración de la CE suele estar anudada a la necesidad de realizar una autocrítica. No obstante, dicha perspectiva no ayuda a comprender históricamente el porqué de la estrategia y se focaliza en cambio en el fracaso político que arrojó su puesta en acto. Para el estudio que aquí se propone resulta necesario dejar la “derrota” de lado como principio explicativo y considerarla en todo caso como una noción de la realización del “contragolpe” elaborada *a posteriori*.¹⁴

Por eso, para abordar históricamente la CE debe entenderse no a partir de su resultado político, sino en la relación con el devenir más amplio en el cual se inscribió y que se inauguró con la partida al exterior de sus principales dirigentes a fines de 1976, a la vez que se enmarcó en la identidad política y trayectoria más amplia de Montoneros. En esta dirección, además de trascender las memorias militantes que versan sobre la “derrota”, resulta necesario desplazar la interpretación de la CE de la impugnación moral con la que ha sido caracterizada desde la década de 1980, coyuntura de consolidación de los valores democráticos.

Desde los imperativos del flamante régimen posdictatorial –que planteaban la urgencia de oponerse a cualquier tipo de violencia pretérita, ya fuera estatal o insurgente– la CE fue recordada como la última aventura guerrillera que había demostrado la improcedencia de los métodos político-militares.¹⁵ Al mismo tiempo, sus participantes fueron definidos como militaristas o, también, como víctimas engañadas por sus dirigentes.¹⁶ La idea de los militantes como víctimas de la CN descansó en el supuesto desconocimiento que habrían tenido –por su experiencia en el extranjero– del contexto argentino y de las mentiras a través de las cuales habrían sido convencidos para el regreso. En estas aproximaciones, la demonización de los dirigentes también restó capacidad de acción al resto de los militantes y dio forma a interpretaciones que contribuyeron a oscurecer el significado histórico de la CE y la acción política de sus integrantes.

Entre los trabajos periodísticos sobre los últimos años de Montoneros cabe destacar las investigaciones de Cristina Zuker, Marcelo Larraquy y Mariano Pacheco.¹⁷ Zuker, hermana de Ricardo, uno de los militantes desaparecidos durante la CE, reconstruye la historia de la “maniobra de retorno” para recuperar los últimos trazos de la vida de su hermano. El enojo con la

¹⁴ En este sentido se orientan los trabajos de Vera CARNOVALE: *Los combatientes: historia del PRT-ERP*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011 y Daniela SLIPAK: op.cit.

¹⁵ Sobre las particularidades de las memorias constituidas desde la recuperación democrática sobre el pasado dictatorial véase Hugo VEZZETTI: *Pasado y presente: guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002 y Emilio CRENZEL: *La historia política del Nunca Más: la memoria de las desapariciones en Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008.

¹⁶ Por ejemplo, la recuperación de la CE como un “suicidio” y el de los militantes montoneros como víctimas engañadas por sus dirigentes es sintomático de la intervención de Juan GASPARINI: op.cit. A la vez, otros trabajos de la década de 1980 trazaron una frontera con el pasado militarista y “soberbio” que imputaban en el fenómeno montonero, por ejemplo Pablo GIUSSANI: *Montoneros. La soberbia armada*, Buenos Aires, Sudamericana, 1984 y Carlos BROCATO, *La Argentina que quisieron*, Buenos Aires, Sudamericana-Planeta, 1985. En todo caso, las aproximaciones descansaban más en la impugnación moral de un pasado violento que en un intento de comprensión y explicación históricas.

¹⁷ Marcelo LARRAQUY: op.cit.; Mariano PACHECO: *Montoneros silvestres (1976-1983). Historia de resistencia a la dictadura en el sur del conurbano*, Buenos Aires, Planeta, 2014 y Cristina ZUKER: op.cit.

decisión de Montoneros de desarrollar la CE es constitutivo de su lugar de enunciación que, antes que recuperar las coordenadas históricas que enmarcaron el proceso, se orienta a juzgar moralmente la exterioridad –geográfica y política– desde la que fue pensada. En el espectro opuesto se ubican las aproximaciones de Larraquy y Pacheco. Ambos rescatan la épica militante de los montoneros que, incluso en los momentos de mayor represión estatal, decidieron integrar la CE. Sin embargo, tienen sus diferencias. El primero reconstruye el “contragolpe” desde la perspectiva de los ex militantes de la llamada “Regional Columna Norte” –a través de un informante anónimo que participó del proceso– y su vínculo conflictivo con la CN por el manejo de la organización. El peso de la política queda subsumido detrás de las reyertas internas y los motivos personales que marcan el pulso de la narración del *non fiction*. Por su parte, Pacheco hace hincapié en la reconstrucción histórica de las actividades políticas de los miembros de la “Regional Columna Sur”, que a partir del lanzamiento de la “maniobra de retorno” se reorganizaría para conformar las TEA-Sur. Con una cronología que comprende la duración del último gobierno militar, su trabajo constituye una crónica periodística destinada a valorar la militancia política en el marco del terrorismo de Estado.

Entre las virtudes de los trabajos, sobresale la consideración de la CE como un tema en sí mismo. En efecto, el “contragolpe” no había sido contemplado más que como un desarrollo extremado –lógico y cronológico– de procesos que habrían tomado forma previamente a su realización. En este sentido, la posibilidad de un abordaje que tematizara puntualmente la CE, aun con sus carencias, ha sido fundamental en la expansión del conocimiento sobre los últimos años de Montoneros.

En cualquier caso, ni la condena moral a la decisión de Montoneros ni el rescate épico de la práctica política opositora a la dictadura logran abarcar la complejidad de la CE e inscribirla en su contexto histórico. No obstante, tomados en su conjunto los trabajos sobre la CE permiten entrever la globalidad heterogénea que caracterizó al proceso y cuestionar, a través de la ponderación de las TEA-Sur, la imagen de un “contragolpe” conformado íntegramente por militantes que estaban viviendo en el extranjero y, por ende, desconocían la magnitud de la represión estatal. En última instancia, el caso de las TEA-Sur permite considerar a los militantes como actores con capacidad de elección y no solamente como víctimas engañadas del militarismo de sus dirigentes.

«Los tenemos que atacar para empujarlos al abismo»:¹⁸ el diagnóstico de Montoneros que justificó el inicio de la Contraofensiva

Para Montoneros, la contraofensiva aludía a un estadio social que marcaba tanto el decrecimiento de la política represiva dictatorial –por diferencias políticas internas entre quienes querían profundizarla y aquellos que buscaban una legitimación del régimen más allá de la

¹⁸ Evita Montonera n°23, enero de 1979, p. 8.

“lucha contra la subversión”¹⁹— como el incremento de los conflictos sindicales, que en las lecturas partidarias comenzarían a florecer luego de tres años de letargo.²⁰ 1979 era señalado como el momento en que las relaciones de fuerza podían emparejarse, y Montoneros, autorrepresentado como vanguardia política del conjunto del “pueblo”, no era ajeno a dicha situación: en sus análisis de la organización dependía el éxito de la etapa que se abría. Con la realización de la manobra, Montoneros buscaba eludir la censura mediática que había silenciado las pocas acciones que había realizado en Argentina en los dos años previos. En los dichos de la organización, la CE debía lograr que Montoneros «volviera a la primera página».²¹

El diagnóstico montonero sobre la realidad argentina se asentaba en algunas tensiones políticas que también han sido destacadas por la literatura especializada sobre la dictadura. Fundamentalmente, la crisis interna que derivó en la reelección de Jorge R. Videla como presidente hasta 1981 —en una ardua negociación con la Junta Militar y la cúpula de la Armada—, que implicó también su dimisión simultánea como Comandante en Jefe del Ejército en favor de Roberto Viola.²² Por otro lado, la posibilidad cierta de una guerra con Chile por un conflicto limítrofe en torno al Canal de Beagle, finalmente resuelta a principios de 1979 a través de la mediación papal, desnudó las falencias de la ingeniería institucional de la dictadura, que dificultaba la constitución de consensos básicos para la gestión gubernamental.²³ En todo caso, hay acuerdo entre los especialistas a la hora de concluir que a partir del final de la primera presidencia de Videla la dictadura habría perdido algunos de sus apoyos iniciales. Hugo Quiroga, por ejemplo, plantea que el segundo semestre de 1978 marcó el inicio de la erosión de la legitimidad de la dictadura y también el “fin del silencio”, en tanto y en cuanto comenzaron a producirse pronunciamientos públicos de partidos y asociaciones en contra de algunos lineamientos de la dictadura, como la política económica.²⁴ Paula Canelo, Marcos Novaro y Vicente Palermo también coinciden en que el bienio de 1978 y 1979 marcó tanto el pasaje de la dictadura a posi-

¹⁹ Paula CANELO: *La política secreta de la última dictadura argentina (1976-1983)*, Buenos Aires, Edhasa, 2016.

²⁰ El 27 de abril de 1979 tuvo lugar la primera huelga general en contra de la dictadura. Sobre la clase trabajadora durante la dictadura véase Ivonne BARRAGÁN: “La resistencia obrera a la dictadura militar. La represión en una empresa estatal”, *III Jornada de Economía Política*, Área de Economía Política, Instituto de Industria, Universidad Nacional de General Sarmiento, 2009; Ricardo FALCÓN: “La resistencia obrera a la dictadura militar (Una reescritura de un texto contemporáneo a los acontecimientos)”, en Hugo QUIROGA y César TCACH (comps.), *A veinte años del golpe. Con memoria democrática*, Rosario, Homo Sapiens Ediciones, 1996 y Pablo POZZI: *La oposición obrera a la dictadura (1976-1982)*, Buenos Aires, Editorial Contrapunto, 1988.

²¹ Boletín Interno N° 13, febrero de 1980.

²² Con respecto a las negociaciones que culminaron en la reelección de Videla como presidente, véase especialmente Hugo QUIROGA: *El tiempo del “Proceso”. Conflictos y coincidencias entre políticos y militares 1976-1983*, Rosario, Homo Sapiens, 2004, pp. 147-153.

²³ Con respecto al conflicto con Chile véase Marcos NOVARO y Vicente PALERMO: *La dictadura militar 1976-1983: del golpe de Estado a la restauración democrática*, Buenos Aires, Paidós, 2003, pp. 247-260.

²⁴ Hugo QUIROGA: op. cit., pp. 136-140 y 164.

ciones más defensivas como también el comienzo de un período de mayor aislamiento político. En este marco pretendió incidir Montoneros con su implementación de la CE.

Para ello, la organización estipuló el retorno de las Tropas Especiales de Agitación (TEA), encargadas de realizar transmisiones televisivas clandestinas con proclamas montoneras en apoyo a los conflictos sindicales que se preveían como la principal amenaza al régimen dictatorial. Considerado como «un medio de agitación y propaganda»,²⁵ el dispositivo de Radio Liberación TV (RLTV) debía propagar los mensajes políticos que la estrategia de la organización requiriera. En este marco, las transmisiones clandestinas debían devolverle presencia a la organización en el país y animar a los trabajadores a actuar en contra del gobierno *de facto*.

Las Tropas Especiales de Infantería (TEI) concentraron los operativos militares sobre el equipo económico de Martínez de Hoz, Ministro de Economía de la última dictadura militar hasta el año 1981. Así, en el último trimestre de 1979 los tres grupos de las TEI dirigieron sus acciones en contra de Juan Alemann, Secretario de Hacienda; Guillermo W. Klein, Secretario de Estado de Programación y Coordinación Económica; y Francisco Soldati, Presidente del Banco Argentino de Crédito, logrando sólo el asesinato de este último.²⁶ Además de enfatizar la presencia de Montoneros en el territorio nacional, pretendían quebrar la unidad de acción del gobierno dictatorial. Los análisis de la organización habían ubicado a las políticas económicas como el punto de discordia que presentaban los elencos castrenses y, también, como la razón de la principal impopularidad del régimen frente a la sociedad. Concluían, por tanto, que golpeando dicho punto podrían fracturar la unidad de la dictadura y forzarla, en sus categorías, a una «retirada desordenada».²⁷

A su vez, los lineamientos de la CE se proponían trascender las acciones militares y de agitación. Mediante el retorno de militantes consagrados en la estructura de la organización pretendían el armado de las ramas del Movimiento Peronista Montonero (MPM)²⁸ en el país – que había sido creado en Roma en 1977– para coordinar medidas sindicales o restablecer los contactos políticos en determinadas regiones. Así, dirigentes de gran importancia en la historia montonera como Armando Croatto y Gonzalo Chaves, de la rama sindical; Guillermo “Negro” Amarilla y Manuel Pedreira, de la rama juvenil; Bernardo Daniel “Juliot” Tolchinsky, de la rama política; Adriana Lesgart y María Antonia Berger, de la rama femenina; y los miembros pertenecientes a la CN, Horacio Mendizábal, Mario Yäger, Horacio “Petrus” Campiglia y Eduardo “Carlón” Pereira Rossi, entre otros, retornarían al territorio argentino durante el desarrollo de la CE. Los ingresos al país se organizaron en dos oleadas principales: la primera a lo largo de 1979, y la segunda decidida entre finales de 1979 y principios de 1980 e iniciada en fe-

²⁵ Manual de RLTV, 1978, p.1.

²⁶ Marcelo LARRAQUY: op.cit., pp. 184-196.

²⁷ Evita Montonera 23, enero de 1979. Marcos NOVARO y Vicente PALERMO: op. cit.; Hugo QUIROGA: op. cit. y Paula CANELO: op. cit. dan cuenta de que las críticas opositoras a la dictadura encontraron en las políticas económicas de Martínez de Hoz su canal de expresión tolerado por el régimen. A su vez, echan luz sobre los conflictos intestinos de la dictadura en torno al apoyo o la crítica a dichas políticas económicas.

²⁸ Al respecto véase Richard GILLESPIE: op.cit. 291-297.

brero de ese mismo año.²⁹ Para ello, el reclutamiento y entrenamiento para la CE de 1979 habían comenzado en los últimos meses de 1978, y se prolongaron hasta abril del año siguiente, si bien la idea de la organización era que todos los militantes que habitaban en el exterior lo hicieran.³⁰

En resumen, desde octubre de 1978, e incluso unos meses antes, Montoneros había comenzado a reorganizar su estructura para afrontar del modo que creía más conveniente la nueva orientación política avizorada desde su paso a la resistencia y votada por unanimidad en la reunión realizada en Cuba: la CE. Estrategia política, militar y propagandística, contemplaba la participación de grupos políticos y militares compactos y desvinculados entre sí, sumado al retorno de numerosos militantes de larga trayectoria para reactivar contactos políticos. De lo que se trataba, de acuerdo a la convicción de los dirigentes de la organización, era de volver a manifestar presencia política en Argentina.³¹

Las Tropas Especiales de Agitación (TEA)

Las TEA se conformaron al mando de Horacio Mendizábal, “Secretario de Agitación, Prensa y Adoctrinamiento” de Montoneros y número cuatro de su jerarquía. A partir del último trimestre de 1978 fueron entrenadas en una base que la organización tenía en México, e ingresaron al territorio argentino entre principios y mediados de 1979 con la orden de interferir la señal de los canales de televisión con la proclama del lanzamiento de la CE en la voz de Mario Firmenich, el jefe de la organización. Para ello habían sido instruidas por Francisco “Pepe 22” Cabilla y “Olaf”, técnicos montoneros de los RLTV. En momentos en los que arreciaba una aguda represión y ante los dichos del gobierno *de facto* que abonaban el «aniquilamiento de la subversión», Montoneros quería demostrar no solo que seguía existiendo, sino que había regresado al territorio argentino.

Funcionaron tres grupos principales de agitación:³² las TEA I, que ingresaron entre enero y febrero de 1979 y se asentaron en la zona norte del conurbano bonaerense; las TEA II,

²⁹ El segundo retorno, comenzado a principios de 1980, se vería modificado ante el desarrollo de los acontecimientos: luego de que varios participantes del primer retorno se negaran a formar parte del segundo contingente el grupo de infantería cayó secuestrado en manos del aparato represivo de la Junta Militar. En efecto, entre febrero y marzo de 1980 desapareció casi la totalidad de los miembros destinados a realizar acciones militares. Por otro lado, y tal vez relacionado con este primer hecho, las estructuras políticas ya no se organizaron en TEA, sino en las nuevas “Unidades Integrales”: grupos de dos o tres parejas que se asentaban definitivamente en el país con objetivos más modestos que los pensados para el primer retorno.

³⁰ Gustavo Molfino, entrevista con el autor, Buenos Aires, 31 de octubre de 2016. Las sedes de reclutamiento fueron principalmente México y España, y las del entrenamiento, además de éstas dos, El Líbano y Siria, donde Montoneros había trazado un acuerdo con la Organización de Liberación Palestina.

³¹ Así se lo comunicó Jorge Lewinger, encargado del reclutamiento, a Gloria Canteloro, una de las participantes (Gloria Canteloro, entrevista con el autor, Rosario, 14 de abril de 2015).

³² Un cuarto grupo de agitación podría rastrearse en Córdoba, aunque con notable menor organicidad y cantidad de militantes que los que actuaron en Buenos Aires. Un documento titulado “Síntesis de declaraciones del DT [delincuente terrorista] NG [Nombre de guerra] ‘Cacho’ o ‘Negro Cacho’. Nivel Tte. 1° de

que llegaron al país en los primeros días de mayo del mismo año y militaron en la zona oeste, y las TEA-Sur, que lo hicieron a partir de junio y tuvieron a su cargo el conurbano sur, tal como su nombre lo indica. Cada grupo estaba conformado por una docena de integrantes aproximadamente, subdivididos a su vez en “pelotones” de tres o cuatro militantes cada uno. La estructura de mando de los grupos de agitación era vertical y constaba de cuatro instancias consecutivas: por debajo del jefe general se encontraban los tres “responsables zonales” de oeste, sur y norte del conurbano bonaerense. Luego, cada grupo TEA poseía un jefe, y cada “pelotón” de tres o cuatro militantes contaba con un responsable. El jefe general de la maniobra era Mendizábal, que a su vez era el responsable de la zona norte. Los responsables de las zonas sur y oeste también pertenecían a la CN: Eduardo “Carlón” Pereira Rossi y Horacio “Petrus” Campiglia respectivamente.³³ Por debajo de ellos se encontraban los jefes de grupos TEA: Adolfo “Gerardo” Regino González se haría cargo de TEA I, en la zona norte; Federico “Teniente 1° Lucio” Frías Alberga coordinaría el grupo II, que se asentaría en zona oeste; y Víctor Hugo “Beto” Díaz haría lo propio con las TEA-Sur, analizadas en este artículo.

La concepción de la militancia en Argentina: el caso de las TEA-Sur

En julio de 1979 ingresaron al país las TEA-Sur. Al mando de Víctor Hugo “Beto” Díaz,³⁴ que había quedado como jefe por directiva de Pereira Rossi tras la desertión de “Rolo”³⁵ en México, debían instalarse en la zona sur del conurbano bonaerense para realizar las interferencias clandestinas. A diferencia de las TEA I y II, compuestas íntegramente por militantes que estaban en el extranjero, las TEA-Sur estuvieron nutridas en su mayoría por militantes que no habían partido al exterior y habían continuado la militancia en el territorio argentino. Miembros de la última estructura organizada de Montoneros que había subsistido en el

la bdt ‘montoneros’. Jefe de la unidad integral”, confeccionado por los servicios de inteligencia de las Fuerzas Armadas a través de la tortura y los tormentos, da cuenta de la existencia de ocho integrantes en esa provincia, de los cuales solamente dos eran orgánicos a Montoneros. Agradezco a Virginia Croatto haberme puesto en contacto con este documento.

³³ Los responsables zonales contaron con la colaboración de otros militantes del MPM que habían retornado al país y que tenían importante rango en el interior de Montoneros. Pereira Rossi, jefe de sur, contó con la colaboración de Elvio Alberione, “Oficial Mayor”, y Campiglia, responsable de oeste, con Bernardo Daniel Tolchinsky, también “Oficial Mayor”. Mendizábal, jefe de la maniobra y asentado en norte, compartió sus tareas con Armando Croatto, militante sindical con grado de “Capitán” y José María Luján, “oficial”. Excepto Alberione ninguno sobrevivió a la CE.

³⁴ Sobre la historia de Díaz puede verse el film documental “La victoria de Beto”, de Horacio Rafart, 2013. Además, la “campana” de las TEA-Sur quedó consignada en el ciclo “Medios y dictadura” de la Universidad Nacional de Quilmes (UnQui). El capítulo 4, “Interferencias”, se encuentra dedicado a la experiencia del grupo que dirigía Díaz: Universidad Nacional de Quilmes [UNQtv], “Medios y Dictadura. Capítulo 4: Interferencias” [Archivo de video], 24 de octubre de 2016, Disponible online en <https://www.youtube.com/watch?v=aF8UjSK6DO4> [consultado por última vez el 17/01/2018]

³⁵ “Rolo” había sido condecorado por su participación en el retorno de 1978 para la denominada “Campana de Ofensiva Táctica” que Montoneros realizó durante el Campeonato Mundial de Fútbol. Luego, promediando el entrenamiento de agitación en México, abandonó la organización. (Entrevista con Víctor Hugo “Beto” Díaz, La Plata, 27 de diciembre de 2016).

país, la “Regional Columna Sur”, habían perdido la comunicación y el vínculo con la organización entre 1977 y 1978 por la virulencia de la represión estatal. Los informes de la inteligencia militar dan cuenta de los efectos de la represión sobre los militantes de la “Columna Sur”. Si en 1977 contaba con doscientos militantes, dos años después apenas estaba conformada por un poco más de veinte.³⁶

Fueron reclutados por “María”, quien siendo la responsable de la precaria estructura montonera que aún quedaba en el sur del conurbano luego del Campeonato Mundial de Fútbol de 1978 realizado en el país logró reconectarse a través de una militante del MPM con la organización en el exterior, y luego reingresó al país para convocarlos a México con el fin de que participaran de los cursos que prescribía la incorporación a la CE. Debían interiorizarse sobre la línea política que había votado la organización y aprender a usar los equipos de interferencia.³⁷

El primer “pelotón” estuvo integrado por Nora “Emilia” Larrubia; su pareja Carlos “Juan” Karis; Marcia “Susana” Ceijas, pareja de Díaz; y “Armando”, un conocido del barrio que luego abandonaría la organización.³⁸ Su zona de militancia abarcaba las ciudades de Lanús y Avellaneda. El segundo “pelotón”, que comprendía las ciudades de Quilmes, Florencio Varela y Berazategui, contó con la presencia de una de las dos parejas de militantes del grupo que se habían exiliado: “Noelia” y “Eusebio”. Además, militó con ellos “Agustín”, que se había sumado a la CE en la Argentina, pero que, al igual que “Armando”, también se desvincularía prontamente. El último “pelotón” lo conformaron dos parejas: “Lili” y “Pepe”, y Marina “Mirta” Siri y Ricardo “el Prenso” Rubio, la otra pareja que había tenido experiencia en el extranjero, puntualmente en México y Suecia. Tenían a su cargo Lomas de Zamora y Esteban Echeverría.³⁹

Además de estar conformadas en su mayoría por militantes que no se habían ido al extranjero, el otro rasgo distintivo de las TEA-Sur fue la ausencia de secuestros, desapariciones y asesinatos en su grupo: en efecto, todos los que ingresaron a Argentina pudieron regresar ilesos a fin de 1979 a Panamá para realizar el balance con el responsable máximo de la zona y miembro de la CN, Eduardo “Carlón” Pereira Rossi. Para su jefe, Díaz, ambas singularidades estuvieron estrechamente relacionadas y se debieron a la experiencia que habían acumulado en el territorio argentino durante la dictadura militar, antes del inicio de la CE:

³⁶ DIPBA, Mesa “D(s)”, Informe especial, Montoneros, septiembre de 1977 y DIPBA, Mesa “D(s)”, Actualización de la BDT Montoneros, enero de 1980.

³⁷ Víctor Hugo “Beto” Díaz, entrevista con el autor, op.cit.

³⁸ Nora Larrubia y Carlos Karis fueron secuestrados durante la CE de 1980. Continúan desaparecidos.

³⁹ Marina Siri y Ricardo Rubio habían escapado del terrorismo de Estado en 1977, y luego de una experiencia en Paraguay habían salido rumbo a Brasil. Allí, por tratativas previas cursadas con la Embajada de Suecia en Buenos Aires, accedieron al estatus de refugiado político en el país escandinavo. Desde allí se reconectaron con Montoneros, cuya principal sede política en el exterior estaba en México, y fueron convocados y aceptaron participar de la CE. Aun así, y a diferencia de los militantes que se habían ido al extranjero en 1975 y 1976, habían acumulado experiencia política de la dictadura militar en Argentina (Marina Siri y Ricardo Rubio, entrevista con el autor, San Miguel, Provincia de Buenos Aires, 27 de abril de 2017 y Víctor Hugo Díaz, entrevista con el autor, op.cit.).

Aprendimos a pelear en el terreno y creo que a nosotros lo que nos sirvió [para el desarrollo de la CE en Argentina] fue el aprendizaje que habíamos hecho de dejar los aparatos, autos, casas, logística. Nuestros móviles eran motos y bicicletas sobre todo [...] Nosotros desconocíamos mucho las *caídas* [asesinatos y desaparecidos] que se habían dado en Norte [TEA I] porque no los conocíamos a los de Norte, eran exiliados. Ahí en Norte por ejemplo, si tomás eso como idea contrapuesta a lo que yo te digo, caen muchos por desconocimiento. Había muchos que venían de afuera y no podían ni alquilar una casa y pasaron los tres meses sin ubicar casa. No podían alquilar una casa, loco.⁴⁰

En el relato de Díaz, la experiencia en el país, a la vez que funciona como argumento autolegitimante de su práctica política, enfatiza la diferencia entre la acción en el extranjero con respecto a la que podía llevarse a cabo en Argentina. Diferencia que era explícita en los análisis de Montoneros y que también había fundamentado el “retorno” organizado al país. En este mismo sentido se expresa Ricardo Rubio, otro de los miembros del grupo que, si bien había tenido el estatus de refugiado político en Suecia, había permanecido en Argentina durante el primer año de gobierno militar: «Yo tenía mucha confianza en cómo hacíamos política barrial y eso nos respaldó mucho, siempre tuvimos las casas abiertas».⁴¹ Díaz y Rubio habían militado en la zona sur del conurbano bonaerense y por eso recuerdan la conexión que poseían con el contexto en el que debían desenvolverse. Por su parte, Díaz apunta que el desconocimiento que manifestaban los que regresaban desde el extranjero no estuvo relacionado necesariamente con la modalidad represiva dictatorial, de la que sí sabían, sino con la «forma de pelearle a la dictadura».⁴² El rescate de su práctica militante involucra un *know how* que había implicado entre otras cosas abandonar la infraestructura provista por la organización, más por necesidad que por elección, e intentar pasar desapercibido frente a las fuerzas represivas. En su rememoración prima una concepción épica de su quehacer militante, reflejado en la filiación que construye entre sus actividades y la marca de origen de la práctica político-militar en Argentina:

Volvimos a hacer esas viejas cosas que se hacían al principio de la guerrilla, repartir juguetes, repartir carne, repartir comida, ese tipo de cosas [...] Durante el Mundial [1978] hicimos cosas muy chicas, estábamos viviendo en Quilmes, cerca de Triunvirato y Calchaquí, y al lado teníamos una fábrica Panam que cerraba a las diez de la noche y el generador lo teníamos cerca de casa y se apagaba a las diez de la noche porque los compañeros estaban en huelga. Entonces salíamos con mi mujer [Marcia Ceijas], teníamos un mimeógrafo que habíamos comprado en Capital y en la fábrica Sarandí de papel cerca de Constitución planchas de contact y ahí recortábamos y hacíamos consignas y las pegábamos por todos lados, pero también hacíamos pintadas. Una vez pintamos en Calchaquí y 12 de Octubre, cerca de la comisaría «Argentina campeón, Videla al paredón», la consigna que veíamos que la revista *Somos* había sacado de la “campana antiargentina”. Nosotros la reprodujimos y

⁴⁰ Víctor Hugo Díaz, entrevista con el autor, op.cit.

⁴¹ Marina Siri y Ricardo Rubio, entrevista con el autor, op.cit.

⁴² Víctor Hugo Díaz, entrevista con el autor, op.cit.

“Derechili” [militante de zona sur] decía que justo pasó en colectivo y vio la pintada – después la borran– y hacíamos volanteadas y esas cosas.⁴³

Entre las actividades que enumera Díaz, se destacan las que los militantes montoneros habían desarrollado durante los primeros años de la década del setenta. «Viejas cosas» –como el reparto de alimentos y juguetes– y «cosas muy chicas» –como pintadas o volanteadas– se entrelazan en su relato con una notable presencia del aparato represivo y con la desconexión de los militantes que estaban en Argentina con respecto a las políticas que eran implementadas por la cúpula en el extranjero.⁴⁴ Las pintadas eran prontamente borradas y difíciles de realizar, y las consignas montoneras, en lugar de comunicarse por canales orgánicos, eran reproducidas a partir de los escasos datos que podían extraer de los medios de prensa conniventes con el gobierno *de facto* –en este caso, el semanario *Somos* de Editorial Atlántida–, que se extendían sobre la “campana antiargentina”.⁴⁵

Tal vez por el carácter de su experiencia, Díaz no responsabiliza a la CN por sus análisis sobre la situación política en el país ni por la forma diagramada para los grupos de agitación. En su rememoración, lo que sostenían los documentos internos tenía un valor potencial. No anticipaban lo que sucedería, sino que evaluaban lo que podía llegar a pasar:

Cuando recibía los análisis, había como dos posturas: los compañeros que habían estado afuera se creían a pies juntillas lo que decía el documento. Nosotros lo creíamos de una forma potencial, lo que podrá pasar. Nosotros habíamos estado acá con la gente. El que te conocía si no quería saber nada de vos ni te miraba y cruzaba por la vereda de enfrente. El que te conocía si te sonreía es porque sabía, porque estaba ampliamente a favor tuyo, porque la gente no lo hacía, el terror era muy fuerte [...] Los compañeros tenían esta opción más cerrada tratando de defender las posiciones de la Conducción y no trataban de abrirse sino de cerrarse defendiendo una lógica [...]. No es que las masas estaban en la calle y no sé qué cosa.⁴⁶

Desde el recuerdo de Díaz, quienes creían acriticamente en las lecturas de la CN eran los que menor relación habían tenido con el contexto político de la dictadura. Aquéllos que habían

⁴³ *Ibidem*.

⁴⁴ A propósito de esa desconexión Díaz sostiene que «Nosotros no nos enteramos [de] que hubo un grupo que vino para el Mundial. Supuestamente, cuando salimos después, nos cuentan que hubo un grupo que hizo eso y que tiró contra la Casa Rosada, contra la ESMA. De ese tipo de cosas, acá no salía nada de nada. Por eso digo el papel de la prensa, puro silencio. Es terrible, cómo romper eso. Porque pequeños grupos de resistencia es imposible que lo puedas romper. Podés llegar un *chiquitín* pero no más que eso». (Víctor Hugo “Beto” Díaz, entrevista con el autor, *op.cit.*).

⁴⁵ La “campana antiargentina” es la forma en que la dictadura se refería al activismo en derechos humanos que desde el exterior de Argentina había comenzado a ser impulsado por los exiliados del régimen y organizaciones no gubernamentales. Al respecto véase Marina FRANCO: *El exilio. Argentinos en Francia durante la dictadura*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008 y Silvina JENSEN: *Los exiliados. La lucha por los derechos humanos durante la dictadura*, Buenos Aires, Sudamericana, 2010.

⁴⁶ Víctor Hugo Díaz, entrevista con el autor, *op.cit.*

transitado por el extranjero, alejados de Argentina y deseosos de retornar, no cuestionaban los análisis que justificarían su regreso. Tal vez no contaran con los elementos suficientes para hacerlo frente a la desconexión que los separaba de la situación política local. En cambio, Díaz rastrea dichos elementos en sus vivencias en el país, que contrariaban el diagnóstico de la dirigencia de la organización: ni la sociedad estaba movilizada ni el gobierno *de facto* en crisis. Al contrario, el jefe de las TEA-Sur hace hincapié en el terror que la dictadura había diseminado en la sociedad. En ese marco no había muchos motivos para abonar un desenlace insurreccional como el que pronosticaban los principales dirigentes de Montoneros.⁴⁷

La experiencia de la que da cuenta Díaz, evocada en base a un discurso que legitima y ensalza su práctica política y su coraje, había moderado sus expectativas de cara a los resultados de un retorno con el que estaba convencido. La atmósfera represiva reinante en el país le impedía vislumbrar el éxito que pronosticaba la CN. Aun así, en su postura primaba la voluntad de seguir oponiéndose a la dictadura, independientemente de los resultados políticos que arrojase dicha oposición. Al contrario de lo que le sucedía a muchos militantes que estaban en el exterior y dependían de los informes de la cúpula montonera para mantener su ligazón con el país, las vivencias que habían transitado Díaz y su grupo le habían brindado suficientes elementos para relativizarlos.

Durante la realización del entrenamiento en Cuernavaca, “Olaf”, encargado de enseñar el uso del aparato RLTV de interferencia, mencionó la idea de esconder el equipo en una camioneta, tal como lo habían hecho las TEA I.⁴⁸

Cuando se dio lo de las interferencias me acuerdo que estaban los del Norte [TEA I] y “Olaf” nos contaba esa experiencia, porque él ya había dado el curso. Se decía que ellos venían, que la idea era comprar un flete, camuflarlo y embutirle los equipos, lo que pasa es que el alcance no era grande, era bajo, cuatro manzanas. Y me acuerdo que en ese momento pregunté y bueno pero qué pasa si uno se eleva, «y si se eleva es más». Y nosotros hicimos eso. Además eso a nosotros no nos provocaba absolutamente nada, conocíamos toda la operatividad. Dijimos que teníamos que buscar las lozas de edificios abandonados altos, si hay un guardia tomarlo y subir.⁴⁹

Díaz evoca la charla con “Olaf” enfatizando la mayor efectividad con la que actuó su grupo con respecto a las TEA I. No hay una crítica fundamentada en la disciplina partidaria, sino en la eficiencia de la tarea realizada. Destaca que treparse para que las transmisiones aumentaran su radio de alcance no les generaba ningún miedo, haciéndose eco, tal vez involuntariamente, de la caracterización que la CN había hecho del cambio implementado por las TEA

⁴⁷ Ver “Boletín Interno N°12”, de enero de 1980, y “Boletín Interno N°13”, de febrero de 1980.

⁴⁸ Sobre el debate con respecto a la doctrina de interferencias clandestinas véase “Boletín Interno N°12”, op.cit.

⁴⁹ Víctor Hugo Díaz, entrevista con el autor, op.cit.

I.⁵⁰ La preocupación por la preservación de la vida se encuentra ausente en su relato, quizás por la experiencia previa de gran exposición vivida en el país. Pero posiblemente también porque al haber estado alejado de las estructuras políticas que se fueron gestando en el extranjero fue ajeno a las discusiones internas que sacudieron a los estratos más altos de la organización.

Las otras modificaciones que aplicaron las TEA-Sur buscaron incrementar su conexión con las luchas cotidianas que ocurrían en algunas fábricas. Así, regrababan las cintas: ya no era la voz de Firmenich la que instaba en nombre del Partido Montonero al lanzamiento de la CE. En la voz de Marcia “Mirta” Ceijas se comunicaba la presencia no del Partido Montonero, sino del MPM, en una elección política por el “movimiento” más relacionado con la historia del peronismo que el “partido leninista” que Montoneros había creado en 1976.⁵¹ Pero la no identificación con el “Partido” también reflejaba la exterioridad que paradójicamente los había embargado en Argentina con respecto a los cambios organizativos pergeñados por la organización en el exterior.⁵² La segunda modificación tuvo que ver con la realización de transmisiones únicamente en apoyo de los conflictos fabriles. En esta interrelación con las reivindicaciones obreras los militantes montoneros cifraban la posibilidad de lograr algún tipo de representatividad entre la clase trabajadora.⁵³ Además, y a instancias de Rubio, las TEA-Sur también repartían volantes de propaganda a los vecinos de los barrios en donde estaban asentados. Creían que de esta manera estarían más cerca de la ciudadanía.⁵⁴

Frente a la rigidez que la CN había manifestado con respecto a las modificaciones implementadas por las TEA I en sus interferencias Díaz construye una caracterización opuesta, aunque en un contexto diferente:

Nosotros rearmábamos las cintas, eso también es una flexibilidad y una mirada política mucho más amplia de “Carlón” [Pereira Rossi]. Yo le dije: «Fuera se dice tal cosa y nosotros vamos a apoyar los conflictos», y él me mira y me dice: «Beto, ¿yo voy a venir a decirle a ustedes qué es lo que tienen que hacer que han estado todo el tiempo acá?» Una confianza

⁵⁰ La crítica de la CN a las TEA I ha sido volcada en el “Boletín Interno N°12”, de enero de 1980. En ella la cúpula sostenía que guardar el equipo en la camioneta para estar a resguardo de la represión estatal era una actitud temerosa que contrariaba la doctrina de interferencia elaborada por Montoneros.

⁵¹ Véase Roberto BASCHETTI: *Documentos 76/77*, La Plata, De la Campana, 2001, p.290.

⁵² Resulta ilustrativo de las diferencias entre las vivencias en el exterior y en el país el siguiente fragmento de la entrevista a Díaz: «Llegamos a México DF, fuimos a un hotel primero, un compañero que está vivo vino a buscarnos [...] con la ropa partidaria y mi mujer [Marcia Ceijas] le dice “¿Venís disfrazado de Partido?” Típico del que está acá adentro [Argentina] y lo chicanea.» (Víctor Hugo “Beto” Díaz, entrevista con el autor, op.cit.).

⁵³ Al respecto, Díaz recuerda: «Trabajamos sobre Peugeot. Vamos a ver a un delegado de Peugeot porque mi mujer se acordaba de cuando ella vivía en Bosques, al lado vivía un tipo que era delegado de la Peugeot. Entonces fuimos con otro compañero y él se acordaba, imagináte el miedo de la gente, podíamos ser dos servicios [de inteligencia] de acá a la China. Dimos credibilidad de que éramos dos militantes y el tipo nos dice “muchachos, yo lo único que les digo es que no pasen por la puerta de la fábrica porque los están esperando”. Yo le dije “Mirá, estamos haciendo una cosa nueva que es interferir los canales y vamos a hacer una proclama de apoyo al conflicto”, y bueno, es la más grande que hicimos.» (Víctor Hugo “Beto” Díaz, entrevista con el autor, op.cit.).

⁵⁴ Marina Siri y Ricardo Rubio, entrevista con el autor, op.cit.

plena, y no cualquiera hace ese tipo de cosas. Rearmábamos la cinta y repetíamos el comienzo, «Atención atención» y todo lo que quieras, pero nosotros hablábamos de los conflictos. Entonces nos hacía más cercanos, no hablábamos en general de la resistencia.⁵⁵

Desde la perspectiva de Díaz, era el perfil político de Pereira Rossi el que habría fundamentado la flexibilidad y el acuerdo en las formas de interferir del grupo, flexibilidad que no es extensible a toda la CN, configurando el “Segundo Comandante” una excepción en el testimonio del jefe de las TEA-Sur. El argumento de peso que justifica la transigencia de Pereira Rossi en la rememoración de Díaz continúa siendo el mismo: el aprendizaje que habían tenido en el transcurso de la experiencia transitada en Argentina durante la dictadura. Como si la CN no hubiera tenido la necesidad de adoctrinar con la misma intensidad a aquellos que habían transitado su militancia en el país en comparación con quienes habían partido al exilio en 1975 o en los primeros momentos de la dictadura. Pero además, la flexibilidad de la CN podría entenderse por la ajenidad que los militantes de las TEA-Sur poseían con respecto a los lineamientos políticos que Montoneros había estructurado en el exterior. No había riesgo alguno de “contrapoder” para la dirigencia de Montoneros en las modificaciones y planteos críticos realizados por las TEA-Sur.

Pese a la ausencia de conflictos explícitos entre la CN y las TEA-Sur, Díaz y Rubio cuestionan años después la visión que había sustentado la cúpula de la organización con respecto a las zonas más propicias para desarrollar la CE. Sostiene Rubio:

La CN manejaba, tenía un gran poder de elaborar políticas, de hacer diagnóstico. Nosotros llegamos acá debido a ese conocimiento territorial y casi desde el primer día dijimos «acá hay un error de diagnóstico. Acá no se puede venir a hacer determinadas operaciones, montar una estructura clandestina para hacer operación cuando acá hay que hacer política *a cagarse*. En las entrañas.» Desde el territorio comprometido lo dije: «ni afuera, ni al costado, ni hoy».⁵⁶

Rubio también deja en claro el conocimiento que tenían sobre la modalidad represiva de la dictadura. Es justamente ese conocimiento el que le permite contradecir el diagnóstico de la dirigencia de la organización. No obstante, dando muestras de la cultura militante de la época –compartida por todos los integrantes de la organización–, sostiene la validez de sus críticas, justamente por haberlas realizado en el país durante la CE. Al respecto, también recuerda Díaz:

Los compañeros [de la CN] quedaron anclados a una foto. Ellos se creen que es el norte por las fábricas más dinámicas, por los trabajadores, y el norte lo habían arrasado entre el 76 y el 77. Está la ESMA [Escuela Mecánica de la Armada, que funcionó como Centro Clandestino de Detención] ahí *haciendo pelota* todo. Y la zona sur, que era la menos dinámica, ta-

⁵⁵ Víctor Hugo Díaz, entrevista con el autor, op.cit.

⁵⁶ Marina Siri y Ricardo Rubio, entrevista con el autor, op.cit.

lles y automotrices, era la que tenía militantes y la que reaccionaba más rápido. Ahí hay un error de mirada, pero ese error está dado por el hecho de correrse del territorio.⁵⁷

En el relato de Díaz, la partida de la dirigencia habría impedido que ésta asimilara los cambios que se habían producido en la situación política argentina en la segunda mitad de la década del setenta, al menos desde el punto de vista del jefe de las TEA-Sur. Una vez más, Díaz construye un discurso que le permite criticar a la cúpula de la organización a la vez que exaltar su propia tarea militante. El parámetro de sus vivencias acumuladas en el país posibilitaba al jefe de las TEA-Sur cuestionar una de las principales premisas que habían guiado el asentamiento y el accionar durante la CE. La CN se constituye en su testimonio como víctima de la misma ajenidad que imputaba a varios de los militantes ajenos al retorno.

En noviembre de 1979, a través del contacto telefónico que tenía Díaz con la organización en el extranjero le avisaron sobre una reunión a la que debería concurrir. En un bar del centro de Avellaneda, en las afueras de Buenos Aires, se encontró con Elvio “Gringo” Alberione.⁵⁸ No se conocían. Alberione desconfiaba de la cita porque sabía a diferencia de Díaz de la cantidad de secuestros, desapariciones y asesinatos que había sufrido Montoneros durante su actividad en el país a lo largo del año. Allí le entregó un sobre a Díaz que contenía la directiva de Pereira Rossi de asistir a una reunión en Panamá y el dinero para el traslado. Una vez en el país centroamericano, donde Díaz fue con su mujer Ceijas, recibió la orden –que cumplió Ceijas por su gran pericia en la confección de documentación falsa– de regresar a la Argentina para facilitar la salida de todo el grupo de TEA-Sur hacia Panamá, donde se realizaría el balance grupal de la operación.

En la reunión de balance, que según Díaz fue «muy positiva»,⁵⁹ se juzgó la forma de operar, la relación con los conflictos obreros, la cantidad de interferencias y la reacción de la sociedad frente a ellas. Allí comentaron la metodología que habían aplicado, elevándose sobre edificios abandonados para aumentar el alcance de las transmisiones y la regrabación de las cintas realizadas exclusivamente a propósito de los conflictos fabriles. Luego de la reunión, Pereira Rossi le encargó a Díaz que fuese a El Líbano a hacerse cargo del segundo grupo de infantería que regresaría en la CE de 1980. “Noelia”, “Eusebio”, Nora Larrubia y Carlos Karis volverían también al país durante el año siguiente, contenidos en las nuevas estructuras políticas pensadas para el “segundo regreso”, las Unidades Integrales (UI), que reemplazarían a las TEA y que tendrían, a diferencia de éstas, el objetivo de asentarse y permanecer en el país.

⁵⁷ Víctor Hugo Díaz, entrevista con el autor, op.cit.

⁵⁸ Al respecto véase *Memoria Abierta, testimonio de Elvio Alberione*, Buenos Aires y Córdoba, 7 de Junio y 4 de Agosto de 2008 y 10 de Diciembre de 2009.

⁵⁹ *Ibidem*.

Conclusión

El caso de las TEA-Sur, conformado en sus tres cuartas partes por montoneros que no se habían exiliado y que habían quedado desconectados de la organización durante los primeros tres años de dictadura militar, permite matizar la creencia de que todos los protagonistas del retorno habían sido exiliados o ex presos políticos, alejados de la realidad argentina. Apartados de los conflictos internos y de las modificaciones organizativas realizadas en el extranjero, y desconocidos en los puestos fronterizos controlados por la dictadura y también en el ámbito exiliar, estos militantes lograron entrar y salir ilesos de Argentina.

Gracias a su vivencia en el país contaron con otros elementos que les permitieron relativizar algunos de los análisis que habían confeccionado los dirigentes de la organización. No obstante, mostraron la misma disposición para el “contragolpe” que el resto de los integrantes que protagonizaron la CE. Convencidos de que habían encontrado la forma más eficiente de oponerse al régimen *de facto*, remarcaron la ajenidad de sus compañeros y sus dirigentes por la lejanía a la que los había confinado el exterior. Aun así, no entraron en conflicto explícito con la CN. Sus críticas a la visión política de la cúpula no derivaron en ninguna impugnación sobre el desarrollo de la maniobra ni tampoco en una iniciativa colectiva concreta que organizara su descontento. A la inversa, la CN mostró una faceta flexible en el trato con este grupo, quizás por los conocimientos que habían adquirido en su oposición clandestina a la dictadura, poniendo de relieve que la acción en el país era considerada –por todos los integrantes de Montoneros– como más legítima que la ejercida desde el exterior. Pero también porque en un contexto signado por la disidencia de febrero de 1979 no discutieron ni amenazaron el liderazgo de la CN.

El estudio del caso de las TEA-Sur parecería contrariar uno de los postulados más corrientes que la literatura especializada ha construido acerca del proceso: la ajenidad absoluta de todos los retornados y su desconocimiento de lo que implicaba la militancia clandestina en el territorio argentino durante la dictadura militar. Si bien la atención brindada al grupo dirigido por Díaz no debe llevar a rectificar automáticamente la hegemonía de algunas de las premisas que orientan el análisis de la CE, sí debería coadyuvar al menos a complejizarlas.

La consideración de las experiencias militantes y las trayectorias de los distintos grupos permite matizar algunas proposiciones que resignifican el proceso y forzosamente redefinen su análisis. En esta redefinición resulta prioritario tomar en cuenta las particularidades de las vivencias de cada grupo y sus expectativas de construcción política al interior o al margen de Montoneros. En este marco, el sello distintivo de las TEA-Sur radica en su experiencia de clandestinidad durante la dictadura. Es esta singularidad la que, a la vez que construye una memoria que intenta situarse en un lugar único de enunciación, roza la épica y autolegitima sus posturas, al tiempo que pone de relieve la tensión permanente e irresoluble que se había constituido desde la “retirada” al exterior de la CN de fines de 1976 y que la CE había intentado resolver.

Traducciones

Las funciones extramilitares de las fortificaciones cruzadas, 1187-circa 1380*

Kristian Molin

Traducido por Antonio Escobar Tortosa

Resumen: Aunque muchos de los aspectos militares y estratégicos de las fortificaciones cruzadas han sido estudiados en el pasado, rara vez se han examinado en detalle sus usos extramilitares. Esta omisión ha conducido en cierta medida a la falsa impresión de que las fortificaciones latinas (y armenias) en el Mediterráneo oriental solo se utilizaron para la guerra y no desempeñaron un papel significativo en tiempo de paz. En realidad, muchas de estas estructuras, especialmente en áreas menos expuestas como Chipre, pasaron bastante más tiempo cumpliendo funciones domésticas más bien prosaicas que directamente envueltas en conflictos bélicos. El propósito de este artículo, por tanto, es analizar el uso de estructuras tales como residencias, prisiones y salas de justicia, así como centros neurálgicos del comercio, la administración, la agricultura y diversas actividades religiosas. Se hará alusión a fortificaciones en la Grecia ocupada por los francos, Chipre, Tierra Santa y el reino armenio de Cilicia durante el período 1187-circa 1380.

En julio de 1187, Saladino infligió una tremenda derrota a los latinos en la batalla de los Cuernos de Hattin. Mató o capturó tantos combatientes enemigos que durante los tres años siguientes conquistó vastos territorios cristianos donde no quedaba ya nadie para defenderlos. En respuesta, los cristianos organizaron una serie de cruzadas para garantizar que los estados latinos de Tierra Santa a lo largo de las zonas costeras de Palestina y Siria sobrevivieran durante otros cien años. Sin embargo, todos estos limitados logros se obtuvieron mediante expediciones temporales cuyos participantes regresaban a occidente tras unos pocos meses o años, de manera que el problema subyacente, las tropas insuficientes, que era lo que había hecho posible las espectaculares conquistas de Saladino, no se había resuelto.

De hecho, en cierto sentido, la situación se había deteriorado, porque aunque los territorios cristianos en Tierra Santa eran ahora físicamente más pequeños que antes de 1187, la Tercera Cruzada también había conducido a la apropiación de Chipre por parte de los reyes francos, mientras que la Cuarta Cruzada acabó con la conquista del imperio bizantino por parte de los latinos, que lo dividieron en una serie de nuevos estados que incluían la mayor parte de la Grecia continental y el Egeo. En conjunto, pues, los relativamente pocos occidentales asentados permanentemente en Oriente tenían en efecto más tierras que defender a principios del siglo XIII de las que habían tenido a finales del siglo XII, muchas de las cuales estaban habi-

* Publicado originalmente como Kristian MOLIN: "The non-military functions of crusader fortifications, 1187-circa 1380", *Journal of Medieval History*, Vol. 23, 4 (1997), pp. 367-388.

tadas por griegos o musulmanes abiertamente hostiles. Aunque al inicio los territorios geográficamente aislados como Chipre y el Peloponeso tenían menos de lo que preocuparse, muchos estados latinos compartían además fronteras extensas y vulnerables con oponentes numéricamente superiores. En el norte, los búlgaros y los nuevos estados griegos de Epiro y Nicea representaban una gran amenaza, mientras que más al sur las zonas costeras de Tierra Santa en poder de los latinos estaban terriblemente expuestas a las incursiones musulmanas tanto desde Egipto como desde Siria. De hecho, hacia la segunda mitad del siglo XIII, los ejércitos musulmanes que atacaban regularmente el litoral cristiano sumaban al menos 12 000 efectivos, mientras que en el norte de Grecia se decía que la invasión búlgara de 1205-6 había sido llevada a cabo por 40 000 soldados.¹ Aun contando con las exageraciones de los cronistas medievales, estas cifras dejan claro que los ejércitos de campaña latinos fueron superados en gran número. Así, en 1244, la batalla de La Forbie entre los egipcios, por un lado, y los francos y sus aliados damascenos por el otro, contó únicamente con la presencia de unos 2000 caballeros cristianos, mientras que los jorezmitas, aliados nómadas de Egipto, aportaron presuntamente 20 000 jinetes al conflicto.² La suerte tampoco parecía sonreír al reino cristiano armenio de Cilicia, que aunque no debería contarse entre los estados cruzados, experimentó no obstante problemas similares al tratar con los musulmanes y en ocasiones se alió con ciertas potencias latinas, en especial con los caballeros hospitalarios, los caballeros teutónicos y las ciudades-estado italianas.³

La forma más obvia de que tanto latinos como armenios compensaran esta escasez de hombres era construir castillos o fortificaciones urbanas. A diferencia de en las cruzadas europeas, estas estructuras duraron décadas o incluso siglos, y si eran lo bastante fuertes, podían ser defendidas por guarniciones relativamente escasas frente a fuerzas invasoras mucho más numerosas. A menor escala, innumerables granjas fortificadas, torres y puestos de observación, cuya función era proteger a los colonos occidentales contra incursiones más localizadas y alzamientos populares, fueron también construidos en todas las zonas del Mediterráneo oriental ocupadas por los latinos. Estas construcciones posibilitaron que, a pesar de encontrarse en tal inferioridad numérica, los cristianos se mantuvieran en Tierra Santa hasta 1291, y en otras zonas al menos hasta finales del siglo XIV. Este último ha sido escogido como punto de corte

¹ Musulmanes: David AYALON: "Studies on the structure of the Mamluk army", *Bulletin of Oriental and African Studies*, 15 (1950), pp. 203-228, 448-476, en particular 222; Íd., *Bulletin of Oriental and African Studies*, 16 (1954), pp. 57-90, en particular 70-71. Búlgaros: Godofredo DE VILLEHARDOUIN: *La Conquête de Constantinople*, ed. N. de Wailly, París, 1882, p. 256.

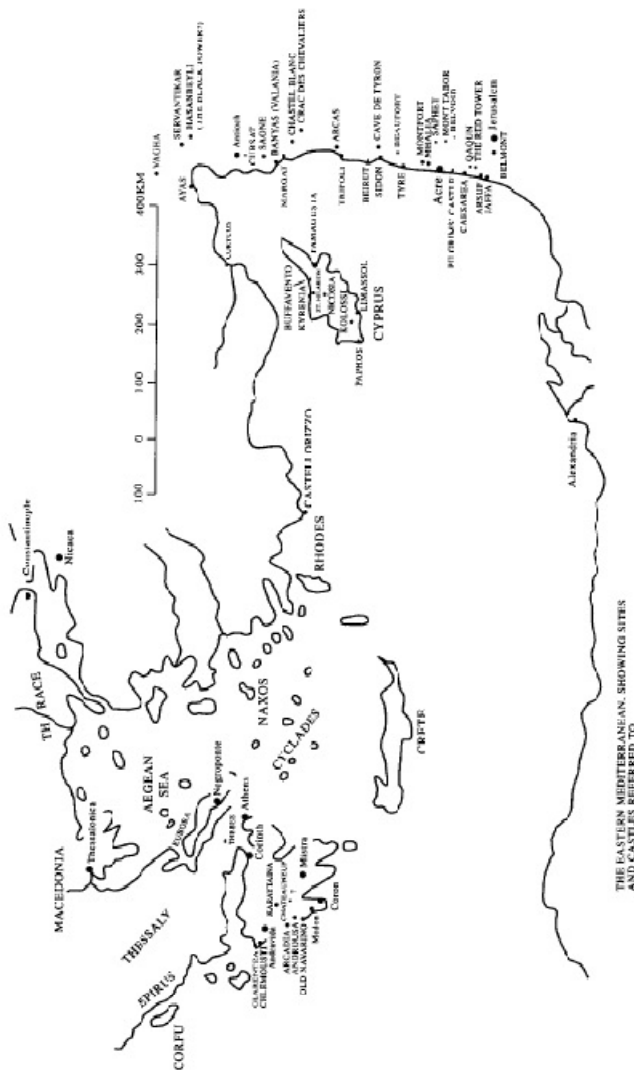
² "L'Estoire d'Eracles empereur et la conquête de la terre d'Outremer", en *Recueil des historiens des croisades. Historiens occidentaux*, ed. Académie des Inscriptions et Belles-Lettres, 5 vols, París, 1844-95, vol. 2, p. 428; Marino SANUDO: "Liber secretorum fidelium crucis", ed. J. Bongars, en *Gesta Dei per Francos*, 2 vols, Hannau, 1611, vol. 2, p. 217. Ver también los comentarios de Jonathan S. C. Riley-Smith en Ibn AL-FURAT: *Ayyubids, Mameluks and Crusaders. Selections from the Tarikh al-Duwal wa 'l-Muluk*, ed. y trad. U. Lyons y M. C. Lyons, 2 vols, Cambridge, W. Heffer and Sons, 1971, vol. 2, p. 173, nota 2.

³ En 1298, por ejemplo, los armenios fueron incapaces de evitar que un ejército mameluco que supuestamente contaba con 20 000 soldados arrasara los campos de Cilicia. Ver AL-MAKRIZI: *Histoire des Sultans Mamlouks de l'Égypte*, trad. M. E. Quatrembre, 2 vols., París, 1845, vol. 2, parte 2, pp. 60-61.

para el presente análisis, ya que fue testigo de la conquista del reino armenio de Cilicia por parte de los mamelucos, del inicio de la invasión otomana de Grecia y de la destrucción parcial del poder de los francos en Chipre por parte de los genoveses.

Sin embargo, aunque las fortalezas y otras fortificaciones militares alargaron la esperanza de vida de la mayoría de los estados cristianos en el Mediterráneo oriental, la necesidad constante de prácticamente todos ellos, ya fueran italianos, francos o armenios, de vivir en o cerca de dichas fortificaciones también significaba que los cristianos estaban, en cierto modo, constantemente "sitiados" dentro de sus castillos y ciudades. Como resultado, las fortificaciones se convirtieron en centros neurálgicos no solo en tiempo de guerra, sino también para una gran variedad de actividades puramente extramilitares como la agricultura, el comercio y la administración, y son precisamente éstas actividades las que constituyen el tema del presente artículo.

Primero y ante todo, el hecho de que tantos cristianos se establecieran cerca de las fortalezas significaba que estas estructuras con frecuencia se convertían en el domicilio permanente de los señores locales, algunos de los cuales vivían con mucho más lujo que sus contemporáneos de Europa occidental. En 1211, por ejemplo, el peregrino germano Willbrand von Oldenburg escribió que la ciudadela de Beirut tenía pisos de mosaico diseñados para emular un suave oleaje, y que una estancia incluso contenía una fuente de mármol labrado en forma de dragón.⁴ Otros castillos famosos por su magnífica apariencia incluyen la acrópolis de Atenas, cuyas ruinas clásicas fueron convertidas



THE EASTERN MEDITERRANEAN, SHOWING SETS AND CASTLES REFERRED TO.

los cuales vivían con mucho más lujo que sus contemporáneos de Europa occidental. En 1211, por ejemplo, el peregrino germano Willbrand von Oldenburg escribió que la ciudadela de Beirut tenía pisos de mosaico diseñados para emular un suave oleaje, y que una estancia incluso contenía una fuente de mármol labrado en forma de dragón.⁴ Otros castillos famosos por su magnífica apariencia incluyen la acrópolis de Atenas, cuyas ruinas clásicas fueron convertidas

⁴ Willbrand VON OLDENBURG: *Itinerarium Terrae Sanctae*, ed. S. de Sandoli, en *Itinera Hierosolymitana Crucesignatorum*, 4 vols., Jerusalén, Franciscan Print Press, 1978-84, vol. 3, pp. 204-206.

en un palacio por los señores francos, catalanes y florentinos de la ciudad,⁵ y Tebas, cuyas paredes estaban cubiertas con murales que representaban la conquista Siria por parte de los latinos.⁶ Estos murales desaparecieron tiempo atrás, pero las huellas de otros frescos contemporáneos descubiertos en Margat y Crac de los Caballeros, las famosas fortalezas hospitalarias en el oeste de Siria, sugieren que, en efecto, la mayoría de las dependencias religiosas o comunales de las fortificaciones cruzadas de mayor tamaño se decoraban de esta manera.⁷ Entre los elementos adicionales destinados a hacer que la vida cotidiana fuera lo más cómoda y placentera posible se incluían baños turcos, cuyos restos se han descubierto en Pafos (Chipre), Belvoir y el Castillo del peregrino,⁸ y jardines, que pueden haber existido en Atenas, así como en el cuartel general de los caballeros teutónicos en Montfort y en el cuartel de los caballeros hospitalarios en Acre. No cabe duda de que los jardines sirvieron para el recreo y la relajación tanto como para el cultivo de hierbas y hortalizas.⁹

Así pues, los miembros más poderosos de la sociedad disfrutaban de un nivel de vida relativamente alto, y sería un error suponer que las fortalezas que habitaban eran lugares inhóspitos carentes de comodidades. Inevitablemente, este punto es más aplicable a los gobernantes reales de los estados latinos en Oriente, como los príncipes de Acaya, cuya residencia en Chlemoutsi, en el noroeste del Peloponeso, contenía una insólita cantidad de chimeneas, letrinas y cisternas, y se construyó a una escala mucho mayor que cualquier otro castillo de los francos en Grecia. Debió haber sido un lugar muy agradable para vivir durante el reinado de su constructor, Godofredo II de Villehardouin (1228-1246), de quien se dice que «mantenía a ochenta caballeros con espuelas doradas» en su corte, a los cuales «obsequiaba todo cuanto pedían al margen de su paga».¹⁰ De manera similar, los gobernantes de Chipre disfrutaron de alojamiento

⁵ Nicolás DE MARTONI: "Relation du pèlerinage à Jérusalem de Nicolas de Martoni, notaire Italien (1394-1395)", ed. L. Le Grand, *Revue de l'Orient Latin*, 3 (1895), pp. 647-53,656; K. M. SETTON: *Catalan domination of Athens, 1311 - 1388*, Cambridge, MA, Medieval Academy of America, 1948, pp. 227-232.

⁶ *Livre de la conquête de la princée de la Morée: Chronique de Morse (1204 - 1305)*, ed. J. Longnon, París, Laurens, 1911, pp. 220-221; *To Chronikon tou Moreos: the Chronicle of Morea*, ed. J. Schmitt, Londres, Methuen & Co., 1904, p. 524. Estas son las versiones francesa y griega de la Crónica de Morea. En este artículo he usado predominantemente la primera, pero debe tenerse en cuenta que también existen versiones aragonesas e italianas, y que las cuatro versiones están estrechamente relacionadas, aunque no son idénticas. Para obtener más detalles sobre esta fuente y cómo las cuatro versiones se relacionan entre sí, vea Peter LOCK: *The Franks in the Aegean, 1204 - 1500*, Londres, Longman, 1995, pp. 21-24.

⁷ J. FOLDA: "Crusader frescoes at Crac des Chevaliers and Marqab Castle", *Dumbarton Oaks Papers*, 36 (1982), pp. 177-210.

⁸ A. H. S. MEGAW: "Supplementary excavations on a castle site at Paphos, Cyprus, 1970-71", *Dumbarton Oaks Papers*, 26 (1972), pp. 324-325; Meron BENVENISTI: *The crusaders in the Holy Land*, Jerusalén, Israel Universities Press, 1970, pp. 374-376.

⁹ Atenas: Peter LOCK: "The Frankish tower on the Acropolis, Athens. The photographs of William J. Stillman", *Annual of the British School at Athens*, 82 (1987), p. 133. Acre: Felipe DE NOVARA: *The wars of Frederick II against the Ibelins in Syria and Cyprus*, ed. and trad. J. L. La Monte, Nueva York, Columbia University Press, 1936, p. 171. Montfort: E. W. G. MASTERMAN: "A crusaders' fortress in Palestine", *Palestine Exploration Quarterly*, 60 (1928), p. 96.

¹⁰ Marino SANUDO: "Istoria del regno di Romaniasive regno di Morea", en *Chroniques Gréco-romanes inédites ou peu connues*, ed. C. Hopf, Berlín, Bibliopoleion, 1873, p. 101; Antoine BON: *La Morée franque: recherches historiques, topographiques et archéologiques sur la principauté d'Achaïe (1205-1430)*,

to palaciego en las ciudades de Kyrenia, situadas a lo largo de la costa norte de la isla, y en Nicosia, la capital del reino, mientras que en verano probablemente se retiraran al castillo de San Hilarión, mucho más fresco y salubre, cuyo patio superior albergaba los espacios aposentos reales.¹¹ Sin embargo, el hecho de que la familia real eligiera refugiarse en Kyrenia durante la invasión egipcia de 1426 apunta a que esta era considerada, de hecho, la residencia más segura de las tres.¹²

Más abajo en la escala social, incluso muchos castillos de menor tamaño y torres aisladas eran considerados claramente como residencias permanentes. En la Torre Roja, un edificio relativamente sencillo del siglo XII situado en Galilea central, se han hallado restos de mosaico y yeso rojo en las partes superiores de la estructura (véase Fig. 1).¹³ Elementos similares son prácticamente inexistentes en las torres aisladas de la Grecia ocupada por los francos, muchas de las cuales muestran un diseño tan primitivo que bien podrían haber quedado vacías en tiempo de paz. Sin embargo, se sabe que al menos una de estas construcciones contenía diversas dependencias residenciales distribuidas en varios pisos, y que tenía un horno y un lagar anejo. Resulta evidente que se trataba de una granja fortificada y no de un mero refugio, y se la ha comparado con razón con el complejo hospitalario de Kolossi, otra fortaleza aislada desde la que la orden administraba sus plantaciones de azúcar en Chipre.¹⁴ Volviendo a Grecia, el hecho de que muchas torres similares se construyeran en campos abiertos y fértiles significa también que pertenecían a colonos latinos más pobres que las empleaban a menudo como residencia habitual, y que estaban situadas, por lo tanto, cerca de fincas rurales y no de cimas estratégicas o de vías de comunicación. De hecho, incluso se ha sugerido que estas torres eran símbolos de estatus, y que su altura reflejaba la riqueza de los hombres que las construían.¹⁵ Los mejores ejemplos de estas estructuras se encuentran en la isla de Eubea, donde investiga-

París, Éd. de Boccard, 1969, pp. 608-629, y en concreto 608-622; Kevin ANDREWS: *Castles of the Morea*, Princeton, American School of Classical Studies at Athen, 1953, pp. 149-158, y en particular 154-158.

¹¹ A. H. S. MEGAW: "The arts in Cyprus: B. Military architecture", en K. M. SETTON (ed.), *A history of the Crusades*, 6 vols., Madison, University of Wisconsin Press, 1955-89, vol. 4, pp. 203-205; C. ENLART: *L'art gothique et de la renaissance' en Chipre*. 2 vols., París, Ernest Leroux, 1899, vol. 2, pp. 525-538, 575-577, 590-595.

¹² Diomedes STRAMBALDI: *Chroniques d'Amadi et de Strambaldi*, ed. R. de Mas Latrie, París, Imprimerie nationale, 1891, p. 282.

¹³ Denys PRINGLE: *The Red Tower*, Londres, British School of Archaeology in Jerusalem, 1986, p. 15.

¹⁴ *Documents sur le régime des terres dans la principauté de Morée au XIVe siècle*, eds J. Longnon y P. Topping, París, De Gruyter, 1969, pp. 70-71; Peter LOCK: "The Frankish towers of central Greece", *Annual of the British School at Athens*, 81 (1986), p. 110. Para ver más ejemplos de torres en Grecia que actuaban como centros neurálgicos de diversos asentamientos agrícolas, véase también J. BINTLIFF: "The Frankish countryside in central Greece: the evidence from archaeological field survey", en Peter LOCK y G. D. R. SANDERS (eds.), *The archaeology of medieval Greece*, Oxford, Oxford University Press, 1996, pp. 1-18. Kolossi: C. ENLART: op. cit., vol. 2, pp. 683-694. Kolossi fue entregada a los caballeros hospitalarios por Hugo I de Chipre en 1210; véase *Cartulaire général de l'ordre des Hospitaliers de St. Jean de Jérusalem (1100 - 1310)*, ed. J. Delaville Le Roulx, 4 vols., París, Ernest Leroux, 1894-1906, vol. 2, no. 1354, pp. 121-122.

¹⁵ Peter LOCK: "The Frankish towers of central Greece", p. 111; Íd.: "The medieval towers of Frankish Greece: a problem in chronology and function", en B. ARBEL, B. HAMMILTON y D. JACBOY (eds.), *Latins and Greeks in the eastern Mediterranean after 1204*, Londres, Routledge, 1989, p. 138.

ciones recientes confirman que más de cincuenta torres fueron construidas por ricos terratenientes lombardos, griegos o (quizá) venecianos, principalmente como respuesta a las incursiones otomanas de finales del siglo XIV y comienzos del siglo XV, pero en parte también para impresionar a sus vecinos.¹⁶ Si este era el caso pueden, tal vez, compararse con torres medievales similares construidas en un entorno urbano en vez de rural, tanto en Toscana como en Acre, donde las órdenes caballerescas y las naciones comerciales estaban constantemente tratando de erigir torres un poco más altas que las de sus rivales.¹⁷

AL-BURJ AL-AHMAR

Reconstrucción de la torre

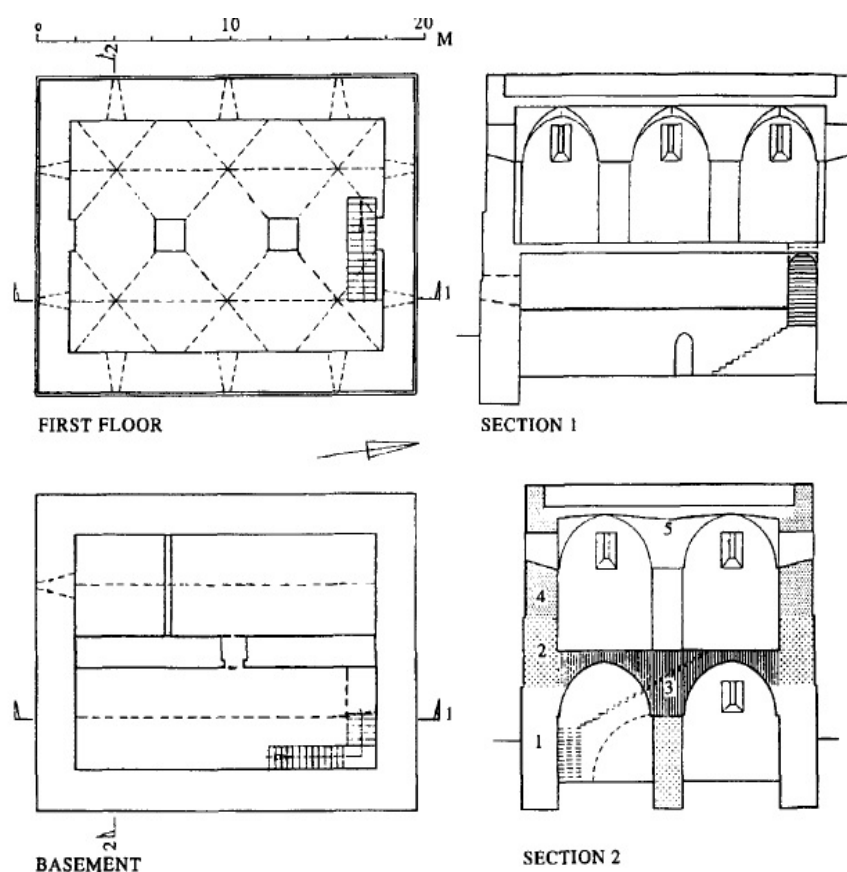


Figura 1. La Torre Roja es similar en tamaño y diseño a numerosas fortificaciones de menor tamaño utilizadas por los colonos latinos como viviendas y centros agrícolas. Dibujos de Peter E. Leach para la Escuela Británica de Arqueología en Jerusalén, reproducidos con el amable permiso del Dr. Denys Pringle a partir de Denys PRINGLE: *The Red Tower*, Londres, British School of Archaeology in Jerusalem, 1986, p. 126.

¹⁶ Peter LOCK: "The towers of Euboea: Lombard or Venetian, agrarian or strategic", en Peter LOCK and G. D. R. SANDERS: op. cit., pp. 107–126.

¹⁷ "Les gestes des Chiprois", ed. G. Raynaud, en *Recueil des historiens des croisades. Documents arméniens*, 2 vols., París, ed. Académie des Inscriptions et Belles-Lettres, 1869-1906, vol. 2, pp. 814-815; E. G. REY: "Etude sur la topographie de la ville d'Acre au XIIIe siècle", *Mémoires de la société nationale des antiquaires de France*, 39 (1878). Los cuarteles fortificados de Acre se analizarán más abajo.

Las diversas instalaciones y elementos decorativos mencionados hasta ahora estaban destinados principalmente a hacer la vida lo más agradable y cómoda posible para quienes residían permanentemente en el Oriente, pero también se utilizaban para impresionar y acoger a importantes invitados y cruzados. Durante la cruzada de Egipto de Luis IX de Francia (1249-50), por ejemplo, su esposa la reina Margarita pasaba mucho tiempo en el Castillo del peregrino ('Atlit), una enorme fortaleza templaria situada en el reino de Jerusalén. Según Oliverio de Paderborn, el Castillo del peregrino contenía un "palacio" entero en su patio interior, y es de suponer que sería en este donde la reina Margarita se alojó e, incluso, dio a luz a uno de sus hijos.¹⁸ Unos cuarenta años antes, Andrés II de Hungría también había visitado Margat y Crac de los Caballeros, y quedó tan impresionado con ambos castillos que entregó a los hospitalarios algunas propiedades en su tierra natal como muestra de gratitud por su generosidad.¹⁹

La llegada de visitantes importantes u otras ocasiones especiales, como bodas y ceremonias de coronación, también estuvieron acompañadas de generosos festines y celebraciones, y los salones de los castillos proporcionaron un adecuado telón de fondo para dichos eventos. Muchas de esas estancias fueron probablemente muy similares al salón doméstico situado en el valle bajo el castillo de Montfort (ver Fig. 2), bien conservado, que fue construido por los caballeros teutónicos entre 1229 y 1260. Esta estructura mide aproximadamente cuarenta por diez metros (aproximadamente 120 por treinta pies) y sus bóvedas, ventanas y portales de estilo típicamente gótico son claramente obra de expertos artesanos.²⁰ Los restos de salones similares se han conservado en Karitena y Chlemoutsi en Grecia, en Beaufort, Sidón y Crac de los Caballeros en Tierra Santa, y en el castillo de San Hilarión en Chipre, y en su mayoría datan de mediados del siglo XIII.²¹ También conviene hacer referencia al *albergue*, un inmenso salón de banquetes que los hospitalarios tenían en el suburbio de Montmusard, al norte de Acre. Este edificio fue testigo de quince días de festines consecutivos para celebrar la coronación de Enrique II de Chipre como rey de Jerusalén en 1286.²² Veinte años más tarde, el castillo de Corinto también acogió un famoso torneo organizado por Felipe de Saboya, príncipe de Acaya. A él

¹⁸ Oliverio DE PADERBORN: *Historia Damiatina*, ed. H. Hoogeweg, Tubinga, Bibliothek des litterarischen Vereins in Stuttgart, 1894, p. 171; *Gestes*, p. 741; Jean DE JOINVILLE, *Histoire de Saint Louis*, ed. N. de Wailly, París, 1874, p. 282.

¹⁹ *Cartulaire*, vol. 2, nos. 1602-1603, pp. 238-240; Paul DESCHAMPS: *Le Crac des Chevaliers, Les châteaux des croisés en Terre Sainte*, 3 vols., París, Paul Geuthner, 1934, vol. 1, 126-7.

²⁰ Denys PRINGLE: "A thirteenth century hall at Montfort castle in western Galilee", *Antiquaries Journal*, 66 (1986), pp. 60-75.

²¹ Beaufort y Sidón: Paul DESCHAMPS: *La defense du royaume de Jérusalem, Les châteaux des croisés en Terre Sainte*, vol. 2, París, Paul Geuthner, 1939, pp. 206-208, 232. Karytaina and Chlemoutsi: Antoine BON: op. cit., pp. 614, 632. St Hilarion: C. ENLART: op. cit., vol. 2, pp. 591-594. Crac des Chevaliers: Paul DESCHAMPS: *Le Crac des Chevaliers...*, pp. 213-224.

²² *Gestes*, p. 793.

asistieron prácticamente todos los señores y caballeros de la Grecia ocupada por los francos, y duró aproximadamente tres semanas.²³

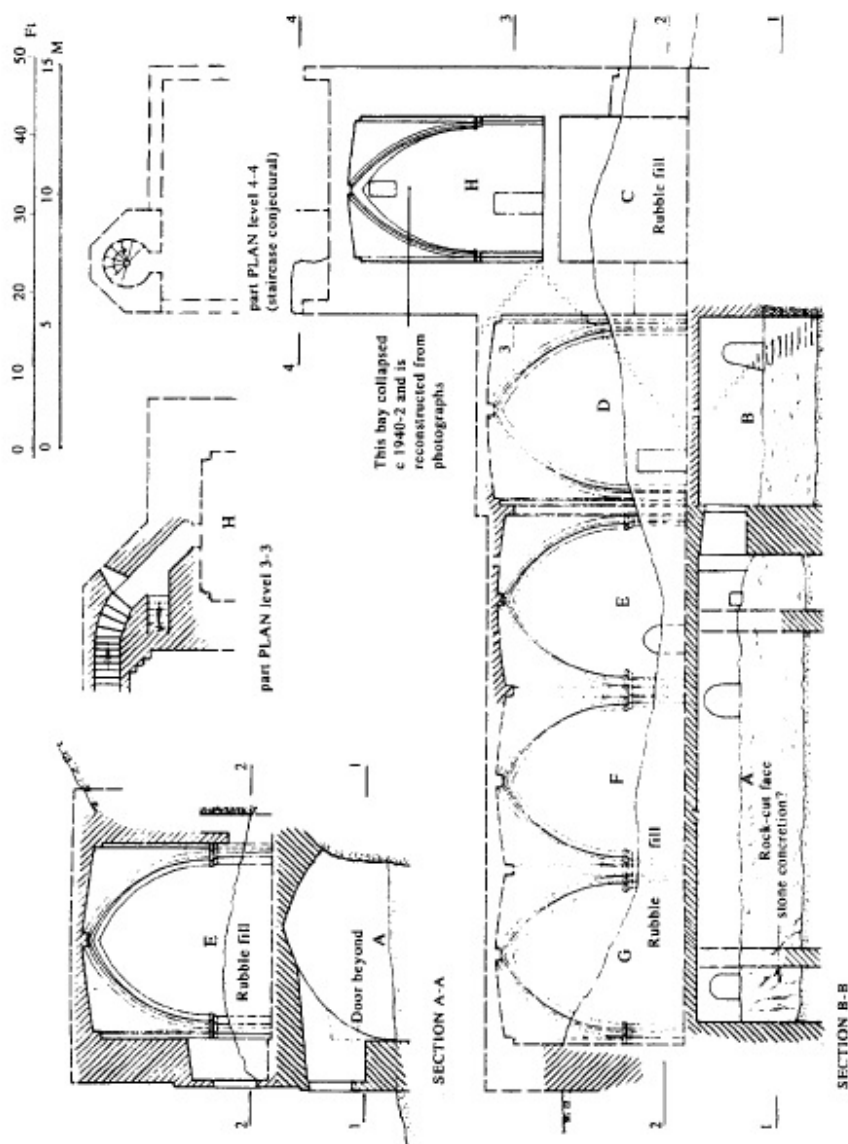


Fig. 2. El salón doméstico de Montfort es similar en tamaño y diseño a otros muchos grandes salones construidos en o adyacentes a numerosos castillos latinos. Dibujos de Peter E. Leach para la Escuela Británica de Arqueología en Jerusalén, reproducidos con el amable permiso del Dr. Denys Pringle a partir de Denys PRINGLE: “A thirteenth century hall at Montfort castle in western Galilee”, *Antiquaries Journal*, 66 (1986), 52-81.

²³ *Livre de la conquête*, pp. 397-399.

La seguridad proporcionada por las fortificaciones significaba que también podían usarse como residencias de tipo bien distinto; es decir, para encarcelar prisioneros. El Castillo del peregrino, por ejemplo, parece haber sido la prisión principal en Oriente de toda la orden templaria, y la regla de la orden del Temple registra varios casos de hermanos violentos o deshonestos encerrados allí.²⁴ Parece ser que los hospitalarios también utilizaron parte de su cuartel general de Acre, fuertemente fortificado, para este fin,²⁵ mientras que en Beirut, Willbrand von Oldenburg escribió que los ciudadanos problemáticos eran encerrados en el foso del castillo, sugiriendo que allí existían celdas similares a las que se ubicaban en la famosa zanja excavada en la roca en Saone, la ciudadela de Saladino, en Siria.²⁶

En otras ocasiones, los cautivos de los castillos eran presos políticos y no delincuentes comunes. Buenos ejemplos de ello abundan en el período posterior a la restauración del rey Enrique II de Chipre (1285-1324), que fue depuesto brevemente por su hermano rebelde Amalarico entre 1306 y 1310. Después de que el propio Amalarico fuera asesinado, Enrique envió a muchos de sus seguidores a las mazmorras de Kyrenia, donde fueron alimentados solamente con una pequeña cantidad de pan y agua al día y obligados a compartir celdas de apenas dos metros (unos seis pies) de diámetro hasta perecer de hambre.²⁷

Este episodio puede haber sido inusualmente sombrío, pero el hecho de que Hugo IV (1324-59) y Pedro I (1359-69) de Chipre también encarcelaran a sus enemigos en Kyrenia sugiere que esta fortaleza era en realidad la prisión principal de la isla durante el período de las cruzadas.²⁸ En otras ocasiones, el castillo vecino de Buffavento, cuya ubicación sobre una escarpada cima montañosa lo hacía ideal para esa función, también se empleó para albergar a opositores políticos, incluyendo a los seguidores de Amalarico de Tiro que habían tenido la suerte de no ser enviados a Kyrenia.²⁹ Durante la década de 1380, un caballero encarcelado ahí por Jacobo I incluso logró escapar recurriendo al clásico truco de usar una sábana como cuerda improvisada.³⁰ Unos años antes, por lo visto, el tiránico Pedro I de Chipre tenía también la intención de

²⁴ *La Règle du Temple*, ed. H. de Curzon (París, 1886), cláusulas 554, 573, 593, 603.

²⁵ *Gestes*, p. 805.

²⁶ Willbrand VON OLDENBURG: op. cit., p. 204; Paul DESCHAMPS: *La défense du comté de Tripoli et de la principauté d'Antioche, Les châteaux des croisés en Terre Sainte*, vol. 3, París, Paul Geuthner, 1973, p. 231; Hugh KENNEDY: *Crusader castles*, Cambridge, Cambridge University Press 1994, p. 96.

²⁷ Florio BUSTRON: *Chronique de l'île de Chypre*, ed. R. de Mas Latrie, París, Imprimerie nationale, 1886, pp. 143-145; Francesco AMADI: *Chroniques d'Amadi et de Strambaldi*, ed. R. de Mas Latrie, París, Imprimerie nationale, 1891, pp. 386, 388, 390. Para un resumen de esta disputa, véase P. W. EDBURY: *The kingdom of Cyprus and the Crusades, 1191-1374*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991, pp. 100-140, y en particular 109-131.

²⁸ Leontios MAKHAIRAS: *Recital concerning the sweet land of Cyprus, entitled 'Chronicle'*, ed. y trad. R. M. Dawkins, 2 vols., Oxford, Clarendon Press, 1932, vol. I, cap. 85, p. 77, cap. 257, pp. 237-239; Francesco AMADI: op. cit., p. 408; Florio BUSTRON: op. cit., 257; Diomedes STRAMBALDI: op. cit., pp. 34-35, 101. Para una descripción de Kyrenia, véase C. ENLART: op. cit., vol 2, pp. 559-577.

²⁹ Francesco AMADI: op. cit., p. 393; Florio BUSTRON: op. cit., p. 245. Para una descripción de Buffavento, véase C. ENLART: op. cit., vol. 2, pp. 596-605

³⁰ Leontios MAKHAIRAS: op. cit., cap. 610-1, pp. 601-3; Diomedes STRAMBALDI: op. cit., pp. 255-256.

que su nueva ciudadela en Nicosia, conocida como la Torre Margarita, reemplazara a Kyrenia como la prisión real más importante del reino. Hacia el final de su reinado, Pedro incluso obligó a uno de los nobles que lo desobedecieron a trabajar junto a los esclavos excavando el foso de la torre, pero esto enfureció tanto a sus otros barones que bien pudo haber contribuido al posterior asesinato del rey. En cualquier caso, la Torre Margarita pronto se convirtió en un símbolo del opresivo gobierno de Pedro, que él habría construido para intimidar a sus vasallos de Nicosia y defender la capital contra los enemigos genoveses y mamelucos de Chipre.³¹

Aparte de criminales y opositores políticos, los prisioneros de guerra eran con frecuencia apresados en castillos, y durante el reinado de Baibars I, sultán mameluco de Egipto (1260-77), Ibn al-Furat escribió que algunos musulmanes se encontraban presos en la ciudadela de Acre.³² En 1262, Guillermo II de Villehardouin también infligió tal derrota a los griegos atacando Aca-ya central que más tarde tuvieron que ser repartidos entre otros bastiones vecinos.³³ Posteriormente, los cautivos de este tipo a menudo eran reducidos al estatus de esclavos, obligados a trabajar para sobrevivir. De ahí que los prisioneros de guerra musulmanes ayudasen a reconstruir el castillo templario de Safed en Galilea durante la década de 1240, mientras que en 1265 los defensores francos de Arsuf se vieron forzados a demoler su propia ciudadela tras haber sido capturada por Baibars.³⁴ Aunque tanto unos como otros eran cristianos, los chipriotas también aprovecharon la ocasión de emplear a prisioneros genoveses durante la fortificación de Nicosia a finales del siglo XIV.³⁵

Sin embargo, a los prisioneros de noble alcurnia generalmente se los trataba con mucho más respeto. Isaac Komnenos, emperador griego de Chipre derrocado por Ricardo I en 1191, acabó luego en Margat, donde posiblemente ocuparía una de las estancias residenciales de la fortaleza con vistas al Mediterráneo.³⁶ Otros cautivos importantes eran considerados además como activos porque podían ser liberados a cambio de prisioneros latinos o por grandes sumas de dinero. Así, el comandante bizantino derrotado por Guillermo de Villehardouin en 1262 no se unió a sus tropas en alguna oscura mazmorra, sino que fue enviado a Chlemoutsi, donde permaneció durante un tiempo antes de ser intercambiado por un caballero franco capturado por los griegos.³⁷ Unos años más tarde Tomás, heredero del Despotado de Epiro, fue tomado

³¹ William OF MACHAUT: *La prise d'Alexandre, ou chronique du roi Pierre Ier de Lusignan*, ed. L. de Mas Latrie, Ginebra, J.G. Fick, 1877, pp. 258-259, 265. Véase también Francesco AMADI: op. cit., p. 422; Florio BUSTRON: op. cit., p. 271; Diomedes STRAMBALDI: op. cit., p. 102; Leontios MAKHAIRAS: op. cit., cap. 260, p. 241, cap. 265, p. 247; C. ENLART: op. cit., vol. 2., pp. 520-521; P. W. EDBURY: op. cit., 172-9.

³² Ibn AL-FURAT: op. cit., vol. 2, p. 160.

³³ *Livre de la conquête*, p. 149.

³⁴ Arsuf: Ibn AL-FURAT: op. cit., vol. 2, pp. 78, 88-89. Safed: R. B. C. HUYGENS: "Un nouveau texte du trait de constructione castri Saphet", *Studi Medievali*, ser. 3, 6, parte 1 (1965), pp. 381-382, líneas 115-124.

³⁵ Leontios MAKHAIRAS: op. cit., cap. 594-7, pp. 591-593.

³⁶ Matthew PARIS: *Chronica Maiora*, ed. H. R. Luard, 7 vols., Rolls Series, 57, Londres, Longman, 1872-83, vol. 2, p. 371; Paul DESCHAMPS: *La défense du comté de Tripoli*, pp. 279-280.

³⁷ George PACHYMERES: "De Michaelae et Andronico Palaeologis libri XIII", ed. I. Bekker, en: *Corpus scriptorum historiae Byzantinae*, 2 vols., Bonn, E.D. Weberi, 1835, vol. 1, p. 209.

también como rehén en este último castillo para garantizar que su padre hiciera honor a su alianza con los francos contra los griegos de Constantinopla. Una vez más, sin embargo, la *Crónica de Morea* deja claro que a Tomás se lo consideraba más un invitado que un prisionero, y sin duda ocupó una de esas espaciosas estancias residenciales de las que ya se hizo mención en referencia a Chlemoutsi.³⁸

El hecho de que muchos castillos fueran utilizados como prisiones, residencias o ambas cosas significaba que a menudo se convertían en centros de administración de justicia y sedes de tribunales locales. En Acaya, el artículo cuarenta y tres de las Usanzas y Estatutos de Rumania, el código legal de la Grecia franca, sugiere que todos los barones menores tenían dichos tribunales para juzgar casos habituales de peleas y robos. Dentro del principado, las infracciones menores de este tipo se resolvían normalmente en las ciudades reales de Glarentza o Androusa, «donde el señor tiene un capitán para impartir justicia».³⁹ Sin embargo, los casos más graves se presentaban ante uno de los barones más poderosos de la Grecia franca, un grupo selecto puesto que solo ellos tenían derecho a ejercer la "justicia de sangre", o potestad sobre la vida y la integridad física de los acusados. Estos hombres también conformaban el núcleo del Alto Tribunal, aunque esta institución probablemente se constituyera en Glarentza o en la ciudad sin fortificar de Andravida, y no en un castillo concreto.⁴⁰ En Chipre, no obstante, está claro que el gobernador real de Kyrenia presidía el consejo ciudadano local, que servía a la ciudad a los pies de la fortaleza.⁴¹ Un tribunal similar fue igualmente presidido por los templarios en el Castillo del peregrino, y otro podría haber sido revivido por los hospitalarios de Belvoir a comienzos de la década de 1240.⁴²

Al establecer tribunales en los castillos o en sus proximidades, los francos podían almacenar de manera segura las multas cobradas a los delincuentes. Del mismo modo, los impuestos exigidos a griegos, musulmanes o colonos occidentales se cobraban normalmente en el bastión latino más cercano. De hecho, la recaudación de impuestos parece haber sido la función princi-

³⁸ *Livre de la conquête*, pp. 245-247, 260.

³⁹ "Feudal institutions as revealed in the Assizes of Rumania, the law code of Frankish Greece", trad. P. Topping, en Peter TOPPING, *Studies on Latin Greece*, Londres, Variorum Reprints, 1977, ensayo 1, artículo 43, p. 177, y véase artículo 9.

⁴⁰ *Ibidem*, artículo 94. En 1275, por ejemplo, el Alto Tribunal se reunió en Andravida para dirimir una importante disputa sobre tierras. Véase *Livre de la conquête*, pp. 197-211.

⁴¹ *Nouvelles preuves de l'histoire de Chypre sous le règne des princes de la maison de Lusignan*, ed. L. de Mas Latrie, Bibliothèque de l'École des chartes, 35, París, J. Baur et Détaillle, 1874, pp. 120-121; P. W. EDBURY: op. cit., 194.

⁴² Castillo del peregrino: "Livre de Jean d'Belin", en *Recueil des historiens des croisades, Lois. Les assises de Jérusalem*, ed. Académie des Inscriptions et Belles-Lettres, 2 vols., París, ed. Académie des Inscriptions et Belles-Lettres, 1841-3, vol. 1, p. 420. Belvoir y el área circundante habían sido capturados por Saladino tras los sucesos de Hattin. En 1241, un acuerdo de paz con los musulmanes devolvió brevemente la región a los latinos, antes de que se perdiera de nuevo tras la batalla de La Forbie (1244). Por tanto, no sabemos con certeza si los hospitalarios tuvieron tiempo de volver a guarnecer Belvoir después de 1241. Véase Matthew PARIS: op. cit., vol. 4, 142; Jonathan S. C. RILEY-SMITH: *The knights of St John in Jerusalem and Cyprus, c. 1050-1310*, Londres, Palgrave, 1967, pp. 415-416, 436-437; Christopher Marshall: *Warfare in the latin East, 1192-1291*, Cambridge, Cambridge University Press, 1992, pp. 20-21.

pal de Châteauneuf, un castillo de finales del siglo XIII situado en el sudeste del Peloponeso, en la región fronteriza entre la Acaya ocupada por los francos y el bastión bizantino de Mistrá. En la *Crónica de Morea* consta que las propiedades de esta fortaleza incluían:

todos los pueblos hasta Arcadia y Navarino, los cuales acostumbraban a pagar sus impuestos a los griegos de Mistrá... ya que los griegos no poseían entonces ningún otro castillo en los alrededores. Y una vez fue erigido Châteauneuf, se acordó con el consentimiento general de los barones y nobles y señores que poseían tierras en este señorío y habían pagado sus impuestos a los griegos, que todos los impuestos que los griegos habían cobrado habían de ser entregados y pagados a Châteauneuf por espacio de siete años.

En consecuencia, las funciones militares y administrativas de Châteauneuf se solaparon, dado que su construcción permitió a los gobernantes de Acaya restablecer el control sobre una vulnerable región fronteriza, reafirmar la hasta entonces oscilante lealtad de los pobladores locales y recuperar una fuente vital de ingresos que había caído en manos de los griegos de Mistrá.⁴³

En Tierra Santa observamos relaciones similares entre castillos, estabilidad interna y pago de impuestos gracias a un documento hospitalario datado en 1263, en el cual leemos que un asentamiento musulmán en la baja Galilea se negaba a pagar sus impuestos a la orden debido al debilitamiento del dominio de los francos en la zona. Este ejemplo podría usarse para ilustrar la fragilidad de un sistema asentado en fortalezas aisladas en lugar de en la superioridad numérica para reprimir a una población hostil. Sin embargo, también implica que hasta el reinado de Baibars, que sistemáticamente expulsó a los latinos de la región durante la década de 1260, la población local había estado pagando puntualmente durante décadas sin expresar queja alguna.⁴⁴

Aparte de las multas e impuestos, las rentas agrícolas e importantes documentos administrativos también se guardaban dentro de los castillos. En Safed, por ejemplo, las siete torres del patio interior albergaban «numerosas oficinas para todas las formalidades necesarias», desde donde los templarios administrarían presumiblemente las propiedades colindantes y organizarían la vida cotidiana de su castillo.⁴⁵ Más allá de bastiones principales como Safed, el cultivo de tierras de labranza también se habría centrado en torno a torres de menor tamaño y estructuras fortificadas. Por tanto, durante el siglo XII y posiblemente después de 1192, la torre de Qaqun, un puesto fortificado en las proximidades de Cesarea, fue usada para imponer la auto-

⁴³ *Livre de la conquête*, 328-9. Ver también Antoine BON: op. cit., pp. 657-658.

⁴⁴ *Cartulaire*, vol. 3, no. 3051, p. 64. Ver también B. Z. KEDAR: "The subjected Muslims of the Frankish Levant", en J. M. POWELL (ed.), *Muslims under Latin rule, 1100-1300*, Princeton, Princeton University Press, 1990, pp. 160-174.

⁴⁵ 'De constructione castri Saphet', línea 182, p. 384.

ridad del señor de Cesarea sobre su señorío», aun cuando él mismo rara vez visitaba el lugar.⁴⁶ Como se ha mencionado, muchos bastiones de menor tamaño fuera de Tierra Santa, como el de los hospitalarios en Kolossi (Chipre), cumplían la misma función.

A una escala mucho mayor, las instituciones administrativas de estados cruzados enteros también encontraban cobijo en estas fortificaciones. Así, la principal casa de la moneda de Acaya estaba situada tras las murallas de Glarentza, cerca de los centros de gobierno de Villehardouin en Chlemoutsi y Andravida, en el noroeste del Peloponeso.⁴⁷ En Chipre, la *Secrète*, que era básicamente un archivo donde se registraban las deudas reales, los privilegios, las rentas y otras ganancias, también había sido incorporado al palacio de Nicosia, parcialmente fortificado. Durante la década de 1390, esta importante oficina se trasladó al nuevo castillo construido por Jacobo I de Chipre, haciendo que fuera así mucho más segura de cara a posibles incursiones genovesas o mamelucas. Por consiguiente, la ciudadela del rey Jacobo protegió la infraestructura de su reino tanto como a los habitantes de su capital.⁴⁸ Durante el siglo XIII, las fortalezas pertenecientes a las órdenes militares desempeñaban la misma función, ya que se utilizaron para administrar vastas propiedades tanto en Europa como en Tierra Santa. Así, entre 1204 y 1206, Margat acogió un capítulo general de toda la orden hospitalaria,⁴⁹ mientras que los templarios salvaguardaron sus numerosas actividades financieras almacenando su tesorería principal en su poderosa sede en Acre y administrando su sistema bancario desde la inexpugnable torre del Temple en París.⁵⁰

Tal como ocurría con los impuestos, las funciones administrativas y agrícolas de los castillos también tenían mucho que ver con su más amplia función militar, ya que la protección brindada por estas estructuras alentaba a la gente a vivir y trabajar en sus alrededores, sabiendo que podrían refugiarse en ellas con relativa rapidez en tiempo de guerra. De ahí que la reconstrucción de Safed durante la década de 1240 permitiera a 10 000 campesinos repoblar 260 aldeas que habían estado deshabitadas o dominadas por los musulmanes desde la conquista de Galilea por parte de Saladino en 1187.⁵¹ De manera similar, la amenaza que representaba el monte Tabor, una fortaleza musulmana construida en 1211 para acosar a los territorios cristianos tan al oeste como Acre fue eliminada en gran parte por la finalización del Castillo del pere-

⁴⁶ Denys PRINGLE: *The Red Tower*, pp. 13, 60. Steven TIBBLE: *Monarchy and lordships in the Latin kingdom of Jerusalem, 1099-1291*, Oxford, Oxford University Press, 1989, p. 142, no está de acuerdo con Pringle, y cree que Qaun estuvo en manos de los templarios, y no de los señores de Cesarea.

⁴⁷ Antoine BON: op. cit., p. 612, y véase 602-607 para una descripción de las defensas de esta ciudad, que parecen haber sido construidas desde cero por los francos en el siglo XIII.

⁴⁸ Leontios MAKHAIRAS: op. cit., cap. 594-7, pp. 591-3; Francesco AMADI: op. cit., 490; Diomedes STRAMBALDI: op. cit., 250-1; Florio BUSTRON: op. cit., 349; P. W. EDBURY: op. cit., 191-2; J. RICHARD: "The institutions of the kingdom of Cyprus", en K. M. SETTON (ed.), *A history of the Crusades*, vol. 6, pp. 162-163; C. ENLART: op. cit., vol. 2, 519-20.

⁴⁹ *Cartulaire*, vol. 2, no. 1193, pp. 31-40.

⁵⁰ *Gestes*, 815; Malcolm BARBER: *The new knighthood. A history of the Order of the Temple*, Cambridge University Press, Cambridge, 1994, pp. 267-268, 311.

⁵¹ "De constructione castris Saphet", líneas 257-8, 386. Para una descripción moderna de esta gran fortaleza, ver también Denys PRINGLE: "Review article: reconstructing the castle of Safad", *Palestine Exploration Quarterly*, 117 (1985), pp. 139-149.

grino cinco años después. La guarnición templaria en esta última fortaleza puso fin a las incursiones musulmanas, abriendo toda la región circundante al aprovechamiento agrícola cristiano.⁵² El monte Tabor acabó sirviendo como centro neurálgico de las propiedades agrícolas hospitalarias, que se extendían en dirección este hasta el río Jordán, una vez los musulmanes lo abandonaron y la orden lo adquirió a mediados de la década de 1250.⁵³ Algunos peregrinos itinerantes como Brocardo de Montesión y Willbrand von Oldenburg observaban frecuentemente lo exuberantes y fértiles que eran los campos en torno a todos estos bastiones, y la diligencia con que eran labrados por los campesinos locales. Esto era cierto sobre todo en las regiones más próximas a la costa, muchas de las cuales eran célebres por sus vinos y estaban parcialmente irrigadas por antiguos acueductos romanos y bizantinos.⁵⁴ Tanto Safed como el Castillo del peregrino se alzaban asimismo en áreas con abundantes bosques, árboles frutales, ríos y arroyos que podían explotarse y cultivarse con seguridad. En consecuencia, la construcción de una única fortaleza podía revitalizar la economía rural de una región entera.⁵⁵

Además, las fortificaciones tendían a fomentar las actividades agrícolas porque podían proteger los cultivos y la producción agrícola tanto como a los agricultores y campesinos. Así, un documento datado en 1257 revela que los caballeros teutónicos usaron el castillo de Mi'ilya, en pleno corazón de sus propiedades en el noreste de Acre, como punto de recaudación para las haciendas circundantes, mientras que en Chipre los hospitalarios habrían almacenado caña de azúcar en un edificio fortificado junto a la torre de Kolossi.⁵⁶ Otra industria importante que a menudo se organizaba en torno a las fortificaciones era la extracción de sal. La sal extraída cerca del Castillo del peregrino, por ejemplo, fue probablemente llevada tras los muros de esta fortaleza para su almacenamiento, exportación o consumo.⁵⁷ De manera similar, las salinas del siglo XIV propiedad de los venecianos en Corfú y de los hospitalarios en Castellorizzo eran supervisadas desde torres cercanas, donde tanto la sal como los hombres que la extraían podían protegerse de los estragos de piratas y otomanos.⁵⁸ Este sistema también puede compararse

⁵² Marino SANUDO: *Liber secretorum*, p. 206; Oliverio DE PADERBORN: op. cit., 171-2. Para una descripción del Castillo del peregrino, véase Oliverio DE PADERBORN: op. cit., 169-71; James DE VITRY: *Lettres de Jacques de Vitry*, ed. R.B.C. Huygens, Leyden, Brill, 1960, pp. 99-100; C. N. JOHNS: *Guide to 'Atlit: the crusader castle, town and surroundings*, Jerusalén, Department of Antiquities, 1947, pp. 36-67.

⁵³ *Cartulaire*, vol. 2, no. 2726, p. 777, no. 2811, pp. 815-7; Jonathan S. C. RILEY-SMITH: *The knights of St John*, pp. 413-417.

⁵⁴ Willbrand VON OLDENBURG: op. cit., pp. 202, 206, 208, 210; Brocardo DE MONTESIÓN: "Descriptio Terrae Sanctae", ed. J. Laurent, en *Peregrinatores medii aevi quator*, Leipzig, 1873, pp. 23, 29, 33-34.

⁵⁵ "De constructione castri Saphet", líneas 215-225, 384-385; Oliverio DE PADERBORN: op. cit., p. 171; Mateo de París, *Chronica Maiora*, vol. 3, 14.

⁵⁶ Mi'ilya: *Tabulae ordinis Theutonicij*, ed. E. Strehlke, (Berlín, 1869), no. 112, pp. 91-4. Kolossi: Enlart, *L'art gothique*, vol. 2, 694.

⁵⁷ Oliverio DE PADERBORN: op. cit., p. 171; C. N. JOHNS: *Guide to 'Atlit*, 72.

⁵⁸ Corfú: *Régestes des délibérations du sénat de Venise concernant la Romanie*, ed. F. Thiriet, 3 vols., París, Mouton et Co., 1958-61, vol. I, no. 850, 202. Castellorizzo: *Le saint voyage de Jérusalem du seigneur d'Anglure*, eds. F. Bonnardot y A. Longnon, París, Firmin Didot, 1878, pp. 89-91.

con el de Recordane, un molino hospitalario fortificado situado en la llanura de Acre, que era defendido por una recia torre de dos pisos.⁵⁹

También es importante recordar que muchas fortificaciones no solo protegían pasivamente las actividades agrícolas que se llevaban a cabo en las cercanías, sino que de hecho se integraban con ellas. Así, los restos de un comedero en el foso que bordeaba la ciudad en torno al Castillo del peregrino confirman que esta zanja fue utilizada como corral para el ganado en tiempo de paz.⁶⁰ Este ejemplo, combinado con una referencia anterior a los prisioneros del foso de Beirut, indica que los fosos de los castillos, por lo general, se consideraban lugares útiles para albergar animales o personas que convenía recluir. Esto, por supuesto, no se extendía a los fosos inundables, pero estas defensas también se podían adaptar para varias funciones extramilitares, y a menudo servían de cisternas abiertas. Una cisterna de este tipo existía entre los parapetos interiores y exteriores a lo largo de la cara sur de Crac de los Caballeros, y habría proporcionado a la guarnición hospitalaria abundante agua para lavar, cocinar y (tal vez) beber.⁶¹ Además, la posición elevada de una de las torres exteriores de Crac de los Caballeros la convertía en el lugar ideal para el molino del castillo, mientras que muchas de sus vastas criptas servían como almacenes, panaderías, cocinas y talleres.⁶² Por tanto, durante la mayor parte de su existencia, las estructuras fortificadas se utilizaron en realidad como almacenes y para otras actividades domésticas del día a día más que para la guerra.

Sin embargo, en caso de conflicto, también se esperaba que los bastiones latinos cobijaran diversas pertenencias valiosas que en circunstancias normales habrían permanecido en el campo. Durante uno de los muchos enfrentamientos del siglo XIII entre los griegos de Mistrá y los francos de Acaya central, por ejemplo, los campesinos locales llevaron consigo ganado, productos frescos y todo lo que pudieron cargar dentro del bastión más cercano.⁶³ Esto ilustra también por qué los castillos fronterizos y los puestos estratégicos de observación eran tan importantes, ya que si los agricultores no eran adecuadamente advertidos de un ataque inminente se veían obligados a abandonar muchas de sus posesiones. De ahí que la invasión búlgara y cumana del norte de Grecia ocupado por los latinos en 1205 causara tanta devastación, ya que los atacantes no invadieron simplemente la zona, sino que «se llevaron el ganado del campo» cuando se marcharon.⁶⁴ Asimismo, en enero de 1374, las fuerzas invasoras genovesas en Chipre llegaron tan deprisa al bastión principal en el norte de Kyrenia que lograron capturar el ganado que pastaba en los campos cercanos antes de que fuera posible cobijarlo en la fortaleza.⁶⁵ Por

⁵⁹ Meron BENVENISTI: op. cit., 251; Denys PRINGLE: "Survey of castles in the crusader kingdom of Jerusalem, 1989: preliminary report", *Levant*, 23 (1991), p. 89. Recordane se llevó la peor parte de una incursión mameluca en Acre en 1267. Véase Ibn AL-FURAT: op. cit., vol. 2, 103, nota 2.

⁶⁰ C. N. JOHNS: "Excavations at Pilgrims' Castle ('Atlit): the faubourg and its defences", *Boletín trimestral del Departamento de Antigüedades de Palestina*, 1 (1932), p. 120.

⁶¹ Hugh KENNEDY: op. cit., pp. 99-100; Paul DESCHAMPS: *Le Crac des Chevaliers*, p. 189.

⁶² Paul DESCHAMPS: *Le Crac des Chevaliers*, pp. 152, 203-204.

⁶³ *Livre de la conquête*, p. 273.

⁶⁴ Godofredo DE VILLEHARDOUIN: op. cit., p. 250.

⁶⁵ Leontios MAKHAIRAS: op. cit., cap. 470, p. 453; Diomedes STRAMBALDI: op. cit., p. 194.

consiguiente, si los campesinos no eran alertados con bastante antelación o no podían buscar refugio para el ganado, el impacto en la economía local podía ser desastroso, y el hecho de que los granjeros escaparan de la muerte o la esclavitud resultaba intrascendente si su única fuente de alimento e ingresos era destruida.

Las guarniciones de los castillos también protegían y participaban en las actividades agrícolas, ya que dependían de los alimentos locales tanto como los agricultores y los campesinos. Los hospitalarios de Margat, por ejemplo, recolectaban el equivalente a unos 500 vagones de carga de cosecha al año de las fértiles laderas bajo el castillo, y en Safed obtenían pescado fresco diariamente del río Jordán y el mar de Galilea.⁶⁶ Los alimentos que no eran inmediatamente necesarios se podían almacenar para consumirlos en invierno o durante asedios prolongados. De hecho, Margat podía en teoría resistir un bloqueo de cinco años, durante los cuales sus defensores habrían confiado probablemente en los suministros almacenados en grandes silos de grano del tipo que aún se conserva en la fortaleza de Niha (Cave de Tyron en la lengua de los francos), que gobernaba Sidón desde las montañas.⁶⁷ Además, los excedentes agrícolas que no podían almacenarse de esta forma también se podían vender en el mercado. Esta estrategia proporcionó a la fortaleza de Arca, cerca de Trípoli, «considerables ingresos; las ganancias anuales de sus tierras provenían del cobro de impuestos, de la caña de azúcar y de los campos de cultivo, y ascendían a una elevada suma».⁶⁸ Otros productos esenciales suministrados a las fortalezas desde los territorios circundantes incluían hierro, acero y cuero, que se usaban para confeccionar ropas y armaduras, y forraje, necesario para alimentar a los caballos de batalla y al ganado.⁶⁹ En las Usanzas y Estatutos de Romania, una cláusula en particular también estipulaba que ciertos bosques fueran dejados aparte «para abastecer a los castillos», de modo que sus guarniciones nunca se quedaran sin madera o leña.⁷⁰ De hecho, los restos de acueductos, especialmente en Crac de los Caballeros y en el castillo de Baghras, en el norte de Siria, indican que incluso el agua debía canalizarse hacia los castillos desde los arroyos y manantiales cercanos.⁷¹

Claramente, por lo tanto, los bastiones cruzados dependían de las granjas y haciendas vecinas para obtener alimentos y suministros, pero solo podían ser provistos de dichos bienes si los campesinos se sentían lo bastante seguros en los campos para realizar su labor. Esta interde-

⁶⁶ Margat: Willbrand VON OLDENBURG: op. cit., p. 210. Safed: “De constructione castris Saphet”, líneas 229-33, 385.

⁶⁷ Margat: Willbrand VON OLDENBURG: op. cit., p. 210. Cave de Tyron: Paul DESCHAMPS: *La défense du royaume de Jérusalem*, pp. 219-220.

⁶⁸ Ibn AL-FURAT: op. cit., vol. 2, p. 85

⁶⁹ *La Règle du Temple*, en su cláusula 126, trata de los suministros de este tipo para los castillos. En la década de 1930 se descubrieron grandes establos en el Castillo del peregrino, lo cual nos proporcionó un excelente ejemplo del tipo de ganado que se mantenía dentro de las fortificaciones. Véase C. N. JOHNS: 'Excavations at Pilgrims' Castle ('Atlit): stables at the south-west of the suburbs', *Boletín trimestral del Departamento de Antigüedades de Palestina*, 5 (1935-6), 31-60.

⁷⁰ “Usanzas y Estatutos de Romania”, artículo 159.

⁷¹ Paul DESCHAMPS: *Le Crac des Chevaliers*, 155; A. W. LAWRENCE: “The castle of Baghras”, en T.S.R. BOASE (ed.), *The Cilician kingdom of Armenia*, Edimburgo, Scottish Academic Press, 1978, pp. 58-59. Véase también Hugh KENNEDY: op. cit., p. 100.

pendencia entre campesinos y guarniciones era extremadamente importante para los latinos, y si se rompía su control sobre la región podía venirse abajo con notable rapidez. Así, durante el asalto del sultán Baibars al condado de Trípoli en 1270, los caballos de sus soldados «pastaron en las praderas y cultivos de Hisn al-Akra d (Crac de los Caballeros), y esta fue una de las razones por las que fue capturado, ya que se aprovisionaba solo de sus tierras de labranza, y todas fueron usadas entonces como pasto por las tropas musulmanas». Esto significa que las despensas de Crac de los Caballeros estaban virtualmente vacías cuando Baibars regresó al año siguiente, tomando la fortaleza en solo tres semanas.⁷² Circunstancias similares condujeron a la caída de Montfort, cuyos territorios estaban tan erosionados por las incursiones enemigas que, en 1268, todos los pueblos que lo rodeaban salvo diez habían caído en manos musulmanas. Como resultado, en 1270 los defensores de Montfort llegaron a un acuerdo temporal con los hospitalarios, en virtud del cual se les permitiría cultivar las tierras pertenecientes a esta última orden para el año siguiente. Sin embargo, antes de que acabase el año, Montfort cayó ante Baibars, que en efecto había sometido mediante el hambre a su guarnición sin tener siquiera que afrontar un largo asedio.⁷³

Estas observaciones también ayudan a explicar por qué las fortificaciones latinas con acceso directo al mar sobrevivieron mucho más tiempo que sus vecinas de tierra adentro. Gracias a la fuerza naval de las ciudades-estado italianas, los latinos fueron imbatibles en el mar durante la mayor parte de los siglos XIII y XIV, pero en tierra se vieron irremediamente abrumados por la superioridad numérica de sus enemigos. Así pues, los bastiones continentales como Montfort y Crac de los Caballeros, que dependían exclusivamente de los productos cultivados localmente de cara a sus ingresos y al suministro de alimentos, sufrieron mucho más daño económico de las incursiones terrestres de sus enemigos que enclaves costeros como Acre y Trípoli, pues los muros de estos últimos defendían principalmente lucrativas rutas comerciales por mar, y no solo vulnerables haciendas rurales.

Este punto puede ilustrarse aún mejor observando el crecimiento de Famagusta, un puerto chipriota que rápidamente reemplazó a Acre como el centro de comercio latino más importante del Mediterráneo oriental una vez esta ciudad cayó ante los musulmanes en 1291. Es interesante observar que Famagusta adquirió sus primeras defensas urbanas reales en este período, y de acuerdo con el historiador del siglo XVI Estienne de Lusignan, Enrique II de Chipre construyó deliberadamente estas fortificaciones con el fin de atraer a más comerciantes a la ciudad. Este punto de vista ha sido criticado en los últimos años por David Jacoby, que argumenta que Enrique solo estaba respondiendo a la creciente amenaza mameluca, y no intentaba conscientemente crear un reemplazo fortificado de Acre. Sin embargo, no parece haber razón por la que Enrique no tuviera estas dos preocupaciones en mente, ya que las murallas de

⁷² Ibn AL-FURAT: op. cit., vol. 2, 139. Para la captura de Crac de los Caballeros en 1271, véase *Gestes*, p. 768, 777; Ibn AL-FURAT: op. cit., vol. 2, pp. 143-149; AL-MAKRIZI: op. cit., vol. 1, parte 2, pp. 84-85.

⁷³ Ibn AL-FURAT: op. cit., vol. 2, p. 130; AL-MAKRIZI: op. cit., vol. 1, parte 2, p. 56; *Cartulaire*, vol. 3, no. 3400, p. 231. Para la captura de Montfort en 1271, véase Ibn AL-FURAT: op. cit., vol. 2, pp. 106-112; AL-MAKRIZI: op. cit., vol. 1, parte 2, p. 87; *Gestes*, p. 778.

Famagusta impidieron la captura de la ciudad hasta 1374 y al mismo tiempo protegieron un pujante centro económico donde el lucrativo comercio entre Oriente y Occidente puso mantenerse ininterrumpidamente.⁷⁴ Este argumento gana aún más credibilidad debido al hecho de que la expansión de Famagusta después de 1291 ocurrió exactamente al mismo tiempo que el declive de Limasol, situada en la costa sur de Chipre. Durante el siglo XIII, estas dos ciudades no habían diferido significativamente en términos de importancia comercial, y de hecho Limasol había servido como puesto de escala durante las cruzadas de Federico II (1228-29) y Luis IX (1248-49).⁷⁵ Sin embargo, tras la caída de Acre, cuando Chipre se convirtió en la nueva línea de frente entre el cristianismo y el Islam, Limasol permaneció sin fortificar. Como resultado, se la consideró mucho menos segura, lo cual la hizo impopular entre los comerciantes italianos y provocó que entrara en un progresivo declive económico.⁷⁶

Se pueden citar algunos otros ejemplos para mostrar que, si querían ser prósperos, los asentamientos costeros debían estar fortificados. En particular, los muros de Acre y Tiro salvaguardaron claramente las actividades comerciales tanto como a los habitantes de estas ciudades frente a innumerables incursiones musulmanas.⁷⁷ Más lejos, la ciudad aquea de Glarentza, cuyas defensas protegían la principal ruta marítima entre Grecia y Brindisi, se convirtió en otra urbe en auge desde mediados del siglo XIII en adelante; un período que, significativamente, parece coincidir con la construcción de sus murallas. Además, un documento que data de 1350 registra que, en este punto, Glarentza incluso tenía su propio sistema de pesos y medidas, lo que sugiere que, gracias a sus defensas, el estatus de ciudad como centro de comercio internacional seguía creciendo a pesar de que la situación política en el Peloponeso se estaba deteriorando rápidamente.⁷⁸ Este punto se aplica también a las colonias venecianas fuertemente fortificadas de Modona y Corone, situadas en el extremo sur de la Grecia continental. Ambos lugares eran aún importantes centros de comercio en la víspera de su captura en 1500, mucho después de que el resto de Morea fuese invadida por los otomanos.⁷⁹ Tal prosperidad solo fue posible gra-

⁷⁴ Estienne DE LUSIGNAN: *Description de toute l'isle de Cypre*, París, G. Chaudière, 1580, pp. 24-25; David JACOBY: "The rise of a new emporium in the eastern Mediterranean: Famagusta in the late thirteenth century", en Íd. (ed.), *Studies on the Crusader States and on Venetian expansion*, Northampton, Variorum Reprints, 1989, ensayo 8, pp. 149-150.

⁷⁵ Federico II: Felipe DE NOVARA: op. cit., p. 73; Florio BUSTRON: op. cit., pp. 63-64; *Gestes*, p. 676. Luis IX: Jean DE JOINVILLE: op. cit., pp. 72-74.

⁷⁶ David JACOBY: "The rise of a new emporium", pp. 147-154; C. ENLART: op. cit., vol. 2, pp. 673-683.

⁷⁷ Las defensas de Acre y Tiro protegieron a los habitantes de estas ciudades y su prosperidad económica en muchas ocasiones. Véase, por ejemplo, AL-MAKRIZI: op. cit., vol. I, parte 1, 199-200 y vol. 1, parte 2, 27 - 8; Ibn AL-FURAT: op. cit., vol. 2, 57 - 9, 87 (incursiones mamelucas en Acre en 1263, y en Acre y Tiro en 1266).

⁷⁸ Jean Alexandre C. BUCHON (ed.): *Nouvelles recherches historiques sur la principauté française de Morée et ses hautes baronnies à la suite de la Quatrième Croisade*, 2 vols, París, Au Comptoir des imprimeurs unis, 1843, vol. 2, no. 9, pp. 98-103; Antoine BON: op. cit., pp. 320-322.

⁷⁹ Peter LOCK: *The Franks in the Aegean*, pp. 154-155, 252-253; William MILLER: *The Latins in the Levant: a history of Frankish Greece (1204-1566)*, Londres, E. P. Dutton and Co., 1908, pp. 495, 498; Kevin ANDREWS: op. cit., pp. 14, 59. Para descripciones generales de las defensas en estos enclaves, que habían sido tomados por Venecia desde justo después de la Cuarta Cruzada, véase *Ibidem*, pp. 15-23 (Corone), 61-83 (Modona).

cias a sus enormes defensas urbanas, pues la historia de Limasol después de 1291 deja claro que los asentamientos sin el amparo de murallas o castillos no corrieron la misma suerte.

Aparte de defensas urbanas mucho mayores, numerosos centros costeros contenían múltiples fortificaciones más pequeñas que protegían los intereses comerciales marítimos de diversas naciones. Las estructuras más famosas de este tipo fueron construidas en Acre, donde los genoveses, los pisanos y los venecianos tenían sus propios barrios fortificados, protegidos por muros y torres que debieron haber dominado el horizonte de la ciudad.⁸⁰ Estas defensas daban a los italianos casi total autonomía, y les permitían perseguir sus propios objetivos económicos, militares y políticos. De hecho, a mediados del siglo XIII la autoridad real en el reino de Jerusalén era tan débil que cuando estalló la guerra entre Venecia y Génova en 1258 resultó imposible evitar que los dos bandos destruyeran grandes zonas de Acre en varios meses de feroces luchas en las calles.⁸¹ Este conflicto ilustra claramente los peligros de permitir la construcción de demasiadas fortificaciones privadas, y es interesante observar que, más de un siglo después, los genoveses seguían exigiendo una base fortificada propia en Chipre (1373). Esto implica que los reyes de la casa de Lusignan, habiendo visto cómo este tipo de construcciones habían erosionado la autoridad central en Acre antes de 1291, habían prohibido su construcción en Famagusta. Una acción firme de esta clase ayuda a explicar por qué Chipre siguió siendo el más pacífico de todos los estados cruzados durante los siglos XIII y XIV.⁸²

Grandes barrios fuertemente defendidos, muy próximos unos de otros, que solo surgieron en Acre gracias a su importancia comercial y a su deficiente gobierno central, no se reprodujeron en otros enclaves. Esto se debió a que tales bases fueron desalentadas activamente por los gobernantes locales, como probablemente fue el caso de Chipre, o simplemente no fueron necesarias en los puertos donde el volumen del comercio y la competencia por dicho comercio eran bastante menos intensos. En puertos menores, por tanto, los italianos normalmente solo tenían torres de tamaño mucho menor y casas fortificadas, que simplemente se usaban para almacenar bienes, ingresos y registros administrativos. En 1294, por ejemplo, una crónica se refiere a una torre genovesa en Limasol, lo cual de paso confirma que hasta finales del siglo XIII esta ciudad todavía albergaba buena parte del comercio chipriota.⁸³ Más al oeste, los registros de la época también indican que durante el siglo siguiente, los venecianos (o aquellos que vivían bajo la protección veneciana) tenían muchas torres similares en las islas del Egeo y en las costas de la Grecia franca.⁸⁴ En el reino armenio de Cilicia, mientras tanto, el comercio marítimo durante

⁸⁰ Para una descripción detallada de estos, véase E. G. REY: "Etude sur la topographie", p. 137 (Venecia), 137-138 (Génova), 138-139 (Pisa); Meron BENVENISTI: op. cit., pp. 98-100 (Pisa), 100-102 (Génova), 102-104 (Venecia); David JACOBY: "Crusader Acre in the thirteenth century: urban layout and topography", en Íd., *Studies on the Crusader States...*, ensayo 5, pp. 19-26 (Pisa), 26-30 (Génova), 30-36 (Venecia).

⁸¹ *Gestes*, pp. 742-748. Para más detalles sobre esta disputa, véase Jonathan S. C. RILEY-SMITH: *The feudal nobility and the kingdom of Jerusalem, 1174-1277*, Londres, Palgrave, 1973, pp. 215-217.

⁸² Leontios MAKHAIRAS: op. cit., cap. 372, p. 353.

⁸³ *Gestes*, p. 829.

⁸⁴ Véase, por ejemplo, *Régestes*, ed. F. Thiriet, vol. 1, no. 371, p. 97, y Peter LOCK: "The medieval towers of Frankish Greece", p. 139; Íd.: "The Frankish towers of central Greece", pp. 108-109; Íd.: "The towers of

este período se limitó casi por completo a los dos puertos mediterráneos de Córico y Ayas, cuya importancia económica aumentó espectacularmente durante la segunda mitad del siglo XIII, en parte debido a sus lazos comerciales con el ilkanato mongol de Persia, y en parte por ser los únicos puertos continentales aún en manos cristianas tras la caída de Acre. Los numerosos derechos de aduana y peajes impuestos a los comerciantes italianos que utilizaban el puerto de Ayas los recaudaba un representante de los reyes armenios, el capitán de aduanas, cuya administración bien pudo haberse ubicado en el castillo que esta ciudad poseía tierra adentro. El hecho de que esta fortaleza fuera saqueada por marineros venecianos en 1307 también sugiere que en él se custodiaban los peajes, y que desempeñaba un importante papel en el funcionamiento del puerto.⁸⁵

En algunos enclaves, las fortificaciones también se diseñaron de tal manera que controlasen la entrada y salida de comerciantes y embarcaciones. Así, durante la década de 1260, Venecia y Génova se disputaban regularmente la torre de las Moscas, ya que su posición sobre un arrecife en el puerto de Acre significaba que dominaba la entrada del puerto, de ochenta y cinco metros de ancho, y aquel que la ocupara podría por tanto controlar gran parte de la vida económica de la ciudad.⁸⁶ De manera similar, el puente fortificado que conectaba la isla egea de Eubea con el continente griego estaba dividido por un puente levadizo, que los venecianos de Negroponte sin duda usaron para imponer peajes a determinadas embarcaciones, mientras que al mismo tiempo impedían el paso a barcos genoveses o turcos.⁸⁷ Estas observaciones también se aplican al comercio terrestre, ya que los peajes podían cobrarse con facilidad a los comerciantes cuando atravesaban las puertas de la ciudad. Así, en 1266, Juan de Ibelín, el "viejo señor de Beirut", decidió dar a la orden de San Lázaro de Jerusalén diez besantes al año provenientes de los derechos de aduana cobrados a los comerciantes que entraban o salían de su ciudad.⁸⁸

Una vez que los mercaderes abandonaban la seguridad de las ciudades fortificadas y viajaban a través de los campos, fortalezas francas de menor tamaño les ofrecían protección contra bandidos y salteadores. Posiblemente el mejor ejemplo de esa estrategia sea la torre de Districtum, un puesto de vigilancia cercano al Castillo del peregrino. Este castillo se había construido en un punto donde el terreno rocoso hacía que la ruta costera principal se internara en un

Euboea", p. 111 (torres de Nesiotissa y Basilika), 116 (torre urbana en Chalkis), 117 (torre de Aliberi-Matsoukela), 118.

⁸⁵ *Le Trésor des chartes d'Arménie, ou cartulaire de la chancellerie royale des Roupéniens*, ed. V. Langlois, Venecia, Typographie Arménienne de Saint-Lazare, 1863, no. 23, pp. 170-175, y véase 35-38, 49-50. Para descripciones generales de los castillos de Ayas y Córico, véase R. W. EDWARDS: *The fortifications of Cilician Armenia*, Dumbarton Oaks Studies, 23, Washington DC, 1987, pp. 77-81 (Ayas), 161-166 (Córico); L. M. ALISHAN: *Sissouan ou l'Arméno-Cilicie*, Venecia, S. Lazare, 1899, pp. 397-402 (Córico), 432-434 (Ayas). Para la importancia económica de estos enclaves, véase también C. CAHEN: *La Syrie du Nord à l'époque des croisades et la principauté franque d'Antioche*, París, 1940, pp. 689-691; Malcolm BARBER: *The new knighthood*, p. 240.

⁸⁶ *Gestes*, pp. 768-769; David JACOBY: "Crusader Acre", pp. 8-10.

⁸⁷ Kevin ANDREWS: op. cit., pp. 187-91, en concreto 187. Para las medidas defensivas de los venecianos con respecto a este puente, véase también Peter LOCK: "The towers of Euboea", p. 118.

⁸⁸ R. RÖHRICHT (ed.): *Regesta regni Hierosolymitani, 1097-1291*, Innsbruck, 1893, no. 977, p. 257.

desfiladero angosto que podía servir fácilmente para emboscar a los viajeros.⁸⁹ Además, la naturaleza restringida del enclave lo hacía un lugar ideal para cobrar peajes a los comerciantes, y los templarios bien podían haberlo hecho, tal como hacían los hospitalarios cerca de Margat. Aquí se había alzado un muro que iba desde la propia fortaleza hasta la orilla del agua, de manera que quienes usaban la carretera que bordeaba la costa entre el condado de Trípoli y el principado de Antioquía se veían obligados a pasar por una pequeña puerta y pagar una tarifa si querían continuar su viaje. Esta operación era supervisada desde una torre cercana a la puerta, cuyos ocupantes llevaban a cabo la doble tarea de proteger a los viajeros contra los ladrones, y al mismo tiempo incrementar los ingresos de los hospitalarios.⁹⁰ Más al norte es posible que Hasanbeyli, otro puesto de vigilancia que se encontraba en una ruta importante entre Antioquía, Marash y la llanura de Cilicia, desempeñase una función similar, porque un documento armenio datado en 1271 da a entender que esta estructura era la Torre Negra, una estación de peaje en poder de los caballeros teutónicos cerca de la fortaleza ciliciana de Servantikar.⁹¹

Al igual que los comerciantes, los peregrinos eran otro grupo de viajeros vulnerables que necesitaban protección, pero que también podían ser explotados financieramente. Una vez más, se puede hacer referencia a *Districtum* a este respecto, pues originalmente se había construido en el siglo XII «a causa de los bandidos que amenazaban a los forasteros que viajaban a Jerusalén».⁹² De hecho, una vez terminado, el propio Castillo del peregrino probablemente se convirtiera en un lugar popular entre los visitantes para pasar la noche, de manera que su guarnición pudo perpetuar la tradicional ocupación templaria de cuidar a los cristianos que viajaban desde Jerusalén hasta la costa. Más hacia el interior, Safed también era percibido como un refugio potencial que permitía a los peregrinos visitar diversos lugares sagrados cerca del lago Tiberíades, incluido el punto donde tuvo lugar el milagro de los panes y los peces. Viajar a esta zona había sido, obviamente, demasiado peligroso antes de la reconstrucción de Safed, a principios de la década de 1240.⁹³

Las fortalezas pertenecientes a las órdenes militares en particular también proporcionaban atención médica a los peregrinos y visitantes extranjeros que caían enfermos por las duras condiciones locales. Los hospitalarios, cuyo propósito original había sido llevar a cabo esa tarea, fueron probablemente los más célebres por sus enfermerías, que incorporaban muchos de los descubrimientos médicos más recientes del mundo musulmán. Tanto los caballeros teutónicos como los templarios tenían muchos hospitales similares para viajeros enfermos y necesitados; además, el deber de las tres órdenes era alimentar y vestir a los mendigos locales tan a menudo

⁸⁹ Oliverio DE PADERBORN: op. cit., 169; C. N. JOHNS: *Guide to 'Atlit*, pp. 94-98.

⁹⁰ Paul DESCHAMPS: *La défense du comté de Tripoli*, pp. 284-285. Los Templarios estaban exentos de pagar cuando usaban esta puerta; véase *Cartulaire*, vol. 2, no. 2058, pp. 455-457.

⁹¹ Documento reproducido en L. M. ALISHAN: op. cit., p. 239. Véase también R. W. EDWARDS: op. cit., pp. 147-149; Kurt FORSTREUTER: *Der Deutsche Orden am Mittelmeer*, Bonn, Verlag Wissenschaftliches Archiv, 1967, p. 65. Para Servantikar, ver R. W. EDWARDS: op. cit., pp. 217-220.

⁹² Oliverio DE PADERBORN: op. cit., p. 169.

⁹³ "De constructione castri Saphet", líneas 268-90, 386 7.

como les fuera posible. Por lo tanto, los castillos se convirtieron en centros neurálgicos de numerosas obras de caridad dirigidas tanto a los cristianos nativos como a los visitantes.⁹⁴

Las fortificaciones urbanas y los bastiones también podían salvaguardar los edificios, las propiedades y la infraestructura de la Iglesia local. Así, después de que las fuerzas de Saladino destruyeran la ciudad franca de Banias (Valania) en 1188, el enclave quedó tan expuesto a nuevas incursiones musulmanas que el obispo local se trasladó al castillo vecino de Margat. La capilla de esta fortaleza quedó consecuentemente convertida en la nueva catedral del obispo, sirviendo tanto a la diócesis circundante como a los habitantes de la ciudad en torno a Margat.⁹⁵ Otros interesantes ejemplos de importantes propiedades eclesiásticas protegidas por fortificaciones cruzadas incluyen la catedral de Cesarea, situada tras los muros de la ciudad completados por Luis IX en 1252, y la iglesia incorporada al Partenón de Atenas, la cual fue visitada por el emperador latino Enrique de Flandes en 1209.⁹⁶

En Siria, los patriarcas latinos de Antioquía también lograron sobrevivir a la conquista mameluca del principado en 1268 refugiándose en el castillo de Cursat, que estaba situado en el escarpado interior y no cayó definitivamente ante Baibars hasta 1275.⁹⁷ Cabe pensar que el castillo fue elegido como residencia principal de los patriarcas y como depositario de sus tesoros debido a su fortaleza y a su inaccesible ubicación. De manera similar, el mismo año que cayó Cursat la presión mameluca obligó a los patriarcas católicos, dirigentes de la Iglesia apostólica armenia, a retirarse de la expuesta llanura ciliciana a la inexpugnable fortaleza de Vagha en lo alto de las montañas Antitauro, y que también acabó albergando las reliquias más importantes de los armenios.⁹⁸ Hasta su pérdida en 1291, la fortaleza templaria del Castillo del peregrino también albergó numerosas reliquias que los viajeros que iban o venían de Jerusalén podían visitar con seguridad.⁹⁹ Tomando estas precauciones, tanto los francos como los armenios esperaban que sus posesiones más sagradas no compartieran el mismo destino que la desprotegida

⁹⁴ *La Règle du Temple*, cláusula 188, menciona que los indigentes eran alimentados en los castillos. Para más información sobre las enfermerías, véase I. STERNS: "The Teutonic Knights in the Crusader States", en K. M. SETTON (ed.), *A history of the Crusades*, vol. 5, pp. 341-348; Malcolm BARBER: *The new knighthood*, pp. 217-218; A. LUTTRELL: "The Hospitallers' medical tradition: 1291-1530", en Malcolm BARBER (ed.), *The Military Orders: fighting for the faith and caring for the sick*, Aldershot, Variorum Reprints, 1994, pp. 64-81.

⁹⁵ Willbrand VON OLDENBURG: op. cit., p. 212; Brocardo DE MONTESIÓN: op. cit., pp. 30-31; Bernard HAMILTON: *The Latin Church in the crusader states: the secular Church*, Londres, Variorum, 1980, p. 215.

⁹⁶ Cesarea: Meron BENVENISTI: op. cit., 140-5. Atenas: Henri DE VALENCIENNES: *L'histoire de l'empereur Henri de Constantinople*, ed. J. Longnon, París, Paul Geuthner, 1948), p. 115; K. M. SETTON: "Athens in the later twelfth century", en Íd. (ed.), *Athens in the Middle Ages*, Londres, Variorum Reprints, 1975, ensayo 3, pp. 197-201.

⁹⁷ Ibn AL-FURAT: op. cit., vol. 2, 126, 161-2, 165; AL-MAKRIZI: op. cit., vol. 1, parte 2, 127; C. CAHEN: op. cit., pp. 697-698, 717.

⁹⁸ Bar HEBRAEUS: *The chronography of Gregory Abu 'l Faraj, the son of Aaron, the Hebrew physician commonly known as Bar Hebraeus*, trad. E.A. Wallis Budge, Oxford, Oxford University Press, 1932, p. 453; L. M. ALISHAN: op. cit., pp. 172-173.

⁹⁹ Malcolm BARBER: *The new knighthood*, p. 199.

Iglesia greco-católica de Nazaret, demolida por Baibars en 1263 en un esfuerzo por minar la moral de los cristianos.¹⁰⁰

Por otra parte, algunos castillos de los francos en Tierra Santa eran considerados extremadamente importantes desde el punto de vista ideológico en la lucha contra el Islam. De este modo, al apostar una guarnición en el monte Tabor, los hospitalarios no solo se apoderaron de un enclave estratégicamente ventajoso de Galilea central, sino que también estaban defendiendo el presunto escenario de la transfiguración de Jesús.¹⁰¹ En Safed, también se consideraba altamente simbólico que el nuevo castillo templario descansara sobre las ruinas de una mezquita y una sinagoga.¹⁰² De manera similar, Gregorio IX se estaba refiriendo a la importancia religiosa y militar de Montfort cuando habló de su cercanía a los musulmanes y de su vital contribución a la defensa de Tierra Santa. Por lo tanto, las fortificaciones cruzadas podían adquirir una gran significación espiritual como los bastiones más remotos de la cristiandad, en particular cuando estaban custodiados por una de las tres órdenes militares.¹⁰³

Este último punto también sirve como recordatorio de que los templarios, los hospitalarios y los caballeros teutónicos fueron monjes al tiempo que guerreros. Como resultado, sus fortalezas eran monasterios y no solo lugares para la guerra, y normalmente contaban con hermosas capillas que los hermanos podían usar para sus servicios diarios. Ejemplos bien conservados de estos edificios se pueden encontrar en Margat, Crac de los Caballeros y, situado más o menos a medio camino entre ambos, Chastel Blanc, donde la capilla de treinta metros de largo de los templarios constituía el piso inferior de la fortaleza.¹⁰⁴ En el Castillo del peregrino, y posiblemente en Safed, también había iglesias redondas del tipo normalmente asociado con los templarios, aunque es más probable que se inspiraran más en la Rotonda constantina dentro del Santo Sepulcro que en el Templo de Jerusalén, como una vez se pensó.¹⁰⁵ Lo que parece menos dudoso, sin embargo, es que el elaborada arcada gótica añadida al salón central de Crac de los Caballeros a mediados del siglo XIII fuera diseñada intencionadamente para emular el claustro de un monasterio. Se ha sugerido incluso que diseñando algunos de sus castillos anteriores, incluidos Belmont, en Judea, y Belvoir, cerca del lago Tiberíades, en torno a un patio central tipo claustro, los hospitalarios contribuyeron al desarrollo de fortificaciones concéntricas casi por

¹⁰⁰ Ibn AL-FURAT: op. cit., vol. 2, pp. 56-57.

¹⁰¹ Meron BENVENISTI: op. cit., 358-9.

¹⁰² "De constructione castris Saphet", líneas 124-8, 382.

¹⁰³ *Tabulae ordinis Theutonici*, no. 72, pp. 56-57.

¹⁰⁴ Paul DESCHAMPS: *Le Crac des Chevaliers*, pp. 197-201; íd.: *La défense du comté de Tripoli*, pp. 254, 277-278; E. G. REY: *Étude sur les monuments de l'architecture militaire des croisés en Syrie et dans l'île de Chypre*, París, Imprimerie Nationale, 1871, pp. 26-28, 48-49, 88-89; Malcolm BARBER: *The new knighthood*, p. 194.

¹⁰⁵ C. N. JOHNS: *Guide to 'Atlit*, pp. 52-58; Denys PRINGLE: "Reconstructing the castle of Salad", pp. 147-148; Elie LAMBERT: *L'architecture des Templiers*, París, Éditions A. et J. Picard, 1978, pp. 5-19, 30-31, 92-93; Malcolm BARBER: *The new knighthood*, 194-5.

accidente, pues una fortificación central aislada quebraba a todas luces el diseño monástico tradicional al que aspiraba esta orden.¹⁰⁶

Construyendo sus propias capillas dentro de sus fortalezas, las órdenes militares también se apartaron de la autoridad del clero local. El papa favoreció este proceso otorgándoles una serie de privilegios, incluido el derecho a nombrar hermanos capellanes que atendieran las necesidades espirituales de los caballeros, y generosas exenciones del pago de diezmos. Como resultado, sus castillos dieron a los caballeros hospitalarios, templarios y teutónicos independencia eclesiástica y militar, ya que, en teoría al menos, solo respondían ante el papa. En estas circunstancias, no es de extrañar que los clérigos latinos en Oriente, cuyas rentas provenientes de los diezmos podían disminuir drásticamente como consecuencia del crecimiento de las propiedades pertenecientes a las órdenes militares, fueran los que en voz más alta pidieran que se les retirasen sus privilegios. No obstante, este debe haber sido un tema complejo, pues se ha demostrado que algunos miembros del clero, como los obispos de Baniyas, confiaban en fortificaciones guarnecidas por alguna de estas órdenes para protegerse de los musulmanes.¹⁰⁷

Además, este dilema probablemente reflejara la opinión pública en general, ya que aunque los hospitalarios, templarios y teutónicos eran envidiados por su riqueza y poder, era evidente que sus castillos eran muy necesarios para defender los territorios cristianos. De hecho, estas estructuras eran tan importantes que los cruzados faltos de tropas y recursos en Oriente para atacar a los musulmanes cada vez dedicaban más tiempo a construir y financiar nuevas fortificaciones latinas. De ahí que el castillo del mar de Sidón fuera construido a finales de la década de 1220 por cruzados europeos a la espera de que Federico II llegara desde Occidente, mientras que el Castillo del peregrino se llamó así porque los miembros de la Quinta Cruzada sufragaron en gran parte su construcción.¹⁰⁸ Tanto Luis IX de Francia como Ricardo I de Inglaterra participaron en su construcción, pues era otra forma de demostrar su piedad cristiana una vez las campañas contra los musulmanes se volvieron inviables. De hecho, en 1252, el propio Louis IX ayudó a sus hombres a construir una nueva ciudadela en Jaffa «para ganarse su indulgencia», confirmando que esta actividad estaba oficialmente reconocida como un medio para honrar los votos de cruzado.¹⁰⁹

En última instancia, por tanto, las fortificaciones latinas acabaron vinculadas a las ideas religiosas que sustentaron el movimiento cruzado, pues sus contemporáneos no distinguían entre las funciones militares más prácticas de estos edificios y su papel altamente simbólico como monasterios fortificados y puestos de avanzada del cristianismo. Además, se ha demostrado

¹⁰⁶ Paul DESCHAMPS: *Le Crac des Chevaliers*, pp. 216-24; Richard HARPER y Denys PRINGLE: "Belmont castle: a historical notice and preliminary report of excavations in 1986", *Levant*, 20 (1988), pp. 104, 116.

¹⁰⁷ Para más detalles sobre estos temas, véase Jonathan S. C. RILEY-SMITH: *The knights of St John*, pp. 375-420; Malcolm BARBER: *The new knighthood*, pp. 55-63, 195-198.

¹⁰⁸ Sidón: EMOUL: *Chronique d'Ernoul et de Bernard le Trésorier*, ed. L. de Mas-Latrie, París, 1871, p. 459; *L'Estoire d'Eracles*, p. 365; *Gestes*, p. 676; Hugh KENNEDY: op. cit., pp. 122-124. Castillo del peregrino: Oliverio DE PADERBORN: op. cit., pp. 168, 207.

¹⁰⁹ Louis IX: Jean DE JOINVILLE: op. cit., p. 284. RICARDO I: *Itinerarium peregrinorum et gesta regis Ricardi*, ed. W. Stubbs, 2 vols. Rolls Series, 38, Londres, 1864, vol. 1, p. 317.

que la escasez de tropas forzó a los latinos a organizar muchas actividades administrativas en torno a sus bastiones, como la recaudación de impuestos y la aplicación de la ley. La seguridad proporcionada por estas estructuras trajo consigo además su uso común como residencias y prisiones, y alentó a los comerciantes y agricultores a abrir nuevas rutas comerciales o a cultivar extensiones de tierra antes inaccesibles. Finalmente, es importante recordar que todas estas actividades estaban conectadas entre sí y con los usos militares de las fortificaciones, ya que no se podía recaudar impuestos salvo que la población nativa hubiera sido reprimida, y los cultivos no podían cosecharse hasta que los enemigos externos hubieran sido expulsados de los campos. Solo entonces peregrinos, mercaderes, agricultores y artesanos cristianos se dedicarían a sus quehaceres diarios con total seguridad.

Ensayo bibliográfico

Reflexiones sobre el acercamiento historiográfico al *Bellum Sociale* (91-87 a.C.)

Reflections on the historiographical approach to the Social War (91-87 BC)

Carlos Heredia Chimeno
Kyoto Prefectural University*
Carlos.Heredia@uab.cat

Resumen: El análisis del *Bellum Sociale* (91-87 a.C.), un conflicto atípico que implicó la sublevación de varias comunidades itálicas (*socii*) contra Roma, esconde tras de sí más de dos siglos de estudio historiográfico. Sin embargo, creemos que las vías de acercamiento utilizadas, que se han centrado en los cambios organizativos o en aspectos específicos, deben ir acompañadas de trabajos que entiendan el conflicto como un acontecimiento extraordinario, capaz de fomentar la transgresión del sistema republicano. En este sentido, argüimos que el *Bellum Sociale* fue una guerra civil, rompiendo con un “resistencialismo” constante que no permite verlo como tal, al diferenciar de un modo tajante el elemento itálico del romano. Con estas reflexiones pretendemos manifestar las problemáticas que subyacen en el carácter del *Bellum Sociale*, así como mostrar la evolución de su análisis historiográfico hasta nuestros días.

Palabras clave: *Bellum Sociale*, guerra civil, *socii*, *ciues*, *mos maiorum*.

Abstract: The analysis of the Social War (91-87 BC), an atypical conflict that involved the uprising of various Italic communities (*socii*) against Rome, hides more than two centuries of historiographic studies. However, we argue that the approaches used, which have focused on organizational changes or specific aspects, must be accompanied by studies that support its transcendence, capable of promoting the transgression of the Republican system. In this sense, we argued that the Social War was a civil war, breaking with unmovable postulates, which have differentiated in a sharp way the Italic element from the Roman one. With these reflec-

*Trabajo realizado con el apoyo de la *Japan Society for the Promotion of Science* (JSPS), en el marco del proyecto 18F18001 (Grant-in-Aid for JSPS Research Fellows).

tions we intent to begin to manifest the troubles that underlie the character of the Social War, and, on the other hand, we want to show the evolution of its historiographic studies to our days.

Keywords: *Social War, Civil War, socii, ciues, mos maiorum.*

Para citar este artículo: Carlos HEREDIA CHIMENO: “Reflexiones sobre el acercamiento historiográfico al *Bellum Sociale* (91-87 a. C.)”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 7, N° 14 (2018), pp. 228-240.

Recibido: 11/04/2018

Aprobado: 29/05/2018

Reflexiones sobre el acercamiento historiográfico al *Bellum Sociale* (91-87 a.C.)

Carlos Heredia Chimeno
Kyoto Prefectural University

El *Bellum Sociale* y su carácter

La rebelión de varios pueblos aliados itálicos (*socii*) contra Roma, que dio pie al *Bellum Sociale*, se desencadenó a raíz del deseo de los itálicos de mejorar su condición jurídica mediante la adopción de la plena ciudadanía romana o *ciuitas optimo iure*.¹ En este sentido, e independientemente de su diversidad étnica, social o política,² todo itálico debía preferir ventajas frente a dependencias.³ No obstante, cabe tener en cuenta la heterogeneidad propia de los itálicos, lo que plantea, a pesar de la parcialidad y el silencio de las fuentes disponibles, la existencia de ciertos colectivos celosos de su autonomía que verían en el conflicto contra Roma el momento propicio para preservar su independencia.⁴ Asimismo, no todos los *socii* itálicos iniciaron hostilidades contra Roma,⁵ ya que no se revela quien quiere, sino quien puede, y lo cierto es que actuaron de acuerdo con circunstancias tales como sus probabilidades de victoria o

¹ App. *BC*.1.34; Cic. *Phil.* 12.27; Diod. 37.18; Liv. *Per.* 71; Vell. 2.15; Iustin. 38.4.11-13; Flor. 2.18; Plut. *Cat.* 1-2., *Mar.* 32-33; Val. Max. 3.1; *De Vir.* III. 80.1.

² Emma DENCH: "Sacred Springs to the Social War: Myths of Origins and Questions of Identity in the Central Apennines", en Tim J. CORNELL y Kathryn LOMAS (eds.), *Gender and Ethnicity in the Early Roman Italy*, Londres, Accordia Research Institute, 1997, p. 50.

³ Jean-Michel DAVID: "Le prise en compte des intérêts des Italiens par le gouvernement de Rome", en Martin JEHNE y Rene PFEILSCHIFTER (eds.), *Herrschaft ohne Integration? Rom und Italien in Republikanischer Zeit*, Frankfurt, Verlag Antike, 2006, pp. 95-110; Roel VAN DOOREN: *Burgers en bondgenoten*, Nijmegen, Ipskamp, 2008, pp. 359-360.

⁴ *Rhet. Heren.* 4.13, 16; Ovid.: *Am.* 2.16, 3.15.8-10, *Tr.* 4.10; Str. 5.4.2; Cic. *Phil.* 12.27; Eutr. 5.3.1. Vid.: Mark POBJOY: "The First Italia", en Edward HERRING y Kathryn LOMAS (eds.), *The Emergence of State Identities in Italy in the First Millennium BC*, Londres, University of London, 2000, pp. 187-211; Valentina ARENA: *Libertas and the Practice of Politics in the Late Roman Republic*, Cambridge, Cambridge University Press, 2012, pp. 14-44; Christopher J. DART: *The Social War, 91 to 88 BCE. A History of the Italian Insurgency against the Roman Republic*, Farnham, Routledge, 2014, pp. 35-40; Edward BISPHAM: "The Social War", en Alison E. COOLEY (ed.), *A Companion to Roman Italy*, Oxford, Wiley-Blackwell, 2016, pp. 84-85.

⁵ App. *BC.* 1.38; Liv. *Per.* 72; Cic. *Balb.* 21; Flor. 2.6; Vell. 2.15; Diod. 37.13; Obs. 54-55; Gell. 4.4.3; Sis. Fr. 119.

el grado de tensión en sus relaciones con el Estado romano.⁶ El elemento básico que unía a los *socii* itálicos era su particular categoría de “súbditos” en base a la *societas*, utilizando palabras de Fernando Wulff⁷, además de la esperanza de dejar de serlo y de ostentar la *ciuitas*, que comportaba privilegios a todos los niveles,⁸ aunque evitando efectos desculturizadores.⁹ Para Cicerón, de hecho, tras la concesión de la ciudadanía existiría una dualidad entre el origen étnico o cultural y el origen jurídico, propio de la *ciuitas*, reflejando la pluralidad de la sociedad romana.¹⁰

La intencionalidad de las informaciones transmitidas por los textos antiguos, que enfatizan el deseo de los itálicos de obtener la *ciuitas*, obviando la naturaleza heterogénea del colectivo, y que en su mayor parte intentan evitar presentar una situación de guerra fratricida,¹¹ ha generado un “resistencialismo” en la historiografía a considerar el *Bellum Sociale* una guerra civil.¹² Esta perspectiva, en nuestra opinión, impide llegar a comprender el calado real de la transformación que acontece a todos los niveles tras la sublevación itálica de los años 91-87 a.C. La misma dificultad en su definición, observable en los textos antiguos, dejaría entrever que el *Bellum Sociale* fue un conflicto diferente, extremadamente complejo, que significó un auténtico punto de inflexión en el devenir del Estado romano.¹³ En este sentido, no sorprende observar juicios como el de Lynda Telford, que defiende que la sociedad romana no entendió ni el *Bellum Sociale* ni la Primera Guerra Civil como un verdadero conflicto armado, sino simplemente como una mera pelea faccional,¹⁴ una argumentación fruto del análisis de un momento atípico y convulso. Por ello, con estas reflexiones queremos observar su evolución historiográfica para apuntar incipientes ideas en relación con su carácter.

⁶ En el presente trabajo se ha omitido el debate historiográfico en relación a las causas del conflicto. Vid.: Emilio GABBA: “L’origini delle Guerra Sociale e la vita politica romana dopo l’89 a.C.”, *Athenaeum*, 32 (1954), pp. 193-214; Edward T. SALMON: “The Cause of the Social War”, *Phoenix*, 16 (1962), pp. 107-119; Christopher J. DART: op. cit., pp. 69-98; Edward BISPHAM: “The Social...”, pp. 77-83.

⁷ Fernando WULFF: *Roma e Italia de la Guerra Social a la retirada de Sila (90-79 a.C.)*, Bruselas, Latomus, 2002.

⁸ Uwe WALTER: “Legislation in the Roman Republic: Setting Rules or just Political Communication?”, en Tanja ITGENSHORST y Philippe Le DOZE (eds.), *La norme sous la République et le Haut-Empire romains: Elaboration, diffusion et contournements*, Burdeos, Scripta Antiqua, 2017, p. 537.

⁹ Henry C. BOREN: “Studies Relating to the Stipendium Militum”, *Historia*, 32 (1983), p. 460; Michael H. CRAWFORD: *Coinage and Money under the Roman Republic*, Londres, Methuen, 1985, p. 187; Luís Manuel LÓPEZ: “Ni ciudadanos ni extranjeros: los itálicos en la política de los tribunos de la plebe a principios de la crisis de la República romana”, *Espacio, Tiempo y Forma*, 22 (2009), p. 234.

¹⁰ Cic. *Leg.* 2.2.5.

¹¹ En ello debemos ver las palabras de Séneca (*Con.* 10.3.5): “*Optima civilis belli defensio oblivio est*”.

¹² John MARINCOLA: “Eros and Empire: Virgil and the Historians on Civil War”, en Christina S. KRAUS et al. (eds.), *Ancient Historiography and its contexts: studies in honor of A.J. Woodman*, Oxford, Oxford University Press, 2010, p. 186; Harriet I. FLOWER: *Roman Republics*, Princeton, Princeton University Press, 2010, p. 91; Christopher J. DART: op. cit., p. 214.

¹³ Luís AMELA: *El toro contra la loba. La Guerra de los Aliados (91-87 a.C.)*, Madrid, Signifer, 2007, p. 7.

¹⁴ Linda TELFORD: *Sulla: a Dictator Reconsidered*, Pen and Sword, Barnsley, 2014, p. 168.

Inquietudes historiográficas y nuevas tendencias

El *Bellum Sociale* esconde un *corpus* bibliográfico ingente.¹⁵ Sin embargo, en líneas generales ha sido infravalorado, siendo objeto de interés de los investigadores únicamente en cuanto permite transformar la organización interna de Roma, terminando con las diferencias estatutarias que tejían la península itálica: *ciuitas*, *ius latii* y *societas*, así como iniciando un proceso de municipalización que implicaría la puesta en marcha de estructuras sociales más o menos homogéneas. No es extraño que en una de las últimas tesis doctorales leídas sobre el tema, la del neerlandés Roel Van Dooren, se analizase el *Bellum Sociale* como un punto de inflexión organizativo.

En este marco, la historiografía empieza a interesarse por el conflicto a principios del siglo XIX,¹⁶ con obras fundamentales como las de Carl Wilhelm Keferstein, Ferd Weiland¹⁷ o Adolf Kiene.¹⁸ Son trabajos que recogían las fuentes y los acontecimientos. No obstante, es en la segunda mitad del XIX cuando se empiezan a abordar elementos más particulares, como la amonedación¹⁹ o las inscripciones encontradas en varios *glandes*.²⁰ También se teoriza sobre las causas del conflicto,²¹ pero el *Bellum Sociale* se da por trabajado, sintetizándose toda la labor previa en la obra de Erdmann Drzezga.²²

De este modo, y ya en la primera mitad del siglo XX, solo la aparición de nuevas fuentes permitiría avanzar en la interpretación del *Bellum Sociale*. Es por ello por lo que aparecen más monedas,²³ e incluso más epígrafes.²⁴ La interpretación histórica se interesa asimismo por la cuestión itálica: Jefferson Elmore²⁵ o George H. Stevenson²⁶ son ejemplos ilustrativos. Es decir,

¹⁵ Entre las referencias más significativas vid.: Edward T. SALMON: op. cit., pp. 107-119; Peter BRUNT: "Italian Aims at the Time of the Social War", *JRS*, 55 (1965), pp. 90-109; Gaetano DE SANCTIS: *La Guerra Sociale*, Florencia, La Nuova Italia, 1976; Fernando WULFF: *Roma e Italia...*; Luís AMELA: op. cit.; Seth KENDALL: *The Struggle for Roman Citizenship. Romans, Allies, and the Wars of 91-77 BCE*, Piscataway, Gorgias Press, 2013; Christopher J. DART: op. cit.; Edward BISPHAM: "The Social...", pp. 76-89.

¹⁶ Un recopilatorio fundamental es el del proyecto *ArcaIt: Archivio Costituzioni Antiche in Italia*, dirigido por Loredana Cappelletti [17/01/2018].

¹⁷ Carl A.F. WEILAND: *De Bello Marsico*, Berlín, Rehtold, 1834.

¹⁸ Adolf KIENE: *Der römische Bundesgenossenkrieg nach den Quellen bearbeitet*, Leipzig, Weidmann, 1845.

¹⁹ Ferdinand BOMPOIS: *Les types monétaires de la Guerre Sociale. Étude numismatique*, París, Betaille, 1873.

²⁰ Karl ZANGEMEISTER: "Glandes plumbeae Latinae inscriptae", *Ephemeris Epigraphica corporis inscriptionum Latinarum supplementum* VI, Roma, Deutsches Archäologisches Institut, 1885.

²¹ Julius ASBACH: *Das Volkstribunat des jüngeren M. Livius Drusus*, Asbach, Bonn, 1888.

²² Erdmann DRZEZGA: *Die römische Bundesgenossenpolitik von den Gracchen bis zum Ausbruch des Bundesgenossenkrieges*, Breslau, Buchdr., 1907.

²³ Giovanni PANSA: "La monetazione degli Italici durante la Guerra Sociale nel suo valore storico en el carattere simbolico", *RIN*, 23 (1910), pp. 303-315.

²⁴ Ettore PAIS: "Nuove osservazioni sul decreto di Gn. Pompeo Strabone relative alla cittadinanza romana dei cavaliere Ispani", *Studia Storici per l'Antichità Classica*, 3 (1910), pp. 54-63.

²⁵ Jefferson ELMORE: "Municipia fundana", *TAPhA*, 47 (1916), pp. 35-42.

²⁶ George H. STEVENSON: "Cn. Pompeius Strabo and the Franchise Question", *JRS*, 9 (1919), pp. 95-101.

hay un fuerte interés por la problemática de la integración itálica en el sistema romano²⁷ en un momento en que la arqueología empieza a dar resultados interesantes.²⁸ De este modo, la *ciuitas* y por ende los cambios organizativos son parte de la piedra angular utilizada en la reflexión del conflicto, sobre todo a mediados de siglo.²⁹

Sin embargo, y en este panorama, los estudios del *Bellum Sociale* renacerían a partir de los cincuenta. Es entonces cuando aparecen figuras paradigmáticas como la de Emilio Gabba,³⁰ cuya trayectoria profesional estaría marcada por su análisis de Apiano y de la cuestión itálica, con ideas que todavía hoy siguen vigentes. En los sesenta, investigadores como Ernst Badian³¹ estudiarían el *Bellum Sociale* como trasfondo de la dictadura de Lucio Cornelio Sila (cos. 88, 80 a.C.), del mismo modo que Edward T. Salmon³² marcaría un punto de inflexión en el análisis de las causas e incluso Hans D. Meyer³³ abordaría la organización de los insurgentes. El interés por la visión itálica, herencia directa de Emilio Gabba, se tradujo en el afortunado trabajo de Peter Brunt.³⁴

A partir de los setenta, los itálicos se convertirían en objeto de estudio por sí mismo, destacando, entre otros muchos, Brendan Nagle.³⁵ Todo ello, sin embargo, argumentando que el conflicto es básico en cuanto la *ciuitas* se generaliza, idea fundamental en el recurrente trabajo de Adrian N. Sherwin-White³⁶, pero también en la obra de Umberto Laffi.³⁷ En este contexto, el *Bellum Sociale* logra una nueva síntesis, después de la ristra de trabajos especializados y detallados, con la ya clásica obra monográfica y póstuma de Gaetano De Sanctis,³⁸ en un intento por organizar la sucesión caótica de acontecimientos, justo un año después de publicarse la esencial recopilación de fuentes editada por Irmentraud Haug, que recogía trabajos anteriores.³⁹ Sin embargo, todavía no hay una intencionalidad historiográfica en considerar aquello

²⁷ Ernst BADIAN: "Roman Politics and the Italians (133-91 BC)", *Dialoghi di Archeologia*, 4-5 (1970), p. 373.

²⁸ Albert W. VAN BUREN: "Further studies in Pompeian Archaeology", *MAAR*, 5 (1925), pp. 103-113.

²⁹ Josef GÖHLER: *Rom und Italien. Die römische Bundesgenossenpolitik von den Anfängen bis zum Bundesgenossenkrieg*, Beyerhaus, Breslau, 1939; Arnaldo BISCARDI: "La questione italica e la tribu sprannumeraria", *La Parola del Passato*, 6 (1951), pp. 241-256.

³⁰ Emilio GABBA: "L'origini delle...", pp. 41-114; Emilio GABBA: *Appiani Bellorum Civiliū Liber Primus*, Florencia, la nuova Italia, 1958.

³¹ Ernst BADIAN: "From the Gracchi to Sulla", *Historia*, 11 (1962), pp. 197-245.

³² Edward T. SALMON: op. cit., pp. 107-119

³³ Hans D. MEYER: "Die Organisation der Italiker im Bundesgenossenkrieg", *Historia*, 7 (1958), pp. 74-79.

³⁴ Peter BRUNT: "Italian Aims...", pp. 90-109.

³⁵ Brendan NAGLE: "An Allied View to the Social War", *American Journal of Archaeology*, 77:4 (1973), pp. 367-378.

³⁶ Adrian N. SHERWIN-WHITE: *The Roman Citizenship*, Oxford, Oxford University Press, 1973. De hecho su primera edición es de 1939.

³⁷ Umberto LAFFI: "Sull'organizzazione amministrativa dell'Italia dopo la Guerra Sociale", en *Akten des VI. Internationalen Kongresses für Griechische und Lateinische Epigraphik*, Múnich, Beck, 1973, pp. 37-53.

³⁸ Gaetano DE SANCTIS: op. cit.

³⁹ Irmentraud HAUG: *Studies in the Social War*, Nueva York, Arno Press, 1975.

una guerra civil o en ahondar en la experiencia colectiva de vivir un conflicto atípico. De este modo, se arguye que el itálico es diferente al romano, confundiendo identidad con diferenciación jurídica y, lógicamente, cultural. Y ello incluso con el espíritu de De Sanctis, que logra enfatizar aquel pasado con el *Risorgimento* italiano⁴⁰. En esta línea, argüimos que las diferencias culturales existen, de eso no hay duda, pero el itálico y el ciudadano son parte del imaginario que supone Roma, de la pluralidad de su configuración,⁴¹ del concepto de comunidad imaginada que transmite Benedict Anderson.⁴² Ello queda atestiguado de un modo claro en Cicerón, tal y como veíamos, al remarcar la existencia de dos orígenes: el de nacimiento o cultural, y el jurídico, el que aporta la *ciuitas*.⁴³ Al final es necesario insistir en el hecho de que el *mos maiorum*, la tradición consuetudinaria o constitucional, determina el discurso social que define qué es ser romano, otorgando identidad a la sociedad que vive bajo su esfera, remarcándose su auténtica diversidad, pero también ayudando a perpetuar ideas etnicistas propias del momento histórico.⁴⁴

En cualquier caso, y ya en la década de los ochenta, los itálicos seguirían sorprendiendo al mundo investigador, afirmándose que la rebelión buscaba una integración desde la igualdad.⁴⁵ Así, por ejemplo, se trabaja en relación con los etruscos,⁴⁶ con los marsos e hirpinos,⁴⁷ e incluso con todo el registro arqueológico conservado.⁴⁸ De hecho, la interpretación del conflicto se vuelve compleja, en relación con lo cual cabe recordar los nombres de Francisco Sánchez⁴⁹ o Aurelio Bernardi⁵⁰, y a todas luces se analiza el *Bellum Sociale* como un conflicto crucial en el desarrollo de la República romana. Sin embargo, nuevamente se centra la atención en los asuntos jurídicos. En cualquier caso, y de modo paralelo, los estudios de François Hinard, a pesar de centrarse en la época de Sila, iluminan el conflicto desde una perspectiva diferenciada: los sentimientos de vulnerabilidad afloran tras el *Bellum Sociale*, pues sería vivida como una guerra civil. Sea como fuere, la síntesis definitiva de aquella marea de contenidos parte de los trabajos de Fer-

⁴⁰ Gaetano DE SANCTIS: op. cit., pp. 39-44; Christopher J. DART: op. cit., p. 15.

⁴¹ Gary D. FARNEY: "Romans and Italians", en Jeremy MCINERNEY (ed.), *Ethnicity in the Ancient Mediterranean*, Oxford, Wiley-Blackwell, 2014, p. 452.

⁴² Benedict ANDERSON: *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, Londres, Verso, 1991.

⁴³ Cic. *Leg.* 2.2.5.

⁴⁴ Valentina ARENA: "Informal Norms, Values, and Social Control in the Roman Participatory Context", en Dean HAMMER (ed.), *A Companion to Greek Democracy and the Roman Republic*, Cambridge, Cambridge University Press, 2015, p. 220.

⁴⁵ Christopher J. DART: op. cit., p. 15.

⁴⁶ Giovanna ASDRUBALI: "Etruschi e Umbri nella Guerra Sociale", *AFLPer*, 19 (1981), pp. 261-268.

⁴⁷ Arthur KEAVENEY: "Sulla, the Marsi and the Hirpini", *CPh*, 76 (1981), pp. 292-296.

⁴⁸ Élizabeth DENIAUX: "Civitate donati: Naples, Héraclée, Côme", *Ktema*, 6 (1981), pp. 133-141.

⁴⁹ Francisco SÁNCHEZ: "Triunfo de Asculaneis Picentibus", *Baetica*, 9 (1986), pp. 255-268.

⁵⁰ Aurelio BERNARDI: "Mondo italico dalla guerra sociale all'età augustea", en VV.AA. (eds.), *Enciclopedia Virgiliana III*, Roma, Istituto della Enciclopedia italiana, 1987, pp. 47-60.

nando Wulff,⁵¹ del mismo modo que aparece el resumen más acotado realizado hasta día de hoy, a cargo de Emilio Gabba.⁵²

De este modo, la década de los noventa continuaría interesada en la *ciuitas* y en la idea de su impacto, que ve la configuración de una Italia aparentemente unida, romanizada, destacando el trabajo de Michel Humbert.⁵³ Habría que esperar unos años para encontrarnos con una nueva síntesis del *Bellum Sociale*, realizada por Luís Amela,⁵⁴ en la que no se dudaría de su carácter de guerra civil pero no se profundizaría en la cuestión. De hecho, se agruparía la información y se reflexionaría sobre todos los aspectos del conflicto bélico, pero no se analizaría ni su impacto ni su carácter transformador.

En los primeros años del siglo XXI se seguiría trabajando sobre el *Bellum Sociale*, configurándose un doble camino marcado entre aquellos trabajos que siguen de cerca la perspectiva jurídica y organizativa y aquellos otros que analizan los hechos y los interpretan, aunque ello implique asumir pocas novedades. Para la perspectiva jurídica nada mejor que la ya citada obra del neerlandés Van Dooren,⁵⁵ cuya tesis reflexiona sobre la casuística, destacando también los minuciosos trabajos de Edward Bispham⁵⁶ o Seth Kendall⁵⁷ en relación con la *ciuitas* y el impacto organizativo. Por otra parte, la reflexión sobre los acontecimientos tiene resultados muy sugerentes, como los que analizan la integración itálica, con la obra paradigmática coordinada por Saskia T. Roselaar⁵⁸ o la de Rene Pfeilschifter.⁵⁹ Es interesante observar cómo de un modo implícito aceptan que el itálico también podría luchar por su independencia, a la sombra del anterior y divergente trabajo de Henrik Mouritsen.⁶⁰ El resultado más visible de todo ello es la síntesis más reciente hasta la fecha, la del australiano Christopher Dart.⁶¹ Sin embargo, nos encontramos con el hecho de que el *Bellum Sociale* queda infravalorado, aun con las expresas intenciones de que no ocurra algo así. De hecho, una vez más se agrupa la información, pero no se analiza su carácter transformador, tal y como ocurría con la obra de Amela.⁶² Es sintomático

⁵¹ Fernando WULFF: *Romanos e itálicos en la Baja República*, Bruselas, Latomus, 1991; Fernando WULFF: *Roma e Italia...*

⁵² Emilio GABBA: "Rome and Italy: the Social War", en Andrew LINTOTT, *et al.* (eds.), *Cambridge Ancient History. Vol IX*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 104-128.

⁵³ Michel HUMBERT: *Municipium et ciuitas sine suffragio. L'Organisation de la conquête jusqu'à la Guerre Sociale*, Roma, École Française de Rome, 1997.

⁵⁴ Luís AMELA: op. cit.

⁵⁵ Roel VAN DOOREN: op. cit.

⁵⁶ Edward BISPHAM: *From Asculum to Actium*, Oxford, Oxford University Press, 2007.

⁵⁷ Seth KENDALL: op. cit.

⁵⁸ Saskia T. ROSELAAR (ed): *Processes of Integration and Identity Formation in the Roman Republic*, Manchester, Brill, 2012.

⁵⁹ Rene PFEILSCHIFTER: "The allies in the Republican army and the Romanization of Italy", en Roman ROTH y Johannes KELLER (eds.), *Roman by Integration: dimensions of group identity in material culture and text*, Portsmouth, Journal of Roman Archaeology, 2007, pp. 27-42.

⁶⁰ Henrik MOURITSEN: *Italian Unification: A Study in Ancient & Modern Historiography*, Londres, Bulletin Supplement of the University of London, 1998.

⁶¹ Christopher J. DART: op. cit., p. 20.

⁶² Luís AMELA: op. cit.

que Dart no valore el conflicto como una guerra civil, al menos no de un modo explícito, siguiendo de cerca la perspectiva de Pheilschifter, que enfatiza las diferencias entre el itálico y el ciudadano. Lejos de resultar baladí este hecho hace que no se puedan conectar las prácticas inauditas vividas en el *Bellum Sociale* con las transgresiones más impactantes que vive el *mos maiorum* en los años inmediatamente posteriores, rechazándose postulados que ya Hinard subrayaba.⁶³ También es sorprendente que Kendall o Bispham, a pesar de ser conscientes de que para nuestra fuente guía, Apiano de Alejandría, el *Bellum Sociale* puede ser considerado una guerra civil, al menos de un modo implícito, no acojan dicha tesis.⁶⁴ Paradójicamente, dicho “resistencialismo” no aparece en autores que tratan temáticas cercanas, aunque no estrictamente el *Bellum Sociale*, como puedan ser Karl-Joachim Hölkeskamp⁶⁵ o Michael Lovano.⁶⁶

Con todo, conviene subrayar el interés del *Bellum Sociale* en la actualidad con la llegada de una nueva y breve síntesis sobre dicho acontecimiento,⁶⁷ pero especialmente gracias a inquietudes científicas como las de Loredana Cappelletti, que ya ha organizado varios congresos internacionales buscando crear un debate más complejo más allá del jurídico u organizativo.

En cualquier caso, y en este contexto historiográfico, creemos que es necesario empezar a entender el *Bellum Sociale* como el primer episodio de guerra civil del sistema republicano tardío y, por ende, como el punto de inflexión que permite la transgresión de las formas sistémicas, del *mos maiorum*.⁶⁸ Es por ello por lo que argüimos que hay que dejar de resistirse⁶⁹ a una idea cada vez más aceptada: el *Bellum Sociale* fue una guerra civil vivida como tal, una conceptualización que requiere análisis más profundos y no únicamente de tipo organizativo. La Roma del siglo I a.C. es plural,⁷⁰ creándose una sociedad compleja en su seno, y la vivencia del conflicto configura una atmósfera de vulnerabilidad⁷¹ que gesta prácticas transgresoras.⁷² Ello no impli-

⁶³ François HINARD: *Sylla*, Paris, Fayard, 1985, p. 59.

⁶⁴ Seth KENDALL: op. cit., pp. 56, 58; Edward BISPHAM: “The Social...”, p. 78.

⁶⁵ Karl-Joachim HÖLKESKAMP: “Lucius Cornelius Sulla – Revolutionär und restaurativer Reformier”, en Karl-Joachim HÖLKESKAMP (ed.): *Von Romulus zu Augustus*, Múnich, CH Beck, 2000, p. 207.

⁶⁶ Michael LOVANO: *The Age of Cinna: Crucible of Late Republican Rome*, Stuttgart, Historia Einzelschriften, 2002, p. 16.

⁶⁷ Edward BISPHAM: “The Social War”.

⁶⁸ Carlos HEREDIA: “Problemáticas metodológicas en el análisis de la violencia y el miedo a raíz de la Guerra Social (91-87 a.C.)”, en Núria OLAYA, et al. (eds.), *II Jornadas Predoctorales en Estudios de la Antigüedad y la Edad Media*, Oxford, BAR, 2015, pp. 65-71; Carlos HEREDIA: *La transgresión del mos maiorum a raíz del Bellum Sociale (91-81 a.C.)*, Tesis doctoral inédita, Universitat Autònoma de Barcelona, 2017.

⁶⁹ Harriet I. FLOWER: op. cit., p. 91; Seth KENDALL: op. cit., pp. 56, 58; Christopher J. DART: op. cit., p. 214.

⁷⁰ Gary D. FARNEY: op. cit., p. 452.

⁷¹ En relación con la idea del terror vid.: François HINARD: “La terreur comme mode de gouvernement”, en Gianpaolo Urso (ed.), *Terror et pavor. Violenza, intimidazione, clandestinità nel mondo antico*, Pisa, ETS, 2006, pp. 247-264.

⁷² En cuanto a transgresión vid.: Jean-Michel DAVID: “Conformisme et transgression: à propos du tribunal de la plèbe à la fin de la République romaine”, *Klio*, 75 (1993), pp. 219-227.

ca romper con Pfeilschifter y su énfasis en las diferencias,⁷³ pues se trataría de una guerra civil protagonizada por una sociedad culturalmente variada que está viviendo un período dramático y transitorio. De hecho, la romanidad es parte del significado que se le da al *mos maiorum*, siguiendo de cerca las tesis de Valentina Arena,⁷⁴ pero que desafortunadamente también ayuda a perpetuar ideas psicológicas del momento, vinculadas al etnicismo, al racismo o al chovinismo al separar lo itálico de lo romano, a pesar de tratarse de conceptos que debemos matizar y justificar. Por otra parte, una lectura en la que solo se ve una guerra civil en aquel conflicto armado entre dos bandos cuyos miembros poseen la ciudadanía o *ciuitas*⁷⁵ es cuanto menos simplista y problemática. De hecho, no debemos confundir sociedad romana o romanidad con jerarquía jurídica, o al menos no como elemento único y exclusivo, tal y como hace David Armitage,⁷⁶ que parece comparar la realidad de Roma con la *Commonwealth* británica. Asimismo, el concepto de *Bellum Civile* no se empezaría a utilizar hasta finales del período tardorrepblicano,⁷⁷ permitiendo que al final a prueba más sólida de la existencia de la guerra civil sea su completa incompreensión⁷⁸.

De este modo, creemos vital acercarse al conflicto no tanto desde la lógica de la *ciuitas* y las diferencias jurídicas, incluso culturales, sino constatando la trascendencia de las experiencias aprendidas, la transgresión que subyace en relación con los pilares constitucionales republicanos tras el paso del conflicto armado. Al final, un punto de inflexión que ya recoge Harriet Flower,⁷⁹ pero cuyo carácter tampoco debemos afirmar categóricamente. El debate que da pie al fuerte “resistencialismo” se basa en la conceptualización estricta del *Bellum Sociale* como guerra civil, pero es fácil generar consensos aceptándose una experiencia bélica asimilada a la de un conflicto con dicho carácter, con eufemismos como el de guerra interna, pero siendo conscientes del punto de inflexión que supone una guerra de dicha naturaleza.

La transgresión y el impacto del conflicto

Una vez planteada la problemática bibliográfica, conviene manifestar brevemente los resultados más nítidos encontrados tras un análisis en profundidad de los datos disponibles.⁸⁰ En

⁷³ Rene PFEILSCHIFTER: op. cit., pp. 27-42.

⁷⁴ Valentina ARENA: “Informal Norms...”, pp. 217-238.

⁷⁵ David ARMITAGE: *Civil Wars: A History in Ideas*, Nueva York, Vintage, 2017, p. 37. A ello hay que sumar el hecho de que, a partir del año 87 a.C., la *ciuitas* parece generalizarse, de modo que se hace extremadamente difícil aceptar su argumento.

⁷⁶ David ARMITAGE: op. cit., pp. 30-31, 106.

⁷⁷ De hecho, que las fuentes literarias más cercanas al conflicto no utilicen el término *Bellum Civile* no es sustantivo, pues se trata de una terminología que no se maneja hasta años después, tal y como constata Gianpaolo URSO: “Tumultus e guerra civile nel I secolo a.C.”, en Marta SORDI (ed.), *Il pensiero sulla guerra nel mondo antico*, Milán, Vita e Pensiero, 2001, p. 129.

⁷⁸ Cic. *Man.* 10.28. Carlos HEREDIA: *La transgression...*, p. 190.

⁷⁹ Harriet I. FLOWER: op. cit.

⁸⁰ Carlos HEREDIA: *La transgresión del mos maiorum a raíz del Bellum Sociale (91-81 a.C.)*, Tesis doctoral inédita, Universitat Autònoma de Barcelona, 2017.

ellos se nos permite vislumbrar la naturaleza de guerra civil del *Bellum Sociale*, así como identificar prácticas de hacer la guerra heterodoxas, que romperían con usos y costumbres, y que supondrían una acentuada brutalización que a partir de entonces marcaría la política y la sociedad romana. Esto también resultaría fundamental para entender la violencia crónica que caracterizaría el período tradicional de las guerras civiles, iniciado en el 87 a.C., en el inmediato postconflicto del *Bellum Sociale*. De este modo, se observarían formas de proceder extraordinarias que se vuelven ordinarias, comenzando un período de transición que conduciría a una nueva República romana.⁸¹

De hecho, en el *Bellum Sociale* se visualizan dinámicas de cercanía e, incluso, de camaradería entre romanos e itálicos, que a pesar de la cruenta guerra que los enfrentaba evidenciarían los intensos vínculos que los unían. No obstante, para hacer posible el desencadenamiento de una guerra fratricida como el *Bellum Sociale* debió producirse un proceso de “construcción del enemigo” por el cual ambos bandos, más allá de lo mucho que los unía, destacarían al máximo lo negativo de los estereotipos preexistentes sobre su rival, todo ello en el marco de la práctica ya mencionada de la deshumanización⁸². Una subversión de tal calibre vendría a reafirmar nuestra creencia de que el *Bellum Sociale* fue una auténtica guerra civil.⁸³ En cualquier caso, Cayo Mario (*cos.* 107, 104-100, 86 a.C.), un romano de origen itálico natural de *Arpinum* (Arpino), y el líder rebelde Popedio Silón no podrían evitar protagonizar un episodio de confraternidad⁸⁴, al igual que ocurriría entre Pompeyo Estrabón (*cos.* 89 a.C.) y Vetio Escatón, que mantendrían una distendida entrevista, indicio del estrecho vínculo entre ellos y que, a su vez, explicaría la intervención del primero para salvar al segundo de la traición de la que fue víctima por parte de sus mismos hombres en el 89 a.C.⁸⁵ Al final, la faceta humana, en numerosas ocasiones olvidada, puede constituir la prueba más ilustrativa de la integración, por encima de diferencias culturales, estatutos o comportamientos.

Asimismo, la radicalización de la violencia política y social que caracterizaría las últimas décadas de la República romana, marcadas por las guerras civiles, debería remontarse al *Bellum Sociale*, que constituiría la primera experiencia de guerra civil, estableciendo un punto de inflexión en el *mos maiorum*. En efecto, esa guerra fratricida generaría un cambio en usos y costumbres, al que contribuiría el global de la sociedad romano-itálica como protagonista del conflicto, y no solo las élites.⁸⁶ Y es que el *mos maiorum*, fundamentado en la tradición, se cons-

⁸¹ Harriet I. FLOWER: op. cit., pp. 90-91.

⁸² Enrique BACA: *Las víctimas de la violencia: estudios psicopatológicos*, Madrid, Triacastela, 2008, p. 244.

⁸³ François HINARD: “Appien et la logique interne de la crise”, en Estelle BERTRAND (ed.), *Rome, la dernière République*, Burdeos, Scripta Antiqua, 2011, p. 117.

⁸⁴ Diod. 37.15.1-2; Gaetano DE SANCTIS: op. cit., p. 69.

⁸⁵ Cic. *Phil.* 12.27.

⁸⁶ Wilfried NIPPEL: *Public Order in Ancient Rome*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995, pp. 8-9; François HINARD: *Sylla*, p. 261; Robert MORSTEIN-MARX: *Mass Oratory and Political Power in the Late Roman Republic*, Cambridge, Cambridge University Press, 2004, p. 118.

truiría en base al conformismo y la transgresión, que se acentuaría en el marco de una guerra de naturaleza civil.⁸⁷

La puesta en marcha de un nuevo horizonte ideológico a raíz del *Bellum Sociale* no sería baladí: las mentalidades forman y educan a las nuevas generaciones.⁸⁸ El *novum mos* resultante es el que se aprende,⁸⁹ de modo que el conflicto entre romanos e itálicos constituiría un acontecimiento fundamental para comprender el contexto posterior.⁹⁰ Los hábitos transgresores surgidos en el *Bellum Sociale* serían asumidos y normalizados por la sociedad romana en su conjunto. Así, el asesinato del cónsul Cneo Octavio (*cos.* 87 a.C.) junto a otros eminentes personajes tras la contraofensiva cinno-marianista del 87 a.C., así como la exposición pública de sus cabezas en los *rostra*, acompañada por el abandono de sus cuerpos en las calles de Roma,⁹¹ marcaría un preocupante precedente que permitiría concebir de manera reiterada episodios similares en los años venideros.⁹² Igualmente, cabe destacar el carácter humillante y ejemplarizante del triunfo sobre los itálicos celebrado por Pompeyo Estrabón en el 89 a.C. a raíz de su victoria en el frente de *Ausculum*, solo explicable a raíz del proceso de construcción del enemigo producida en el *Bellum Sociale*.⁹³ Ciertamente, a pesar del estrecho vínculo entre romanos e itálicos, el triunfo no se celebraría *de iure* sobre compatriotas. No obstante, contribuiría a superar ese tabú del *mos maiorum*, que no consideraba legítimo celebrar ritualmente las victorias logradas sobre conciudadanos, marcando un precedente que llevaría a las sucesivas guerras civiles, cuando los *imperatores* victoriosos celebraron sendos triunfos sobre sus rivales y compatriotas derrotados.⁹⁴

Por otra parte, hemos de observar como “ingrediente” básico del impacto del *Bellum Sociale* no solo la atmósfera de vulnerabilidad que se creó en torno a estos acontecimientos, sino también las consecuencias en clave económica,⁹⁵ forzándose la búsqueda de recursos en base a medidas extraordinarias. La contienda del *Bellum Sociale* implicaría la destrucción de infraestructuras, de circuitos tributarios,⁹⁶ de núcleos poblacionales y, en realidad, de todo aquello que

⁸⁷ Jean-Michel DAVID: “Conformisme et...”, p. 227.

⁸⁸ Harriet I. FLOWER: op. cit., pp. 161-162.

⁸⁹ Valentina ARENA: “Informal Norms...”, p. 219.

⁹⁰ Harriet I. FLOWER: op. cit., p. 91.

⁹¹ App. *BC.* 1.71-74; Plut. *Mar.* 43-44, *Sull.* 5.6; Liv. *Per.* 80; Flor. 2.9.13-16; Sall. *Hist.* 1.67.19; Vell. 2.22.2-4; Val. Max. 9.2.2, 9.12.4-5; Oros. 5.19.23; *IG.* 14.1297. Vid.: Michael LOVANO: op. cit., pp. 47-49; François HINARD: “*La terreur...*”, p. 250;

⁹² Lukas DE BLOIS: “Army and General in the Late Roman Republic” en Paul ERDKAMP (ed.), *A Companion to the Roman Army*, Oxford, Oxford University Press, 2007, pp. 168 y ss.

⁹³ Plin. *NH.* 7.135; Val. Max. 6.9.9; Diod. 43.15.5, 49.21.3; Gell. 15.4.3; Asc. 14.

⁹⁴ Francisco SÁNCHEZ: op. cit., 255-268; Wolfgang HAVENER: “A Ritual Against the Rule? The Presentation of Civil War Victory in the Late Republican Triumph”, en Carsteen HJORT y Frederik J. VERVAET (eds.), *The Roman Republican Triumph beyond the Spectacle*, Roma, Quasar, 2014, pp. 165-179.

⁹⁵ Luigi PEDRONI: *Crisi finanziaria e monetazione durante la Guerra Sociale*, Bruselas, Latomus, 2006, pp. 63-67.

⁹⁶ François HINARD: *Sylla*, p. 57; Edward BISPHAM: “The Civil Wars...”, p. 96.

pudiera convenir arrasar en pos de la victoria,⁹⁷ dinámica que se incrementaría con el estallido de la siguiente guerra civil.⁹⁸ Ello adquiere una dimensión novedosa, solo comparable a la generada en el marco de la Segunda Guerra Púnica. No olvidemos la imagen que nos aportan las fuentes disponibles en relación con el *Bellum Sociale*.⁹⁹ De esta manera, podemos hablar de una auténtica crisis económica que conectaría el *Bellum Sociale* con las proscipciones del mismo Sila, horizonte macroeconómico que no debe ocultar el empobrecimiento de la mayoría de los sectores populares, que perdieron ingresos y propiedades.¹⁰⁰ El trauma se vive no solo por las muertes, sino también por la destrucción de un *statu quo* y las dificultades que ello conlleva para la vida diaria, creándose una situación insoportable.¹⁰¹ La realidad que transmite Diodoro en relación con el asedio que vivió la ciudad de *Aesernia*, en la que sus habitantes pasaron un intenso período de hambruna, llegando incluso a consumir sus animales domésticos, refleja hasta qué punto el *Bellum Sociale* afectó en este ámbito crucial, manifestando el impacto propio de una verdadera guerra civil¹⁰² y gestando un nuevo *mos maiorum* que nada tenía que ver con el anterior.

⁹⁷ Cic. *Leg. Agr.* 2.80; 2 *Verr.* 2.5; Bulst 1964, 331; Michael LOVANO: op. cit., p. 70.

⁹⁸ App. *BC.* 1.66; Michael H. CRAWFORD: *Roman Republican Coinage*, Cambridge, Cambridge University Press, 1974, pp. 569-572; Charles T. BARLOW: "The Roman Government and the Roman Economy, 92-80 B.C.", *AJP*, 101 (1980), pp. 207, 209; Michael LOVANO: op. cit., p. 70; Luigi PEDRONI: op. cit., pp. 63-67.

⁹⁹ App. *BC.* 1.39, 102-103; Charles T. BARLOW: op. cit., pp. 204-207, 212-213; Michael LOVANO: op. cit., pp. 70-76.

¹⁰⁰ App. *BC.* 1.54. Gaetano DE SANCTIS: op. cit., p. 101; Charles T. BARLOW: op. cit., p. 213; Michael LOVANO: op. cit., pp. 70-76; Seth KENDALL: op. cit., pp. 538-539.

¹⁰¹ Diod. 37.1.1-6; Plin. *NH.* 2.199; Flor. 2.6.11; Just. 38.4.13-14; Agust. *De Civ.* 3.26; 5.22. Vid.: François HINARD: *Sylla*, p. 253.

¹⁰² Diod. 37. 19.2.

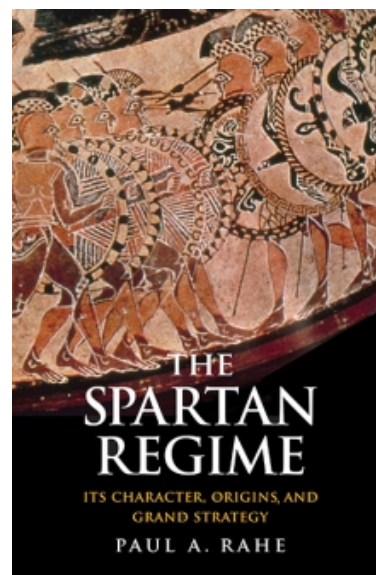
Reseñas

Paul A. RAHE: *The Spartan Regime: Its Character, Origins, and Grand Strategy*, New Haven, Yale University Press, 2016, xiv+212 pp., 4 Maps, 3 Photographs. ISBN: 9780300219012.

Shina Alimi
Obafemi Awolowo University

The Spartan Hegemony and Mystery of Survival

The knowledge of archaic and classical Sparta has been spread through various sources that lack accuracy and render the tasks of many scholars of ancient Greece to a mere guess work. The secretiveness with which the ancient Spartan regime conducted its affairs, the idealisation and romanticisation of its unique achievements have enigmatically wrapped mystery around the history of this highly respected but much misconstrued people of Lacedaemon. Professor's Rahe's latest book, *The Spartan Regime: Its Character, Origin and Grand Strategy*, offers a systematic synthesis of old insights and new finds about Spartan hegemony on the Peloponnesian peninsula. The book is a «prelude to a projected trilogy on the grand strategy of ancient Lacedaemon and on the external challenges that polity faced in the late archaic and classical periods».



There are four chapters with a prologue and a separate section for the conclusion. Without any pretence for presenting new facts, Rahe through analytical artistry focuses on aggregating, synthesising and reinterpreting relevant information from scattered sources. By approaching the work from inter-disciplinary point, Rahe explores uncommon sources in the Greek literature and ancillary materials. The adoption of regime analysis keeps his argument and analysis comprehensive, penetrating and in line with the perspective of the earliest writers and scholars such as Thucydides, Xenophon, Ephorus, Plato and Aristotle, without losing its originality.

The way Professor Rahe discusses Lacedaemon's education and moral formation (*paideía*) in the first chapter is particularly brilliant. The world of Lacedaemon was structured around its system of education (*agogé*). Male citizens were subjected to rigorous exercise coupled with various lessons on communal songs, dances and Spartan literature. Professor Rahe draws connections of music, dances and poetry to war and discipline in ancient Lacedaemon. He notes that fear determined “the real” and “the ideal” for both the regime and its citizens. He argues that fear as a factor contributed to the conservatism, stability and harmony within the Spartan regime. Fear, superstition and enforcement of communal spirit/feelings were used to reinforce total obedience among the Spartiates. Professor Rahe also observes that the regime instilled discipline, reinforced obedience and inspired courage among young and old Lacedaemonians through poems and songs of Tyrtaeus. The Spartan system of education no

doubt earned these Greek people enviable reputation in the ancient world. Other themes well analysed by Professor Rahe include marriage and individual privacy. Like education, marriage was constructed as a civic duty and deliberately geared towards moulding communal individuals. Here, Professor Rahe presents the conflicts between individual interests and the community's interests. But the greatest paradox in the Spartan regime is found in its system of privacy. He summarises this as the «contradiction between desire and duty, between unaccommodated human nature and the needs of the polis...»

A refreshingly innovative way is how he meticulously analyses the complexity of political structure of ancient Spartan polis. Lacedaemonian *politeía*- citizenship, form of government and regime- has remained for so long a subject of conjecture and mystery. He notes that Lacedaemonian polis was not a «conspiracy of self-seeking individuals joined for mutual profit and protection in contemporary legal partnership» but it was a community and commonwealth borne out of «a common way of life». At Lacedaemon individual virtues and glory were sacrificed for the civic virtues and the commonwealth. Professor Rahe demystifies the existing narratives which limited the interpretation of the Spartan regime within the framework of totalitarianism. He argues that, the presence of two monarchs (the *basileís*) with divine rights, the magistrates and overseers (the *ephors*) and the elders (the *gerousía*), testifies to the complexity of the Spartan political system. Because the system possessed extreme features of aristocracy, gerontocracy, monarchy and extra ordinary democracy, Professor Rahe summarises the Lacedaemonian system as a «mixed constitution». The third and the fourth chapters focus on the military exploits, diplomacy, politics and geopolitics, and the rise of Lacedaemon as an hegemonic power in the ancient Greece.

In the third chapter, the author reflects on major problems that confront scholars reconstructing history of ancient civilisations using unconventional sources, like oral traditions and literature. He notes that these hyperskeptical scholars are quick to dismiss traditions as bias, invented and confused stories. He argues that whether original or forged, no traditions exist in a vacuum. They contain a modicum of useful information which drives us closer to the truth. On the traditions of origin, migration and peopling of the Peloponnesus, the author demonstrates that working with these unconventional sources does not preclude researcher from arriving at plausible conclusion even when these sources disagree, overlap or coincide. The way he synthesises traditions and legends transmitted by the Arcadians, the Argives and the Messenians to trace the origins of the Agiad and Euryontid kings is telling. Within the same chapter, the author deconstructs the misconceived view about the military order and system in the classical Lacedaemon. Drawing evidences from, and comparing the experiences of Egypt and Mesopotamia Assyrian, Babylonian and Hittite states during the Bronze age, Professor Rahe argues that the use of chariot for military combat by the Spartiates was hardly different from other regions of the world. This sharply contrasts with Homer's account of aristocratic deployment of chariot as a mere carriage to the battlefield. A sketchy outline of the Greek military system and order is prudently provided by the author. Rahe describes the *prómachoi* (forefighters), the hoplite (infantry) warfare, squaring combat, phalanx formation and hoplite panoply as part of the Greek military revolution. While describing Greek military discipline and technology, he does not forget to emphasise that this military revolution survived on moral revolution. Again, the author creatively piece fragments of information from

Aristotle and Plato's testimonies, Tyrtaeus' poems, vase paintings and hoplite figurines to reconstruct the image of Lacedaemonian hoplite warfare.

In the fourth chapter, the author solves another puzzle, the origin of Spartan politics and nature of its geopolitics. Like any diligent historians, in analysing the origin of Spartan political institutions, Professor Rahe is confronted with the problem of the "big man" theory in history. While Lycurgus was remembered in many traditions as a Spartan genius around whom the political transformation of the people was woven, other traditions suggested Theopompus and Polydorus as the eponyms of Lacedaemon euphorate. In spite of complexity that characterised these traditions, Professor Rahe thesis seems more plausible. For him transformations experienced within the Lacedaemonian *politeia* was "a tale of two revolutions" dictated by peculiar circumstances and time. The author notes that the radical shift of Lacedaemon external policy from aggression to friendly disposition towards its neighbour represented part of its grand strategy for survival. This chapter is by far the most interesting though somewhat complex. The stories of the Spartan military triumph over, and alliances with its neighbours, and sudden change from aggressive posture to the vanguard of liberty are woven as parts of revolutions that shape the thinking and conduct of the Lacedaemonian grand strategy.

The concluding chapter of the book summarises and reflects Professor Rahe's ultimate view about the Spartan regime. He concludes that the grand strategy of Lacedaemon was carefully planned to fulfil the purpose of preserving the Lacedaemonian hegemony at the Peloponnesus. This chapter anticipates two more volumes on our bookshelves.

Professor Rahe has saved his audience the headaches associated with chronological approach in history by adopting a thematic style. This style affords him ample space to employ uncommon sources, analyse and criticise same. The language and the style are straightforward and fascinating. The maps, abbreviations and short titles are excellent. The maps bring ancient Sparta near the readers in space and time. The illustrations are strategically positioned but the indexes are not adequate. The author also demonstrates familiarity with the Greek language and etymology by providing English interpretation of Greek words in the book. One major fault in the work lies in the way the author digresses from his narration. This is abundantly encountered throughout the book. An impatient reader may find this an extravagant form of analysis and boring.

Generally, this is an impressive contribution to existing volumes on the history of archaic and classical Greece. The theme chosen by Professor Rahe seems to me highly innovative, while the way he carefully handles it is adeptly artistry. Few bold historians venture into studying ancient civilisation, while fewer will consider Sparta as a research theme. The Spartan Regime has no doubt unravelled the mystery around the Spartan ways of life. For the students and teachers of ancient civilisations, this book has created another perspective to study the Greek people. While the book itself is a telescope of understanding the Sparta, it is a clear lense to see the Greek past and build a narrative beyond the Athenian standpoint. One other merit of the book is that it reinforces the possibility of mixed constitution in any polity. This refreshing reinterpretation of data by Professor Rahe has no doubt pushed the frontiers of knowledge about Sparta beyond idealisation and doubt. Most interested readers who could not afford \$36 will be eager to see the paper-back edition published soon.

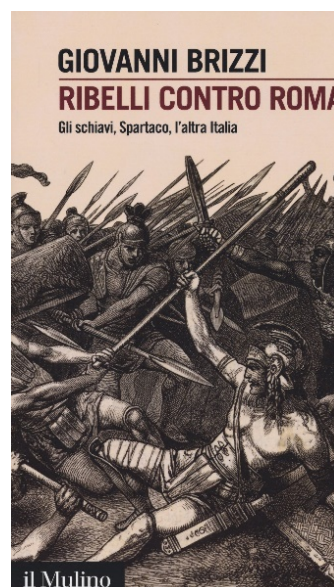
Giovanni BRIZZI: *Ribelli contro Roma. Gli schiavi, Spartaco, l'altra Italia*, Il Mulino, Bologna, 2017, 231 pp. ISBN: 978-88-15-27378-9.

Óscar Bonilla Santander
Universidad de Zaragoza

De Aníbal a Espartaco: La desintegración del modelo social romano republicano

Hablar de Espartaco y de su revuelta es trasladarnos a uno de los episodios más visitados de la antigüedad romana por la sociedad actual y a la vez uno de los más manipulados en el presente. La figura de Espartaco en el imaginario popular emerge de entre el resto de los que se rebelaron contra el dominio y la opresión de Roma debido sin duda a las producciones audiovisuales que giran en torno al personaje. Son numerosos los rebeldes y revolucionarios que dieron batalla a las legiones romanas pero a Espartaco se le ha brindado un espacio singular tanto en la filmografía como en el fenómeno más actual de las series de televisión. Aunque el cine italiano dedicó producciones al esclavo tracio desde muy temprano con la película “Spartaco” de Giovanni Enrico Vidali en 1913, la toma del poder de Benito Mussolini en Italia no favoreció que este tema fuese abordado por el cine fascista dada la incitación revolucionaria que se le suponía, centrando los esfuerzos de la industria cinematográfica italiana en potenciar los episodios más gloriosos de la expansión imperial de Roma desde los estudios de Cinecittà. Con el fin de la dictadura fascista de Mussolini, Riccardo Freda en 1953 dirige “Spartaco”, película censurada en Italia por ser tachada de antirromana, poniendo de relieve que ni tan siquiera la nueva república italiana estaba dispuesta a ensalzar la figura de Espartaco. Ninguna de las películas precedentes alcanzó la trascendencia del filme de Stanley Kubrick “Spartacus”, estrenado en 1960 e interpretado por el ya centenario Kirk Douglas. Desde entonces son habituales los documentales, producciones audiovisuales y literatura relacionadas con el mítico tracio. En fechas más recientes y al calor de la película “300”, se ha distribuido la última creación que gira en torno a la revuelta encabezada por el gladiador con la serie de cuatro temporadas y 41 episodios “Spartacus”, creada por Steven S. DeKnight y emitida entre 2010 y 2013, lo que ha supuesto un renovado interés sobre el tema en las generaciones más jóvenes.

La obra que aquí reseñamos aporta nueva luz acerca del proceso en el que se inserta la revuelta, prestando especial atención a las causas de la misma pero esta vez sin buscar en la supuesta juventud traumada del tracio un motivo para la venganza contra Roma, sino realizando un excepcional análisis histórico de las contradicciones estructurales del modelo imperial expansivo de la tardía República Romana. El encargado de esta tarea es el profesor Giovanni Brizzi, uno de los mayores especialistas en Historia militar de la Antigüedad y todo un referente para la época Helenística. Profesor de Historia Romana en la Universidad de Bolo-



nia, es autor de algunos de los ensayos más importantes acerca del mundo militar romano de época republicana.

El ensayo no es un libro más sobre la figura de Espartaco como tantos otros que han visto la luz en la última década. De hecho, prácticamente dos tercios del texto se dedican al estudio del modelo social en la Península Itálica entre la II Guerra Púnica, de la que Brizzi es uno de los mayores expertos, y la guerra de Espartaco. El trabajo supera los límites tradicionales de la historia militar para adentrarse en el análisis estructural de la sociedad y la economía romana de los siglos II y I a.C. y en la articulación de un modelo expansivo que trasladó durante décadas los conflictos sociales internos a alejados frentes de batalla de Grecia, África, Asia o Hispania.

La obra se estructura en un prólogo, ocho capítulos, el epílogo, un apéndice bibliográfico y un índice de nombres. La tesis fundamental del libro, que se plantea desde el inicio, es la existencia de “dos Italias” al sur del valle del río Po, que sin ser homogéneas en su composición se identificarían fundamentalmente por un hecho diferencial: la postura adoptada tras la invasión de Italia por Aníbal en la Segunda Guerra Púnica. La “primera Italia” fue la vencedora de este conflicto y sería la Italia encabezada por Roma junto a sus aliados latinos, fundamentalmente situada en la zona central de la península itálica. La “segunda Italia”, derrotada en la Segunda Guerra Púnica, sería la que apoyó a Aníbal durante su larga estancia en Italia, fundamentalmente representada por las ciudades helenísticas de la Magna Grecia y pueblos montañoses de los Apeninos como los samnitas y los lucanos. La derrota de la “segunda Italia” supuso una relación desigual de estas ciudades estado con Roma: mientras que durante el siglo II a.C. las comunidades que habían apoyado a Roma en la guerra fueron beneficiadas con concesiones de ciudadanía y la mejora de su estatus, la “segunda Italia” fue castigada impidiendo el acceso a la ciudadanía romana de sus comunidades y mediante la confiscación de sus mejores tierras para entregárselas a grandes propietarios de la oligarquía senatorial patricia. El proceso afectó incluso a las oligarquías dominantes en las ciudades estado de la “segunda Italia”, que sufrieron un bloqueo en el acceso a la ciudadanía romana una vez derrotados los cartagineses, debido según Brizzi a una mezcla de miedo y venganza hacia las ciudades que se habían puesto del lado de Aníbal durante su larga estancia en la Península Itálica.

La espectacular expansión mediterránea de Roma en el siglo II a.C. no supuso la reversión del castigo a la “segunda Italia”, sino que el proceso de discriminación se recrudeció, cargando sobre los hombros de los itálicos el peso del reclutamiento para las guerras de conquista mediterráneas. Con el avance de la conquista las élites locales itálicas hicieron todo lo posible para acceder a la ciudadanía romana, requisito imprescindible para beneficiarse de la expansión mediterránea, pero ni el senado ni los censores facilitaron su integración en el sistema mediante la concesión de la ciudadanía. La lejanía de los campos de batalla, junto con la duración de las campañas, contribuyó al empobrecimiento de los pequeños agricultores itálicos y a la apropiación de sus tierras por parte de la oligarquía senatorial romana, facilitando la implantación del modelo agrícola esclavista en el sur peninsular. Uno de los puntos de inflexión para el desarrollo del sistema esclavista que señala Brizzi es la prohibición por parte de la República de Roma de mantener y construir armadas navales permanentes al resto de potencias mediterráneas con el fin de que ninguna de ellas pudiera desafiar su hegemonía marítima en el Mediterráneo, lo que propició la piratería que principalmente se lucraba del

tráfico de esclavos. Conforme avanzó la expansión militar mediterránea de Roma, el flujo de esclavos a Sicilia tras la II Guerra Púnica y a Etruria y Campania a partir del siglo II a.C. socavó las bases del sistema productivo agrícola itálico, sustituyendo progresivamente el modelo de pequeños agricultores libres por el modelo asiático-helenístico de grandes latifundios trabajados por cientos o miles de esclavos. Esto supuso una quiebra del modelo social y militar itálico aumentando el número de *capite censi*, proletarios sin tierras que engrosarían mayoritariamente las filas del ejército romano tras las reformas militares del Cónsul Cayo Mario.

Los problemas estructurales del modelo imperialista republicano y sus contradicciones desembocaron en la Guerra de los Socios (91-88 a.C.), analizada en los capítulos segundo, tercero y cuatro. La emergencia militar de Roma fue tal que le llevó a emplear en suelo itálico contingentes de tropas extranjeras provenientes de África, Hispania y Galia por primera vez en más de un siglo tras la Segunda Guerra Púnica, junto con los más de 100.000 soldados romanos e itálicos que se mantuvieron fieles a la ciudad del Lacio. Es en este momento en el que proliferan los ejércitos privados fieles a sus comandantes que terminarán por dar la espalda al Senado y poner en riesgo las instituciones aristocráticas de la República Romana. La resolución de la Guerra de los Socios, según Brizzi, lejos de solucionar las contradicciones del modelo de la república tardía sentó las bases de los siguientes conflictos por la manera reaccionaria de gestionar la victoria sobre los itálicos. La victoria no supuso únicamente la derrota militar de los itálicos, sino un intento por parte de la aristocracia romana de destruir su identidad material y su memoria arrasando templos, ciudades, murallas y reescribiendo la historia oficial romana eliminando las derrotas sufridas frente a los Samnitas. La contrarrevolución se manifiesta en la elección de los censores para el bienio 86-85 a.C. que frenarán la inscripción de nuevos ciudadanos provenientes de las poblaciones itálicas, y el reparto de tierras de itálicos a 120.000 veteranos de los ejércitos de Sila, reavivando la llama de la revuelta apenas unos años después del fin del conflicto. En los capítulos quinto y sexto se analiza cómo la guerra civil romana entre Optimates y Populares afectó negativamente a las aspiraciones de las comunidades itálicas no promocionadas y contribuyó a una situación de ruina, miseria y destrucción en gran parte de Italia acabando con las esperanzas de ascenso social mediante la ciudadanía de los habitantes sometidos de la segunda Italia, que vieron en la guerra de Espartaco la oportunidad de acabar con el control político y la explotación de Roma.

La particularidad y brillantez de la obra de Brizzi es entender, por tanto, que la guerra de Espartaco se inserta así como uno de los últimos estertores de las contradicciones de la República Romana, con un modelo social incapaz de soliviantar dichas contradicciones por la vía política fruto de las ambiciones personales de las clases dominantes que arrastraron a la península Itálica a medio siglo de guerras civiles entre romanos e itálicos. En los capítulos séptimo, octavo y en el epílogo, Brizzi propone interpretar la Guerra de Espartaco como un conflicto desesperado por parte de los desposeídos, los perdedores del imperialismo romano para liberarse de la opresión de la aristocracia itálica y romana. Brizzi lo plantea como un conflicto militar basado en una cuestión de clase en la que confluyen personas libres sin ciudadanía junto con esclavos, fruto no de un problema coyuntural sino como parte de las contradicciones del sistema social, político y económico de la Roma tardorrepublicana. La revolución se extiende por toda Italia y según Brizzi sacude los cimientos sobre los que se sustenta Roma, engrosando las filas de Espartaco itálicos libres procedentes de todos los rincones de la penín-

sula que forzarán a Espartaco a no dejar Italia, extendiendo la rebelión por Italia para enfrentarse a Roma y tratar de derrotarla. La resolución definitiva del conflicto en la península Itálica, a pesar de la derrota de Espartaco, no llegaría hasta más de 40 años después, con la disolución del marco jurídico oligárquico republicano y el establecimiento de una tiranía militar hereditaria de la familia Julio-Claudia que acabaría definitivamente con los ejércitos conformados por ciudadanos-soldados para basar su poder en un ejército profesional, permanente, fiel al emperador y a su familia.

Según Brizzi, uno de los motivos principales de la derrota militar de Espartaco fueron las divisiones internas producidas por tensiones identitarias surgidas en el heterogéneo grupo de seguidores de Espartaco que, en ocasiones, se antepusieron a la cuestión de clase que motivó la alianza de los oprimidos y una revolución que puso contra las cuerdas a los opresores. Una verdadera lección para los que seguimos pensando que la investigación histórica debe ser una herramienta para transformar el futuro.

Adrian GOLDSWORTHY: Pax Romana. Guerra, paz y conquista en el mundo romano, Madrid, La Esfera de los Libros, 2017, 559 pp. ISBN: 978-8490609439

Miguel Pablo Sancho Gómez
Universidad Católica San Antonio de Murcia

Guerra y conquista desde la destrucción de Cartago hasta la muerte de Caracalla

Por fin apareció en lengua castellana la última obra del reputado historiador británico Adrian Goldsworthy, autor de trabajos recientes tan meritorios como *Las Guerras Púnicas* (Ariel, 2002), *Grandes generales del ejército romano: campañas, estrategias y tácticas* (Ariel, 2005), *el Ejército romano* (2005), *César, la biografía definitiva* (2007), *La caída del imperio romano: el ocaso de Occidente* (2009), y *En el nombre de Roma. Los hombres que forjaron un Imperio* (2010). Al igual que los cuatro últimos, el presente volumen ha sido editado por la Esfera de los Libros.

Goldsworthy estudió historia antigua y moderna en St. John's College, Oxford. Doctor en Historia por la Universidad de Oxford, con especialidad en historia militar de Roma (1994), impartió clase en el King's College (Londres) y en la universidad de su Cardiff natal. Después de un curso sobre la II Guerra Mundial en la Universidad de Notre Dame (Indiana, Estados Unidos) abandona la docencia y se dedica exclusivamente a escribir.

Una vez más, podemos asegurar que el contenido de sus formulaciones no nos defraudó. Dotado de una nada desdeñable capacidad de análisis y un manejo conciso de las fuentes del periodo, Goldsworthy destila sus apreciaciones e hipótesis convincentemente y con claridad, con un tono reflexivo y moderado, digno de elogio, muy alejado en cualquier caso del estilo crispado y agresivo de una Mary Beard, por ejemplo, continuamente pendiente de poner la historia de Roma al servicio de ideologías actuales. Las escuelas de pensamiento político liberal que, de modo inmediato y apriorístico, considerarán cualquier “imperio” como algo nocivo y reprobable de por sí, indudablemente recibirán como una mala noticia la publicación de este libro, ya que defiende la postura contraria, con argumentos valiosos y una elocuente y cuidada puesta a punto.

El libro está dividido en dos partes (República e Imperio, o “Principado”). La primera parte tiene seis capítulos y la segunda ocho, con un total de catorce. En la primera parte se trata del auge de Roma, la guerra de conquista, la diplomacia y estrategia frente a las potencias rivales, el comercio y la explotación de la tierra, el gobierno de las provincias republicanas y la relación con los reyes extranjeros. En la segunda parte, en la que nos encontramos con un panorama histórico y social que se hará progresivamente diferente, se estudia la figura del emperador, las rebeliones, los disturbios y la resistencia contra Roma, los gobernadores imperiales, la vida cotidiana en el Imperio y las cuestiones que, desde nuestro punto de vista, son



las más logradas e importantes del trabajo: el ejército y su papel como defensor de las fronteras, garante de la seguridad contra las razias de los pueblos bárbaros y encargado por doquier de los esenciales servicios de guarnición.

Goldsworthy ofrece comparaciones con nuestro mundo, pero al contrario que la mayoría de autores contemporáneos lo hace con planteamientos acertados y satisfactorios, que aclaran al lector, acercándolo tanto a la materia de estudio como a la comprensión más efectiva del mundo romano y los diferentes fenómenos tratados a lo largo de los distintos capítulos. Las instituciones romanas, el competitivo *cursus honorum* y las despiadadas luchas aristocráticas por el poder son siempre explicados de una manera sencilla, y por lo tanto meritoria.

El imperialismo del que hizo gala Roma a partir de las Guerras Púnicas es mostrado desde una perspectiva amplia, sin prejuicios y sin las acrimoniosas acusaciones que llenan hasta la saciedad los trabajos de otros autores, dominados en su enfoque por los clichés de nuestra hipersensible sociedad. El autor goza de un gran dominio, muy bien ilustrado, del senado romano. Detalla sus reacciones ante los diferentes sucesos políticos y fenómenos sociales a los que debía enfrentarse como órgano de gobierno. Por lo tanto, las explicaciones al respecto son casi siempre satisfactorias.

El cambio del sistema político, que pasó de la República al denominado Principado, es analizado al detalle. Los tiempos rudos y ambiciosos de la expansión a ultranza fueron quedando poco a poco como un recuerdo del pasado. Augusto se vio rodeado de un equipo de asistentes de alto rango para ayudarlo y asesorarlo en la representación del poder y en las conquistas, pero sus sucesores no gozaron de tanta fortuna. Como consecuencia, la anterior guerra, exterior y expansiva, se hizo cada vez más rara. El prestigio personal permitió a Augusto emplear grandes y brillantes subordinados, pero ninguno de sus sucesores tuvo su carisma, por lo que delegar demasiado el poder creaba tensiones en un sistema crecientemente autocrático (quizás el contumaz recelo del emperador Tiberio, inmortalizado por Tácito, especialmente en lo referente al brillante César Germánico, sea el ejemplo más evidente de ello).

La habilidad del autor a la hora de equiparar diversas nociones, que, si bien relatan sucesos de distintas fuentes o dispares en el tiempo, ilustran semejantes problemáticas políticas y sociales (como las rebeliones, las relaciones con reinos y comunidades vecinas a los romanos, los estallidos de violencia, etc.), es una constante a lo largo de toda la obra. Una gran atención a todos los elementos y cuestiones referentes a los problemas de seguridad interior permiten que se comprenda claramente la realidad cotidiana y el día a día en Roma, una vez sus límites de influencia se solidificaron y asentaron. En otras ocasiones los planteamientos temáticos son aderezados con relatos atractivos sacados con habilidad de las fuentes literarias que tienen la capacidad indudable de atraer y enganchar al lector, de una forma que se puede considerar divulgativa, pero por ello menos rigurosa; decir que se trata de un buen recurso didáctico manejado con destreza queda más cerca de la verdad.

El libro muestra dosis admirables de prudencia, lucidez y realismo, que resultan muy bienvenidas en nuestro mundo, donde el pensamiento se hace cada vez más restrictivo y rígido. Podemos encontrar un caso importante cuando se pone en su sitio a las recientes interpretaciones sobre ciertas lacras como la inseguridad o el fenómeno del bandidaje, que resultaron indudablemente negativos para la sociedad romana en su conjunto, pese a que algunos estudiosos han querido rescatar la añeja imagen, fabulada y romántica, de lo que no eran sino

delincuentes organizados (página 321 y siguientes). La visión endulzada, predominante en la historiografía actual, y que quiere mostrar tales manifestaciones del crimen como válvulas de escape o muestras de desacuerdo con la estructura social es refutada por el autor. Las formulaciones expuestas sobre tal problemática podrían llegar incluso a parecer “políticamente incorrectas”; seguramente serán contempladas con desaprobación y hostilidad por los corazones más ofendidos de nuestro tiempo. Para nosotros, en cambio, son señales positivas. Representan síntomas tanto del profundo conocimiento histórico del periodo como de una gran madurez investigadora por parte de Goldsworthy, sin lastres o manchas extra-académicos debidos a las interferencias de otras cuestiones, como los intereses políticos o los grupos de presión, omnipresentes en ciertos sectores académicos actuales.

Merece destacarse especialmente el modo lúcido, argumentado e incontestable en el que se desmontan completamente las recientes teorías según las cuales los emperadores creaban, “construían”, una imagen artificial del *bárbaro*, como ente agresivo y peligroso, para “satisfacer” su “necesidad” de obtener victorias militares ante sus súbditos, pero que en realidad ocultaban meras “campanas de agresión” contra gentes inocentes (página 424 y siguientes). Tal interpretación, carente de cualquier tipo de apoyo en las fuentes, es promocionada por las escuelas de pensamiento relativista que desde hace unos años califican con frecuencia a cualquier enemigo de los imperios como meras “construcciones”, lo que en nuestro caso viene a significar, en otras palabras, que tales colectivos resultaban carentes de culpa; esto hace que nos preguntemos: ¿sucedieron entonces las invasiones bárbaras, o fueron otra *construcción*? Del mismo modo, trivializando los saqueos e incursiones forjados más allá de las fronteras, pero demonizando las operaciones de represalia de las legiones, se victimiza al agresor y se criminaliza al defensor; una dialéctica de plena actualidad, muy *open borders*.

Goldsworthy defiende lo contrario, con una sólida exposición de hechos en los que se muestra que las verdaderas víctimas, perjudicadas hasta la saciedad por las invasiones bárbaras, fueron los provinciales, que a lo largo del Rin y del Danubio vieron ciudades y pueblos destruidos, comunicaciones cortadas, etc. El comercio, la agricultura, la ganadería y la artesanía devastadas significaban tanto el colapso de la vida organizada al estilo clásico (griego y romano) como el fin de la recaudación de impuestos. En definitiva, la peor tragedia para cualquier emperador que se preciase de serlo. En cada ocasión en la que el ejército, por los motivos que fuesen, se vio incapaz de proteger las fronteras de las llegadas masivas de otros pueblos, una gravísima amenaza se cernió sobre el gobierno romano. De hecho, el Imperio estuvo a punto de desaparecer a mediados del siglo III por esas mismas invasiones bárbaras. Sin duda no fueron “construcciones” creadas por el estado romano.

En sentido contrario, mostraremos nuestro desacuerdo con un par de cuestiones expresadas en la obra. Nos llama ciertamente la atención, en primer lugar, que se señale a Britania como una provincia donde la aristocracia estaba anclada en el mundo rural (página 333). Se trata de una afirmación que convendría matizar a la luz de los numerosísimos y recientes descubrimientos arqueológicos en ámbitos urbanos, que han cambiado nuestras consideraciones sobre las ciudades romanas de la isla de forma notable. Esto resulta más chocante, si cabe, considerando que el escritor es oriundo de tierras británicas, y que por su condición de historiador del mundo antiguo debemos considerarlo al tanto de los últimos avances, especialmente tratándose de elementos que se incluyen en su material de estudio inmediato.

En segundo lugar, consideramos que se peca de una óptica demasiado simplista al catalogar un fenómeno tan complejo y amplio como el de las usurpaciones, de carácter endémico e incluso pandémico durante largas décadas, como reflejo únicamente de ambiciones políticas y luchas por el poder (página 465). Orosio⁸¹², sin duda un gran experto en rebeliones, por la época en la que le tocó vivir y escribir, afirmó que «efectivamente, nadie hace una usurpación sino tras madurarla, por sorpresa, llevándola a cabo en secreto y defendiendo su posición después públicamente; y el éxito de esta acción consiste en que te vean con la diadema y la púrpura ya tomadas, antes de que sepan quién eres». Uno no puede dejar de recordar los pensamientos del clérigo, que sin embargo no hacen justicia a las comprometidas situaciones a las que se enfrentaron los usurpadores en muchas provincias del Imperio. Estos personajes acabaron actuando ante las angustiosas llamadas de auxilio de los provinciales desamparados, más por responsabilidad que por ambición, sabiendo que posiblemente un final brusco y violento era todo lo que iban a recibir a cambio. La condición de aquellos empujados a la púrpura imperial tendía a ser precaria, como indicó en su día el maestro A. Schulten: «todo usurpador vive y muere con su suerte». Denostados por los regímenes políticos posteriores, cuando no directamente olvidados, los usurpadores eran conscientes de su debilidad: posiblemente todas las posibles opciones iban a resultar desastrosas, a corto y amargo plazo. Pero pese a todo, enfrentados a una gran responsabilidad, decidieron actuar.

Pensamos que al haberse especializado en la historia romana desde el siglo III a. C. hasta el siglo II de nuestra era, A. Goldsworthy (pese a su libro de 2009) no ha podido sopesar aún el fenómeno de modo completo, pues su efervescencia aparece exactamente tras el periodo en el que se centran la mayoría de sus estudios e investigaciones. Por otra parte, hemos de señalar la presencia de una serie de errores e inexactitudes en la traducción de Teresa Martín Lorenzo, que, si bien no deslucen globalmente el trabajo, sí resultan inconvenientes. Si se paliasen, la versión española gozaría aún de más lustre.

En cualquier caso, y para concluir, quisiéramos manifestar nuevamente que nos encontramos ante un libro provechoso, muy logrado. Qué mejor manera de cerrar esta reseña que con una frase del propio autor, que resume excelsamente los postulados defendidos con éxito a lo largo de toda la obra:

«Pensemos lo que pensemos de los imperios en general y de los romanos en particular, la *Pax* fue un logro notable que merece nuestra admiración, tanto si nos parece que compensa la barbarie de la conquista romana como si no» (página 478)

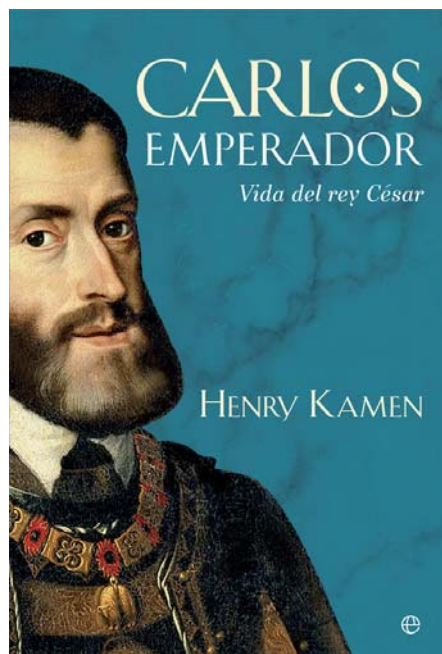
⁸¹² *Historia contra los paganos* VII 40, 6.

Henry KAMEN: *Carlos Emperador, vida del rey César*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2017, 365pp. ISBN: 978-84-9060-874-6

José Antonio Rebullida Porto
Universidad Nacional de Educación a Distancia

Una nueva aproximación a la vida del Emperador Carlos

La enorme tarea de escribir una biografía histórica no ha desalentado a los numerosos autores que se han prodigado en este subgénero literario. Sin embargo, no todos están preparados para afrontar la complejidad de los problemas historiográficos que demandan la plasmación de tales obras. Porque la realización de una biografía desde un espacio de la realidad concreta supone un verdadero empuje para la investigación científica del personaje y el hecho que le rodea. Nos merece entonces una considerable atención cuando un historiador de la talla de Henry Kamen nos presenta una biografía muy especial, que trata la vida de un protagonista esencial en la historia de la Edad Moderna. Un verdadero desafío, que hace que debemos prestar un especial interés a las aportaciones que dicho estudio nos transmite, y puede haber logrado.



El eminente Hispanista Henry Kamen nos sorprendió en 1998 con una vida de Felipe II, fundamentada en una abundante bibliografía y novedosas fuentes primarias. Aportando una visión más psico-sociológica de la vida de este rey, recorría desde el nacimiento hasta su propia muerte, plasmado de una dimensión desconocida desde la que se abordaba el personaje. En este libro, lo fundamental del análisis del rey prudente se basaba en el plano de sus relaciones políticas, gubernamentales y sociales, no estorbándose los diferentes aspectos de su vida pública y privada: lo que revelaba cierta personalidad humana por primera vez de un rey, cuya mala prensa había sido constante durante los últimos cuatro siglos. Ahora –veinte años después–, el profesor Kamen se ha encontrado en la necesidad de dedicarle una biografía a su progenitor.

Carlos Emperador: Vida del rey César, utiliza el ángulo de visión de la realidad española para repasar las grandes cuestiones que trascienden ya la propia vida del primer gran monarca de la Edad Moderna. Pero, no nos equivoquemos; esta es una obra muy diferente a la de su Felipe II, pues en aquella se notaba cierta influencia en el método del investigador resultante de la Escuela de Annales, y en la presente –y como figura en su prefacio–, lo que prima es el uso de la narrativa accesible y el llegar al mayor público posible. Cuestión que hace que se sacrifiquen las citas y la enumeración de la bibliografía. Una desazón para el historiador o el buen conocedor de las fuentes, que al verlas utilizadas en el texto donde se reflejan –pero no se citan–, parece un sacrificio inmerecido en contra de la profesión; siempre a favor de una conti-

nuidad en la lectura que tiene como fin no espantar al profano ante la compra de un libro de historia. Y qué no decir de lo que significa una buena cita ¿Cuántos nos hemos acercado a otros autores gracias a ellas y a la enumeración de la bibliografía? Es casi lo primero en lo que nos fijamos los historiadores cuando cogemos un buen libro de historia entre nuestras manos. Tan solo cabe señalar el reflejo de unas breves notas bibliográficas señaladas al final de la obra, donde pide el autor cautela ante la obra del gran Manuel Fernández Álvarez, pero reconoce la obra de Ramón Carande. Aparte –y para entender ciertas cuestiones derivadas del aluvión de historiadores que han recreado la vida del emperador–, Kamen dedica un último capítulo a la relación con los historiadores que tuvo el mismo Carlos V, y aquellos que les sucedieron en la tarea de recrear la complejidad de su vida y obra.

Sin embargo, nos debe bastar con la autoridad que resulta del prestigio del autor, porque Henry Kamen se ha prodigado en las dos últimas décadas en escribir numerosas biografías de reyes donde ha ido desarrollando su propio sistema; una especie de histo-periodismo de fácil lectura con cierta tendencia galdosiana en la claridad de la exposición y en donde se introducen convenientemente textos documentales. Se nota la práctica de los últimos años en construir grandes biografías y dotarlas de un armazón de gran fundamento. El nunca prescinde de su habilidad por hacer comprensibles los conceptos más inquietantes y dificultosos, adentrándonos en el mundo de la divulgación. A veces la fácil lectura del texto de esta biografía de Carlos nos recuerda el estilo de los artículos del profesor Kamen en su habitual columna periodística. Algo que demuestra con suma maestría su facilidad para acercar la historia a todo el mundo, cuestión que nos la ha demostrado con creces. Han sido tantas vidas de reyes de España analizadas por el historiador inglés en los últimos años, que, de continuar así, pronto terminará con las dos dinastías que han reinado desde que el nombre de España comenzara a sonar como nación y hasta el límite de la Edad Moderna.

Hay precisamente otro elemento importante que define en parte la personalidad del autor a la hora de escribir y volcar sus conocimientos. Hablamos de su gran interés acerca de la realidad actual española y sus hipótesis acerca de la procedencia de algunos de los grandes males sociales, políticos y de gobernación que todavía nos afectan como nación. Y aquí he utilizado palabras casi trufadas para no nombrar las dolorosas cuestiones de los nacionalismos o el desafecto que muchos españoles muestran por el asunto de la identidad nacional. El profesor Kamen, en su buen conocimiento de estas situaciones, ha dedicado recientes publicaciones sobre el asunto catalán y en ocasiones establece analogías o puentes en sus publicaciones ante el origen de situaciones que explican algunos de nuestros comportamientos actuales. Pero el Carlos V de Henry Kamen permanece limpio. En su tratamiento aparece a salvo de los dos grandes males que puede sufrir cualquier biografía; el escarnio o la hagiografía en la que puede caer un autor de este tipo de libros. Error más que cuantificable desde el principio de este subgénero, cuando los cronistas comenzaban a tratar las vidas de los grandes reyes, y hasta el día de hoy en que se sigue demostrando como algunos autores ante la tarea de reconstruir la vida y obra de un gran personaje histórico, se tambalean sobre un débil cimiento metodológico.

Como obra corta y plenamente divulgativa que trata de ser amena para el lector, la estructura de la obra en todo momento responde a lo sustancialmente importante en la vida del emperador. De esta manera se combinan magistralmente capítulos sobre el plano personal

e individual, con los de la política y gobernación. Capítulos que tratan desde su formación humanística, su gran religiosidad o la importancia de las relaciones familiares y su complementación a la hora de ejercer el poder de la familia Habsburgo en sus diferentes territorios. Se percibe claramente en dichos capítulos el nivel del conflicto interior y el exterior; desde la teoría de una Europa ajena a la península, hasta la forma de superar los obstáculos para lograr un correcto funcionamiento de su reinado en España. Otros temas muy señalados en los que se profundiza son la preocupación de formar a su heredero, o el espacio que se dedica a la sociedad de la España de aquella época y en la influencia del Nuevo Mundo en las finanzas que incentivan la construcción de su proyecto político. Nada se echa en falta, tratándose todos los pilares que delimitaron y permitieron la existencia del cesar, lanzándolo a un espacio europeo-mediterráneo lleno de conflictividad religiosa y bélica. A pesar de ello, no hay un tratamiento profundo de su forma de ejercer la política y gobierno. Porque no se le puede exigir más a una obra sin pretensiones académicas, donde además para relatar la vida del Cesar harían falta más volúmenes. Es por tanto una biografía que recorre los 58 años de la existencia de Carlos en 465 páginas. Toda su vida pública, sin excluir las emociones de lo privado y tratando lo grandes temas en lo esencial, pero sin apuntar excesivas complicaciones. Y otra vez insistimos, siempre desde la realidad española.

A pesar de una natural y obligada objetividad manifiesta a lo largo de toda la biografía, el presente Carlos Emperador no se libra de un trato en ocasiones amable con la persona del Cesar. Se percibe en aquellas situaciones que supusieron un choque de intereses entre la familia del emperador: en el trato con su madre Juana, en la relación con su hermano Fernando y su sobrino Maximiliano en la cuestión de la sucesión del Imperio, y ya no digamos acerca del tema del deterioro en la relación con su propio heredero. Ocurre, además que al no existir un énfasis en señalar “las maneras de gobierno del emperador” para superar los grandes desafíos a los que se enfrentó, parece revelar que los aciertos o desaciertos tienen una casuística provocada más por los que rodean su figura en el ejercicio del poder, que por él mismo. En la presente biografía, Carlos permanece un tanto ajeno a ciertas decisiones fundamentales que no están tan claras en su procedencia y que la historiografía más innovadora responsabiliza directamente al propio cesar. Tomemos como ejemplo la obra de María José Rodríguez Salgado, que nos aporta una visión muy diferente del emperador durante su declive. Se muestra una visión más clara al señalar las responsabilidades de cada dirigente, incluido por supuesto las del propio Carlos.

Este trato tan correcto del personaje biografiado provoca a veces que no se enfatice en la interpretación sobre sus responsabilidades acerca de temas que deben ser principales. Algo que queda demostrado desde el principio en un acontecimiento de gran trascendencia dentro de la perspectiva castellana. Al acercarse a un tema tan significativo como la revuelta de las Comunidades, esta biografía no realiza una interpretación más profunda y esperada del historiador con respecto al origen, trascendencia y significado que tuvo este hecho tras trascendental para la vida de Carlos, justo además al inicio de su reinado, cuando todavía su poder no estaba consolidado en Castilla.

En cambio, lo que si denota esta biografía es la forma en que Henry Kamen ha ejercido siempre con maestría su oposición a las interpretaciones tradicionales de esos hechos fundamentales objetos de estudio por otros grandes historiadores. Consistiendo en un intento de

desmitificar al personaje analizado y a los sucesos que lo envuelven. Lo demuestra, por ejemplo, cuando afirma las Comunidades no tiene nada de revolucionarias, o cuando en sus conclusiones sobre las victorias militares de Carlos no las llega a considerar españolas. Si bien reconoce el papel fundamental de los Tercios, Kamen hace hincapié en el escaso número de estas fuerzas militares dentro de los contingentes participantes en batallas como: Innsbruck o Mühlberg. Batalla que por cierto tampoco considera como tal. Henry Kamen habla –por tanto– de continuos mitos, trata ciertos elementos como apropiaciones indebidas españolas, a pesar de que la mayor parte de estas empresas fueran financiadas por el tesoro castellano. Un ejemplo significativo es cuando anula la idea de un poder militar español que permitió la construcción del Imperio. Y, lo vuelve hacer, cuando habla de la no existencia de una conquista de Italia, y también de un inexistente control militar español de esta península, achacando este logro al juego de alianzas y equilibrios entre los diferentes estados de Italia con los Habsburgo, frente a la presión de los Valois. Pero hay muchos más intentos. Todo el libro señala numerosas mitificaciones y apropiaciones indebidas, donde el profesor ejerce un símil de su labor periodística cuando trata de “poner los puntos sobre las íes” sobre lo que él considera un juicio desviado de la realidad acaecida. Son los momentos que elige en los diferentes capítulos del libro, para pronunciarse en algunas de sus conclusiones, sacrificando viejas visiones como la de un Carlos creador de un proyecto europeo o de un Imperio universal, sustentado por el empuje económico español, pues considera que lo hace en base a los tesoros de los Incas y los Aztecas, no propiedad de los castellanos. De todas formas, algunas de estas correcciones se hacen sobre una historiografía clásica y obsoleta, ampliamente superada por algunos de los últimos especialistas en la materia.

Concluiremos que la obra es muy recomendable para el lector que se acerca por primera vez ante la magnificencia del Rey Cesar, porque es una biografía que bebe del compendio de buenas compilaciones de bibliografía y fuentes de calidad, aproximándonos en un tratamiento en parte certero del personaje. Todo ello, ha logrado dotarnos de un nuevo manual sobre Carlos V, permitiendo al gran público acceder sin excusas a un acercamiento que, –sin desfigurar al emperador– tampoco acaba de darle forma, pero sin duda supone un buen punto de partida para acercarse a la complejidad de su persona y la de toda una época fundamental en la historia de la construcción de España dentro del proyecto europeo Habsburgo.

Carlos DARÓZ: *A Guerra do açúcar. As invasões holandesas no Brasil*, Rio de Janeiro, Biblioteca do Exército, 2016, 432 pp. ISBN: 9788570115652.

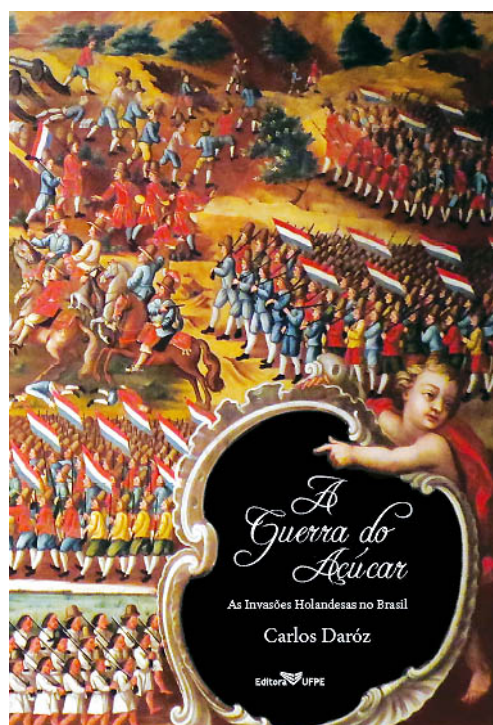
Vítor Bianconi Menini
Universidade Estadual de Campinas

Embarcações, mosquetes e engenhos

Um dos temas mais revisitados da História colonial brasileira é o período da ocupação holandesa da região Nordeste (1630 – 1654). A grande quantidade de fontes somada a uma memória regionalista resultou em uma vasta produção historiográfica sobre o domínio holandês, principalmente em Pernambuco e Salvador. O trabalho de Carlos Daróz, oficial do Exército brasileiro e especialista em História Militar pela UNIRIO, lançado em 2014 pela editora da UFPE e em 2016 pela Biblioteca do Exército, merece destaque por sua análise, da perspectiva militar, detalhada da empreitada batava.

Os onze capítulos da obra podem ser separados em três eixos para a compreensão do processo de domínio e administração holandesa. O primeiro versa sobre o panorama de Portugal, Espanha e as Províncias Unidas nos séculos XVI e XVII, a arte da guerra da primeira modernidade e as organizações militares tanto dos ibéricos quanto da WIC (*West-Indische Compagnie*) – Companhia das Índias Ocidentais. O segundo eixo trata das ações ofensivas holandesas e dos contra-ataques luso-espanhóis e tem como ponto central o período da administração de Maurício de Nassau (1637-1644). Por fim, o terceiro aborda a expulsão dos holandeses (“Guerra da Liberdade Divina”), os movimentos de negociação e o legado holandês em terras portuguesas.

Daróz inicia analisando os atritos conhecidos como Guerra dos Oitenta Anos (1568-1648), entre os Países Baixos e a Espanha, a Guerra dos Trinta Anos (1618-1648) e o período da União Ibérica (1580-1640), fundamentais para entendermos as invasões holandesas. Além disso, o autor trata da constituição dos Estados Gerais dos Países Baixos e da criação das companhias de comércio «irmãs» (p. 36): a VOC – *Vereenigde Oost-Indische Compagnie* (Companhia das Índias Orientais), fundada em 1602 e a já citada WIC de 1621. Daróz as considera irmãs, pois essas empresas de capital privado receberam das elites políticas, que compunham os Estados Gerais, a autorização para funcionarem com marinha e exército próprios. Dessa forma, a prerrogativa bélica poderia ser usada para as ações comerciais que potencializavam o lucro. O autor aponta, ainda, a rentabilidade dos negócios envolvendo o



açúcar: em 1622, antes da primeira tentativa de invasão, a Holanda contava com 29 refinarias em seu território, 25 das quais em Amsterdã.

A análise da guerra na primeira modernidade europeia, especialmente dos séculos XVI e XVII, é importante para as conclusões do autor sobre o motivo dos fracassos da poderosa WIC. Valendo-se da perspectiva da “Revolução Militar”, Daróz arrola os principais instrumentos e táticas de guerra vigentes na Europa, além de descrever as mudanças da engenharia náutica e a relação Estado, marinha e guerra - que trouxeram como novidade as «operações anfíbias» (p. 85) e o fortalecimento de uma logística para o conflito.

Em seguida, o autor tratou das forças militares luso-espanholas e holandesas. O exército ibérico contava com tropas profissionais nacionais e regimentos napolitanos contratados, além de uma marinha sem divisão formal entre mercante e de guerra. Os holandeses, por sua vez, se valiam de um número maior de mercenários (franceses, alemães, suecos, poloneses e outros) veteranos dos recentes conflitos europeus e de um poder naval mais sólido que, segundo Daróz, foi responsável por prolongar o projeto da “Nova Holanda”. Ambos contaram com indígenas e escravos em suas tropas. No caso luso-espanhol, isso é significativo pois foi esse tipo de arregimentação que possibilitou o aprendizado e uso da chamada “guerra brasileira” contra os batavos, composta pelo combate irregular, fundado em resistência, emboscadas e movimentos rápidos. Para Daróz, preocupado com as questões militares do período holandês no Nordeste, é esse tipo de conflito, adaptado à realidade colonial, que compõe o elemento essencial para o fracasso da WIC no Brasil (p. 395).

O segundo eixo da obra trata da primeira investida holandesa contra o litoral nordestino. Em maio de 1624, sua armada ataca com sucesso e atraca na Baía de Todos os Santos. A conquista batava de Salvador foi marcada pela pilhagem e apresentada pelo autor a partir da análise de alguns relatos sobre a violência desse processo. Já no mês seguinte, iniciam as ações de resistência como a “Milícia dos Descalços” e o envio das armadas de socorro portuguesa e espanhola. Assim, em abril de 1625, após mais de vinte dias de cerco à “Salvador holandesa”, os ibéricos retomam a capital colonial.

Após a derrota, a WIC passou a rondar pelo atlântico e promover ações de corso. A captura da frota de prata luso-espanhola, por exemplo, rendeu um butim total de 15 milhões de florins – o dobro do capital investido na própria companhia. Dada a conjuntura, a WIC entendeu que seu único meio de sobrevivência econômica era a guerra. Do lado ibérico, foram tomadas medidas para assegurar as capitânicas, especialmente Pernambuco – coração da economia açucareira – com a edificação de alguns fortes e aumento do contingente europeu nas posses americanas.

O capítulo sete analisa o processo de conquista do Nordeste (1629-30) que culmina na instalação de um Conselho Político da WIC no Brasil, com o intuito de solidificar a administração civil e militar da “Nova Holanda”. A justificativa do autor para o sucesso inicial holandês se fundamenta na divisão de forças espanholas que, naquele contexto, possuía outras preocupações em solo europeu. É durante esse período que a violência cresce visto que o conflito religioso, assim como na Europa, ocupava parte do problema. Dentro desse contexto Daróz analisa a figura de Domingos Calabar, mulato que lutou ao lado da WIC. Se parte da historiografia portuguesa e brasileira tratou o personagem como um desertor, o autor prefere

alinhar-se aos que o posicionam como “apenas um entre tantos que optaram por mudar de lado no conflito” (p. 259).

Nos capítulos sete e oito, o autor analisa o período da administração de Maurício de Nassau em Recife (1637-1644) enfatizando as ações militares do *stadthouder* na colônia e a construção da Cidade Maurícia (*Mauritsstad*). Daróz relata as conquistas holandesas sobre territórios ibéricos como Luanda, na África, e as capitanias que hoje correspondem ao Ceará, Rio Grande do Norte, Paraíba, Sergipe e Maranhão (ocupado em 1641, última aquisição e maior extensão de terra do Nordeste holandês). O panorama da Guerra do Açúcar começa a mudar a partir da Restauração Portuguesa, em 1640. O levante no Pernambuco, assim como o anterior no Maranhão, para Daróz acontecem por motivações econômicas e religiosas. Entretanto, o autor se vale dos primeiros usos em documentos escritos da palavra “pátria” em território colonial feitos pelo capitão Henrique Dias em sua proclamação contra a WIC (p. 397), para sustentar o argumento de que o patriotismo seria uma terceira motivação para os levantes.

O último eixo do livro relata a reação local conhecida como a “Guerra da Liberdade Divina”. Na metade da década de 1640, os avanços terrestres são dos portugueses. Os holandeses, então, se colocaram na defensiva territorial e têm no mar a sua única aposta para manter os domínios até ali conquistados. Daróz argumenta que é durante a Primeira Batalha dos Guararapes, em abril de 1648, que os sinais de sucesso da rebelião, assim como a moral das tropas, florescem. O autor opta por uma descrição do evento a partir de dois relatos: do lado português, o de Francisco Bezerra de Menezes e, do lado holandês, de Sigismund von Schkoppe. No entanto, seria interessante se o autor, em vez de apresentar os relatos militares na íntegra, tivesse adotado uma estratégia de articular e analisar as duas descrições.

A segunda Batalha dos Guararapes (1649), considerada pelo autor, além de mais humilhante para os holandeses, como a que inflige dano ainda maior às suas tropas e à WIC que, após os Atos de Navegação de Oliver Cromwell (1651) mudam o foco de ação para a concorrência britânica. Assim, nesse atrito contra os ingleses o projeto holandês no Brasil começa a se desfazer com o esfacelamento das estruturas militares e administrativas que, a cada mês, recebiam menor injeção de capital da Europa, preocupada com outro cenário. O resultado é uma diminuição do poder naval batavo e a rendição da WIC no Nordeste em 1654. Atritos na Ásia e negociações pela posse do Nordeste entre Portugal e Holanda se estendem por mais oito anos até a ratificação de paz em 1662. Para Daróz, a insurreição local tomou forma graças à demora lusitana em apoiar a colônia efetivamente, «o que fez surgir em Pernambuco uma ideia diferenciada a respeito de suas relações com a Metrópole» (p. 397).

O livro finaliza apontando o legado da ocupação holandesa, principalmente do ponto de vista militar – uma espécie de aprendizado lusitano que reconfigura a organização da capitania. A característica mais importante atribuída ao período é a forja de um sentimento de nacionalidade, mesmo que a independência tenha ocorrido apenas no século XIX. Assim, se somarmos o argumento da “pátria” com a “guerra brasílica”, vemos que o livro endossa o conceito, já matizado, de pátria miscigenada de Gilberto Freyre. A obra não discute a memó-

ria histórica do período holandês nem suas recepções e ressignificações atuais nem a relação (militar ou não) entre indígenas, escravos e europeus tanto ibéricos quanto holandeses.⁸¹³

Podemos afirmar que Daróz cumpre sua promessa inicial. No entanto, *A Guerra do Açúcar*, é o único trabalho do autor relacionado ao período holandês no Brasil⁸¹⁴ e, apesar de se intitular alinhado à “Nova História Militar”,⁸¹⁵ a análise de Daróz parece reafirmar visões canônicas tanto sobre o processo histórico estudado quanto sobre o fenômeno bélico, o que faz sentido visto que o autor não parece preocupado em mapear as diferentes correntes historiográficas existentes. Entretanto, a obra abre caminhos para futuras pesquisas, pois deixa questões mais atuais - como a das relações entre indígenas e europeus - em aberto e é um texto incontornável para aqueles que buscam entender o processo de construção e desmonte do Brasil holandês pelo viés da guerra.

⁸¹³ Há uma quantidade significativa de publicações que poderiam ter sido utilizadas para tratar da temática como: James Emanuel de ALBUQUERQUE: *Roulox Baro e o “país dos tapuias”. representação acerca do gentio no Brasil do século XVII*, Dissertação de Mestrado, Universidade Federal do Rio de Janeiro, 2006; Juliana Lopes ELIAS: *Militarização indígena na capitania de Pernambuco no século XVII. Caso Camarão*, Tese de Doutorado, Universidade Federal de Pernambuco, 2005; Regina Célia GONÇALVES, Halisson Seabra CARDOSO e João Paulo Costa Rolim PEREIRA: “Guerras e Alianças: os Potiguara no conflito luso-holandês (1630-1654)”, in Paulo POSSAMAI (org.), *Conquistar e Defender: Portugal, Países Baixos e Brasil - Estudos de História Militar na Idade Moderna*, São Leopoldo, Oikos, 2012, pp. 143-55 e John HEMMING: *Ouro vermelho: A conquista dos índios brasileiros*, São Paulo, EDUSP, 2007, pp. 417-454.

⁸¹⁴ Daróz tem publicação diversificada dentro das temáticas de História Militar. No entanto, cabe destacar que seu tema de especialização e mestrado é a Revolução Constitucionalista de 1932 e o uso da aviação no conflito. Ver, por exemplo, Carlos Alberto DARÓZ: *Um céu cinzento: a história da aviação na Revolução de 1932*, Recife, Editora Universitária da Universidade Federal de Pernambuco, 2013.

⁸¹⁵ Sobre o conceito de “nova história militar”, as seguintes publicações, em português, são de grande serventia: Paulo André Leira PARENTE: “A construção de uma nova história militar”, *Revista Brasileira de História Militar*, edição especial de lançamento, 2009; Amanda Pinheiro MANCUSO: “A história militar: notas sobre o desenvolvimento do campo e a contribuição da história cultural”, *Revista Brasileira de História Militar*, 5 (2011). Luiz Carlos SOARES; Ronaldo VAINFAS: “Nova história militar”, in Ciro Flamarion CARDOSO (org.), *Novos Domínios da História*. Rio de Janeiro, Elsevier, 2012, pp. 113-132.

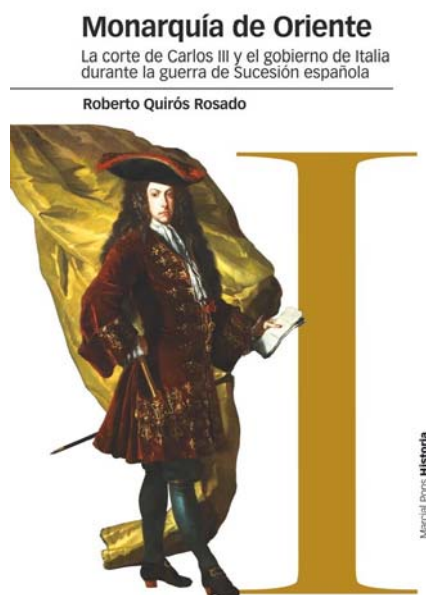
Roberto QUIRÓS ROSADO: *Monarquía de Oriente. La corte de Carlos III y el gobierno de Italia durante la Guerra de Sucesión Española*, Madrid, Marcial Pons Historia, 2017, 472 pp. ISBN: 9788416662166.

Aitor Díaz Paredes
Universidad de Navarra

Gobernar el Levante del Imperio

Los territorios italianos de la Monarquía Hispánica se han visto largamente relegados a un discreto segundo plano por la historiografía especializada, salvo en bien contadas excepciones. Una situación, si cabe, más llamativa en el caso de la Guerra de Sucesión Española, donde resulta significativa la escasez de publicaciones en torno a la pérdida de una serie de estados –Milán, Cerdeña, Nápoles, Sicilia y los presidios toscanos– que formaron parte esencial de la Monarquía. Ante ese vacío historiográfico, una de las propuestas más interesantes de los últimos años es la principal línea de investigación de Roberto Quirós (UAH), quien en este ensayo publicado por Marcial Pons desarrolla lo ya estudiado en su tesis doctoral. Partiendo de la endiablada situación a la que tiene que responder el archiduque Carlos, primero como pretendiente al trono de la Monarquía, y posteriormente ya como Carlos VI, Quirós, a partir de un admirable trabajo archivístico tanto en Italia como en Austria y España, consigue explicar la pervivencia de los Habsburgo en Italia desenmarañando las complejas redes clientelares, tanto preexistentes como surgidas al albur de los acontecimientos, ambas esenciales a la hora de recabar los apoyos necesarios y, al mismo tiempo, protagonistas de un difícil equilibrio.

En la introducción, Quirós hace un breve pero necesario balance historiográfico desde el 1700 hasta la actualidad. En él aparece el concepto que da título a la obra: la Monarquía de Oriente, es decir, esa España italiana, y viceversa, que sirve como instrumento de negociación en las conversaciones de paz frustradas que tienen lugar en 1709, y en las que, de forma imaginativa y majestuosa, como si de un involuntario homenaje cargado de admiración se tratase, se compara a la Monarquía española con el Imperio romano. Así, ese Imperio oriental, cola de león del Imperio español, ya en manos de Carlos en ese momento, pasarían a su rival Felipe V. Finalizada la guerra, la evolución de Italia durante los siglos XVIII y XIX, y con ella la dispar suerte de los otrora dominios del Rey Católico, explican en buena medida la inercia historiográfica tendente a empequeñecer lo ocurrido en Italia durante la Guerra de Sucesión Española. Vacío que se extiende a la historiografía española, si bien, como remarca el autor, la puesta en común de los distintos escenarios del conflicto sucesorio a través de sendas monografías y obras colectivas han revertido este patrón.



Expuesto el problema historiográfico, la obra se divide en tres capítulos. En el primero, se desarrolla la cuestión del gobierno de esa Italia “austriaca”, largamente ambicionada por Viena, y en cuya maraña de legitimidades e intereses se ve absorbido el joven archiduque. La cronología, nos es conocida, sucediéndose las ofensivas imperiales, primeramente en el Milanesado al comienzo de la guerra, y posteriormente en Nápoles, Cerdeña y Sicilia. Asimismo, la figura que parece liderar este proceso también es sobradamente conocida: Eugenio de Saboya, genio militar de Austria. De igual modo, el papel jugado por los “hacedores” de dicha situación -Inglaterra, las Provincias Unidas y la escurridiza dinastía piemontesa- frente a la presencia española y la intervención francesa también resulta familiar para el lector. No lo es tanto, sin embargo, el crucial *Pactum mutuae successionis*, a través del cual, desde el secreto, Austria imponía a su segundogénito el traspaso -o retorno- del Milanesado a Viena, y, consiguientemente, el sostenido trabajo *lobista* ejecutado por los sectores favorables a Leopoldo I y su heredero José sobre Carlos, el cual inevitablemente se irá viendo asociado a los intereses de los proclives a España, bien fuesen italianos, bien fuesen españoles residentes en Italia o exiliados. Una colonia esta que, a su vez, por la vía virreinal, conservaba un poder considerable sobre la vida política de esa Monarquía de Oriente.

Es precisamente esa tesitura la que lleva a un Carlos que se encuentra en España a gobernar Italia desde la distancia, confiando en esas élites e improvisando un equipo de gobierno. Ese primer «sistema político carolino» (48) se nutre del séquito que acompaña a Carlos al llegar a España y de una serie de letrados relacionados con el entorno de los principales nobles vinculados a la causa austracista, destacando el conde de Oropesa, y toma cuerpo durante el invidual reinado del archiduque sobre Valencia de 1706-1707 en la planta de la junta de Estado y Guerra y del Consejo de Aragón. Mientras esto tiene lugar, Milán experimenta «una etapa de abierta limitación de la soberanía de Carlos III», al igual que el Flandes ocupado por los Aliados. Así, Quiros analiza cómo pese al continuismo que caracteriza la gobernación de los territorios italianos, existe una tensión evidente entre los intereses de las élites lombardas apoyadas en la figura del príncipe Eugenio y del Emperador José I, y de una teórica soberanía española.

Resultado de ello, «la lógica institucional milanesa» (66) continuó su curso, y ante la salida de las tropas franco-españolas, continuó el soterrado esfuerzo de Viena por controlar el norte de Italia. Una presión militar y diplomática que alcanzaba al aparato de gobierno carolino en su composición y en el tono «anticastellanista» (70) de algunos de sus miembros, situación que se agrava con la ocupación austriaca de Nápoles en 1707. Es aquí donde el autor hace hincapié en la coincidencia del éxito en Italia con el fracaso en España y el asentamiento del rey-archiduque en Barcelona, «sin que estuviese perfilado el sistema de gobierno cortesano carolino» (79). El entramado de *oficina* y *covachuela* (92) consiguiente se revela como una suerte de espejo continuador del reinado de Carlos II, en torno a la figura del Secretario de Estado, no tan diferente del de Felipe V, que evolucionará hasta el Decreto del Pardo de 1710.

Esta inestabilidad en el modelo de gobierno a través de juntas que se trasluce a lo largo del discurso del autor se acrecienta en la exposición de los desencuentros diplomáticos entre José I y Carlos, calladamente enfrentados por ganar el apoyo de los distintos agentes políticos de Italia, bien Clemente IX, bien Rinaldo III. En un segundo nivel, las tensiones entre los propios hombres fuertes de Carlos III, refuerza la impresión por parte del lector de que el rey-

archiduque fue en todo momento a remolque de los acontecimientos, en un constante vaivén propiciado por los éxitos y desastres militares en España y por la súbita muerte de su hermano José I, que redibujó el equilibrio de poder continental y dejó expedito su ascenso a Emperador, cuestión en la que, tal vez, sería interesante haber profundizado en mayor medida, siguiendo la fantasmal visión del Consejo Real de Castilla carolino, «imagen más alegórica que facticia» (139). La etapa final del conflicto es, precisamente, la que desemboca en «la formación definitiva de los consejos de Estado, Guerra y Órdenes» (135), así como del resto de estructuras -o esquemas-, reproduciendo en líneas generales formas ya existentes en la Monarquía. Con todo, y nuevamente fruto de la deriva de los acontecimientos, el Consejo de Italia mantuvo «una continuidad dentro de su rango jurídico secundario, tal y como se habían constituido los tribunales provinciales en la corte madrileña durante los siglos precedentes» (144) hasta el desembarco de Carlos VI en Italia, «profunda cesura en las políticas del patriado milanés».

La historia institucional de la Italia Habsburgo nos confirma pues un monarca que, desde la distancia, se ve obligado a convivir con su manifiesta incapacidad práctica para gobernar sus posesiones italianas, tratando de construir «una monarquía de naturaleza ejecutiva» (315), pero teniendo que ceder el control de las mismas a su hermano mayor José, y que, nuevamente por cuestiones que trascienden su capacidad de control, recibe la frágil ocasión de aplicar un proceso dirigido a un mayor control real sobre dichos territorios. La querencia de Carlos VI por un estilo de gobierno construido en torno al «conglomerado polisindial» (168) y la instauración del Consejo Supremo de España en 1713, «epicentro institucional» de la monarquía carolina en Italia, integrada por españoles e italianos, no resultará enteramente satisfactoria, vista con malos ojos en Viena, es decir, «acumularía los errores incurridos en el sistema gubernativo de Carlos VI desde su estancia en España» (203).

El segundo capítulo se revela como la gran aportación historiográfica, desentrañando la compleja integración de las élites italianas en la nueva monarquía. Fruto de una encomiable labor investigadora el autor consigue exponer las motivaciones e intereses que mueven a las élites afines a la causa austracista y, a su vez, la necesidad de estas que evidencia la rendida predisposición carolina a la hora de mercadear con grandezas de España, toisones de oro y toda una ristra de títulos y mercedes para conseguir los apoyos necesarios. Una realidad inevitable por la necesidad de financiación –esa «economía de la gracia» (418)- y de contentar tanto a dichas élites locales como a la colonia española, y que incluye no sólo a individuos sino también a comunidades e instituciones.

El tercer capítulo representa la continuación lógica del que le precede: establecido el quiénes gobiernan la Italia Habsburgo y los porqués que llevan a esa situación, llega el cómo se configura esa cascada de puestos que emana del soberano, entre españoles e italianos, celosos de conservar o aumentar su parcela de poder en detrimento de los ministros letrados asociados a la administración española. Dicha «situación continuista» (325), más consecuencia de la escasez de recursos para aumentar el poder real, y el «gatopardismo» de las élites locales dieron a Carlos VI el éxito de la paz social, pese a conducir al empeoramiento, por ejemplo, de la corrupción, «la aplicación de la justicia o el desorden hacendístico», amén de la «excesiva autonomía» (396) de las oligarquías autóctonas. Así pues, Quirós muestra a Carlos VI «como un sujeto activo en los procesos de consolidación de una monarquía ejecutiva, autoritaria, en

consonancia con las que cristalizaron en la mayor parte de Europa», es decir, gobernando con un equipo «reducido a un círculo de selectos ministros asimilados a juntas, consejos y secretarías, nuevo epicentro de la pugna cortesana» (415) marcado por «la continuidad social e institucional» evidenciada en la presencia española del mismo (419).

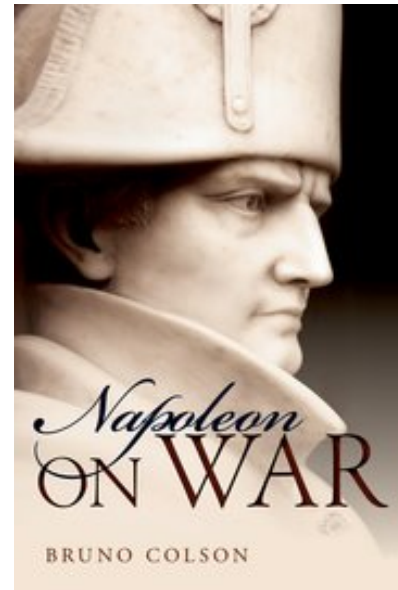
Dicha monarquía, al finalizar la Guerra de Sucesión Española, resultaba, y se revelaría, frágil, pero lograría mantener el dominio austriaco sobre Italia hasta la década de 1860, logrando absorber a los austracistas españoles y creando una realidad nueva sobre unos viejos cimientos. Los exhaustivos gráficos y el útil glosario institucional apuntalan un ensayo de gran interés para el mejor estudio tanto de la Guerra de Sucesión Española como de esa Italia de los Austria. El autor se despide con Vivaldi, quien dijo aquello de “se questa non piace, non voglio mai scrivere di música”. Por fortuna, este ensayo no correrá esa suerte, y Quirós seguirá escribiendo, lo que, por ejemplo, bien podría ser la continuación de esta Monarquía de Oriente, que se internaba en el Mediterráneo ochocentescos.

Bruno COLSON (ed.): *Napoleon: On War*, Oxford, Oxford University Press, 2015, 496 pp. ISBN: 9780199685561.

Kathryn Heintzman
Harvard University

Fitting Napoleon's life into Clausewitz's mould

Searching for a work written by Napoleon, a man of speeches, proclamations, extensive correspondence, and dictated memoirs that synthesizes his ideas on a singular topic like war is comparable to the hunt pursued by his devotees for relics made from his hair; seekers find, at best, incomplete artefacts. Colson has impressively mined print and manuscript sources from Napoleon's canon of writing to reconstruct what could have been Napoleon's treatise on war, had he written one. Some of these manuscript materials have only recently been uncovered, making the work of value even to specialists. Napoleon's writings might be fragmented, but they were also bountiful, showing the ambition behind attempts to anthologize his statements.



Colson has chosen the methodic work, *Vom Kriege* (1832), by Prussian military theorist Carl von Clausewitz as the model by which to dissect and reconstitute Napoleon's thoughts on war. This is not the first attempt to anthologize Napoleon's ideas by mirroring another famous military strategist—in 1999 Jay Luvaas referenced Sun Tzu in making his own anthology of Napoleonic quotes *Napoleon on the Art of War*.⁸¹⁶ Colson, however, has gone further than appropriating Clausewitz's title. Colson has mapped Napoleon's statements onto *Vom Kriege's* thematic chapter divisions, so that the subject of Clausewitz's Book I, Chapter I is mirrored by Colson's Book I, Chapter I, and so on, through Clausewitz's eight book structure. Additionally, at the end of each book, Colson provides summary statements regarding Napoleon's ideas on the covered subject with direct comparison to Clausewitz.

Napoleon is listed as the author of the French original, *De la guerre* (2011), where Colson is described as the work's presenter and annotator; in the English, Colson is the editor. If we read this as Colson's representational wishes, we may come to see that both *Vom Kriege* (1832) and *De la guerre* (2011)/*On War* (2015) are, albeit in quite different ways, posthumous publications. Clausewitz's book only saw print thanks to the tireless efforts of his wife, Marie; Napoleon's own ideas, too, required Colson as a proxy.⁸¹⁷ Both labours have provided meaningful contributions to military history.

⁸¹⁶ Jay LUVAAS: *Napoleon the Art of War*, New York, Free Press, 1999.

⁸¹⁷ Vanya EFTIMOVA BELLINGER: *Marie von Clausewitz*, Oxford, Oxford University Press, 2016.

Colson's decision to order Napoleon's thoughts through Clausewitz's pre-set thematic categories reads like a dialogue between Clausewitz and Napoleon. Clausewitz has posited his own ideas about 'Boldness', 'Fortresses', and 'Retreat', and Napoleon responds. It is an exercise in understanding Napoleon through Clausewitz. In this respect, Colson's style diverges substantially from traditional compendiums of a famous person's quotes, which might shape the themes through the anthologized author's own biography. Colson's project convincingly imparts the benefit of linking these historical figures.

Colson is the first to note that there are many requisite caveats to a project like this, and there is no point in belabouring them here as methodological weaknesses. His preface frankly addresses the limits of the near-impossible task of deducing a man's definitive position on a subject by mining a lifetime of words. As David Jordan has said, «impos[ing] coherence» on Napoleon's writing is more likely to reveal the gaps in his thinking than the connections.⁸¹⁸ Colson, while employing Clausewitz's coherent structure, has annotated and narrated inconsistencies, placing them front and centre. In some cases, Colson reveals that Napoleon's ideas have changed over time, in others Colson exposes how Napoleon's rhetorical flare may obfuscate his actual beliefs; this rhetorical study is a small, but important part of the work, providing an excellent starting ground for further work at the intersections of military and intellectual history.

Colson claims that his work intervenes on the mythology of Napoleon, and its structure suggests that a careful study of Napoleon's words and actions can be used to re-evaluate Napoleon's idolization.⁸¹⁹ The work emphasizes curation of primary sources over analysis, allowing Napoleon to speak for himself. For example, one reads several passages in which Napoleon refers to himself in third person before Colson contextualizes this as one of Napoleon's syntactic strategies in Book V, and, even then, studying such rhetoric exceeds the scope of the work.⁸²⁰ This means that the book often shows many times before telling, but also that a meticulous reader can observe Napoleon's repetition of linguistic tools across the thematic sections.

Beyond textual analysis, Colson displays a clear interest in biography. The connections between life experience, excerpted passages, and his own summary conclusions, however, are not always as clear. For example, he suggests that Napoleon's heightened interest in attacking fortified places was influenced by Napoleon's superior age,⁸²¹ but both men died in their early fifties, and Clausewitz began writing *Vom Kriege* after the Napoleonic Wars ended and is believed to have worked on it until near his death (1831). No small amount of ink has been spilt on how Clausewitz changed his thoughts from his late thirties until his death, but where Colson lands in such debates is only implicitly gestured toward.⁸²² Colson's nods to

⁸¹⁸ David P. JORDAN: *Napoleon and the Revolution*, New York, Palgrave MacMillan, 2012, p. 233.

⁸¹⁹ For Colson's statement on mythology and idolatry Eng. p. 379; Fr. 441. For alternative methodological approaches of understanding mythmaking (including cultural history, material culture studies, and art history) see: Natalie PETITEAU: *Napoléon, de la mythologie à l'histoire*, Paris, Éditions de Seuil, 1999; Odile NOUVEL-KAMMERER: *Symbols of Power: Napoleon and the Art of the Empire Style, 1800-1815*, New York, Abrams, 2007; Todd Porterfield and Susan S. Siegfried, *Staging Empire: Napoleon, Ingres, and David* (University Park: The Pennsylvania State University Press, 2006).

⁸²⁰ Eng. p. 248; Fr. p. 294.

⁸²¹ Eng. p. 349; Fr. p. 407.

⁸²² Hew STRACHAN: *Clausewitz's On War: A Biography*, New York, Grove, 2007.

biography situate Napoleon's and Clausewitz's writings in particular historical, political, and cultural contexts, but their direct impact on the writing is more often stated than explained or proven. Colson has since continued writing on Napoleon and Clausewitz conjointly, moving away from their texts and deeper into their life histories in his book *Clausewitz*.⁸²³ If one is looking for biographic comparison, one would do better looking there. The work further emphasizes the richness of thinking of these men together.

Colson's curatorial model, one that relies on juxtaposition rather than argument, is inconsistently persuasive. Colson reveals, for example, that 'in [a] little known passage, Napoleon used the adjective "strategistic" positively to compare his Russian campaign with Charles XII of Sweden's'.⁸²⁴ The «little known passage» to which Colson refers is an expository footnote in the *Mémoires*, which were dictated by Napoleon on Saint Helena.⁸²⁵ The *Mémoires* are widely accepted as reflecting Napoleon's views, but whether the same can be said for each footnote is another matter. Heretofore-ignored and out-of-character diction from an expository footnote carries little weight without further explanation and context. That Colson noticed it at all is a testament to his thorough study of Napoleon's written works, but its significance, as argued, is overstated. Even if we imagine Napoleon laying in bed dictating bullet-point lists of his actions to clarify his relationship to the text, this is no smoking Charleville musket.

Weak copyediting unfortunately mars the execution of some parts of the English translation by Gregory Elliott. There are, for instance, slippages between references to Charles XII and Charles II, and curious translation choices occasionally hinder readability. Elliott's translation of "stratégiste" as «strategistic» is awkward, and the ordinalization in the evidentiary passage has been stripped of useful punctuation.⁸²⁶ I found myself increasingly reliant on Colson's French original to understand what Napoleon had said and how Colson was studying it. Translation is an imperfect and interpretive art, as anyone translating Clausewitz well knows, but the English edition could have given some justification for re-translating the original passages by Napoleon that have already appeared in English elsewhere, especially in the case of the *Mémoires*.⁸²⁷

Clausewitz's *Vom Kriege* is useful for what it teaches us about war and also for the ways in which it reflects the cultural and political context that produced it. What then might Colson's work teach us about the intellectual traditions that have shaped it? Only one work by a woman, Nada Tomiche's 1952 *Napoléon écrivain*, made it to his bibliography of critical works on Napoleon, and Colson elected not to break with Napoleon's nineteenth-century voice in his annotations, uncritically referring to Napoleon's «experience of war with the Orientals // expérience de la guerre avec des Orientaux», «civilized peoples//peuples civilisés», and

⁸²³ Bruno COLSON: *Clausewitz*, Paris, Perrin, 2016.

⁸²⁴ Eng. p. 122; Fr. p. 148.

⁸²⁵ *Memoirs of the History of France during the Reign of Napoleon Dictated by the Emperor at Saint-Helena*, Montholon, t. II, London, Henry Colburn, 1823, p. 99; *Mémoires pour servir à l'histoire de France, sous Napoléon, écrits à Sainte-Hélène*, Montholon, t. II, Paris, Firmin, 1823, p. 101.

⁸²⁶ Eng. pp. 122-123; Fr. p. 148.

⁸²⁷ For a particularly relevant translation debate on Clausewitz's beliefs about diction, see the work on the passage "es ist aber klar, daß man wenig mehr als eine pedantische Unterscheidung gewinnen würde, wenn man sich streng an die Worte halten wollte" in Jan Willem HONIG: "Clausewitz's *On War*: Problems of Text and Translation", in Hew STRACHAN and Andreas HERBERG-ROTHE (eds.), *Clausewitz in the Twenty-First Century*, Oxford, Oxford University Press, 2007, pp. 57-74, p. 64.

‘oriental customs // mœurs orientales». ⁸²⁸The content is steeped within disciplinary traditions that are more interested in studying the successful execution of force than understanding systems of power.

The form of Colson’s work remains, however, laudable, and I believe productively creative. His project avails to other scholars the fruits of his intensive research labours. In and of itself, this is already a significant contribution to the field. By trying to fit Napoleon’s life into Clausewitz’s mould, Colson provokes significant questions about the connections and divergences between these two military thinkers in life and in text.

⁸²⁸ Eng. p. 21, p. 98, p. 341; Fr. p. 32, p. 120, p. 399.

Fiona REID: *Medicine in First World War Europe: Soldiers, Medics, Pacifists*, New York-London, Bloomsbury, 2017, 263 pp. ISBN: 9781472510020

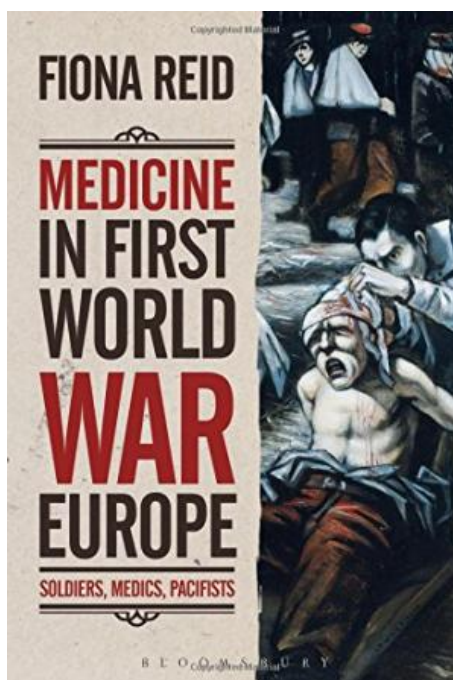
Pablo Aguirre Herráinz
Universidad de Zaragoza

La Gran Guerra moderna de la medicina: cuando curar ayudaba a matar

Coincidiendo con la recta final del centenario de la Primera Guerra Mundial, la historiadora inglesa Fiona Reid propone una sugerente aproximación a la contienda de 1914-1918 desde el punto de vista de la medicina. El subtítulo del libro, *Soldiers, Medics, Pacifists*, sugiere ya que esta no es una historia al uso sobre la práctica médica del momento, sus progresos técnicos o científicos. Antes bien, la obra analiza ante todo las densas contradicciones que se orquestaron en torno a la disciplina galénica una vez fue llamada a las armas: el ideal hipocrático (de inclinación pacifista) frente a la exigencia patriótica, el trato entre la oficialidad médica y la tropa, y la relación del soldado con la patología propia de una guerra industrial sin precedentes.

Estos son, en líneas generales, los pilares sustentantes sobre los que la autora trata de elaborar – en sus propias palabras–, «a social and emotional history of men at war» (pág. 18). El resultado, exitoso en su conjunto, se alcanza no obstante con ciertas renunciaciones temáticas que llaman la atención. Estas ausencias generan una leve sensación de insuficiencia, aunque en esta impresión influye también la brillantez de determinados pasajes que dejan al lector con apetencia de saber más en torno a la Gran Guerra moderna de la medicina.

Medicine in First World Wars es un libro escrito en inglés a partir de un amplio abanico de fuentes bibliográficas, archivísticas y autobiográficas, también en inglés, pensadas para ser leídas por un público, académico o no, angloparlante.⁸²⁹ Por todo ello, y sin ir en detrimento de los restantes méritos de la obra, huelga aclarar que se encasilla, como la abrumadora mayoría de la bibliografía existente sobre la guerra, dentro de un prisma eminentemente anglocéntrico. Se hacen no obstante concesiones. Como quiera que el desarrollo de la intervención militar británica de 1914 estuvo inextricablemente unida a la geografía y a la maquinaria bélica francesa, y dado que el enemigo inmediato a combatir era Alemania, el elemento franco-germano está también presente en el libro para dotar al conjunto de una mínima integri-



⁸²⁹ Hay que decir eso sí que las fuentes empleadas son abundantes y, sobre todo, variadas. La presencia de traducciones francesas o alemanas, especialmente en lo que a diarios de campaña se refiere (Henri Barbusse, Ernst Jünger, etc.), enriquecen sin lugar a dudas la perspectiva del trabajo.

dad territorial (el frente occidental) y permitir la comparación esporádica de contextos y ca-suísticas nacionales.

El libro se estructura en torno a cinco capítulos y un falso capítulo final que funciona más bien como breve epílogo. La composición temática es circular, comienza planteando la controvertida relación que existe entre el progreso médico y la experiencia bélica y a partir de ahí introduce de forma pormenorizada la problemática específica que se da en el caso de la Primera Guerra Mundial. Para ello aborda aspectos que se irán rescatando en los últimos compases del libro y que tienen que ver con los dilemas que la contienda planteó a los estados beligerantes y a sus ciudadanos (o súbditos).

Este hilo narrativo es intermitente, eso sí, porque aunque el capítulo segundo parece seguir la línea introductoria inaugurada por su predecesor –confrontando las estructuras de asistencia médica de cada bando– el núcleo central del trabajo funciona más bien por compartimentos estancos. Así, el capítulo tercero trata sobre las «heridas icónicas» de la Gran Guerra (los heridos por gas, *Shell Shock* y los desfigurados por la metralla),⁸³⁰ mientras que el cuarto, bastante particular en su planteamiento, explora el modo en el que los soldados lidiaban con el dolor y la ansiedad que se derivaba de la exposición continua al combate: cómo percibían la posibilidad de ser heridos, si se auto-medicaban, y cómo (drogas, remedios caseros, etc.).

El trabajo de Fiona Reid culmina de forma innovadora a través de un estudio de caso sobre la paradójica participación militar de una de las secciones más heterodoxas, y no por casualidad juveniles, de los cuáqueros: la *Friends Ambulance Unit* (FAU), una misión humanitaria inglesa no exactamente militarizada pero sí encuadrada en la maquinaria disciplinaria castrense, que funcionó *de facto* como unidad francesa al comienzo de la guerra, hasta terminar siendo una pieza relevante del engranaje sanitario aliado. Este estudio, que prácticamente pone fin al libro, ejemplifica todas las contradicciones presentadas por Reid en las páginas precedentes y refuta las tesis principales de un trabajo que se cierra de forma satisfactoria aunque, posiblemente también, precipitada.

Centrándonos ahora en dichas tesis y entrando a valorar su impacto historiográfico, en *Medicine in First World War Europe* se pueden distinguir hasta tres grandes cuestiones: el sometimiento de la medicina moderna a los grandes dictámenes marcados por los intereses particulares de cada Estado-nación; la división sexuada entre el ejercicio del cuidado y de la violencia, así como sus consecuencias sobre la opinión pública y la moral individual; y el protagonismo limitado de un individuo (soldado, médico, pacifista, como reza el título) que, viéndose subsumido en un clima general de movilización y exaltación patriótica, termina por imitarlo o en todo caso minimizarlo, pero sin enfrentarse a él de manera directa.

Con respecto a la primera cuestión, la obra de Fiona Reid se posiciona de forma deliberadamente ingenua, pues ingenua fue –desde nuestro punto de vista e incluso desde el de algunos de los coetáneos de la época– la convicción de que el nuevo siglo XX terminaría de alzar a Europa hacia la cumbre del progreso y la civilización. ¿Podía pedirse a la medicina de la época que abandonara su vocación humanitaria, su proyección racional, y su naturaleza hipocrática? Sin lugar a dudas se podía, sí, como demuestra la autora al describir la manera en

⁸³⁰ No es casualidad que la autora se detenga más en el segundo supuesto, puesto que con anterioridad a este libro publicó otro específicamente versado sobre dicho síndrome: *Broken Men: Shell Shock, Treatment And Recovery In Britain 1914-30*, London, Continuum, 2010.

la que la profesión médica se militarizó e industrializó en cuestión de meses, abandonado toda pretensión de internacionalismo.⁸³¹

Los médicos, como cualquier otro trabajador especializado o común, fueron soldados antes que cualquier otra cosa, porque ya en tiempos de paz habían sido socializados como elementos integrantes de una comunidad nacional. Ante la llamada de la Patria cualquier otra identidad no nacional se demostró secundaria y, en todo caso complementaria. Así, un médico movilizado debía ajustar su código deontológico a las exigencias del ejército, renunciando por ejemplo al secreto profesional entre paciente y doctor. Por tanto, aunque la contribución militar de este cuerpo médico era aparentemente incruenta (el personal sanitario, como norma general, no utilizaba ni portaba armas), tampoco podía ser definida como pacifista. La prioridad del personal sanitario no era solo la de curar a los soldados heridos, sino la de contribuir a devolverlos al frente e incluso, como oficiales, la de ejercer un papel disciplinador, señalando quién era apto y quién no para ser excusado del combate. La ciencia curativa, empero, se supeditaba a la militar, reparando aquellas vidas que debían volver a la trinchera hasta eliminar al contrario o causar baja definitiva.

En lo que se refiere al reparto sexuado entre cuidado y violencia, la obra explota con acierto el papel que jugó en la contienda el ideal de una masculinidad fuerte y unidireccional. Cualidades asociadas al hombre como el arrojo y el coraje colisionaban a principios de siglo con todo tipo de planteamientos pacifistas o simplemente críticos con el nacionalismo expansionista; mientras que en el campo de la medicina estas cualidades determinaron que el varón en todo caso debía desempeñar una posición de poder y responsabilidad (la del médico), frente al trabajo subalterno del asistente, claramente feminizado (enfermera). Esta presión causada por la masculinidad hegemónica también sale a la luz en los momentos de mayor debilidad física o mental. La incompreensión ante las llamadas «heridas mentales» (estrés postraumático, neurastenia y trastornos neurológicos), la existencia de un tipo de «convalecencia heroica» y otra «degradante», o la sencilla asunción de que el soldado debía saber sufrir y morir no solo por su Patria, sino por su condición de hombre, son solo algunos ejemplos de los que ofrece el libro.

Medicine in First World War Europe también realiza una aportación valiosa dentro del gran debate sobre la «cultura de guerra» de 1914, que en última instancia propició el desarrollo de un conflicto que se prolongó durante más de cuatro años, donde uno de cada tres soldados resultó herido y uno de cada ocho muerto (pág. 30). Este debate, nacido en Francia pero exportado a Gran Bretaña, se planteó ya desde los años setenta y a día de hoy cuestiona si la Primera Guerra Mundial no fue recibida entre la población con una mezcla de entusiasmo y resignación contagiosas.⁸³² Las fuerzas combatientes, lo mismo que las respectivas retaguardias civiles, buscaron en todo caso evitar las imposiciones más duras de la contienda. Si se embarcaron en motines o huelgas lo hicieron para exigir a sus estados que corrigiesen ciertos

⁸³¹ Como hizo parte del movimiento obrero y de la intelectualidad del momento. A este respecto debemos considerar que incluso la Cruz Roja funcionaba bajo un encuadre nacional y, por lo tanto, escasamente neutral (págs. 150-162).

⁸³² En ocasiones se usan otros términos, pero todos giran en torno a una idea de convicción y coacción entremezcladas. Pierre PURSEIGLE, "A very French debate: the 1914-1918 War Culture", *Journal of War & Culture Studies*, 1:1 (2007), pp. 9-14; y Leonard V. SMITH: "The «Culture de Guerre» and French Historiography of the Great War of 1914-1918", *History Compass*, 5:6 (2007), pp. 1967-1979.

excesos o mejoras en determinadas condiciones, y no para protestar contra el hecho bélico en sí mismo (siendo la Rusia zarista la excepción que confirma la norma).

Frente a este panorama historiográfico el trabajo que tenemos entre manos permite explorar, especialmente a través del estudio de caso ya comentado, cómo el pacifismo religioso o humanitario se adaptó al conflicto, y más allá de ello, cómo el soldado de a pie trató de equilibrar su fervor patriótico y su rol de género con el deseo de auto-preservación inherente al ser humano. Estas coordenadas, abonadas para la contradicción, generaron figuras como el pacifista médico de la FAU, que terminó siendo soldado a efectos prácticos; o el soldado veterano que sin ser pacifista o médico se autolesionaba o medicaba bajo la aprobación de sus iguales, para permanecer lejos del combate; o también, por qué no, el sanitario que vivía su trabajo como una aportación directa al combate, pero se congratulaba de atender a los prisioneros heridos o protestaba porque el uso de gases tóxicos iba en contra de su ideal de «guerra justa».

Llegados a este punto hay que señalar que el trabajo de Fiona Reid arrastra un defecto muy frecuente en el campo de la investigación académica y documental: en ocasiones es irregular en profundidad y en términos generales se queda corto en extensión. Aunque el libro recoge el papel del médico como oficial y como fuente de disciplina militar está muy lejos de enfocar el problema de la judicialización de la práctica médica durante la Primera Guerra Mundial, el papel que jugaron los doctores a la hora de plantear atenuantes psicológicos (o bien agravantes) en los consejos de guerra a supuestos desertores conmocionados por la batalla;⁸³³ o bien la cuestión de la posible depuración de personal sanitario excesivamente lenitivo con sus pacientes. Otra cuestión que se echa en falta, y que hubiera merecido un capítulo *in extenso* (en el libro solo ocupa una docena de páginas), es una aproximación más especializada hacia la sintomatología y farmacopea habitual en el periodo, así como un sucinto repaso a la evaluación de los protocolos y técnicas sanitarias.

Hubiera sido deseable, asimismo, conceder más atención al papel que la constante presencia de la muerte pudo tener sobre la comprensión trascendental de la propia existencia, o bien un acercamiento más detallado al universo femenino dentro del organigrama sanitario y, en concreto, una lectura crítica sobre el modo en que las mujeres se relacionaban con la violencia que las rodeaba y de la que estaban socialmente excluidas.⁸³⁴ Consideraciones estas que si bien pueden parecer secundarias e incluso lejanas con respecto al núcleo temático de la obra, resultan necesarias a la hora de ofrecer un guión más comprensivo y progresivo. De ahí que la fluidez en la lectura se vea algo trastocada al parecer que se realizan saltos entre compartimentos estancos.

Nada de esto debe hacer perder de vista que *Medicine in First World War Europe* es un libro cabal escrito con estilo y frescura. La autora establece muy pronto complicidad con el lector al plantearse preguntas como: «¿es la guerra positiva para la medicina?», respondiendo de forma aguda, «war might have been better for medicine (and for unscrupulous doctors) than it was for men» (pág. 10). Otros aspectos como la frugal pero acertada incorporación de

⁸³³ Un tema que ha sido estudiado para el caso de la psiquiatría, por ejemplo (Francisco VEIGA y Pablo MARTÍN, *Las guerras de la Gran Guerra, 1914-1923*, Madrid, Catarata, 2014), y que está presente en clásicos del cine como *King & Country* (1964).

⁸³⁴ Se mencionan estos campos de estudio porque están íntimamente conectados con obras de referencia que Fiona Reid conoce y cita en su trabajo, como Paul FUSELL: *La Gran Guerra y la memoria moderna*, Madrid, Turner, 2016, y Joanna BOURKE: *Sed de sangre. Historia íntima del combate cuerpo a cuerpo en las guerras del siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2009.

tablas e imágenes, la sensibilidad narrativa de determinados pasajes («Personal journeys», pp. 65-68), o la impronta de una literatura elegante pero accesible para un amplio público, no pueden ser tampoco pasados por alto.

En suma, este libro tal vez no responda a las exigencias de aquel lector que desee obtener un detalle exhaustivo sobre la profesión médica durante la guerra de 1914-1918, pero desde el punto de vista de la interpretación histórica responde sobradamente a las expectativas de la profesión, y lo hace no solo por presentar resultados investigadores y reflexionar sobre ellos, sino por conectar debates y audiencias de forma rigurosa y amena. Una mezcla de historia social, militar –por alusiones– y «de las emociones» (en un sentido historiográfico tal vez más anglosajón que español), con el que conocer mejor las terribles realidades de un conflicto europeo del que podemos considerarnos, cada uno con el énfasis que prefiera, nietos y nietas.

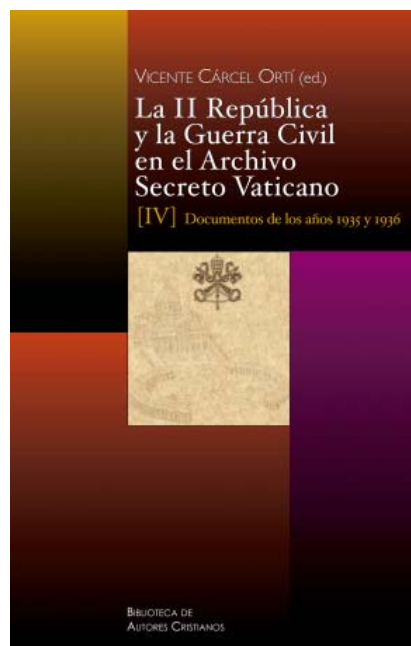
Vicente CÁRCEL ORTÍ (ed.): *La II República y la Guerra Civil en el Archivo Secreto Vaticano [IV] Documentos de los años 1935 y 1936*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2016, 1.109 pp. ISBN: 978-84-220-1880-3.

José Ramón Rodríguez Lago
Universidad de Vigo

Lecciones, carencias e interrogantes de un repertorio documental imprescindible

La disciplina histórica necesita contar irremediabilmente con documentos que recojan los testimonios de los protagonistas afectados por un determinado acontecimiento, pero, como ha venido afirmándose desde hace mucho tiempo, los documentos y sus "verdades" necesitan a su vez de la crítica rigurosa y profesional de las fuentes, el análisis contrastado de la información prestada por otros caudales de información y la elaboración de un relato plausible, siempre abierto a la crítica.

Como ya viene acostumbrándonos desde hace décadas, el sacerdote Vicente Cárcel Ortí, avalado por su acrisolado conocimiento de los archivos vaticanos, edita un repertorio documental imprescindible para interpretar el papel jugado por las instituciones eclesíásticas durante la II República y la Guerra Civil. El volumen IV de la colección publicada por la Biblioteca de Autores Cristianos



tiene como principal virtud divulgar entre un público más amplio que el de los todavía escasos investigadores españoles que han trabajado en los archivos de la Santa Sede, 483 documentos generados en los años 1935 y 1936 (documentos 1.427 a 1.910). Hubiese resultado clarificador que el autor indicase además los criterios establecidos para realizar una selección que, ordenada cronológicamente, plasma las noticias y opiniones redactadas por diferentes instituciones, desde el Archivo de la Nunciatura de Madrid, a la Sagrada Congregación de Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios dependiente de la Secretaría de Estado, incluyendo los guardados en otras secciones del Archivo Secreto Vaticano. El conjunto supone lógicamente una porción muy restringida del inmenso volumen documental allí atesorado, pero ningún historiador realiza selecciones "neutras" por lo que convendría establecer a priori cuáles son los principios metodológicos que guían una selección, evitando correr el riesgo de dejarse llevar por una visión excesivamente sesgada, o presentar un relato que –amparado en esos documentos como prueba de carga irremisible– presente una memoria canónica en el juicio de la historia.

La perspectiva marcadamente confesional y extremadamente crítica con la aventura republicana, que uno de los mayores publicistas del término "persecución religiosa" y del proceso de canonización de los mártires de la Guerra Civil ha evidenciado en múltiples ocasiones, ha podido redundar en una selección que prioriza por encima de cualquier otra consideración

los conflictos Iglesia-Estado. Las 37 páginas de la introducción elaborada por el autor inciden en ese relato político de la causa de la Iglesia, enfrentada a los ataques del Estado, dedicando un espacio menor al análisis de la situación social y eclesial existente en cada una de las diócesis, donde la documentación de los archivos vaticanos es sumamente rica y sin duda más esclarecedora de la realidad de aquellos días. Desafortunadamente, las anotaciones a pié de página que permitirían la crítica de las fuentes, resultan escasas y de un valor limitado en comparación con obras de recopilación documental tan valiosas como la dirigida por José A. Gallego y Antón M. Pazos respecto al archivo del cardenal Gomá, o la editada hace ya varias décadas por M. Batllori y V. M. Arbeloa sobre los fondos del período republicano del cardenal Vidal y Barraquer. Con todo, la documentación reflejada en este volumen permite asentar algunas lecciones y preguntarse por algunas carencias.

Frente al binomio dialéctico y maniqueo establecido entre la Iglesia y el Estado, los testimonios de los protagonistas permiten constatar la diversidad existente en ambos frentes, propiciando una interpretación mucho más compleja, enriquecedora y comprensiva que el relato historiográfico más tópico sobre aquellos años. Las divergencias evidenciadas en el seno católico - en España y en la curia romana - entre posibilistas e integristas, republicanos y monárquicos, o españoles y nacionalistas alternativos, se conjugan con los enfrentamientos entre las distintas corrientes del republicanismo, su peso en las Cortes y en cada uno de los gobiernos. Las batallas entre el tridente Tedeschini / Herrera / Gil Robles y la tríada Segura / Rodríguez de San Pedro / Alfonso XIII, tiene tanta o mayor incidencia en la evolución del proceso como las divisiones en el seno del republicanismo. Conviene recordar que todos ellos trataban de ofrecer respuestas a la modernidad en una Europa marcada por el vertiginoso ascenso de los totalitarismos de uno y otro signo.

Abundan por lo tanto los conflictos, pero también apreciamos los intentos de mediación y los esfuerzos por alcanzar acuerdos. Las dificultades de las corrientes posibilistas - la eclesial y la gubernamental - por acordar un *Modus Vivendi* no resultaron menores que las mostradas años más tarde para alcanzar un Concordato con el régimen autoritario. Resulta muy significativo además que la Secretaría de Estado del Vaticano mantuviese una relación más amable con los embajadores designados por los diversos gobiernos republicanos - Leandro Pita Romero y Luis de Zulueta Escolano - que con el emisario designado posteriormente por la junta de los militares sublevados - el marqués de Magaz -, que pronto debería ser sustituido por el cardenal Gomá para evitar mayores enfrentamientos. Los documentos permiten apreciar a su vez la tensión latente en el seno de la curia pontificia entre las orientaciones predominantemente posibilistas de Pacelli, más cercano a Tedeschini y Vidal, y las decisiones tomadas por Pío XI, condicionado por los consejos del Superior General de los jesuitas Wladimir Ledóchowski, y el ambiente propiciado por las redes eclesísticas y nobiliarias de influyentes españoles exiliados en Roma, como el cardenal Segura o el mismo Alfonso XIII. En diciembre de 1935, estos últimos parecieron inclinar la balanza a su favor, tras el rechazo definitivo del *Modus Vivendi*, y la sustitución del cardenal Vidal y de Ángel Herrera por el cardenal Isidro Gomá, que desde entonces, en contra de los deseos de Tedeschini, monopolizó el control del episcopado y la Acción Católica y se convirtió en principal portavoz de la Iglesia española ante la curia romana.

Entre las cuestiones más interesantes de este repertorio documental sobresalen las carencias y los ominosos silencios sobre aspectos determinantes relacionados especialmente con el inicio de la Guerra Civil, que tanto interés conllevan para una revista como la que nos ocupa, especializada en el análisis de las instituciones castrenses a lo largo de la historia. En principio, convendría recordar algo que no aparece reflejado en el libro. Una muy buena parte de la documentación generada durante la Guerra Civil - fundamentalmente la relacionada con el período posterior a la nunciatura de Tedeschini que finalizó su misión en España el 11 de junio de 1936 - no resulta todavía accesible para los historiadores. Mientras se aguarda la próxima apertura a los investigadores de los fondos documentales integrados en el pontificado de Pío XII, el acceso a la información relativa a España y ligada a la nunciatura posterior de Gaetano Cicognani o a sus predecesores como encargados de negocios o custodios - Silvio Sericano, Ildebrando Antoniutti o el religioso redentorista Máximo Eriz Elcarte- continúa siendo todavía muy restringida y - a buen seguro - permitirá avanzar notablemente en el conocimiento en los próximos años.

Sabemos ya sin embargo, que la primera guerra mundial y el ascenso de las doctrinas de carácter revolucionario provocaron que la Iglesia católica mostrase en la Europa y la América del período de entreguerras un interés muy notable por privilegiar sus relaciones con las instituciones militares y los altos mandos del ejército y la armada. En España, la amenaza de las Juntas de Defensa y la posterior dictadura de Primo fraguó además una hermandad de intereses entre el clero castrense y los designios del ejército africanista. La supresión del Vicariato General Castrense decretada por el gobierno republicano en junio de 1932 eliminó los canales institucionales que posibilitaban esa relación, pero las vías informales siguieron funcionando –quizás con mayor intensidad– y el mismo Ramón Pérez Rodríguez –Patriarca de Indias y último Vicario General Castrense– manifestaba poco antes de su temprano fallecimiento que mantenía estrechos contactos con los militares. Sabemos también que en marzo de 1936 Tedeschini cifró un telegrama que advertía sobre los rumores de un golpe de Estado militar (Doc. 1591), y en mayo de ese mismo año Pío XI designó nuevo nuncio en Madrid a Filippo Cortesi, avalado por su capacidad para fraguar alianzas con los militares durante sus misiones pontificias previas en las repúblicas de Venezuela y Argentina (Doc. 1627). La información y los contactos con los altos mandos del ejército se convirtió en prioridad de la Santa Sede como vía para garantizar un futuro proclive a sus intereses, pero la documentación aportada hasta ahora no permite progresar en esta vía. Los informes cursados por Ramón Pérez, Ulpiano López o Francisco Sureda en septiembre de 1936 (Doc. 1803) permiten apreciar el rol determinante jugado por los antiguos capellanes y vicarios del ejército, pero, al margen de los diversos proyectos presentados para resucitar la jurisdicción eclesiástica castrense, y de las comunicaciones de carácter oficial entre la junta militar y las principales autoridades eclesiásticas, ninguno de los documentos plasmados en el volumen recoge relación alguna entre el clero y unas autoridades militares que tanta influencia tendrían para el futuro del ejército, de la Iglesia y de España. Por otra parte, a las relevantes informaciones aportadas por otras nunciaturas como la de París, serían tanto o de mayor interés sumar las provenientes desde Berlín, Roma o Lisboa, donde los sublevados contaron desde el inicio de la guerra con el apoyo de fieles e instituciones católicas.

En fin, queda todavía mucho por progresar en el acceso y el análisis de las fuentes eclesiásticas sobre la república y la guerra civil, pero la documentación presentada en este imprescindible volumen permite dar un paso más en el camino por derruir los mitos y propiciar una interpretación más compleja, comprensiva y plausible del pasado

James MATTHEWS: *Voces de la Trinchera. Cartas de combatientes republicanos en la Guerra Civil Española*, Madrid, Alianza Editorial, 2015, 272 pp. ISBN: 978-84-9104-001-9.

Alejandro Muñoz Rumbero

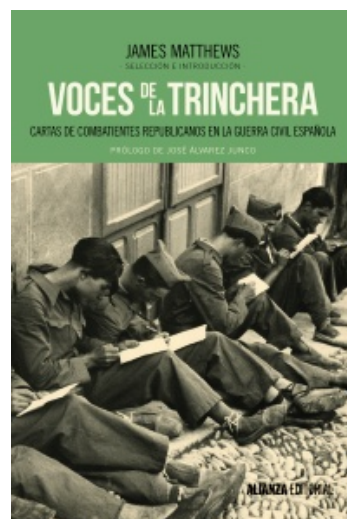
La Guerra Civil desde abajo

Los hechos militares, políticos y sociales acontecidos en España durante los años comprendidos entre 1936 y 1939, momento en el que se desarrolla la Guerra Civil, han suscitado el interés tanto de historiadores españoles como extranjeros. Como consecuencia se ha generado una ingente cantidad de bibliografía que ha abordado la problemática desde diferentes perspectivas historiográficas, poniendo el foco de interés sobre diversos objetos de estudio. Dentro de esta literatura y desde la perspectiva de la Historia Militar se inserta la obra de James Matthews *Voces de la Trinchera. Cartas de combatientes republicanos en la Guerra Civil Española* que aquí nos ocupa.

Es evidente que un conflicto de la magnitud de la Guerra Civil Española provocó una fractura en el día a día y una quiebra en el devenir de la vida de cientos de miles de españoles que tuvieron que convivir con la guerra. Este hecho hasta 1936 era para muchos un rumor, un acontecimiento que ocurría lejos de sus hogares, no les afectaba en su cotidianidad, en definitiva algo lejano. Sin embargo como cualquier guerra moderna el enfrentamiento provocó que los combates llegaran a las inmediaciones de las poblaciones viéndose afectadas de manera directa. Esa incidencia directa en la cotidianidad y el propio desarrollo del conflicto, provocaron que hombres y mujeres de distintas edades y profesiones se alistasen en ambos ejércitos para la obtención de dos objetivos distintos: por una parte la consecución del éxito del golpe de Estado y así revertir el régimen establecido y por otro defender el status quo que se había producido con la proclamación de la República.

Conforme la guerra se dilató en el tiempo, los alistamientos voluntarios decayeron y las bajas producidas durante los combates tuvieron que ser cubiertas. El devenir de la guerra obligó al Gobierno de la República y al bando sublevado a llamar a filas a hombres que en un primer momento no había sido necesario movilizar. En una guerra cuya duración superó la prevista por los mandos militares, las inquietudes, los sentimientos y las necesidades de los combatientes que marcharon al frente en 1936, durante los primeros periodos de combate, se tornaron diferentes conforme transcurrió el tiempo. De este modo los soldados que se lanzaron llenos de moral a comienzos de la guerra dispuestos a combatir con ferocidad comenzaron a dar síntomas de cansancio conforme luchaban en una guerra mucho más larga de lo que podían pensar en un primer momento.

Entrando de lleno en la reseña del libro, conviene destacar como J. Matthews propone en *Voces de la trinchera* una línea de trabajo de larga tradición en la historiografía europea basada en la recuperación del testimonio y de la realidad de aquellas gentes que protagoniza-



ron los acontecimientos históricos. Esta manera de hacer Historia, en este caso Historia Militar, se caracteriza por poner en valor a los ciudadanos que combatieron y sufrieron la guerra en primera persona. La elección de esta metodología provoca el abandono de los análisis de grandes figuras o dirigentes, también de aquellos aspectos exclusivamente técnicos y obliga al historiador a realizar el esfuerzo de indagar y escrutar a aquellos que conformaron el grueso de los combatientes, que no fueron otros que la gente corriente. En suma, bajar a ras de suelo tal y como propuso Seidman en su obra homónima.⁸³⁵ Dentro de esta corriente conviene destacar que en la última década la producción bibliográfica en la que la Guerra Civil ha sido narrada a través de sus protagonistas ha aumentado de manera significativa, asistiéndose a un fenómeno curioso: las nuevas obras se están centrando en el estudio de las áreas que hasta el momento habían sufrido cierto olvido. Sirva para sustentar esta afirmación y a modo de ejemplo las obras de José Hinojosa sobre el frente Extremeño, la de Pedro Aguilar y Juan Antonio Gaya Nuño para el frente de Guadalajara, los diarios de José Benítez Quiles para Alicante o la obra de Francisco José Martín Milán que abarca lo acontecido en varios frentes.⁸³⁶ Esta enumeración demuestra que cada vez son más los historiadores que tratan de reconstruir los acontecimientos históricos, a través de aquellos que lo protagonizaron.

El libro de James Matthews fue una de estas obras que plantearon una visión alternativa en la historiografía española poniendo el foco sobre uno de los frentes de combate, el de Andalucía, que no había sido protagonista en etapas previas. El autor estructura su obra a través de dos ejes. El primero de ellos, una introducción donde lleva a cabo, a modo de síntesis, una contextualización de la obra comparándola con otras producciones bibliográficas fundamentalmente europeas. También en esta parte del libro J. Matthews lleva a cabo una reflexión sobre el género epistolar como fuente histórica poniendo sobre la mesa sus limitaciones y su virtudes dando al lector la capacidad para discernir la fuente a la que se enfrentará. Concluye la introducción con unas pinceladas sobre el funcionamiento del servicio de censura republicano durante la Guerra Civil. Esta primera parte sienta las bases teóricas para comprender el porqué de la necesidad e idoneidad de la obra. La segunda parte del libro está compuesta por un registro documental de trescientos treinta y cinco fragmentos de cartas obtenidas del Archivo General Militar de Ávila, y conservadas gracias a su retención por parte del Servicio de Censura del Ejército Republicano. Los fragmentos fueron enviados por los soldados republicanos, sus familiares y amigos. Éstos pedazos de Historia nunca llegaron a su destino, o llegaron modificados a consecuencia de la censura. Esta selección de cartas es clasificada por James Matthews atendiendo a criterios de contenido quedando organizado el libro en seis capítulos en función de si las cartas aludieron a las condiciones materiales, a las experiencias de guerra, al estado de ánimo y la moral de los soldados, a sus familias, a las indisciplinas o com-

⁸³⁵ Michael SEIDMAN: *A ras de suelo: Historia social de la Guerra Civil*, Madrid, Alianza D.L, 2003. Otro buen ejemplo de esa línea fue el taller desarrollado en Valencia 2013 y dirigido por David Alegre y Miguel Alonso.

⁸³⁶ José HINOJOSA DURÁN: *Tropas en un frente olvidado: el ejército republicano en Extremadura durante la Guerra Civil*, Extremadura, Editora Regional de Extremadura, 2009; Pedro AGUILAR et al. (eds.): *Guadalajara 1937. Testimonios de una batalla*, Guadalajara, Diputación Provincial de Guadalajara, 2007; Juan Antonio GAYA NUÑO: *Memoria de Guerra. Apuntes para la historia del IV Cuerpo del Ejército (Guadalajara 1936-1939)*, Palencia, Editorial Cálamo, 2015; José BENÍTEZ QUILES: *Diario de un soldado en el frente*, Alicante, Universidad de Alicante, 2017; Francisco José MARTÍN MILÁN: *Madre anoche en las trincheras. Dos hermanos de Serón en la guerra de España*, Almería, Círculo Rojo, 2017.

portamientos incorrectos durante el desarrollo de la campaña y a las relaciones afectivas o más próximas entre los combatientes y los familiares que se encontraban en posiciones de retaguardia. La compilación recoge los envíos realizados desde el frente a retaguardia como los envíos efectuados por parte de amigos que se encontraban en otras unidades movilizadas o de familiares que escribían a sus allegados desde zonas de retaguardia, en ocasiones muy alejadas del frente, y en las que narraban como sobrellevaban la guerra, cuáles eran las situaciones de amigos y allegados o los desmanes producidos en sus pueblos de origen o alrededores. Junto con todas las actitudes negativas, el corpus documental ofrece una serie de cartas seleccionadas por la censura como consecuencia del enaltecimiento que en ellas se hacía de la causa republicana o por la exhortación al mantenimiento de la lucha armada contra el enemigo fascista y que conforman el último capítulo del libro.

Dentro de las cartas seleccionadas por J. Matthews podemos destacar una serie de ideas que pueden rastrearse en un gran número de las mismas. La correspondencia permite observar como la mayoría de soldados plasman por escrito la sensación de hastío presente en los combatientes republicanos conforme aumentó el tiempo que se les obligó a estar alejados de sus seres queridos. La falta de contacto se trató de solventar mediante la narración de todo aquello que les sucedió en su día a día, de las tareas que ocuparon su tiempo alejados de sus hogares, permitiendo todo ello al lector percibir como en aquellos frentes poco activos el día a día pasaba entre tareas de mantenimiento, a la espera de órdenes de combate y en muchos casos aguardando cartas desde la retaguardia o desde otras posiciones que hicieran más amenos los días. Lo narrado por los soldados permite ver como la estabilidad del frente y la ausencia de combate llevó, en algunos casos, a la confraternización entre enemigos y al surgimiento de tirantezas por diversas cuestiones, fundamentalmente ideológicas, dentro de sus propias filas. A esto se suma que el relato de los combatientes dibuja un Frente de Andalucía caracterizado por la ineficacia en el avituallamiento, por la falta de material, las malas condiciones de vida y de combate.

Otro conjunto de las cartas fue escrito por los familiares de los soldados. Tras la lectura de éstas el lector puede percibir cómo las personas que sostuvieron y soportaron la guerra en posiciones de retaguardia republicana comenzaron a sentir la escasez de bienes de primera necesidad transmitiéndoselo a sus familiares. Todas esas informaciones ahondaron en la sensación de cansancio mental y físico entre las tropas republicanas. De este grupo de cartas conviene destacar como los desmanes que se producen en retaguardia son, en muchos casos, producidos por los propios compañeros de armas, por lo que la sensación de “desafección” aumentó para quienes sostuvieron el esfuerzo militar desde los primeros momentos del golpe de Estado. En cualquier caso, el lector puede sentir que conforme va leyendo las cartas la sensación de hartazgo, el cansancio, la idea de abandono y de falta de compromiso con la causa republicana merman la moral de una tropa que no se ve obligada al choque constante con el enemigo. En definitiva, Matthews con la selección realizada dibuja un panorama de ejércitos desgastados, que buscan el final y en el caso del bando ocupa su estudio, el republicano, a punto de agotar sus recursos para sostener la lucha armada.

Con estas premisas, a pesar de que pueda parecer que el libro va destinado para un público experto perteneciente “al gremio”, James Matthews consigue transmitir de manera sencilla los antecedentes en este tipo de obras y explica de manera sucinta pero brillante el

funcionamiento del aspecto más desconocido para el lector general: el aparato censor de un ejército durante un conflicto armado. Esta explicación dota al lector de los mimbres necesarios para afrontar casi doscientas páginas de relato protagonizado por soldados republicanos y sus familiares que permiten a los contemporáneos bosquejar las diferentes realidades que se dieron durante la duración del conflicto. Tras la lectura de la obra de J. Matthews *Voces de la Trinchera*, podemos señalar que tenemos ante nosotros un libro fruto de la reflexión y de un trabajo de investigación que consigue sacar a la luz un novedoso registro documental para el caso español que hasta ahora había pasado desapercibido. La organización escogida es también digna de alabar, ya que una breve y brillante parte teórica sirve para justificar la inclusión de cientos de relatos de aquellos que lucharon por la República en el Frente de Andalucía. Estos testimonios que por sí solos son capaces de captar la atención del lector son enriquecidos gracias al marco teórico que previamente elabora J. Matthews. Estas cartas hacen volar la imaginación, permiten planear sobre las realidades, las preocupaciones, las condiciones de vida o inquietudes de cientos de soldados republicanos y parte de sus familiares a lo largo de casi dos años de guerra. Todos los discursos consignados a lo largo del libro dotan al conflicto de una dimensión y una visión humana de la Guerra Civil que enriquece el discurso histórico y permite al lector sentirse más próximo a un acontecimiento de vital importancia para la Historia reciente de España.

Alfredo GONZÁLEZ RUIBAL: *Volver a las trincheras. Una arqueología de la Guerra Civil española*, Madrid, Alianza Editorial, 2016, 352 pp. ISBN: 9788491042372

Mariona Rovira Masplà
Universitat Autònoma de Barcelona

Voces de la cultura material: una perspectiva alternativa de la Guerra Civil Española y la represión de posguerra

Aunque la etimología de la palabra arqueología obedezca muchas veces a lo que se piensa de esta disciplina científica –que se trata de una ciencia que estudia las sociedades humanas a través de la cultura material de la antigüedad–, el autor demuestra que es totalmente posible y fructífero hacer una arqueología contemporánea, una arqueología que puede estudiar las guerras y la violencia política del siglo XX, tal y como fue la Guerra Civil Española. Alfredo González Ruibal, investigador y miembro del CSIC y experto reconocido internacionalmente en la arqueología del pasado contemporáneo de los siglos XX y XXI propone una visión arqueológica, distinta, objetiva y crítica de la Guerra Civil Española y parte de la posguerra en su libro *Volver a las trincheras. Una arqueología de la Guerra Civil Española*. El estudio de la Guerra Civil y el franquismo en perspectiva arqueológica ha avanzado en los últimos años, pero, tal y como afirma el autor, uno de los problemas principales de este nuevo campo es la fragmentación y el localismo, hecho que ha conllevado a analizar el conflicto como si de muchos se tratara.

Uno de los primeros momentos de interés de la arqueología hacia la Guerra Civil Española se produjo en octubre del año 2000 con el descubrimiento de una fosa común en la localidad de Priaranza del Bierzo (Castilla y León). En ella yacían 13 republicanos, hecho que motivó la creación de gran cantidad de asociaciones para recuperar la memoria de los vencidos, silenciados y olvidados durante tantos años. González Ruibal, interesado por un pasado reciente como era la Guerra Civil Española, decidió de manera científica iniciar un trabajo que le llevaría, finalmente, a la redacción del presente libro. Se debe tener en cuenta, tal y como repite el autor en varias ocasiones, que, aunque él sea el autor del libro, el trabajo que en él se plasma es gracias a todo un equipo de arqueólogos que ha estado trabajado desde el año 2006 en diferentes puntos de España (Madrid, Cataluña, Castilla y León, Castilla-La Mancha, Extremadura, Aragón y Galicia) que tuvieron un papel fundamental (o a veces no tanto) en el conflicto. No solo han trabajado en trincheras, fortificaciones y campamentos militares sino también en campos de concentración, destacamentos penales, fosas comunes, prisiones y poblados de familiares de presos.



La memoria oficial durante los cuarenta años de dictadura fue la memoria franquista, hecho que provocó una “amnesia colectiva”. Muchos prefirieron borrar de su memoria aquellos recuerdos traumáticos o simplemente se olvidaron porque les hicieron creer que no eran relevantes. Sin embargo, la arqueología no discrimina entre objetos ni las historias que éstos cuentan, sino que todo lo que existe tiene igual relevancia, desde materiales de guerra hasta objetos cotidianos. A través de simples objetos que *a priori* pueden parecer inútiles para contribuir al relato histórico se pueden descifrar preguntas o descubrir hechos que no aparecen en los documentos históricos. En clave histórica, es evidente que algunas batallas como la de Madrid, la del Jarama, la de Guadalajara o la del Ebro fueron cruciales en el devenir de la guerra, pero también hubo otras, no tan decisivas, pero no por ese motivo deben ser condenadas al olvido. Tal y como el autor plantea, la arqueología es capaz de detectar los temblores de la historia, las grandes interrupciones; uno de éstos empieza el verano de 1936.

Hasta hace relativamente poco, los vestigios de la Guerra Civil Española eran simples ruinas olvidadas que se confundían con restos de otras épocas. Se tenía que reconstruir un pasado que aún no estaba sellado, un pasado que aún era presente a través de aquellas construcciones visibles que ya formaban parte del paisaje para muchos. Aquellos escombros que habían permanecido invisibles durante cuarenta años de dictadura franquista súbitamente devinieron manifiestos. Los vestigios arqueológicos de aquella guerra fratricida eran visibles para los españoles, pero éstos se interpretaron y valoraron de diferentes formas: algunos consideraron que debían seguir siendo invisibles ante nuestros ojos; otros, en cambio, creían que desvelarlos no contribuía a reabrir heridas –porque tampoco estaban cerradas– sino que los restos tenían que considerarse patrimonio histórico del país, hecho que permitiría estudiar científicamente lo que realmente sucedió en aquellos tres años de guerra y durante parte de la represión posterior.

Así pues, el autor divide el libro en ocho capítulos ordenados cronológicamente pero que no se sitúan en un mismo espacio. Aunque el título del libro mencione las trincheras y la Guerra Civil Española, el libro no se basa solamente en eso: la cronología comprende desde el inicio de la guerra en verano de 1936 hasta el cierre del destacamento penal de Bustarviejo (Madrid) en 1952. En 1939, tal y como afirma el autor, «empezó una guerra más perversa, que dejó menos huella en el paisaje» (p. 27). En el programa franquista existía una intención de visibilidad a través, por ejemplo, de los monumentos, pero también existía otra: la intención de ocultar y borrar conscientemente a muchos de la historia. Por otro lado, no se basa solamente en trincheras ya que, aparte de éstas, los escenarios varían: refugios, castillos, parideras, campos de concentración, prisiones, destacamentos penales o fosas comunes, entre otros. No se trata de un inventario de casquillos o latas sino un relato verosímil de la Guerra Civil construido a través de los restos materiales del conflicto que pueden contribuir al conocimiento y a la complejidad del proceso histórico.

A modo de introducción, el autor manifiesta la necesidad de analizar el conflicto arqueológicamente. La disciplina estudia el conflicto a través de los restos materiales de manera global, sin discriminar nada. El autor también plantea por qué motivo se debe estudiar este conflicto desde el punto de vista arqueológico, qué puede aportar la disciplina al conocimiento de la presente problemática.

A continuación, expone como la sacudida y fracaso que produjo la sublevación militar en 1936 llevó al inicio de la guerra. Se habla de la violencia en ambos bandos, las diferentes formas de matar dependiendo del perpetrador y las desconocidas y elevadas cantidades de muertes en los momentos iniciales del conflicto. También se hace referencia a las formas de prolongar el castigo después de la muerte practicadas por parte del bando sublevado contra sus enemigos: como el enterramiento bocabajo servía para eternizar la humillación y deshumanizar el enemigo, por ejemplo. En la última parte de éste, se muestran cómo a través de los restos materiales, no solo objetos sino también cuerpos encontrados en fosas comunes, se puede conocer la sociedad del momento, su alimentación, su salud y su estatus social.

Otro punto que el autor presenta es la relevancia de la ciudad moderna como campo de batalla, espacio ideal para las milicias, pero no para los ejércitos convencionales. Esta circunstancia explicaría parte del fracaso del ejército sublevado en el momento de la toma de la capital. Para ilustrar esta afirmación, se presentan las excavaciones en la Ciudad Universitaria de Madrid, lugar que se convirtió en frente a partir del otoño de 1936. Las bajas no solo se produjeron debido a las muertes en combate o por culpa de bombardeos aéreos sino también a causa de enfermedades causadas por las condiciones en las que se encontraban los combatientes y por la escasez y poca variedad de los recursos alimenticios, hecho que contribuía a menguar su salud.

El año 1937 fue un año decisivo desde el punto de vista de las operaciones bélicas. El cuarto capítulo está dedicado a algunas batallas como la del Jarama, la de Belchite y algunos episodios de la Ofensiva del Norte. Muchos de estos enfrentamientos tuvieron lugar en escenarios cargados de historia: el autor advierte que durante las excavaciones encontraron vestigios de épocas anteriores. El capítulo termina con *La matanza de los inocentes*, un episodio que muestra el horror perpetrado por el IV Batallón de Montaña de Arapiles nº7 de la Brigada de Navarra a través de una fosa común encontrada en la localidad de Valdediós (Asturias) en 2003 por la Sociedad de Ciencias Aranzadi. A partir de los restos arqueológicos encontrados se ha contribuido a la reconstrucción y conocimiento más extenso de los hechos.

En contraposición, el siguiente capítulo (*La Batalla Olvidada*) pone de relieve que también es posible hacer una arqueología de aquello que se ha considerado poco relevante (no determinante en los acontecimientos de entonces) pero no por eso motivo debe ser borrado y sepultado de la memoria colectiva y la historia. El autor presenta la ofensiva del Alto Tajuña entre el invierno y la primavera de 1938 y demuestra que la arqueología como microhistoria no se trata de una disciplina fría y mecánica, sino que humaniza a los sujetos que desempeñaron un papel, aunque fuese considerado irrelevante para el devenir de la guerra. Se ponen de manifiesto los subalternos, aquellos que se han visto condenados a un olvido permanente y han sido apartados del discurso predominante y hegemónico de la historia. Así pues, a través de los objetos encontrados en esta zona como plumas, botellas de alcohol o la basura producida por los mismos soldados se reconstruyen hechos históricos no documentados como fueron el asedio de la Enebrá Socarrá y la batalla de la Nava.

El saqueo de material de la Guerra Civil ha disminuido en paralelo al surgimiento de una conciencia patrimonial. El escenario del Ebro reflejado en el sexto capítulo presenta esta problemática. Aunque se tenga un vasto conocimiento de los hechos acontecidos en el lugar y haya muchos restos arqueológicos (muchos procedentes de colecciones privadas) el terreno ha

sido poco estudiado arqueológicamente. No solo se presentan las trincheras de la contienda sino también fortificaciones de ambos bandos y campamentos dónde se encontraron una gran cantidad de objetos cotidianos (espejos, maquinillas de afeitarse o tubos de pasta de dientes). Cuando excavaron una trinchera en la Cota 562 hallaron en el interior de ésta, justo en uno de los zigzags, a un soldado republicano que denominaron *Charlie*. A través de la posición del cuerpo, la ropa y los huesos se reconstruyó su muerte. Además, el autor hace una reflexión sobre el destino de los huesos de éste: el memorial de Camposines, edificio que acoge los huesos de soldados de ambos bandos y los conmemora del mismo modo, forma a partir de la cual se da a entender que el conflicto está superado.

Después de la derrota de los republicanos en la Batalla del Ebro, la suerte para éstos ya estaba echada. El autor muestra en el séptimo capítulo como la Batalla de Cataluña dejaría pocos restos arqueológicos debido a que el Ejército Popular se deshizo de ellos en su retirada hacia Francia y como las defensas solo servirían para ralentizar el ejército franquista. Para los republicanos, la guerra no terminaría en febrero de 1939 sino que a partir de ese momento empezaría una nueva violencia caracterizada por campos de concentración no solo en España sino también en Francia y, más tarde, en los campos de concentración nacionalsocialistas. También se presenta los problemas en el bando republicano en los últimos momentos de la guerra no solo en relación con la poca homogeneidad del armamento sino también con los problemas de desertión.

El autor, tal y como se ha afirmado al principio, no se detiene con el final oficial de la guerra el 1 de abril de 1939 sino que analiza arqueológicamente la posguerra a través de los campos de concentración, las fosas comunes, los destacamentos penales u otros edificios que fueron reutilizados como espacios represivos. Después de la guerra, muchas personas se quedaron sin hogar y sin trabajo y se vieron obligadas a vivir en condiciones penosas. Muchos de los vestigios de la guerra fueron utilizados para reconstruir casas o roturar campos y algunos indigentes los utilizarían como su hogar. A partir de 1958 se comenzaron a recuperar cuerpos caídos en combate, pero se hizo de manera aleatoria y para ser destinados al Valle de los Caídos. Un nuevo paisaje totalitario se iba construyendo sobre las ruinas que había dejado la guerra; era un paisaje que se llenaría de monumentos a los mártires de la Cruzada y, en definitiva, de la arquitectura oficial franquista. Esto se ve reflejado a través del análisis de las cascuartel de la Guardia Civil, las fosas comunes con cadáveres, las prisiones y los campos de concentración. Se trataba de una maquinaria disuasoria para recordar a aquellos no adeptos al régimen que el discurso bipolar de la “España” y la “anti-España” aún estaba presente. La arquitectura mostraba quien tenía realmente el poder y control. Además, muchos espacios medievales se recuperaron para situar esta maquinaria. De esta forma podía vincularse con la ideología del pasado imperial español. El paso de una persona que no era afín al nuevo régimen por un espacio de esta grande maquinaria totalitaria era necesario para crear o neutralizar un nuevo sujeto. Era la penitencia que tenía que cumplir para redimir sus pecados y devenir un sujeto perdonado y nuevo.

El autor utiliza como ejemplos representativos de un amplio sistema de represión el campo de concentración de Castuera (Badajoz), la cárcel de Carabanchel (Madrid), construida por prisioneros republicanos entre 1940 y 1944 con un modelo arquitectónico arcaico que representaba el conservadurismo y tradicionalismo del franquismo y el destacamento penal de

Bustarviejo (Madrid) y su espacio circundante donde residían muchos familiares como mecanismo disuasorio hacia los presos. Tal y como muestra el autor, a través de la historia que cuentan los objetos se observa como la maquinaria franquista pretendía neutralizar el sujeto para reducirlo a un estado casi animal. Muchas de las infraestructuras actuales como algunas carreteras, embalses o aeropuertos fueron construidos después de la guerra con mano de obra de prisioneros republicanos. La huella que dejó la violencia después de 1939 es más difícil de rastrear por parte de la arqueología ya que el régimen pretendió ocultarla desde el primero momento.

En definitiva, además de resultar una lectura agradable gracias a la capacidad del autor para transmitir el mensaje, es un trabajo científico objetivo y ecuánime, en el sentido que se presentan situaciones de ambos bandos combatientes. Es evidente que una narración arqueológica o histórica no puede ser neutral ya que se quiera o no uno siempre se acaba posicionando. Sin embargo, el autor advierte el lector cuando hace juicios de valor. Además, hacer una arqueología de la Guerra Civil ya significa estar haciendo política ya que, tal y como afirma el autor, se trata de un «crímenes contra la humanidad, de la lucha entre la democracia y la dictadura, el fascismo y la revolución, de la historia de nuestros padres y nuestros abuelos» (p. 32). El presente libro se suma a la gran cantidad de publicaciones referentes a la Guerra Civil Española, pero al mismo tiempo se podría considerar un punto de partida novedoso que abre puertas a nuevas posibles investigaciones arqueológicas que no solo pueden contribuir a la tradicional historia militar sino también a otras perspectivas como la historia cultural o social.

David ALEGRE LORENZ: *La batalla de Teruel. Guerra total en España*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2018, 493 pp. ISBN: 9788491642954.

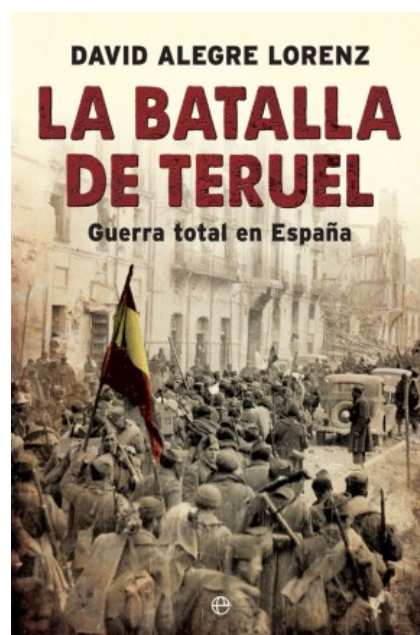
Carlos Gil Andrés
IES Rey Don García de Nájera

Una nueva visión sobre la batalla de Teruel

“Las batallas no se ven. Se describen luego gracias a la imaginación y deduciéndolas de su resultado”. Eso afirma Manuel Chaves Nogales en uno de los relatos de *A sangre y fuego*. Lo confiesa también un personaje creado por Max Aub en su novela *Campo de sangre*, un combatiente republicano en la batalla de Teruel: “Sabéis tanto como yo, más los bulos. ¿O es que creéis que un soldado sabe lo que hace? Hasta donde le alcanza la vista, y gracias. Lo demás cuentos”.

David Alegre conoce bien la desinformación del soldado de a pie, pegado a la tierra helada de una trinchera cualquiera, en el durísimo invierno de 1938. Como buen historiador, que ha investigado a fondo la documentación disponible, sabe mucho más de la batalla de Teruel que los propios protagonistas que vivieron los acontecimientos. Las batallas, las guerras, las explican los historiadores que conocen las causas, el contexto histórico, las motivaciones de los contendientes, los planes estratégicos, el desarrollo de las operaciones, los factores que explican el desenlace final y su repercusión posterior. Pero los historiadores militares tradicionales, como subraya David Alegre, han narrado los conflictos armados como si los ejércitos enfrentados fueran ingenios asépticos, perfectamente engrasados, que funcionan de acuerdo con principios mecánicos y reglas exactas. Presentan a los soldados y a los civiles como víctimas estáticas de maquinarias bélicas todopoderosas. Registran las bajas ocurridas en combate como si formaran parte de la contabilidad de una empresa, de una manera tan normalizada que, consciente o inconscientemente, olvidan lo que es esencial en cualquier guerra: la muerte, el sufrimiento y la miseria. Cuando escriben que hay “calma en las trincheras”, un “día tranquilo” o “escasa actividad en el frente”, trasladan a los lectores su insensibilidad, mostrando lo lejos que quedan sus relatos de comprender la complejidad humana de la experiencia bélica.

Aquí empieza el libro de David Alegre. Donde no alcanzan los estudios tradicionales de historia militar. Lo leemos en la introducción, como hipótesis de partida y declaración de intenciones. Su propósito es acercarse al horror de la guerra a través de un relato de carne y hueso basado en las experiencias de quienes tomaron parte en la batalla de Teruel. La manera diversa y cambiante en que miles de seres humanos, civiles y militares, confluyeron en el mismo escenario bélico y respondieron a las situaciones extremas que tuvieron que vivir.



Cómo mataron y murieron, por supuesto, pero también cómo se adaptaron a las circunstancias para intentar sobrevivir entre el terror y la compasión, entre la brutalidad más ciega y los episodios de solidaridad. Una historia social, a ras de suelo, de la batalla de Teruel. Un episodio que se convirtió, durante bastantes semanas, en uno de los centros de atención del mundo. Un ejemplo temprano, por la movilización de recursos, la potencia de fuego, y la desaparición de distinciones entre civiles y militares, de lo que los especialistas han denominado, con notable fortuna, la guerra total.

En el relato de David Alegre se entrecruzan, con soltura y ritmo narrativo, las fuentes de archivo disponibles, estudiadas de manera exhaustiva, con las memorias, los diarios y los testimonios orales. Se combina el análisis de las estructuras, los procesos y las dinámicas que permiten explicar la batalla desde arriba -como se ve en los mapas- con las acciones de los sujetos, pegados a la tierra, sometidos a condiciones estrechas, desde luego, pero hasta cierto punto capaces de tomar decisiones y de evolucionar a lo largo de las semanas intensas y traumáticas comprendidas entre diciembre de 1937 y febrero de 1938. Seguramente estamos ante el estudio más acabado y elaborado que presenta, dentro de la historiografía española, las posibilidades, enfoques y perspectivas abiertos fuera de nuestras fronteras por los llamados *estudios de la guerra o nueva historia militar*. Hablamos de la incorporación de los sujetos corrientes, de las experiencias individuales y de las percepciones y representaciones que articulan las personas como eje de la comprensión de los conflictos armados. Hablamos de la extensión de los estudios sobre las guerras mucho más allá de los límites estrechos y técnicos del gremio militar: la historia local, las redes de sociabilidad, la dimensión de género, el papel desempeñado por la cultura o por la ideología, las relaciones con la retaguardia, el sufrimiento de la población civil o el fenómeno de los refugiados, entre otros temas relevantes. Hablamos, en definitiva, de otra manera de acercarse a lo bélico. Un nuevo prisma de análisis que nos enseña que en las guerras, además de la muerte, la destrucción y la violencia generalizada también está la vida humana, con toda su riqueza y complejidad.

La batalla de Teruel fue un episodio de la guerra total. Y el libro de David Alegre es también un ejemplo de historia total. Por su extensión, riqueza y ambición. La propia estructura del libro ya nos anuncia que el historiador conoce bien el terreno que pisa. Los dos primeros capítulos nos presentan el escenario, Teruel y su entorno. Antes de la batalla. La sangre de las primeras víctimas no tiene que ver con el invierno congelado de 1938 sino con el calor abrasador del verano de 1936 y el terror desatado por el golpe de Estado protagonizado por los militares sublevados contra la Segunda República. Y la violencia no termina cuando se apaga el eco de los combates, tras la derrota de las armas republicanas. Continúa hasta el final del conflicto y en los años posteriores, como muestra el último de los doce capítulos, centrado en la posguerra, donde conocemos que, en múltiples aspectos, como la lucha diaria por la supervivencia o la resistencia armada de los guerrilleros de las sierras, la guerra en realidad no había terminado.

Un libro ambicioso porque el autor no se limita a explicar lo que sabe sino que muestra una especial preocupación por la manera de contarlo. Para intentar que el lector curioso que arranca la lectura de las primeras páginas tenga motivos para continuar, con interés, en busca del siguiente capítulo. Para aprender por el camino, porque el final de la historia, el desenlace de la batalla, la lo conocemos de antemano. Por el camino conocemos la dimensión histórica

del acontecimiento: una ofensiva militar concebida en un principio como una operación de distracción, sin demasiada importancia estratégica, se acabó convirtiendo en una larga batalla de desgaste que decantó la guerra, de manera irreversible, en favor del bando sublevado. Diez semanas que asombraron al mundo. El Stalingrado de la Guerra Civil española. En la opinión del autor, el episodio más decisivo de la guerra, más que la defensa de Madrid o que la batalla del Ebro. Alrededor de cien mil bajas entre muertos, heridos, enfermos y prisioneros. Recuerdo la carta de un camillero del ejército franquista, reproducida por Javier Cervera en *Ya sabes mi paradero*. “Durante todo el día hemos estado evacuando los heridos y por la noche los muertos (...) Al caer ya la tarde me encuentro en Caudé donde he estado ordenando los cadáveres que se han dejado en una especie de cuadra. Los hemos estado apilando, me he puesto perdido de sangre. El espectáculo es tremendo”. El matadero de Teruel.

Los capítulos centrales del libro nos muestran la capacidad del Estado republicano para organizar un ejército de masas profesional y disciplinado. Y para lanzar una ofensiva de gran escala teniendo en cuenta el enorme desafío que plantea el potencial destructivo de la guerra moderna. Un rayo de esperanza que asombró a la opinión pública internacional. Pero también un espejismo. La larga batalla de desgaste planteada por el alto mando franquista mostró las limitaciones del esfuerzo de guerra republicano. El Ejército Popular fue incapaz de reponer las enormes pérdidas humanas y materiales, sufrió una notable carencia de mandos intermedios, la inferioridad de sus apoyos exteriores y dificultades insalvables para mantener unas condiciones de vida dignas en el frente, un factor que quebró aún más la diezmada moral de sus combatientes. Una batalla de uniformes, insignias y correajes militares. Pero también de ropas, alpargatas y mantas de paisanos. El autor se muestra siempre atento para escuchar las voces que llegan del otro lado de la batalla: el sufrimiento de la población civil, las requisas y abusos continuados o la lucha por la supervivencia de los refugiados. Y algo más que no está en los datos fríos de las estadísticas ni en la prosa técnica de los informes oficiales. Las sensaciones, las emociones, los olores, los sonidos y las impresiones personales que nos describen la guerra a quemarropa: el caos y la confusión en la ciudad sitiada, el terror y la parálisis que se apodera de los soldados, el colapso físico y psíquico del combate extenuante, la cercanía que a veces existe entre el heroísmo y el pánico, entre el coraje y el miedo contagioso, que desdibuja los contornos de la realidad y los hace vagos y borrosos. Y también el frío siberiano a la intemperie, los cuerpos congelados, el shock traumático de los bombardeos de la aviación y la artillería, la mezcla del sudor con el hedor a podredumbre, con la higiene abandonada, la condena de los piojos, las enfermedades y el hambre. “No hay poesía posible en la guerra”, sostiene David Alegre, “y menos a ras de suelo”.

No sé si es posible la poesía. La poesía, quiero entender, como emoción estética, como descripción de lo bello. Pero desde luego es posible la literatura. Y que los historiadores aprendan de su capacidad para contar lo nos parece indescriptible, que conozcan sus recursos y posibilidades. Leyendo la viveza impresionista de algunos párrafos del libro de David Alegre he vuelto a las páginas de la novela *Campo de sangre* que giran en torno a la batalla de Teruel. A través de Max Aub podemos pasear por la ciudad sitiada y devastada. Ver las casas derrumbadas con sus esqueletos de madera al aire, las paredes abiertas como ventanas al cielo, los sillares arpadados de metralla, los cancelos desmenuzados, los muros apedreados de viruela, el mortero aboqueteado de cráteres rojos del ladrillo herido y los hilos de metal retorciéndose,

caídos al aire de su peso. Y tres dedos de polvo sobre todo. Para el novelista, las casas de Teruel tienen alma de madera. Al entrar en una de ellas anota cómo la destrucción siempre nos sorprende. En la pared sobreviven jirones de papel y un cromó hodegón. Del techo no quedan más que las cañas que alabean su cielo rayado hasta el montón piramidal de residuos, ladrillos, vigas y cascajo. Por la ventana desquijarrada se ve el paisaje, sin más sementera que la nieve. Y en ese vertedero, los ruidos de la guerra que llegan por todas partes. Se oye el cañón. El polvo y el miedo añascados en la garganta, el gusto amargo y húmedo del tiempo emparedado. Luego el silencio: “las piezas de la Muela, quizá las de Villastar, quizá las de Celadas”. Nombres que resuenan en la historia. Y un “frío quieto que lo carcome todo: sangre, paredes, cielo”. La materia inerte, la muerte, y también la vida. Una compañía de fusileros, con las barbas y los cascos sucios, sube hacia la cresta alta de la ciudad y se cruza con una compañía de trabajo, con sus palas y picos al hombro. A lo largo de la carretera se apelonan soldados intentando hogueras escasas. Y llegan más heridos, más refugiados: “sobre el cielo oscuro la nieve caída parece más blanca. Mujeres con mantas, viejos con mantas. El amor es una manta”.

Dice uno de los personajes de Max Aub que “la guerra civil levanta, hace crecer el ánimo, destruye la civilización, adelgaza y fortalece el cuerpo, fomenta la sangre para el mañana, no deja a nadie en paz”. A nadie en paz. Así termina el libro de David Alegre. Recordándonos que decir paz en el año 1939 era solo una manera de hablar. Anotando lo alargada que puede llegar a ser la sombra de la guerra, las múltiples dimensiones del sufrimiento humano, el amplio abanico de víctimas que dejó la batalla de Teruel. Una tierra sembrada entonces de cadáveres. Y ahora de restos materiales, concluye el autor, que merece la pena rescatar como un patrimonio valioso que puede “contribuir a construir y promover una visión crítica de la guerra y la violencia armada”. El autor no pasa de largo, ni sobre la batalla de 1938 ni sobre el Teruel actual. No puede hacerlo quien tiene un abuelo, artillero en el ejército franquista, que se resistió a ejecutar una orden de tiro: “¿Por qué te quedas ahí?”, le pregunto su superior. “Porque me manda usted tirar donde están mis padres”. La introducción del libro es una confesión de ese vínculo personal. Teruel es el hogar de los suyos. Un escenario donde el conocimiento histórico no puede separarse del todo de la emoción, del sustrato de experiencias humanas que esconde y a veces muestra la tierra. El libro y el autor han llegado para quedarse.

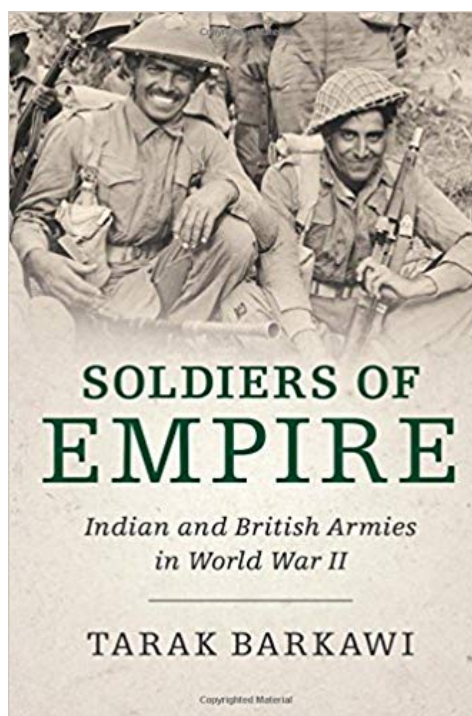
Tarak BARKAWI: *Soldiers of Empire. Indian and British Armies in World War II*, Cambridge, Cambridge University Press, 2017, Xviii, 321 pp. ISBN: 9781107169586.

Ángel Alcalde

Center for the History of Global Development, Shanghai University

Soldados del Raj británico. Una perspectiva sociológica poscolonial

El politólogo Tarak Barkawi, de la London School of Economics, es uno de los analistas más innovadores de los estudios sobre la guerra y las instituciones militares contemporáneas. Su último libro, *Soldiers of Empire*, recoge sus muchos años de investigación centrada en el ejército indo-británico durante la Segunda Guerra Mundial; es una actualización de su tesis doctoral realizada en los años noventa y hasta ahora en gran parte inédita, con el beneficio de décadas de posterior reflexión teórica y metodológica. El libro, por tanto, tiene la ventaja de contar tanto con una detallada base documental y de fuentes primarias y de archivo, como con un poderoso espíritu interpretativo bien asentado sobre un conocimiento experto de la bibliografía y los debates académicos sobre lo bélico y lo militar. No se trata de un libro más acerca de la historia militar de la Segunda Guerra Mundial, sino de una



contribución sustanciosa al conocimiento científico, histórico y sociológico del funcionamiento de los ejércitos modernos. Los lectores pueden tomarse al pie de la letra los elogios anticipados de varios expertos internacionales que se encuentran en la contraportada, desde el historiador Hew Strachan, que afirma que el libro hace pedazos muchos fundamentos de la profesión, y la politóloga Elizabeth Kier, que augura que se convertirá en un clásico en su campo.

Aunque el libro está estructurado en tres partes (*Colonial Soldiers, Going to War, History and Theory*), todas ellas combinan la narración de hechos de armas y campañas, el análisis de fuentes, y la reflexión teórica. Es loable que no haya una separación rígida entre la descripción, el análisis y la síntesis interpretativa, porque esto repercute en la gran fluidez del texto, absorbente en muchos de sus fragmentos. Así, las operaciones militares en Birmania durante la Segunda Guerra Mundial, que forman el foco de la atención empírica del libro, no están narradas de manera cronológica y formularia. En lugar de esto, el autor examina algunos enfrentamientos particulares, como la batalla en el Arakan (1942-1943) o la defensa del perímetro de Sangshak (marzo de 1944), para sustanciar sus argumentos, los cuales van más allá de lo meramente operacional.

El leitmotiv del libro es aportar nuevas explicaciones a la eterna pregunta de cómo los soldados se hacen y por qué combaten. Varias generaciones de intelectuales desde los escritos

del coronel Ardant du Picq en el siglo XIX se han planteado cuestiones que giran en torno a conceptos como “motivación”, “grupo primario”, “cohesión”, “disciplina” o “moral”. Sin embargo, pocos hasta ahora habían tomado un ejército colonial, el del Imperio Británico en el subcontinente surasiático o Raj, como caso fundamental de análisis. Barkawi, con un conocimiento más familiar que el de otros autores occidentales sobre la cultura y sociedad india, lleva a cabo esta misión, que desde el principio promete sorpresas, al ser aquella fuerza armada una especie de rareza: a pesar de estar compuesta por sujetos coloniales bajo el mando de un poder extranjero (los ingleses) luchando frente a los japoneses en un contexto de agitación nacionalista anticolonial en la propia India, la indo-británica fue una maquinaria bélica de gran efectividad. A la vez, la existencia del INA (Indian National Army), un ejército compuesto de prisioneros de guerra indios, promovido por los propios captores japoneses para combatir a los británicos con el objetivo último de la independencia nacional india, plantea aún más preguntas y paradojas sobre la gran eficacia de las unidades coloniales. ¿Cómo fue posible esta?

Las primeras respuestas hay que buscarlas, como hace Barkawi en una primera parte de su libro, en la manera en la que los británicos levantaron su ejército en la India después de la rebelión nativa de 1857. Imbuidos de una mentalidad colonial, los altos mandos británicos diseñaron unas fuerzas armadas basadas en un juego de divisiones y equilibrios a partir de criterios étnicos y prejuicios racistas. Los anglosajones categorizaron y esencializaron a las poblaciones del subcontinente surasiático simplificando su complejidad cultural y social, la cual quedaría artificialmente dividida en bien definidos grupos religiosos, regionales y de casta. Oficiales británicos y administradores coloniales como Henry Lawrence organizaron las unidades del ejército del Raj a partir de clases étnicas, privilegiando el reclutamiento de una serie de agregados humanos considerados “razas marciales”. Así, los sikhs, un grupo religioso predominante en la región norteña del Punjab, devinieron un colectivo típico de extracción militar, así como lo hicieron los gurkhas de la región montañosa nepalesa, los dogras y los pastunes, todos ellos provenientes de zonas más septentrionales y de mayor altitud, ya que los británicos juzgaban a los hombres de las calurosas llanuras del centro y sur del subcontinente como afeminados e inadecuados para el oficio guerrero. El secreto del éxito de mantener la lealtad del ejército colonial británico se basó, pues, en la manera de dividir sus unidades en agrupamientos basados en su adscripción étnica. Era improbable, por ejemplo, que unidades compuestas de musulmanes del Punjab traicionasen órdenes de aplacar una hipotética rebelión de hindúes en Bengal. Por ello, el servicio militar de los súbditos indios en las unidades del ejército imperial implicaba una intensa socialización en los valores religiosos y étnicos atribuidos a su teórico grupo de origen, estuviesen sus miembros de acuerdo o no. Los oficiales británicos promovían las prácticas religiosas de sus soldados nativos, fuesen musulmanes, hindúes, o sikhs, así como se preocupaban de mantener la dieta adecuada para sus tropas, esto es, nada de carne de cerdo para los soldados musulmanes, ni de bovino para los hindúes, entre otras prescripciones. En muy pocas ocasiones las diferencias étnicas implicaron problemas de disciplina: aquello sí ocurrió, por ejemplo, cuando algunos sikhs hicieron de su uso del turbante un rasgo innegociable de su identidad marcial frente a las pretensiones de oficiales británicos de imponer el uso del casco. Pero en general, el ejército del Raj, al basarse en criterios de etnicidad, no solo consiguió poner en práctica el principio de *divide et impera*, sino también aumen-

tar la cohesión y efectividad de sus tropas. Si este análisis nos demuestra que la habitual polarización ejército-sociedad es exagerada, Barkawi también pone de relieve el carácter cosmopolita del oficio castrense.

Una segunda línea argumentativa hace zoom sobre las propias dinámicas del combate y las campañas militares llevadas a cabo por las unidades indo-británicas en la Segunda Guerra Mundial. Aquí, Barkawi no rehúye el debate con los argumentos propuestos por autores como Omer Bartov, que destacó el factor ideológico como fuente de motivación para los combatientes del ejército de Hitler. Recordemos que convencionalmente se asume que al llegar a un cierto nivel de bajas sufridas en combate se socava fundamentalmente la cohesión y moral de una unidad militar; que la destrucción del grupo primario conduce a su disolución; y que la muerte de una parte sustancial de una compañía o regimiento en acción lleva sistemáticamente al pánico, la huida o rendición del resto de soldados. Pero como Bartov defendió en su día, combatientes muy ideologizados pueden guerrear sin cuartel hasta el último hombre. De la misma manera fanática, de hecho, parecían combatir los soldados japoneses a los que se enfrentaban los soldados del Imperio británico en Birmania. Lo que revela Barkawi es que los soldados coloniales indios también se caracterizaron, generalmente, por combatir con similar entrega. Una vez que los hombres recibieron adecuado entrenamiento para la lucha en la jungla, la guerra en el escenario tropical fue absoluta y sin cuartel. Barkawi, con una mirada sociológica deudora de la lectura de Durkheim y otros, pone el acento en los rituales, los tótems, los sacrificios y las prácticas de combate compartidas. La instrucción (*drill*) es uno de los primeros procesos que origina la efectividad de los combatientes en el campo de batalla. Después, la propia lógica del combate, como fuerza que absorbe y transforma a los participantes de *ambos* bandos, es lo que asegura el nivel de encarnizamiento mantenido tanto en Birmania como en el frente ruso. En ninguno de los dos escenarios se hicieron muchos prisioneros. En esta perspectiva, las bajas no dinamitan la moral tanto como alimentan el espíritu de lucha a través de lógicas de sacrificio colectivo, afinidades grupales y deudas de sangre. La muerte y el sufrimiento regeneran las fuerzas de los supervivientes, lo cual deriva en una retroalimentación circular de la violencia de guerra.

Siguiendo estos argumentos, Barkawi reescribe la habitual fórmula que conecta la Segunda Guerra Mundial en el escenario asiático con el odio racial. No fue el racismo lo que condujo a la guerra total entre japoneses y los aliados angloamericanos; fue la experiencia de guerra lo que llevó a la interpretación del conflicto en términos racistas. Las atrocidades y la conducta ultraviolenta en el campo de batalla fueron elementos compartidos por los japoneses y las fuerzas del imperio británico. Ciertamente, los ejércitos y sus estilos de hacer la guerra están influenciados por las estructuras del estado-nación, pero las naciones no son los sujetos estructurantes de las realidades del combate. Las fuerzas armadas del Raj se caracterizaron por trascender parámetros occidentales basados en el estado-nación y la modernidad. Más aún, revisitando los debates Goldhagen y Browning en torno a la cuestión de si los autores de atrocidades genocidas fueron “alemanes de a pie” o bien “hombres normales”, Barkawi – a la luz de lo analizado en su libro – recuerda que el servicio de armas en la Alemania Nazi fue un asunto más “cosmopolita” de lo que cabría imaginar (página 278). Igualmente, entendidas en su contexto histórico, el ejército indio y otras fuerzas imperiales británicas eran producto de la «globalización de formas occidentales de disciplina militar» (279).

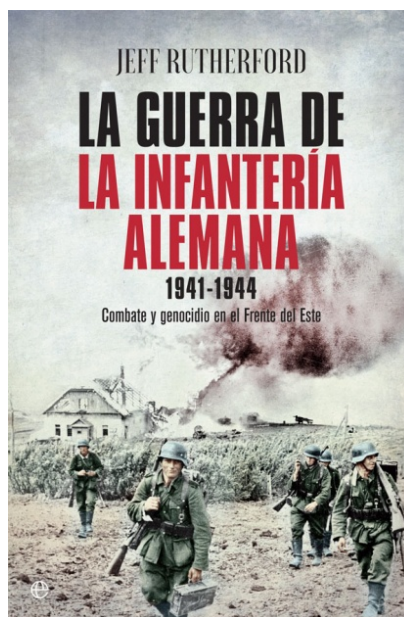
Barkawi, de este modo, trasciende los marcos preconcebidos del estado-nación y las perspectivas eurocéntricas, a través de la historia imperial y del giro historiográfico poscolonial, y sitúa el estudio de los ejércitos en términos universales. En su libro, consigue descolonizar al soldado como actor histórico. Con este gran logro, su libro ensancha nuevas perspectivas de investigación que incorporan lo global al estudio de la guerra y el ejército. Pero algunos problemas menores pueden obstaculizar el impacto historiográfico de esta importante obra: el libro es mucho más de lo que aparenta a simple vista. La elección del título, excesivamente convencional, me parece desacertada, pues la obra no es un simple estudio de los “ejércitos indios y británicos en la Segunda Guerra Mundial” (como reza el subtítulo), sino que contiene un alto componente teórico que pasa desapercibido en portada. Inadecuado me resulta también el estilo del aparato crítico, poco útil en un trabajo de contenido histórico: se mencionan en nota al pie las obras solamente de manera abreviada incluso cuando se trata de su primera cita, y por lo tanto no se aprecian a primera vista las fechas de publicación y características de las fuentes bibliográficas (algo importante para los historiadores). Ciertamente se pueden consultar las referencias completas en la bibliografía, pero entonces, ¿por qué no directamente convertir las notas al pie en notas al final? En sus páginas, el libro reproduce mapas y fotografías de calidad e interés, pero la elección de la imagen de cubierta, aunque transmite una cierta (y reconocida) simpatía del autor hacia la institución castrense, no representa adecuadamente la crudeza y la violencia inherente al contenido analizado. Más allá de estos aspectos cosméticos, el libro deberá atraer a lectores internacionales, interesados en temas centrales de la historia social y cultural de la guerra y la nueva historia militar.

Jeff RUTHERFORD: *La guerra de la infantería alemana, 1941-1944. Combate y genocidio en el Frente del Este*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2017, 427 pp. ISBN: 9788491640004.

Fernando Jiménez Herrera
Universidad Complutense de Madrid

Ideología e imperativo militar en el Frente del Este

El presente trabajo es una traducción del libro de Jeff Rutherford *Combat and Genocide on the Eastern Front. The German Infantry's War, 1941-1944*, publicada por Cambridge University Press en el año 2014. El objeto de estudio es el ejército alemán durante la Segunda Guerra Mundial, más concretamente, tres Divisiones de Infantería de la Wehrmacht (la 121^a, la 123^a y la 126^a) que actuaron dentro del Grupo de Ejércitos del Norte en el frente soviético. El objetivo de este trabajo de Jeff Rutherford es analizar e «intentar comprender» no solo las políticas que llevaron a cabo estas tres divisiones en el Frente Oriental, sino el porqué de esas actuaciones. Para poder dar respuesta a esta pregunta Jeff Rutherford recurre al imperativo militar, al considerarlo como la herramienta más útil y completa para «explicar cómo y por qué el ejército alemán y sus soldados combatieron en la Unión Soviética». A través de la flexibilidad de este concepto se puede comprender mejor las políticas que llevaron a cabo las Divisiones sobre la Unión Soviética. En palabras del autor el imperativo militar «significa que el ejército alemán haría cualquier cosa que fuera necesaria para preservar su eficacia en combate y salir victorioso del campo de batalla, aunque el modo de alcanzar la victoria pudiera entenderse desde distintos puntos de vista en las diferentes unidades y divisiones.» En este enfoque reside uno de los grandes aportes de la presente obra, *La guerra de la infantería alemana (1941-1944), combate y genocidio en el Frente del Este*.



Para poder llevar a cabo este trabajo, Jeff Rutherford ha recurrido al estudio de las actuaciones de los soldados de las divisiones de infantería seleccionadas y las órdenes de la oficialidad, incluso las dictadas por Hitler, para condicionar y dar forma al proceder de los combatientes. Para poder llevar a cabo este trabajo el autor ha recurrido a una nutrida bibliografía sobre el tema, la cual es analizada en la introducción en un breve estado de la cuestión, pero también a fuentes documentales procedentes de diversos archivos. Además, a lo largo de sus páginas el autor recurre al testimonio de los propios soldados como forma de consolidar sus hipótesis y afirmaciones. Estas han sido obtenidas a través de diarios, cartas e información emanada de los combatientes y de las propias instituciones militares de los diversos escalafones de la Wehrmacht, principalmente de los diarios de las divisiones estudiadas en este trabajo.

Por supuesto, Jeff Rutherford nos explica las motivaciones que le han llevado a elegir esas tres divisiones de infantería, ya que su elección no es fruto del azar. Considera que estas unidades estuvieron compuestas por levadas civiles, es decir, soldados que procedían de una misma región o espacio geográfico, representantes del pueblo alemán en distintas regiones (el este de Prusia, Berlín y Renania-Westfalia, que correspondían a la 121ª, la 123ª y la 126ª respectivamente), también por participar todas ellas en la Operación Barbarroja, que dio inicio a la invasión de la Unión Soviética, y finalmente porque ninguna de ellas fue considerada de elite por el Alto Mando del Ejército Alemán. Además, añade el autor, las tres Divisiones pertenecieron al Grupo de Ejércitos Norte, un agregado militar poco estudiado en comparación con los Grupos Centro y Sur. Por lo tanto, otro aspecto a destacar de este trabajo, además del enfoque, es la relación de la procedencia de los soldados con su comportamiento en sus áreas de actuación y el estudio de unidades poco estudiadas por la historiografía sobre el ejército alemán en el Este.

Jeff Rutherford divide la obra en doce capítulos, precedidos por una introducción, y finalizado por las conclusiones. A continuación, se procederá a efectuar un análisis del contenido de los capítulos que conforman esta obra. En el primero de ellos, y tras realizar un estudio en la introducción de la evolución del imperativo militar desde la unificación alemana, su autor estudia el avance del nazismo en Alemania. Cómo este partido fue ganando adeptos y terreno frente al resto de partidos, y cómo este proceso afectó a las regiones de origen de los soldados que compusieron las tres divisiones de infantería estudiadas, y, por tanto, a sus ciudadanos. Este aspecto es importante para el autor de cara a tener en cuenta el grado en que caló la ideología nazi en los soldados en función de su región de procedencia, y también si esa permeabilidad o no del nazismo en los soldados afectó a su forma de actuar una vez que estuvieron en suelo soviético. Jeff Rutherford pone el foco en las tres regiones originarias de los soldados que compusieron las divisiones estudiadas, es decir, Prusia oriental, Berlín y Renania-Westfalia. En el segundo de los capítulos, realiza un estudio sobre la planificación de la Operación Barbarroja en todos sus aspectos, y cómo entendieron su misión cada una de las divisiones que sirven de eje para este estudio. En los siguientes tres capítulos, el tercero, cuarto y quinto, se analiza el avance de la 121ª, 123ª y 126ª divisiones de infantería en territorio soviético tras el inicio de la invasión de la Unión Soviética a manos del Eje. El autor se centra en el análisis de los efectos que provoca el avance en las Divisiones y cómo se materializa el imperativo militar en las políticas de ocupación del territorio, así como también en el trato dispensado a la población civil soviética por parte de los soldados de la Wehrmacht. El quinto capítulo pone especial atención en la ocupación de la ciudad de Pavlovsk por parte de la 121ª División, una de las pocas grandes ciudades que ocuparon los alemanes en el norte, ya que predominaron las poblaciones de pequeñas dimensiones. El sexto capítulo cierra la primera parte del libro iniciada con el primer capítulo. En este el autor finaliza su análisis sobre la Operación Barbarroja y cómo esta nueva fase de la guerra modifica la percepción del conflicto germanosoviético, pasando de ser visto como un conflicto que se resolvería en una única operación a contemplarse como uno de larga duración basado en una guerra de posiciones, como en la Primera Guerra Mundial.

El séptimo capítulo pone el foco sobre la crisis invernal y la radicalización que supuso en el *modus operandi* de los soldados, dadas las nuevas condiciones en que combatían, princi-

palmente para el caso de la 123^a y 126^a divisiones. En el octavo y noveno capítulos Jeff Rutherford estudia el cambio de comportamiento y de trato dispensado a los civiles por parte de los soldados de las tres divisiones estudiadas, muy condicionados por las nuevas necesidades bélicas y no por humanitarismo, como bien refleja el autor. Las políticas de temporización con y mejora de las condiciones de vida de la población autóctona tuvieron que ver con el reenfoco de una guerra que empezaba a preverse larga y en la cual los habitantes de las regiones ocupadas serían fundamentales como mano de obra, al tiempo que se intentaba evitar que engrosaran las guerrillas partisanas. Los capítulos decimo y undécimo tratan el estudio de los reemplazos y las contradicciones fundamentales que se manifestaron en lo referido al imperativo militar. El autor estudia cómo a pesar de las cuantiosas bajas, las divisiones estudiadas reciben refuerzos, la mayor parte de ellos de las zonas de procedencia originaria de las divisiones. Una forma de mantener los lazos con su comunidad de procedencia. Además, también analiza las consideraciones de los veteranos sobre estos reemplazos y su adiestramiento en el campo de batalla. En relación a las contradicciones del imperativo militar, un ejemplo que aborda el capítulo undécimo tiene que ver con el trato dispensado a los civiles y la posibilidad de que se vuelva contra los intereses militares. Finalmente, *La guerra de la infantería alemana (1941-1944)*, viene cerrada por el duodécimo capítulo, centrado en la retirada de las tropas alemanas del escenario soviético y el trato dispensado a la población civil, concebida como mano de obra esclava que no debía caer en manos soviéticas para no reforzar su esfuerzo de guerra. La misma mentalidad impregnó la práctica de tierra quemada puesta en marcha por el ejército alemán en territorio soviético en un intento de que el enemigo no tuviese ningún tipo de recurso a mano que le pudiese ayudar en el desarrollo de la guerra. Este aspecto se une al estudio de la actitud de los soldados frente al conflicto y su percepción del mismo tras los bombardeos ingleses sobre Alemania.

Así pues, el trabajo de Jeff Rutherford finaliza con unas conclusiones en las que recoge las ideas principales expuestas a lo largo de su libro, *La guerra de la infantería alemana (1941-1944). Combate y genocidio en el Frente del Este*, y las interrelaciona unas con otras para acabar afirmando la hipótesis planteada desde el principio, es decir, que el imperativo militar tuvo una mayor trascendencia en el comportamiento de la Wehrmacht en el Este, al menos en relación con otros aspectos como la ideología nazi.

Xosé Manoel NÚÑEZ SEIXAS: *Camarada invierno. Experiencia y memoria de la División Azul (1941-1945)*, Barcelona, Crítica, 2016, 575 pp. (4 mapas y 19 fotografías) ISBN: 918-84-9892-900-3

David Alegre Lorenz
Universitat de Girona

Un hito para historiografía española en el ámbito de los estudios de la guerra

En los últimos años los estudios de la guerra están de enhorabuena por lo que respecta a la historiografía española, al menos en el ámbito de la historia contemporánea. La aparición de *Camarada invierno*, obra de Xosé Manoel Núñez Seixas reseñada en estas páginas, es uno de los motivos fundamentales, a la cual cabe sumar la aparición casi simultánea de *La guerra fascista* de Javier Rodrigo en ese mismo semestre de 2016.⁸³⁷ A la vista de los hechos, creo que ha merecido la pena posponer el análisis de este trabajo hasta hoy, a pesar de haber aparecido hace ya dos años, porque ello nos permite contemplar con mayor perspectiva su verdadera importancia, su alcance y su impacto. Sobre todo porque *Camarada invierno* es un punto de llegada necesario dentro de un trabajo personal de muchos años, aunque ni mucho menos sea un punto y final, más aún si atendemos a todo lo que ha publicado su autor con posterioridad en torno a la División Azul (DA), objeto de estudio de la obra en cuestión.⁸³⁸



Sin embargo, conviene señalar que el camino hasta aquí comenzó mucho antes, y seguramente es justo decir que lo hizo al calor de la evolución personal y las inquietudes del propio Núñez Seixas. Al fin y al cabo, en la historiografía sucede como en cualquier otro ámbito del conocimiento, y es que de vez en cuando aparece alguien con las cualidades, la capacidad y la situación necesarias para abrir campos de trabajo hasta entonces inconcebibles. Eso es lo que ocurrió hace ahora quince años, iniciado el nuevo siglo, cuando empezaron a aparecer aquellos primeros y refrescantes trabajos de Núñez Seixas sobre la guerra civil, la Segunda Guerra Mundial y la DA que partían desde perspectivas ignoradas o vagamente conocidas en la Península Ibérica. La llegada de *¡Fuera el invasor!* en 2006 y de *Imperios de muerte* un año después removi6 algo en ciertos círculos del mundo académico-universitario, incluyendo a los

⁸³⁷ Javier RODRIGO: *La guerra fascista. Italia en la Guerra Civil española*, Madrid, Alianza, 2016.

⁸³⁸ Xosé Manoel NÚÑEZ SEIXAS: "Good Invaders? The Occupation Policy of the Spanish Blue Division in Northwestern Russia, 1941-1944", *War in History*, 25:3 (2018), 361-386; "Unable to hate? Some comparative remarks on the war experience of Italians and Spaniards on the Eastern Front", *Journal of Modern European History*, 16:2 (2018), pp. 269-289; Íd.: "Wishful thinking in wartime? Spanish Blue Division's soldiers and their views of Nazi Germany, 1941-1944", *Journal of War & War Studies*, 11:2 (2018), pp. 99-116; o también Íd.: "Russia and the Russians in the eyes of the Spanish Blue Division Soldiers, 1941-4", *Journal of Contemporary History*, 52:2 (2017), pp. 352-374.

y las docentes y al alumnado que cursaba sus estudios por aquel entonces.⁸³⁹ En cualquier caso, valorar la relevancia de los trabajos que alumbran nuevos caminos en el campo de las humanidades precisa de un periodo de asimilación por parte de la comunidad investigadora y el público al que van dirigidos. De alguna manera se trata de ir haciendo poso, de marcar territorio, de visibilizar la necesidad de enfocar ciertas cuestiones desde nuevos puntos de vista, y está claro que en un país con un pasado bélico tan rico y complejo como el de España hacía falta enfocar el mundo militar y de la guerra de otro modo, partiendo para ello de la historia social y cultural más avanzadas.

Que estaba claro lo podemos decir ahora, con el beneficio de la retrospectiva, pero entonces fue Núñez Seixas quien supo y quiso abrir esta veta, desplegando con ello un nuevo abanico de infinitas posibilidades. Ahí están, dentro de sus propias carreras y agendas investigadoras, pero evidentemente muy al calor del trabajo de este historiador gallego, los trabajos de Eduardo González Calleja, con la coordinación en 2008 del dossier sobre el concepto de cultura de guerra, y de Javier Rodrigo, quien dirigió un número especial dedicado a la retaguardia en guerra como espacio de transformación social, cultural y política.⁸⁴⁰ En este sentido, no es para nada casual que desde la aparición de estos primeros y decisivos aportes hasta la publicación de *Camarada invierno* con su alargada sombra –sin olvidar todo lo que Núñez Seixas y Rodrigo ya habían producido por el camino– hayan surgido iniciativas como la *Revista Universitaria de Historia Militar* en el año 2012 o se hayan publicado otras obras muy importantes debidas a jóvenes historiadores como James Matthews, Ángel Alcalde, Germán Ruíz o quien suscribe esta reseña.⁸⁴¹ Al mismo tiempo han sido defendidas o están en proceso de serlo varias tesis doctorales muy relacionadas con los métodos, las inquietudes, las preguntas y los conceptos historiográficos introducidos por Núñez Seixas en las coordinadas historiográficas peninsulares.⁸⁴² No por nada, cabe recordar que la trayectoria e investigaciones de

⁸³⁹ Xosé Manoel NÚÑEZ SEIXAS: *Imperios de muerte. La guerra germano-soviética, 1941-1945*, Alianza, Madrid, 2007 y *¡Fuera el invasor! Nacionalismos y movilización bélica en la guerra civil española, 1936-1939*, Madrid, Marcial Pons, 2006.

⁸⁴⁰ También hay que destacar las aportaciones de Michael SEIDMANN: *A ras de suelo. Historia social de la República durante la guerra civil*, Madrid, Alianza, 2003 y *La victoria nacional*, Madrid, Alianza, 2012. Más tarde vendrían otros como Maximiliano FUENTES CODERA: *España en la Primera Guerra Mundial. Una movilización cultural*, Madrid, Akal, 2014 y antes Carolina GARCÍA SANZ: *La Primera Guerra Mundial en el Estrecho de Gibraltar: economía, política y relaciones internacionales*, Madrid, CSIC, 2011. Cabe destacar en el caso de los dos últimos autores la publicación de múltiples artículos y colaboraciones en obras colectivas sobre estas cuestiones durante estos años.

⁸⁴¹ James MATTHEWS: *Soldados a la fuerza. Reclutamiento obligatorio durante la Guerra Civil, 1936-1939*, Madrid, Alianza, 2013 [2012 original en inglés], Ángel ALCALDE: *Los excombatientes franquistas. La cultura de guerra del fascismo español y la Delegación Nacional de Excombatientes (1936-1939)*, Zaragoza, PUZ, 2014 y *War Veterans and Fascism in Interwar Period*, Cambridge, CUP, 2017 Germán RUÍZ LLANO: *Álava, una provincia en pie de guerra: voluntariado y movilización durante la Guerra Civil*, Bilbao, Ediciones Beta III Milenio, 2016 o David ALEGRE LORENZ: *La batalla de Teruel: Guerra total en España*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2018.

⁸⁴² Alfonso IGLESIAS AMORIN: *La memoria de las guerras de Marruecos en España (1859-1936)*, Tesis doctoral inédita, Universidad de Santiago de Compostela, 2014; Alejandro PÉREZ-OLIVARES: *La victoria bajo control: ocupación, orden público y orden social del Madrid franquista (1936-1948)*, Tesis doctoral inédita, 2017; Daniel AQUILLUÉ DOMÍNGUEZ: *El liberalismo en la encrucijada: Entre la revolución y la respetabilidad 1833-1843*, Tesis doctoral inédita, Universidad de Zaragoza, 2017; David ALEGRE LORENZ: *Experiencia de guerra y colaboracionismo político-militar: Bélgica, Francia y España bajo el Nuevo Orden (1941-1945)*, Tesis doctoral inédita, Universitat Autònoma de Barcelona, 2017; Santiago GOROSTIZA: *Mobilising Nature between Democracy and Fascism: An Environmental History of the Spanish Civil War and the Legacies of the Francoist Autarky*, Tesis doctoral

una parte importante de esta nueva hornada de historiadores e historiadoras se ha visto beneficiada de forma directa por el magisterio del susodicho, ya fuera a través de la dirección de tesis doctorales, del asesoramiento vía correo electrónico, de la participación en congresos y seminarios o de las estancias de investigación bajo su tutela en la Ludwig-Maximilians-Universität de Múnich.

Si pasamos al análisis pormenorizado de *Camarada invierno*, vale la pena comenzar señalando que el objetivo central de Núñez Seixas es reconstruir la experiencia de guerra y posguerra de los combatientes de la División Azul, así como la memoria que se ha creado en torno a esta a lo largo de las décadas. En este sentido, cabe destacar el interés del autor por ahondar en la trayectoria de los veteranos tras la guerra, un tipo de enfoque integral o de largo alcance que hasta hace poco no era muy común ni en la historia militar más avanzada. Así pues, la importancia de la DA como objeto de estudio radica sobre todo en la multiplicidad de perfiles humanos que congregó en su paso durante más de dos años por el Frente Oriental hasta su disolución en el otoño de 1943, algo que es extensible a las unidades españolas que la sucedieron. No hay duda de que esta unidad fue una representación a pequeña escala de la sociedad española del momento, con todos sus conflictos, sus problemas, sus esperanzas y sus frustraciones. Por eso mismo, una de las tesis centrales de la obra pasa por subrayar y demostrar la realidad poliédrica que caracterizó a la DA, tanto por lo que se refiere a los individuos que la integraron como a sus experiencias en campaña y el modo en que las codificaron. De este modo se explica que Núñez Seixas sitúe a los combatientes como sujeto central del relato, y lo hace con una metodología refinada y probada durante años de forma eficaz en múltiples trabajos, pero siempre atendiendo al contexto y coordinadas mucho más amplias en las que se enmarca(n) la(s) experiencia(s) y la(s) memoria(s) de la unidad.

El tipo de planteamiento o distribución interna de la obra combina en todo momento diferentes marcos de análisis por temas que se combinan a la perfección, haciendo los contenidos más atractivos y ofreciendo una visión muy completa e integrada de lo que fue y representó el paso de la DA por el Frente Oriental. De hecho, el capítulo 1 y los dos primeros epígrafes del siguiente dibujan un amplio marco interpretativo que ayudará al lector o la lectora a sumergirse en el conjunto del trabajo. En primera instancia, Núñez Seixas analiza los cauces culturales y los acontecimientos que dieron lugar a la construcción estereotipada del ruso en la España de la primera mitad del siglo XX. Por supuesto, esta estuvo muy marcada en lo que respecta al espectro socio-político contrarrevolucionario por el hito que supuso el apoyo soviético en favor de la República durante la guerra civil y los constructos ideológicos bombardeados de forma constante por la propaganda sublevada en su propia retaguardia. Esto se unía a la admiración, no exenta de conflictos y contradicciones, que despertaban Hitler y el Tercer Reich por sus supuestos logros en materia económico-social y también en el ámbito militar, una vez comenzada la Segunda Guerra Mundial. A partir de ahí, llegado el capítulo 2, Núñez

inédita, Universidade de Coimbra, 2017. Próximas a ser culminadas y defendidas cabe destacar las investigaciones de Stephanie WRIGHT: *Disabled and Neurotic Nationalist Veterans and Perceptions of Masculinity in Franco's Spain, 1936-1975*, University of Sheffield; Francisco J. LEIRA CASTIÑEIRA: *La socialización de los soldados del ejército sublevado (1936-1945)*. Su papel en la consolidación del régimen franquista, Universidade de Santiago de Compostela; Miguel ALONSO IBARRA: *Fascismo en guerra: violencia, ideologización y experiencia bélica en la Guerra Civil Española (1936-1939)*, Universitat Autònoma de Barcelona; Juan Boris RUÍZ NÚÑEZ: *Los bombardeos aéreos republicanos durante la Guerra Civil Española: guerra total y memoria*, Universitat d'Alacant.

Seixas sintetiza las principales características que hicieron del Frente Oriental un escenario de guerra particular y diferente a los demás, así como el marco más amplio de movilización de voluntariado de guerra en toda Europa donde se gestó la creación de la DA, todo ello impulsado bajo un supuesto europeísmo nacionalsocialista que no era más que mera fachada.

En el núcleo central del capítulo 2, eje axial del libro, el autor analiza el perfil y los métodos de reclutamiento de los combatientes españoles que marcharon a Rusia, ahondando en sus orígenes y en sus motivaciones, al tiempo que toma parte de la polémica sobre el porcentaje de falangistas y de conscriptos que confluyeron en la unidad. Su análisis en este punto es meticuloso, tanto como permiten las fuentes, mostrando la gran variedad de razones que llevaron a hombres de las más diversas edades a unirse a la DA, desde el deseo de hacer carrera militar hasta el idealismo, pasando por el afán de venganza, la influencia familiar, la cultura de la victoria y la virilidad forjadas en la guerra civil española, la necesidad económica, el deseo de huida o el afán de prosperar social y políticamente. En este punto Núñez Seixas apunta un par de tesis clave: los falangistas conformaron entre el 15 y el 20% del primer contingente, aunque fueron capaces de condicionar el lenguaje, las percepciones y las praxis a lo largo de toda la campaña, y por mucho que disminuyó el valor humano de los contingentes de reemplazo estos no fueron tan distintos en cuanto a sus motivaciones y su composición. Sin embargo, con el paso de los meses el peso de idealistas alistados en la DA disminuyó, lo cual también da buena cuenta de los intereses de Falange, que trató de proteger unas filas mermadas por las bajas de los que ya habían partido con el primer contingente. Además, el autor deja bien claros los problemas, las particularidades y los resultados desiguales del proceso de reclutamiento en función de cada territorio, hasta el punto que ya en el verano del 41 la mitad de la tropa procedía de cuarteles, fueran voluntarios o no.

En su afán por complejizar el relato, Núñez Seixas apunta de forma certera en el capítulo 3 que las percepciones de los divisionarios respecto a lo que se encontraron de camino al norte de Rusia durante su marcha a pie a través de Polonia Oriental, Lituania y Bielorrusia estuvieron muy condicionadas por su origen social y su grado de formación. En este sentido, las visiones negativas sobre la miseria y el atraso de la vida campesina en Europa Oriental que nos han llegado a través de la memorística divisionaria se explican por el hecho de que aquellos que dejaron testimonio escrito de su experiencia eran por lo general individuos procedentes del mundo urbano, muchas veces con estudios superiores. Al contrario que en su caso, la realidad de este mundo rural situado en el otro extremo del continente no era ni mucho menos tan chocante para los divisionarios procedentes del campo español, donde las condiciones de vida a menudo no eran mejores. Por si esto fuera poco, a la situación a menudo desesperada de los campesinos autóctonos había que sumar el agravante de los saqueos al paso de las tropas alemanas de vanguardia y ocupación y las propias destrucciones provocadas por la guerra. En este sentido, los reclutas sintieron todo lo contrario a su paso por Alemania, cuya organización y cultura despertó gran admiración entre los que dejaron testimonio, si bien cada cual tendía a reflejar en sus descripciones sus anhelos políticos, caracterizando la vida del país en función de su concepción ideal de la vida política y en comunidad.

En el capítulo 4 el autor lleva a cabo un buen análisis y descripción de los escenarios de combate donde fue desplegada la DA, tanto durante el primer año al norte del lago Ilmen, a caballo entre la ribera derecha e izquierda del Vóljov, como durante el segundo año en el anillo

del cerco al sur de Leningrado. De hecho, las operaciones protagonizadas por la unidad española están presentadas de forma atractiva y novedosa, tanto por el enfoque como por las fuentes empleadas, lo cual hace que resulte sumamente estimulante un nuevo repaso de estas. Además, Núñez Seixas da una gran importancia al análisis de la vida cotidiana de la DA, demostrando que combatir las dificultades del clima y el terreno llegó a ocupar buena parte del tiempo de los combatientes, hasta el punto de provocarles un profundo desgaste. Como suele ser común en las guerras de larga duración, la experiencia general de los combatientes vino marcada por la omnipresencia de la monotonía y el aburrimiento, lo cual agudizaba la conciencia de su propia miseria, que se unía al impacto psicológico que generaba un paisaje extraño y un enemigo que siempre podía estar al acecho.

Por lo demás, una de las cuestiones más destacables de esta parte de la obra es el análisis de las percepciones que las autoridades y los oficiales y soldados alemanes tenían del desempeño de los españoles en combate, donde Núñez Seixas se mueve bien destejando los prejuicios culturales a la par que apunta las verdaderas limitaciones del contingente ibérico. En última instancia, lo que se observa es una desconfianza constante por parte de los mandos alemanes que tuvieron la DA a su cargo dentro de la estructura militar de la Wehrmacht en el Frente Oriental. De hecho, la memoria de la unidad estuvo muy marcada por el enaltecimiento de sus hechos de guerra a manos de la propaganda alemana, con un claro interés político, y por las precauciones que se tomaron para evitar que la DA se viera envuelta en situaciones militares comprometidas que pudieran derivar en un problema diplomático y de prestigio. Más allá de eso, los informes alemanes y el análisis del propio autor nos muestran que la española fue una división de tercera categoría, según las clasificaciones manejadas dentro de la Wehrmacht, incapaz de llevar a cabo operaciones ofensivas por sus problemas de encuadramiento y movilidad y apta para tareas defensivas siempre y cuando no se empleara contra ella armamento pesado.

El capítulo 5, dedicado a las visiones del enemigo y la población civil por parte de los divisionarios, así como a las políticas de ocupación desplegadas por la DA, se caracteriza por no renunciar en ningún momento a presentar la realidad del Grupo de Ejércitos Norte, agregado de ejércitos y divisiones donde se integraba la unidad española. El objetivo del autor es dar con las particularidades y similitudes en el modus operandi de los combatientes ibéricos y alemanes, así como de sus relaciones con los civiles. En este sentido, una de las primeras cosas que destaca Núñez Seixas es que la memorística divisionaria elaboró una imagen extremadamente benévola de su trato con los soviéticos. No obstante, la documentación deja ver de forma muy clara que los abusos en forma de pillajes, saqueos, coacciones, agresiones sexuales, quema de viviendas y otras formas de violencia fueron una constante, algo en lo que los españoles no se diferenciaron demasiado de sus aliados germanos.

Por otro lado, su visión de los civiles y enemigos se movía entre el racismo cultural, la condescendencia y la compasión, llegando a verlos a través de la imagen estereotipada del comunismo, hasta el punto de presentarlos como víctimas subsumidas por la tiranía soviética y el terror impuesto por el Ejército Rojo. Sin embargo, Núñez Seixas sí que pone de manifiesto que los cambios en las políticas de ocupación alemanas a partir del invierno de 1942 también tuvieron su correlato en el caso de la DA, apostando a partir de entonces por la explotación racional de los recursos humanos a favor del esfuerzo de guerra del Eje. A partir de ahí se

establecieron lazos entre combatientes y civiles o prisioneros, unos en busca de cubrir determinadas labores y necesidades, incluidas las sexuales, y otros en busca de protección y fuentes de sustento que les permitieran sobrevivir. En cualquier caso, tanto en este punto como en lo que respecta al problema planteado por los partisanos lo que queda muy claro es que en un ejército de masas las unidades e individuos tenían y tienen mucha autonomía y capacidad de decisión sobre el terreno, lo cual hacía que las experiencias y praxis variaran notablemente en función de coyunturas cambiantes.

Por lo demás, Núñez Seixas maneja en todo momento a la perfección la memorística divisionaria, destacando que existe un cambio de talante entre los relatos y visiones de los divisionarios que recogieron sus experiencias antes y después de 1945, sobre todo a la hora de destacar la inmundicia, el retraso y la miseria de los autóctonos. Esto se observa de forma más evidente si cabe en la imagen que transmiten del judío las memorias escritas con la guerra aún en marcha, donde no estaba ausente una cierta repulsa. En este caso no se cuestionaron las políticas alemanas respecto a esta minoría, aunque pudieran percibir de forma evidente sus efectos en las marchas de 1941 a través de Polonia Oriental o Lituania camino del frente, lo cual tampoco impidió que se dieran formas de confraternización y contactos entre españoles y hebreos que alarmaron a los alemanes. El autor señala que el trato que se dispensaba al colectivo en cuestión se normalizó porque siempre se tienden a racionalizar políticas de corte tan radical, violento y sistemático según la lógica del “algo habrán hecho”.

El capítulo 6 destaca por abordar de la forma más rigurosa, sistemática y veraz hasta la fecha un episodio envuelto a menudo en la bruma del mito, en este caso el de la participación de españoles en la Wehrmacht y las Waffen-SS tras la disolución de la Legión Azul, fugaz sucesora de la DA. Así pues, Núñez Seixas nos aporta un cuadro muy completo, lo cual es meritorio dada la falta de fuentes y evidencias, la dispersión de las pocas con que contamos y la falta de fiabilidad de ciertos testimonios. El perfil de estos últimos combatientes integraba idealistas, aventureros y trabajadores españoles destinados al Reich, ya fuera de forma voluntaria o forzosa (republicanos exiliados). En definitiva, este capítulo nos sitúa ante la tela de araña de la contrarrevolución, decisiva para entender las redes por las que se captaba al voluntariado en la fase final de la guerra, por medio de individuos concretos y a partir de confluencias y afinidades forjadas a veces tiempo atrás. La importancia de Wilhelm Faupel es reveladora, pero también la de algunos colaboracionistas valones que habían pasado por la guerra civil española. En cualquier caso, los destinos y las misiones encomendados a estos últimos voluntarios fueron variados, desde el empleo en la contrainsurgencia hasta la lucha en el frente, pasando por operaciones de sabotaje.

La obra concluye con el capítulo 7, que bien podría haberse denominado “Retaguardia, legado y memoria de la DA”, sobre todo por el peso que tiene en él el estudio del apoyo logístico-político brindado desde España a los combatientes destinados en Rusia y a las relaciones que mantuvieron con sus familiares y con el estado que habían dejado al otro extremo del continente. Por lo que respecta a esta primera cuestión, como en otros casos europeos se observa un afán constante de Falange por capitalizar la experiencia de guerra de los combatientes en su propio beneficio, tanto que el alistamiento de un alto número de cuadros y militantes comprometió seriamente al partido a causa de las bajas. Además, las campañas de apoyo material en favor de los combatientes impulsadas desde el Movimiento pusieron de

manifiesto los límites de la capacidad de convocatoria y movilización del régimen frente a una sociedad donde la lucha por la supervivencia era el pan de cada día de muchas familias. De hecho, el impacto social y cultural de la DA en esa sociedad española tuvo mucho que ver con el carácter heterogéneo y la variedad de orígenes geográficos que caracterizó al contingente de principio a fin.

Acabada la guerra, la relación del estado con los excombatientes fue conflictiva por diversos motivos, sobre todo por la invisibilización a la que fueron sometidos por parte del régimen dada la imagen negativa que transmitían del franquismo a ojos de los Aliados. Por otro lado, tal y como ocurrió con los veteranos de la guerra civil española, la mayor parte de los excombatientes de la DA no se unió a las redes de sociabilidad establecidas por los sectores más organizados y políticamente comprometidos de los antiguos divisionarios. De hecho, las hermandades establecidas por estos grupos, en general el 15% del total en cada provincia, controlaron y codificaron la memoria de la DA y forjaron un ethos basado en una idea de la superioridad con respecto a los que habían permanecido en España y el agravio frente a las autoridades. Su objetivo en buena medida no fue otro que reivindicar sus derechos en tanto que veteranos, agrupando para ello al mayor número posible de veteranos en torno a las hermandades. Finalmente, la evolución de la memorística divisionaria desembocó en la legitimación de la experiencia como una empresa estrictamente anticomunista, presentando a los excombatientes como visionarios que habían previsto lo que estaba por venir en la Guerra Fría, un discurso que no hizo sino reforzarse con los hitos de 1956, 1968 y la definitiva disolución del bloque soviético a final del siglo XX.

No querría dejar de señalar que se echa de menos un apartado de conclusiones. Aunque en muchos casos queden avanzadas en la introducción no habría estado de más una recogida sintética y sistemática de las diferentes cuestiones abordadas en la obra, sobre todo por lo proteico y variado de estas, y también por el enfoque temático-cronológico que articula la obra. En cualquier caso, la ausencia de estas no empaña de ningún modo lo que ya es una obra de referencia para todos y todas aquellas interesados por los estudios de la guerra, no ya solo en España, sino también en el extranjero, dado el impacto de la obra del autor en otras latitudes, pero también el valor universal de muchas de las tesis que defiende y la exhaustividad en su dominio e interpretación de unas fuentes tan ricas como variadas. En este sentido, y de cara a la historiografía española, creo que esta obra contribuye a demostrar que desde España y desde casos de estudio españoles se pueden y se deben realizar aportaciones netas a los debates internacionales y proponer modelos de análisis.⁸⁴³

En definitiva, podemos afirmar sin miedo a equivocarnos que si dentro de la historiografía española está surgiendo algo parecido a una escuela en el ámbito de los estudios de la guerra ha sido y es en buena medida gracias al impulso y el trabajo de Núñez Seixas durante muchos años. A estas alturas bien puede decirse que su obra ha sido una fuente de inspiración para dos generaciones de historiadores e historiadoras, entre las cuales se encuentra la del autor de esta reseña, y seguirá siéndolo durante mucho tiempo, porque buena parte de su producción tiene el atributo de lo clásico, por su voluntad y capacidad holística; por las múltiples

⁸⁴³ Buena muestra de ello es la traducción al alemán de la obra aquí reseñada: Xosé Manoel NÚÑEZ SEIXAS: *Die spanische Blaue Division an der Ostfront (1941-1945). Zwischen Kriegserfahrung und Erinnerung*, Münster, Aschendorff, 2016.

preguntas y respuestas que plantea; por la riqueza de la documentación con la que trabaja y el rigor en su utilización; por su vasto y exhaustivo conocimiento de los debates y la bibliografía de referencia, tanto actuales como pasados; por la misma juventud del autor; y, finalmente, por su extraordinaria capacidad para desarrollar y mantener en marcha múltiples iniciativas en el ámbito de la docencia y la investigación. Por todo ello, en su *Camarada invierno* encontramos su propuesta más madura, completa y depurada de enfocar, entender y proyectar los estudios de la guerra.

Por tanto, creo justificado decir que el paso de los años nos va demostrando que el guante lanzado por Núñez Seixas ha sido recogido y que su apuesta por los estudios socio-culturales de la guerra ha tenido éxito, y si no tiempo al tiempo. De hecho, al principio de *Camarada invierno* el autor señalaba que con esta obra pretendía «servir también de ventana a través de la cual sea posible apreciar la riqueza de unos enfoques y una bibliografía internacional que bien pueden aportar inspiraciones novedosas para el estudio de otros conflictos protagonizados por fuerzas regulares o irregulares españolas. Por ejemplo, la propia guerra civil española, de la que tanto se cree saber y tanto se ignora, o las campañas coloniales de Cuba y Marruecos». Cuanto menos, y a pesar de las dificultades, podemos decir con cierto orgullo que ya existe un grupo cada vez más nutrido y coordinado de historiadores e historiadoras arremangados y listos para asumir el reto.

Cecilia NUBOLA: *Fasciste di Salò. Una storia giudiziaria*, Bari, Gius. Laterza & Figli, 2016, 219 pp. ISBN: 978-88-581-2376-8.

Alberto Ausín Ciruelos
Universidad de Burgos

En tiempos de guerra las mujeres también delatan, roban, torturan y asesinan

Toda guerra de ocupación conlleva la aparición de colaboracionistas. En Italia, a partir de la firma del armisticio con los Aliados, el 8 de septiembre de 1943, comenzó también una cruenta guerra civil. En su huida hacia adelante, los fascistas crearon entonces la conocida como *Repubblica Sociale Italiana* (RSI), con capital en la pequeña localidad de Salò (Brescia). Las únicas naciones que reconocieron explícitamente la legitimidad política de aquella nueva y breve república fueron la Alemania de Hitler y el Japón imperial. La España de Franco, viendo la situación de la II guerra Mundial a finales de 1943, se abstuvo de apoyar los últimos estertores del régimen del que tanta ayuda recibiera a lo largo de la Guerra Civil. Retirándose paulatinamente hacia el norte del país, empujados por el avance estadounidense y británico, los últimos seguidores de Mussolini, colaborando estrechamente con las tropas alemanas todavía presentes sobre el territorio, lucharon intensamente contra los grupos partisanos de la resistencia. Aquella guerra de guerrillas fue despiadada, se combatió sin cuartel y, como toda guerra asimétrica, tuvo un fuerte impacto sobre la población civil.

El libro de Cecilia Nubola, investigadora del Instituto histórico italo-germánico de Trento (Italia), profundiza en una cuestión compleja y poco conocida de aquel periodo y de aquella particular confrontación: la participación femenina en el bando nazi-fascista. Para afrontar este estudio, su autora se ha basado principalmente en la documentación judicial y procesal disponible. De hecho, el título completo de la obra, que no figura en la portada, pero sí en páginas interiores, es *Fasciste di Salò. Una storia giudiziaria*. Porque el texto, bien escrito, conciso y riguroso, no aporta una visión general de todas las mujeres que colaboraron con los fascistas, que fueron muchas y la mayor parte de ellas no combatieron. Ofrece, sin embargo, un estudio de la actuación concreta de unas cuarenta, dando nombres y apellidos, que se involucraron en la causa de la RSI hasta sus últimas consecuencias, cometiendo toda clase de crímenes y abusos, manchándose las manos de sangre en muchas ocasiones. Aquellas mujeres, con edades comprendidas entre los 15 y los 49 años en 1943, a partir de 1945 fueron acusadas de haber cometido delitos como la delación, el espionaje, el colaboracionismo, el saqueo, la tortura o el homicidio. Treinta y cinco fueron encontradas culpables de sus cargos y senten-



ciadas a condenas que fueron de los 10 años de cárcel hasta la pena de muerte, pasando por la cadena perpetua.

El libro se encuentra dividido en siete capítulos claramente diferenciados. El primero de ellos, titulado “colaboracionistas”, hace referencia al corpus legislativo que las autoridades italianas surgidas tras la II guerra Mundial aplicaron a las mujeres pertenecientes a la República de Salò. Estas páginas iniciales señalan igualmente la metodología utilizada y los límites de la investigación, amén de las dificultades inherentes ligadas a la misma.

Los seis capítulos restantes desgranar las acciones militares o paramilitares y los crímenes de guerra cometidos por las colaboracionistas estudiadas. Así, el segundo capítulo habla sobre las delatoras, analizando, entre otros, el caso de Caterina Racca, amante del conspicuo fascista Carlo Ferrari. Racca se dedicó a obtener información sobre los partisanos y a tenderles trampas. Posteriormente su amante, junto al hermano menor de este, procedían a capturar, torturar e, incluso, a ejecutar a los delatados. Por este motivo Racca fue condenada a la pena de muerte. El tercer capítulo atiende a las “cazadoras de judíos”. Aquí destaca la figura de Antonia Rosini, que prometía ayuda a las familias de hebreos que se dirigían a ella para tratar de escapar a Suiza. Tras ganarse su confianza y diseñar un supuesto plan de fuga, Rosini delataba a sus víctimas a los fascistas o a los alemanes con fines lucrativos y no movida por un particular odio racial o personal. El cuarto capítulo hace referencia a las “mujeres en armas”. Tal sería el caso de Linda Veneranda Dell’Amico que, vestida con un uniforme alemán y armada de ametralladora, participó activamente y en primera persona, entre otras matanzas, en la de Bergiola Foscalina, un pequeño pueblo dependiente del Ayuntamiento de Carrara, en la Toscana septentrional. Allí, el grupo de fascistas al que pertenecía Dell’Amico, acompañando a una unidad alemana de las SS, incendió 15 casas, asesinando a sangre fría a 72 personas, incluidos 26 niños y 21 mujeres. Como en el caso de muchas de las otras fascistas estudiadas, Dell’Amico conocía a la perfección la zona en la que dio rienda suelta a su violencia, pues había nacido en Carrara, a unos 7 kilómetros de distancia de Bergiola. Esta cercanía a la postre resultó contraproducente para la colaboracionista, pues fueron múltiples los testigos que la identificaron al terminar el conflicto.

El quinto capítulo, que es el más extenso de todos, habla sobre la guerra contra los partisanos. En aquella lucha sorda y despiadada participó una muchacha de 16 años de edad, Margherita Abbatecola, hija de un fascista convencido llamado Umberto. Padre e hija se dedicaron a cazar partisanos, destacando la muchacha por su excelente manejo de las armas de fuego, su letal puntería y su frialdad. Concluida la guerra, Umberto Abbatecola fue fusilado por la espalda y su hija condenada a 20 años de prisión. El sexto capítulo es el dedicado a la violencia. Porque algunas fascistas de la RSI, por ejemplo, se dedicaron a torturar prisioneros de forma sistemática, en una “Italia salvaje” devastada simultáneamente por la guerra Mundial y por una guerra civil. Por ende la caza de brujas, los odios de diversa índole, las viejas rencillas y los ajustes de cuentas se convirtieron en una realidad cotidiana. Aquí Cecilia Nubola expone el caso paradigmático de Rosina Cesaretti, una aspirante a actriz fracasada, que había vuelto a su pueblo natal desde Roma al estallar la guerra. Cuando una unidad de las SS pasó por su localidad, Cesaretti se dedicó a señalar objetivos humanos, haciendo fusilar a 12 hombres, a su propio hermano, al párroco y al alcalde del municipio. Cesaretti evitó la acción

de la justicia, pues fue dada por muerta, aunque lo más probable es que lograra huir en compañía del jefe de la unidad de las SS a la que ayudó, ocultándose y viviendo ambos en Polonia.

El séptimo y último capítulo profundiza en las cuestiones judiciales ligadas a las causas abiertas y a los procesos seguidos contra las fascistas estudiadas. Porque si bien algunas mujeres de la RSI fueron capaces de cometer crímenes atroces, sin importar su género, este último sí les sirvió a todas las condenadas a muerte para evitar el pelotón de fusilamiento, gracias a la aplicación del artículo 114 del Código Penal Militar de Guerra. La estrategia defensiva de presentar a las acusadas como víctimas, o de negar la posibilidad de que alguien del sexo femenino fuese capaz de desplegar semejantes niveles de crueldad y violencia, funcionó en algunos casos, aunque no en todos. De hecho Margherita Abbatecola, la menor de edad y “cazadora de partisanos”, no logró que se le concediera la gracia, como tampoco lo consiguieron la “mujer en armas” Linda Veneranda Dell’Amico, ni la “cazadora de hebreos” Antonia Rosini. La delatora Caterina Racca directamente no solicitó la gracia. Pero, a pesar de los crímenes cometidos, para el año de 1955 casi todas las fascistas de Salò estudiadas habían sido puestas en libertad, tal y como sucedió también con sus connómitos masculinos. Aquellas mujeres se beneficiaron de las diferentes amnistías que se fueron sucediendo en 1946, 1949 y 1953, o directamente se les concedió la libertad condicional. Para favorecer su propia causa, como muy bien refleja el texto, los colaboracionistas bajo proceso, tanto hombres como mujeres, contaron con el apoyo de algunos testigos, de sus propios familiares, de la Iglesia Católica e, incluso, de determinados exponentes políticos de la Democracia Cristiana. Con respecto a estos últimos, destacan sobremanera los nombres de Aldo Moro y de Giulio Andreotti, puesto

que ambos terminaron siendo presidentes del Consejo de Ministros, el primero en cinco ocasiones y siete veces el segundo. No en vano la cuestión del colaboracionismo se convirtió en un problema latente en el seno de la recién nacida República Italiana, que se solucionó pasando página, aplicando sin rebozo la amnistía y el olvido.

Una vez alcanzado este punto de la reseña, cualquier lector mínimamente interesado será consciente de la riqueza documental y testimonial del libro, pues aquí se han citado, muy por encima y a modo de ejemplo, tan solo a unas pocas mujeres de las decenas que son estudiadas a lo largo del texto. Las fuentes consultadas por la autora son amplias, ricas y detalladas, componiendo un cuadro en el que no faltan contradicciones o determinados agujeros negros, inherentes al argumento de investigación afrontado. Estos problemas quedan subsanados porque la autora los reconoce inmediatamente y parte de ellos con la intención de reconstruir todo aquello que puede ser reconstruido, basándose únicamente en los documentos a su disposición. Es de agradecer la siempre presente imparcialidad mostrada por Cecilia Nubola a la hora de tratar un tema tan delicado, hasta cuajar un trabajo tan fácil de leer como difícil de digerir, centrado en el género femenino pero sin prejuicios ni ideas preconcebidas. Sorprende negativamente, sin embargo, el final un tanto abrupto, pues el libro no cuenta con un capítulo conclusivo propiamente dicho. Tampoco hubiese estado de más incluir algunos mapas y unas pocas fotografías de las mujeres que colaboraron con la RSI. La bibliografía utilizada es abundante y pertinente, aunque se echa en falta un apéndice que la recoja en su totalidad, porque es una lástima que tan ricas y complementarias referencias se encuentren desperdigadas por las notas a pie de página.

Fasciste di Salò. Una storia giudiziaria es, en definitiva, una obra de obligatoria lectura para todos los iniciados en las cuestiones que en ella se tratan, pero también, quizás, para aquellas personas que creen que las mujeres, en tiempos de guerra, tienen un comportamiento diferente al de los hombres.

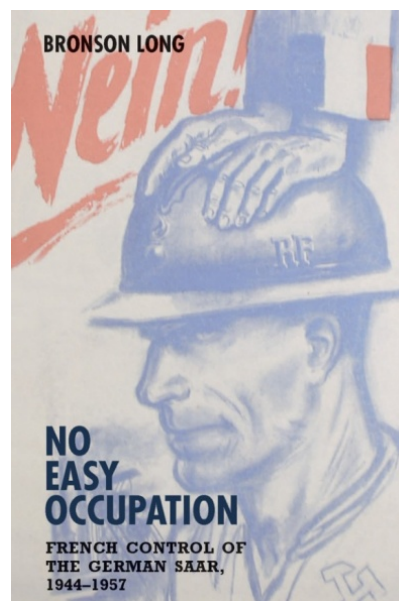
Bronson LONG: *No Easy Occupation: French Control of the German Saar, 1944-1947*, Rochester, Camden House, 2015, 268 pp. ISBN: 9781571139153.

Jesse Kauffman
Eastern Michigan University

Military Occupation and Political Reconstruction in French-Occupied Germany after World War II

In this book, Bronson Long illustrates both the means and envisioned ends of French occupation policy in the Saarland, an industrial region on the Franco-German border, in the aftermath of the Second World War. *No Easy Occupation* will be of interest to scholars studying military occupations, but also to those interested in how European politics were reconstructed after the terrible devastation wrought upon the continent by the Nazis.

Long shows that within the French political establishment there were conflicting visions about what to do with the Saarland, which was occupied by France in summer 1945. In general, however, France harbored two ambitions for it. First, it wanted to link the region's economy to the French economy. This would provide France with a much-needed boost to its postwar recovery at the same that it would deprive the German armaments industry with the coal and steel upon which it had depended. At the same time, the Saar was to be detached from Germany and given political autonomy of some sort, though France intended to exercise a decisive influence over it. Both of these aims were pursued by the energetic and capable military governor Gilbert Grandval. Descended from an Alsatian Jewish family, Grandval was a Gaullist veteran of the French Air Force and the French Resistance (Grandval was actually his nom de guerre; his real last name was Hirsch-Ollendorff). Much of Long's book is devoted to analyzing Grandval's cultural policies in occupied Saarland. These policies were endowed with major significance by Grandval, who saw France's "cultural penetration" of the region as the foundation on which its long-term political links to France would be built. Grandval's cultural policies included «bringing French artists, musicians, and actors to the Saar, sending Saarlanders on cultural trips to France . . . [and] promoting projects that involved Franco-Saar cultural collaboration.» (p. 60) However, Grandval astutely reasoned that he should focus on those areas of cultural policy that would reach the largest number of Saarlanders, and so concentrated on «religion, sports... and education.» (p. 60) Long's treatment of the issue of religion is somewhat cursory, but educational policies, which were at the center of Grandval's plans for the Saar, are explored in greater depth. Long shows that the French occupation regime took energetic measures to establish French influence in the region's schools, in which mandatory instruction in the French language was introduced and French



school inspectors were given rights of full access. Impressively, a new university, the *Universität des Saarlandes*, was also established; supported by the French state, the university's founders hoped it would become a site of Franco-German, and eventually pan-European, cultural collaboration.

Long's analysis of the role of football (soccer) in French occupation policy, as well as within postwar European cultural life in general, is fresh and engaging. In accordance with Grandval's policy, the French occupiers took sports seriously, banning those, such as gymnastics, that they associated with militarism and nationalism, while promoting soccer, which they deemed «unconnected to Germany's negative past» (p. 74). The re-establishment of soccer was greeted with enthusiasm by the locals, and so was in a sense a great success; but it also created problems, because one of the new teams, FC Saarbrücken, was quite good. In 1947, it beat a Paris team, which led to official French worries that the loss reflected poorly on France and therefore undermined the development of cultural and political ties. These fears also led to French resistance to suggestions that FC Saarbrücken join the French soccer federation, a matter that generated friction between Grandval and officials in France, especially Foreign Minister Robert Schuman (revealing a very different side to one of the European Union's founding fathers.) Both invested the question with great importance, Grandval arguing that it would facilitate the final settlement of affairs in the Saarland to France's favor, Schuman countering that the team would generate hostility in France. Schuman also worried that if «a Saar team became the champion of France it would breat serious psychological and political problems for the French government» (p. 124). Both parties' diagnosis of the psychological and emotional role played by soccer in postwar Europe seems to have been borne out by the events of the 1954 World Cup, which was won by West Germany. The teams' victory was enthusiastically celebrated there, celebrations that also spread to the Saarland, where, the French remarked, the inhabitants' «consciousness of belonging to the German community rose sharply.» (p. 179)

By 1948 many of France's economic aims had been achieved; the region's mines were under French control and the Franc was used as currency. Regional political life, in the form of an elected Landtag and a Prime Minister, had also been successfully re-invigorated, though real power still lay with the French. But within a few years, French hopes for some sort of cultural-political union with the Saarland were decisively thwarted. Long sees the results the results of a 1955 referendum, in which Saarlanders emphatically rejected a plan to “Europeanize” the Saarland and establish various pan-European institutions there, in the manner of Brussels today, as a defeat for the French. The plan to Europeanize the Saar was, by that time, widely perceived in the region as «a discreet way of dressing up objectives and ambitions that were entirely French» (p. 226). Explaining this defeat is the key analytical ambition that Long sets himself in this book, and his central argument is that French cultural policies failed to produce lasting results because they were guided by a fundamentally flawed view of Germany and German history. In the view of Grandval and many others, the key to Germany's turn towards aggressive militarism and nationalism was the ‘colonization’ of Germany by Prussia, which exercised a malign influence on the cultural and political life of the other states and regions of Germany after unification. The key aim of French policy, then, was do ‘undo’ this process of Prussianization and the same time that regional culture

was supported. Long argues that this view underestimated the profound and deep rupture created by the devastation of the war and Germany's defeat, at the same time that it overestimated the existence of a robust and distinct Saarland culture and identity.

Long gives additional reasons for the Saarlanders' rejection of closer cooperation with France, including the increasing sense that the French were meddling, self-interested outsiders, coercive occupiers rather than sympathetic and helpful allies. He also notes that French political legitimacy in the region was sapped by its entanglements in shabby wars in its overseas colonies, especially Indochina. Ultimately, however, it is difficult to weigh the importance of such factors, in part because we hear so little from Saarlanders themselves in this book. Long's focus is primarily the political elites who structured the regime and negotiated over the region's future; his source material consists, to a large degree, of diplomatic files and correspondence. This is a valuable view, and one worth reading about, but it means that popular sentiment, while not absent, remains in the background. When we do hear from the Saarlanders, it is highly suggestive of the complex political and cultural forces at work in the region. In the years after the war, for example, Saarlanders voted in large numbers for both Christian Democratic and Socialist parties that were strong supporters of European integration, suggesting popular support for such a measure. Another telling example of the failure of 'cultural penetration' is the result of a 1947 French poll asking elementary school students in the town of Mittelbexbach where they might like to go on vacation someday; most said the United States, not France (though there were students in other towns who did chose France). Finally, Long tells us that the 1955 referendum should not be seen as a vote in favor of Germany, and neither feelings of German national identity nor a strong desire to join the rest of (West) Germany were strong in the Saarland. He does not really show this, however, and there is some evidence to the contrary, such as the enthusiasm with which Germany's World Cup victory was greeted. Having resisted French attempts to create an identity for them (resistance that stands as a rebuke to the more radical constructivist theories of identity creation), why would the Saarlanders not have wished to join a Germany in which they could feel at home and which was, by the 1950s, prosperous and stable?

Long also does not do quite enough to develop a theme that surfaces sometimes in the book, but which seems to hover constantly just outside of the margins of his argument: the link between colonialism and state-building occupations of this sort. French cultural policies in the Saar smack of a *mission civilisatrice*, and subsequent historians have noted the strong family resemblances between some French plans for the Saarlands' future with the way France ruled its colonies, arguing that France wanted «a protectorate [in the Saarland] similar to Tunisia or Morocco.» (p. 85) (indeed, Grandval briefly served as a colonial official in Morocco after leaving the Saar region). But historians of military occupations, which, in the course of the twentieth century, became ever more intricate, demanding, and involved affairs, would have been interested to know if the administrative machinery of colonial administration provided a blueprint for French rule in Germany after the war, and, if so, how it compared to the American occupation government. *No Easy Occupation* also implicitly raises the question of how the absence of violence—the Saar is largely peaceful in this period—affects the way occupation regimes develop. These are promising avenues for research on a topic that is drawing increasing attention from scholars of warfare and military institutions.

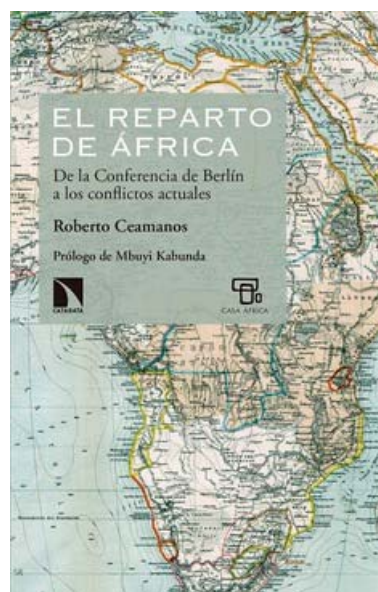
Roberto CEAMANOS: *El reparto de África. De la Conferencia de Berlín a los conflictos actuales*, Madrid, Casa África, 2016, 159 pp. ISBN: 978-84-9097-211-3.

Alfonso Iglesias Amorín

Universidade de Santiago de Compostela / Universidade do Porto

Historia Contemporánea de un continente

De los cuatro grandes continentes, África ha sido el más despreciado por la historiografía, y en los trabajos que de él se han hecho en los países desarrollados el colonialismo ha sido un tema predominante, afianzando el tradicional eurocentrismo que ha caracterizado los estudios. Por ello, libros como el de Roberto Ceamanos, que trata en la medida de lo posible de apartarse de la perspectiva eurocéntrica, de los prejuicios y los clichés, son muy de agradecer, y contribuyen a modernizar una bibliografía que a menudo es pobre y tiene forzosamente que recurrir a ensayos de cierta antigüedad ante la falta de nuevos trabajos. El texto de Ceamanos va precedido de un interesante prólogo del profesor congoleño Mbuyi Kabunda, que desde la perspectiva africana concuerda en lo esencial del enfoque del trabajo, y que realiza una contraposición de posturas como el *africanovictimismo* o el *africanopesimismo* que en su opinión han caracterizado los estudios.



El libro tiene un carácter eminentemente didáctico y es de muy fácil lectura. Se trata de una obra de síntesis, realizada casi exclusivamente con bibliografía y sin un ánimo investigador. Por ello, resulta un trabajo poco pretencioso desde el punto de vista historiográfico, con un estilo casi enciclopédico y con explicaciones que en ocasiones son demasiado básicas para un lector que conozca algo el tema. No obstante, todo lo anterior no es una crítica, y del mismo modo que son necesarios trabajos rupturistas e innovadores, que renueven conceptos, cambien ideas y aporten novedosas informaciones; son necesarios trabajos que ordenen lo básico, que ofrezcan en poco espacio un gran conocimiento que podemos considerar como más “general”, que muchas veces resulta de una enorme utilidad para el historiador. Y es que un investigador que quiera trabajar algo relacionado con África en época contemporánea, y tenga importantes lagunas relativas al contexto, difícilmente encontrará mejor explicación de la realidad histórica africana en menos espacio que en el libro que nos ocupa.

El análisis de las diferentes zonas no siempre es igual de exhaustivo, pero se agradece el encomiable esfuerzo del autor por cubrirlas todas. Aunque sea con unas pocas líneas, no queda prácticamente ninguna región de África desatendida. Evidentemente, esta intención por cubrirlo todo impide un desarrollo en detalle de los temas tratados, pero claramente éste no es su objetivo. Y dada la amplitud temporal y geográfica de una publicación de apenas 150 páginas, el resumen es magnífico. El libro está dividido en tres partes por la cronología, siendo

la primera de ellas sobre la situación previa a la Conferencia de Berlín y las razones de que se llegase a ella; la segunda sobre la fase colonial (fundamentalmente de finales del XIX a mediados del XX) y la tercera sobre el África independiente, llegando hasta la actualidad. Dentro de cada una de estas partes se alternan divisiones cronológicas con otras espaciales, con las que de un modo relativamente ordenado se va saltando de escenarios.

En *El reparto de África* se analizan multitud de hechos históricos, pero se incide especialmente en algunos que marcaron la evolución del continente, que están correctamente elegidos y su importancia bien analizada. La apertura del canal de Suez, que redujo los viajes británicos a la India de cinco meses a uno; la Conferencia de Berlín, derivada de las pretensiones portuguesas, francesas y de Leopoldo II de Bélgica sobre la desembocadura del río Congo, y que definió el reparto del continente entre los europeos; o la crisis de Fachoda, que marcó el fin de la gran carrera colonial y el entendimiento entre británicos y franceses, suponen buenos ejemplos. En general, el cambio de finales de XIX, el gran acelerón colonizador, aparece como el momento clave, y Ceamanos presenta un lúcido análisis de sus causas, entre las que destaca factores económicos y demográficos, como la superproducción de la industria europea y la necesidad de colocar emigrantes; o factores de orgullo y prestigio, muy relacionados con la nación (por ejemplo las pretensiones de Italia y Alemania, Estados recién aparecidos, aceleraron la carrera).

El análisis de Ceamanos también refleja satisfactoriamente aspectos generales sobre los modelos de explotación económica empleados por los europeos, sobre las estructuras políticas y los modelos de control, sobre el idealismo de algunos proyectos coloniales y la dura realidad que de ellos se derivó. Aparece con claridad el expolio al que fue sometido el continente africano por las potencias europeas, y también ese complicado proceso descolonizador que no ha permitido poner fin a dicho expolio, al dar paso a un neocolonialismo en el que África aparece a menudo como una reserva de materias primas y extensas tierras cultivables para el resto del mundo. Sea colonial o postcolonial, el conflicto es una constante: etnicidad, fronteras, recursos naturales, agua, religión... son algunos de los elementos centrales que están detrás de los enfrentamientos.

De entre las explicaciones de casos específicos destaca la atención prestada al caso del Congo belga y al rey Leopoldo II, una de las historias más conocidas de la explotación de África y de la masacre de sus poblaciones para servir a los europeos. El autor recurre a muchas citas de *El corazón de las tinieblas*, la famosa obra de Joseph Conrad, bastante conocidas pero que sin duda suponen una magnífica explicación del terror. De hecho, se echa en falta la utilización de citas de este tipo para otros episodios. De esa terrible historia del Congo, que pudo saldarse con entre 5 y 15 millones de muertos, no solo se incluye el relato de esa gestión belga de tan nefastas consecuencias, sino que también se desarrolla la historia de cómo se fue dando a conocer y se convirtió en un escándalo en su época. Por suerte, Roberto Ceamanos no se queda solo en esta historia, y así por ejemplo resultan muy interesantes los esfuerzos de Francia por “tapar las vergüenzas” de sus desmanes coloniales, o las terribles aunque mucho menos conocidas tragedias provocadas por los alemanes en África del Sudoeste, donde algunas comunidades perdieron entre el 50 y el 80% de su población ante la virulencia de las campañas de exterminio.

También aparecen datos, muy someros, sobre los colonos, ya fueran italianos, alemanes, británicos, franceses, alemanes, portugueses... aunque este tema está muy poco desarrollado en relación a otros. Hay algo más de atención hacia las relaciones entre sí de los Estados colonizadores, y no solo se tratan las más conocidas entre Gran Bretaña, Francia y Alemania, sino que también se analizan otras como el caso portugués y sus complejas relaciones con los británicos, en las que destacó el influyente ultimátum de 1890, que frenó los deseos expansionistas de Portugal. En definitiva, en el libro están muy bien enlazados los tejemanejes entre las potencias europeas y sus luchas internas, así como ese grupo excepcional que fueron los bóeres, una población de origen europeo que no estaba bajo control directo de ninguna potencia y que protagonizó importantes enfrentamientos bélicos con los británicos.

La tercera y última parte del libro se ocupa ya del África independiente, y permite apreciar la continuidad o ruptura de determinadas dinámicas, con explicaciones que de nuevo vuelven a buscar dar cabida al mayor número posible de realidades, aunque sea de un modo muy superficial. La lectura sigue siendo cómoda y fluida, si bien algunas partes se hacen algo más pesadas por la incansable sucesión de datos, que en ocasiones no están muy vertebrados en un relato.

Se nos presenta una África que no puede separarse de su pasado colonial, como demuestran esas fronteras de las cuales más de dos tercios fueron creadas por los europeos, y que son un continuo generador de problemas, y también en la fase descolonizadora Roberto Ceamanos busca momentos decisivos, destacando la victoria de Nasser en 1956 respecto a la crisis del Canal de Suez, por el duro golpe que supuso para el antiguo orden Mundial, marcando de una forma muy evidente el fin del papel preponderante de Francia y Gran Bretaña, que además veían aquellos años cómo se caían a pedazos sus imperios coloniales, en un proceso que resultó especialmente traumático en el caso francés.

De nuevo aquí, el cubrir todo el continente ayuda a ir más allá de los ejemplos significativos y más conocidos, a menudo los únicos tratados en este tipo de síntesis. Así, por ejemplo, el autor compara lo desapercibida que pasó la guerra de Camerún por coincidir con la de Argelia, pese a ser terrible y situarse los muertos entre los 70.000 y los 120.000. De este modo, las referencias a tragedias del proceso descolonizador y del África ya independiente son de lo más variado, desde el genocidio ruandés a las terribles guerras civiles congoleñas, pasando por los problemas de refugiados encabezados por Somalia. Algunos conflictos analizados permiten entender muchos procesos, y también abrir una puerta de esperanza de cara al futuro, como el de la gestión de las aguas del Nilo, un grave problema entre varios países pero que ha ido demostrando que el reparto del agua con eficiencia es fundamental para el bien común, tanto en lo relativo a la disposición de ese recurso vital como a la estabilidad en las relaciones internacionales.

Otro proceso complejo fue el del fin de la hegemonía blanca, que en muchos casos siguió latente incluso tras la independencia, aunque casos como el de Kenia ya habían demostrado las dificultades que iban a tener las potencias colonizadoras para mantener la hegemonía blanca en los países que dejaban. El *apartheid* sudafricano y su final aparece como el principal ejemplo de este proceso, que está bien resumido.

Al margen del texto, debemos aludir al material gráfico, que no es uno de los puntos fuertes de un libro que cuenta únicamente con dos mapas y alguna que otra fotografía e ilus-

tración. Están bien escogidos, pero desde luego se hubiera agradecido que potenciara más el aspecto visual, ya fuera con gráficos, ilustraciones de época, fotografías, más mapas, etc. Por otra parte, la obra contiene un buen número de referencias a películas (y también a algunas novelas o documentales) que han desarrollado algunos de los temas que van apareciendo. Esto resulta interesante, y al final de la bibliografía aparece una pequeña filmografía, de una docena de largometrajes, y se hubiese agradecido, además de que fuese más amplia, que quedase ordenada por países y/o por épocas para que resultase más cómoda y operativa.

Finalizando, señalar que está claro que un resumen tan amplio como éste, forzosamente tenía que tener lagunas, y hay huecos en determinados aspectos, como los culturales o, en menor medida, los económicos y sociales, dependiendo de los casos. Es en lo político en lo que es más completo, y ello le permite salir airoso de un intento de síntesis tan ambicioso. Aunque el título de *El reparto de África* nos pueda dar la sensación de un libro centrado en el colonialismo, y aunque obviamente el colonialismo tiene un papel capital, al final el libro es realmente una historia comprimida de África en época contemporánea, que va mucho más allá del *reparto de África*.

Manuel BRAGANÇA y Peter TAME: *The Long Aftermath. Cultural Legacies of Europe at War. 1936-2016*, New York-Oxford, Berghahn Books, 2016, 388 pp., ISBN: 978-1-78238-153-2.

Fátima Mariano

Instituto de História Contemporânea, Faculdade de Ciências Sociais e Humanas da Universidade Nova de Lisboa

La Larga Segunda Guerra Mundial: cómo la Europa se pensó en el pos-1945

The Long Aftermath. Cultural Legacies of Europe at War. 1936-2016 nos desafía a reflexionar sobre el modo en que siete países europeos (España, Reino Unido, Francia, Alemania, Italia, Polonia y el URSS/Rusia) han manejado la memoria cultural de la Segunda Guerra Mundial, de qué forma esta herencia ha interferido en sus relaciones político-diplomáticas (principalmente entre los países que ocuparon lados opuestos durante el conflicto) y cuáles las tensiones que aún hoy generan en sus propias sociedades. Como señala en el *Prefacio* Richard Overly, profesor de Historia de la Universidad de Exeter (Inglaterra), existen diferencias significativas entre la forma en que los gobiernos y las poblaciones europeas reaccionaron en el pós-Primera y Segunda guerras mundiales.

Después de la Gran Guerra, se asistió al surgimiento de dos líneas de actuación: una que defendía el congregar de esfuerzos para el nacimiento de un nuevo orden mundial sostenido en la belicismo y en la expansión y otra en la creación de instituciones internacionales de defensa de la paz y en el establecimiento de acuerdos de colaboración entre las naciones. Se intentó sustituir la competencia que existía entre los diversos estados-nación por la idea de una Europa con valores y una cultura comunes, sobre todo a partir de mediados de la década de 30, cuando la recesión económica reavivó el temor a una carrera armamentista y al resurgimiento de la competencia entre naciones. Excepción para Alemania, acusada por el Tratado de Versalles de ser la única responsable por todo lo sufrimiento causado por la guerra. La necesidad que los alemanes se sintieron de buscar a los culpables internos por la derrota marcó la memoria que quedó del conflicto de 1914-1918 y tuvo consecuencias terribles para los judíos y para los socialistas europeos con el ascenso de Hitler al poder (p. xiv).

En el post-1945, la atención de las naciones europeas estuvo más enfocada en las tensiones internas, como demuestran los ensayos que componen el volumen que estamos analizando, tensiones que en algunos casos perduran hasta los días de hoy. Hubo una mayor fractura en el interior de cada uno de los países beligerantes, un conflicto permanente entre Derecha y Izquierda, entre colaboracionistas y resistentes y una casi ausencia de voces a condenar



la guerra por el hecho de que los países vencedores creen que la Segunda Guerra Mundial era «necesaria» para combatir los fascismos e el militarismo que brotaban en Europa (p. xv).

La lectura de esta obra nos desafía también a cuestionar conceptos asociados al contexto de guerra, como «agresores» y «víctimas», «traidores» y «colaboradores», «recuerdo» y «olvido», por un lado, y «patriotismo», «nacionalismo», «européismo» y «Unión Europea», por lo otro. En una situación de conflicto bélico, quiénes son verdaderamente las víctimas y los agresores? Ganadores y perdedores evocan la guerra de forma diferente? Cuán diferente? Y como se combina la idea de estado-nación, fortalecida con el desmembramiento de los antiguos grandes imperios, con la de Unión Europea y la creación de una entidad supranacional y de políticas sociales, económicas, fiscales, legislativas comunes? Estas son algunas de las preguntas que la lectura de este libro nos coloca.

Coordinada por Manuel Bragança e Peter Tames, ambos de la Universidad de Belfast (Irlanda del Norte), se trata del 17.º volume editado por Berghanhn Books en la colección *Studies in Contemporary European History*. La obra está dividida en siete partes (referente a cada uno de los países anteriormente mencionados), que a su vez están subdivididas en tres capítulos: en el primero se hace una breve presentación del debate historiográfico trabado en el país en cuestión; en los segundo y tercer capítulos se exploran aspectos de la cultura popular («low culture») y de la alta cultura («high culture») o se analiza una obra o género cultural en concreto.

Con excepción de la sección de apertura (que se debe leer en primer lugar), cada una de las partes restantes es un bloque autónomo, lo que permite al lector/a elegir el orden en el que desea leer sin comprometer la comprensión de todo lo libro. Esta libertad permite también al lector/a hacer su propia historia comparada. Desgraciadamente, las notas al pie de página están al final de cada uno de los capítulos, lo que perjudica la fluidez de la lectura. La obra contiene también un prefacio firmado por el ya citado Richard Overy, titulado *Between World Wars. Remembering War in Europe before 1945*, y por un postfacio de Jay Winter, profesor de Historia en la Universidad de Yale (EEUU), sobre *Memories of War. From the Sacred to the Secular*. Lo libro termina con un *Index*.

Este volumen se destaca por el hecho de presentar una interpretación multidisciplinaria de los legados culturales de varios de los países europeos participantes en la Segunda Guerra Mundial, recurriendo a la contribución de historiadores, sociólogos, científicos políticos, pero también de investigadores en el área de la literatura, del cine y de los estudios culturales, de diversas nacionalidades y con un trabajo consolidado en las temáticas que aquí abordan. Sin embargo, aunque el título se hable en «Cultural Legacies», en plural, la mayoría de los ensayos se centra en el análisis de obras de ficción, literarias o cinematográficas. Faltan enfoques sobre otras formas de expresión cultural, como las artes plásticas o la dramaturgia, por ejemplo.

Otro aspecto que nos gustaría resaltar es la inclusión de artículos que no se enfocan sólo en una visión interna de cómo el país gestionó el peso de la herencia dejada por la Segunda Guerra Mundial, pero también en la forma en que sus ciudadanos/as veían el Otro, fuera este Otro un país aliado o enemigo. Nos referimos específicamente al capítulo 5, *‘Don’t Let’s Be Beastly to the German’s: The Representation of Germans in British Second World War Films*, de Robert Murphy (Universidade De Monrtfort, Reino Unido), y al capítulo 14, *Re-*

picturing the Myth: American Characters in Post-war Popular Italian Cinema, de la autoría de Daniela Treveri Gennari (Universidad de Oxford Brooks, Reino Unido).

A diferencia de otros libros que se centran en la Segunda Guerra Mundial, éste incluye ensayos sobre países Aliados y del Eje, de Europa Occidental, Central y del Este (los más populosos y los que desempeñaron un papel más importante en el conflicto), aunque hay una representación mayor de los países de la Europa Occidental y el orden por el que se presentan – de Occidente para Oriente – pueda ser cuestionada. Los argumentos presentados por los dos coordinadores podrían utilizarse para justificar el orden inverso, hasta porque no hay un hilo conductor que obligue a la lectura de los capítulos en el orden en que se presentan: «This progression is intended to facilitate the Western European reader's 'voyage of discovery', from the familiar to the less familiar aspects of the long Second World War. Conversely, Central and Eastern European readers will appreciate the refreshing focus on what may be less familiar to them in the opening sections of the book that offer new readings and reassessments of the way in which the war is perceived and represented in Western European history and culture» (p. 16).

De los países abordados en el libro, sólo España no participó en la Segunda Guerra Mundial. Su inclusión está justificada por Manuel Bragança y Peter Tame con el hecho de que varios historiadores consideren a la Guerra Civil Española la antecámara de aquel conflicto mundial, lo que ha llevado al uso cada vez más generalizado de la expresión «la larga Segunda Guerra Mundial». Por este motivo y por el hecho de que los coordinadores pretenden que la obra sea también leída por lectores/as no especializados, menos familiarizados con estas tesis, habría sido importante incluir una breve explicación sobre esta línea de pensamiento en la introducción. Tanto más que el primer capítulo de la parte referente a España, titulado *Violence and the History and Memory of the Spanish Civil War: Beyond the Crisis of Inherited Narrative Frameworks*, de la autoría de Pablo Sánchez León (Universidad del País Vasco, España), no aborda la cuestión, centrándose esencialmente en un análisis crítico de las principales corrientes historiográficas sobre la Guerra Civil Española.

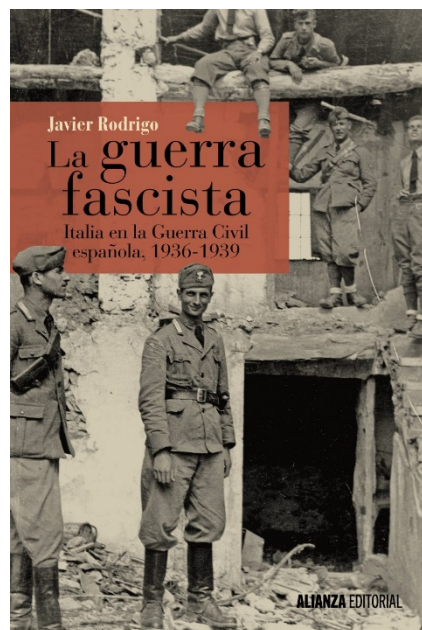
No presentando un enfoque totalmente nuevo sobre la pós-Segunda Guerra Mundial y a pesar de los aspectos menos positivos señalados en esta reseña, en cualquier caso, *The Long Aftermath. Cultural Legacies of Europe at War. 1936-2016* es una obra interesante para quien busca una otra visión sobre el tema. Al incluir ensayos sobre un amplio conjunto de países europeos, y de qué forma cada uno de esos países se piensa en la post Segunda Guerra Mundial, nos ayuda a comprender el Otro, la construcción de la idea de Europa (y de la Unión Europea) y a entender muchos de los fenómenos sociales, políticos, económicos e militares que marcan nuestros días. Porque, como subrayan los coordinadores en la *Introducción*, conocer y comprender el Otro es esencial para la construcción de la Europa del mañana.

Javier RODRIGO: *La guerra fascista. Italia en la Guerra Civil española, 1936-1939*, Madrid, Alianza Editorial, 2016, 367 pp. ISBN: 978-84-9104-288-4.

Antonio Miguez Macho
Universidade de Santiago de Compostela

Maldito duende. La guerra fascista, por Javier Rodrigo

Javier Rodrigo es una estrella del rock. Del *rock and roll* historiográfico, se entiende. Pero no es uno de esos dinosaurios que nos tienen acostumbrados a nutritivos ejercicios de nostalgia o sabrosos refritos, no. Ni tampoco un triunfante de primera, segunda o quincuagésima tercera generación. Es una estrella porque lleva ya mucho tiempo destacando en este particular *show business* del mundillo académico y, ahora, nos ofrece nuevo material: original, inédito, fresquito... No viene enlatado con formato de descargas tipo *iTunes* que son los cada vez *más* frecuentes artículos de impacto, donde es cada vez *menos* frecuente encontrar ideas, pues no queda sitio para estas (ni parece importante a juicio de los revisores y editores, por cierto). Lo que prima hoy y es ya *trending topic* viene a ser llenar páginas con abundantes notas al pie que a su vez fortalecen a publicaciones y autores que participen *google scholar* mediante -¡menudo negocio!-. Javier Rodrigo presenta aquí una obra a la antigua, lo que cada vez parece más moderno en tiempos de posverdad, y por eso acepté encantado el ofrecimiento de reseñarla. Tengo algo con lo que disfrutar, con lo que disentir también, pero sobre todo tengo algo real entre manos. No es poco.



Hay que escuchar de principio a fin lo que el autor nos tiene que contar para entender que la obra sostiene un concepto y que todo lo que suena en sus trescientas y pico páginas está supeditado a lograr una suerte de coherencia sonora con ese concepto. Al modo de los discos conceptuales tan en boga en la década de 1970, el título *-la guerra fascista-* advierte ya en lo que se estaba pensando cuando se compusieron cada uno de los temas que alberga. Por ese motivo, Ferrán Gallego que es un fino oyente asegura en el prólogo, acertadamente a mi juicio, que el libro no es apenas una historia de la intervención italiana en la Guerra Civil española, sino un ensayo sobre la experiencia fascista como totalidad. Y debido a ello, también, se analiza el fenómeno histórico de la participación de Italia en la Guerra Civil española como un todo más allá de los episodios concretos—Mallorca, Málaga, Guadalajara, Santoña...—.

Con estos mimbres, el producto final es deudor casi tanto de las fuentes que emplea como del concepto al que sirve. Me explico. Se maneja en estas páginas con inteligencia y prudencia un excepcional fondo documental en el que destacan las colecciones de Asuntos Exteriores (español e italiano), así como el Archivo del Estado Mayor del ejército italiano. Se transita así por caminos ya explorados en algunos casos a los que se les concede, mediante las pre-

guntas certeras, una nueva y sorprendente vida, y por otra, se transita por documentación virgen a la que se le aporta el beneficio de la duda. He aquí la inteligencia del autor. Por lo que respecta a la prudencia, se estima como aún válida la función arbitral en que deviene el historiador cuando intenta hacer sonar bien al conjunto extremadamente dispar de las emociones, motivaciones y experiencias individuales. Todo esto en tiempos de cierta devoción cuasi mística por el relato de los protagonistas, el testigo, la víctima.

En esto último subyace un cierto ajuste de cuentas con diversos modos de hacer historia que no convencen al autor, y por encima de todo, con el debate bien conocido de la naturaleza fascista del franquismo que se asocia con la desvalorización del hecho histórico de la participación italiana en la guerra. Son ecos sonoros en el plano local de un debate mucho más global sobre la naturaleza misma del fascismo. Javier Rodrigo mantiene una posición bien conocida a ese respecto y por ello habla desde la seguridad de quien se conoce todos los acordes y toca bien todos los instrumentos. El propósito esencial de la obra de asegurar la trascendencia de la intervención italiana en España queda suficientemente argumentado, alto y claro. Pero para frustración de quien pretenda ver —como este quien estas líneas escribe— cerrada con siete llaves en un cofre depositado en los más profundo de los abismos oceánicos la cuestión de la naturaleza fascista, cuando más ambigua e incluso contradictoria (¿intencionadamente?) se vuelve la obra es ahí donde mira por el retrovisor de aquella vieja cuestión.

Veamos en qué sentido. La obra contiene pasajes extraordinarios por su claridad y evocación narrativa. Lo son, a mi juicio, los dedicados a explicar con sumo detalle el grado de conocimiento de las autoridades italianas de los preparativos de conspiración que desemboca en el Golpe de Estado de julio de 1936. Dicho de otra manera, Mussolini y sus muchachos estaban al loro de lo que se estaba cocinando en España. Creo que se demuestra con total transparencia que los agentes y autoridades italianas tenían un conocimiento tan preciso de lo que estaba pasando como el de los españoles que por entonces conspiraban, pero añadiría yo, tan precisamente equivocado. La imagen que les sirven a los italianos en bandeja sus fuentes de información españolas presenta una realidad completamente deformada por las posiciones extremas en el panorama político, social y militar de aquellos sectores que se sublevaron contra la República. Tanto es así, que se habla en cierto momento de Calvo Sotelo como jefe de la oposición tras las elecciones de febrero de 1936, fantasía de quien con doce diputados de 473 difícilmente pasaba de telonero. O se asume como válido el proceso de fascistización de la derecha española en su conjunto tras esas mismas elecciones, algo que la propaganda franquista (y que su simbiótico relato antifranquista compra con gusto) se empeña en tocar con bombo y platillo precisamente porque nunca existió como tal.

No son asuntos menores, sin duda, porque esta visión deformada en buena medida podría explicar posteriormente la frustrante recepción del hecho fascista entendido desde la pureza de aquellos que lo promueven. Les pasa algo así como a Pablo entre los griegos, por mucho que la idea de fascistizar de los italianos como asegura el autor en un notable cambio de octava fuese influir y transformar, no implantar. Menos mal, piensa uno, porque qué hubiera pasado en caso de que hubiesen querido implantar, viendo cómo lucharon y bombardearon. Es por este tipo de cuestiones por los que no hay que dejar de atender a la obra hasta el final, porque más allá incluso de su propio concepto rotundo, es también la historia de una frustración.

Son una muestra elocuente de estos pasajes evocadores los dedicados a desmontar el tópico de la candidez italiana frente a la dimensión de la violencia de los sublevados. Gracias a esta obra será ya imposible sostener aquella monserga de que “hasta los fascistas italianos se escandalizaban de las dimensiones de la matanza”, pues no hay en la idea nada más que un recurso tópico para hacer malos muy malos a los franquistas. La violencia no es solo instrumental (ni instrumental solo) para los fascistas, eso asegura convincentemente el autor y explica la incompreensión que sienten por el hecho violento que se promueve asociado a los sublevados y no se detiene cuando devienen ya en franquistas. Vuelve a surgir aquí la sensación de unos sujetos descolocados en un escenario que no entienden completamente o del que le faltan datos relevantes para poder comprenderlo en su totalidad. Pero no tanto porque las identidades nacionales construyesen tópicos relevantes en la identificación y deformación de los antagonistas, sino porque las preferencias políticas y las ansias de poder se imponían sobre todo lo demás.

Una desorientación como la que sienten los soldados italianos en Guadalajara, en unas páginas donde creo que se narra de manera vibrante y memorable el que fuera considerado por mucho tiempo episodio central de la intervención en la guerra de la Italia fascista. Aquí logra realmente el autor que huelga a mierda y a sangre. Nada hay en estos hombres que combaten de la imagen de perfumados e indolentes hijos de su *manma* como tampoco, evidentemente, de estandartes de una nueva raza que asegurará la reinvencción del Imperio Romano bajo la égida del *Duce* en los alrededores de Brihuega. La *guerra celere* se estanca y literalmente la caga.

Son diversos los compases de la obra en que la caracterización de esta soldadesca se convierte en un imposible, porque como reconoce el autor, no dispone de las fuentes precisas para penetrar en el universo de las motivaciones individuales. Ni él ni nadie, diría yo, dado que, parafraseando el proverbio, quien escribe sobre las motivaciones, escribe sobre barro. Su perfil mismo, el de los soldados de a pie, suena también con notas discordantes. En la misma página se apunta lo que la propaganda republicana fabrica sobre ellos: cobardes, campesinos, escasamente inteligentes y desorientados, pero al tiempo se sostiene que en algunos momentos al menos, Guadalajara, se corresponde con lo que había. Y aun más, el autor asegura con contundencia que eran inequívocamente lo más contradictorio de todo lo que a mi juicio se puede ser en esta vida: eran fascistas (fascistas italianos para ser exactos).

¿Cómo podemos saber con seguridad que lo eran? Se apuntan una serie de razones, algunas de índole negativa: no eran antifascistas, eso seguro porque no hay testimonios de resistencias antifascistas entre las filas de los combatientes; pero también hacían honor a los valores del *arditismo*, tenían fe en el *Duce* y odiaban lo *sucio* que representaba la República, la democracia y la Revolución marxista. Eso nos dicen aquellos que los mandaban y también se puede extraer de algunas de las cartas de los mandados (naturalmente sometidas a censura). ¿Es suficiente esa base factual para realizar tal afirmación? El autor parece ser consciente de que no, porque introduce dos nuevos estribillos que buscan encandilarnos en torno al concepto de la obra. Uno, son fascistas porque «para todos ellos el combate y el sacrificio en España era el combate y el sacrificio por Italia, por la nación, identificada con un fascismo que era mucho más que mera facción política: que era Italia» (p. 325). Y para los que seguimos incrédulos con la correspondencia entre aquellos combatientes que tan bien describe en las pági-

nas centrales de la obra en su enorme diversidad individual y esa definición de acérrimos patriotas, dos: la guerra. Una guerra que hicieron en España siguiendo el ideal fascista y que sería para el fascismo «la herramienta fundamental de su máximo despliegue, el marco propicio para la fascistización de Europa» (p. 329) Entonces sí que nos lleva a un terreno más seguro, aquel que define la violencia como un elemento histórico y cambiante, y la violencia transformadora que hace suya el fascismo como una potencia revolucionaria de lo social. Y eso por encima incluso de lo pedestre y prosaico de sus ejecutores, que con frecuencia no se corresponden a la grandiosidad de tanta destrucción.

Decíamos que la obra se ha de apreciar en su conjunto y no solo porque se expliquen episodios sucesivos de la intervención italiana de una forma que antes no había sido contada: de Santoña a los bombardeos, cada uno con su propia intrahistoria y sus protagonistas. No solo tampoco porque sea una expresión elegante y bien construida de una nueva narrativa histórica sobre la violencia, la guerra y la experiencia de combate que reivindica el valor del narrador histórico tanto como el peso de las fuentes. Y no exclusivamente porque además sea una lección sobre la violencia y las aplicaciones que puede tener el uso de categorías analíticas relacionadas con este concepto en el proceso de interpretación histórica. Es difícil eludir la gran cuestión que gravita sobre algunas de las definiciones esenciales de la propuesta: qué significa finalmente fascismo. Noche, magia, arrepentimiento, fuerza, divagación... Ese duende que invita a soñar.